

COLECCIÓN NUESTROS PAÍSES

SERIE ESTUDIOS

# LOS JACOBINOS NEGROS

C.L.R. JAMES

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

casa de las américas

Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas



# LOS JACOBINOS NEGROS

TOUSSAINT LOUVERTURE Y LA REVOLUCIÓN  
DE SAINT-DOMINGUE

Fondo Editorial  
Casa de las Américas



Fondo  
Casa de las Américas

COLECCIÓN **NUESTROS PAÍSES**

SERIE **ESTUDIOS**

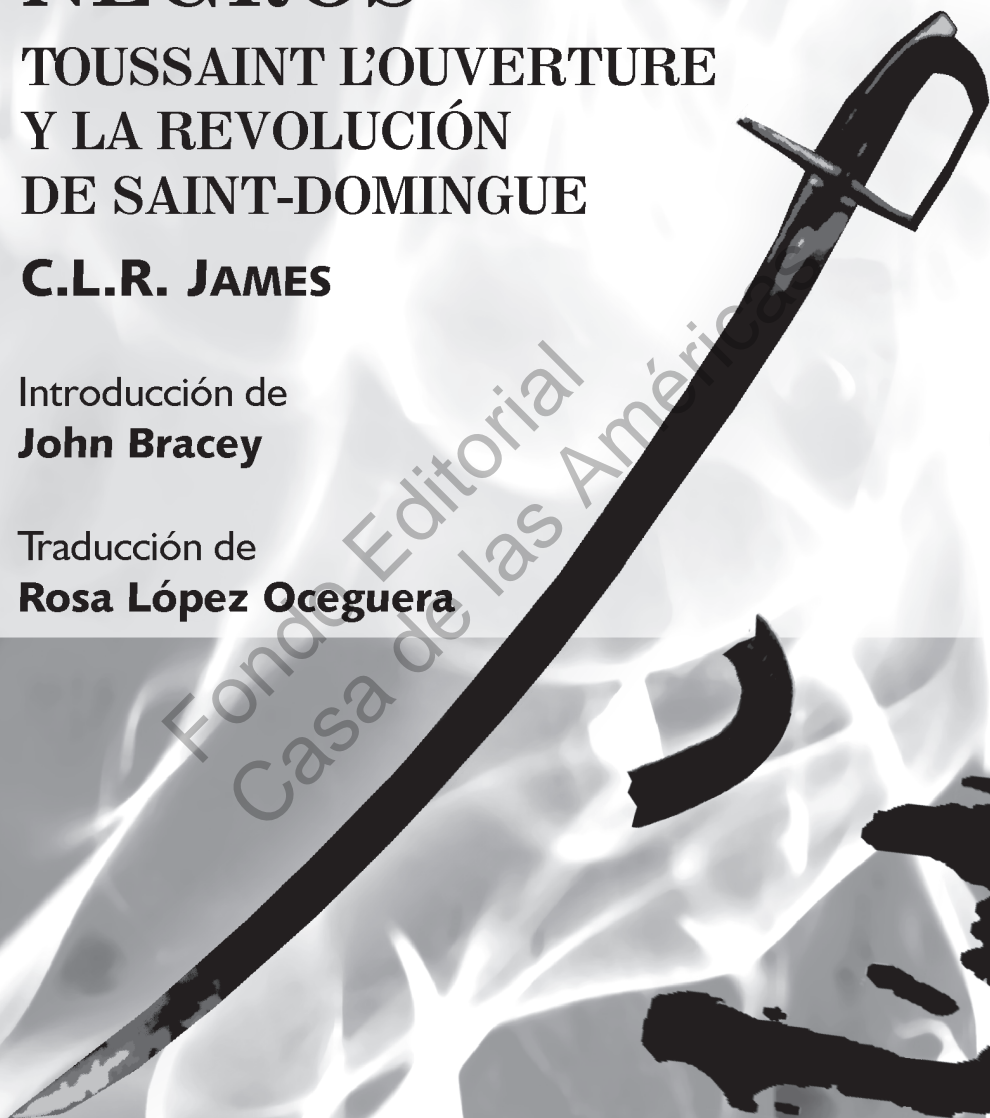
# **LOS JACOBINOS NEGROS**

**TOUSSAINT L'OUVERTURE  
Y LA REVOLUCIÓN  
DE SAINT-DOMINGUE**

**C.L.R. JAMES**

Introducción de  
**John Bracey**

Traducción de  
**Rosa López Ocegüera**



**casa de las américas**

Título original:

*The Black Jacobins. Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*

1<sup>ra.</sup> edición: 1938

2<sup>da.</sup> edición, revisada: 1963

1<sup>ra.</sup> edición Fondo Editorial Casa de las Américas: febrero 2010

Edición y corrección: *Clara Hernández y Reinier Pérez-Hernández*

Diseño: *Ricardo Rafael Villares*

Diagramación: *Luis Moya Medina*

© Sobre la presente reimpresión:

Fondo Editorial Casa de las Américas, septiembre 2010

ISBN 978-959-260-276-2

**casa**

FONDO EDITORIAL CASA DE LAS AMÉRICAS

3ra. y G, El Vedado, La Habana, Cuba

[www.casadelasamericas.org](http://www.casadelasamericas.org)

## INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN CUBANA

La respuesta al terremoto que golpeó a Haití el 12 de enero de 2010 y las presentaciones muchas veces condescendientes, denigrantes y burdamente inexactas del país, su historia y su pueblo, hacen por completo oportuna y pertinente la aparición de una edición cubana de *Los jacobinos negros*. Incluso los más generosos donantes de asistencia a Haití, los estadounidenses y europeos, con demasiada frecuencia lo expresan en términos de la necesidad de ayudar a un país desprovisto de todo tipo de recursos —políticos, sociales, económicos, culturales— y con toda una historia de pobreza, superstición, violencia y corrupción desde el momento mismo en que fueron sentadas sus bases. Muchos liberales también ven la necesidad de afirmar una presencia militar fuerte pero benévola, que contribuya a que Haití se aproxime a alguna versión de democracia. Los derechistas que todavía se aferran a los mitos de la supremacía blanca, hablan de un país poblado por practicantes de vodú y otras creencias y prácticas primitivas —o sea, ni cristianas ni europeas—. Un prominente evangelista cristiano, Pat Robertson, afirmó que el terremoto fue justamente uno de los muchos desastres que han asolado a los haitianos desde que hicieron un pacto con el diablo para garantizar el apoyo satánico a su lucha contra los franceses. El ignorante reverendo no se percató de la implicación de que Satanás sería abolicionista y la iglesia cristiana en Haití estaría a favor de la esclavitud.

Pocos comentaristas han mencionado la singular lucha de los africanos esclavizados en Haití en el establecimiento y fundación del primer y único país independiente como resultado de un levantamiento esclavo. Un número incluso menor menciona que los Estados Unidos, al igual que hizo con Cuba después de 1959, se negaron a extender el reconocimiento diplomático a la isla en sus primeros sesenta años de existencia. Tampoco se menciona que un factor importante en los problemas económicos haitianos radica en el acuerdo de los países europeos y de los Estados Unidos de que Haití debía a los franceses el valor de los esclavos liberados. Que los Estados Unidos han invadido y ocupado Haití se menciona la mayor cantidad de veces como si se tratara de gestos humanitarios malogrados y no como



ejemplos típicos del tratamiento que los intereses económicos y políticos estadounidenses han dado a países latinoamericanos y caribeños. Pocos han mencionado el papel de la Revolución Haitiana como inspiración de las luchas bolivarianas que resultaron en la independencia política de muchos países latinoamericanos en la primera mitad del siglo XIX, o que la efusión de asistencia a Haití de países como Cuba y Venezuela es un reconocimiento de una tradición de solidaridad que se remonta doscientos años atrás. Para comprender hoy la realidad de Haití, necesitamos entender en alguna medida cómo ese país nació de una insurrección armada contra los amos esclavistas y sus aliados y las consecuencias que ha tenido para el pueblo haitiano lo alcanzado con sus esfuerzos.

*Los jacobinos negros* constituye un punto de partida indispensable para quienes conocen algo de la contribución de Haití al desarrollo del hemisferio occidental —del Norte y del Sur— y para quienes no lo conocen. Es uno de los mejores estudios de una revolución y un proceso revolucionario escrito desde una perspectiva marxista o desde cualquier otra perspectiva. James brinda una lectura magistral de la relación existente entre los objetivos y las acciones de las personas individuales, así como sus antecedentes de clase y condición, lo que evita reducir sucesos históricos complejos a los caprichos de los líderes y las élites, o al resultado del desarrollo ciego de las fuerzas sociales. El nombre de Toussaint L'Ouverture aparece en el subtítulo del libro de James, pero en todo momento es clara la importancia de los pensamientos y las acciones de las masas de esclavos en Saint-Domingue y de las masas parisinas.

Cyril Lionel Robert James nació en Trinidad el 1.º de enero de 1901. Asistió a las principales escuelas de la isla, en las que recibió una educación británica que lo prepararía para una larga carrera como empleado público o maestro de escuela. Su interés en los deportes, en especial el críquet, lo llevó a Londres, donde trabajó como reportero en partidos de ese juego para el diario *Manchester Guardian* y colaboró en los escritos de su compatriota trinitario Learie Constantine, muy conocido como notable bateador. Al comprender la improbabilidad de seguir una carrera exitosa como lanzador, James se concentró en sus escritos. En 1936 publicó *Minty Alley*, una buena novela sobre la vida de las clases bajas de Trinidad y la relación de la élite educada de la isla con la difícil situación en que estas se encuentran.

Durante su estancia en Londres, se interesó en la política radical y le atrajeron las ideas de León Trotski y la Cuarta Internacional. Mantuvo una compleja relación con ese revolucionario ruso, y, a lo largo de su vida, con diversos grupos escindidos del trotskismo. James llegó primero a los Estados Unidos a fines de los años treinta, lo deportaron en 1953, regresó a fines de los sesenta y se convirtió en una figura influyente entre muchos miembros más jóvenes de los movimientos izquierdistas y de las minorías en los Estados Unidos. Tras la muerte de W.E.B. Du Bois en 1963, no pocos lo vieron como su sucesor en cuanto estadista mayor del anticolonialismo radical y el panafricanismo. Durante el siguiente cuarto de siglo,



viajó ampliamente, ofreciendo conferencias, enseñando, aconsejando y analizando los movimientos de la época. James murió en Londres el 31 de mayo de 1989. Desde de su fallecimiento, la vida y la obra de él generaron interés sustancial entre los académicos y activistas más jóvenes.

A pesar de su propia filiación política, James mantuvo amistad y sintió profundo respeto por personas de ascendencia africana que apoyaban la Revolución Bolchevique y la política de diversos partidos comunistas y del Komintern. Escribió acerca de su interacción con Paul Robeson, George Padmore y Richard Wright. Cuando en años posteriores volvió su atención hacia las escritoras afroestadounidenses, expresó su admiración por Angela Davis. Y, por supuesto, reivindicó tenazmente el legado y los logros de Du Bois. James me dedicó del modo siguiente mi ejemplar de la edición Longmans de *The Souls of Black Folk* (1965), que contiene una introducción suya: «Para J.B. de C.L.R. Tú harás buen uso de nuestro antepasado». El *tú* y el *nuestro* están subrayados. La idea que James expresa en esa introducción, y numerosas veces en otras partes, es que «*Black Reconstruction* es y probablemente seguirá siendo uno de los mejores libros de historia jamás escritos». Para él, ese título resultó indispensable para lograr comprender la historia de los Estados Unidos y el papel del pueblo de ascendencia africana en esa historia. Podría decirse que *Los jacobinos negros* realiza para todo el hemisferio occidental lo mismo que *Black Reconstruction* para los Estados Unidos.

En un momento en que muchos marxistas europeos apenas recalcan la repercusión de las iniciativas políticas no europeas, el estudio emprendido por James de la Revolución de Saint-Domingue y su importancia en el desarrollo del capitalismo en Europa y América del Norte, constituyó un enorme avance. Dos décadas más tarde, James vio en la Revolución Cubana una confirmación ulterior de sus conclusiones anteriores, y el epílogo a la edición de 1963 le brindó la ocasión de reafirmarlas. Al igual que muchas obras históricas suyas, este libro está escrito en forma tal que atiende múltiples temas y se dirige a múltiples públicos. En esta edición cubana desearía señalar algunos de los temas que James intentaba atender. Algunos serán evidentes, incluso para el lector ocasional. Varias de mis afirmaciones menos evidentes tendrán como base una combinación de mis lecturas de otros escritos de James y la naturaleza de su trabajo político. Además, fue para mí una gran suerte haber tenido la oportunidad de participar en largas conversaciones con él durante su estancia en los Estados Unidos a fines de los sesenta y principios de los setenta. James tenía la habilidad de entablar debates de modo fácil y respetuoso sobre una amplia gama de temas y niveles de comprensión políticos. Pronto descubrí en nuestros encuentros que mientras más uno supiera de sus escritos y de los pensadores y artistas a los que concedía importancia, y mientras más uno lo cuestionara en lo relacionado con interpretaciones y posibles implicaciones de sus propios escritos, más interesado y comunicativo se mostraba. Cuando la voz de James cobraba un tono dado, o le decía a uno que volviera a leer una obra determinada que consideraba no

había entendido de modo adecuado o que leyera un libro que resultaba evidente que no había leído, era posible experimentar su mentalidad en su mejor momento. Algunos de los comentarios que hago aquí son el resultado de varios debates específicamente acerca de *Los jacobinos negros*.

En su nivel más elemental, *Los jacobinos negros* constituye un retrato magnífico de la vida de Toussaint L'Ouverture y de los sucesos conocidos como la Revolución Haitiana. Como pura narración histórica, se encuentra a la altura de obras como *Black Reconstruction*, de Du Bois, o *The Making of the English Working Class*, de E.P. Thompson. A pesar de la reciente efusión de conocimientos sobre la Revolución Haitiana, la obra de James es el lugar por el que debiera comenzarse. Siguiendo la estructura de *Black Reconstruction*, traza con gran cuidado y sutileza las diversas agrupaciones sociales que llevarían adelante los sucesos dramáticos que son el tema de su estudio. Además, James añade la vida y las acciones de Toussaint L'Ouverture de tal modo que, a diferencia de lo que ocurre en la obra de Du Bois, obtenemos un análisis de la compleja relación de líderes y estructuras individuales con un movimiento de masas más amplio. James relata el ascenso de Toussaint al liderazgo de la población esclavizada y narra los complejos y en ocasiones desconcertantes cambios de alianzas y tácticas que constituyeron la realidad de la Revolución Haitiana. Describe el trágico fin de Toussaint, el ascenso de Dessalines y las consecuencias de estos dos sucesos en el éxito futuro de la Revolución. La historia de Toussaint y de la Revolución Haitiana justifica por sí sola llevar *Los jacobinos negros* a manos del más amplio público lector.

Pero este libro no es solo eso. Su autor tenía cosas más importantes que guardaban relación tanto con el estado de la política y de los asuntos mundiales en los años treinta como con los sucesos que se producían en Haití a inicios del siglo XIX. Le preocupaba que muchos marxistas en Europa y América del Norte no lograran comprender la repercusión de los sucesos y los movimientos de personas de ascendencia africana en la corriente de sucesos mundiales. El llamar jacobinos a los revolucionarios haitianos y la meticulosa vinculación de los sucesos en Francia y Saint-Domingue, hacen imposible no ver las rupturas revolucionarias con el feudalismo y el comienzo del capitalismo como un fenómeno de carácter verdaderamente mundial.

El análisis comprensivo pero crítico del liderazgo de Toussaint se dirige a los partidos y líderes políticos marxistas herederos de la Revolución Bolchevique. James está al tanto de los enormes desafíos que presenta llevar una revolución al triunfo y construir una sociedad nueva. Mostraba optimismo hacia las posibilidades de las masas de la humanidad de dirigir sus propias vidas, pero no era ingenuo. Las advertencias más conmovedoras en *Los jacobinos negros* están relacionadas con la posibilidad siempre presente de la contrarrevolución, el estancamiento y la traición. Para James, la historia no era un movimiento de marcha cerrada y en

línea recta hacia arriba y hacia delante. Las luchas se pueden ganar, pero también se pueden perder.

El libro también puede ser leído como un reflejo de la relación (dialéctica) recíproca entre las masas de un pueblo en movimiento para transformar su sociedad y sus líderes. La cuidadosa descripción de las complejas y cambiantes interacciones entre Toussaint y las masas haitianas puede interpretarse como una crítica a las tendencias vanguardistas y antidemocráticas que caracterizaron a gran parte de la izquierda europea y de la dirección anticolonial en el siglo xx. Que James participara activamente en la Oficina Internacional de Servicios Africanos y en la intensa política de la Cuarta Internacional, le ofrece a la evaluación que él hace de los dirigentes haitianos un sentido de apremio e inmediatez que no suele encontrarse en las obras de los académicos. Una año antes de la publicación de este volumen, James sacó una extensa historia de la Tercera Internacional titulada *World Revolution, 1917-1936*. Es indudable que tenía muy en mente estos temas. En *Los jacobinos negros* James demuestra que Toussaint estaba en su mejor condición y que su eficacia era mayor cuando se encontraba más a tono con las aspiraciones de las masas haitianas. Y detalla cómo decae y en última instancia es derrotado cuando se aleja del consejo y la protección de las masas y pone demasiada confianza en sus antiguos adversarios.

Sin embargo, James era un pensador demasiado desarrollado como para ver las acciones de Toussaint solamente en el nivel del comportamiento individual. Otro aspecto no expuesto pero fácil de captar en la historia que él brinda acerca de la Revolución Haitiana, radica en la dificultad, cuando no la imposibilidad, de llevar a cabo una revolución limitada a un solo país. Sin vínculos con movimientos más amplios que compartan los mismos objetivos, la supervivencia de una entidad política es posible, pero los intentos más sustanciales de transformación social serán en extremo difíciles de sostener. Sin aliados de principios y sin apoyo externo, algunos compromisos políticos serán inevitables. Este es el mundo en que debió navegar Toussaint. Tras esta Revolución, la América Latina experimentó una serie de intentos exitosos por derrocar el dominio político europeo. No obstante, a pesar de todos sus logros, Simón Bolívar no era Toussaint L'Ouverture, y, de forma muy reveladora, los líderes latinoamericanos de principios del siglo xix se involucraron en el manto de Bolívar, no de Toussaint. Además, tres décadas después de la Revolución Haitiana, los británicos habían abandonado la esclavitud en sus posesiones en el hemisferio occidental y pasado a las que hoy vemos como formas más modernas de colonialismo y explotación imperialista.

La advertencia que formuló James sigue siendo válida hoy: no se puede comprender el imperialismo sin comprender el racismo y viceversa, idea que atraviesa *Los jacobinos negros* de un extremo a otro. La importancia de cómo atender las preocupaciones específicas de los pueblos de ascendencia africana traídos al hemisferio occidental como esclavos y que

aún están por obtener su justa parte de las sociedades basadas en la expropiación de su trabajo no remunerado, no ha disminuido con el paso del tiempo. Dondequiera que se mire en el hemisferio occidental, los pueblos negros se encuentran en los peldaños inferiores de la sociedad o comparten estos peldaños con los pueblos indígenas.

C.L.R. James murió hace dos décadas tras una vida larga y productiva. Contamos con la suerte de que nos legara un cuerpo rico y fructífero de escritos que nos ayuden a entender el mundo en que vivimos. Los temas a los que le dedicó su vida aún se encuentran muy cerca de nosotros. Todavía debemos asumir la realidad de la fuerza sostenida de las ideologías y prácticas de supremacía blanca, los complejos legados de la esclavitud y el colonialismo, cómo organizar y hacer que surja un mundo en que todos los seres humanos puedan hacer realidad su potencial pleno y vivir en paz. El conjunto de escritos de James continúa mereciendo consideración seria y crítica. El lugar para comenzar se encuentra en *Los jacobinos negros*.

JOHN BRACEY

Amherst, Massachusetts

15 de noviembre de 2009

21-24 de diciembre de 2009

enero de 2010.

P.d.: Los diez principales libros de James, aparte de *Los jacobinos negros*:

1. *A History of Pan-African Revolt*, 1969 (edición original de 1938).
2. *Notes on Dialectics*, 1948
3. *Mariners, Renegades, and Castaways*, 1952
4. *Facing Reality*, 1958
5. *Modern Politics*, 1960
6. *Beyond a Boundary*, 1963
7. *The Future in the Present: Selected Writings*, 1977.
8. *Spheres of Existence: Selected Writings*, 1980
9. *At the Rendezvous of Victory: Selected Writings*, 1984
10. *You Don't Play With Revolution: the Montreal Lectures of C.L.R. James* (edición de David Austin), 2009

[Traducción del inglés por MARÍA TERESA ORTEGA SASTRIQUE].

## PREFACIO A LA EDICIÓN DE VINTAGE

Este libro fue escrito en 1938. Hoy tengo poco que añadir o sustraer a las ideas fundamentales que rigieron su concepción. Ahora son propiedad común mucho más que hace veinticinco años. Las he omitido o cambiado cuando van en contra del curso de los acontecimientos históricos, pero nunca más allá de unas pocas líneas.

He conservado las páginas finales, que anticipaban la emancipación de África y cuya intención era estimularla. Son parte de la historia de nuestro tiempo. En 1938 solo el autor y un puñado de cercanos colaboradores pensaban, escribían y hablaban como si los acontecimientos en África durante el último cuarto del siglo fueran inminentes.

El apéndice, «De Toussaint L'Ouverture a Fidel Castro», augura el futuro del Caribe, todo él, como se hizo con el de África en 1938. Los que escriben sobre el Caribe lo hacen siempre de acuerdo con su aproximación a Gran Bretaña, Francia, España y los Estados Unidos, es decir, a la civilización occidental, nunca en relación con su propia historia. Es esto lo que se intenta hacer aquí por primera vez.

C.L.R. JAMES  
4 de enero de 1962

## PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

En 1789 la colonia francesa de Saint-Domingue,\* en el Caribe, suministraba dos tercios del comercio exterior de Francia y constituía el mayor mercado individual del comercio europeo de esclavos. Era parte integral de la vida económica de la época, la más grande colonia del mundo, el orgullo de Francia y la envidia del resto de las naciones imperialistas. Toda la estructura descansaba sobre el trabajo de medio millón de esclavos.

En agosto de 1791, dos años después de la Revolución Francesa los esclavos se rebelaron en Saint-Domingue. La lucha duró doce años. Los esclavos derrotaron, consecutivamente, a los blancos locales y a los soldados de la monarquía francesa, una invasión española, una expedición británica de sesenta mil hombres y una expedición francesa de similar fuerza bajo el mando del cuñado de Bonaparte. La derrota de la expedición de Bonaparte en 1803 trajo por resultado el establecimiento del Estado negro de Haití, que aún perdura.

Esta sublevación es la única revuelta de esclavos exitosa en la historia, y los obstáculos que tuvo que vencer evidencian la magnitud de los intereses involucrados. La transformación de esclavos, trémulos en grupos de cientos ante un solo hombre blanco, en personas capaces de organizarse y derrotar a la más poderosa de las naciones europeas de la época, es una de las épicas más grandes de la lucha revolucionaria y uno de sus mayores logros. Por qué y cómo sucedió es el tema de este libro.

En virtud de un fenómeno frecuentemente observado, el liderazgo individual responsable de este logro inigualable fue casi en su totalidad obra de

\* El autor escribe San Domingo, forma inglesa del francés Saint-Domingue y el español Santo Domingo. En lugar de traducirlo, se ha optado por mantener el nombre francés de esa colonia que, tras su independencia, se llamaría Haití.  
*Nota de la traductora.*

un solo hombre: Toussaint L'Ouverture. Beauchamp, en la *Biographie universelle*, califica a Toussaint L'Ouverture como uno de los hombres más extraordinarios en un período rico en hombres extraordinarios. Dominó desde su entrada en escena hasta que las circunstancias lo obligaron a salir de ella. Por tanto, la historia de la Revolución de Saint-Domingue será, en gran medida, un recuento de sus logros y de su personalidad política. El autor considera, y confía en que la narración lo probará, que entre 1789 y 1815, con la sola excepción del propio Bonaparte, en la escena histórica no apareció otra figura más talentosa que la de este negro, esclavo hasta la edad de cuarenta y cinco años. Sin embargo, Toussaint no hizo la Revolución. Fue la Revolución quien hizo a Toussaint. Y esa no es ni siquiera toda la verdad.

Escribir la historia es cada vez más difícil. El poder de Dios o la debilidad del hombre, el cristianismo o el derecho divino de los reyes a gobernar mal, pueden fácilmente cargar la culpa de la caída de los Estados y el nacimiento de nuevas sociedades. Tales concepciones elementales se prestan al tratamiento narrativo y, desde Tucídides hasta Green, los historiadores tradicionalmente famosos han sido más artistas que científicos: escribieron muy bien porque vieron muy poco. En la actualidad, por reacción natural, tendemos a la personalización de las fuerzas sociales, o los grandes hombres son meros o, aproximadamente, instrumentos en las manos del destino económico. Y con frecuencia la verdad no yace a medio camino. Los grandes hombres hacen historia, pero solo la historia que les es posible hacer. Su libertad de acción está limitada por las necesidades de su ambiente. Describir los límites de esas necesidades y la realización, total o parcial, de todas las posibilidades, es la verdadera tarea del historiador.

En una Revolución, cuando la incesante y lenta acumulación de siglos estalla en una erupción volcánica, las chispas y luces meteóricas en lo alto representan un caos sin sentido y se prestan al capricho y al romanticismo infinitos, a menos que el observador las vea como proyecciones del subsuelo del que proceden. El autor ha buscado no solo analizar sino mostrar en su movimiento las fuerzas económicas de la época; su influencia modeladora de la sociedad y la política, de los hombres en la masa y como individuos; la poderosa reacción sobre el ambiente en uno de esos raros momentos en los que la sociedad está en el punto de ebullición y por tanto fluida.

El análisis es la ciencia, y la demostración el arte que es la historia. Los conflictos violentos de nuestro tiempo permiten que nuestra visión entrenada vea hasta los mismos huesos de revoluciones anteriores con mayor facilidad que hasta ahora. Sin embargo, exactamente por esa razón, es imposible recolectar las emociones históricas en esa tranquilidad que un gran poeta inglés asociaba —con demasiada estrechez— solo con la poesía.

En nuestros días la tranquilidad es o innata (el filisteo) o adquirida solo mediante un embotamiento deliberado de la personalidad. Fue en la



quietud de un suburbio junto al mar, donde con mayor claridad podía escucharse el retumbar de la artillería pesada de Franco, el tableteo de los pelotones de fusilamiento de Stalin y el fiero y estridente tumulto del movimiento revolucionario luchando por claridad e influencia. Tal es nuestra edad, y este libro le pertenece, con algo de fiebre y agitación. El autor no lo lamenta. El libro es la historia de una Revolución, y de haberse escrito en diferentes circunstancias, sería un libro diferente, pero no necesariamente mejor.

C.L.R. JAMES

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

# **LOS JACOBINOS NEGROS**

Fondo Editorial  
Casa de las Américas



*A mis buenos amigos  
Harry y Elizabeth Spencer,  
de Nelson, Lancashire, Inglaterra.*

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## PRÓLOGO

El primer desembarco de Cristóbal Colón en el Nuevo Mundo fue en la isla de San Salvador, y tras alabar a Dios inquirió con urgencia por el oro. Los nativos, pacíficos y amistosos, le indicaron cómo llegar a Haití, una isla grande (casi tan grande como Irlanda), rica, dijeron, en el metal amarillo. Como uno de sus barcos estaba destrozado, los indios haitianos lo ayudaron con tanta voluntad que poco se perdió, y ninguno de los artículos llevados a tierra fue robado.

Los españoles, los europeos más avanzados de su tiempo, se anexaron la isla, le dieron por nombre La Española, y pusieron bajo su protección a los atrasados nativos. Introdujeron el cristianismo, el trabajo forzado en las minas, el asesinato, la violación, los perros de presa, extrañas enfermedades y el hambre artificial (mediante la destrucción de los cultivos para impedir la rebelión). Estos y otros requisitos de la más alta civilización redujeron la población nativa, estimada en medio millón de habitantes, quizá un millón, a sesenta mil en quince años.

Las Casas, un sacerdote dominico con conciencia, viajó a España a pedir la abolición de la esclavitud de los nativos. Pero ¿cómo podría existir la colonia sin su coerción? El cristianismo fue lo único que ellos recibieron como jornal, y podían haber sido buenos cristianos sin trabajar en las minas.

El gobierno español estableció un compromiso. Abolió legalmente los *repartimientos*,\* o trabajo forzado, mientras sus representantes en la colonia los mantenían en la práctica. Las Casas, obsesionado por la perspectiva de ver ante sus ojos la aniquilación todos en una generación, ideó el expediente de importar negros, más robustos, de la populosa África. En 1517 Carlos V autorizó la exportación de quince mil esclavos a Saint-Domingue,

\* En español en el original. *Nota de la traductora.*

y así el cura y el rey lanzaron sobre el mundo el comercio de esclavos y la esclavitud americanos.

El asentamiento español fundado por Colón quedaba al sudeste de la isla. En 1629 algunos franceses errantes buscaron establecerse en la pequeña isla de Tortuga, situada a nueve kilómetros de la costa norte de Saint-Domingue. Les siguieron los ingleses y los holandeses de Santa Cruz. Tortuga era saludable, y en los bosques del oeste de Saint-Domingue abundaba por millones el ganado salvaje que podía cazarse para usar su carne y sus pieles. A Tortuga llegaron fugitivos de la justicia, esclavos escapados de las galeras, deudores incapaces de pagar sus cuentas, aventureros en busca de aventuras o fortunas rápidas, hombres de todos los delitos y nacionalidades. Franceses, británicos y españoles se masacraron entre sí durante casi treinta años. Los británicos estuvieron realmente en posesión de Tortuga en una ocasión, pero hacia 1659 los bucaneros franceses prevalecieron. Buscaron la autonomía de Francia y exigieron un jefe y algunas mujeres. Desde Tortuga establecieron una base firme en Saint-Domingue y se mudaron para allí. Para desalojar a esos persistentes intrusos, los españoles organizaron una gran cacería y mataron todos los toros que pudieron encontrar a fin de arruinar el negocio ganadero. Los franceses respondieron con el cultivo del cacao, el índigo y el algodón. Ya conocían la caña de azúcar. Como carecían de capital, atacaron la isla inglesa de Jamaica, robaron dinero y dos mil negros. Franceses, británicos y españoles atacaron y contraatacaron, arrasaron con fuego, pero en 1697 el Tratado de Ryswick entre Francia y España concedió a los franceses el derecho legal sobre la porción occidental de la isla. En 1734 los colonos comenzaron a cultivar café. La isla era fértil, Francia ofrecía un buen mercado. Pero querían fuerza de trabajo. Además de negros, trajeron blancos —los *engagés*— que serían liberados tras un período de años. Introdujeron pocos negros porque eran bárbaros o negros, ya que las leyes en esta primera etapa prescribían regulaciones similares tanto para los negros esclavos como para los *engagés*. Pero bajo el régimen de trabajo de aquellos días, los blancos no podían soportar el clima. Entonces los traficantes de esclavos trajeron cada vez más negros, en cifras que crecían en miles todos los años, hasta que el drenaje de África llegó a millones.

## LA PROPIEDAD

Los traficantes de esclavos arrasaron las costas de Guinea. Cuando devastaban un área, se dirigían al Oeste, y de ahí al Sur, década tras década, más allá del Níger, a lo largo de la costa del Congo, más allá de Loango y Angola, alrededor del Cabo de Buena Esperanza, y hacia 1789, incluso tan lejos como Mozambique, al este de África. Guinea seguía siendo su principal coto de caza. Desde la costa organizaban las expediciones hasta adentrarse profundamente en el interior. Hacían pelear a los ignorantes nativos unos contra otros con armas modernas en un radio de miles de kilómetros cuadrados. Los propagandistas de la época argumentaban que, aunque el tráfico de esclavos era cruel, el esclavo africano era más feliz en América que en su propia civilización. La nuestra, también, es una era de propaganda. Sobrepasamos a nuestros ancestros solo en cuanto al sistema y la organización: ellos mentían con la misma fluidez y descaro. En el siglo XVI, el África Central era un territorio de paz y civilización feliz.<sup>1</sup> Los traficantes viajaban miles de kilómetros de un lado al otro del Continente sin ser molestados. Las guerras tribales, de las cuales los piratas europeos, supuestamente, estaban salvando a la gente, eran meras falsedades; se consideraba una gran batalla cuando moría media docena de hombres. Los traficantes de esclavos cayeron sobre una población campesina muy superior en muchos aspectos a los siervos en grandes áreas de Europa. La vida tribal fue desarticulada y millones de africanos destribilizados se atacaban mutuamente. La incesante destrucción de las cosechas condujo al canibalismo; las mujeres cautivas se convirtieron

<sup>1</sup> Véanse las obras del profesor Emil Torday, uno de los más prestigiosos africanistas de su tiempo, particularmente la conferencia impartida en la Sociedad de Protección de la Infancia en África, Ginebra, 1931.



en concubinas y se degradó la posición de esposa. Las tribus tenían que suministrar esclavos o venderse ellas mismas como esclavas. La violencia y la ferocidad se convirtieron en requisitos de supervivencia, y la violencia y la ferocidad sobrevivieron.<sup>2</sup> Las fortificaciones construidas con cráneos en rictus sonrientes, los sacrificios humanos, la venta de sus propios hijos como esclavos, esos horrores fueron resultado de una presión intolerable sobre los pueblos africanos, que se hicieron más feroces a lo largo de los siglos en la medida en que aumentaban las demandas de la industria y fueron perfeccionados los métodos de coerción.

Los esclavos eran recolectados en el interior, amarrados en columnas, cargados con pesadas piedras de cuarenta o cincuenta libras de peso para impedir cualquier intento de fuga, y se les hacía marchar en el largo viaje hasta el mar, a veces miles de kilómetros, en el que los débiles y enfermos caían para morir en la selva africana. Algunos fueron conducidos a la costa en canoas, acostados en el fondo de los botes durante días, sus manos atadas, sus caras expuestas al sol tropical, sus espaldas en el agua que nunca se achicaba. En los puertos negreros eran encerrados en corrales para ser inspeccionados por los compradores. Noche y día, miles de seres humanos permanecían hacinados en estas «jaulas de putrefacción», de tal forma que ningún europeo podía permanecer en ellas por más de un cuarto de hora sin desmayarse. Los africanos se desmayaban y se recobraban, o se desmayaban y morían, porque la mortalidad en los corrales era superior al 20%. Afuera, en el puerto, esperando para vaciar los corrales en la medida en que se llenaban, estaba el capitán del barco negrero, con la conciencia tan limpia que uno de esos capitanes, en el intervalo en que esperaba para enriquecer al capitalismo británico con las ganancias de otra valiosa carga, enriqueció también a la religión británica al componer el himno «¡Qué dulce suena el nombre de Jesús!».

En los barcos, los esclavos eran hacinados y encerrados en galerías, unas encima de las otras. Cada una de ellas, de solo 1,2 o 1,5 metros de largo por 0,6 o 0,9 metros de ancho, de manera que los esclavos no podían acostarse ni sentarse propiamente. Contrario a las mentiras que se han propagado de forma tan pertinaz acerca de la docilidad del negro, las revueltas en los puertos de embarque o a bordo de los barcos eran incesantes, por lo que los esclavos tenían que ser encadenados, la mano derecha con la pierna derecha, la mano izquierda con la pierna izquierda, y conectados en filas a largas barras de hierro. En esa posición vivían lo que duraba el viaje, solo salían a cubierta una vez al día para ejercitarse y permitir que los marineros «limpiaran las pailas». Pero cuando la carga era revoltosa, o había mal tiempo, permanecían bajo cubierta durante semanas. La extrema cercanía de tantos seres humanos desnudos, sus carnes laceradas e infectadas, el aire fétido, la diarrea constante, la acumulación de suciedad, convertían estos encierros en un infierno. Durante las tormentas se

clausuraban las escotillas, y en la odiosa oscuridad eran zarandeados de un lado a otro por el bamboleo del buque, la posición de sus cuerpos mantenida por las cadenas enterradas en sus carnes sangrantes. Un escritor de la época observó que en ningún lugar de la tierra se concentraba tanta miseria como en un barco negrero.

Dos veces al día, a las nueve y a las cuatro, recibían su comida. Para los traficantes de esclavos, estos eran artículos de comercio, nada más. Se conoce de un capitán que, detenido su barco por la calma o vientos adversos, envenenó su carga.<sup>3</sup> Otro mató a algunos de sus esclavos para alimentar al resto. Morían no solo debido al régimen, sino también de tristeza, rabia y desolación. Emprendieron enormes huelgas de hambre; rompieron las cadenas y se lanzaron sobre la tripulación en fútiles intentos de insurrección. ¿Qué podían hacer estos miembros de tribus de la selva en el mar abierto, en un complejo barco de velas? Para elevar su espíritu se convirtió en costumbre hacerlos subir a cubierta una vez al día y obligarlos a bailar. Algunos aprovechaban la oportunidad para saltar por la borda, gritando de triunfo mientras abandonaban el barco y se hundían en las profundidades.

El temor a su carga engendraba una crueldad salvaje en la tripulación. Un capitán, para infundir terror a los demás, mató a un esclavo y dividió el corazón, el hígado y los intestinos en trescientos pedazos, obligando a cada esclavo a comer uno, con la amenaza de la misma tortura a los que se negaran.<sup>4</sup> Tales incidentes no eran raros. Dadas las circunstancias, cosas como esas eran (y son) inevitables. Tampoco el sistema eximía a los traficantes. Cada año moría un quinto del total de los que participaban en el comercio africano.

Toda América y el Caribe introdujeron esclavos. Cuando el barco llegaba a puerto, la carga subía a cubierta para ser vendida. Los compradores los examinaban en busca de defectos, miraban los dientes, pellizcaban la piel, a veces probaban su sudor para ver si la sangre del esclavo era pura y su salud tan buena como su apariencia. Algunas mujeres fingían curiosidad, cuya indulgencia, de ser aplicada a un caballo, hubiera provocado ser lanzadas de una coza a una distancia de dieciocho metros a través de cubierta. Pero el esclavo tenía que soportarlo. Entonces, para restablecer la dignidad perdida por ese examen demasiado íntimo, la compradora escupía la cara del esclavo. Al convertirse en propiedad de su dueño, era marcado con hierro candente a ambos lados del pecho. Un intérprete le explicaba sus deberes, y un cura lo instruía en los principios básicos del cristianismo.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Ver Pierre de Vaissière: *Saint-Domingue (1629-1789)*, París, 1909. Contiene un admirable resumen.

<sup>4</sup> *Ibíd.*, p. 162.

<sup>5</sup> Este era el comienzo y el final de su educación.

El extranjero en Saint-Domingue despertó por los estallidos del látigo, los gritos reprimidos y los fuertes gruñidos de los esclavos que veían la salida del sol solo para maldecirlo por la reanudación de sus labores y sus penas. El trabajo comenzaba al amanecer. A las ocho de la mañana paraban para un corto desayuno y continuaban hasta el mediodía. Regresaban a las dos de la tarde para concluir en la noche, a veces a las diez o las once. Un viajero suizo ha dejado una famosa descripción de una cuadrilla de esclavos mientras trabajaba:

Eran alrededor de cien hombres y mujeres de diferentes edades, todos ocupados en cavar zanjas en un campo de caña, la mayoría de ellos desnudos o en harapos. El sol brillaba con fuerza en sus cabezas. El sudor corría desde todas las partes de sus cuerpos. Sus brazos, pesados por el calor, fatigados por el peso de los picos y por la resistencia del suelo arcilloso, reseco hasta el punto de romper sus implementos, se esforzaban por vencer cada obstáculo. Reinaba un luctuoso silencio. El agotamiento se reflejaba en cada rostro, pero aún no era la hora del descanso. Los ojos inmisericordes del administrador vigilaban la cuadrilla, y varios mayores armados con largos látigos se movían periódicamente entre los esclavos, asestando duros latigazos a todo el que se tomara un descanso —hombre o mujer, joven o viejo.<sup>6</sup>

No era este un cuadro aislado. Las plantaciones azucareras exigían un trabajo incesante y fatigoso. El suelo tropical se endurece por el sol. Alrededor de cada surco donde se iba a sembrar caña era necesario cavar una gran zanja para asegurar la circulación del aire. Las cañas nuevas requerían atención durante los primeros tres o cuatro meses; alcanzaban la madurez entre los catorce y los dieciocho meses. La caña podía sembrarse y crecer en cualquier momento del año, el corte de un campo era la señal para cavar de inmediato nuevas zanjas y sembrar. Una vez cortada, la caña tiene que ser llevada de inmediato al ingenio, de no ser así su jugo se vuelve ácido por la fermentación. La extracción del jugo y la manufactura del azúcar crudo podía demorar de tres a cuatro semanas; dieciséis o dieciocho horas de trabajo diarias, durante siete u ocho meses en el año.

Obligados a trabajar como animales, los esclavos vivían como animales, en chozas construidas alrededor de un cuadrado de tierra plantado de víveres y frutas. Estas chozas tenían de 6 a 7,5 metros de largo, 3,6 metros de ancho y 4,5 metros de altura, divididas en dos o tres habitaciones. No tenían ventanas y la luz entraba solo por la puerta. El piso era de tierra apisonada; la cama, de paja, pieles o de un tosco invento con cuerdas atadas a postes. Sobre esto dormían indiscriminadamente madre, padre e hijos. Sin defensa contra sus amos, luchaban con el exceso de trabajo y su usual complemento —la poca alimentación—. El Código Negro,

<sup>6</sup> Justin Girod-Chantrans: *Voyage d'un Suisse dans différentes colonies*, Neuchâtel, 1785, p. 137.

intento de Luis XIV por asegurarles un trato humano, estipulaba que se les debía dar, cada semana, tres calderos y medio de mandioca, tres yucas, dos libras de carne salada o tres de pescado salado—suficiente comida para tres días de un hombre saludable—. En su lugar, los amos les daban media docena de pintas\* de harina gruesa, arroz o chícharos y media docena de arenques. Exhaustos tras el trabajo de todo el día y gran parte de la noche, muchos no cocinaban la comida y la ingerían cruda. La ración era tan pequeña y entregada con tal irregularidad, que con frecuencia estaban sin comida a mitad de semana.

Incluso las dos horas concedidas a mediodía y el asueto de los domingos y días feriados no eran para el descanso, sino para que cultivaran sus conucos como suplemento a sus raciones regulares. Los laboriosos esclavos cultivaban vegetales y criaban pollos que vendían en los poblados para así hacer algún dinero y comprar ron y tabaco. Y aquí y allá, un Napoleón de las finanzas, con suerte y maña, ahorraba lo suficiente para comprar su libertad. Los amos alentaban estos cultivos ya que, en años de escasez, los esclavos morían por miles, surgían epidemias, huían a los montes y las plantaciones se arruinaban.

La dificultad estribaba en que se les podía cazar como animales; transportarlos en jaulas; hacerlos trabajar junto a un asno o un caballo y golpearlos a ambos con el mismo palo; meterlos en establos y matarlos de hambre. Sin embargo, a pesar de su piel negra y cabello rizado, seguían siendo, indoblegablemente, seres humanos, con la inteligencia y los resentimientos de seres humanos. Para someterlos a la necesaria docilidad y aceptación, hacía falta un régimen de brutalidad y terrorismo calculados. Es esto lo que explica el inusual espectáculo de dueños que en apariencias no se ocupaban de preservar su propiedad: primero tenían que garantizar su propia seguridad.

Por la menor falta los esclavos recibían el castigo más riguroso. En 1685 el Código Negro autorizó los latigazos, y en 1702, un colono, marqués él, pensó que un castigo que demandara más de cien latigazos era lo suficientemente serio como para ser administrado por las autoridades. Más tarde el número se fijó en treinta y nueve, después elevado a cincuenta. Pero los colonos no prestaban atención a estas regulaciones y en muchas ocasiones los esclavos eran flagelados hasta morir. El látigo no era siempre una caña ordinaria o una cuerda tejida, como exigía el Código. A veces era reemplazado por gruesas tiras de cuero o por lianas—bejucos locales, gordos y flexibles como barbas de ballena—. Los esclavos recibían latigazos con mayor certitud y regularidad que la comida. Era el incentivo para trabajar y el guardián de la disciplina. No había invención que el temor o una imaginación depravada pudieran concebir que no se

\* Una pinta equivale a dieciséis onzas. *Nota de la traductora.*

empleara para quebrar el espíritu y satisfacer la lujuria y el resentimiento de sus dueños y guardianes: hierros en manos y pies, bloques de madera que los esclavos tenían que arrastrar donde quiera que fueran, la máscara de latón diseñada para impedir que comieran caña de azúcar, el collar de hierro. Los latigazos se interrumpían para pasar un pedazo de madera caliente por las nalgas de la víctima; sal, pimienta, lima, brasas, sábila y ceniza caliente eran derramados sobre las heridas sangrantes. Las mutilaciones eran comunes, brazos y piernas, orejas, a veces los genitales, para privarlos de los placeres que podían disfrutar sin costo. Sus amos echaban cera quemante sobre brazos, manos y hombros; vaciaban el guaparo hirviendo sobre sus cabezas; los quemaban vivos; los asaban a fuego lento; los llenaban de pólvora y prendían con un fósforo; los enterraban hasta el cuello y untaban azúcar en sus cabezas para que las moscas los devoraran; los ataban cerca de hormigueros o avisperos; los obligaban a comer sus excrementos, beber sus orines, y lamer la saliva de otros esclavos. Un colono era conocido por lanzarse sobre sus esclavos y morderlos en momentos de cólera.<sup>7</sup>

¿Eran estas torturas, tan bien sustanciadas, algo habitual o se trataba solo de incidentes aislados, resultado de las extravagancias de unos pocos colonos medio locos? Resulta imposible validar cientos de casos, sin embargo, las evidencias demuestran que estas prácticas bestiales eran normales en la vida esclava. La tortura del látigo, por ejemplo, contaba con «mil refinamientos», pero existían variantes con nombres especiales. Tan comunes eran. Cuando los brazos y las piernas se ataban a cuatro estacas en el suelo, se decía que el esclavo estaba sometido al «cuatro estacas». Si se le ataba a una escalera, era «la tortura de la escalera». Si era suspendido por piernas y brazos, se decía que estaba en «la hamaca», etc. La mujer embarazada no quedaba exenta del «cuatro estacas». Se cavaba un hueco en la tierra para acomodar al feto. La tortura del collar se reservaba especialmente a las sospechosas de haber abortado, el collar no se retiraba hasta que hubieran parido. La voladura de un esclavo tenía su nombre: «quemar un poco de pólvora en el culo de un niche». Obviamente, esto no era una aberración sino una práctica reconocida.

Después de un examen minucioso, lo mejor que puede decir De Vaissière es que había amos buenos y amos malos, y su impresión, «pero solo su impresión», es que los últimos eran más numerosos que los primeros.

Hay, y siempre los habrá, quienes, avergonzados por la conducta de sus antepasados, tratan de demostrar que después de todo la esclavitud no era tan mala, que sus males y crueldades son exageraciones de propagandistas, y no la vida habitual de los esclavos. Los hombres dirán –y aceptarán– cualquier cosa para fomentar el orgullo nacional o para

<sup>7</sup> Pierre de Vaissière: Ob. cit., pp. 153-194. El autor utiliza, principalmente, informes oficiales de los Archivos Coloniales Franceses, y otros documentos del período que brindan referencias específicas en cada caso.

aliviar sus atribuladas conciencias. Sin duda, había amos amables que no practicaban estos refinamientos de crueldad y cuyos esclavos solo sufrían el exceso de trabajo, la mala alimentación y el látigo. Pero los esclavos en Saint-Domingue no podían recuperar su número mediante la reproducción. Tras el horrendo viaje a través del océano, una mujer quedaba, por lo general, estéril durante dos años. La vida en Saint-Domingue los mataba rápido. Los hacendados, deliberadamente, los hacían trabajar hasta matarlos en lugar de esperar a que los niños crecieran. Pero los «escamoteadores de la verdad» profesionales son asistidos por los escritos de unos pocos observadores contemporáneos que describieron escenas de idílica belleza. Uno de ellos es Vaublanc, a quien veremos de nuevo, y cuyo testimonio entenderemos mejor cuando sepamos más de él. En sus memorias<sup>8</sup> nos muestra una plantación en la que no existían prisiones, ni mazmorras, ni castigos de ninguna índole. Si los esclavos andaban desnudos, esto no constituía un mal debido al rigor del clima, y los que se quejaban, olvidaban los harapos patentemente desagradables que se veían con frecuencia en Francia. Los esclavos no tenían que realizar trabajos insalubres, fatigosos y peligrosos como los obreros en Europa. No tenían que descender a las entrañas de la tierra ni excavar profundas minas; no construían galerías subterráneas; no trabajaban en las fábricas donde los obreros franceses respiraban un aire viciado y mortífero; no se trepaban en techos altos; no cargaban enormes pesos. Los esclavos, concluía, hacen trabajo ligero y son felices de hacerlo. Vaublanc, tan identificado en Saint-Domingue con las tristezas de los trabajadores en Francia, tuvo que huir de París en agosto de 1792 para escapar de la cólera de los obreros franceses.

Malouet, funcionario en las colonias y tan reaccionario como Vaublanc en cuanto a los cambios en ellas, también trató de aportar ideas en torno a los privilegios de la esclavitud. Lo primero que hizo notar es que el esclavo, al llegar a la mayoría de edad, comienza a disfrutar «los placeres del amor» y que su amo no está interesado en impedir la satisfacción de sus deseos.<sup>9</sup> A tales tonterías impertinentes podía conducir la defensa de la propiedad incluso a un hombre inteligente, considerado en su época como simpatizante de los negros.

La mayoría de los esclavos se adaptaba a esta incesante brutalidad mediante un profundo fatalismo y una pétrea estupidez ante sus amos. «¿Por qué maltratas a tu mulo de esa manera?», le preguntó un colono a un carretonero. «Cuando no trabajo, me pegan, cuando el mulo no trabaja, le pego; él es mi negro». Un negro viejo, que había perdido una oreja y estaba condenado a perder la otra, le rogó al Gobernador que lo perdonara porque, si le cortaban también esa oreja, no tendría dónde poner su cabo de cigarro. Un esclavo, enviado por su amo a robar en la huerta de un

<sup>8</sup> Citadas extensamente en De Vaissière: Ob. cit., pp. 198-202.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 196.



vecino, fue sorprendido y conducido ante el hombre que unos minutos antes lo había mandado. El amo ordena un castigo de cien latigazos, a lo cual el esclavo se somete sin chistar. Cuando son cogidos en faltas, persisten en negar el hecho con la misma estupidez fatalista. Se acusa a un esclavo de haber robado un pichón. Lo niega. Se descubre al pichón escondido en su camisa. «Bueno, bueno, miren a ese pichón, creyó que mi camisa era un nido». A través de la camisa de otro esclavo, el amo puede advertir las papas que había robado. «No son papas», dice el esclavo, «son piedras». Lo desnudan y las papas caen al suelo. «Eh, amo, el diablo es travieso. Puse piedras y, mire, usted encuentra papas».

En los días festivos, cuando no estaban trabajando en sus conucos o bailando, se sentaban durante horas frente a sus chozas sin dar señales de vida. Esposas y esposos, padres e hijos, eran separados a voluntad del amo, y un padre y un hijo podían encontrarse después de muchos años sin saludarse o dar muestras de emoción alguna. Muchos esclavos no se movían en absoluto a menos que fueran azotados.<sup>10</sup> El suicidio se hacía común, el desprecio por la vida alcanzaba tal magnitud que, en ocasiones, se suicidaban no por razones personales, sino para mortificar a los amos. La vida resultaba dura, y la muerte, creían, además de alivio, significaba el regreso al África. Los que creen y tratan de convencer al mundo de que los esclavos eran bestias semihumanas, hechos solo para ser esclavizados, pueden encontrar muchos argumentos para apoyarse, sobre todo en esta manía homicida de los esclavos.

Su método era el veneno. Una amante envenenaría a una rival para retener el afecto de su inconstante dueño. La amante abandonada haría lo mismo con el amo, esposa, hijos y esclavos. Un esclavo al cual el dueño le roba la esposa envenenaría al amo, y esta sería una de las causas de envenenamiento más frecuentes.<sup>11</sup> Si un amo se apasionaba por una joven esclava, la madre de esta envenenaría a la esposa para colocar a su hija al frente de la casa. Los esclavos envenenarían a los hijos más pequeños del amo para asegurar que la plantación fuera heredada por un solo hijo, impidiendo así que se dividiera y se dispersara la dotación. En ciertas plantaciones los esclavos diezmaban su propio número para evitar que los amos se embarcaran en proyectos de expansión que aumentarían el trabajo. De esa manera, un esclavo envenenaría a su esposa; otro, a sus hijos. Una comadrona negra declaró ante un tribunal que durante años envenenó a cada uno de los niños que había traído al mundo. Las

<sup>10</sup> Aunque parezca increíble, el barón de Wimpffen dice haberlo visto con sus propios ojos. Su recuento de una visita a Saint-Domingue en 1790 es un clásico. Una buena selección, con abundantes notas, la editó Albert Savine, bajo el título *Saint-Domingue à la veille de la Révolution*, París, 1911.

<sup>11</sup> Véase *Kenya*, del doctor Norman Leys, Londres, 1926, p. 184. «Alguna rivalidad por parte de una mujer nativa es probablemente la explicación de la mayoría de los crímenes violentos cometidos por africanos contra los europeos en Kenia».



enfermeras empleadas en los hospitales envenenaban a los soldados enfermos para librarse de tareas desagradables. Los esclavos, incluso, envenenarían la propiedad de un amo al que amaban. Él se iba a marchar; ellos envenenaron las vacas, los caballos y las mulas. La plantación cayó en el caos y el amo se vio obligado a quedarse. Sin embargo, el más horrendo de todos estos asesinatos a sangre fría era el mal de la mandíbula, enfermedad que atacaba solo a los niños recién nacidos. La mandíbula se les cerraba de tal manera que resultaba imposible abrirla para alimentarlos, por lo que morían de hambre. No era una enfermedad natural, y nunca atacaba a los niños recibidos por mujeres blancas. Solo las comadronas negras podían causarla, se cree que realizaban una simple operación en el recién nacido para provocarla. Cualquiera que fuera el método, la enfermedad causó la muerte de casi la tercera parte de los niños nacidos en las plantaciones.

¿Cuál era el nivel intelectual de los esclavos? Sus amos, que los odiaban, los llamaban con todo tipo de nombres oprobiosos. «Los negros», dice un libro de memorias publicado en 1789, «son injustos, crueles, bárbaros, semihumanos, traicioneros, engañosos, ladrones, borrachos, orgullosos, haraganes, sucios, desvergonzados, celosos hasta la furia y cobardes». Mediante estos calificativos pretendían justificar las atrocidades abominables que practicaban. Y se esforzaban para que el negro siguiera siendo la bestia bruta que querían que fuera. «La seguridad de los blancos demanda que mantengamos a los negros en la más profunda ignorancia. He llegado al punto de creer firmemente que tenemos que tratar a los negros como se trata a las bestias». Tal era la opinión del gobernador de Martinica, expresada en una carta dirigida al ministro, y tal era la opinión de los colonos. Con la excepción de los judíos, que trataban a toda costa de convertir al judaísmo a sus esclavos, la mayoría de los colonos trataba de mantener sin instrucción a sus esclavos, fuera religiosa o de cualquier otra índole.

Naturalmente que había entre los esclavos todo tipo de personas, desde jefes tribales, como el padre de Toussaint L'Ouverture, hasta quienes habían sido esclavos en su propio país. El negro criollo era más dócil que el esclavo nacido en África. Algunos decían que era más inteligente. Otros dudaban de que hubiera tal diferencia, aunque el esclavo criollo conocía el idioma y estaba más familiarizado con el entorno y su trabajo. Sin embargo, los que se dieron a la tarea de observarlos sin la presencia de sus amos y en sus relaciones entre ellos, pudieron constatar la notable agudeza de intelecto y la vivacidad de espíritu que distingue a sus actuales descendientes en el Caribe. El padre Du Tertre, que los conocía bien, notó su orgullo secreto y su sentimiento de superioridad hacia los amos, la diferencia de conducta ante sus amos y cuando estaban solos. De Wimpffen, viajero excepcionalmente inteligente y observador, quedó perplejo ante la personalidad dual de los esclavos. «Es preciso escuchar con qué calidez,

con qué volubilidad, y al mismo tiempo con qué precisión en las ideas y en los juicios, esta criatura, densa y taciturna todo el día, ahora agachada, frente al fuego, cuenta historias, habla, gesticula, discute, emite opiniones, aprueba o condena a su amo o a cualquiera que lo rodea». Era esta inteligencia que se negaba a ser aplastada, estas posibilidades latentes, lo que atemorizaba a los colonizadores, como atemoriza hoy a los blancos en África. «Ninguna clase de hombres tiene más inteligencia», escribió el colono Hilliard d'Áuberteuil, en 1784, y su libro fue prohibido.

Pero no se necesita educación ni incentivo para acariciar un sueño de libertad. A la media noche, bajo los ritos nocturnos del vodú, su culto africano, bailaban y cantaban usualmente su canción favorita:

*¡Eh! ¡Eh! ¡Bomba! ¡Jeu! ¡Jeu!*  
*¡Canga, bafio té!*  
*¡Canga, mouné de lé!*  
*¡Canga, do ki la!*  
*¡Canga, li!\**

«Juramos destruir a los blancos y a todas sus posesiones; morir antes que dejar de cumplir este voto».

Los colonos conocían la canción y trataron de suprimirla, junto con el culto del vodú vinculado a ella. En vano. Por más de doscientos años los esclavos la cantaron en sus reuniones, como los judíos en Babilonia cantaban a Sión, y como los bantúes de la actualidad cantan en secreto el himno nacional de África.<sup>12</sup>

Sin embargo, no todos los esclavos fueron sometidos a este régimen. Hubo una pequeña casta privilegiada: capataces de cuadrillas, cocheros, cocineros, mayordomos, mucamas, enfermeras, mujeres de compañía y otros sirvientes domésticos. Estos pagaban el buen trato que recibían y su relativamente fácil vida con un fuerte apego a sus amos, lo que les ha permitido a los historiadores ingleses *tory*,\*\* a los profesores eméritos y a los sentimentales, representar la esclavitud de plantación como una relación patriarcal entre amo y esclavo. Permeados de los vicios de sus

\* Aimé Césaire reproduce dos traducciones: 1) «Eh, serpiente Mbumba / Detén a los negros / detén a los blancos / Detén a los ndoki [brujos] / deténlos»; 2) «¡Eh! ¡Eh! ¡Bomba! ¡Eh! ¡Eh! / ¡Conjuro a los negros! / ¡Conjuro a los blancos! / ¡Conjuro a los espíritus! Allá / Conjúralos». Para Césaire, la primera versión resulta más verosímil, y se debe a J. Cuvelier en *L'ancien royaume du Congo* (Bruselas, 1946). Canto en honor a la serpiente Mbumba (Bomba), sería congolés. «Transcrito de acuerdo con la ortografía actual», dice Césaire, sería así: «Eh eh Mbumba / Kanga bafioti / kanga munde / Kanga ndobi (b) / Kanga (li)». Cf. Aimé Césaire: *Toussant Louverture. La Revolución Francesa y el problema colonial*, La Habana, Instituto del Libro, 1967, p. 237. *Nota de los editores*.

<sup>12</sup> Observaciones como esta, escrita en 1938, tenían la intención de utilizar a la Revolución de Saint-Domingue como un pronóstico del futuro del África colonial.

\*\* Conservadores. *Nota de la traductora*.

amos y amas, estos sirvientes encumbrados se sentían superiores y despreciaban a los esclavos en los campos. Vestidos con las sedas y brocados desechados por sus amos, daban fiestas en las que, como monos entrenados, bailaban el minué y la cuadrilla, y hacían reverencias a la manera de Versalles. Algunos utilizaron su posición para cultivarse, para obtener alguna educación, para aprender todo lo que pudieran. Los líderes de una revolución son, generalmente, aquellos que han sido capaces de beneficiarse de las ventajas culturales del sistema que combaten, y la Revolución de Saint-Domingue no fue la excepción de la regla.

Christophe, con posterioridad Emperador de Haití, fue esclavo—camarero de un hotel en Cabo Francés, donde aprovechó la oportunidad para aprender acerca de los hombres y del mundo—. Toussaint L'Ouverture<sup>13</sup> también perteneció a esta reducida y privilegiada casta. Su padre, hijo de un jefe de una pequeña tribu en África, fue hecho prisionero de guerra, vendido como esclavo y viajó en un barco negrero. Un colono con alguna sensibilidad lo compró, y al darse cuenta de que aquel negro era una persona especial, le permitió cierto grado de libertad en la plantación y le concedió el uso de cinco esclavos para que cultivara una parcela de tierra. Se convirtió al catolicismo, se casó con una mujer tan bella como buena, y nació Toussaint, el mayor de ocho hijos. Cerca de la casa vivía un negro viejo, Pierre Baptiste, notable por su integridad de carácter y con algo de educación. Los negros hablaban un francés degradado conocido como creol. Pero Pierre sabía francés, además, un poco de latín y geometría, que había aprendido con un misionero. Pierre Baptiste se convirtió en el padrino de Toussaint y le enseñó a su ahijado los rudimentos del francés; utilizando las misas de la Iglesia Católica, también lo instruyó en latín. Toussaint aprendió incluso a dibujar. Los esclavos jóvenes tenían a su cargo el ganado y las aves, y esa fue la primera ocupación de Toussaint. El padre, como muchos otros africanos, tenía conocimientos sobre plantas medicinales, y le enseñó a Toussaint lo que sabía. La educación, los conocimientos sobre hierbas, la inteligencia inusual, lo hicieron sobresalir, convirtiéndose en cochero de su amo. Esto le permitió mayores medios para su comodidad y autoeducación. Finalmente, fue puesto al frente de los animales de la plantación—responsabilidad que, por lo general, era desempeñada por un blanco—. Si el genio de Toussaint venía de donde viene el genio, también las circunstancias conspiraron para darle padres y amigos excepcionales, y un amo benévolo.

Sin embargo, el número de esclavos que ocupaban posiciones con tales oportunidades era infinitamente pequeño en comparación con los cientos de miles que cargaban sobre sus espaldas dobladas toda la estructura de la sociedad de Saint-Domingue. No todos se sometieron a ella. Aquellos

<sup>13</sup> En calidad de esclavo, era conocido como Toussaint Bréda.

cuya audacia de espíritu encontraba intolerable la esclavitud y se negaban a evadirla mediante el suicidio, huían a los montes y las montañas y formaban bandas de hombres libres: los cimarrones. Fortificaban sus palenques con empalizadas y fosos. Las mujeres los seguían. Se reproducían. Durante cien años antes de 1789, los cimarrones fueron una fuente de peligro para la colonia. En 1720, mil esclavos huyeron a las montañas. En 1751, había, al menos, tres mil de ellos. Por lo general, formaban bandas individuales, aunque periódicamente encontraban un jefe lo suficientemente fuerte como para unir los diferentes grupos. Muchos de estos líderes rebeldes sembraron el terror en el corazón de los colonos con sus ataques a las plantaciones y con la fuerza y determinación de la resistencia que organizaban contra los intentos de exterminarlos. El más grande de estos jefes fue Mackandal.

Él concibió el audaz proyecto de unir a todos los negros y expulsar a los blancos de la colonia. Era un negro de Guinea que había sido esclavo en el distrito de Limbé, con posterioridad uno de los mayores centros de la Revolución. Mackandal era un orador, en opinión de un blanco contemporáneo suyo, comparable en elocuencia a los oradores europeos de su época, y diferente solo porque los superaba en fuerza y vigor. Fue muy valiente, y aunque había quedado manco debido a un accidente, tenía una fortaleza de espíritu que supo mantener en medio de las más crueles torturas. Aseguraba que podía predecir el futuro; como Mahoma, tuvo revelaciones, persuadió a sus seguidores de su inmortalidad, y ejerció tal control sobre ellos que consideraban un honor servirle de rodillas; las mujeres más hermosas peleaban por el privilegio de ser admitidas en su cama. No solo su banda atacó y saqueó las plantaciones en todos los confines, sino que en persona iba plantación por plantación para hacer conversos, estimular a sus seguidores y perfeccionar su gran plan para la destrucción de la civilización blanca en Saint-Domingue. Una masa ignorante, que tantea su camino hacia la Revolución, generalmente comienza por el terrorismo, y Mackandal se encaminaba a liberar a su pueblo mediante el veneno. Durante seis años fortaleció su organización. Él y sus seguidores envenenaron no solo a los blancos, sino también a los miembros desobedientes de su propia banda. Coordinó que un día específico se envenenara el agua de cada casa en la capital de la provincia, y que el ataque final contra los blancos se hiciera cuando estuvieran sufriendo las convulsiones y la angustia de la muerte. Tenía listas de sus acólitos en cada cuadrilla de esclavos; nombró capitanes, tenientes y otros oficiales; planeó que bandas de negros abandonasen el pueblo, se dispersaran por las praderas y masacraran a los blancos. Su temeridad fue la causa de su derrota. Un día llegó a una plantación, se emborrachó y fue traicionado. Lo capturaron y lo quemaron vivo.

La rebelión de Mackandal nunca fructificó, y fue el único antecedente de un intento organizado de revuelta durante los cien años que antecedieron a la Revolución Francesa. Los esclavos parecían eternamente resignados, aunque aquí y allá un esclavo era manumitido o le compraba su

libertad al dueño. Los amos no hablaban de emancipación en el futuro. Los colonos de Saint-Domingue decían que la esclavitud era necesaria y, para ellos, eso le ponía fin a la discusión. La legislación aprobada para la protección de los esclavos quedaba en el papel ante la máxima de que un hombre podía hacer lo que quisiera con su propiedad. «Todas las leyes a favor de los negros, independientemente de lo justas y humanas que puedan ser, constituyen una violación del derecho de propiedad si no son promovidas por los colonos [...]. Todas las leyes sobre la propiedad son justas solo si son apoyadas por la opinión de aquellos que están interesados en ellas como propietarios». Esta era aún la opinión de los blancos a inicios de la Revolución Francesa. No solo los plantadores, también los funcionarios dejaban bien en claro que, cualesquiera que fueran las sanciones por el maltrato a los esclavos, nunca se aplicarían. Los esclavos podrían entender que tenían derechos, lo cual sería fatal para la paz y el bienestar de la colonia. Esa era la razón por la cual un colono nunca dudaba ante la mutilación, la tortura o el asesinato de un esclavo que le había costado miles de francos. «La Costa de Marfil es una buena madre», rezaba un proverbio colonial. Los esclavos siempre podrían ser comprados, y las ganancias eran siempre altas.

El Código Negro fue aprobado en 1685. Un siglo después, en 1788, el caso Le Jeune<sup>14</sup> puso al desnudo las realidades de la ley y la justicia para los esclavos en Saint-Domingue.

Le Jeune era un plantador de café de Plaisance. Al sospechar que la mortalidad entre sus negros se debía al veneno, asesinó a cuatro de ellos e intentó extraer confesiones de dos mujeres mediante la tortura. Les quemó los pies, las piernas y los codos mientras las amordazaba y les quitaba las mordazas alternativamente. No obtuvo nada. Y amenazó a todos sus esclavos que hablaban francés con que los mataría sin piedad si se atrevían a denunciarlo. Pero Plaisance, en la populosa Provincia Norte, fue siempre centro de los esclavos más avanzados, y catorce de ellos fueron a El Cabo y lo acusaron ante la ley. Los jueces tuvieron que aceptar los cargos. Crearon una comisión que investigó la plantación de Le Jeune y confirmó el testimonio de los esclavos. En realidad, la comisión encontró a las dos mujeres encerradas y encadenadas, sus piernas y codos en descomposición, pero aún vivas; una de ellas tenía el cuello tan lacerado que no podía tragar. Le Jeune insistía en que eran culpables de los envenenamientos que durante mucho tiempo habían azotado su plantación y entregó como prueba una caja que estaba entre las posesiones de las mujeres. «Esto», dijo, «contiene veneno». Pero cuando se abrió la caja solo había tabaco y excremento de rata. La defensa era imposible, y cuando las mujeres murieron, Le Jeune desapareció justo a tiempo para escapar

<sup>14</sup> De Vaissière: Ob. cit., pp. 186-188.

del arresto. El caso estaba claro. En la audiencia preliminar los catorce negros repitieron sus acusaciones palabra por palabra. Pero siete blancos testificaron en favor de Le Jeune, y dos de sus supervisores lo absolvieron formalmente de toda culpa. Los plantadores de Plaisance intercedieron por él ante el Gobernador y el Intendente, y demandaron que cada uno de sus esclavos recibiera cincuenta azotes por haberlo denunciado. La Cámara de Agricultura de El Cabo pidió que Le Jeune simplemente fuera expulsado de la colonia. Setenta plantadores del norte hicieron una petición similar, y se le solicitó al Círculo de Filadelfia, centro de la cultura de Saint-Domingue, que hiciera representaciones en su nombre. El padre de Le Jeune interpuso una demanda judicial contra uno de los oficiales investigadores, cuya evidencia impugnó. «Para decirlo brevemente», escribieron el Gobernador y el Intendente al Ministro, «parece que la seguridad de la colonia depende de que se le retiren los cargos a Le Jeune». Así era, si se quería mantener a los esclavos en su lugar. Los jueces, después de mil dilaciones, dieron un veredicto negativo, los cargos fueron declarados nulos y sin lugar, y el caso fue desestimado. El fiscal demandó una apelación ante el Consejo Superior de Puerto Príncipe, la capital oficial de la isla. Todos los blancos de Saint-Domingue estaban alzados en armas. El Intendente nombró al miembro más antiguo del Consejo como *rapporteur*, pensando que se podía depender de él para asegurar que se impartiera justicia. Pero el día del juicio, temiendo que no sería capaz de garantizar que Le Jeune fuera declarado culpable, él mismo se ausentó, y el Consejo, una vez más, liberó de cargos a Le Jeune. El gobierno metropolitano podía aprobar las leyes que quisiera. Los blancos de Saint-Domingue no tolerarían ninguna interferencia en los métodos mediante los cuales mantenían en orden a sus esclavos.<sup>15</sup>

Este era el problema que debía resolverse.

No había ninguna esperanza puesta en los plantadores. En Francia aún el liberalismo era una aspiración, y el «fideicomiso», su hoja de parra, desconocido. Pero en la marea de humanitarismo que se levantó con la revuelta burguesa contra el feudalismo, Diderot y los enciclopedistas habían atacado a la esclavitud. «Dejen que las colonias sean destruidas antes

<sup>15</sup> Los colonialistas franceses no se apartaban de la norma. Sobre el asesinato de dos nativos kenianos por parte de los hijos de un obispo y de un par, respectivamente, con ausencia de ningún castigo serio, ver *Kenya*, del doctor Norman Leys, Londres, 1926, pp. 176-180. En una nota al pie de la página 180, Leys cita al Secretario de Colonias británico en 1924: «Casos de este tipo raramente han ocurrido en la historia de la colonia», y añade: «una declaración lejos de la verdad». Esto no quiere decir en absoluto que todas las bestialidades de Saint-Domingue se practican en África. Pero los regímenes son estrictamente paralelos; de otra forma, las condiciones reseñadas por Leys no podrían existir.



de que sean la causa de tanto mal», decía la *Enciclopedia* en sus artículos sobre el comercio de esclavos. Sin embargo, esas rabietas, ni entonces ni ahora, han tenido peso. Y los ataques verbales contra la esclavitud provocaron las burlas de los observadores, no en su totalidad inmerecidas. Los autores eran comparados con los médicos que le ofrecían al paciente nada más que insultos contra la enfermedad que lo consumía.

Pero entre esos opositores literarios de la esclavitud había uno que, nueve años antes de la caída de la Bastilla, clamó audazmente por una revolución esclava con la convicción apasionada de que tenía que ocurrir algún día y liberar a África y a los africanos. Era un cura, el Abate Raynal, y predicaba su doctrina revolucionaria en su obra *La historia filosófica y política de los asentamientos y el comercio de los europeos en las dos Indias*. Fue un libro famoso en su tiempo, y cayó en las manos del esclavo más preparado para usarlo: Toussaint L'Ouverture.

La libertad natural es el derecho que la naturaleza ha concedido a cada cual para disponer de sí según su voluntad. [...]

El esclavo, un instrumento en las manos de la maldad, es inferior al perro que los españoles azuzaban contra el americano. [...]

Existen verdades memorables y eternas; las bases de toda moralidad, de todos los gobiernos. ¿Serán cuestionadas? ¡Sí! [...]

Y el pasaje más famoso:

Si solo prevalece el interés egoísta en las naciones y sus líderes, existe otro poder. La naturaleza habla en tonos más altos que la filosofía o el interés. Ya se han establecido dos colonias de negros fugitivos, protegidos contra ataques por tratados y poder. Esos relámpagos anuncian el trueno. Solo se necesita un jefe valiente. ¿Dónde está? ¿Dónde está el gran hombre que la naturaleza le debe a sus criaturas vejadas, oprimidas y atormentadas? ¿Dónde está? Aparecerá, no lo duden; dará el paso al frente y alzará el estandarte sagrado de la libertad. Esa señal venerable hará que se le unan sus compañeros de infortunio. Más impetuosos que los torrentes, dejarán en todos lados las huellas de su justo resentimiento. En todas partes la gente bendecirá el nombre del héroe que habrá restablecido los derechos de la raza humana; por doquier levantarán monumentos en su honor.

Una y otra vez Toussaint leía este pasaje: «Solo se necesita un jefe valiente. ¿Dónde está?». La tragedia de los movimientos de masas es que necesitan, y solo raramente encuentran, liderazgo adecuado. Sin embargo, hacía falta mucho más.

Los hombres hacen su propia historia, y los jacobinos negros de Saint-Domingue iban a hacer la historia que cambiaría el destino de millones de hombres y las corrientes económicas de tres continentes. Pero si bien podían aprovechar la oportunidad, no podían crearla. El tráfico negrero y



la esclavitud estaban estrechamente entrelazados dentro de la economía del siglo XVIII. Tres fuerzas –los propietarios de Saint-Domingue, la burguesía francesa y la burguesía británica–, medraron con esta devastación de un Continente y con la explotación de millones de personas. Mientras se mantuvo este equilibrio, continuó el tráfico infernal, y probablemente hubiera continuado hasta hoy. Pero nada; no importa cuánta ganancia deje, dura por siempre. A partir del mismo momento de su propio desarrollo, los plantadores coloniales, las burguesías francesa y británica estaban generando tensiones internas e intensificando las rivalidades externas, moviéndose ciegamente hacia las explosiones y conflictos que destruirían las bases de su dominación y crearían la posibilidad de la emancipación.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## LOS PROPIETARIOS

De las tres fuerzas, plantadores de Saint-Domingue, burguesía británica y burguesía francesa, la primera y más importante era la de los plantadores.

Solo en un suelo como el de la esclavitud de Saint-Domingue podía florecer una sociedad viciada. Tampoco las circunstancias incidentales pudieron mitigar la desmoralización inherente a tal método de producción.

Saint-Domingue es una isla con cadenas montañosas que se alzan a mil quinientos metros por encima del nivel del mar. De ellas fluyen innumerables corrientes de agua que forman los ríos que irrigan los valles y las llanuras extendidas entre las colinas. Su distancia del ecuador le confiere una inusual opulencia y variedad a la exhuberancia natural de los trópicos, y la vegetación introducida no era inferior a la natural. Campo tras campo, el verde claro de la caña de azúcar, acostada y continuamente ondulada por la brisa, rodeaba la fábrica y las viviendas como un mar. Por encima de las cañas se mueven las largas hojas de las matas de plátano; cerca de las viviendas, las ramas de la palma, como plumas enormes, coronando una columna de más de quince metros, perfectamente redonda y sin follaje, brindan un constante rumor tranquilizante; los palmares en la distancia, siempre visibles en el claro cielo tropical, parecían racimos de sombrillas gigantes, esperando al viajero sediento y tostado por el sol. Durante la estación, matas de mango y naranja, solitarias o en grupos, eran una masa de hojas verdes y frutas rojas o doradas. Miles de pequeñas y bien cuidadas matas de café se levantaban en las colinas, y la lujuriosa maleza tropical y los bosques de maderas preciosas de Saint-Domingue cubrían hasta la cima las abruptas y escarpadas laderas de las montañas. El viajero europeo se fascinaba a primera vista con este paraíso, en el que la belleza ordenada de la agricultura y la

prodigalidad de la naturaleza competían en plano de igualdad por su sorpresa y admiración.

Pero era monótona. Año tras año, día tras día, era lo mismo. Un poco más verde en la estación húmeda, un poco más parda en la seca. El paisaje montaraz era constantemente magnífico, aunque despertaba poca respuesta en el colono que había visto el mismo panorama desde la más temprana edad. En el emigrante, que en un principio había estado encantado y excitado, la monotonía engendraba indiferencia, que podía convertirse en disgusto y añoranza por el cambio de las estaciones durante el año.

El clima era duro e intolerable para los europeos del siglo XVII, sin el conocimiento moderno de la higiene tropical. El sol abrasador y la atmósfera húmeda causaban gran sufrimiento a todos los recién llegados, tanto a los europeos como a los africanos. Los africanos morían, pero las consecuencias para los europeos eran muy temidas por los plantadores, cuyo conocimiento y hábitos eran incapaces de combatirlas. La fiebre y la disentería en la estación tórrida; gripe, reumatismo, catarro nasal y diarrea en la húmeda; en todo momento un desánimo para acometer una labor sostenida, fomentado por la glotonería y la lascivia nacida de la abundancia y de las decenas de esclavos en espera para realizar cualquier tarea, desde quitarles los zapatos hasta pasar la noche.

La indulgencia se apoderaba de los colonos blancos desde la infancia. «Quiero un huevo», decía el niño. «No hay». «Entonces quiero dos». Esta famosa anécdota era característica. A la insalubridad del clima y la indulgencia de cada deseo había que añadirles la abierta conducta licenciosa y la ferocidad de los padres, la degradación de la vida humana que rodeaba al infante por todos lados.

La ignorancia inherente de la vida rural antes de la Revolución Industrial se reforzaba por la irascibilidad y el sentimiento de aislamiento que acompaña a la dominación incontestada de cientos de seres humanos. Las plantaciones estaban con frecuencia apartadas unas de otras, y en aquellos días del transporte a caballo y pocos y malos caminos en un país montañoso, la comunicación con los vecinos era difícil y esporádica. Los plantadores odiaban esa vida y solo trataban de hacer dinero suficiente para retirarse a Francia, o al menos pasar algunos meses en París, disfrutando de las ventajas de la civilización. Con tanta abundancia de comida y bebida, existía una lujosa hospitalidad, convertida en tradición. Sin embargo, la mayoría de las casonas, contrariamente a la leyenda, estaba pobremente amueblada, y los dueños las consideraban casas de descanso para los intervalos entre los viajes a París. En la búsqueda para vencer su abundante ocio y aburrimiento con comida, bebida, dados y negras, mucho antes de 1789 los plantadores habían perdido el modo de vida simple y la ruda energía de aquellos pioneros desconocidos que echaron los cimientos de la colonia. Un administrador y un supervisor, y los esclavos más inteligentes, eran más que suficientes para manejar sus plantaciones. Tan pronto como podían costearse el viaje abandonaban la isla, para

no volver si era posible, aunque nunca formaron en Francia una fuerza social y política tan rica y poderosa como la de los plantadores del Caribe británico en Inglaterra.

Las mujeres estaban sujetas a las mismas influencias malignas. En los primeros años de la colonia fueron importadas como los esclavos y la maquinaria. Las que primero llegaron eran, en su mayoría, barredura de las calles parisinas, trayendo a la isla «cuerpos tan corruptos como sus hábitos, que solo servían para infectar la colonia».<sup>1</sup> Otro funcionario, al solicitar mujeres, rogaba a las autoridades metropolitanas que no enviaran a «las más feas que pudieran encontrar en los hospitales». En fecha tan tardía como 1743, los funcionarios de Saint-Domingue se quejaban de que Francia todavía enviaba muchachas cuyas «aptitud para la procreación estaba en su mayor parte destruida debido al uso desmedido». Los proyectos para establecer algún sistema educacional nunca fructificaron. Con el incremento de la prosperidad, las hijas de los plantadores ricos se iban a París, donde, después de uno o dos años en una escuela de señoritas, se comprometían elegantemente en matrimonio con miembros empobrecidos de la nobleza francesa. Pero en la colonia ellas pasaban el tiempo acicalándose, cantando canciones estúpidas y escuchando los chismes y los halagos de las esclavas que las atendían. La pasión era su principal ocupación, estimulada por la sobrealimentación, el ocio y los celos eternos de las negras y las mulatas que competían con tanto éxito por los favores de sus esposos y amantes.

A los hombres de diversas razas, clases y tipos que formaron la población de Saint-Domingue en las etapas tempranas, había que añadir en la medida en que pasaban los años un elemento más unificado y cohesionado, los vástagos de la aristocracia francesa. Privados del poder político por Richelieu, y convertidos por Luis XIV en un apéndice decorativo y administrativo de la monarquía absoluta, los hijos más jóvenes de los nobles franceses encontraron en Saint-Domingue una oportunidad para reconstruir sus quebradas fortunas y de vivir la vida del rico rural que les era negada en Francia en esos momentos. Llegaban como oficiales del ejército y como funcionarios, y se quedaban para encontrar fortuna y familia. Comandaban la milicia y administraban una ruda justicia. Arrogantes y derrochadores, eran, sin embargo, un sector importante de la sociedad blanca de Saint-Domingue, que servía para darle mayor coherencia al estar conformada por elementos tan diversos y desintegradores. Pero ni siquiera su educación, tradiciones y orgullo constituían valladares contra la corrupción prevaleciente, y se podía ver a «un pariente de Vaudreils, un Châteauneuf o un Boucicaut, último descendiente del famoso mariscal de Francia, viviendo su vida entre un vaso de ron y una concubina negra».<sup>2</sup>

<sup>1</sup> De Vaissière: Ob. cit., pp. 77-79.

<sup>2</sup> Ibíd., p. 217.

La vida urbana es la partera de la civilización. Solo que, con la excepción de Puerto Príncipe, la capital, y Cabo Francés, los pueblos de Saint-Domingue en la cima de la prosperidad eran poco más que aldeas. En 1789 St. Marc tenía solo ciento cincuenta casas; Môle St. Nicolas, el Gibraltar del Mar Caribe, doscientas cincuenta. Léogâne, uno de los pueblos más importantes de la Provincia Occidental, poseía entre trescientas a cuatrocientas casas en quince calles; Jacmel, uno de los pueblos clave del Sur, cuarenta. Incluso, Cabo Francés, el París de las Antillas y centro del comercio europeo, tenía una población de veinte mil habitantes, de los cuales la mitad eran esclavos. Sin embargo, El Cabo, como se le decía familiarmente, fue un pueblo famoso en su época y, a su manera, era diferente. Allí reinaba una actividad incesante, con el puerto siempre lleno de barcos y sus calles repletas de mercancía. Pero también exhibía la marca del salvajismo que parece ser inseparable de todo lo relacionado con Saint-Domingue. Uno de los historiadores coloniales más distinguidos, Moreau de Saint-Méry, admite que las calles eran alcantarillas, y que la gente arrojaba a ellas todos los desperdicios. El gobierno suplicaba en vano a la población no hacer cosas indebidas en las calles; tener cuidado con el desecho de las «materias fecales»; no permitir que las ovejas, los cerdos y las cabras anduvieran sueltos. Nadie prestaba atención a estos llamados.

En Puerto Príncipe, la capital oficial de la colonia, la población lavaba la ropa sucia, hacía índigo y remojaba mandioca en el único manantial que le suministraba agua al pueblo. A pesar de las repetidas prohibiciones, se continuaba golpeando a los esclavos en las calles. Si llovía por la noche, no se podía caminar por el pueblo al día siguiente, y las corrientes de agua llenaban las zanjas a los lados de la calle, donde se podía oír el croar de las ranas. De Wimpffen calificó a Puerto Príncipe de «campamento tártaro», y Moreau de Saint-Méry, que era colono, rechazaba la dureza de la expresión pero admitía que no era completamente inadecuada.

Cualquier manifestación cultural que hubiese, se centraba en estos pueblos. En El Cabo había varias sociedades masónicas y de otro tipo, como el Círculo de Filadelfia, completamente dedicado a la política, la filosofía y la literatura. Pero la principal lectura de la población eran las novelas pornográficas. Para el esparcimiento existían teatros, no solo en El Cabo y Puerto Príncipe, sino también en los pequeños poblados como Léogâne y St. Marc, donde los melodramas y las obras de suspenso del momento se ponían a sala llena. En 1787 solamente en Puerto Príncipe había tres compañías teatrales.

Lo que les faltaba a los pueblos en actividad intelectual les sobraba en vicio: tugurios de juego (porque todo el mundo en Saint-Domingue jugaba y se ganaban y perdían grandes fortunas en pocos días), salones de baile y burdeles privados, en los que las mulatas vivían con lujo y comodidades tales que en 1789, de siete mil mulatas que había en Saint-Domingue, cinco mil eran prostitutas o queridas de hombres blancos.

Los miembros del clero regular de Saint-Domingue, en lugar de constituir una influencia moderadora, eran notorios por su irreverencia y degeneración. En los primeros años el clero consistía en monjes no ordenados como sacerdotes. Posteriormente llegó una mejor clase de curas, pero en esa sociedad túrgida y sobrecalentada, pocos eran capaces de resistir las tentaciones del dinero fácil, la vida fácil y las mujeres fáciles; muchos de ellos vivían abiertamente con sus concubinas. Su afán por el dinero los condujo a explotar a los negros con la misma crueldad que el resto del Saint-Domingue blanco. Alrededor de mediados del siglo xvii, uno de ellos solía bautizar a los mismos negros siete u ocho veces debido a que la ceremonia divertía a los esclavos y estaban dispuestos a pagar una pequeña suma por cada bautizo. En fecha tan tardía como 1770, otro competía con los brujos negros por las monedas de cobre de los esclavos, vendiéndoles amuletos contra las enfermedades y talismanes para asegurar el éxito de sus pequeñas empresas.

En los pueblos, los grandes comerciantes y los agentes adinerados de la burguesía marítima estaban incluidos con los dueños de plantaciones entre los grandes blancos. En las plantaciones, los administradores y los supervisores eran agentes del dueño absentista o, bajo el mando del propio dueño, sus subordinados. Estos empleados de las áreas rurales, y en los pueblos los pequeños abogados, los notarios, los oficinistas, los artesanos y los bodegueros, se conocían como los pequeños blancos.<sup>3</sup> Incluida en esta categoría figuraba una multitud de vagabundos urbanos, fugitivos de la justicia, galeotes escapados, deudores incapaces de pagar sus cuentas, aventureros en busca de aventuras o fortunas rápidas, hombres de todos los delitos y todas las nacionalidades. Venían del bajo mundo de dos continentes, franceses y españoles, malteses, italianos, portugueses y americanos. Porque cualesquiera que sea el origen, el historial o el carácter de un hombre, aquí su piel blanca lo convertía en una persona distinguida, y siendo rechazados o considerados como fracasados en sus propios países, viajaban a Saint-Domingue, donde lograban respeto a muy bajo precio, fluía el dinero y las oportunidades para el vicio abundaban.

Ninguno de los pequeños blancos era sirviente, ni realizaba el trabajo que un negro podía hacer por él. Un barbero llamado para atender a un cliente se apareció vestido de seda, sombrero bajo el brazo, espada al cinto, bastón bajo el codo, seguido por cuatro negros. Uno de ellos le peinó el cabello, el otro lo vistió, el otro lo rizó y el cuarto terminó la tarea. Mientras trabajaban, el barbero presidía las distintas operaciones. Al más mínimo

<sup>3</sup> No deben confundirse los pequeños blancos con los modernos «blancos pobres» de los Estados Unidos o Sudáfrica. Algunos de estos, especialmente en los Estados Unidos, viven a un nivel casi tan bajo como los negros en sus comunidades.

error, la menor distracción, abofeteaba con tanta fuerza la mejilla del desafortunado esclavo que este caía con regular frecuencia. El esclavo se levantaba sin dar señales de resentimiento y reanudaba su labor. La misma mano que tumbó al esclavo se cerró sobre una enorme cantidad de dinero, y el barbero se marchó con la misma insolencia y elegancia con que llegó.

Este era el patrón de aquellos para quienes el prejuicio racial era más importante, incluso, que la posesión de esclavos, de los cuales tenían pocos. La diferencia entre un hombre blanco y un hombre de color era fundamental para ellos. Era todo. Para defender eso echarían abajo su mundo entero.

Los grandes y pequeños blancos no eran toda la población blanca de Saint-Domingue. Por encima de ellos estaba la burocracia que gobernaba la isla, compuesta en casi su totalidad por franceses venidos de Francia. A la cabeza de esa burocracia estaban el Gobernador y el Intendente. El Gobernador era el representante oficial del Rey, con todo lo que eso implica, incluso en la actualidad, en la administración de las colonias distantes. Su salario oficial podía ser tanto como de cien mil libras<sup>4</sup> al año, además de las ganancias comunes a esos puestos en el siglo XX como también en el XVIII: la obtención de concesiones, el actuar secretamente como agentes de mercancías europeas en las colonias y de mercancías coloniales en Europa. Un noble francés ambicionaba tanto la gobernatura de Saint-Domingue como su contraparte británica un virreinato en la India. En 1787, el Gobernador era un hermano del embajador francés en Londres, y dejó el puesto de Gobernador para convertirse en ministro de la Marina.

Después del Gobernador estaba el Intendente, responsable de la justicia, las finanzas y la administración general, que en ocasiones devengaba un salario de ochenta mil libras al año. El Gobernador era un militar y un aristócrata; el Intendente, un burócrata; y lo militar y lo civil estaban constantemente en discrepancia. Pero contra los blancos locales, el Gobernador, el Intendente y el personal bajo sus órdenes –los comandantes en los distritos y los funcionarios de mayor nivel–, representaban la autoridad del Rey y los privilegios comerciales de la burguesía francesa. Podían arrestar sin una orden judicial, podían negarse a cumplir las instrucciones del Ministro, podían obligar a renunciar a los miembros de los consejos asesores locales, podían conceder favores, confiscar, aumentar los impuestos, etc. De hecho, su arbitrariedad no tenía límites legales. «Dios estaba muy alto y el Rey muy lejos».

Los colonos los odiaban. Además de su poder absoluto, eran derrochadores y extravagantes, sus malversaciones eran constantes y enormes, y trataban a los blancos locales con una arrogancia y superioridad tal que irritaba a esos pequeños potentados con sus dos o sus trescientos esclavos. Hubo buenos y malos gobernadores, buenos y malos intendentes,

<sup>4</sup> Una libra equivalía, aproximadamente, a dos tercios de un franco.



como hubo buenos y malos amos de esclavos. Pero era un asunto de pura casualidad. El sistema era lo malo.

Existía alguna semblanza de autogobierno local. En El Cabo y en Puerto Príncipe había consejos que registraban los edictos reales y las decisiones del gobierno local. Poco antes de la Revolución se creó un consejo formado por los blancos más ricos y poderosos, que se suponía representara la opinión a ese nivel. Pero el Intendente, como el Gobernador en los Consejos Legislativos británicos de la actualidad, podía aceptar o rechazar sus recomendaciones a voluntad.

La burocracia, con la fuente de su poder a tantos kilómetros de distancia, no podía depender solo de los dos regimientos franceses en la colonia. En 1789, los funcionarios en Saint-Domingue, donde había una población blanca de unas treinta mil personas, sumaban quinientos trece. Sin ningún tipo de apoyo masivo, el gobierno hubiera sido imposible. Trayendo consigo de Francia la hostilidad tradicional de la monarquía absoluta al poder político de la nobleza feudal, los burócratas trataban de contrapesar el poder de los plantadores con los pequeños blancos de la ciudad y el campo. La queja principal de estos últimos era contra la milicia que patrullaba los distritos y que frecuentemente interfería en la administración de la justicia y las finanzas por parte del Intendente. A estas quejas, el Intendente siempre les prestaba oídos. En 1760, uno llegó al punto de disolver completamente la milicia y nombrar síndicos para que desempeñaran el gobierno local. La colonia entró en caos, el gobierno metropolitano tuvo que restablecer la milicia y otorgarles de nuevo sus antiguos poderes al ejército. De inmediato estalló una insurrección en la isla, encabezada por jueces de paz, abogados, notarios y fiscales locales. Los plantadores argumentaban que los que apoyaban la rebelión eran los sectores más bajos de la población: en un distrito, tres judíos portugueses, un notario, un camarero, un sastre, un zapatero, un ayudante de carnicero y un ex soldado de filas. Era abrumador el desprecio de los plantadores por «estos pillos que han ocasionado problemas, de los cuales podemos decir con justicia que son la canalla más vil, cuyos padres han sido lacayos o sirvientes domésticos, o inclusive de origen aún más bajo».<sup>5</sup> No era el origen inferior lo que justificaba el ataque de los plantadores a los pequeños blancos. Sastres, carniceros y soldados de filas desempeñarían el papel decisivo en la Revolución Francesa —y gracias a sus acciones espontáneas salvaron a París de la contrarrevolución interna y externa—. Sin embargo, la mayoría de los pequeños blancos era escoria y no ejercía ninguna función importante en la economía de la colonia. Si cada uno de ellos hubiera sido deportado, su trabajo que hacía podían realizarlo los mulatos, los negros libres e, incluso, los esclavos. No eran parte integral de la sociedad de Saint-Domingue ni en cuanto a función, nacimiento o tradición. Pero eran blancos, y como tales, útiles a la burocracia. En 1771

<sup>5</sup> De Vaissière: Ob. cit., pp. 145-147.



encontramos de nuevo al Intendente quejándose de la tiranía militar. «Desde que se restableció la milicia», se lamentaba, «los oficiales diariamente privan a los jueces ordinarios de sus prerrogativas».

He ahí, entonces, la gran división, la que existía entre los grandes y los pequeños blancos, con la burocracia en el medio como equilibrio y alentando a los pequeños blancos. Nada podía aminorar o resolver este conflicto. Cuando comenzó la Revolución en Francia, estos dos grupos saltarían el uno sobre el otro y lucharían a muerte.

En Saint-Domingue existía otra clase de hombres: los mulatos y negros libres. Ninguna legislación, ni el aumento de los prejuicios raciales, pudieron destruir la atracción de los blancos por las negras de Saint-Domingue. Era característica en todas las clases: la chusma de los muelles, el plantador o el administrador que escogía a la esclava para pasar la noche con él y la sacaba de su cama a la mañana siguiente para que enfrentara el cuero del mayoral; un gobernador de la colonia, recién llegado de Francia, conturbado al verse arrastrado por la pasión hacia la más bella de sus cuatro mucamas negras.

Al principio todos los mulatos eran libres al cumplir los veinticuatro años de edad, no por ley sino porque los blancos eran tan pocos en comparación con los esclavos, que los amos trataban de captar a estos intermedios antes de permitirles que engrosaran las filas de sus enemigos. En aquellos primeros años los prejuicios raciales no eran fuertes. El Código Negro de 1685 autorizaba el matrimonio entre el blanco y la esclava que tuviera hijos con él, quedando ella y sus hijos libres tras esta ceremonia. El Código concedía a los mulatos y negros libres iguales derechos que los blancos. Pero a medida que creció la población blanca, el Saint-Domingue blanco desechó esta convención y esclavizó o vendió a sus numerosos hijos como cualquier rey en la selva africana. Todos los intentos de impedir el concubinato fracasaron, y los niños mulatos se multiplicaron, para ser liberados o permanecer como esclavos según el capricho de sus padres. Muchos fueron liberados, para convertirse en artesanos y sirvientes domésticos. Comenzaron a tener propiedades, y los blancos, mientras incrementaban incesantemente el número de mulatos, empezaron a hostigarlos y reprimirlos mediante leyes mal intencionadas. Les impusieron tanta carga pública como les fue posible. Cuando llegaban a la mayoría de edad, se veían obligados a incorporarse a la *maréchaussée*, una organización policial para el arresto de los esclavos fugitivos, la protección de los viajeros en los caminos, la captura de negros peligrosos, la lucha contra los cimarrones, es decir, todas las tareas difíciles y riesgosas que los blancos locales ordenaran. Después de tres años de servicio en la *maréchaussée* tenían que incorporarse a la milicia local, con sus propias armas, municiones y equipamiento, sin pago o estipendio de ningún tipo, y sirviendo a discreción al oficial blanco que tuviera el mando. Tales tareas, como el patrullaje forzoso de los caminos, recaían sobre ellos con

severidad extrema. Se les excluía de los departamentos de la Marina y el Ejército, de la práctica de la abogacía, la medicina y el sacerdocio, y de todos los puestos en oficinas públicas y cargos de confianza. Un blanco podía entrar en la propiedad de un mulato, seducir a su esposa o hija, insultarlo como quisiera, seguro de que a cualquier indicio de resentimiento o venganza, todos los blancos y el gobierno se apresurarían a linchar. En todas las acciones legales la decisión casi siempre recaía en contra de los mulatos. Para aterrorizarlos en la sumisión, a cualquier hombre de color que golpeara a un blanco, sin importar su posición en la sociedad, se le cortaba el brazo derecho.

Pero gracias a la buena suerte, el número de propiedades que podían poseer no estaba limitado, como en las islas inglesas. Con buen físico e inteligencia, administrando por sí mismos sus empresas sin desperdiciar sus fortunas con extravagantes viajes a París, comenzaron a enriquecerse como maestros artesanos y luego como propietarios. En la medida en que los mulatos prosperaban, los celos y la envidia de los colonos blancos se fueron transformando en odio feroz y temor. Dividieron a la descendencia de blancos con negros, y tonos intermedios, en ciento veintiocho categorías. El verdadero mulato era hijo de negra pura y blanco puro. El hijo del blanco y la mulata era un cuarterón con 96 partes de blanco y 32 de negro. Pero el cuarterón podía ser resultado de blanco y *marabou*, en la proporción de 88 a 40, o de blanco y *sacatra*, en proporción de 72 a 56, y así a lo largo de las ciento veintiocho variaciones. Pero el *sang-mêlé*, con ciento veintisiete partes de blanco y una de negro, era todavía un hombre de color.

En una sociedad esclavista, la simple posesión de la libertad personal es un valioso privilegio. Las leyes de Grecia y Roma son prueba de severa legislación, no asociada a la cuestión racial contra esclavos y libertos. Detrás de toda la tontería del cuarterón, el *sacatra* o el *marabou*, una realidad dominaba la sociedad de Saint-Domingue: el temor a los esclavos. En las cuadrillas de esclavos estaban las madres y medio hermanos de los mulatos, de ahí que por mucho que este despreciara la mitad negra de su origen, se sentía a gusto entre los esclavos y, por su riqueza y educación, podía ejercer cierta influencia sobre ellos, algo que un blanco nunca lograría. Además, era necesario mantener a los esclavos subyugados mediante la asociación de la inferioridad y la degradación con el aspecto obviamente más distintivo: la piel negra. Como pocos esclavos sabían leer, los colonos no dudaban en decir abiertamente: «Es esencial mantener la mayor distancia entre los que obedecen y los que mandan. Uno de los medios más seguros para lograrlo es perpetuar las condiciones creadas por la esclavitud». Por tanto, a ningún mulato, cualquiera que fuera el número de sus partes blancas, se le permitía asumir el nombre de su padre blanco.

Solo que a pesar de estas restricciones los mulatos continuaron progresando. Hacia 1755, un poco más de tres generaciones después de la puesta en vigor del Código Negro, comenzaron a llenar la colonia, y su número y riquezas crecientes eran causa de alarma para los blancos.

Según un informe,<sup>6</sup> vivían como sus antepasados, de los vegetales cultivados localmente, no bebían vino, limitándose a los licores extraídos de la caña de azúcar. De esta manera, su consumo personal en nada contribuía al mantenimiento del importante comercio con Francia. El sobrio modo de vida y pocos gastos les permitía ahorrar la mayor parte de sus ingresos cada año, acumulando inmensos capitales y volviéndose más arrogantes a medida que crecía su riqueza. Competían por comprar todas las propiedades en venta en los distintos distritos, lo que elevaba los precios a tales alturas que los blancos no ricos no podían adquirirlas o se arruinaban en el intento por mantener a su paso. Así, en algunos distritos, las mejores propiedades estaban en manos de los media-casta, no obstante ser los menos dispuestos a someterse a los estatutos laborales y los deberes públicos. Sus plantaciones eran santuario y asilo de los libertos que no tenían ni trabajo ni profesión, y de numerosos esclavos fugitivos huidos de sus cuadrillas. Siendo tan ricos, imitaban el estilo de los blancos y hacían todo lo posible por borrar todas las huellas de su origen. Trataban de obtener mandos superiores en la milicia. Aquellos que eran lo suficientemente hábiles como para lograr que se olvidara el estigma de su origen, incluso intentaban ocupar plazas en el sistema judicial. Si este estado de cosas continuaba, pronto estarían entrando en las familias distinguidas mediante el matrimonio, lo cual ataría a estas familias en una alianza con los esclavos en las cuadrillas, de donde provenían las madres de estos advenedizos.

Lo anterior no es el graznido rencoroso de un colono celoso. Es un memorando oficial de la burocracia al Ministro. El incremento de su número y de sus riquezas confería a los mulatos mayor orgullo y aguzaba su resentimiento contra las humillaciones. Algunos enviaban a sus hijos a educarse en Francia, donde, incluso cien años antes de la Revolución, había poco prejuicio acerca del color de la piel. Hasta 1716, cada negro esclavo que pisaba suelo francés era considerado libre, y después de un intervalo de cincuenta años, otro decreto en 1762 reafirmó esto. En 1739, un esclavo era el trompeta en el Real Regimiento de Carabineros; mulatos jóvenes fueron admitidos en los cuerpos del ejército reservados para la juventud noble, trabajaban en las oficinas de los magistrados y servían como pajes en los tribunales.<sup>7</sup> No obstante, estos hombres tenían que volver a Saint-Domingue y someterse a la discriminación y brutalidad de los blancos. Y cuando los mulatos comenzaron a presionar en contra de las barreras, el Saint-Domingue blanco aprobó una serie de leyes cuyo salvajismo maniaco es único en el mundo moderno y que —a la altura de 1933— es improbable que vuelva a tener paralelo en la historia. El Consejo de Puerto Príncipe, utilizando la cuestión racial como pantalla, quería

<sup>6</sup> De Vaissière: Ob. cit., p. 222.

<sup>7</sup> Auguste Lebeau: *De la condition des gens de couleur libres sous l'ancien régime*, Poitiers, 1903.

esta es gente peligrosa, más amistosa con los esclavos, a quienes están aún ligados, que a nosotros, que los oprimimos mediante la subordinación que exigimos y el desprecio con que los tratamos. En una Revolución, en un momento de tensión, serán los primeros en romper el yugo que pesa sobre ellos, con más razón porque son más ricos y están ahora acostumbrados a tener deudores blancos, por lo que ya no nos respetan lo suficiente.

Pero los colonos no pudieron llevar a efecto estos planes arrasadores. Los mulatos, a diferencia de los judíos alemanes, eran demasiado numerosos, y la Revolución hubiera empezado allí en ese momento.

Los colonos tuvieron que contentarse con arrojar sobre estos rivales todas las humillaciones que la astucia y la maldad podían imaginar. Entre 1758 y el estallido de la Revolución aumentaron las persecuciones.<sup>8</sup> Se les prohibió a los mulatos llevar espada, sable o traje europeo. No podían comprar municiones excepto con un permiso especial en que constara la cantidad exacta. No podían reunirse «con el pretexto» de bodas, banquetes o danzas, bajo pena de una multa la primera vez, prisión la segunda, y peor la siguiente. Se les prohibió permanecer en Francia. Se les prohibió participar en juegos europeos. Se les prohibió a los sacerdotes copiarles cualquier documento. En 1781, ocho años antes de la Revolución, se les prohibió usar los títulos de Señor y Señora. Hasta 1791, si un hombre blanco comía en casa de un mulato, este no podía sentarse a la mesa con él. El único privilegio que les permitían era el de prestar dinero a los blancos.

Ante tal situación no había otra salida que no fuera la insurrección, y hasta que cayó la Bastilla los intentos de los mulatos por emanciparse asumieron formas extrañas. De Vaissière desenterró una historia que podemos entender mucho mejor después del hitlerismo. En 1771, el Honorable Chapuzet había logrado que el Consejo de El Cabo le concediera, mediante un decreto, los privilegios de un blanco, dado que su oscura carrera impedía cualquier cuestionamiento sobre su origen. Poco después

<sup>8</sup> Lebeau: Ob. cit.; De Vaissière: Ob. cit., cap. III. *Saint-Domingue à la veille de la Révolution. Les souvenirs du Baron de Wimpffen*, editado por Albert Savine, pp. 36-38 y ss.

trató de convertirse en oficial de la milicia. Cuatro tenientes de la milicia de la Pradera Norte investigaron minuciosamente los archivos y presentaron una genealogía exacta de la familia Chapuzet en la que se demostraba que un antepasado materno, ciento cincuenta años atrás, era un negro de St. Kitts. Chapuzet se defendió «con la ley y los hechos». Con la ley, porque el poder de decidir acerca del estatus de un ciudadano era prerrogativa del gobierno y no de los individuos privados; con los hechos, porque en 1624 no había negros en St. Kitts. Esto llevó el caso al terreno de la historia colonial. Con datos extraídos de los historiadores, los blancos probaron que había esclavos en St. Kitts en 1624. Chapuzet admitió su derrota y marchó a Francia.

Tres años después, Chapuzet regresó, haciéndose llamar como el Señor Chapuzet de Guérin, o familiarmente Señor de Guérin. Aristócrata, al menos por el nombre, y con el apoyo de un patrocinador volvió a llevar a los tribunales su caso para ser considerado un hombre blanco. Una vez más fue derrotado. Pero Chapuzet era un hombre inteligente. Planteó que «el negro de St. Kitts» no era un negro sino un caribe, un caribe nacido libre, «miembro de la noble raza a la que franceses y españoles le impusieron la ley de la conquista». Chapuzet triunfó. En 1779, dos decretos del Consejo declararon que su reclamación estaba justificada. Pero no obtuvo su rango en la milicia. Los oficiales locales no se atrevieron a nombrarlo. Después de la publicación de los decretos, las personas de color celebraron con tal júbilo y esperanzas infundadas, que las consecuencias del nombramiento de Chapuzet podría haber sido muy peligroso. A las puertas de su abogado se agolpaban los cuarterones y otros mulatos de piel clara para convertir a sus remotos antepasados esclavos en caribes libres y nobles.

Eran tan obvias las ventajas de ser blanco que los prejuicios raciales contra los negros permeaban las mentes de los mulatos que resentían amargamente esos mismos prejuicios en los blancos. Los esclavos negros y los mulatos se odiaban. Aun cuando en las palabras, su éxito en la vida y en muchas de sus acciones, los mulatos demostraron la falsedad del planteamiento de la inherente superioridad de los blancos, el hombre de color que era casi blanco despreciaba al que era medio blanco, quien, a su vez, despreciaba al que era solo una cuarta parte blanco, y así en cada una de las tonalidades.

En términos comparativos, no había muchos negros libres. Pero tan despreciada era la piel negra que incluso un mulato esclavo se sentía superior a un negro libre. El mulato se hubiera suicidado antes de ser esclavo de un negro.

Todo esto parece un cruce entre una pesadilla y un chiste de mal gusto. Sin embargo, estas diferencias todavía ejercen influencia en el Caribe actual.<sup>9</sup> Mientras que los blancos en Gran Bretaña detestaban a los

<sup>9</sup> Aún es así en 1961.

mestizos más que al negro puro, los blancos del Caribe preferían a los mestizos en detrimento de los negros. No obstante, estas son cuestiones de prestigio social. La discriminación racial en África es hoy día, como lo fue en Saint-Domingue, asunto de política gubernamental, que se hace cumplir mediante balas y bayonetas. Hemos visto cómo los gobernantes de una nación europea convirtieron a la abuela aria en algo tan precioso para sus compatriotas como el antepasado caribe para los mulatos. La causa es la misma en cada caso: la justificación del saqueo mediante cualquier ostensible diferenciación con los que detentan el poder. Es conveniente que el lector recuerde lo que dijo acerca de los hombres de color un entrenado observador que en 1935 viajaba a través del Caribe: «Unos pocos en la cima –jueces, abogados, doctores–, independientemente del color de su piel, podían competir en cualquier círculo. Muchísimos más son intelectualmente iguales o superiores a sus contrapartes blancos».<sup>10</sup> En comparación con los blancos, muchos de los mulatos y negros libres se hallaban en el atraso, pero su capacidad era perfectamente obvia en el Saint-Domingue de los años anteriores a 1789. Hizo falta la pólvora y el frío acero para convencer a los blancos de la colonia. Y si, como hemos visto, los más inteligentes de ellos no se autoengañaban acerca de los orígenes materialistas de sus prejuicios contra los mulatos, cometeríamos un gran error si pensáramos que eran hipócritas cuando proclamaban que la piel blanca garantizaba a los amos una habilidad superior y les otorgaba el monopolio de lo mejor que podía ofrecer la colonia.

Sobre las diversas formas de propiedad y sobre las condiciones sociales de existencia se levanta toda una superestructura de sentimientos, ilusiones, modos de pensar y concepciones de vida diversos y plasmados de un modo peculiar. La clase entera los crea y los forma derivándolos de sus bases materiales y de las relaciones sociales correspondientes. El individuo suelto, a quien se le imbuye la tradición y la educación, podrá creer que son los verdaderos móviles y el punto de partida de su conducta.<sup>11</sup>

En torno a este origen común del prejuicio, se vieron contra los mulatos los pequeños blancos, los grandes blancos y la burocracia. Así había sido durante ciento cincuenta años. ¿Pero lo era? Los burócratas de mayor nivel, franceses cultos, llegaron a la isla sin prejuicio y, en busca del apoyo de masas, solían ayudar en algo a los mulatos. Los mulatos y los grandes blancos tenían algo en común: la propiedad. Una vez desatada la Revolución, los grandes blancos tendrían que escoger entre los aliados de raza y los aliados de propiedad. No dudarían mucho tiempo.

<sup>10</sup> William M. McMillan: *Warning from the West Indies*, Londres, 1936, p. 49.

<sup>11</sup> Carlos Marx: *El dieciocho brumario* [tomado de Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. I, pp. 431-432. *Nota de la traductora*].



Tal era la sociedad de esta famosa colonia. Esas sus gentes y esa la vida por la que tanta sangre se derramó y se sufrió. Las mejores mentes del momento no se hacían ilusiones sobre ella. El barón De Wimpffen, quien conoció la colonia en 1790, en la cúspide de su prosperidad, vio un día a un esclavo que apoyado en el mango de su azada, miraba con tristeza el crepúsculo. «¿Qué estás haciendo, Nazimbo? ¿Qué miras?», le preguntó. Nazimbo extendió su mano hacia el sol poniente. «Veo a mi país», respondió, mientras de sus ojos brotaban las lágrimas. «También yo veo a mi país allí», dijo De Wimpffen para sí, «y tengo la esperanza de volver a verlo algún día, pero tú, pobre negro, nunca verás el tuyo de nuevo». Tanto el liberal educado como el simple esclavo detestaban el lugar. Pocos meses después De Wimpffen se marchó y escribió sus opiniones. Es un epitafio apropiado de esa sociedad que tres años después sería destruida. «¿Desea saber mi palabra definitiva sobre este país? Es que, mientras más conozco a los hombres que lo habitan, más me alegro de irme [...]. Cuando uno es lo que la mayor parte de los plantadores es, se nace para poseer esclavos. Cuando uno es lo que la mayoría de los esclavos es, uno nace para ser esclavo. En este país todo el mundo está en su lugar».

La prosperidad no es una cuestión moral, y la justificación de Saint-Domingue era su prosperidad. Nunca, durante siglos, el mundo occidental había conocido tanto progreso económico. Hacia 1754, dos años antes del comienzo de la Guerra de los Siete Años, había 599 plantaciones de azúcar y 3 379 de índigo. Durante esa guerra (1756-1763), la marina francesa, barrida de los mares por la armada británica, no podía traer los abastecimientos de los que dependía la colonia, el extenso comercio de contrabando no podía suplir la deficiencia, miles de esclavos murieron de hambre y el crecimiento de la producción, aunque no se detuvo, disminuyó. Pero después del Tratado de París en 1763, la colonia dio un gran paso de avance. En 1767 exportó 72 millones de libras de azúcar crudo y 51 millones de refino; un millón de libras de índigo y dos millones de libras de algodón; grandes cantidades de cuero, melaza, cacao y ron. El contrabando, del que las autoridades hacían la vista gorda, elevaba las cifras oficiales al menos en un 25%. Tampoco Saint-Domingue sobresalía únicamente por la cantidad, sino también por la calidad. Cada mata de café producía una libra como promedio, equivalente en calidad al Moca. El algodón crecía silvestre, sin atención de cultivo, en suelo pedregoso y entre las grietas de las rocas. El índigo también crecía espontáneamente. El tabaco tenía las hojas más grandes que en ningún otro lugar de las Américas, y algunas veces rivalizaba en cuanto a calidad con el que se producía en La Habana. La semilla de cacao de Saint-Domingue era más acidulada que la de Venezuela, y no era inferior en otros aspectos, lo probaba el hecho de que el chocolate fabricado con la mezcla de ambos cacaos tenía un sabor más delicado que el que se confeccionaba solo con cacao venezolano.

Si bien en ningún otro lugar se concentraba tanta miseria como en un barco negrero, ninguna otra porción de la superficie de la Tierra, en

relación con su tamaño, producía más riqueza que la colonia de Saint-Domingue.

Sin embargo, sería esta prosperidad la misma que conduciría a la Revolución.

Desde el principio, los colonos estuvieron en pugna con el gobierno francés y con los intereses que representaba. El francés, como cualquier otro gobierno en aquellos días, consideraba que las colonias existían exclusivamente para el beneficio de la metrópoli. Conocido como el Sistema Mercantil de Inglaterra, el gobierno francés llamaba a esta tiranía económica por un nombre más modesto, la Exclusiva. Cualquier bien manufacturado que los colonos necesitaran, se veían obligados a comprarlo en Francia. Sus productos solo podían venderlos a Francia. Las mercancías eran transportadas justamente en barcos franceses. Incluso el azúcar crudo que se producía en las colonias tenía que ser refinado en la madre patria, y el gobierno francés imponía altas tarifas al refino de origen colonial. «Las colonias», decía Colbert, «son fundadas por y para la metrópoli». Algo que no era verdad. Los colonos habían fundado a Saint-Domingue por sí mismos, y la falsedad de esta declaración hacía más difícil soportar la explotación.

En 1664, el gobierno francés, según costumbre de la época, concedió los derechos de comercio con Saint-Domingue a una compañía privada. Pero los monopolistas no podían o no querían enviar todas las mercancías que los colonos pedían, de ahí que les cobraban casi el doble de lo que estaban acostumbrados a pagar. Los colonos se rebelaron, y el Gobernador se vio obligado a aliviar las restricciones. En 1722 sucedió lo mismo. Algunos agentes recibieron de la compañía la concesión exclusiva del comercio negrero en África como retribución por el suministro de dos mil negros cada año. Pero hacia 1720 los colonos necesitaban ocho mil esclavos anuales, y sabían que, además de suministrarles solo la cuarta parte de sus necesidades, la compañía elevaría el precio. Hubo otra insurrección. Los colonos llevaron a prisión al Gobernador. El gobierno francés tuvo que modificar los privilegios de la compañía. Los colonos se veían constreñidos por la Exclusiva a beneficio de la metrópoli, mientras crecía su riqueza, consideraban que las restricciones eran cada vez más intolerables. La dependencia política a la madre patria retrasaba en ese momento el crecimiento económico de Saint-Domingue. Los colonos deseaban librarse las cadenas, como hicieron las colonias británicas de América del Norte. Si bien los grandes y los pequeños blancos se hallaban en conflicto permanente, estaban unidos contra los mulatos, por una parte, y contra la burguesía francesa, por la otra. Podían perseguir a los mulatos, mas no podían hacer nada contra la burguesía francesa, excepto encolerizarse. Mucho antes de 1789 la burguesía francesa era la fuerza económica más poderosa en Francia, y el comercio de esclavos y las colonias constituían las bases de su riqueza y poder.



El comercio de esclavos y la esclavitud fueron las bases económicas de la Revolución Francesa. «Triste ironía de la historia humana», comentaba Jaurès. «Las fortunas creadas en Burdeos y en Nantes mediante el comercio de esclavos, confirió a la burguesía ese orgullo que necesitaba libertad y que contribuyó a la emancipación humana». Nantes era el centro del comercio de esclavos. En fecha tan remota como 1666, ciento ocho barcos navegaron hasta la costa de Guinea y cargaron a bordo a 37 430 esclavos,<sup>12</sup> para un valor total de 37 millones, con ganancias para la burguesía local entre el 15 y el 20% del dinero invertido. En 1700 Nantes enviaba cincuenta barcos anuales al Caribe con carne salada irlandesa, tejido para el hogar y ropa de los esclavos, así como maquinaria para la industria azucarera. Casi todo el desarrollo industrial francés durante el siglo XVIII tuvo su origen en la producción de bienes y mercancías destinados a la costa de Guinea o las Américas. El capital proveniente del comercio de esclavos lo fertilizó. Y aunque la burguesía comerciaba con otros productos, todo dependía del éxito o el fracaso de ese tráfico.<sup>13</sup>

Algunos barcos cargaban en el camino vino de Madeira para los colonos y tortuga seca de Cabo Verde para los esclavos. Al regreso, traían a Nantes productos agrícolas coloniales, de donde las naves holandesas los llevaban al norte de Europa. Otros hacían el viaje de regreso a través de España y Portugal, intercambiando su carga colonial por los productos de estos países. Sesenta barcos de Rochelle y Oberon traían el bacalao salado a Nantes, con destino al mercado interno o para alimentar a los esclavos en las colonias. En el año 1758 nació la primera manufactura de tela india, confeccionada con el algodón crudo de la India y de las islas del Caribe.

Los plantadores y los pequeños manufactureros de Saint-Domingue solo podían establecerse mediante los adelantos de capital de la burguesía marítima. En 1789 solamente los comerciantes de Nantes tenían 50 millones invertidos en el Caribe.

Burdeos había comenzado su industria vinatera, lo que le daba a sus armadores y navegantes la oportunidad de comerciar con todo el mundo. Después vino el brandy, también comercializado en cada puerto, pero, sobre todo, en las colonias. Hacia mediados del siglo XVIII, 16 fábricas refinaban 10 000 toneladas de azúcar crudo de Saint-Domingue cada año, utilizando casi 4 000 toneladas de carbón vegetal. Las fábricas locales suministraban a la ciudad jarras, platos y botellas. El comercio era cosmopolita: flamencos, alemanes, holandeses, irlandeses e ingleses se radicaron en Burdeos, contribuyendo a la expansión general y amasando riquezas. Burdeos comerciaba con Holanda, Alemania, Portugal, Venecia e Irlanda, pero la esclavitud y el comercio colonial eran fuente, origen y sostén de esta industria floreciente y de este comercio distante.

<sup>12</sup> Esta sección se basa en la obra de Jean Jaurès, *Histoire socialiste de la Révolution Française*, París, 1922, pp. 62-84.

<sup>13</sup> Gaston-Martin: *Nantes au XVIII siècle. L'ère des négriers, 1714-1774*, París, 1931, p. 424.

Marsella era el gran centro del comercio por el Mediterráneo y hacia el Este. A comienzos de siglo un decreto real había tratado de excluirla del comercio con las colonias. El intento fracasó. Saint-Domingue ocupaba un lugar especial en el comercio de Marsella, que enviaba no solo los vinos de Provenza: en 1789 había en Marsella doce refinerías de azúcar, casi tantas como en Burdeos.

En los primeros años la mayor parte del comercio se realizaba en barcos contruidos por, o propiedad de, extranjeros. En cambio, hacia 1730 la burguesía marítima comenzó a construirlos. En 1778 los propietarios de barcos construyeron siete naves, y en 1784, treinta y dos, para un total de ciento quince barcos en seis años. Un marsellés dueño de barcos, Georges Roux pudo, por su cuenta, equipar una flota para vengarse de la flota inglesa por las capturas que había realizado.

Nantes, Burdeos y Marsella eran los centros principales de la burguesía marítima, pero Orleáns, Dieppe, Bercy-París, una docena de grandes ciudades, refinaban azúcar crudo y participaban en las industrias subsidiarias.<sup>14</sup> Gran parte de los cueros que se trabajaban en Francia provenía de Saint-Domingue. La floreciente industria algodonera de Normandía adquiría parte del algodón crudo del Caribe, y en todas sus ramificaciones el comercio del algodón daba ocupación a la población de más de cien ciudades francesas. En 1789 el intercambio con las colonias americanas era de 296 millones. Francia exportaba a las islas 78 millones en harina, carnes saladas, vinos y otros artículos. Las colonias enviaban a Francia 218 millones en azúcar, café, cacao, madera, índigo y cueros. De los 218 millones que importaba, solo 71 millones se consumían en Francia. El resto se exportaba después de ser procesados. El valor total de las colonias representaba 3 000 millones y de eso dependía la vida de un número de franceses que se ha estimado entre dos y seis millones de personas. En 1789 era el mercado del Nuevo Mundo. Recibía en sus puertos 1 587 barcos, mucho más que Marsella, y Francia utilizaba solo en el comercio con Saint-Domingue 750 grandes barcos, que empleaban 24 000 marineros. En 1789 las exportaciones británicas fueron de 17 millones de libras; y las de Francia, de 17 millones de libras, de las cuales casi 11 millones provenían del comercio con Saint-Domingue. El total del comercio colonial británico en ese año solo fue de cinco millones de libras.<sup>15</sup>

La burguesía marítima no quería oír hablar de cambios en la Exclusiva. Tenía el apoyo del Ministro y del gobierno francés, y no solo se les prohibió a los colonos comerciar con otros países foráneos, sino que la moneda francesa, excepto la de más baja denominación, no podía circular en las islas, a menos que los colonos la utilizaran para comprar mercancías extranjeras. Con tales formas de comercio estaban a merced de la burguesía. En 1774 se encontraban endeudados en 200 millones, y hacia

<sup>14</sup> Leon Deschamps: *Les colonies pendant la Révolution*, París, 1898, pp. 3-8.

<sup>15</sup> Henry Brougham: *The Colonial Policy of the European Powers*, vol. II, Edimburgo, 1803, pp. 538-540.

1789 se estima que la deuda era entre 300 y 500 millones.<sup>16</sup> Si los colonos se quejaban de la Exclusiva, la burguesía se quejaba de que los colonos no pagaban sus deudas y agitaba a favor de medidas más estrictas contra el contrabando.

A pesar de la riqueza de la burguesía francesa, el comercio colonial era demasiado grande para ella. Los burgueses británicos, más exitosos como comerciantes de esclavos, vendían todos los años miles de esclavos de contrabando a los colonos franceses, particularmente a Saint-Domingue. Sin embargo, aun cuando le vendían esclavos a esa colonia, los británicos observaban su progreso con alarma y envidia. Después de la independencia de los Estados Unidos en 1783, esta increíble colonia francesa dio súbitamente un salto tal que su producción casi se duplicó entre 1783 y 1789. En aquellos años, solo Burdeos invirtió 100 millones en Saint-Domingue. Los burgueses británicos eran los grandes rivales de los franceses. Se enfrentaron en todas las partes del mundo a lo largo del siglo XVIII. Los franceses se habían sumado alegremente al esfuerzo por expulsarlos de sus colonias de América del Norte. Saint-Domingue era sin duda la mejor colonia del mundo y sus posibilidades parecían ilimitadas. La burguesía británica investigó la nueva situación en el Caribe y, sobre la base de lo que vio, preparó una bomba para su rival. Sin esclavos, Saint-Domingue estaba condenada. Las colonias británicas tenían suficientes esclavos para garantizar todo el comercio que pudieran hacer en el futuro. Con las lágrimas rodando por sus mejillas por los pobres negros que sufrían, los burgueses británicos que no tenían intereses en el Caribe comenzaron a aullar lastimeramente por la abolición del comercio de esclavos.

Una raza venal de académicos, aduladores gananciosos de la vanidad nacional, ha conspirado para oscurecer la verdad acerca de la abolición. Hasta 1783 la burguesía británica dio por sentado el comercio de esclavos. En 1773, y nuevamente en 1774, la Asamblea de Jamaica, por temor a la insurrección y en busca de la elevación de los ingresos, impuso una tarifa sobre la importación de esclavos. Con gran cólera la Junta de Comercio Británica desautorizó las medidas y le comunicó al Gobernador que sería destituido si apoyaba un proyecto semejante.<sup>17</sup> Personas bien intencionadas hablaban de la iniquidad de la esclavitud y del comercio de esclavos, tal como las personas bien intencionadas hablaban en 1938 de la cuestión de los africanos o de la miseria de los campesinos de la India. Dr. Johnson hizo un brindis por la próxima insurrección de esclavos en el Caribe. Miembros del Parlamento introdujeron proyectos de leyes en fa-

<sup>16</sup> Leon Deschamps: Ob. cit., p. 25.

<sup>17</sup> House of Commons: *Accounts and Papers*, 1795-1796, vol. 100.

vor de la abolición del tráfico de esclavos, que fueron rechazados por la Cámara sin mucha molestia. En 1783, Lord North rechazó una solicitud en contra del comercio de esclavos.<sup>18</sup> La solicitud hacía honor a los sentimientos cristianos y al humanismo, etc., etc., pero ese comercio era necesario. Con la pérdida de las colonias en América del Norte, sin embargo, surgió una nueva situación.

Los británicos se dieron cuenta de que el fin del sistema mercantil con las trece colonias americanas los beneficiaba en lugar de perjudicarlos. Fue la primera gran lección acerca de las ventajas del libre comercio. Pero si bien los británicos ganaron, el Caribe británico sufrió. La burguesía industrial en ascenso, tanteando el camino hacia el libre comercio y la explotación de la India, comenzó a renegar de la Antillas, llamándolas «rocas estériles»<sup>19</sup> y se cuestionó si el interés y la independencia de la nación debían ser sacrificados por 72 000 amos y 400 000 esclavos.<sup>20</sup>

La burguesía industrial comenzaba su exitoso ataque contra el monopolio agrícola que culminó en la Abolición de las Leyes Cerealeras de 1846. Los productores azucareros del Caribe eran monopolistas cuyos métodos de producción proporcionaban un blanco fácil, y Adam Smith<sup>21</sup> y Arthur Young,<sup>22</sup> los punteros de la nueva era, condenaron el concepto del trabajo esclavo como el más caro del mundo. Además ¿por qué no obtener el azúcar de la India? Después de la pérdida de las colonias americanas, la India adquirió una nueva importancia. Los británicos experimentaron con el azúcar en Bengala, recibieron informes alentadores y en 1791 llegaron los primeros cargamentos.<sup>23</sup> En 1793, el señor Randle Jackson predicaría ante los accionistas de la compañía un sermoncito sobre la nueva orientación: «Parece que la providencia, cuando nos quitó América, dejó un buen sustituto a su pueblo favorito, y quién puede decir que la providencia no nos quitó un miembro para que nos percatáramos con más seriedad del valor de otro».<sup>24</sup> Puede que no fuera buena teología, pero era muy buena economía. Pitt y Dundas vieron la oportunidad de quitarle el mercado continental a Francia con el azúcar de la India. También estaban el algodón y el indigo. La producción de algodón en la India se

<sup>18</sup> *Parliamentary History*, XXIII, pp. 1026-1027.

<sup>19</sup> *The Right in the West Indian Merchants to a Double Monopoly of the Sugar market of Great Britain, and the Expediency of all Monopolies Examined* (s.f.).

<sup>20</sup> George Chalmers: *Opinions on Interesting Subjects of Law and Comercial Policy Arising from American Independence*, Londres, 1784, p. 60.

<sup>21</sup> Adam Smith: *Wealth of Nations*, vol. I, p. 123. «Todo parece indicar de acuerdo con la experiencia de todas las épocas y naciones [...] que el trabajo realizado por hombres libres es, a la postre, más barato que el realizado por esclavos».

<sup>22</sup> Arthur Young: *Annals of Agriculture*, 1788, vol. IX, pp. 88-96. «La producción de azúcar por los esclavos es la clase de trabajo más caro en el mundo».

<sup>23</sup> *East Indian Sugar*, 1822, apéndice I, p. 3.

<sup>24</sup> *Debate on the Expediency of Cultivating Sugar in the Territories of the East Indian Company*, East Indian House, 1793.

duplicó en unos pocos años. La fuerza de trabajo libre india costaba un centavo al día.

Pero los intereses creados en el Caribe eran fuertes. Los estadistas actúan no por simple especulación, y estas posibilidades, por sí mismas, no eran suficientes como para producir un cambio súbito en la política británica. Lo decisivo fue el crecimiento milagroso de Saint-Domingue. Pitt supo que alrededor del 50% de los esclavos que se importaban a las islas británicas se vendía a las colonias francesas.<sup>25</sup> Era, por tanto, el comercio británico de esclavos lo que estaba incrementando la producción agrícola de las colonias de Francia y colocando al mercado europeo en manos francesas. Gran Bretaña se estaba cortando su propio pescuezo. Y, además, era improbable que las ganancias provenientes de estas exportaciones duraran mucho tiempo. Ya unos años antes los comerciantes de esclavos habían perdido 700 000 libras anuales.<sup>26</sup> Los franceses, tratando de autoproverse de esclavos, estaban interfiriendo en África y aumentando su parte en ese comercio cada año. ¿Por qué tenían que continuar comprándole a Gran Bretaña? Holanda y España estaban haciendo lo mismo. Hacia 1786, Pitt, discípulo de Adam Smith, había visto claramente la luz. Le pidió a Wilberforce que se ocupara de la campaña.<sup>27</sup> Wilberforce representaba a la importante región de Yorkshire, tenía una gran reputación, y la retórica acerca del humanismo, la mancha en el carácter nacional, etc., sonaría muy bien viniendo de él. Pitt tenía prisa: era fundamental detener el comercio de esclavos completa, rápida y súbitamente. Los franceses no tenían ni el capital ni la organización para suplir el déficit, y él podía arruinar a Saint-Domingue de un golpe. En 1787 le advirtió a Wilberforce que si no lograba que la moción rindiera frutos, otro lo haría,<sup>28</sup> y en 1788 le informó al Gabinete que no se mantendría como miembro si los opositores lo eran.<sup>29</sup> Pitt estaba casi seguro del éxito en Inglaterra. Con verdadera audacia británica trató de persuadir a los gobiernos europeos para que abolieran, sobre la base de su inhumanidad, el comercio de esclavos. El gobierno francés discutió el asunto de forma amigable, pero en mayo de 1789 el embajador británico informaba con tristeza que parecía que todas las negociaciones con el gobierno francés habían sido solo para «felicitarlos y mantenerlos tranquilos y de buen humor».<sup>30</sup> Los holandeses, menos corteses, le dieron una negativa más

<sup>25</sup> *Report of the Committee of Privy Council for Trade and Plantations*, 1789, parte IV, tablas de Dominica y Jamaica. Ver también las estadísticas de Dundas, 18 de abril de 1792.

<sup>26</sup> Thomas Clarkson: *Essay on the Impolicy of the African Slave Trade*, Londres, 1788, p. 29.

<sup>27</sup> Reginald Coupland: *The British Anti-Slavery Movement*, Londres, 1933, p. 74.

<sup>28</sup> Reginald Coupland: *Wilberforce*, Londres, 1923, p. 93.

<sup>29</sup> Manuscritos de Sir John Fortescue. (Comisión de Manuscritos Históricos, British Museum). Pitt a Grenville, 29 de junio de 1788, vol. I, p. 342.

<sup>30</sup> *Liverpool Papers* (Manuscritos Adicionales, British Museum). Lord Dorset a Lord Hawkesbury. Vol. 38224, p. 118.

abrupta. Pero un gran golpe de suerte favoreció a Pitt. Francia comenzaba a agitarse con ataques prerrevolucionarios contra todo abuso ostensible. Un año después de constituirse en Gran Bretaña la Sociedad Abolicionista, un grupo de liberales franceses –Brissot, Mirabeau, Pétion, Condorcet, el Abate Grégoire, todas las grandes figuras de los primeros años de la Revolución– siguieron el ejemplo británico y formaron la sociedad Amigos del Negro. El guía e inspirador era Brissot, periodista que había conocido la esclavitud en los Estados Unidos. La sociedad estaba encaminada a la abolición de la esclavitud, publicaba una revista, agitaba, lo cual venía muy bien a los británicos. Clarkson fue a París para estimular «las energías dormidas»<sup>31</sup> de la sociedad, dio dinero y suministró a Francia propaganda británica contra la esclavitud.<sup>32</sup> A pesar de personalidades que llegarían a ser tan famosas y de su numerosa membresía, no podemos pensar que los Amigos del Negro representaban una fuerza. Los colonos los tomaron en serio, pero la burguesía marítima no. Fue la Revolución Francesa la que, con rapidez inesperada, sacaría a esos elocuentes franceses de su estimulante entusiasmo por la propaganda filantrópica y los enfrentaría a la realidad económica.

Estas eran las fuerzas que en décadas anteriores a la Revolución Francesa vincularan a Saint-Domingue con el destino económico de tres continentes y a los conflictos sociales y políticos de esa era preñada de contradicciones. Un comercio y un método de producción tan crueles y tan inmorales que se marchitarían ante la publicidad que una gran Revolución derramó sobre las fuentes de la riqueza; el poderoso gobierno británico decidido a destruir el comercio francés en las Antillas, agitando en casa e intrigando en Francia entre los hombres que, sin ellos mismos saberlo, pronto tendrían el poder en sus manos; el mundo colonial –ya en sí dividido– y la burguesía francesa, cada uno absorto en sus propósitos, y, desapercibidos del peligro que se acercaba, separándose en lugar de unirse. No un líder corajudo, muchos líderes corajudos eran necesarios, pero la ciencia de la historia no era entonces lo que es hoy y ningún hombre de aquellos tiempos podía prever, como podemos hacerlo en la actualidad, los cataclismos que se aproximaban.<sup>33</sup> Mirabeau dijo que los colonos dormían al borde del Vesubio, pero durante siglos se dijo lo mismo, y los esclavos nunca habían hecho nada.

¿Cómo podría nadie temer seriamente por tan magnífica colonia? La esclavitud parecía eterna y las ganancias crecían. Nunca antes, y quizás nunca después, el mundo había contemplado algo proporcionalmente tan esplendoroso como los últimos años del Saint-Domingue prerrevolucionario.

<sup>31</sup> Robert I. Wilberforce y Samuel Wilberforce: *Life of Wilberforce*, Londres, 1883, vol. I, p. 228.

<sup>32</sup> *Cahiers de la Révolution Française*, París, 1935, No. III, p. 25.

<sup>33</sup> Escrito en 1938.



Entre 1783 y 1789, la producción casi se duplicó. Entre 1764 y 1771, el promedio anual de las importaciones de esclavos oscilaba entre 10 000 y 15 000. En 1786 la cifra fue de 27 000, y a partir de 1787 la colonia recibía más de 40 000 esclavos al año. La prosperidad económica no es garantía de estabilidad social. Ello depende del equilibrio constantemente cambiante entre las clases. Fue la prosperidad de la burguesía lo que dio inicio a la Revolución Inglesa del siglo XVII. Con cada avance en la producción la colonia marchaba hacia su ruina.

El enorme incremento de esclavos llenaba la colonia de africanos nativos, más rencorosos, más intratables, más proclives a la rebelión que el negro criollo. Del medio millón de esclavos en la colonia en 1789, más de dos tercios había nacido en África.

Estos esclavos fueron empleados en el cultivo de nuevas tierras. No había tiempo para permitir el período de aclimatación, conocido como la maduración, y morían como moscas. En el tiempo transcurrido desde la fundación de la colonia hasta mediados del siglo XVIII, hubo mejoras en el tratamiento de los esclavos, pero la importante cifra de recién llegados, que tenían que ser amansados y aterrorizados para el trabajo y la sumisión, provocaba más temor y severidad. En 1784, los administradores que visitaban una de las tiendas de esclavos que en ocasiones servía de lugar de venta, en lugar de la cubierta del barco negrero, narraban el cuadro repulsivo de muertos y moribundos lanzados apresuradamente a la basura. El caso *Le Jeune* ocurrió en 1788. En 1790 De Wimpffen plantea que ningún artículo del Código Negro era obedecido. Él mismo se había sentado a la mesa con una mujer rica, bella y muy admirada que había hecho que un cocinero descuidado fuera lanzado al horno.

El problema para alimentar este enorme aumento de la población esclava agudizó más que nunca la lucha entre los plantadores y la burguesía marítima por la Exclusiva. Los plantadores habían logrado después de 1783 una pequeña apertura en esa camisa de fuerza y, tras probar la sangre, querían más.

Los mulatos educados en París durante la Guerra de los Siete Años habían regresado a la colonia. Su educación y logros colmaban a los colonos de odio, envidia y temor. Fue durante esos últimos años que se promulgó la más feroz legislación en su contra. Impedidos de volver a Francia, donde aprendieron cosas que no les convenía, se quedaron en casa para engrosar las filas de los insatisfechos.

Con el aumento del comercio y las ganancias, creció el número de plantadores que podía darse el lujo de dejar sus propiedades a cargo de administradores. Para 1789, además de los miembros de la burguesía marítima, había un grupo grande de propietarios absentistas en Francia vinculados a la aristocracia por medio del matrimonio, para quienes Saint-Domingue no era otra cosa que una fuente de ingresos para ser gastados en el ostentoso modo de vida del París aristocrático. Tan profundamente penetraron estos parásitos la aristocracia francesa que un informe de

Saint-Domingue al Rey podía decir, sin tener que exagerar mucho: «Señor, su corte es criolla».

La prosperidad afectó, incluso, a los esclavos. Muchos de ellos pudieron ahorrar dinero, comprar su libertad, y entrar en la tierra prometida.

Este era el Saint-Domingue de 1789, la más rica colonia que se conociera en el mundo; a primera vista, la posesión más floreciente y próspera en la faz del planeta. Para el analista, una sociedad desgarrada por contradicciones internas y externas, que en cuatro años destrozaría esa estructura en tantos pedazos que nunca más se podrían volver a unir.

Fue la burguesía francesa la que presionó el botón. Esta extraña sociedad de Saint-Domingue no era más que una exagerada ornamentación, una caricatura loca, del *ancien régime* en Francia. La burocracia real, incompetente y derrochadora, no podía administrar las finanzas de Francia; la aristocracia y el clero desangraban al campesinado, impidiendo el desarrollo económico del país, devorando los mejores lugares, y considerándose superiores al burgués capaz y vigoroso como los plantadores se consideraban superiores a los mulatos.

Pero la burguesía francesa también era orgullosa, y ninguno de sus componentes era más orgulloso que los miembros de la burguesía marítima. Hemos visto su riqueza. Sabían que eran los cimientos de la prosperidad del país. Estaban comprando la tierra de la aristocracia. Construían grandes escuelas y universidades, leían a Voltaire y a Rousseau, enviaban su ropa blanca a las colonias para que la lavaran y tuviera el color y el olor correcto, enviaban su vino dos o tres veces a las colonias para que estos viajes por mar le diera el sabor indicado. Junto con el resto de la burguesía, el miembro de la burguesía marítima se irritaba debido a sus desventajas sociales y al estado caótico de la administración y las finanzas francesas, que obstaculizaba los negocios. El duro invierno de 1788 fue el catalizador. La monarquía estaba ya en bancarrota, la aristocracia hizo un intento por recuperar su anterior poder, el campesinado comenzó a rebelarse, y la burguesía vio que había llegado la oportunidad de gobernar el país, según el modelo inglés, en colaboración con su aliada, la aristocracia radical. La burguesía marítima se puso a la cabeza de la agitación que dio inicio a la Revolución Francesa. La de Dauphiné y Bretaña, con sus puertos de Marsella y Nantes, atacó a la monarquía aun antes de la apertura oficial de los Estados Generales, y Mirabeau, el primer líder de la Revolución, era el diputado por Marsella.

De todas partes del país llegaban las reclamaciones. Mas el pueblo francés, como la inmensa mayoría de los europeos hoy día, tenía demasiadas quejas propias para preocuparse por los sufrimientos de los africanos, y solo algunas reclamaciones, principalmente provenientes de clérigos, demandaban la abolición de la esclavitud. Se reunieron los Estados Generales. Mirabeau, Pétion —alcalde de París—, el Abate Grégoire, Condorcet,



todos miembros de la sociedad Amigos del Negro, eran diputados, todos comprometidos con la abolición. Pero la abolición era la ruina para la burguesía marítima. Sin embargo, por el momento los Estados Generales estaban engarzados en combate con el Rey.

Mientras la burguesía francesa conducía el asalto contra la monarquía absoluta en la metrópoli, los plantadores hacían lo mismo en las colonias. Y en Saint-Domingue, como en Francia, las divisiones geográficas y su desarrollo histórico dieron forma al movimiento revolucionario y a la verdadera insurrección de esclavos.

El orgullo de la colonia era la gran Llanura Norte, de la cual El Cabo era el puerto principal. Con alrededor de ochenta kilómetros de largo y entre dieciséis y treinta y dos kilómetros de ancho, limitaba al Norte con el océano, y por el Sur con una cadena montañosa que se extiende a casi todo lo largo de la isla. Cultivada desde 1670, estaba cubierta de plantaciones cercanas entre sí. El Cabo ocupaba el centro de la vida económica, política y social de la isla. En cualquier levantamiento revolucionario, los plantadores de la Llanura Norte, junto con los comerciantes y abogados de El Cabo, se pondrían a la cabeza. (Pero las dotaciones de esclavos de esta llanura, muy cercanas unas de otras, pronto entrarían en conocimiento de los cambios en la situación política, y por tanto también listas para la acción política).

Algo muy diferente era la Provincia Occidental, con sus plantaciones aisladas, diseminadas en una extensa área. En distritos como Artibonite, Verrettes, Mirabelais y St. Marc, había muchos mulatos propietarios, algunos muy ricos.

La Provincia Sur era una especie de paria, escasamente poblada, con mayoría de mulatos. Su porción oriental, Cabo Tiburón, donde el comercio de contrabando era particularmente fuerte, estaba a solo ochenta kilómetros de Jamaica.

A principios de 1788 la Provincia Norte tomó la delantera. Se formó un comité secreto para asegurar la representación en los Estados Generales. En París, los acaudalados nobles absentistas también formaron un comité con el mismo propósito. Los dos grupos colaboraron, y los nobles parisinos se negaron a aceptar el veto del Rey. A fines de 1788 los colonos convocaron asambleas electorales y eligieron una delegación, dentro de la cual había algunos de sus aliados de París. En su reclamación, pedían el cese de la justicia militar y la institución de un sistema jurídico civil; que toda legislación y los impuestos fueran sometidos a votación por parte de las asambleas provinciales, sujetos solo a la aprobación del Rey y de un Comité Colonial con sede en París, pero elegido por ellos. Al restringir los derechos políticos a los propietarios de tierra, los plantadores excluían efectivamente a los pequeños blancos, quienes se interesaron poco por todo este movimiento. De los esclavos y mulatos no dijeron una palabra. Los primeros no contaban y los segundos se las agenciaron para conseguir

un permiso de la atemorizada burocracia para enviar por cuenta propia una delegación a París. Pero un número de plantadores en la colonia y muchos en París, el Club Massiac, veían con desconfianza este deseo de tener representación en los Estados Generales. Los llenaba de aprensión la agitación en Inglaterra para poner fin al comercio de esclavos, la propaganda de los Amigos del Negro y la situación revolucionaria en Francia. La representación en los Estados Generales de unos cuantos diputados podría no afectar nada, y expondría con toda la luz de la publicidad el estado de la sociedad de Saint-Domingue, lo que despertaría el interés político, precisamente lo que no querían que sucediera. Sin embargo, aunque el grupo a favor de la representación era una minoría, al tener un objetivo positivo se volvieron audaces y confiados. Sus oponentes, con mala conciencia y cuyo único objetivo era evitarse problemas, no pudieron ofrecer resistencia efectiva. La representación colonial en una asamblea metropolitana era una innovación sin precedentes en aquella época, pero los representantes de Saint-Domingue, capitalizando el fermento revolucionario en París, sobrepasaron las objeciones del Rey y el Ministro. Le pidieron a la nobleza, que los desconoció. Pero cuando el rey Luis XVI trató de intimidar al Tercer Estado, y los diputados fueron al salón del Juego de Pelota y juraron que, siendo los representantes del pueblo, nunca se dispersarían, Gouy d'Arisy, líder de los colonos, condujo audazmente a su grupo de nobles coloniales a esa reunión histórica. En gratitud a este apoyo inesperado, la burguesía les dio la bienvenida, y de esa forma Francia admitió el principio de la representación colonial. Confiados, estos dueños de esclavos reclamaron dieciocho escaños, aunque Mirabeau les espetó fieramente:

Piden representación proporcional al número de habitantes. Los negros libres son propietarios y contribuyentes al fisco, y sin embargo no se les ha permitido votar. Y en cuanto a los esclavos, o son hombres o no lo son; si los colonos los consideran hombres, libérenlos y conviértanlos en electores y elegibles a ocupar escaños; en caso contrario, nosotros, que fuimos electos diputados proporcionalmente a la población de Francia, ¿tomaremos en consideración el número de nuestros caballos y nuestros mulos?

A Saint-Domingue solo se le concedieron seis diputados. En menos de cinco minutos el gran orador liberal había puesto, con palabras inolvidables, ante los ojos de toda Francia, la causa de los Amigos del Negro. Los representantes de Saint-Domingue al fin se percataron de lo que habían hecho: atado el destino de Saint-Domingue a la asamblea de un pueblo en Revolución, por lo que la historia de la libertad en Francia y la emancipación del esclavo en Saint-Domingue era una e indivisible.

Desconocedores de estos portentosos acontecimientos, los colonos en Saint-Domingue iban de victoria en victoria. Como en Francia, los últimos meses de 1788 fueron duros en Saint-Domingue. Francia tuvo que prohibir la exportación de granos, y bajo estas circunstancias la Exclusiva

era una imposición tiránica que amenazaba a la isla con la hambruna. El Gobernador abrió algunos puertos a los barcos extranjeros; el Intendente, Barbé de Marbois, estuvo de acuerdo con las primeras pequeñas medidas de flexibilización aunque se negó a aprobar su extensión. El asunto fue ante el Consejo del Rey, que descalificó al Gobernador, lo destituyó y nombró a otro, con los colonos pidiendo la sangre del Intendente. Esta era la situación cuando un día de septiembre llegó un barco al puerto, y el capitán, dirigiéndose a tierra de prisa, corrió por las calles de El Cabo gritando la noticia del 14 de julio. El Rey se había estado preparando para dispersar la Asamblea Constituyente, y las masas de París, armadas, tomaron la Bastilla, símbolo de la reacción feudal. Había comenzado la gran Revolución Francesa.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## PARLAMENTO Y PROPIEDAD

Casi todos los criollos en Saint-Domingue usaban la escarapela roja, y entre los agitadores se destacaban aquellos plantadores más fuertemente endeudados con la burguesía marítima. La milicia se convirtió en la Guardia Nacional, en imitación de los Guardias Nacionales de la Francia revolucionaria. Los colonos se otorgaron a sí mismos un impresionante uniforme y condecoraciones militares, se autonominaron capitanes, brigadieres y generales. Lincharon a los pocos que se opusieron abiertamente, y, como no tenían enemigos, se inventaron algunos. Un destacamento de la Guardia Nacional marchó a El Cabo contra algunos negros rebeldes, tras horas de agotadora caminata, regresó a la ciudad con uno de sus miembros mortalmente herido, no por los negros revoltosos —no había ninguno—, sino por las balas de sus propios compañeros. Cuando estalló la insurrección dos años más tarde, los primeros jefes fueron los negros que habían servido como guías de esa idiota expedición.

Para escapar del linchamiento, Barbé de Marbois, el Intendente, y un grupo de los burócratas más impopulares se marcharon a Francia. En desafío al Gobernador, el Comité Provincial se declaró al mando y comenzó a hacer preparaciones para celebrar elecciones en la Provincia Norte. En enero de 1790 llegó la autorización del Ministro para formar una Asamblea Colonial, y tres organizaciones provinciales convocaron a la reunión de esta asamblea en St. Marc.

El Gobernador, De Peynier, era viejo y débil, pero incluso un hombre fuerte se hubiera visto en dificultades. La monarquía absoluta, paralizada en París, ya no podía apoyar a sus representantes en las colonias. Los pequeños blancos, tan pronto oyeron que cayó la Bastilla, abandonaron a sus amigos en la burocracia y se sumaron a la Revolución. Existía solo una esperanza para los burócratas: los mulatos, por lo que el Gobernador dio instrucciones a los comandantes de los distritos para adoptar una

nueva actitud hacia ellos. «Ahora más que nunca se hace necesario no darles motivo de queja, sino alentarlos, tratarlos como amigos y como blancos».<sup>1</sup> Había comenzado la retirada del prejuicio racial. Aunque parezca triste, es así como la humanidad progresa. Los oradores de aniversarios y los historiadores suministran la prosa poética y las flores.

El plan resultó todo un éxito, y los mulatos —en pura defensa propia contra la violencia asesina de los pequeños blancos y de los revolucionarios— apoyaron en todas partes a la burocracia realista y al ejército. La avaricia fortalecía el prejuicio. Al comienzo de la agitación, cuando los blancos ricos controlaban el movimiento, hicieron ofertas a los mulatos enriquecidos. Pero la entrada de los pequeños blancos cambió completamente la situación. Los feroces políticos —muy endeudados— que dirigían en esos momentos la Revolución en Saint-Domingue, y los pequeños blancos sin posesiones, querían exterminar a los mulatos y confiscarles sus propiedades. Los blancos eran solo treinta mil. Los mulatos y negros libres sumaban una cantidad similar, pero crecían a un ritmo muy superior al de los blancos. Amargados por la persecución blanca, los llamaron intrusos y se consideraron a sí mismos nacionales. Los revolucionarios hicieron una campaña que consistió en decir que, a menos que los mulatos fueran sometidos, pronto sobrepasarían en número a los blancos y los expulsarían de la colonia. Y para colmo, los mulatos se habían sumado a la contrarrevolución.

Hacia finales de año llegó la noticia del éxito de los mulatos en París. El 22 de octubre la Asamblea Nacional los había recibido, y el presidente, respondiendo a su petición, dijo que ninguna parte de la nación apelaría en vano a los representantes del pueblo francés reunidos en asamblea. El 4 de diciembre, una de las luminarias de la Revolución en aquel momento, el conde Charles de Lameth, pronunció con entusiasmo revolucionario estas palabras famosas: «Soy uno de las grandes propietarios de Saint-Domingue, pero declaro ante ustedes que preferiría perder todo lo que poseo a violar los principios consagrados por la justicia y la humanidad. ¡Me declaro a favor de la admisión de los mestizos en las asambleas administrativas y de la libertad de los negros!». No solo los derechos políticos para los mulatos, sino también la abolición de la esclavitud. Esta noticia provocó la furia del Saint-Domingue blanco. ¿Cómo podían ellos saber que estas palabras eran pura demagogia, que De Lameth, liberal de derecha, sería una de los enemigos más acérrimos de los derechos políticos para los mulatos y de la abolición? Comenzaron a aterrorizar a los mulatos.

Lacombe, mulato, reclamaba derechos sociales y políticos para su pueblo. Los blancos de El Cabo lo ahorcaron en el acto, con la justificación de que, al encabezar su petición con la frase «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», se había apartado de la formulación estableci-

<sup>1</sup> Antoine Michel: *La mission du général Hédouville à Saint-Domingue*, Puerto Príncipe, 1929, vol. I, pp. 11-12.

da. M. de Baudière, camarero de cabello cano, redactó una petición moderada para un grupo de mulatos que trataban de mejorar su situación. Los blancos del distrito colindante lo lincharon, pasearon su cabeza en una pica y mutilaron vergonzosamente su cadáver. Los líderes del terror eran los pequeños blancos: los administradores y mayordomos de las plantaciones, y la masa de habitantes de los poblados. En algunos distritos del norte los plantadores habían convocado a los mulatos a las asambleas de nominación de candidatos electorales. Los pequeños blancos se negaron a admitirlos, y ese ejemplo se generalizó gradualmente en todos los lugares del país donde los pequeños blancos asistían a las asambleas de las cuales estaban excluidos los ricos propietarios de color. Una de estas asambleas en la Provincia Occidental llegó a declarar que no les permitiría a los hombres de color hacer el juramento cívico si no añadían la fórmula general en que prometían respeto a los blancos.

Los mulatos de Artibonite y Verrettes, ricos y numerosos, se negaron a realizar semejante juramento y llamaron a la insurrección a sus hermanos de toda la isla. Los blancos reunieron sus fuerzas y el levantamiento se disolvió. Pero esto atemorizó muchísimo a los plantadores ricos. Los jefes mulatos huyeron y solo hubo unos pocos arrestos. A pesar de los estridentes clamores de los pequeños blancos, los plantadores ricos no intentaron tomar represalias. A los plantadores de todo el país, especialmente de la Provincia Occidental, les inquietaba la conducta de los pequeños blancos. Antes respetuosos, al principio se sintieron halagados por el tratamiento igualitario. Sin embargo, presionaban cada vez más, ansiosos de utilizar la Revolución para lograr sus propósitos de convertirse en funcionarios y amos. En las elecciones para la nueva Asamblea usaron la intimidación y la violencia contra los blancos más ricos a fin de asegurarse la mayoría. Los plantadores ricos comenzaron a mirar más hacia la hasta ese momento odiada autoridad real y contemplaban un compromiso con la otra casta de dueños de esclavos: los mulatos ricos. Saint-Domingue recibió la noticia de la caída de la Bastilla en septiembre. Apenas seis meses después, enfrentado a los pequeños blancos revolucionarios y a los extremistas de la Asamblea Colonial, el Saint-Domingue rico seguía a los burócratas y se acercaba a los mulatos acaudalados. Indudablemente Dios había hecho la sangre negra inferior a la blanca, la Exclusiva era una imposición abominable; y la burocracia, una carga; pero enfrentados a los peligros que se avecinaban, estos dueños de cientos de esclavos estaban ya preparados para cerrar los ojos ante los dogmas de su casta.

Según Deschamps, la Asamblea Colonial se consideraba sinceramente una Asamblea Constituyente en miniatura. Pero lo toscos blancos de Saint-Domingue no tenían ni una chispa de ese sentimiento exaltado que guiaba a la burguesía revolucionaria en otras partes para dignificar la toma del poder con la Declaración de Independencia y los Derechos del Hombre. No

perdieron tiempo en propinar golpe tras golpe a la Exclusiva, repudiar el control de la Asamblea Nacional y declarar su alianza solo al Rey. Fue así que comenzaron sus problemas.

La Asamblea de la Provincia Norte estaba principalmente compuesta por abogados y comerciantes de El Cabo, quienes representaban los grandes intereses financieros y comerciales de la burguesía marítima. Para ellos, cualquier ruptura con Francia hubiera sido la ruina. Bajo esta nueva constitución, los hombres de St. Marc tendrían la última palabra acerca del millón de francos que le debían a Francia. Cuando la Asamblea de St. Marc aprobó el decreto en el que se condenaba la usura de los abogados y los comerciantes de El Cabo, la Asamblea Provincial del Norte rompió de inmediato con St. Marc —por supuesto, por altas razones de patriotismo—, y retiró a sus miembros. Y aunque se oponían a la Asamblea de St. Marc, los hombres de la Llanura Norte, también burgueses, vinculados a la burguesía marítima de Francia, apoyaban, por tanto, la Revolución y eran enemigos de la burocracia realista. En resumen, Saint-Domingue tenía tres partidos blancos: la burocracia realista, es decir, la contrarrevolución, cada vez más fuerte en la medida en que los plantadores ricos se retiraban de la Asamblea de St. Marc; la propia Asamblea de St. Marc, los Patriotas, como se autodenominaban; y la Asamblea Provincial del norte, observando a las otras dos partes, aunque, por ahora, apoyando al gobierno como su vínculo con Francia. Los tres partidos blancos despreciaban a los mulatos bastardos, pero los tres los necesitaban. La Asamblea Provincial del Norte comenzó a abrirse a ellos. La burocracia realista cultivaba de manera abierta buenas relaciones con los mulatos. Ahora era la Asamblea de St. Marc la que les hacía la corte a cambio de su apoyo en la lucha por la independencia.<sup>2</sup> Los mulatos no los escucharon, por lo que los Patriotas volvieron a creer que los hombres libres de color estaban en contra de las leyes de Dios y debían ser exterminados. En medio de este feroz estado de ánimo les llegó el decreto aprobado por la Asamblea Constituyente de Francia el 18 de marzo.

La burguesía francesa tendría que enfrentar la cuestión colonial en algún momento, pero evitó hacerlo tanto como pudo.

En septiembre de 1789 la delegación de mulatos fue al Club Massiac y solicitó el apoyo de los blancos para los derechos que exigiría a la Asamblea Nacional. El Club Massiac rechazó la solicitud. Mas estos plantadores también querían la independencia e intentaron, en secreto, hacer un trato con Raimond, el líder de los mulatos: derechos para los mulatos a

<sup>2</sup> Comisario Roume al Comité de Seguridad Pública, Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Fondos Diversos, Sección América, No. 14, folio 258. Ver también sobre esto Jean Philippe Garrañ-Coulon: *Rapport sur les troubles de Saint-Domingue, fait au nom de la Commission des Colonies, des Comités de Salut Public, de Législation, et de la Marine, Réunis*, 4 vols., París, 1798, vol. II, pp.7-8.



cambio de apoyo a la independencia.<sup>3</sup> Raimond se negó. Todo dependía entonces de la Asamblea Nacional. Pero los blancos coloniales juraban que conceder derechos a los mulatos significaba la ruina de las colonias, y la burguesía no quería que las colonias se arruinaran. De repente, las masas parisienses irrumpieron de nuevo en la política, les dieron a los mulatos una base firme para su reclamación, y pusieron fin a la confusión colonial de la burguesía.

La toma de la Bastilla, el 14 de julio, había hecho algo más que intimidar al Rey y a la Corte. Había atemorizado a la burguesía, que se apresuró a formar la Guardia Nacional, con estricta exclusión de los pobres. Pero la burguesía también se apresuró a beneficiarse con el golpe a la monarquía. Redactó la Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano, proclamando que todos los hombres nacían libres e iguales, aboliendo para siempre las distinciones de castas del feudalismo. La Constituyente aprobó por votación la versión final casi unánimemente, aunque el Rey no la quería firmar y preparaba en secreto la contrarrevolución. Estas noticias llegaron a París, y las masas, principalmente las mujeres, marcharon a Versalles. Todavía confiando en el Rey, lo llevaron a París —lejos, pensaban, de sus malignos consejeros—, y la Asamblea vino con él. Derrotado una vez más, y una vez más no por la burguesía, sino por el pueblo, el Rey firmó. Eso fue a principios de octubre, y dos semanas después, el 22 de octubre, los mulatos hicieron su aparición en una Cámara en la que todavía se escuchaban los ecos de la famosa declaración, y reclamaron los Derechos del Hombre. La burguesía no sabía qué hacer, no sabía qué decir. Raimond, el líder, era un distinguido abogado parisino; Ogé era miembro de la sociedad Amigos del Negro y amigo del Abate Grégoire, de Brissot, del marqués de Condorcet y de todo ese grupo brillante. Era tal su talento que se decía que no había puesto al que él no pudiera aspirar. ¿Cómo podía una Asamblea que había acabado de aprobar los Derechos del Hombre negarse a librar a estos hombres de las injusticias que sufrían? Basaron su reclamación no solo en principios abstractos, también en su riqueza, y ofrecieron seis millones como seguridad para la Deuda Nacional. Era un caso incuestionable, y el presidente les dio su cordial, aunque cautelosa, bienvenida. Sin embargo, los colonos en París se negaron. Amenazaron a la burguesía con el fantasma de la rebelión de esclavos, por una parte, y con la independencia, por la otra. La burguesía marítima, temiendo por sus millones en inversiones y por su comercio, se ruborizaba y se metía en el bolsillo los Derechos del Hombre siempre que la cuestión colonial salía a relucir. Desafortunadamente para ella, la burguesía no era homogénea, y el ala radical de la Cámara patrocinó la causa de los mulatos. La Asamblea, hasta entonces unánime en cuanto a los Derechos del Hombre, se dividió en dos: la extrema derecha y la extrema izquierda, con los vacilantes en el medio.

<sup>3</sup> Jean Philippe Garran-Coulon: Ob. cit., vol. II, p. 6.

A la derecha estaban los diputados coloniales, los propietarios absentistas y los representantes de la burguesía marítima, con todas sus ramificaciones. Los colonos buscaban la independencia o, al menos, un alto grado de autonomía para romper la Exclusiva y librarse de la burocracia realista. La burguesía marítima, coincidiendo con ellos en su ataque contra la burocracia, estaba decidida a mantener cuanto pudiera la Exclusiva. Ambas partes coincidían en la necesidad de lo que ellos llamaban «orden» en las colonias, y los colonos, como hombres conocedores, sabían que el «orden» se preservaría solo si se mantenía a los mulatos en su lugar. En la Asamblea, los diputados coloniales hablaban lo menos posible; se abstendían en la votación de todas las resoluciones; dilataban cualquier discusión relacionada con las colonias; acusaban a los Amigos del Negro de servir a intereses extranjeros; negaban que los mulatos y los negros libres sufrieran atropellos, y prometían que todos los agravios a estos podían ser solucionados en las asambleas coloniales. Conspiraron con la burguesía marítima para impedir que mulatos y negros regresaran a Saint-Domingue, e incluso extendieron esa prohibición a los blancos que simpatizaban con la causa de los mulatos. Cuando se quejaron ante el Ministro, este replicó que no le habían dado órdenes para impedir la libertad de viajar, pero que no tenía autoridad para detener esta restricción. No sería la última vez en la historia en que la contrarrevolución y los intereses acaudalados en la Revolución hacían causa común por la cuestión colonial.

Del otro lado estaban los radicales, humanitarios y filósofos, los intelectuales en boga, liderados por los Amigos del Negro. Considerados soñadores y poco prácticos, la solución que proponían —los derechos de los mulatos y la abolición gradual de la esclavitud— hubiera servido a los mejores intereses de Francia y, como lo demostraría el pasar del tiempo, los intereses de los propios colonos. Pero ¿cuándo la propiedad ha escuchado a la razón, excepto bajo condiciones de violencia? Contra la riqueza, las conexiones y las intrigas inescrupulosas, aun los propagandistas radicales eran impotentes. Su fuerza estaba en las masas, y las masas parisienses no estaban todavía interesadas en la cuestión colonial, aunque apoyaban en general las demandas de los mulatos.

Solo que con la excepción de unos pocos tibios intentos por parte de los Amigos del Negro, todos se confabulaban para olvidarse de los esclavos.

En un principio la derecha se salió con la suya, pero la cuestión colonial dividía a la burguesía una y otra vez, avergonzándola, destruyendo su moral y debilitando su capacidad para lidiar con los grandes problemas internos que enfrentaba. Con las palabras de Mirabeau sonando en sus oídos, los colonos querían que la cuestión colonial saliera de la discusión general, y propusieron que se le entregara a la Comisión Colonial, integrada por diez comerciantes y diez colonos. La sesión terminó en desorden. El 3 de diciembre comenzó el gran debate y la moción acerca de la Comisión fue derro-

tada. Al día siguiente, Charles de Lameth hizo su elocuente declaración, y, a partir de ahí, los derechos de los mulatos fueron considerados el primer paso hacia la propia abolición de la esclavitud.

El 30 de enero de 1790, los mulatos, apoyados por los Amigos del Negro, volvieron a presentar su petición. A «los protestantes, los judíos, los parientes de los criminales», la Asamblea les había otorgado a todos sus derechos políticos. Sin embargo, los mulatos todavía estaban excluidos. La Asamblea hizo oídos sordos, pero en febrero las noticias provenientes de Saint-Domingue, Martinica y Guadalupe eran tan amenazantes que el 2 de marzo la Asamblea nombró una comisión para revisar los documentos y emitir un informe en el plazo de cinco días. Esto era precisamente a lo que le estaban apostando el Club Massiac, los diputados coloniales y la burguesía marítima, y lo tenían todo arreglado. La comisión, en apariencia neutral, consistía de doce miembros, de los cuales diez representaban alguna rama del comercio colonial. Además, los intrigantes hicieron que nombraran a Barnave como su presidente.

Barnave es una de las grandes figuras de la Revolución Francesa. Burgués hasta los tuétanos, fue un abogado de intelecto claro y frío. Para él, una vez que la burguesía había obtenido la Constitución y limitado los poderes, la Revolución habría terminado. Como buen burgués, le tenía un inmenso respeto a la realeza y a la sangre noble. Era amigo íntimo de los Lameth y residía en casa de estos; a través de ellos tenía muchos contactos con los terratenientes absentistas y con los nobles del Club Massiac, que no podría tener un abogado mejor. Barnave era un polemista hábil y popular. Mantenía aún la *réclame* revolucionaria por unas pocas y apasionadas palabras acerca de los caídos en los días de julio. El Club Massiac lo observaba desde tiempos atrás. En febrero, el presidente del Club le envió un memorando sobre la cuestión colonial que él había solicitado, y fue por esa razón que, habiendo sido nombrado presidente de la comisión el 2 de marzo, tenía su informe listo el día 8. Ese día, hablando en nombre de la comisión, propuso lo que todo colono razonable podía esperar: a los colonos se les debía permitir redactar su propia constitución y modificar la Exclusiva, ambas sujetas a la aprobación de la Asamblea Nacional. En el manuscrito del decreto no se mencionaban las palabras *esclavos* ni *mulatos* debido a que la Asamblea no soportaba oírlos. Pero Barnave puso a «los colonos y su propiedad» bajo la salvaguarda especial de la nación, y los esclavos eran propiedad. El decreto también declaraba culpable de crimen contra la nación a cualquiera que tratara de incitar directa o indirectamente la oposición a cualquier rama del comercio con las colonias. Esta era una advertencia a los Amigos del Negro, y silenciaba oficialmente toda discusión relacionada con la eliminación del tráfico de esclavos. Entusiasmada por tal nivel de sabiduría y delicadeza, la burguesía puntuaba la lectura del decreto con aplausos. Mirabeau, Pétion y otros diputados de la izquierda, que trataron de invocar los Derechos del

Hombre, fueron acallados a gritos. Los intransigentes de Saint-Domingue se opusieron al decreto porque no les daba lo suficiente, pero la Asamblea lo rechazó con desdén.

Aunque los Amigos del Negro fueron derrotados, se aprestaron para el debate acerca de las instrucciones que debían acompañar el decreto. Barnave, en su discurso introductorio, y en las propias instrucciones, no hizo referencia alguna a la candente cuestión de los derechos políticos de mulatos y negros libres. La Asamblea luchaba duramente para olvidar este embarazoso problema, pero el Abate Grégoire rompió la conspiración del silencio. El artículo 4 de las instrucciones concedía el voto a «todas las personas» de veinticinco años de edad que cumplieran ciertos requisitos en cuanto a propiedad y residencia. Grégoire dijo que él interpretaba que esto incluía a los mulatos. Un diputado de Saint-Domingue protestó. Otro presentó una moción para cerrar la discusión. De Lameth, el mismo que había hecho tanto ruido tres meses atrás, estuvo de acuerdo con que «la propuesta indiscreta» de Grégoire no debía ser considerada, y la Cámara decidió no discutirla. La burguesía no quería enfrentar el tema, envió este decreto ambiguo a Saint-Domingue y confió en que todo saliera bien.

El decreto del 8 de marzo provocó rugidos de furia en los revolucionarios de St. Marc. El artículo 4 decía «personas», y ellos habían demostrado que los mulatos no eran personas. Si «personas» significaba «hombres», entonces el decreto incluía a los esclavos. Concederles derechos a estos mulatos sería firmar su propia sentencia de muerte porque esos amigos de la burocracia contrarrevolucionaria dominarían una nueva Asamblea. Juraron que jamás le concederían derechos políticos a una «raza bastarda y degenerada», y lanzaron otra ola de terror contra los mulatos. Mas los burócratas se envalentonaban. Muchos de los diputados de St. Marc comenzaron a retirarse, indignados con las pretensiones de sus colegas y temerosos de las consecuencias. De la cifra original, doscientos doce, quedaban menos de la mitad. Los realistas, sintiendo que crecía el apoyo, decidieron poner fin a la Revolución en Saint-Domingue, y De Mauduit, comandante de las tropas, marchó contra los Patriotas.

La Asamblea de St. Marc no tenía una fuerza de la que pudiera depender. En la rada de Puerto Príncipe había un barco, el *Leopardo*, cuya tripulación había sido atraída al Partido Patriota por la municipalidad. Indefensos ante las tropas de De Mauduit, ochenta y cinco Patriotas, de los cuales sesenta y cuatro eran padres de familia, decidieron abordar la nave y dirigirse a Francia para presentar su causa personalmente. Los burócratas, luciendo la escarapela blanca de los realistas, quedaron temporalmente como dueños del campo, y todos los partidos decidieron esperar lo que diría Francia. Entretanto, todos afilaban sus cuchillos. Estaba claro que la justicia política estaba del lado de los batallones más fuertes. La burocracia triunfante les prohibió a los mulatos que así lo deseaban, usar la escarapela blanca de los realistas. Rechazados en Francia, humi-

llados en casa, organizaron una revuelta. Fue la pelea entre burguesía y monarquía lo que llevó a la escena política a las masas de París. Fue la pelea entre blancos y mulatos lo que despertó a los esclavos.

Si bien no por instigación de los Amigos del Negro sino al menos con su consentimiento, Ogé abandonó París para encabezar la insurrección en Saint-Domingue. Y en esto fue asistido e incitado nada menos que por una figura como Clarkson.<sup>4</sup>

Ogé se dirigió en secreto a Londres, donde fue recibido por Clarkson.<sup>5</sup> Allí obtuvo dinero y letras de crédito para adquirir armas y municiones en los Estados Unidos. Desembarcó en Saint-Domingue el 21 de octubre de 1790, y, acompañado de su hermano y de Chavannes, uno de los tantos mulatos que peleara en la guerra de independencia de los Estados Unidos, elevó el nivel de la revuelta.

Pero Ogé era un político cuyas habilidades no eran apropiadas para la tarea que tenía que acometer. Miles de mulatos esperaban una señal de su líder, y en lugar de darla, Ogé dirigió dos resonantes proclamas, no a sus seguidores, sino a las autoridades de El Cabo, solicitando que se promulgara el decreto del 8 de marzo. Como buen liberal que era, en lugar de amenazarlos con el levantamiento de los esclavos, les aseguró por anticipado que no tenía intenciones de hacerlo, y apeló a los intereses comunes de blancos y mulatos como dueños de esclavos. Ogé no cometió crímenes, pero Chavannes masacró a algunos blancos. Las escarapelas rojas y las blancas se unieron. Fuertes lluvias e inundaciones en todo el país impidieron que los mulatos se concentraran. Mas el impetuoso Ogé se lanzó sobre El Cabo con unos pocos hombres. Fue derrotado, y con varios acompañantes huyó a territorio español, de donde fue extraditado.

Los blancos torturaron a Ogé y a sus seguidores con un juicio que duró dos meses. Los condenaron a ser conducidos por el verdugo a las puertas de la iglesia parroquial, en camisa y sin sombrero, con una cuerda alrededor del cuello, y allí, de rodillas, con velas de cera en las manos, confesar sus crímenes y pedir perdón, después de lo cual fueron llevados a la plaza pública, donde, sobre un cadalso les quebraron las piernas, los brazos y los codos y los ataron en ruedas con las caras mirando al cielo, para permanecer así por el tiempo que Dios quisiera mantenerlos vivos. Se les decapitaría y sus propiedades serían confiscadas. Aun en la muerte

<sup>4</sup> Pamphile de Lacroix: *Mémoires pour servir à l'histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, París, 1819, vol. I, pp. 54-55.

<sup>5</sup> Clarkson no habría contribuido a organizar una rebelión de mulatos en una colonia británica. Sin embargo, era un hombre sincero, y aquí no se cuestiona la sinceridad de muchos abolicionistas. Los misioneros no conformistas y sus congregaciones sin dudas estaban movidos por motivos humanitarios, agudizados por su hostilidad a la esclavitud fabril y a las leyes de caza. Pero, sin Pitt y los intereses que él representaba, ¿cuán efectivos pudieran haber sido?

tenía que preservarse la división racial: la sentencia escrita decretaba que fueran ejecutados en el lado de la plaza opuesto al que eran ejecutados los blancos. Chavannes, el soldado, soportó en silencio, pero Ogé lloró y suplicó piedad. Dos días después, su hermano sufrió la misma suerte. Otros veintiuno fueron ahorcados y trece enviados de por vida a las gale-  
 ras. Toda la Asamblea del Norte presenció la ejecución. El brillante Ogé y sus éxitos en París habían sido el orgullo de todos los mulatos de Saint-Domingue. La malevolencia de su juicio y su ejecución quedaba en sus mentes como un quemante recuerdo.

La noticia de la tortura y la muerte de Ogé hizo que toda Francia se diera cuenta de la cuestión colonial. Hasta entonces la burguesía no se había sentido presionada por las masas. La Constituyente se negó a aceptar la protesta de los hombres del *Leopardo*, dispersó la Asamblea de St. Marc, ordenando la elección de una nueva, y despachó dos regimientos de soldados para ayudar al Gobernador. Sin embargo, en las instrucciones todavía dejaba en manos de los colonos el destino de los mulatos. Todo el Saint-Domingue blanco, a favor y en contra de la independencia, estaba unido en un asunto común: el mantenimiento de la esclavitud. ¿Derechos para los mulatos hoy? Serían derechos para los esclavos mañana. Peleó la cuestión de los mulatos como si fuera el puesto avanzado de su preciosa dotación de esclavos. La burguesía francesa comprendía su punto de vista, y al silenciar a gritos a los Amigos del Negro en la Cámara, intimidaron al centro y mantuvieron el *statu quo* colonial. Una vez más las masas de París rompieron el frente de la reacción e hicieron avanzar a la revolución.

La gran burguesía ya había puesto fin a la Revolución. La Constitución que elaboraron dividió a las masas entre activas –las que cumplían los requisitos de propiedad– y pasivas –los pobres que habían luchado en las calles–. Los Distritos, que eran asociaciones de las masas, fueron abolidos, y la Guardia Nacional burguesa desarrollaba un estricto patrullaje policial en París. Las masas fueron encadenadas y amordazadas; y sin ellas, los demócratas radicales eran meramente voces. Si el Rey y la Reina hubieran sido abstracciones políticas en lugar de seres de carne y hueso, hubieran vivido y hubieran muerto como monarcas constitucionales con inmenso poder. Pero ellos consideraban que las concesiones que habían hecho eran solo temporales y conspiraban sin cesar con las potencias extranjeras para producir la intervención armada. El pueblo lo sabía, como suele saber durante una Revolución, y en abril de 1791 las masas de París volvían a la ofensiva. El 18 de abril Luis XVI y su familia querían abandonar París y dirigirse a Saint-Cloud. Durante dos horas una gran multitud se negó a dejar pasar el carruaje, y la familia real tuvo que regresar. En esos días turbulentos llegó la noticia del martirologio de Ogé. París, en ebullición, la recibió con ira revolucionaria. Pronto sería llevada a la escena, a teatro lleno, una tragedia en la que Ogé era el héroe. Cuando volvió a tratarse en la Cámara la cuestión colonial, el 7 de



abril, el Abate Grégoire tomó el podio y demandó un receso de cuatro días para preparar el debate. Moreau de Saint-Méry se opuso en el acto, y solicitó una votación inmediata a la antigua usanza. Pero eso ya no funcionaba. La propuesta de receso fue aprobada y se fijó una fecha. Al fin la burguesía colocaba frente a frente a la cuestión colonial.

El debate fue uno de los que más estremeció a la Constituyente. Robespierre les hizo saber a los diputados que jugaban a un peligroso juego con la flagrante violación de los mismos principios sobre los que descansaba su propia posición:

Si llegara a sospechar que entre los que se han opuesto a los derechos de los hombres de color hay quien detesta la libertad y la Constitución, creería que están buscando simplemente atacar con éxito sus decretos y sus principios. Cada vez que surge una cuestión de interés directo de la metrópoli, ellos dicen: ustedes esgrimen sin cesar los Derechos del Hombre, pero creen tan poco en ellos que han santificado constitucionalmente la esclavitud [murmullos en la Asamblea]. El interés supremo de la nación y de las colonias es que ustedes sigan siendo libres y que no derriben con sus propias manos los cimientos de la libertad. Desaparezcan las colonias [interrupciones violentas] si el precio es la felicidad, la gloria y la libertad de ustedes.<sup>6</sup> Repito, que desaparezcan las colonias si los colonos desean obligarnos mediante amenazas a decretar lo que más les conviene a sus intereses. Declaro en nombre de la Asamblea, en nombre de aquellos miembros de esta Asamblea que no desean derribar la Constitución, en nombre de toda la nación que desea la libertad, que no sacrificaremos a los diputados coloniales ni a la nación, ni a las colonias, ni a toda la humanidad.

Fue magnífico aunque no era la abolición. Lo que objetaba Robespierre era la palabra *esclavitud*, no la cosa en sí. Todos habían acordado dejar eso tranquilo, aunque estaba en las mentes de todos.

Raimond, admitido en la Cámara para hablar en nombre de su pueblo, planteó con crudeza que había que otorgarles los derechos a los mulatos para que pudieran unirse a los blancos y mantener sometidos a los esclavos.

Hora tras hora de declamaciones y argumentos, de insultos y aplausos, fueron testigos de la magnitud de los intereses que presuntamente estaban en juego y de la profundidad de las pasiones que despertaban. Duró cuatro días, con todo el París político parcializado a favor de unos u otros. Entre los espectadores, los representantes de la burguesía comercial tenían un lugar especial. Les escribían notas a los oradores, hacían gestos de aprobación o desaprobación y, a cuenta de su prestigio y su

<sup>6</sup> Robespierre nunca dijo: «Desaparezcan las colonias en lugar de nuestros principios». Es esta una mentira típica de la reacción que ha llegado hasta nuestros días.



experiencia en los negocios, ejercían una inmensa influencia en los diputados desinformados e indecisos. Sin embargo, todas las organizaciones populares, los jacobinos, los Amigos de la Constitución, etc., detestaban al Club Massiac y su vergonzosa propaganda a favor de la esclavitud. Los políticos de filas apoyaban entusiastamente a los mulatos: la defensa de los Derechos del Hombre en el exterior era la defensa de los mismos en el interior. Los partidos estaban bastante parejos, y las votaciones sobre resoluciones y enmiendas iban a veces de un lado y del otro. Finalmente, en la noche del cuarto día, con los diputados agotados e incapaces de llegar a una decisión, Rewbell se levantó y propuso un compromiso. Todos los mulatos cuyos padres fueran libres, debían tener derecho al voto. Había solo cuatrocientos mulatos en esa situación, pero esto parecía una salida. La propuesta de compromiso fue aprobada por una mayoría abrumadora y los espectadores celebraron con vítores el triunfo tan duramente obtenido, que en sí era pequeño, mas con implicaciones de largo alcance. Porque una vez que un solo hombre de color hubiera obtenido sus derechos, el resto era un asunto de trabajo y tiempo.

Los ricos son derrotados solamente cuando están tratando de salvar sus vidas. Inexperta en la Revolución, la burguesía no había purgado las oficinas ministeriales, donde todavía se sentaba la burocracia realista, conspirando a favor de la restauración del poder real. Los diputados coloniales escribieron a la Constituyente exponiendo su intención de no asistir a ninguna otra sesión, y se confabularon con los burócratas para sabotear el decreto. Después de muchas semanas, la Constituyente descubrió que, a partir del día en que se había aprobado el decreto, la mayoría de los integrantes de la Comisión Colonial se había negado a continuar el trabajo. Los nuevos diputados que habían sido nombrados para llevar a cabo la decisión de la Cámara informaron que no integrarían una comisión cuyo principal objetivo era oponerse a la decisión que se suponía implementar. El decreto se enfriaba en la oficina del Ministro, y en la noche del 20 de junio la Revolución retrocedió, dándoles una oportunidad a Barnave y sus amigos.

Luis XVI, una vez concluidos sus planes de invadir Francia a la cabeza de la contrarrevolución, huyó a Varennes, dejando detrás un documento en el que repudiaba la Constitución que juró obedecer. El perjurio de la familia real se hacía ahora evidente para todas las almas vivientes de Francia, incluyendo a las masas que, advertidas por Marat, sabían que ello iba a suceder y habían hecho todo lo posible por impedirlo. La burguesía estaba harta de la intromisión de las masas en la política, y cuando el Rey huyó, estaba más preocupada por París que por el monarca traicionero. En esta gran crisis Barnave emerge como su líder y verdadero representante. Le recordó a la Asamblea lo que había sucedido el 14 de julio —día en el que se desató la Revolución y que colocó a esos caballeros donde estaban—. La burguesía tenía que armarse, no contra el Rey, sino para situar en su

lugar a las masas. Pidió que se armara a los ciudadanos, es decir, a la Guardia Nacional burguesa. Bajo la firme dirección de Barnave, la Constituyente transfirió el poder ejecutivo a sus propias manos.

Si el pueblo hubiera custodiado al Rey, este nunca habría escapado, y sería ahora el pueblo quien lo capturara antes de hacer contacto con los enemigos de su país. Barnave fue enviado como uno de los miembros de la comisión encargada de traerlo de vuelta a París, y este burgués típico le ofreció a la Reina sus servicios en el carruaje: el París revolucionario era el enemigo común. El 22 de junio un diputado lanzó la frase: «El Rey y la familia real han sido secuestrados [...]». La Constituyente prefería que el pueblo creyera que el Rey se había marchado en contra de su voluntad. Los radicales intentaron protestar. La Constituyente no los escuchó y siguió a Barnave.

Hay momentos en que no se puede engañar al pueblo, día tras día este llenaba las calles exigiendo la destitución del Rey perjuró. El 14 de julio, segundo aniversario de la toma de la Bastilla, las masas se reunieron en el Campo de Marte para presentar una petición a favor de la deposición del Rey; la Guardia Nacional burguesa, bajo el mando de Lafayette, disparó contra ellas. Ante el pueblo revolucionario la reacción se unió. Marat tuvo que esconderse. Danton huyó a Londres. Barnave, los hermanos Lameth, Malouet y Vaublanc —hemos visto a estos últimos tratando de probar que los esclavos eran felices—, formaban el club de los monarquistas constitucionales, o partido del Rey, y dominaban la Asamblea. En agosto llegaron cartas del gobernador Blanchelande en las que relataba en detalle la violenta reacción de los plantadores ante el decreto de mayo. Blanchelande, que recibía instrucciones del Club Massiac, estaba de su lado y preveía las calamidades que ocurrirían si el decreto se pusiera en vigor cuando llegara oficialmente: Barnave y sus amigos dilataban aún su envío. Un nuevo Ministro dio órdenes estrictas de que se enviara de inmediato. Los empleados de su oficina fueron instados a desobedecer, de manera que, como resultado, el decreto nunca llegó oficialmente a Saint-Domingue, y los comisarios que debían ponerlo en vigor nunca fueron allá. Llegaban peticiones y protestas de Saint-Domingue. También venían peticiones —muchas de ellas falsas— de las ciudades marítimas de Francia. Con el París revolucionario sometido mediante el temor, los demócratas de la Cámara habían perdido su influencia, el centro estaba dominado por los monarquistas constitucionales, y durante la última semana de existencia de la Constituyente, Barnave, que no había asistido a la Comisión Colonial desde su derrota del 15 de mayo, apareció en la tribuna y presentó una moción para rescindir el decreto de mayo. «Este régimen», dijo Barnave, «es absurdo, puesto que está establecido y no se puede manejar con descuido sin desatar el mayor desorden. Este régimen es opresivo, pero sostiene el modo de vida de varios millones de franceses. Este régimen es bárbaro, pero una barbarie mayor sobrevendría si se interfiere en él sin el conocimiento necesario». La hipocresía burguesa no es frecuentemente la verdadera sabiduría, y un gran imperio y la honestidad no son compatibles. Barnave era honesto pero

tonto. En lugar de inspirarse en sus amigos del otro lado del Canal y plantear con audacia que la Constituyente estaba reteniendo los derechos de los mulatos para defender los más auténticos intereses de los propios mulatos, irritó al máximo a la Constituyente con cada palabra pronunciada y dio municiones a sus enemigos en París y en Saint-Domingue. Sin embargo, la Asamblea, a la defensiva contra la Revolución, cedió, y el 24 de septiembre rescindió el decreto del 15 de mayo. El 28 de septiembre otro decreto ordenaba la partida de nuevos comisarios hacia Saint-Domingue y el día 29 dejaba de existir la Constituyente.

La cuestión colonial no era un interés secundario de la Asamblea Constituyente. Lejos de ser una asamblea de teóricos y visionarios, como los conservadores tratan de mostrarlos, los representantes políticos de la burguesía eran sobrios hombres de negocio. Demasiado sobrios, porque no tenían prejuicios raciales, se avergonzaban profundamente de las injusticias que estaban perpetuando, mas, como tenían tanto que perder, dejaron que los diputados coloniales los atemorizaran. Por esta cobardía pagaron un alto precio, tanto interna como externamente. Fue la cuestión colonial lo que desmoralizó a la Constituyente. Jaurès, tan débil en los asuntos coloniales pero tan fuerte en las asambleas parlamentarias, ha investigado esta desmoralización con la profunda visión de un gran parlamentario. Dice Jaurès que, hasta ese momento, la burguesía revolucionaria había sido razonablemente honesta.<sup>7</sup> Si bien había limitado su agenda, al menos lo había hecho abiertamente. Para evitar otorgarles a los mulatos los Derechos del Hombre tuvo que descender a maniobras tan bajas, a negociaciones tan deshonestas, que destruyeron su integridad revolucionaria. Fue la conciencia culpable de la Constituyente acerca de la cuestión colonial lo que la puso a merced de los reaccionarios cuando el Rey huyó. «Indudablemente, si no hubiera sido por los compromisos de Barnave y de su partido en la cuestión colonial, la actitud general de la Asamblea hubiera sido diferente». Pero no era a los mulatos a quienes temían, era a los esclavos. La esclavitud corrompió a la sociedad de Saint-Domingue, y ahora corrompía a la burguesía francesa en el primer acto de florecimiento y gloria de su herencia política.

Triunfó la reacción. Sin embargo, las fases de una Revolución no se deciden en el Parlamento, solo quedan registradas allí. Los radicales estaban concentrando sus fuerzas en el Club Jacobino, que llevaría la Revolución a su conclusión. Barnave y los Lameth habían sido durante largo tiempo los oradores del Club, pero al día siguiente del cese de la Constituyente, el Club los expulsó por su participación en la decisión de privar a los mulatos

<sup>7</sup> Jean Jaurès: *Histoire socialiste...*, vol. II, pp. 225-226.

de los Derechos del Hombre. La brecha inminente desde la masacre del Campo de Marte estaba ahora abierta.

Y entre tanto, ¿qué hay de los esclavos? Habían oído hablar de la Revolución y se hicieron de ella una idea cercana a su propia imagen: los esclavos blancos de Francia se levantaron, mataron a sus amos y ahora disfrutaban de los frutos de la tierra. Era, en realidad, una idea seriamente distorsionada, solo que ellos habían captado la esencia. Libertad, Igualdad, Fraternidad. Antes de finalizar 1789 hubo levantamientos en Guadalupe y Martinica. En fecha tan temprana como octubre, en Fort Dauphin, uno de los futuros centros de la insurrección de Saint-Domingue, los esclavos se agitaban y celebraban masivas reuniones nocturnas en los bosques. En la Provincia Sur, observando la lucha a favor y en contra de la Revolución, dieron señales de descontento. En plantaciones aisladas se produjeron movimientos que fueron reprimidos de forma sangrienta. La literatura revolucionaria circulaba entre ellos. Pero los propios colonos estaban ofreciendo un mejor ejemplo que todos los panfletos revolucionarios que llegaban a la colonia. De Wimpffén les preguntó a los colonos si no temían estar siempre hablando de libertad e igualdad frente a sus esclavos. Pero sus pasiones eran demasiado violentas para ser reprimidas. Su rápido uso de las armas, sus linchamientos, asesinatos y mutilaciones de los mulatos y enemigos políticos, les mostraban a los esclavos cómo se ganaba o perdía la libertad y la igualdad.

Ninguno de los hombres que habrían de conducir a sus hermanos hacia la libertad estaba todavía, que sepamos, activo. Dessalines, que tenía ya cuarenta años, trabajaba como esclavo para su amo negro. Christophe escuchaba las conversaciones en el hotel donde trabajaba, mas no tenía ideas constructivas. Solamente Toussaint leía a su Raynal. «Solo se necesita un jefe valiente». Diría con posterioridad que, cuando comenzaron los problemas, sintió que estaba destinado a grandes cosas. Sin embargo, no sabía exactamente qué; junto con sus hermanos esclavos se limitaba a observar a sus amos destruirse unos a otros, como los africanos los observaron en el período de 1914 a 1918 y los observarán de nuevo dentro de poco.<sup>8</sup>

Pero el Saint-Domingue blanco no pensaba en los esclavos en 1791, tampoco mucho en los mulatos, excepto para linchar y robar. La debilidad del gobierno desató las rivalidades entre los grandes y los pequeños blancos; alrededor de la retórica de libertad e igualdad las escarapelas blancas y rojas luchaban por la supremacía, con la violencia especial de dueños de esclavos y el temperamento ardiente de los trópicos. Se esperaba que en marzo llegaran dos regimientos de soldados para ayudar al Gobernador a

<sup>8</sup> Debe recordarse que este libro se escribió en 1938.

mantener en orden a los Patriotas. Los habitantes de Puerto Príncipe se preparaban en detalle para ganarlos para su bando. Les abrieron los cafés, los recibían con música y bailes, comida y bebida ilimitadas, y les decían que el gobierno era la contrarrevolución, lo que era cierto. Los soldados se negaron a obedecer a sus comandantes y al Gobernador, y se unieron al partido de los Patriotas. Los propios soldados de De Mauduit, hasta entonces leales, se vieron atrapados por el ardor revolucionario ante el fuego cruzado de la población y los recién llegados de Francia. Se volvieron contra De Mauduit, lo asesinaron y mutilaron su cadáver, al que sometieron a todas las indignidades. Aunque los pequeños blancos y los Patriotas eran hostiles a los mulatos ricos, no desdeñaban la alianza de los Patriotas mulatos. Una mulata que le aguantó los pies a De Mauduit para que le pudieran cortar la cabeza con más facilidad, fue premiada con la dirección del hospital. Rigaud, un líder mulato al que De Mauduit encarceló, fue liberado por la multitud. Una nueva municipalidad asumió las funciones de gobierno y un desertor maltés, llamado Pralotto, tomó el mando de la artillería. Las parroquias de la Provincia Occidental aceptaron el nuevo gobierno, y el gobernador Blanchelande huyó a El Cabo, donde los comerciantes y los abogados lo tenían virtualmente preso.

Todo esto sucedió en marzo de 1791, pero también sucedió algo más. Los soldados franceses, al desembarcar en Puerto Príncipe, abrazaron fraternalmente a los mulatos y a los negros, anunciándoles que en Francia la Asamblea había declarado que todos los hombres eran libres e iguales. En muchos lugares cercanos a Puerto Príncipe los negros se estaban apoderando de armas y se rebelaban. En un sitio tuvieron tanta fuerza y decisión que se necesitó que los *maréchaussée* y los propietarios de la vecindad los suprimieran. Los colonos tuvieron que disparar y cargar, y los esclavos no se rindieron hasta que sus jefes no cayeron. Una docena fue ahorcada. La horca lo solucionaba todo, y el marqués de Caradeu, rico plantador, comandante de la Guardia Nacional de Puerto Príncipe, se ganó la admiración de los dueños de esclavos por su vigor e imaginación como propagandista del ahorcamiento. «Si hay algún problema para eliminarlos, solo tenemos que llamar a Caradeu, que hizo que volaran cincuenta cabezas en la plantación Aubry [...] y para que todo el mundo supiera lo que ocurrió, las clavó en picas a lo largo de las cercas de su plantación, como si fueran palmas». Para tales hombres la noticia acerca del decreto de mayo, que otorgaba derechos a cuatrocientos mulatos, era un síntoma peligroso y un insulto inenarrable. Linchaban mulatos, pisoteaban la bandera francesa, abjuraban de Francia, no podían mencionar a Francia ni a los franceses sin maldecirlos. La nueva Asamblea, que vendría a reemplazar a la disuelta de St. Marc, se reunió en Léogâne a principios de agosto y aprobó una serie de resoluciones encaminadas a asegurar la independencia. Para estar más cerca del centro de los asuntos, los miembros decidieron trasladarse a El Cabo, donde estaba el Gobernador. Pero algunos de los diputados nunca llegaron pues resultaron

muertos en el camino por negros insurrectos del Norte. Estos negros, por suerte para ellos, no tenían diputados en París escuchando las promesas parlamentarias y debilitando su voluntad. Abandonados e ignorados por los políticos de todos los partidos y tendencias, al fin se habían organizado y peleaban por la libertad.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## COMIENZAN LAS MASAS DE SAINT-DOMINGUE

*¡Eh! ¡Eh! Bomba! ¡Jeu! ¡Jeu!  
¡Canga, bafio tè!  
¡Canga, mouné de lé!  
¡Canga, do ki la!  
¡Canga, li!*

Los esclavos trabajaban la tierra y, como los campesinos revolucionarios de todas partes, su objetivo era exterminar a sus opresores. Al trabajar y vivir en dotaciones de centenares de personas, en las enormes fábricas de azúcar que cubrían la Llanura Norte, se hallaban más cerca del proletariado moderno que ningún otro grupo de trabajadores de aquel momento, y el levantamiento, por tanto, fue un movimiento de masas totalmente preparado y organizado. Habían aprendido, a través de duras experiencias, que los esfuerzos aislados estaban condenados al fracaso, de ahí que en los primeros meses de 1791 se organizaran, tanto en El Cabo como en sus alrededores, para la Revolución. El vodú fue el medio utilizado para la conspiración. A pesar de las prohibiciones, los esclavos recorrían largas distancias para cantar, bailar y practicar sus ritos, y para conversar. Ahora, desde la Revolución, para escuchar los acontecimientos políticos y hacer planes. Boukman, *papaloi* o alto sacerdote, un negro gigantesco, era el líder. Jefe de cuadrilla de una plantación, le daba seguimiento a la situación política tanto entre los blancos como entre los mulatos. Hacia finales de julio de 1791, los negros en El Cabo y sus alrededores se encontraban listos y a la espera. El plan había sido concebido a escala masiva, por lo que se encaminaban al exterminio de los blancos y apoderarse de la colonia. En El Cabo había unos doce mil esclavos, de ellos seis mil eran hombres. Una noche, los de los suburbios y las inmediaciones incendiarían las plantaciones. Esa sería la señal para que los esclavos de la ciudad



masacraran a los blancos y los de la llanura concluyeran la destrucción. Habían avanzado mucho desde los esquemas de envenenamiento en masa de Mackandal.

El plan no alcanzó el éxito, pero estuvo cerca. El alcance y la organización de esta revuelta demuestran que Boukman fue el primero de esa estirpe de grandes líderes que los esclavos aportarían con tanta profusión y rapidez durante los años siguientes. Que una conspiración tan amplia no fuera descubierta hasta su estallido es testimonio de su solidaridad. A principios de agosto los esclavos de Limbé, entonces y hasta el final de la Revolución uno de los centros de la tormenta, se levantaron anticipadamente y fueron aplastados. Este levantamiento les demostró que era peligroso esperar. Tres días después, los representantes de las parroquias de toda la llanura se reunieron para fijar la fecha. Los diputados que se dirigían a El Cabo para la primera sesión de la Asamblea, prevista para el 25 de agosto, encontraron en el camino grandes grupos de esclavos que los insultaron e, incluso, atacaron. El 21 de agosto algunos esclavos fueron hechos prisioneros, y el gobernador Blanchelande los interrogó al día siguiente. No pudo sacarles mucha información, aunque entendió vagamente que se produciría una especie de alzamiento. Tomó precauciones para proteger a la ciudad de los esclavos residentes en ella, y ordenó que las patrullas cubrieran las inmediaciones. Pero esos blancos despreciaban demasiado a los esclavos como para creerlos capaces de organizar un movimiento de masas a gran escala. Al no poder lograr que los prisioneros dijeran los nombres de los líderes, ¿qué medidas tomar contra miles de esclavos en las centenas de plantaciones? Se descubrió que algunos de los representantes de los bajos fondos de El Cabo, siempre listos para el saqueo y el pillaje, se hallaban involucrados en una especie de complot. Blanchelande estaba más preocupado por estos elementos que por los negros.

La noche del 22 hubo una tormenta tropical, con relámpagos, ráfagas de viento y fuertes aguaceros. Con antorchas para iluminar su paso, los líderes de la revuelta se reunieron en un claro del espeso bosque de Morne Rouge, una montaña desde la que se divisaba El Cabo. Allí, Boukman dio las instrucciones, y después de las invocaciones vodú y beber la sangre de un cerdo apuñalado, estimuló a sus seguidores con una oración en creol que, como mucho de lo que se dice en tales ocasiones, ha llegado hasta nosotros.

El dios que creó el sol que nos alumbra, que levanta las olas y gobierna la tormenta, aunque escondido entre las nubes, nos observa. Ve todo lo que hace el blanco. El dios del blanco lo inspira con el crimen, pero nuestro dios nos llama a hacer buenas obras. El dios que es bueno para nosotros nos ordena que vengamos nuestros agravios. Dirigirá nuestros brazos y nos ayudará. Boten el símbolo del dios de los blancos que tanto nos ha hecho llorar, y escuchen la voz de la libertad, que nos habla en el corazón de todos nosotros.

El símbolo del dios de los blancos era la cruz que, como católicos, llevaban al cuello.

Esa misma noche comenzaron. Los esclavos de la plantación Gallifet eran tratados tan bien que existía el proverbio «feliz como los negros de Gallifet». Sin embargo, como uno de los fenómenos que se observan en todas las revoluciones, fueron ellos los que se pusieron a la cabeza. Cada dotación de esclavos asesinó a sus amos e incendió la plantación hasta convertirla en cenizas. Las precauciones tomadas por Blanchelande salvaron a El Cabo, pero la preparación de la insurrección había sido metódica y total, por lo que en pocos días la mitad de la famosa Llanura Norte era una ruina ardiente. Desde El Cabo todo el horizonte era una enorme llamarada. Negras columnas de humo se elevaban continuamente, y las lenguas de fuego se alzaban hasta el cielo. Durante casi tres días los habitantes de esa ciudad apenas podían distinguir el día de la noche, mientras que sobre ella y los barcos en el puerto caía una lluvia de paja de caña quemada como copos de nieve arrastrados por el viento, amenazándolos con la destrucción.

Los esclavos destruyeron sin cansancio. Como los campesinos en la Jacquerie y los luditas, buscaban la salvación a partir del modo más obvio: la destrucción de lo que sabían era la causa de sus sufrimientos; y si mucho destruyeron fue porque mucho habían sufrido. Sabían que mientras esas plantaciones se mantuvieran en pie, su destino sería trabajarlas hasta caer muertos. Lo único que podía hacerse era destruirlas. De sus amos aprendieron la violación, la tortura, la degradación y, a la menor provocación, la muerte. Pagaron con la misma moneda. Durante dos siglos la civilización superior les había demostrado que el poder era utilizado para quebrar la voluntad de aquellos que controlas. Ahora eran ellos los que detentaban el poder y lo usaron del modo que se les enseñó. En el frenesí de los primeros encuentros mataron a todos, aunque respetaron a los sacerdotes, a quienes temían, y a los médicos que fueron amables con ellos. Sus mujeres sufrieron incontables violaciones, por lo que violaron a todas las mujeres que cayeron en sus manos, con frecuencia encima de los cadáveres aún sangrantes de esposos, padres y hermanos. «¡Venganza! ¡Venganza!», era su grito de guerra, y uno de ellos llevaba como estandarte a un niño blanco ensartado en una pica.

Sin embargo, fueron sorprendentemente moderados<sup>1</sup> en aquellos momentos y con posterioridad, más humanos de lo que fueron o serían en el futuro sus amos. No mantuvieron mucho tiempo este espíritu vengativo. La crueldad de propiedad y privilegio siempre ha sido más feroz que la venganza de pobreza y opresión, porque la primera tiene como objetivo perpetuar la injusticia indignante, mientras la otra es una pasión momentánea, pronto satisfecha. En la medida en que la Revolución ganaba terreno, respetaron a muchos de los hombres, mujeres y niños que sorprendieron en las plantaciones. Solo fueron inmisericordes con los prisioneros de guerra. Desgarraron sus carnes con pinzas al rojo, los asaron a fuego lento,

<sup>1</sup> Esta afirmación ha sido criticada. Yo la sostengo.

serrucharon a un carpintero entre dos de sus tablones. No aparecen en los registros de aquellos años ni una sola ocasión en la que se practicaran torturas deleznales, como enterrar a los blancos hasta el cuello y untar los orificios de la cara para atraer insectos, o hacerlos explotar con pólvora, o ninguna otra de las bestialidades a las que habían sido sometidos. En comparación con lo hecho por los blancos, a sangre fría, fue poco lo que hicieron, teniendo en cuenta que estaban acicateados por la forma en que los blancos de El Cabo trataban a los esclavos que caían prisioneros.

Como es usual, la fuerza del movimiento de masas arrastró a los sectores revolucionarios de las clases más cercanas. Negros libres se les sumaron. Un plantador de Puerto Magot había enseñado a su capataz negro a leer y escribir, le había dado la libertad, le dejó diez mil francos en su testamento; a la madre del capataz le concedió tierras, en la que cultivó de café. Pero este negro alzó a los esclavos de las plantaciones de su amo y de su propia madre, les prendió fuego y se incorporó a la Revolución, que le otorgó un alto mando. Los mulatos odiaban a los esclavos negros por esclavos y por negros, pero cuando vieron que realmente habían emprendido la acción a tan gran escala, numerosos jóvenes mulatos de El Cabo y los alrededores se apresuraron a unirse a los, hasta ese momento, odiados esclavos, y lucharon contra el enemigo común.

Tuvieron la suerte de que las tropas en El Cabo fueran pocas y de que Blanchelande, temeroso de los esclavos y de la escoria blanca de la ciudad, prefiriera actuar a la defensiva. Los regulares organizaron un ataque, y los esclavos huyeron, pero Blanchelande cedió al nerviosismo que se apoderó de la ciudad e hizo regresar al destacamento. Esto convirtió a la Revolución en la dueña del campo. Envalentonados, los negros extendieron la destrucción por toda la llanura. Si hubieran tenido el menor interés material en las plantaciones, no las habrían destruidos tan libremente. Pero no tenían ninguno. Después de varias semanas hicieron una pausa para organizarse. Es en ese período, un mes después del comienzo de la revuelta, que Toussaint Bréda se les une y hace su entrada silenciosa en la historia.

Parece cierto que él había estado comunicándose en secreto con los líderes, pero como muchos hombres de mejor educación que la generalidad de los participantes, carecía de su audacia en el momento de la acción y esperó ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Entretanto, como odiaba la destrucción, mantuvo a los esclavos de su amo en orden e impidió que los activistas revolucionarios incendiaran la plantación. Mientras el resto de los blancos del vecindario había huido a El Cabo, Madame Bayou de Libertas se había quedado en la plantación bajo la protección de Toussaint. El propio Bayou de Libertas estaba en un campamento de plantadores, no muy lejos, en guardia contra los esclavos, aunque iba diariamente a la plantación. Toussaint, siempre dueño de sí y de todos los que le rodeaban, mantuvo más de un mes esta situación insostenible. Pero en

la medida en que creció la insurrección, agotado por la tensión de defender la propiedad, a su amo y a su ama, y sabiendo que la vida de Madame de Libertas estaba ahora en peligro, decidió que su existencia anterior había terminado y comenzaba una nueva. Le dijo a Madame de Libertas que había llegado la hora de que se fuera a El Cabo, la puso con algunos bienes de valor en un carruaje y la envió allá bajo el cuidado de su hermano Paul. Envío a su propia esposa y a sus dos hijos a un lugar seguro del Saint-Domingue español. Entonces se dirigió con lentitud al campamento de los esclavos rebeldes.

El hombre que tan deliberadamente decidió unirse a la Revolución tenía cuarenta y cinco años, edad avanzada en aquellos tiempos, ya estaba canoso y era conocido por todos como el Viejo Toussaint. Sobre el caos que entonces, y en años siguientes, reinara en Saint-Domingue, echó él los cimientos del Estado Negro que hoy perdura. Fue un líder desde el momento en que se incorporó a la Revolución, y avanzó sin oposición seria hasta la primera línea. Hemos señalado con claridad las grandes fuerzas actuantes en la crisis de Saint-Domingue, pero los hombres hacen la historia, y Toussaint hizo la historia que hizo porque era el hombre que era.

Tuvo oportunidades excepcionales, y tanto física como mentalmente estaba muy por encima del esclavo común. La esclavitud embota el intelecto y degrada el carácter del esclavo. No había nada de embotamiento ni de degradación en Toussaint.

El puesto de responsable del ganado le proporcionó experiencia en la administración, autoridad y modo de relacionarse con quienes dirigían la plantación. Los hombres que, por su habilidad y carácter, ocupan posiciones generalmente reservadas a personas con diferente crianza, educación y clase, suelen realizar estas tareas con cuidado y devoción. Además de esta educación práctica, pudo, como hemos visto, leer un poco. Había leído los *Comentarios* de César, que le dieron algún conocimiento sobre política, arte militar y la conexión entre ambos. Las varias lecturas del grueso volumen del Abate Raynal sobre las Indias Orientales y Occidentales, le posibilitaron una buena base acerca de la economía y la política, no solo de Saint-Domingue, sino de todos los grandes imperios europeos que participaban de la expansión y el comercio coloniales. Por último, había tenido la experiencia excepcional de los tres años de Revolución en Saint-Domingue. La plantación estaba a solo tres kilómetros de El Cabo, y sus deberes lo obligaban a ir con frecuencia a la ciudad. Las masas aprenden mucho durante una Revolución, mucho más en el caso de Toussaint. Su inteligencia superior le dio la oportunidad de cultivarse en cuanto a asuntos generales en lo interno y lo externo: desde el inicio comenzó a maniobrar con extraordinaria certeza no solo entre los partidos locales de Saint-Domingue, sino entre las fuerzas internacionales que estaban actuando.

Algo que resultó importante para su futuro fue la no distorsión de su carácter. Es probable que no hubiera sido azotado desde la niñez como tantos otros esclavos. El mismo Toussaint nos dice que él y su esposa estaban entre los pocos afortunados en lograr un modesto ingreso, y que solían ir de la mano, muy felices, a trabajar su conuco, como lo hacían algunos esclavos para beneficio propio. Además de conocimientos y experiencia, gracias a su gran fuerza de carácter logra un formidable dominio de sí mismo, tanto de la mente como del cuerpo. Cuando niño era tan frágil y delicado que sus padres no esperaban que viviera, y lo apodaron «Estaquita». Aún pequeño decidió no solo adquirir conocimientos sino también un cuerpo fuerte. Para ello se entrenó con los ejercicios más severos, y cuando alcanzó los doce años ya sobrepasaba a todos los muchachos de su edad en las competencias atléticas de la plantación. Podía atravesar a nado un peligroso río, saltar sobre un caballo al galope y hacer con él lo que quisiera. Con casi sesenta años de edad era aún uno de los mejores jinetes de Saint-Domingue, cabalgaba habitualmente doscientos kilómetros al día y montaba con tanta gracia y destreza que era conocido como el Centauro de las Sabanas.

De joven había sido mujeriego. Después decidió establecerse. Negado a vivir en concubinato, costumbre prevaleciente entre todas las clases en Saint-Domingue, pero sobre todo entre los esclavos, se casó con una mujer que ya tenía un hijo. Le dio uno a Toussaint, y vivieron juntos en gran armonía y amistad, tanto cuando era el gobernante de Saint-Domingue como cuando fue un esclavo común. Por la vida que muchos llevaban en la colonia, por la reputación que tenía entre los negros y las oportunidades que le brindaba su posición, esto era inusual en un hombre que fue mujeriego y, que en sus días de grandeza, le gustaba estar acompañado de mujeres atractivas.

Taciturno desde la infancia, esta cualidad lo hacía destacarse entre sus coterráneos, gente conversadora y discutiadora. Era de muy baja estatura, feo y deforme. Sin embargo, aunque su expresión general era de benevolencia, tenía ojos como el acero, y nadie rió nunca en su presencia. Su relativo conocimiento, su éxito en la vida, su carácter y personalidad, le daban un inmenso prestigio entre todos los negros que lo conocieron, y ya era un hombre de peso entre los esclavos mucho antes de la Revolución. Consciente de su superioridad, no tuvo la menor duda de que su destino era ser el líder, como tampoco tardaban mucho en reconocerlo los que entraban en contacto con él.

Nada podía imaginarse que pudiera repugnar más a su mente ordenada que el espectáculo que ofrecía el campamento de esclavos. Muchos hombres estaban desnudos; otros vestían sucios harapos confeccionados con retazos de sedas y satines del pillaje de las plantaciones. Sus armas eran unos poco revólveres y pistolas que habían ocupado, viejas espadas herrumbrosas, implementos agrícolas, estacas con puntas de hierro, pe-

dazos de aros de metal, de hecho, cualquier cosa a la que pudieran echar mano. No tenían municiones y la caballería consistía en viejos caballos y mulos agotados por la fatiga. Estaban divididos en dos grandes grupos: uno bajo las órdenes de Biassou, el otro a cargo de Jean François, mientras que un tercer líder era Jeannot. Jean François era nativo de Saint-Domingue, bien parecido, muy inteligente y de espíritu orgulloso, que lo había hecho huir de su amo y convertirse en cimarrón mucho antes de la Revolución. Además de su inteligencia excepcional, era muy valiente, muy sobrio, con una tenacidad que jamás admitía la derrota. Biassou era un bravucón, siempre borracho y listo para ejecutar las hazañas más fieras y peligrosas. También él había tenido una vida más fácil que la usual por haber pertenecido a una organización religiosa, los Padres de la Caridad, no lejos de El Cabo. Jeannot fue el esclavo que guió a la tonta expedición de los blancos de Saint-Domingue en los primeros días de la Revolución, cuando, vestidos con sus uniformes militares, habían buscado cualquier enemigo para practicar.

Como sus amos de mayor educación, los esclavos se apresuraron a cubrirse con todos los atributos y títulos de la profesión militar. Los oficiales se autodenominaban generales, coroneles, comandantes, etc., y los jefes se decoraban con desechos de uniformes, cintas y condecoraciones que encontraron en las plantaciones o que le arrebataron al enemigo muerto en batalla. Biassou se hacía llamar Brigadier. Lo mismo hizo Jeannot. Posteriormente, Jean François se otorgó los títulos —de moda hasta hoy entre los gobernadores coloniales europeos— de Almirante, Generalísimo y Caballero de la Orden de San Luis, mientras que Biassou, tras una pelea con Jean François, asumió el título de «Virrey de los Territorios Conquistados».

Sin embargo, a pesar de estos absurdos que tenían el mismo propósito de impresionar a sus subordinados, como lo hacen los atributos, las charreteras doradas y los variados grados militares de la realeza del siglo xx, Jean François y Biassou habían nacido para mandar. Se requería una disciplina férrea para mantener el orden en esa heterogénea masa de hombres que acababa de liberarse de la esclavitud, y Biassou y Jean François la impusieron con mano de hierro. Jeannot era un monstruo cruel que solía beber la sangre de sus víctimas blancas y cometía abominables atrocidades. Jean François lo arrestó, lo sometió a juicio y lo hizo fusilar, una clara diferencia con la conducta de los colonos blancos en el caso de Le Jeune. Jean François pronto se dio cuenta de que la guerra sería larga, por lo que ordenó sembrar alimentos. Así, desde el principio, los líderes esclavos mostraron su sentido del orden, su disciplina y su capacidad para gobernar. Muchos emisarios de la contrarrevolución realista llegaron hasta los esclavos, entre ellos numerosos sacerdotes. Pero incluso los mulatos fracasaron en el intento por desplazar a estos líderes negros. Jean François y Biassou, que estaban al mando desde el comienzo de la Revolución, permanecieron frente a sus respectivos grupos hasta el final. Toussaint se unió al grupo de Biassou y, gracias a su conocimiento



sobre plantas medicinales, este lo nombró Médico de los Ejércitos del Rey, y desde el inicio fue uno de sus consejeros más cercanos.

Las masas que se alzan al llamado de la Revolución necesitan, por encima de todo, una dirección clara y fuerte. Pero el primer golpe había fracasado, y Jean François y Biassou, aunque podían mantener el orden, no tenían ni la menor idea de qué hacer en lo adelante. De Blanchelande les envió una proclama en la que se les exigía su rendición. Se negaron, aunque en su respuesta se decían «los siervos de Dios y del Rey», e ingenuamente invitaban a los blancos a tomar sus posesiones y dejarles la isla a aquellos que la habían regado con su sudor.

A estos líderes confundidos les llevó Toussaint su conocimiento superior y los vicios políticos que generalmente lo acompañan.

Los esclavos se rebelaron porque querían ser libres. Pero ninguna clase gobernante acepta tal cosa. Los escarapelas blancas acusaban a los Patriotas y a los Amigos del Negro de alentar la revuelta; los escarapelas rojas acusaban a los realistas y a la contrarrevolución en Francia. Los pequeños blancos acusaban a los mulatos, y los masacraban solo de verlos en las calles.<sup>2</sup>

La Asamblea se hizo cargo de la colonia. No le pidió ayuda a Francia, pero envió embajadores a los británicos de Jamaica, a los españoles y a los Estados Unidos. No le temía a la Revolución, pero sí a los esclavos de El Cabo y a la chusma de la ciudad, siempre lista a fomentar la anarquía por la oportunidad que le daba para el saqueo. Los pequeños blancos se negaban a luchar, a menos que se les dieran dos tercios del botín que encontraran en las plantaciones. Sin embargo, la mayoría de los mulatos, temerosos por sus propiedades, se brindó como voluntaria para servir y ofreció a sus esposas e hijos como rehenes en muestra de buena fe. La Asamblea —que no sabía nada todavía del revocamiento de la decisión el 24 de septiembre— prometió no solo poner en vigor el decreto del 15 de mayo, sino extenderlo a todos los mulatos, fueran sus padres libres o no. Pero la Asamblea dijo que ello solo podría hacerse después de que el decreto hubiera llegado a la colonia y cuando se terminaran los problemas.

Los plantadores hacían trampa para engañar a los mulatos, pero contra los esclavos esgrimían una sola arma: el terror. Los negros tenían sus empalizadas cubiertas con las cabezas de sus víctimas blancas. La Asamblea Colonial clavó las cabezas de los negros en picas colocadas a lo largo de los caminos que conducían a El Cabo. Cuando Boukman fue muerto —peleando valientemente—, la Asamblea expuso su cabeza en El Cabo con un letrero en el que se leía: «Esta es la cabeza de Boukman, jefe de los rebeldes». Los blancos erigieron tres cadalsos en El Cabo y a diario destrozaban en la rueda entre veinte y treinta negros. Con su habitual des-

<sup>2</sup> Pamphile de Lacroix: *Mémoires pour servir...*, vol. I, p. 91.



Para ayudar a los esclavos y confundir a los plantadores blancos, llegó la noticia de una revolución de los mulatos en el Oeste. A principios de agosto, un grupo de ellos, cansados de ser perseguidos y linchados por los pequeños blancos, que ahora mandaban como funcionarios en las municipalidades revolucionarias, se escabulleron de Puerto Príncipe y se reunieron en Croix-des-Bouquets, distrito a unos ocho kilómetros de la capital. De todas partes de la Provincia Occidental los mulatos comenzaron a enviar contingentes a ese lugar, y con su educación, que no era tan generalizada como entre los blancos, aunque inmensamente superior a la de los negros medio salvajes, encontraron de inmediato un admirable liderazgo. El líder más famoso fue Rigaud, mulato genuino, es decir, hijo de blanco y negra. Se hizo de una buena educación en Burdeos, y después aprendió el oficio de orfebre. A diferencia de Toussaint, Jean François y Biassou, Rigaud era ya un militar entrenado. Alistado como voluntario en el Ejército francés que luchó en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, alcanzó el rango de suboficial; también estuvo destacado en Guadalupe. Odiaba a los blancos, no solo por las humillaciones que él, un militar educado que había viajado bastante, sufriera, sino también porque estaban celosos de su negocio como orfebre, oficio muy importante en aquellos días.

Beauvais era un tipo de hombre muy diferente. Pertenecía a una familia mulata que había sido libre y rica desde mucho antes. Educado también en Francia, sirvió voluntariamente en el ejército, y en la guerra de independencia de los Estados Unidos con el rango de suboficial. A su regreso a Saint-Domingue se dedicó a la enseñanza. No solo era hombre de una excepcional valentía. Alto, de figura elegante y distinguida presencia, era conocido como uno de los hombres más apuestos de Saint-Domingue, y en esa época y en ese país licencioso, se destacaba por la severidad de su modo de vida y la gracia de sus modales. Su gente lo amaba y no sería difícil para los blancos —cuando estuvieran acorralados—, olvidar su color.

Estos eran los dos soldados. El político era Pinchinat, con largos estudios en Francia. En los primeros días de la Revolución regresó a Saint-Domingue para dirigir a los mulatos. En 1791 ya tenía sesenta años;

hombre jugador y de vida disipada, odiaba a los blancos con todo el odio de un carácter violento. Era un político en toda la línea, y bien merecía la calificación de genio que le otorgara Pamphile de Lacroix: «Qué hombre para escribir y hacer tratados».<sup>3</sup> Otro mulato escribiría acerca de él: «Es único».

Bajo tales líderes y entrenados para pelear en la policía, eran una fuerza formidable. Por esa razón la contrarrevolución realista en occidente enseguida trató de utilizarlos.

Humus de Jumecourt, comandante del distrito de Croix-des-Bouquets y Cul-de-Sac, les propuso una alianza en la que se les garantizaban todos los derechos a cambio de su apoyo a la contrarrevolución o, según sus palabras, el gobierno legal de la isla. Pinchinat se negó, aunque en su lugar ofreció crear un frente unido contra el enemigo común: la municipalidad de Puerto Príncipe y la Asamblea Provincial de Occidente. De Jumecourt aceptó; los comandantes realistas y los blancos ricos de occidente comenzaron a unirse a los mulatos en Croix-des-Bouquets. Había unos pocos negros libres con alto mando en esta tropa, por lo que los despreciados negros ahora comandaban a blancos. Los mulatos también incorporaron a sus fuerzas un grupo de cimarrones, apodados «los suizos» en imitación a los guardaespaldas de Luis XVI. Los Patriotas, llenos de desprecio por los hombres de color y ahora odiándolos por su persistente realismo, atacaron Croix-des-Bouquets. Sufrieron una fuerte derrota, con «los suizos» peleando con gran valentía. Unos días después, los mulatos y los blancos de los distritos colindantes se reunieron en Croix-des-Bouquets, donde los mulatos redactaron un tratado en el que daban cuerpo a sus demandas por la total igualdad. La novena y última cláusula consistía de cuatro palabras: «Si no, guerra civil». Los blancos aceptaron sus demandas inmediatamente.

Los Patriotas de Saint-Domingue estaban siempre prestos a olvidar los prejuicios raciales a cambio de algo sólido. Tras ser derrotado en el campo de batalla, Caradeu, líder de los Patriotas, le ofreció a Beauvais los derechos de los mulatos a cambio de un acuerdo sobre la independencia sin intervención de los realistas.<sup>4</sup> Beauvais lo rechazó. Por esa época, la casi totalidad los plantadores ricos desertaron de las filas de los Patriotas e incluso los comerciantes ricos de Puerto Príncipe no querían saber de ellos. El 19 de octubre todas las partes firmaron un acuerdo en el que se plasmaban las demandas de los mulatos. La Asamblea Provincial de Occidente se disolvería inmediatamente; sus diputados blancos ante la Asamblea Colonial serían retirados; se reclutarían dos batallones de la Guardia Nacional integrados por mulatos; se rehabilitaría la figura de Ogé, y todo se presentaría para su ratificación a la Asamblea Nacional

<sup>3</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. I, p. 183.

<sup>4</sup> Jules-François Saintoyant: *La colonisation française pendant la Révolution (1789-1799)*, París, 1930, vol. I, p. 59.

de Francia y a la aprobación del Rey. El líder de los blancos extendió la mano de la amistad.

Finalmente les traemos palabras de paz; ya no venimos a negociar con ustedes, venimos a acceder a todas sus demandas, venimos animados del espíritu de la justicia y de la paz para darles el reconocimiento auténtico de sus derechos, para pedirles que vean solo como amigos y hermanos a los ciudadanos blancos, a quienes la colonia en peligro les invita a unirse, les suplica que se unan, para contribuir rápidamente a solucionar nuestros problemas. Aceptamos en su totalidad y sin reservas el concordato que nos proponen. Desgraciadamente, las circunstancias que ustedes seguro conocen nos hicieron dudar por un momento. Pero nuestro coraje ha vencido todos los obstáculos, y hemos silenciado todos los prejuicios innobles, todo el deseo trivial de dominación. Que este día en que la antorcha de la razón nos ha iluminado sea por siempre memorable. Que sea el día de olvidar todos los errores, del perdón de todos los agravios. Que, de ahora en lo adelante, combatamos con celo solo a favor del bienestar público.<sup>5</sup>

Los «prejuicios innobles» y el «deseo trivial de dominación» eran de los pequeños blancos, que se vieron preteridos. Pero la noticia acerca de la Revolución de los esclavos en el Norte había preocupado a todos lo que eran dueños de esclavos, y ellos querían la paz.

Los catorce distritos de la Provincia Occidental aceptaron los términos, y el 24 de octubre tuvo lugar en Puerto Príncipe la gran ceremonia de reconciliación. Los líderes de los blancos y los de los mulatos llegaron a la ciudad marchando y cogidos del brazo, con las tropas detrás, saludados con salvas de artillería y gritos de «Unidad y fidelidad». En el entusiasmo general, un capitán de la Guardia Nacional blanca se subió a un arzón y proclamó a Caradeu como Comandante de la Guardia Nacional en la Provincia Occidental. Hubo aplausos clamorosos, que se repitieron cuando nombró a Beauvais como segundo al mando. Después todos fueron a la iglesia a celebrar el acontecimiento con una misa *Te Deum*, como lo estipulaba el tratado. Quedaba una dificultad: «los suizos». ¿Qué hacer con ellos? Los blancos argumentaban que enviarlos de vuelta a las plantaciones sería malo para los esclavos, por lo que acordaron deportarlos a una playa desierta en México.<sup>6</sup> Los líderes mulatos Rigaud y Pétion lucharon por «los suizos»; Lambert, negro libre, apoyó la deportación. Con «los suizos» fuera del camino, la paz parecía asegurada, garantizados los derechos de los mulatos y la contrarrevolución bien situada para la acción.

<sup>5</sup> Citado por Leon Deschamps: *Les colonies pendant la Révolution*, pp. 257-258.

<sup>6</sup> El capitán del barco tomó el dinero pero los dejó en Jamaica. El gobernador inglés, encolerizado, los embarcó de regreso a Saint-Domingue. La Asamblea Colonial los hizo asesinar, excepto a unos veinte, a quienes envió a la Provincia Occidental para sembrar entre los negros el prejuicio contra los mulatos.

Pero en El Cabo la Asamblea, llena de ira, echaba espuma por la boca ante estos acontecimientos en el occidente. Los comandantes realistas de las fuerzas locales, De Rouvrai y De Touzard, instaron a los Patriotas del Norte a que les concedieran los derechos a los mulatos.

Pero, ustedes dirán, ¿tenemos que ceder ante las amenazas de una casta inferior, admitir que tengan derechos civiles, como recompensa por todos los males que nos han causado? [...] Un día —dijo Rouvrai— las risas despectivas con que ustedes han recibido las importantes verdades que me he atrevido a decirles, se convertirán en lágrimas de sangre [...]. En la guerra de 1762, Inglaterra deseaba apoderarse de Cuba, y se le ordenó a Lord Albemarle que sitiara La Habana. Desembarcó con 18 000 hombres; seis meses después tenía solo 1 800 [...]

¿Dónde, les pregunto, es capaz el ejército de cumplir nuestro objetivo? [...] ¿Tienen ustedes a alguien más que no sean los mulatos? No. Bien, ¿por qué rechazan la ayuda que les ofrecen? [...]

No he terminado, tengo algunas otras verdades que decirles. Francia en este momento tiene los ojos fijos en Saint-Domingue [...]. Es imposible que las reclamaciones de los mulatos no sean escuchadas en Francia; incluso si fueran injustos serían bien recibidos. El decreto constitucional que ustedes suponen irrevocable, que ustedes consideran su salvaguarda, será inevitablemente modificado [...].

La Asamblea prometió concederles los derechos a los mulatos, pero cuando terminara la agitación. Ciertamente, había una revuelta de esclavos. Mas, ya habían apelado a Francia, y otorgarles derechos a los mulatos, que los sobrepasaban en número, sería entregar la colonia en lo militar y lo civil a esos intrusos bastardos y a sus aliados de la contrarrevolución. Podían ver los resultados de esa alianza depravada en occidente. Tenían en su poder al gobernador Blanchelande y volcaron su ira en el tratado.

El occidente no renunciaría a la unidad y repudió las proclamas de la Asamblea y del Gobernador. Pero seis días antes de la ceremonia de reconciliación, llegó a la colonia el decreto del 24 de septiembre, mediante el cual la Constituyente le había retirado los derechos a los mulatos y había vuelto a poner sus destinos en manos de los colonos blancos. Los que tenían los «prejuicios innobles» y «el deseo trivial de dominación» levantaron la cabeza de nuevo, y las heridas, apenas sanadas, volvieron a abrirse. Las intrigas de Barnave y compañía tendrían desagradables consecuencias.

El 21 de noviembre era el día fijado para la ratificación del tratado. Puerto Príncipe fue dividido en cuatro secciones para la votación, tres de ellas ya habían votado a favor. Esto era la ruina para los pequeños blancos, y Pralotto y su pandilla estaban buscando la oportunidad para crear una brecha. La oportunidad se presentó en la persona de un negro libre, miembro de la fuerza de los mulatos, que recibió insultos de algunos blancos o él los insultó. Fue capturado y ahorcado de inmediato. A pesar de la moderación de los mulatos, comenzó la lucha en las calles. Los mulatos, tomados por sorpresa, se retiraron. Estalló un fuego en la ciudad, del que

se les culpó. Pralotto y sus seguidores masacraron a los ciudadanos blancos ricos, a los mulatos, a hombres, mujeres y niños; saquearon los barrios de los ricos, mientras las llamas se extendían y reducían a cenizas las dos terceras partes de Puerto Príncipe, con pérdidas estimadas en cincuenta millones de francos.

Los mulatos habían sido muy pacientes y comedidos, ahora parecieron enloquecer. Pinchinat, el hombre de las proclamas, llamó a la batalla.

Apresurémonos, mis amigos, al ataque contra Puerto Príncipe, y, vengadores del perjurio y la perfidia, atravesemos con nuestras armas los pechos de estos monstruos europeos. Demasiado y durante mucho tiempo le hemos servido de diversión para sus pasiones y sus maniobras insidiosas; demasiado y durante mucho tiempo hemos gemido bajo su yugo de hierro. Destruyamos a nuestros tiranos, enterremos con ellos hasta el último vestigio de nuestra degradación, saquemos de raíz este árbol venenoso del prejuicio. Recluten a algunos, persuadan a otros, prometan, amenacen, arrastren consigo a los ciudadanos blancos decentes. Pero, sobre todo, queridos amigos, unidad, valor y rapidez. Traigan armas, cañones, municiones de guerra y provisiones, y reúnanse de inmediato bajo el estandarte común. O perecemos todos o nos vengamos en nombre de Dios, la naturaleza, la ley y la humanidad, tanto tiempo ultrajada en estos climas de horror.

El hermano de Rigaud le escribió a sus amigos: «Corrí a la venganza [...]. Si mi destino no es morir en esta expedición, volveré pronto para unirme a ustedes [...]. Viva la libertad, viva la igualdad, viva el amor». Los blancos ricos y los comandantes realistas siguieron a los mulatos, pero los hermanos Rigaud, Beauvais y Pinchinat —a pesar del tratamiento que él les había dado a «los suizos»—, eran revolucionarios genuinos, que colocaban la libertad por delante de la propiedad. En el frenesí de la excitación y la rabia, convocaron a los esclavos de la Provincia Occidental y los condujeron a la Revolución. En el Norte avanzado los esclavos estaban al frente de los mulatos; en el Occidente atrasado los mulatos dirigían a los esclavos. No hace falta mucha sabiduría para prever las consecuencias.

En el Sur, blancos y mulatos estaban a punto de formar una alianza según el modelo del occidente. Todos los términos habían sido acordados cuando Caradeu hizo una visita al Sur e intrigó con tanto éxito que se rompió el acuerdo de unidad. Tan pronto se supo la noticia de la división en Puerto Príncipe, tanto los mulatos como los blancos se fueron a las armas. Los mulatos se apoderaron de Jacmel y otros pueblos. En defensa propia, los blancos en el Sur, inferiores en número a los mulatos, levantaron a los esclavos.

En el Norte, algunos propietarios mulatos y blancos establecieron una alianza. La Asamblea no lo permitió, por lo que estos mulatos se unieron a los esclavos.

Los blancos cometieron horribles atrocidades contra los mulatos. Mataron a una mujer embarazada, le sacaron el feto y lo lanzaron a las llamas. Los quemaron vivos, los inocularon con la viruela. Naturalmente, los mulatos reciprocaron en la venganza.<sup>7</sup>

Pero en este caso, como en todas partes, fueron los blancos los que empezaron y, estando entrenados en la violencia y la crueldad por el tratamiento que les daban a los esclavos, sobrepasaron a todos los rivales en cuanto a barbarismo.

Era este Saint-Domingue donde debían restablecer el orden los tres comisarios –Saint-Leger, Mirbeck y Roume–, cuando desembarcaron en El Cabo el 29 de noviembre de 1791. La Asamblea les dio la bienvenida y se les instaló con una imponente ceremonia. Publicaron una proclama en la que anunciaban falsamente la pronta llegada de grandes cantidades de soldados. Para su sorpresa y júbilo, esto parecía haber obrado un milagro.

Biassou, Jean François y el resto de los líderes negros, incluyendo a Toussaint, después de cuatro meses de insurrección, habían llegado a un callejón sin salida. Una insurrección tiene que obtener victorias, pero los blancos se contentaban con mantener la línea de fortificaciones conocida como el Cordón del Oeste, e impedir que la insurrección penetrara en la Provincia Occidental. Los ex esclavos podían devastar el campo circundante, mas su devastación les hacía imposible la subsistencia. La hambruna los estaba matando. Atemorizados por lo que consideraban una posición sin esperanza y con miedo a que los sometieran mediante la derrota, Jean François y Biassou les ofrecieron la paz a los comisarios a cambio de la libertad para unos pocos centenares de líderes. Jean François sabía que esto era una traición. «Falsos principios», escribió este líder laboral cuatromesino, «hacen muy obstinados a estos esclavos, que dirán que han sido traicionados». Pero si bien los comisarios otorgaron la libertad a todos los que estaban nombrados en la lista, cooperaron con las tropas del Rey en la cacería de los que se negaban a rendirse. Jean François supo que el asunto sería difícil y peligroso y así lo dijo, prueba de la pasión por la libertad que colmaba los corazones de los negros. Pero estaba dispuesto a hacer todo lo que podía por ayudar, y para aliviar su conciencia culpable escribió sobre sus seguidores de manera desleal, tachándolos de una multitud de negros africanos que no sabían dos palabras de francés. En la larga lista de líderes que traicionaron a las masas valientes, aunque ignorantes, esta traición ocupa un lugar sobresaliente, y Toussaint estaba metido hasta el cuello. Aunque detentaba una posición subordinada, asumió la dirección de las negociaciones, y la obra maestra de correspondencia diplomática que los enviados de los esclavos presentaron a la

<sup>7</sup> Véase Victor Schoelcher: *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, capítulo VI, para un sumario bien documentado de estas atrocidades.



Asamblea demuestra la distancia entre los hombres que unas pocas semanas atrás les pidieron a los blancos que abandonaran la isla y, también, la ya totalmente desarrollada madurez política de Toussaint. Hasta el final de sus días apenas pudo hablar francés, literalmente no podía escribir tres palabras sin cometer gruesos errores ortográficos y gramaticales. Años después, cuando era el amo de Saint-Domingue, le escribió a Dessalines lo siguiente: «*Je vouss a vé parlé pour le forli berté avan theire*»... Quería decir: *Je vous avais parlé du Fort Liberté avanthier*... Nunca pudo superar esto. Pero dictaba en el francés bastardo local o creol, y sus secretarios escribían y reescribían hasta lograr el sentido exacto de lo que él quería expresar.

La carta<sup>8</sup> comienza enfatizando que la proclama del Rey ha aceptado formalmente la Constitución francesa, y ha pedido «con mucha precisión y claridad» un espíritu de «justicia y moderación» para ayudar en el restablecimiento de un país que ha sufrido los traumas recurrentes de una gran Revolución. Este espíritu conciliatorio debe cruzar los mares. «Ahora nos referiremos a la ley del 28 de septiembre de 1791, relacionada con las colonias. Esta ley otorga a las colonias el derecho de decidir acerca del estatus de los hombres de color libres y de los negros libres». Toussaint y el resto de los traidores no solo querían la libertad, sino también los derechos políticos. Pero no bastaban las promesas. Defenderían las decisiones de la Asamblea Colonial «hasta la última gota de su sangre», aunque esas decisiones tenían que estar «revestidas con las formalidades de rigor». A continuación venía una larga excusa por males que habían contribuido a infligir a «esta rica e importante colonia». Pero ellos desconocían las nuevas leyes cuando redactaron la primera carta. «Hoy, cuando hemos sido instruidos en las nuevas leyes, cuando no podemos dudar de la aprobación de la madre patria para todas las leyes que ustedes decretarán en relación con el régimen interno de la colonia y el estatus de los ciudadanos, no nos mostraremos obstinados». Después de otra larga apelación a la Asamblea para que aproveche la oportunidad de restablecer con rapidez el orden «en una colonia tan importante», la carta aborda el difícil asunto de los esclavos. «Las leyes que entrarán en vigor acerca del estatus de las personas libres y no libres deben ser las mismas en toda la colonia». Esto era obviamente un dedo apuntando a los tratados en la Provincia Occidental. «Sería incluso de su interés declarar por medio de un decreto, aprobado por el Gobernador, que tienen la intención de ocuparse de todos los esclavos, conociendo que son el objeto de su atención». Mientras los esclavos tuvieran confianza en sus jefes, si la Asamblea les daba a estos jefes la tarea de la pacificación, los esclavos estarían satisfechos, lo cual facilitaría el restablecimiento del «equilibrio que se ha roto». La conclusión era una declaración de buena fe y los mejores deseos de un arreglo

<sup>8</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. I, pp. 148-152. Toda la correspondencia se encuentra en los Archives Nationales, DXXV, 1.



expedito. La libertad para los líderes, sin embargo, era «indispensable». La carta estaba firmada por Jean François y Biassou, otros dos, y dos comisarios *ad hoc*, uno de los cuales era Toussaint. Por su hábil utilización de los vínculos morales y políticos entre la madre patria y la colonia, el hecho de mostrarles a los colonos la oportunidad de restablecer la prosperidad anterior «de esta importante colonia magnífica», su insistencia firme, pero delicada, en los derechos políticos de los libertos, debidamente sancionados por la ley, su exhuberancia en el tratamiento de las cuestiones que no costaban nada, como la paz, la buena voluntad, etc., la carta podía haber provenido de la pluma de un hombre que hubiera pasado toda su vida en la diplomacia. El autor, conociendo el temperamento de los colonos, se había tomado el trabajo, incluso, de sugerirles exactamente cómo había que engañar a los esclavos para volverlos a someter; ningún imperialista de la actualidad, con trescientos años de engaño tradicional a su favor, podía haber decorado sus garras con mejores palabras; «el restablecimiento del equilibrio roto», como frase, no hubiera deslucido a la Comisión de Mandatos de la Liga de las Naciones. Jean François había escrito que la cuestión era difícil pero que podía hacerse, y que no solo estaban dispuestos, sino que serían capaces de hacer el trabajo de Judas del que la carta ofrece amplia evidencia. La deslealtad política no es monopolio de la raza blanca, y esta traición abominable tan poco tiempo después de las insurrecciones demuestra que el liderazgo político es cuestión de programa, de estrategia y táctica, y no del color de los que dirigen, de su origen popular o de los servicios que han prestado.

Los arrogantes colonos rechazaron la propuesta. ¿Negociar con esos bandidos que han asesinado, quemado y violado? Imposible. Los comisarios protestaron en vano. Los colonos, extremadamente confiados en que devolverían sin dificultad a sus jaulas a estos perros revoltosos, respondieron que solo perdonarían a los criminales arrepentidos que regresaran al trabajo. El mensaje finalizaba con esta concisa solicitud a los enviados: ¡Fuera! Los colonos blancos no podían comprender que Biassou ya no era un esclavo sino el líder de cuarenta mil hombres. Cuando recibió este mensaje, perdió los estribos y se acordó de los prisioneros blancos. «Les haré pagar por la insolencia de la Asamblea, que se ha atrevido a escribirme con tan poco respeto», y ordenó que les dieran muerte a todos. Toussaint, que siempre detestó los derramamientos de sangre innecesarios, calmó a su jefe.

Los frustrados comisarios arreglaron una entrevista con Jean François. La Asamblea Colonial los acusó de contrarrevolución. Los comisarios los invitaron a que enviaran delegados.

Jean François apareció a la hora y en el lugar acordados, llevando de la brida su caballo. Al verlo, Bullet, un colono, no pudo contener la ira y lo golpeó con la fusta. Jean François, colérico, regresó entre los suyos, y la paz pendía de un hilo. En este momento peligroso, Saint-Leger tuvo la rapidez mental y el valor de avanzar solo entre los negros hostiles y hablarles amablemente. Se conmovieron tanto con esta conducta inespera-

da que Jean François cayó a los pies de los hombres de Francia. Reiteró su promesa. A cambio de la libertad de cuatrocientos de los líderes y el olvido del pasado, él conduciría a los negros de regreso a la esclavitud. Los comisarios le pidieron, como garantía de buena fe, la devolución de los prisioneros blancos. Jean François estuvo de acuerdo y pidió la devolución de su esposa, prisionera en El Cabo, a quien los blancos no se habían atrevido a ejecutar por temor a las represalias. La entrevista terminó de forma amigable, con Jean François asegurándoles a los comisarios que estaba «admirado de ver, al fin, a hombres blancos que mostraban humanidad».

Al día siguiente, Jean François envió a El Cabo los prisioneros prometidos. Probablemente los negros sabían que algo olía mal. Los prisioneros fueron conducidos bajo una fuerte escolta, de la que Toussaint formaba parte, pero que era escasamente suficiente para salvarlos de la hostilidad de los que encontraban en el camino. Los miembros de la delegación se presentaron ante la Asamblea. El presidente se negó a hablar con ellos y se comunicaba a través de notas. «Continúen dando prueba de su arrepentimiento y díganles a quienes los enviaron que se dirijan a los comisarios: solo mediante la intermediación de ellos puede esta Asamblea arribar a una decisión sobre el destino de ustedes». El presidente quería que los negros captaran la idea de que los comisarios estaban subordinados a la Asamblea, y lo logró. Tan desdenosa se mostró la Asamblea, que no incluyó las negociaciones en el acta. Toussaint tenía plenos poderes, y en vano intento de quebrantar el orgullo de los colonos, redujo en secreto el número de los que debían ser liberados de cuatrocientos a sesenta.<sup>9</sup> Los colonos lo rechazaron. Entonces, y solo entonces, tomó Toussaint la inalterable decisión, de la que nunca se apartaría y por la que murió. La libertad total para todos, lograda y mantenida por su propio esfuerzo. Los revolucionarios más radicales son resultado de las circunstancias. Es probable que, al contemplar a las hordas de negros que lo rodeaban, se le oprimiera el corazón ante la perspectiva de una guerra y del barbarismo que sobrevendría a la libertad, incluso cuando se lograra alcanzarla. Estaba dispuesto a hacer muchas concesiones a los colonos. Probablemente esperaba que hubiera un intento de mejorar el tratamiento. Pero al haber sido obligado a llegar a esta decisión, y acorde con su carácter, nunca se arrepintió. Al regreso, les dijo a sus jefes que no esperaran nada de los comisarios.<sup>10</sup> Solo tenían la facultad de servir de intermediarios y sus poderes estaban subordinados a los de la Asamblea. Biassou, que había exigido una entrevista, la evadió.

A partir de ahí fue la guerra, y una guerra necesitaba soldados entrenados. Toussaint abandonó su puesto de Médico de los Ejércitos del Rey y,

<sup>9</sup> Toussaint, en años posteriores, decía esto con frecuencia. Véase H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, Puerto Príncipe, Haití, 1933, vol. III, p. 18.

<sup>10</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. I, p. 157.

con el título de Brigadier General, comenzó a entrenar un ejército. Solo en una ocasión durante toda su vida política dejaría de enfrentar una emergencia con la acción audaz y correcta.

En la Provincia Occidental, Rigaud, Beauvais y Pinchinat estaban utilizando como su agente en las dotaciones a un joven esclavo nombrado Hyacinthe. Tenía solo veintiún años de edad, pero iba de plantación en plantación diciendo, como la mayoría de los líderes de las insurrecciones campesinas, que tenía inspiración divina. Podemos juzgar el atraso de los esclavos occidentales al comienzo de la Revolución por el hecho de que, tanto Hyacinth como otro hombre, Romaine la profetisa (*sic*), fortalecían su autoridad con atributos divinos, mientras que Jean François y Biassou en el Norte, desde el comienzo, tenían como objetivo la revolución social. Los negros se unieron en masa al ejército confederado de mulatos y blancos en Croix-des-Bouquets, y el 31 de marzo tuvo lugar la batalla entre los Confederados y los Patriotas de Puerto Príncipe. Los esclavos eran casi todos nativos de África. Fueron a la batalla armados solo con cuchillos, picas, azadas y estacas con puntas de hierro. Con Hyacinthe al frente, cargaron contra las bayonetas de los voluntarios de Puerto Príncipe y los soldados franceses, sin miedo a los bólidos del cañón de Pralotto que horadaban sus filas: si morían, despertarían de nuevo en África. Hyacinthe, con una cola de toro en la mano, corría entre ellos gritando que su talismán alejaba la muerte. Iba delante, a la carga, atravesando las balas y los perdigones sin ser tocado. Bajo ese liderazgo los africanos eran irresistibles. Agarraban los caballos de los dragones y tumbaban a los jinetes. Metían los brazos dentro de la boca de los cañones para sacar las balas y les decían a sus compañeros «vengan, vengan, que ya la tenemos». El cañón disparaba y volaban en pedazos. Otros se abalanzaban en enjambre sobre los cañones y los artilleros, los rodeaban con sus brazos y los silenciaban. Nada podía detener su devoción, y después de seis horas las tropas de Puerto Príncipe se retiraron en desorden. Habían perdido más de cien soldados, pero casi dos mil esclavos yacían muertos en el campo. El ejército combinado rodeó entonces a Puerto Príncipe.

Los blancos no solo combatían junto a los mulatos, también le estaban pidiendo al Gobernador que impidiera que los perturbadores de la paz provenientes de la Asamblea Colonial interfirieran en el occidente. Le enviaron los acuerdos y le ratificaron que los mantendrían, incluso con independencia de lo que él dijera. Le pidieron que los publicara y los enviara al Rey, a la Legislatura en Francia, a los comerciantes de los grandes puertos, a todo el mundo.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> Memorando de los *Commissaires Conciliateurs des Citoyens Blancs de l'Artibonite*. Archives Nationales, DXXV, 2. Uno de los ocho documentos recolectados por Roume y enviados a Francia.

Cualesquiera que hayan sido las reservas que tuviera cuando firmaron este pacto con los mulatos bastardos, los blancos estaban ahora ansiosos por cimentar la alianza; y Roume, abrumado por el número de estas apelaciones. La Revolución, dice Carlos Marx, es la locomotora de la historia. He aquí una locomotora que viajaba a una velocidad extraordinaria, ya que en abril de 1792, a menos de tres años de la caída de la Bastilla, los blancos Patriotas de Puerto Príncipe se hallaban sitiados por un ejército de comandantes realistas, plantadores blancos, mulatos pardos y esclavos negros, sin restricciones y como socios libres e iguales. Sin duda, la mayor parte de los ricos solo esperaba el restablecimiento del «orden» para de nuevo colocar a los esclavos en su lugar, mas el simple hecho de que existieran esta asociación revolucionaria y la igualdad temporal, significaba la rotura del viejo hechizo, por lo que las cosas no volverían a ser nunca como antes.

La Asamblea Colonial, además de la guerra con los esclavos y con los mulatos, inició una fiera disputa con los comisarios en torno al asunto de la precedencia. En El Cabo, los Patriotas tenían en realidad al Gobernador bajo arresto hacía ya algún tiempo, a la vez que tramaban asesinar a Mirbeck, quien el 30 de febrero marcharía de regreso a Francia. Saint-Leger se había ido a Puerto Príncipe, donde los Patriotas, a instancia de la Asamblea en El Cabo, amenazaban con deportarlo, de ahí que se refugiara con los Confederados. Saint-Leger y Roume estaban ahora seriamente alarmados, no por la rebelión de los esclavos, sino por el crecimiento de la contrarrevolución. De la misma manera en que Barnave, los Lameth y sus amigos en Francia, el Saint-Domingue blanco estaba cada vez más cansado de la escarapela roja y crecientemente se inclinaba por la autoridad real. El Ejército Confederado parecía pertenecer completo a la escarapela blanca. Justo en ese momento Pinchinat sostuvo una reunión con Saint-Leger, y lo que le dijo al caballero hizo que este se apresurara en volver a Francia. Roume también debía partir tres días después, pero una conversación fortuita lo hizo oler un complot realista y se quedó para evitarlo. Los realistas verdaderamente pensaban que Saint-Domingue estaba listo para caer en sus manos. Pero se equivocaban. Pinchinat había seguido un juego astuto. Los realistas tenían la esperanza de utilizar a los mulatos. Ahora se percataban de que fueron ellos los utilizados. Como dijera con posterioridad Beauvais a Roume: «Nosotros nunca fuimos los instrumentos de los escarapelas blancas. Necesitábamos conquistar nuestros derechos, por lo que requeríamos ayuda. Si el mismo Diablo se hubiera presentado, lo hubiéramos enrolado. Estos caballeros se ofrecieron y los usamos, mientras los dejamos que creyeran que éramos sus instrumentos».

El decreto del 4 de abril venía ahora a asegurar la victoria de los mulatos, lo que les permitía apoyar abiertamente por un tiempo a la Revolución Francesa.

La cuestión colonial había destrozado los nervios y agotado a la Constituyente, cuyos miembros, en su totalidad, fueron excluidos por ley de la Legislatura que se reunió el 1.º de octubre. Los nuevos diputados no estaban en mejor posición con respecto a la cuestión colonial, pues, además de los derechos de los mulatos, ahora enfrentaban una rebelión de esclavos.

A la derecha estaban los *feuillants*, o Partido del Rey, encabezados para la cuestión colonial por Vaublanc, quien estaba a favor de la esclavitud, incluso de los mulatos. La izquierda se había fortalecido desde las elecciones. Sin embargo, aunque había más de cien jacobinos en la Legislatura, estaban divididos; en la extrema izquierda Robespierre y la Montaña; en la derecha, los *brissotins*, o seguidores de Brissot, más conocidos en la historia como los girondinos. Las masas de París, organizadas en la Comuna, seguían a los jacobinos. Robespierre y la Montaña lucharían por los derechos de los mulatos. También lo haría Brissot, pero en su grupo estaban Vergniaud, Guadet y otros, que eran diputados por las ciudades marítimas. Los girondinos tenían ese nombre por la provincia de La Gironda, cuya ciudad principal era Burdeos. Vergniaud era diputado por Burdeos, y todas las ciudades marítimas aún se mantenían firmemente en contra de la concesión de los Derechos del Hombre a los mulatos.

Lo primero que los atemorizó fue la forma en que la noticia acerca de la insurrección llegó a Francia. París se enteró a través de un periódico inglés. El embajador británico informó sobre la gravedad del levantamiento, del cual sabía por Jamaica, vía Londres. El periódico *Le Moniteur* preguntaba día a día: ¿Por qué no hay noticias de Blanchelande? El 7 de noviembre *Le Moniteur* publicó una copia de la carta que los colonos le enviaron al gobernador de Jamaica. Solo el día 8 se leyó en la Cámara una carta de Blanchelande en la que solicitaba tropas. La burguesía marítima comenzó a mirar a los colonos con ojos diferentes: al menos los mulatos eran fieles a Francia y apoyaban fuertemente la esclavitud.

La primera cuestión era el envío de tropas para sofocar la revuelta. Pero en una Revolución la Revolución tiene primacía. Las alas derecha e izquierda de la Legislatura querían saber qué cantidad de tropas se enviaría y quién las iba a controlar. El Rey era aún el jefe del Ejército y la Marina. Los oficiales eran realistas y centro de la contrarrevolución. Los ministros y funcionarios del Rey todavía estaban a cargo, tanto en París como en Saint-Domingue. Poner un ejército y una flota en manos de esa gente significaba entregarles armas que podían ser utilizadas contra la propia Revolución cuando se aniquilara la insurrección o quizás antes, y colocar a la colonia más rica de Francia a merced de los realistas. Los jacobinos y los *feuillants* discutían sobre esto diariamente. Aunque de lo que se trataba era de reprimir una rebelión de esclavos, la Legislatura, al igual que la Constituyente, no toleraría el uso de la palabra *esclavo*. Cuando un diputado en medio de su discurso dijo «Pero los esclavos son propiedad de los colonos [...]», hubo las protestas habituales y demandas de que el orador fuera llamado al orden. La Legislatura, más a la izquierda que

la Constituyente, era, quizás por esa razón, aún más sensible. La Comisión Colonial, que aspiraba, como siempre, a dejarlo todo en manos del Ministerio, no quiso hacer ningún informe. Pero los Amigos del Negro eran ahora mucho más poderosos y Brissot lanzó una advertencia: si la Comisión no presentaba un informe en el plazo de diez días, abriría el debate el 1.º de diciembre. Durante ese intervalo llegaron a París los delegados de la Asamblea Colonial, y el 30 de noviembre, uno de ellos, Millet, expuso el caso de los colonos. Es probable que nunca en una asamblea parlamentaria se pronunciara un discurso tan plagado de impúdicas mentiras y deshonestidad.

La descripción que hiciera Millet de la esclavitud demostraba que era la forma social más feliz de las conocidas en los tiempos antiguos y modernos.

Vivimos en paz, caballeros, en medio de nuestros esclavos [...]. Que un hombre inteligente y educado compare el estado deplorable de esos hombres en África con la vida fácil y placentera que disfrutan en las colonias [...]. Con todas las necesidades de la vida cubiertas, rodeados de una tranquilidad desconocida en la mayor parte de los países europeos, seguros del disfrute de su propiedad, pues poseen propiedad, que es sagrada, con atención de salud en su enfermedad que se buscaría en vano en los afamados hospitales de Inglaterra, protegidos, respetados en sus achaques de vejez; en paz con sus hijos y con sus familias [...] liberados cuando prestan servicios importantes. Este era el cuadro verdadero, no embellecido, del régimen de nuestros negros, y este régimen interno se perfeccionó, particularmente en los últimos diez años, con un cuidado para el cual no existe modelo en Europa. El vínculo más sincero une al amo y al esclavo; dormimos seguros en medio de estos hombres que se han convertido en nuestros hijos, y muchos de nosotros no tenemos ni cerraduras ni candados en nuestras puertas.

Se suponía que fue esta la vida de los esclavos hasta 1787, año anterior al caso de Le Jeune. ¿El terror para mantener sometidos a los esclavos, demostrado en mil documentos? No existía tal cosa. Es cierto, había una pequeña cantidad de amos duros y feroces. «¿Pero cuál fue la suerte de esos malvados? Marcados por la opinión pública, vistos con horror por la gente honesta, excluidos de la sociedad, sin crédito en sus negocios, vivían en el oprobio y el deshonor, y morían en la miseria y la desesperación [...]».

¿Qué hizo cambiar este idílico estado de cosas? Ahora hace su entrada el villano.

Sin embargo, caballeros, surge una sociedad en Francia y prepara desde lejos la destrucción y las convulsiones a que hemos estado sujetos [...]. Y en lugar de continuar con nuestro trabajo, esta sociedad nos obligó a renunciar a él al cultivar el espíritu de insubordinación entre nuestros esclavos y la ansiedad entre nosotros.



Una vez lanzada esta bomba contra los Amigos del Negro, Millet atacó a la propia Asamblea. Sabía dónde dolía.

Pronto dijeron que esta sociedad exigiría que se eliminara el comercio de esclavos, lo que es decir que las ganancias que se derivan del mismo para el comercio francés irían a parar a los extranjeros, porque nunca esta filosofía romántica persuadirá a todas las potencias europeas de que su deber es abandonar el cultivo de las colonias y dejar que los habitantes de África sean presa de la barbarie de sus tiranos en lugar de emplearlos en otros lugares. Bajo amos amables explotan un territorio que permanecería ocioso sin ellos, y cuyas ricas producciones son, para la nación que las posee, una gran fuente de industria y prosperidad.

¿Los mulatos? Ellos y los blancos han vivido pacíficamente; no, felizmente. «Los lazos de afecto y de buenos sentimientos que existen entre estas dos clases de hombres» se fortalecerían con las leyes justas y humanas que aprobaría la Asamblea Colonial. Pero, una vez más, los Amigos del Negro falsamente presentaron la actitud de los blancos como las pretensiones de la vanidad y como un esfuerzo por resistirse a las reclamaciones justas.

Solo que ningún hombre puede sostener una mentira por siempre, mucho menos un hombre entrenado en la tradición intelectual francesa. Antes de concluir, Millet dejó caer de repente el envoltorio elegante y mostró al Saint-Domingue blanco en toda su hinchada desnudez. «Estos hombres toscos [los negros] son incapaces de conocer la libertad y de disfrutarla con sabiduría, y la ley imprudente que destruiría sus prejuicios sería para ellos y para nosotros una sentencia de muerte».

La Legislatura escuchó en silencio. Esto no era malabarismo con la palabra esclavitud, era la cosa en sí, presentada a la burguesía para que la apoyara hasta la eternidad. Jaurès señala que no hubo aplausos, ninguna de esas airadas interrupciones con que la Legislatura solía expresar su desaprobación por el simple uso de la palabra *esclavitud*. Cuando Millet terminó, el presidente invitó a los delegados a compartir los honores de la sesión. Pero esto era demasiado. Un miembro de la extrema izquierda se levantó colérico. «Qué, señor Presidente, usted invita a la sesión a hombres que acaban de injuriar a la filosofía y la libertad, que acaban de insultar [...]». Las ganancias del comercio de esclavos eran demasiado para la Asamblea, y la propia izquierda no tenía corazón para este asunto.

Al día siguiente Brissot tomó el podio y, en nombre de los mulatos, pronunció un discurso magistral muy celebrado. Planteó que los blancos ricos estaban ansiosos por la paz y listos para otorgar derechos políticos a los mulatos; pero también afirmó que los Patriotas, en su mayoría fuertemente endeudados con Francia e inclinados a la independencia, estaban celosos de los mulatos libres de deudas, y decididos a mantener los privilegios raciales, ahora mucho más apreciados por cuanto esos privilegios descansaban sobre bases tambaleantes. «Eso es lo que nos puede explicar



que, al mismo tiempo, en el corazón de un colono exista el odio al hombre de color que reclama sus derechos, el odio al comerciante que reclama el pago de su deuda y el odio contra el gobierno libre que desea la justicia para todos».

Una vez más la burguesía iba al combate por los derechos de los mulatos. En esta ocasión la lucha duró semanas, dentro y fuera de la Cámara. Vergniaud ocupó el lugar del ausente Barnave, pero los Amigos del Negro tenían un nuevo argumento, proporcionado por los acuerdos entre blancos y mulatos, y la burguesía marítima ahora estaba convencida de que la única manera de salvar a la colonia era otorgando a los mulatos sus derechos: las negociaciones de los Patriotas con otros países les había abierto los ojos acerca de la verdadera naturaleza de estos caballeros. Vergniaud y Guadet fueron capaces de convencer a sus patrones de que la vieja política era falsa. Los grandes dueños de barcos, los comerciantes y los traficantes abandonaron a los colonos. El grupo de Barnave, los *feuillants*, integraron el Ministerio encargado de la cuestión colonial, pero la Revolución estaba radicalizándose de nuevo. El 10 de marzo los *feuillants* fueron derrocados, y se organizó un ministerio girondino, con Roland al frente, aunque inspirado por Madame Roland y Brissot. El 24 de marzo la Legislatura, por amplia mayoría, aprobó un decreto en el que se les otorgaban todos los derechos políticos a los hombres de color. Algunos trataron de argumentar que las decisiones de la Constituyente eran sacrosantas, mas un diputado de la izquierda, acompañado por un gran aplauso, desafió la teoría de que la Legislatura estaba atada por siempre a los decretos de la Constituyente, y reafirmó audazmente la soberanía del pueblo sobre los derechos de las asambleas formales. Se nombraron tres nuevos comisarios, con plenos poderes, y gran cantidad de fuerzas militares para hacer cumplir el decreto y restablecer el orden. El 14 de abril la firma del Rey convirtió el decreto en ley.

¿Y los esclavos? Los esclavos se habían rebelado por la libertad. La insurrección iba a ser sofocada. Pero al menos pudiera haber una promesa de perdón, de un mejor trato en el futuro. Ni una palabra. Ni por parte de Vaublanc en la derecha, ni de Robespierre en la izquierda. Robespierre actuó como un idiota al objetar violentamente la palabra *esclavitud* cuando se propuso como sustituta de «no libre». Brissot hizo una referencia de pasada a los esclavos calificándolos de «infortunados», y eso fue todo.

«La causa de los hombres de color es, entonces, la causa de los patriotas del viejo Tercer Estado y, finalmente, del pueblo tanto tiempo oprimido». Así dijo Brissot, quien, como representante del Tercer Estado, estaba decidido a ayudar al Tercer Estado de los mulatos, y darle al pueblo, en Francia y en Saint-Domingue, frases vacías. Los campesinos franceses todavía clamaban por que la Asamblea los liberara de sus cargas feudales. Los *brissotins* no querían hacerlo. No tocarían la propiedad, y los esclavos eran propiedad. Blangetty, un diputado, propuso una moción de

libertad gradual. La Legislatura ni siquiera la consideró. El 26 de marzo, dos días después de la aprobación del decreto a favor de los mulatos, Ducos se atrevió a proponer que cada niño mulato fuera libre, «cualquiera que sea el estatus de la madre». La Legislatura sometió a votación la cuestión anterior y a Ducos no le permitió ni hablar sobre su moción. Los Amigos del Negro, buenos liberales, estaban ahora en el poder y tan callados acerca de la esclavitud como cualquier colono. Los esclavos, ignorantes en política, habían tenido razón en no esperar por estos elocuentes hacedores de frases. Toussaint, el astuto estudiante de la política francesa, leía y anotaba.

Entre los líderes negros, solo Toussaint, con la libertad para todos en su mente, organizaba a partir de miles de esclavos ignorantes y sin entrenamiento, en aquellos primeros meses de 1792, un ejército capaz de combatir contra tropas europeas. Los insurgentes habían desarrollado un método de ataque basado en su abrumadora superioridad numérica. No se apresuraban a avanzar en masa como los fanáticos. Formaban grupos, buscando lugares boscosos para rodear al enemigo, tratando de aplastarlo con la fuerza de su mayor número. Llevaban a cabo estas maniobras preliminares en absoluto silencio, mientras que los sacerdotes negros cantaban la *wanga*, y las mujeres y los niños danzaban en un frenesí. Cuando alcanzaban el nivel de excitación que necesitaban, los combatientes atacaban. Si encontraban resistencia, se retiraban sin agotarse; pero a la menor vacilación de la defensa, se volvían extremadamente audaces, y abalanzándose sobre los cañones, caían como un enjambre sobre sus oponentes. Al principio no podían utilizar las armas que capturaban, y solían tratar de encender la mecha por el lado contrario. Fue a partir de estos hombres «incapaces de hablar dos palabras en francés» que se creó un ejército. Toussaint podía haber tenido miles de seguidores, mas su característica era empezar con algunos cientos de hombres escogidos, devotos a él, que aprendían desde el principio, y con él, el arte de la guerra, mientras peleaban a su lado contra las tropas francesas y los colonos. Los entrenaba y los hacía practicar asiduamente en el campamento. Hacia julio de 1792, no tenía más de quinientos bajo su mando, las mejores tropas revolucionarias. Ellas, y no las peroratas en la Legislatura, serían las que decidirían en la lucha por la libertad. Pero nadie se percató de Toussaint y sus seguidores negros. Los *feuillants* y los jacobinos en Francia, así como los mulatos y los blancos en Saint-Domingue, todavía consideraban que la insurrección de los esclavos era un inmenso desorden que se resolvería con el tiempo, una vez que se pusiera fin a la división entre los dueños de esclavos.

## Y TERMINAN LAS MASAS DE PARÍS

Seis mil hombres —cuatro mil Guardias Nacionales y dos mil soldados de línea— zarparon de Francia en quince barcos para poner fin a la disputa entre los dueños de esclavos en Saint-Domingue y acabar con la insurrección negra. Los comisarios eran Sonthonax, jacobino de derecha, amigo de Brissot; Polverel, quien promoviera la expulsión de Barnave y sus amigos de las filas jacobinas, y también amigo de Brissot; y un tal Ailhaud, un don nadie. La expedición resultaba la adecuada para la tarea que debían ejecutar. Aun así no estaba exenta de las divisiones que desgarraban a Francia desde julio de 1789. Los comisarios eran revolucionarios; los militares al mando, oficiales del Rey. Antes de que zarpara el barco, el comandante Desparbes se peleó con los comisarios por cuestiones de precedencia y dirigió a las tropas palabras «equívocas e inconstitucionales». La trifulca alcanzó tal nivel de voces que oficiales y soldados la escucharon. Pelearon de nuevo en torno a los métodos para el desembarco, y se separaron en cuanto desembarcaron. Los Guardias Nacionales eran civiles de la Revolución; las tropas, soldados del Rey. Tan pronto como Desparbes desembarcó, en lugar de movilizar todas sus tropas para atacar a los esclavos, conspiró con los realistas locales, y los Guardias Nacionales fueron distribuidos entre los distintos campamentos bajo las órdenes de oficiales realistas. Los comisarios llevaron la Revolución a bordo: fueron a su encuentro. Pero lo que era infinitamente más importante para los esclavos: la habían dejado atrás.

Zarparon de Rochefort a mediados de julio. Antes de que llegaran a Saint-Domingue, las masas de París, cansadas de los errores y la incompetencia de los parlamentarios, habían tomado el asunto en sus propias manos y sacado a rastras a los Borbones del trono.

Los girondinos, para escapar de las exigencias de los campesinos, de los deseos de los obreros por que se fijaran precios máximos a los alimentos, y de otras candentes cuestiones de la Revolución, metieron al país en una guerra con Austria diecisiete días después de firmado el decreto del 4 de abril. El ejército era mitad realista y mitad revolucionario; María Antonieta le enviaba al enemigo los planes de guerra; la Francia revolucionaria parecía incapaz de organizarse, y los realistas en Francia estaban esperando la entrada de las tropas extranjeras para levantarse y masacrar a la Revolución. Los girondinos, temerosos de la contrarrevolución aunque mucho más de las masas de París, no tomaban medidas contra los realistas, por lo que el pueblo parisino, acicateado por la exasperación, tomó por asalto las Tullerías el 10 de agosto. Pusieron bajo prisión a la familia real, se disolvió la Legislatura y se convocó un nuevo parlamento: la Convención Nacional. Las masas administraron a los complotados realistas una justicia ruda durante las masacres de septiembre, y tomaron la defensa de Francia en sus sucias pero fuertes y honestas manos. El gobierno girondino propuso abandonar París. Los obreros lo impidieron. Armaban diariamente dos mil voluntarios y, con los realistas, durante bastante tiempo, fueron cantando alegremente a expulsar a la contrarrevolución del suelo francés. Si la Francia revolucionaria se salvó, fue gracias a ellos.

¿Qué tiene esto que ver con los esclavos? Todo. No se podía esperar que los obreros y los campesinos de Francia se interesaran por la cuestión colonial en tiempos normales, al igual que no se puede esperar en la actualidad ese interés por parte de los obreros británicos o franceses. Pero ahora se habían levantado; estaban luchando contra la realaleza, la tiranía, la reacción y la opresión de todo tipo, y en esta incluían a la esclavitud. El prejuicio racial es superficialmente el más irracional de todos los prejuicios, y los obreros parisinos, en una reacción completamente comprensible, habían pasado de la indiferencia de 1789 y a detestar, mucho más que a cualquier otro segmento de la aristocracia, a los que ellos denominaban «los aristócratas de la piel».<sup>1</sup> El 11 de agosto, al día siguiente de la caída de las Tullerías, Page, un notorio agente de los colonos en Francia, escribía a casa descorazonado: «Aquí reina solo el espíritu del horror a la esclavitud y el entusiasmo por la libertad. Es un frenesí que se apodera de todas las mentes y crece día a día».<sup>2</sup> A partir de ahí las masas parisinas se pronunciaron en contra de la esclavitud, y sus hermanos negros de Saint-Domingue, tuvieron, por primera vez, aliados apasionados en Francia.

La Convención Nacional fue electa y deliberó bajo la influencia de estas masas. Los esclavos en Saint-Domingue habían demostrado con su

<sup>1</sup> Jean Philippe Garran-Coulon: *Rapport sur les troubles de Saint Domingue...*, vol. IV, p. 21.

<sup>2</sup> *Débats entre les accusés et les accusateurs dans l’Affaire des Colonies*, París, 1798. El informe oficial del juicio de Sonthonax y Polverel, Publicado por Garran-Coulon, vol. II, p. 223.

insurrección a la Francia revolucionaria que podían luchar y morir por la libertad. El desarrollo lógico de la Revolución Francesa había colocado a las masas en el centro de la escena, y cuando las masas decían «abolición», era en la teoría y en la práctica.

Pero traducir en acción el sentir de las masas lleva tiempo y organización, y la Revolución, por el momento, tenía asuntos más urgentes que tratar que la esclavitud.

Ni los nuevos comisarios ni el pueblo de Saint-Domingue sabían nada acerca de los acontecimientos del 10 de agosto cuando desembarcaron el 18 de septiembre.

Habían venido principalmente a lidiar con la cuestión de los mulatos. Para su agradable sorpresa, encontraron que ese asunto estaba ya arreglado. Tres años de guerra civil y un año de insurrección de esclavos habían logrado que estos plantadores blancos, al fin, aprendieran algo. Tan pronto llegó la noticia sobre el decreto, todos los blancos, del Norte, del Oeste y del Sur, lo aceptaron. El 14 de julio de 1792, los blancos brindaron una cena a los hombres de color; unos días después, los mulatos reciprocaron. El Gobernador, el comandante de la estación naval, el tesorero, escribieron a los comisarios para informarles que todos los blancos habían estado de acuerdo con aceptar el decreto.<sup>3</sup> Naturalmente, todavía había prejuicios raciales, que no desaparecen en un día ni en un año. Pero los blancos querían la paz, y en la ceremonia de bienvenida, el presidente blanco de la Asamblea y

<sup>3</sup> Anexos del informe de los comisarios al ministro de la Marina, 30 de septiembre de 1792, Archives Nationales DXXV.

a) D'Áugy, presidente de la Asamblea Colonial, en un discurso pronunciado a la llegada de los comisarios: «[...] para que no les quede dudas de nuestro perfecto acatamiento de la ley del pasado 4 de abril a favor de los hombres de color y los negros libres».

b) Carta de Girardin, comandante de la estación naval: «Me preguntan, caballeros, qué piensan los soldados y los marineros de la ley del 4 de abril. Están en la mejor disposición de acatar esta ley así como las demás. Cuando habla la ley, ellos saben obedecer, siempre y cuando nadie trate de corromperlos [...]». Girardin les advirtió a los comisarios acerca de los «facciosos» en El Cabo, que deseaban romper «la armonía que existe entre los habitantes respetables, tanto blancos como de color [...]». Sugería que los comisarios desembarcaran en St. Marc, donde «la unidad entre todos los ciudadanos es perfecta».

c) Carta del gobernador Blanchelande a los comisarios: «La ley del 4 de abril ha sido publicada y aceptada en toda la colonia».

Carta de Souchet, el tesorero, a los comisarios: «Ustedes encontrarán que la ley del 4 de abril ha sido aceptada universalmente [...]».

Carta de Delpech, otro funcionario: «Verán [...] que el primer objetivo de su misión, garantizar la ejecución de la ley del 4 de abril, les traerá pocas dificultades, pero tendrán que tomar muchas precauciones [...]».

El propio Sonthonax le escribe al Ministro que Rouseau le había enviado las mismas noticias del Sur y del Occidente. Sin embargo, el señor T. Lothrop

el Alcalde blanco de El Cabo actuaron como si el pleito con los mulatos fuera una cuestión del pasado. Dos asuntos les preocupaban: uno, la esclavitud. «No hemos traído medio millón de esclavos desde las costas de África para convertirlos en ciudadanos franceses», le dijo el presidente de la Asamble a Sonthonax, quien lo tranquilizó. «Reconozco», dijo, «solo dos clases de hombres en Saint-Domingue: los libres, sin distinción de color, y los esclavos». Pero el segundo asunto que les preocupaba era la Revolución. Los escarapelas blancas y rojas esperaban ayuda de los comisarios. Los realistas consideraban que los comisarios eran funcionarios nombrados por el Rey; los revolucionarios veían en ellos a los miembros del Club de los Jacobinos. Sonthonax, como era inevitable en un jacobino y un seguidor de Brissot, estaba del lado de la Revolución. Reorganizó el gobierno a fin de concentrar el poder en manos de la Comisión, e incluyó en el consejo a mulatos y negros libres. Ahora el próximo paso era, obviamente, atacar a los esclavos antes de que las tropas comenzaran a sentir los efectos del clima. Solo que ese vigoroso ataque nunca llegó.

A principios de octubre, Saint-Domingue escuchó las noticias de lo acontecido el 10 de agosto. Esto no era una simple cuestión de lealtad al monarca. La burguesía estaría dispuesta a derrocar al Rey e implantar la república si podía salvar el pellejo y los bienes. El 10 de agosto era algo más que eso. Era el intento de las masas por tomar el poder, no con discursos, sino con las armas. No podía haber tregua en ningún lugar del territorio francés después del 10 de agosto. Los realistas bajo Desparbes y los revolucionarios bajo Sonthonax saltaron los unos sobre los otros. Los mulatos lucharon por Sonthonax, que resultó victorioso, y deportaron a Francia a Desparbes y al resto de los líderes realistas. La Revolución había triunfado. Pero Sonthonax estaba decidido a abolir la discriminación contra los mulatos, y los pequeños blancos, y la chusma, aunque revolucionarios, estaban furiosos al ver que los ricos de color eran tenidos en alta estima por parte de Sonthonax. Estaban ciegos de ira y prejuicio racial. Sonthonax los llamó «aristócratas de la piel» y apoyó el espíritu y la letra del decreto del 4 de abril. Una vez más la división entre los gobernantes les permitía respirar a los gobernados.

Esta aparente buena fortuna no era, en lo fundamental, un accidente. La primera señal de que una sociedad está desajustada o en crisis es que las clases dominantes no se pueden poner de acuerdo acerca de cómo salvar la situación. Es esta división la que abre la brecha, y las clases dominantes continuarán luchando unas contra otras mientras no teman que las masas tomen el poder. La insurrección, sin embargo, parecía en

---

Stoddard, tratando de probar a toda costa sus teorías raciales, llega al extremo de decir en la página 187 de *The French Revolution in San Domingo* (Boston y Nueva York, 1914), que el Gobernador y el comandante de la estación naval escribieron informes especiales en los que planteaban que los soldados y los marineros «compartían con los colonos» la repugnancia hacia la ley del 4 de abril.

esos momentos estar en sus últimos estertores. Laveaux, el comandante francés, con apenas un puñado de soldados, derrotó a Toussaint y desplazó a los esclavos rebeldes de sus posiciones. La hambruna y la enfermedad diezmaron sus fuerzas. Quince mil hombres, mujeres y niños, hambrientos y con sus soldados derrotados y empujados hacia las montañas, vinieron suplicando que los recibieran de vuelta. Toussaint y algunos cientos de sus hombres entrenados, formados en menos de un año, estaban impotentes dentro de la multitud. Jean François y Biassou, con fuerzas numéricamente superiores, eran más débiles que Toussaint. Candy, líder de un grupo de mulatos, desertó de las filas negras y se unió a los comisarios, iniciando así la vacilación de los mulatos, que tan desastrosas consecuencias tendría en el futuro. A principios de 1793, Laveaux estaba preparando el asalto final para ponerle fin a la insurrección cuando fue convocado por los comisarios.

La Revolución había desbordado las fronteras de Francia. El 21 de enero de 1793 el Rey fue ejecutado. Los ejércitos revolucionarios obtenían éxitos y las clases dominantes europeas se armaron contra el nuevo monstruo: la democracia. En febrero sobrevino la guerra con España, después con Gran Bretaña. Fue para defender las costas contra el enemigo que Sonthonax llamó a Laveaux. La ola revolucionaria empezó de nuevo a inundar las llanuras, para nunca más retroceder, y Toussaint comenzó a emerger como el hombre del futuro.

Por el momento, los negros no supieron dónde estaban sus verdaderos intereses. Y si no lo sabían, no era culpa de ellos, porque la Revolución Francesa, aún en manos de «liberales» y «moderados», se inclinaba claramente hacia la devolución de los negros a la antigua esclavitud. Así, cuando los españoles en Santo Domingo propusieron a los negros una alianza contra el gobierno francés, naturalmente aceptaron. He aquí a hombres blancos ofreciendo armas, municiones y suministros, reconociéndolos como soldados, tratándolos como iguales y pidiéndoles que dispararan a otros blancos. Todos acudieron a unirse a las fuerzas españolas, y tanto Jean François como Biassou fueron nombrados con el cargo de teniente-general de los Ejércitos del Rey de España. Toussaint también fue, aunque llegó a un arreglo con los españoles para ser un jefe independiente y no estar subordinado a Biassou. Tenía seiscientos hombres, bien entrenados y absolutamente leales a él. Recibió el título oficial de coronel.<sup>4</sup> Como el resto de los negros, Toussaint atacó a la república sin Dios y sin Rey, luchó en nombre de la realeza, tanto española como francesa. Aunque ya esos lemas eran simplemente asuntos de la política, no convicciones.

Lo asombroso es esta madurez. Jean François y Biassou se sentían completamente satisfechos con sus nuevos cargos oficiales, pero Toussaint le propuso al marqués de Hermonás, su jefe inmediato superior, un plan

<sup>4</sup> Mariscal de campo.



para conquistar la colonia francesa mediante el otorgamiento de la libertad a todos los negros.<sup>5</sup> De Hermonás estuvo de acuerdo, pero el gobernador don García se negó. Frustrado por esa razón, le escribió antes de junio a Laveaux<sup>6</sup> —no llevaba aún cuatro meses con los españoles— ofreciéndole unirse a los franceses para combatir contra los españoles si Laveaux reconocía la libertad de los negros y concedía amnistía plena. Laveaux rechazó el ofrecimiento y Toussaint, perplejo, permaneció con los españoles.

A los franceses las cosas les fueron de mal en peor, y el 6 de agosto Chanlatte, oficial mulato, una de las creaciones de Sonthonax, le ofreció a Toussaint «la protección» de la república si se pasaba al lado francés con sus fuerzas. En política, todos los términos abstractos esconden la traición. Toussaint se negó y respondió amablemente que «los negros deseaban un Rey y que depondrían las armas solo cuando fueran reconocidos». Sin duda, Chanlatte pensó que Toussaint era un africano ignorante y fanático, como muchos historiadores, incluso después de estudiar la carrera de Toussaint, continúan creyendo que tenía algún tipo de fe «africana» en el clan. Nada más lejos de la mente de Toussaint. Aunque fuera aliado de los españoles, continuaba convocando abiertamente a los negros sobre la base de la libertad para todos. El 29 de agosto publicó un llamado:

Hermanos y amigos. Soy Toussaint L'Ouverture, mi nombre es, quizás, conocido por ustedes. He emprendido la venganza. Quiero que reinen en Saint-Domingue la libertad y la igualdad. Trabajo para hacerlo realidad. Únanse a nosotros, hermanos, y luchen con nosotros por la misma causa, etc.

Su muy humilde y obediente servidor.

[Firmado]

TOUSSAINT L'OUVERTURE,

General de los Ejércitos del Rey, para el Bien Público<sup>7</sup>

Este curioso documento muestra que Toussaint ya había cambiado su apellido de Bréda por el de L'Ouverture,<sup>8</sup> y que ya tenía razones para espe-

<sup>5</sup> H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, Puerto Príncipe, 1933, vol. II, p. 220. Toussaint menciona el plan sin dar pormenores, pero no podía haber sido de otra manera, porque inmediatamente después de esto le escribió a Laveaux.

<sup>6</sup> El propio Toussaint, en una carta del 18 de mayo de 1794, le recuerda a Laveaux esta oferta, hecha antes de los desastres de El Cabo, que tuvieron lugar en junio de 1793. La carta se encuentra en la Bibliothèque Nationale Departamento de manuscritos. Las cartas de Toussaint a Laveaux y los documentos afines, organizados en orden cronológico, llenan tres volúmenes. Son de primerísima importancia. Schoelcher, en *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, cita estas cartas profusamente, y deben consultarse por su conveniencia. Véanse pp. 98-99.

<sup>7</sup> Cartas de Toussaint L'Ouverture, Bibliothèque Nationale, Departamento de manuscritos.

<sup>8</sup> L'Ouverture significa «la apertura». Se dice que Laveaux o Polverel habían exclamado, al conocer de otra victoria por parte de Toussaint: «Este hombre

rar que su nombre fuera conocido. Pero lo que vale la pena resaltar es la seguridad con que cabalgaba dos caballos a la vez. Utilizaba el prestigio de su posición como general de los Ejércitos del Rey, aunque convocaba a los negros en nombre de la libertad y la igualdad, los lemas de la Revolución Francesa, de la cual la realeza era el enemigo jurado. Ninguna de las dos contribuía al cumplimiento de sus objetivos, así que las utilizaba a ambas.

Sonthonax continuó gobernando con firmeza en el Norte, los blancos aceptaban a regañadientes la victoria de la Revolución y los mulatos se apoderaban con avaricia de todos los puestos gubernamentales. Aunque con posterioridad Sonthonax deploraría esta avaricia, se apoyaba en ellos y deportaba a Francia, para someterlos a juicio, a todo aquel que oliera a contrarrevolución. En ese momento llegó procedente de Francia Galbaud, quien fuera nombrado gobernador en sustitución de Blanchelande, al cual Sonthonax había arrestado y enviado a Francia. Cuando Galbaud arriba a El Cabo, Sonthonax se hallaba en Puerto Príncipe a donde viajó para visitar a Polverel. Los blancos de El Cabo, casi todos a favor de la contrarrevolución, brindaron a Galbaud, que tenía propiedades en Saint-Domingue, una calurosa bienvenida. Sonthonax y Polverel sabían el significado de tal recibimiento por lo que regresaron de inmediato. Destituyeron a Galbaud y a sus asistentes, los pusieron a bordo de un barco y los enviaron a Francia. Mas Galbaud no se rendiría tan fácilmente. Los marineros de la flota se pusieron de su parte. Galbaud desembarcó con una fuerza, los blancos contrarrevolucionarios se le unieron, y juntos hicieron huir de la ciudad a los comisarios y sus tropas. Sonthonax, enfrentado a la derrota y al exterminio, ordenó armar a los esclavos y a los prisioneros de El Cabo y, tras prometer el perdón y la libertad a los esclavos insurgentes que rodeaban la ciudad, los lanzó contra Galbaud y los blancos. Los marineros de Galbaud, embriagados por la victoria y el vino, habían pasado del combate al pillaje cuando súbitamente descendieron sobre la ciudad diez mil negros de las colinas. Los caminos que bajaban de las elevaciones corrían a lo largo de la costa, y los marineros que permanecían a bordo de los barcos podían ver cómo se abalanzaban hora tras hora sobre El Cabo. La contrarrevolución huyó hacia el puerto dejando todo detrás. Galbaud tuvo que lanzarse al mar para alcanzar el barco; para completar la aplastante derrota de los realistas, un incendio convirtió en cenizas dos tercios de la ciudad, con la destrucción de propiedades por valor de cientos de millones. Diez mil refugiados se amontonaron en los barcos que, fondeados en el puerto, zarparon luego hacia los Estados Unidos, la mayoría de ellos para no regresar nunca. Era el final de la dominación blanca en Saint-Domingue.

---

hace una apertura en todas partes», de lo que se derivó el nuevo apellido. No es poco probable que los esclavos lo llamaran *L'Ouverture* por la separación entre sus dientes. Posteriormente, Toussaint eliminó el apóstrofo.

Fue así como se autodestruyó el Saint-Domingue blanco. La leyenda actual acerca de que la abolición de la esclavitud trajo por resultado la destrucción de los blancos es una mentira desvergonzada, típica de los medios con que la reacción encubre sus crímenes del pasado y trata de bloquear el avance del presente. En mayo de 1792, los blancos competían unos con otros para otorgarles derechos a los mulatos, y Roume decía que cuando llegara el decreto del 4 de abril lo publicaría al día siguiente.<sup>9</sup> Era demasiado tarde. Si lo hubieran hecho el año anterior, cuando estalló la Revolución de los esclavos, hubieran podido dominarla antes de que se extendiera. ¿Por qué no lo hicieron? ¿Prejuicio racial? Tonterías. ¿Por qué Carlos I y sus seguidores se comportaron razonablemente con Cromwell? En fecha tan tardía como 1646, dos años después de los sucesos de Marston Moor,\* la señora Cromwell y la señora Ireton tomaron el té con Carlos en Hampton Court. Cromwell, gran revolucionario pero gran burgués, estaba dispuesto a llegar a un arreglo. ¿Por qué Luis, María Antonieta y la corte no actuaron razonablemente con los revolucionarios moderados antes del 10 de agosto? ¿Por qué, realmente? En Francia la monarquía tenía que ser arrancada de raíz. Los que detentan el poder no ceden nunca, y admiten la derrota solo para conspirar y confabularse y así recuperar el poder y los privilegios perdidos. Si los monárquicos hubieran sido blancos; los burgueses, mulatos; y las masas, negras, la Revolución Francesa hubiera pasado a la historia como una guerra de razas. Pero a pesar de que en Francia todos eran blancos, lucharon unos contra otros de la misma manera. La lucha de clases termina con la reconstrucción de la sociedad o con la ruina común de las clases contendientes. La Revolución Francesa echó los cimientos de la Francia moderna, el país como un todo lo suficientemente fuerte como para soportar el golpe y beneficiarse de él; pero la sociedad de Saint-Domingue era tan corrupta y estaba tan podrida que no pudo soportar la tensión y pereció como merecía.

Sonthonax regresó a El Cabo, ciudad casi en ruinas. Para su sorpresa, una vez que acabó el pillaje, los esclavos no se quedaron con los comisarios. Recogieron el botín y regresaron a su vida nómada en las colinas y a sus aliados españoles. Los franceses enviaron emisarios para convencerlos, pero todos ellos, incluido Toussaint, solo podían obedecer a un Rey, y solo reconocerían a los comisarios cuando tuvieran un Rey, sofisma que los españoles les habían enseñado cuidadosamente. Los oficiales realistas estaban desertando de las filas de Sonthonax y pasándose a los españoles, y entonces, para completar las dificultades de los comisarios, los esclavos

<sup>9</sup> Roume al Comité de Seguridad Pública. Informe del 18 de ventoso (1793), Archives du Ministère des Affaires Étrangères. Un documento de gran valor.

\* Marston Moor fue el sitio de la derrota de los realistas ingleses a manos de Cromwell en 1644. *Nota de la traductora.*

que aún no se habían rebelado, inflamados por el fermento revolucionario a su alrededor, se negaban a ser esclavos. Estos se reunían en las calles de El Cabo, exaltados como en una actividad religiosa, y pedían la libertad y la igualdad. En las plantaciones salvadas de la destrucción ocurría lo mismo. Los blancos dueños de esclavos que permanecieron en Saint-Domingue aprendieron mucho en los dos últimos años. Uno de ellos, con cientos de esclavos, le dijo a Sonthonax que lo mejor sería declarar la abolición. Sonthonax supo que Jean François iba a convocar a los negros bajo su estandarte con el llamado a la libertad para todos. Acorralado por todos los lados, y en busca de apoyo contra el enemigo de adentro y el de afuera, Sonthonax declaró la abolición de la esclavitud el 29 de agosto de 1793. Era su último recurso, y no pudo evitarlo.

En la Provincia Occidental, Polverel, aunque insatisfecho, aceptó el decreto y persuadió a los blancos que quedaban a no oponerse. Por el momento, carentes de otra alternativa, aceptaron. Pero el decreto fue un fracaso. Aquellos que Sonthonax liberó, siempre le fueron fieles, pero Jean François, Biassou y los otros soldados experimentados mantuvieron la alianza con los españoles. Toussaint, aunque no era leal a los españoles, todavía se negaba a pasarse a los franceses.

En el Sur, los esclavos se habían rebelado tanto contra los blancos como contra los mulatos, y obtenían grandes victorias. Pero en el Occidente los mulatos eran aún dominantes. Rigaud y Beauvais, con sus aliados blancos, se habían apoderado de Puerto Príncipe hacía ya tiempo. Al desplazar a los realistas, el ejército mulato estableció un dominio mulato. Cuando terminaron las hostilidades, escogieron a los esclavos más valientes y les ofrecieron la libertad si conducían al resto de vuelta a la esclavitud y los mantenían en orden. Se aceptó la oferta y cien mil esclavos fueron llevados de regreso a sus plantaciones: el destino inevitable de cualquier clase que permite que otra la guíe. Seguros de sus esclavos, muchos de los propietarios mulatos de occidente, aunque tenían el gobierno en sus manos, estaban furiosos por el decreto de abolición y abandonaron la Revolución a la que tanto le debían. La propiedad, blanca o mulata, se había unido de nuevo bajo la bandera de la contrarrevolución.

Sonthonax trató desesperadamente de ganarse a los esclavos negros. Sin embargo, a pesar de los intentos de Laveaux a favor del decreto de abolición como prueba de buena voluntad hacia los negros, Toussaint continuaba negando a unirse a los franceses. Su grupo crecía ahora con gran rapidez, no solo en número, sino en cuanto a calidad. Muchos de los oficiales realistas desertores, en lugar de incorporarse a las fuerzas españolas, preferían unirse a una tropa de negros que había sido francesa, con el fin de influir sobre ellos y utilizarlos para sus propios fines. Se sumaron al grupo de Toussaint. De ellos aprendió Toussaint el arte militar ortodoxo: los utilizó para entrenar a sus tropas y para organizar un Estado Mayor eficiente. No existían mapas del distrito. Toussaint llamó a los habitantes

de la localidad y aprendió de ellos la geografía del vecindario, y por sus anteriores incursiones en geometría, fue capaz de dibujar mapas útiles. Uno de sus guías fue Dessalines, que no sabía leer ni escribir, con su cuerpo lleno de cicatrices de los latigazos; pero era un soldado nato, que muy pronto asumiría un alto mando.

Las fuerzas de Toussaint crecían, tanto por su valerosa manera de combatir como por su maestría en la política y la intriga. El teniente coronel Nully se había pasado a las fuerzas de Toussaint, los franceses nombraron a Brandicourt para reemplazarlo. Con trescientos hombres, Toussaint le preparó una emboscada. Cuando se acercaban las fuerzas de Brandicourt, no se les disparó sino que se les desafió: «¿Quién va?» «Francia». «Entonces dejen que su general se acerque y hable con el nuestro, no se le hará daño». Brandicourt, que estaba en el centro de la tropa, ordenó el ataque, pero sus hombres le suplicaron que parlamentara con Toussaint. Tan pronto Brandicourt se adelantó fue aprehendido y llevado ante Toussaint, quien le conminó a que escribiera una orden de rendición para sus fuerzas. Llorando, Brandicourt le escribió una nota a Pacot, su segundo al mando, en la que le decía que había sido hecho prisionero y que era su decisión hacer lo que estimara conveniente. Toussaint rompió la carta e insistió en que debía escribir una orden directa de deponer las armas. Finalmente la escribió, y al recibirla Pacot —que estaba secretamente en contacto con Toussaint—, le dijo al resto de los oficiales: «Hagan lo que quieran, yo me rendiré». Los tres destacamentos se unieron a Toussaint sin un disparo. Cuando este regresó al campamento, al frente de esta tropa blanca, sus propios hombres se sorprendieron tanto que tuvo dificultades para asegurarles que los recién llegados eran aliados, y su jefe, De Hermonás, estaba también atónito.

Esta victoria incruenta le dio Dondon. Marchó sobre Marmelade, donde la batalla a muerte duró todo el día. Vernet, el comandante mulato a quien Polverel calificó de cobarde, se vio en dificultades, por lo que pronto se pasó a las filas de Toussaint con mil doscientos hombres. Toussaint tomó el fuerte Ennery, y su comandante se le unió. Solo quedaba Plaisance para llegar a Gonaïves, mas tuvo que retroceder, empujado por una legión de mulatos de occidente que recapturó Ennery. Durante la retirada tomó Plaisance, y Chanlatte, el comandante, se le sumó con toda la tropa. Las guarniciones de St. Marc, Verrettes y Arcahaie, totalmente aisladas, se rindieron ante Toussaint y engrosaron sus fuerzas. La abolición de la esclavitud, la base de la propiedad en Saint-Domingue, debilitó la moral de los comandantes republicanos, y entre unirse a la contrarrevolución bajo Toussaint o ser masacrado por sus fuerzas, la opción estaba clara, especialmente porque el general negro tenía ya una buena reputación como humanitario, algo muy singular en el Saint-Domingue de aquellos días. Así, en los primeros meses de 1794, Toussaint dominaba el Cordón de Occidente entre la colonia española y el mar, y había aislado a la provincia del Norte tanto del Oeste como del Sur. Los españoles controlaban todos los puestos fortificados en la Provincia Norte con la excepción

de El Cabo y otros dos; todos sabían que era obra de Toussaint. Aunque todavía subordinado a Jean François y a Biassou, Toussaint tenía ahora cuatro mil hombres, y bajo su mando había negros, mulatos y blancos, ex oficiales del *ancien régime* y ex republicanos. La mayoría eran negros, y Dessalines, Christophe y Moïse habían sido esclavos. Toussaint estaba indudablemente al mando, ya dominaba el arte de la guerra y era un hábil negociador. Sin embargo, aunque había combatido bajo la bandera de la contrarrevolución, sabía cuál era su fuente de poder, por lo que continuaba convocando a los negros a luchar por la libertad en las propias narices de los españoles.

Jean François y Biassou, sus rivales, se habían convertido en los ídolos de los colonos franceses refugiados. Dos años antes ni hubieran hablado con ellos, pero la Revolución es una maestra magnífica, y estos plantadores franceses, «los nuevos súbditos del Rey de España»,<sup>10</sup> como se autodenominaban, comparan a Jean François y a Biassou con los «grandes generales de la antigüedad», y contaban con ellos para que limpiaran las montañas, «restablecieran el orden» y, entonces, tomaran El Cabo. Biassou, Jean François y De Hermonás confeccionaron un plan de campaña. Biassou comenzó a reagrupar sus fuerzas y sorprendió algunos campamentos establecidos por Toussaint, quien los remplazó y levantó a los negros. Provocó la rabia y el disgusto de los colonos por empeñarse en violar las «sagradas promesas» del Rey de España que había declarado que se concedería «la libertad general a todos los esclavos que regresaran al trabajo» y mantuvieran el orden. Los colonos aplaudieron a Biassou, «cuya conducta merecía gran admiración», y maldecían a Toussaint y su libertad para todos, llamándolo traidor al Rey y exigiendo su cabeza. Toussaint ejercía una influencia extraordinaria sobre todos los hombres con quien se relacionaba, por lo que el marqués De Hermonás, quien lo admiraba enormemente, no pudo o no quiso hacer nada contra él.

Y mientras Toussaint realizaba esos milagros en el Norte, los británicos complicaron más la situación con un ataque armado a Saint-Domingue, que parecía en esos momentos indefenso.

Desde el comienzo de la Revolución, los plantadores amenazaban con buscar la protección de Gran Bretaña; tras la rebelión de los esclavos en 1791, le ofrecieron la colonia a Pitt. Pero Saint-Domingue no era África o la India, que se podían atacar a voluntad. La intervención hubiera significado la guerra con Francia, y los británicos, por tanto, se negaron, aunque se dedicaron a hacer esquemas y planes de conquista. En diciembre de 1792, el teniente coronel John Chalmers, un experto en asuntos de las

<sup>10</sup> Cartas de Toussaint-L'Ouverture, Biblioteca Nacional. Este y otros pasajes citados pertenecen a una queja de los colonos emigrados al gobernador español, fechada el 4 de abril de 1794. Véase Victor Schoelcher, *Ob. cit.*, p. 92.



Indias Occidentales, le escribió un memorando a Pitt sobre lo que calificó de la «enorme, enorme importancia» de Saint-Domingue.<sup>11</sup> «La deplorable situación de las Indias Occidentales francesas», decía Chalmers, «parece clamar a voces por la protección de Gran Bretaña». Y cosa curiosa, esta protección prometía ser muy provechosa.

La ventajas de Saint-Domingue para Gran Bretaña son innumerables, y le darían el monopolio del azúcar, el índigo, el algodón y el café. Durante muchos años esta isla le daría tal ayuda y fuerza a la industria como se sentiría felizmente en todo el Imperio. Impediría la emigración a los Estados Unidos desde los tres reinos que (sin esa pérdida) mantendrán el paso y crecerán, mientras que la prosperidad de los Estados Unidos podría convertirse en algo verdaderamente alarmante y dañino.

Chalmers compartía la opinión británica de avanzada acerca del declive de las Indias Occidentales de Gran Bretaña. «Las posesiones de Gran Bretaña en las Islas Occidentales son comparativamente deficientes, diminutas, muy lejos unas de otras, y, por tanto, difíciles de defender». He aquí una oportunidad para remediar esa triste situación. Mediante una alianza con España, «ofensiva y defensiva», los dos países podrían mantener a Francia y a los Estados Unidos fuera del Caribe, y encontrar allí un lugar seguro. Gran Bretaña debe tratar de apoderarse de todo Saint-Domingue, pero si las circunstancias o las potencias unidas deciden que toda la isla es «demasiado grande para su estatura política», tiene, a toda costa, que retener la parte norte.

El patriótico coronel terminaba con esta nota característica:

A pesar de ser tan sombrío y peligroso el estado actual de Europa, estos males, sin embargo, pudieran convertirse en grandes beneficios duraderos con una guerra breve, bien conducida, que concluya con una paz feliz [...]. Se espera, entonces, humildemente, que los contendientes vean la imperiosa necesidad de confinar [a Francia] dentro de los límites establecidos a la muerte de Enrique IV, con la adición de todos sus dominios extranjeros, excepto Saint-Domingue y la isla de Borbón.

La ansiedad de Chalmers por la «enorme, enorme» importancia de Saint-Domingue era totalmente injustificada. Eso mismo pensaba Pitt. Cuando la guerra parecía inminente, Dundas despachó a cuatro colonos franceses con una carta de presentación para Williamson, el gobernador de Jamaica. Inmediatamente después de la declaración de guerra, comenzaron las negociaciones, y el 3 de septiembre de 1793 se firmaron las capitulaciones.<sup>12</sup> La colonia aceptaría la protección de Gran Bretaña has-

<sup>11</sup> Chatham Papers, G.D. 8/334. Documentos varios relacionados con Francia, 1784-1795. (Public Record Office).

<sup>12</sup> Colonial Office Papers, Jamaica, C.O. 137/91, 25 de febrero de 1793.



ta la paz. Se introducirían modificaciones en la Exclusiva pero se restablecería el *ancien régime*, la esclavitud, la discriminación de los mulatos y todo lo demás. Lo único que pudieron hacer Clarkson y Wilberforce fue lamentar y llorar<sup>13</sup> la tibieza que ahora mostraba Pitt por la causa que defendía con tanta urgencia pocos años antes.

Este acontecimiento parecía ser muy favorable. Los británicos recibieron mensajes de todas partes de la isla asegurándoles que serían bienvenidos por todos los propietarios, ¿y quién más importaba en Saint-Domingue? Se cubrirían todos los gastos con los ingresos de Saint-Domingue. El general Cuyler le dijo a Dundas que no tenía «ninguna duda acerca de nuestros éxitos en las Indias Occidentales». <sup>14</sup> Pitt y Dundas presionaban por el avance de la expedición, sin tener en cuenta las consecuencias siquiera para la seguridad de Gran Bretaña. Dundas está «casi fuera de sí»<sup>15</sup> por la demora. Para Pitt «las Indias Occidentales eran el primer punto que había que asegurar». <sup>16</sup> Se puede juzgar lo que Saint-Domingue representaba en aquellos días a partir del hecho de que, aunque Gran Bretaña estaba amenazada por una invasión francesa, no hubo dilación en despachar la expedición. «Serán necesarios esfuerzos adicionales para hacer que el país se ocupe de su propia defensa interna». <sup>17</sup> Dos años después este mismo Dundas le diría al Parlamento que la guerra en las Indias Occidentales «no fue por parte de este país [...] una guerra por riquezas o por el engrandecimiento local, sino una guerra por la seguridad». <sup>18</sup> Dundas sabía que ni un solo miembro del Parlamento le creería, mas el Parlamento siempre ha estado de acuerdo con hablar en esos términos para mantener tranquilo al pueblo.

La expedición británica de novecientos hombres salió de Jamaica el 9 de septiembre y desembarcó en Jérémie el 19. Los propietarios son los patriotas y portadores de banderas más activos en todos los países, aunque solo hasta el punto en que puedan continuar disfrutando de sus posesiones, pues para salvaguardarlas son capaces de abandonar a Dios, al Rey y a la Patria en un instante. Todo el Saint-Domingue propietario se apresuró a dar la bienvenida a los británicos, los defensores de la esclavitud. Soldados, como los hermanos Rigaud y Beauvais, y los destacamentos que comandaban; y políticos como Pinchinat, permanecieron con los franceses. Pero los

<sup>13</sup> James Stephen a Wilberforce: «El señor Pitt, desgraciadamente para él, su país y la humanidad, no es lo suficientemente devoto de la causa de los negros para defenderlos de forma decidida como debe hacerlo, tanto en el Gabinete como en el Parlamento». 17 de julio de 1797. Robert I. Wilberforce y Samuel Wilberforce: *Life of Wilberforce*, Londres, 1883, vol. II, pp. 224-225.

<sup>14</sup> Manuscritos de Fortescue. (Comisión de Manuscritos Históricos), vol. II, p. 405, 17 de julio de 1793.

<sup>15</sup> Manuscritos de Fortescue, Dundas a Grenville, 12 de octubre de 1793, vol. II, p. 444.

<sup>16</sup> *Ibíd.* A Grenville, julio de 1793, vol. II, pp. 407-408.

<sup>17</sup> *Ibíd.* Dundas a Grenville, 11 de octubre de 1793, vol. II, p. 443.

<sup>18</sup> 18 de febrero de 1796.

propietarios mulatos, particularmente los de la Provincia Occidental, prefirieron sus esclavos a la libertad y la igualdad. Se olvidaron de todos los combates alrededor de Puerto Príncipe. Cuando Beauvais protestó ante Savary, alcalde mulato de St. Marc, este no escondió sus opiniones. «Mientras las proclamas de los comisarios civiles aseguraron un futuro feliz y próspero, seguí todas sus instrucciones; pero a partir del momento en que vi que preparaban la bomba que estalla en todas partes, tomé las medidas para preservar a nuestros conciudadanos y a nuestras propiedades». El hermano de Ogé se fue con Savary.

Con tal recibimiento nada podía detener a los británicos. Hacia comienzos de 1794 dominaban la costa del Golfo de Puerto Príncipe, excepto la capital; toda la Provincia Occidental; la mayor parte del Sur, excepto un pequeño territorio en posesión de las tropas de Rigaud; y la importante fortaleza de Môle St. Nicolas. Desde otras islas llegaban noticias aún más impactantes sobre las victorias de Gran Bretaña y la contrarrevolución. El 3 de febrero una fuerza británica de siete mil hombres y diecinueve barcos salió desde Barbados y en dos meses había tomado Martinica, Santa Lucía y Guadalupe. Williamson, gobernador de Jamaica, tenía información de que en el propio Cabo «todos los propietarios»<sup>19</sup> (la frase es suya) estaban esperando para recibirlos. Le escribió a Dundas acerca del comercio «prodigioso»<sup>20</sup> que ahora tenían con Saint-Domingue, y esperaba que este comercio mejorara en correspondencia con los ingresos británicos. Dundas lo congratuló calurosamente por la sorprendente rapidez de este éxito.<sup>21</sup>

Era un momento crucial en la historia mundial. Si los británicos podían mantener el control de Saint-Domingue, la mejor colonia del mundo, volverían a convertirse en una potencia en aguas americanas. En lugar de abolicionistas, serían los practicantes y defensores más poderosos del tráfico de esclavos<sup>22</sup> en una escala que sobrepasaría todo lo que hicieran anteriormente. Pero había otro asunto más urgente. Si los británicos lograban la total conquista de Saint-Domingue, desaparecería el imperio colonial de la Francia revolucionaria; sus amplios recursos irían a parar directamente a los bolsillos británicos y Gran Bretaña estaría en condiciones de regresar a Europa y lanzar el ejército y la marina contra la Revolución.

<sup>19</sup> Colonial Office Papers, Jamaica. C. D. 137/91. A Dundas, 13 de julio de 1793.

<sup>20</sup> *Ibíd.* C. D. 137/92. A Dundas, 9 de febrero de 1794.

<sup>21</sup> *Ibíd.* C. D. 137/91. 13 de diciembre de 1793.

<sup>22</sup> En una tierra nueva, buena, como la que aún brindaba Saint-Domingue, y más tarde Brasil, el esclavo, aunque caro, todavía daba buena ganancia, y frecuentemente era la única fuerza de trabajo disponible.

Sonthonax, Polverel y Laveaux sabían esto y lucharon por salvar a Saint-Domingue para la Revolución. «Si es necesario esconderse en una cadena montañosa doble o triple», le dijo Sonthonax a sus seguidores en El Cabo, «yo les mostraré el camino. No tendremos otro refugio que los cañones, otro alimento que plátanos y agua, pero viviremos y moriremos libres». Los británicos trataron de sobornar a Laveaux, porque los revolucionarios eran, por supuesto, hombres de baja calaña que actuaban de esa manera por dinero o ambición. Laveaux, noble en el antiguo régimen, retó a duelo al mayor James Grants, quien, sin embargo, declinó. «Perezcamos, ciudadanos», escribió Sonthonax a uno de sus oficiales, «sí, perezcamos mil veces antes que permitir que el pueblo de Saint-Domingue caiga de nuevo en la esclavitud y la servidumbre. Si somos derrotados, les dejaremos a los ingleses solo huesos y cenizas». Los británicos le pidieron que se rindiera en Puerto Príncipe. Con un puñado de hombres se negó desdeñosamente, y los invasores se retiraron. Pero a finales de mayo una fuerza conjunta de soldados británicos y franceses emigrados atacó la ciudad. Traidores los dejaron entrar en un fuerte importante en las afueras; Sonthonax y Polverel, escoltados por Beauvais y un pequeño destacamento de negros, huyeron a Jacmel. Era el 4 de junio y los ingleses celebraron la captura de la capital en el cumpleaños del Rey. El resto era ahora cuestión de días.

Como soldado español y, por tanto, aliado de Gran Bretaña, Toussaint vio destrozadas todas sus secretas esperanzas ante las victorias británicas. Estaba atento al avance de la abolición en Inglaterra.<sup>23</sup> Sin embargo, a partir del momento en que la captura de Saint-Domingue pareció una posibilidad real, el Proyecto de Ley Abolicionista inicia su larga carrera como planta resistente al invierno. La república francesa, la monarquía constitucional británica y la autocracia española, aunque una pudiera sonreír y la otra fruncir el ceño de acuerdo con las exigencias del momento, ninguna se tomó el trabajo de disimular el hecho de que, en última instancia, el negro podía esperar el látigo del mayoral o la bayoneta. Una vez que los británicos fueran los amos de Saint-Domingue, podrían, junto con los españoles, volverse contra los negros y someterlos de nuevo a la esclavitud. Sonthonax había abolido la esclavitud, aunque sin la autoridad para hacerlo. Solo el gobierno republicano de Francia podía decidirlo, pero no pronunció ni una palabra.

A pesar de que en Francia existía simpatía hacia los esclavos, la Convención no hizo nada por cerca de un año. Mientras Brissot y los girondinos

<sup>23</sup> Jules-François Saintoyant: *La colonisation Française pendant la Révolution*, vol. II, p. 148.

permanecieran en el poder, no se diría una palabra sobre los esclavos. Pero él y su partido no podían durar. No le pusieron coto a las especulaciones de la burguesía con la moneda; no establecieron precios máximos para los alimentos; no quisieron aplicarles impuestos a los ricos para financiar la guerra; no aprobaron la legislación que se necesitaba para abolir las cargas feudales; no ratificaron la ocupación de tierras por los campesinos. Como le tenían miedo a París, no pusieron a todo el país bajo un fuerte gobierno centralizado, y a pesar de la incesante insurrección y conspiración realista, mantuvieron un sistema federal que le permitía a la burguesía en las provincias escapar del control del París revolucionario. Fueron ellos, y no Robespierre y la Montaña, quienes instituyeron los tribunales revolucionarios, no dirigidos a enfrentar a la contrarrevolución sino contra todos los que propusieran cualquier «ley agraria o cualquier otra ley que subvirtiera la propiedad territorial, comercial o industrial». Robespierre no era comunista, pero estaba dispuesto a avanzar más lejos que los girondinos, y las masas, que ya sabían lo que querían, les volvieron la espalda a los girondinos y apoyaron a Robespierre y a la Montaña, la extrema izquierda. Dumouriez, el comandante general de las fuerzas militares girondinas, se pasó al lado de la contrarrevolución. Las masas parisinas, abandonando la Comuna de París, hasta ese momento el verdadero núcleo revolucionario de la ciudad, organizaron un centro independiente propio, el famoso Evêché. El 31 de mayo y el 2 de junio, con firmeza, mas también con gran moderación, obligaron a los líderes girondinos a retirarse de la Convención, poniéndolos solo bajo arresto domiciliario y ofreciendo rehenes de sus propias filas como garantía para su seguridad. Cuando se escriba la historia como se debe, lo que asombrará a la humanidad es la moderación y la infinita paciencia de las masas, no su ferocidad. Los girondinos escaparon, se dirigieron a las provincias y se unieron a la contrarrevolución.

En aquellos días difíciles, Robespierre y la Montaña le dieron a Francia un gobierno fuerte. La Convención abolió, al fin, las leyes feudales, acabó con los abusos más ostensibles y se ganó la confianza del pueblo. A pesar de las intrigas políticas de los dirigentes, el gobierno —aunque hostil al comunismo— confiaba en el pueblo, ya que no podía depender de nadie más. Una extraña exaltación de devoción y sacrificio conmovió a la Francia revolucionaria y a París. Como en Rusia bajo Lenin y Trotski, se le informaba con honestidad al pueblo acerca de las victorias y las derrotas y se reconocían abiertamente los errores. Aunque hasta hoy los reaccionarios solo pueden ver unos cuantos miles de personas que cayeron bajo la guillotina, lo sucedido en París entre marzo de 1793 y julio de 1794 constituye un momento supremo en la historia política. Nunca hasta 1917 ejercieron las masas tan poderosa influencia —porque no fue más que influencia— sobre ningún gobierno. Durante estos pocos meses en que más se aproximaron al poder, no se olvidaron de los negros; los sentían como hermanos, y en cuanto a los dueños de esclavos, que ellos sabían

apoyaban a la contrarrevolución, los odiaban como si los propios franceses hubieran padecido bajo el látigo.

No era solo París, sino toda la Francia revolucionaria. «Los sirvientes, los campesinos, los obreros, los trabajadores del campo»<sup>24</sup> en toda Francia estaban llenos de un odio virulento contra «la aristocracia de la piel». Eran tantas las personas conmovidas por los sufrimientos de los esclavos que dejaron de tomar café desde hacía mucho tiempo porque, pensaban, estaba empapado en la sangre y el sudor de hombres convertidos en bestias.<sup>25</sup> ¡Los nobles y generosos trabajadores de Francia, y los millones de ingleses no-conformistas que escuchaban a sus clérigos y fortalecieron el movimiento en Inglaterra a favor de la abolición de la esclavitud! Estas son las personas que los hijos de África y los amantes de la humanidad recordarán con gratitud y afecto, no los liberales en Francia con sus peroratas, ni los hipócritas de la «filantropía más el cinco por ciento»<sup>26</sup> de las Cámaras del Parlamento británico.

Esta fue la Francia a la que llegaron, en enero de 1794, tres diputados a la Convención enviados desde Saint-Domingue: Bellay, negro esclavo que había comprado su libertad; Mills, mulato; y Dufay, blanco. El 3 de febrero asistieron a su primera sesión. Lo que sucedió allí no fue premeditado.

El presidente del Comité sobre Decretos se dirigió a la Convención: «Ciudadanos, su Comité sobre Decretos ha verificado las credenciales de los diputados de Saint-Domingue. Las ha encontrado en orden, y propongo que sean admitidos a sus escaños en la Convención». Camboulas se puso de pie. «Desde 1789 la aristocracia de la cuna y la aristocracia de la religión han sido destruidas, pero la aristocracia de la piel aún se mantiene. Esa también está ahora en sus últimos estertores, y la igualdad se ha consagrado. Un negro y un amarillo van a incorporarse a esta Convención en nombre de los ciudadanos libres de Saint-Domingue». Los tres diputados entraron en el salón. La cara negra de Bellay y la cara amarilla de Mills provocaron largas y repetidas rondas de aplausos.

Lacroix (de Eure-et-Loire) le siguió en el orden de la palabra. «La Asamblea ha esperado ansiosamente tener en su seno a alguno de estos hombres de color que han sufrido la opresión durante tantos años. Hoy tenemos dos de ellos. Exijo que su introducción quede marcada por el abrazo fraternal del Presidente».

La moción fue aprobada entre aplausos. Los tres diputados de Saint-Domingue avanzaron hacia el presidente y recibieron el beso fraternal mientras estalló en el recinto una nueva ronda de aplausos.

Al día siguiente, Bellay, el negro, pronunció un largo y fiero discurso en el que comprometió a los negros con la causa de la Revolución y le pidió

<sup>24</sup> J.-Felix Carteau: *Soirées bermudiennes*, Burdeos, 1802. Auténtico, porque Carteau era un colono, opuesto a la abolición, y cuenta sus propias experiencias.

<sup>25</sup> *Ibíd.*

<sup>26</sup> Cecil Rhodes: «La filantropía pura está muy bien, a su manera, pero es mejor la filantropía más el cinco por ciento».

a la Convención que declarara la abolición de la esclavitud. Fue perfectamente apropiado que fuera un negro y un ex esclavo quien pronunciara el discurso que introdujo una de las más importantes acciones legislativas que jamás haya sido aprobada por ninguna asamblea política. Nadie habló después de Bellay. En su lugar, Levasseur (de Sarthe), presentó una moción: «Cuando redactamos la constitución del pueblo francés no le prestamos atención a los infelices negros. La posteridad nos hará un gran reproche por esa razón. Reparemos el error, proclamemos la libertad de los negros. Señor Presidente, que la Convención no se deshonre a sí misma con una discusión». La Asamblea se levantó en aclamación. Los dos diputados de color aparecieron en la tribuna y se abrazaron mientras resonaban los aplausos de los miembros y los visitantes en la sala. Lacroix condujo al mulato y al negro ante el presidente, quien les dio el beso presidencial, recibido con nuevos aplausos.

Cambon llamó la atención de la Cámara acerca de un incidente ocurrido entre los espectadores.

«Una ciudadana de color que asiste regularmente a las sesiones de la Convención, ha sentido tanto júbilo al vernos otorgar la libertad a todos sus hermanos, que se ha desmayado (aplausos). Exijo que este hecho sea recogido en acta, y que esta ciudadana sea admitida en las sesiones y reciba, al menos, este reconocimiento por sus virtudes cívicas». Se aprobó la moción, la mujer caminó hacia el frente del anfiteatro y se sentó a la izquierda del presidente, secándose las lágrimas entre otra explosión de vítores y aplausos.

Lacroix, que hablara el día antes, propuso entonces la redacción del decreto.

Exijo que el ministro de la Marina sea instruido a que envíe de inmediato a las colonias la notificación de la feliz noticia de su libertad, y propongo el siguiente decreto: La Convención Nacional declara abolida la esclavitud en todas las colonias. En consecuencia, declara que todos los hombres, sin distinción de color, con residencia en las colonias, son ciudadanos franceses y disfrutan de todos los derechos garantizados por la Constitución.

Se habían acabado la palabrería y los tanteos, el sabotaje de los Barnave, la memoria selectiva de los Brissot. En 1789 Grégoire propuso la igualdad para los mulatos y la abolición gradual. Se le trató como sería tratado hoy quien propusiera para Sudáfrica solo mayor igualdad social y política para los africanos educados y flexibilización de la esclavitud de las leyes de pases para el resto. Como Grégoire, sería denunciado como un bolchevique y podría darse por dichoso si escapaba al linchamiento. Sin embargo, cuando las masas se rebelan —como se rebelarán algún día— y tratan de ponerle fin a la tiranía de siglos, no solo los tiranos sino toda «la civilización» se horroriza y clama por el restablecimiento del orden. Si una revolución representa altos costos es porque los hereda de la avaricia de los reaccionarios y de la cobardía de los llamados «moderados». Mucho



antes de la abolición estaba hecho el daño en las colonias francesas, y no fue la abolición sino el negarse a ella lo que lo había provocado.

De todas las colonias francesas, fue en Saint-Domingue donde se abolió la esclavitud en aquel momento, y la generosa espontaneidad de la Convención era solo el reflejo del deseo desbordante que se había apoderado de toda Francia de acabar con la tiranía y la opresión en cualquier lugar. Mas la generosidad del espíritu revolucionario era, al mismo tiempo, la política más sabia. Robespierre no estuvo presente en la sesión y no aprobó la medida. Danton sabía que la Convención se había dejado arrastrar por un raptó de pasión, y pensaba que debió ser más cautelosa. Pero ese maestro de la táctica revolucionaria no podía dejar de ver que el decreto, al ratificar la libertad que los negros se habían ganado, les estaba dando un interés concreto en la lucha contra la reacción británica y española. «Los ingleses están derrotados», gritó, «Pitt y sus complots están liquidados».

Pero mientras la Revolución se vanagloriaba con orgullo justificado, los ricos estaban furiosos y seguían obstinados y desvergonzados. Tan pronto como se aprobó el decreto, la burguesía marítima envió a los diputados de la Convención un «discurso [...] para celebrar la libertad de los negros».

¡Bravo! Cien veces bravo, señores. Este es el grito que resuena en todos nuestros centros de negocios cuando la prensa pública llega diariamente para traernos detalles de vuestras grandes acciones. Ciertamente, tenemos todo el tiempo del mundo para leerla a nuestro placer puesto que ya no tenemos nada que hacer. Ya no hay trabajo en los astilleros de nuestros puertos, mucho menos construcción de barcos. Las fábricas están desiertas y las tiendas cerradas. Así, gracias a su sublime decreto, cada día es feriado para los obreros. Podemos contar más de trescientas mil personas en las distintas ciudades que no tienen otra ocupación que, cruzadas de brazos, hablar de las noticias del día, de los derechos del Hombre y de la Constitución. Es verdad que cada día están más hambrientos, pero, ¿quién piensa en el estómago cuando el corazón está contento!

La Convención, burguesa al fin, no se sentía muy feliz después que pasó el primer momento de júbilo,<sup>27</sup> pero las masas y los radicales saludaron el decreto como otro «gran claro en el bosque de abusos».<sup>28</sup>

No se sabe exactamente cuándo llegó la noticia al Caribe, pero el 5 de junio, al día siguiente de las celebraciones con motivo del cumpleaños del Rey y de la captura de Puerto Príncipe, los comandantes ingleses en St. Kitts se

<sup>27</sup> Jules-François Saintoyant: Ob. cit., vol. I, pp. 330-333.

<sup>28</sup> La frase es de Grégoire.



enteraron de que siete naves francesas habían burlado la flota británica y desembarcado en Guadalupe. Al mando estaba Victor Hugues, mulato, «una de las grandes personalidades de la Revolución Francesa, para quien nada era imposible»,<sup>29</sup> el cual fue sacado de su puesto como fiscal en Rochefort y enviado al Caribe. Hugues llevaba solo mil quinientos hombres, y también el mensaje de la Convención a los negros. En las islas de Barlovento no existía, como en Saint-Domingue, un ejército negro. Tuvo que formarlo con esclavos sin entrenamiento. Pero les dio el mensaje revolucionario y los vistió con los colores de la República. El ejército negro cayó sobre los victoriosos británicos y comenzó a expulsarlos de las colonias francesas. Entonces, llevó la guerra a las islas británicas.

Toussaint conoció del decreto en algún momento de mayo. El destino de los franceses en Saint-Domingue pendía de un hilo, pero ahora que el decreto de Sonthonax había sido ratificado en Francia, Toussaint no dudó ni un instante y le dijo a Laveaux que estaba dispuesto a unírsele. Laveaux, jubiloso, aceptó la oferta y estuvo de acuerdo en nombrarlo brigadier general, a lo cual Toussaint respondió con tal vigor y audacia que dejó asombrado a todo Saint-Domingue. Le envió a Laveaux, quien carecía de todo, muy buenas municiones de los almacenes españoles. Luego persuadió a sus seguidores a que se pasaran de bando, y todos estuvieron de acuerdo —soldados franceses, ex esclavos de filas y la totalidad de los oficiales, tanto negros como realistas blancos que habían desertado de la República para unírsele—. Su conducta durante la misa era tan devota que De Hermonás, observándolo un día mientras comulgaba, comentó que si Dios viniera a la tierra no encontraría un espíritu más puro que Toussaint L'Ouverture. Una mañana de junio, tras comulgar con su habitual devoción, Toussaint cayó sobre el asombrado Biassou y derrotó a sus tropas. Posteriormente, durante una campaña tan brillante como la que desarrolló con el propósito de capturar los campamentos para los españoles, los recapturó para los franceses, ya fuera por medio del combate o atrayendo a los comandantes y a los hombres, de manera que, cuando se unió a los franceses, tenía cuatro mil efectivos, había reconquistado casi toda la Provincia Norte, y los españoles, Biassou y Jean François, no solo estaban derrotados sino desmoralizados. Los británicos, que habían recibido algunos refuerzos tardíos, ya estaban calculando cuánto del Saint-Domingue conquistado podían birlarle a sus aliados los españoles. En estos asuntos, mientras más tengamos, mejores serán nuestras pretensiones, le escribió Dundas a Williamson. Cuando se disponían a tragarse la presa, Toussaint realizó un salto de tigre. Se apoderó de todas las posiciones en la margen derecha del Artibonite, los hizo huir al otro lado del río, y de no haber sucedido una serie de desgracias imprevistas, hubiera tomado sus fortificaciones en St. Marc.

<sup>29</sup> Sir Harry Johnston: *The Negro in the New World*, Londres, 1910, p. 169.

## EL ASCENSO DE TOUSSAINT

La correlación de fuerzas en Saint-Domingue había cambiado ahora completamente, aunque pocos se dieron cuenta en aquel momento. A partir de entonces, Toussaint y los negros constituirían los factores decisivos en la Revolución. Ya Toussaint era un oficial francés al mando de un ejército de unos cinco mil hombres, en control de una línea de campamentos o posiciones fortificadas entre la Provincia Norte y el Occidente, con un profundo avance dentro de la Provincia Occidental hasta la margen derecha del Artibonite.

En el Sur, Rigaud había desplazado a Beauvais del liderazgo y estaba ocupado con su propia campaña contra los británicos. La República, débil en el mar, no podía enviar ayuda. Tanto los británicos como los españoles, gracias a la flota y a la riqueza británicas, estaban bien provistos de dinero y armamento. Los británicos controlaban algunos de los distritos más fértiles de la colonia, y la Llanura Norte, antes rica, aunque estaba ahora en posesión de los franceses, se encontraba devastada. Los propietarios traicionaban a la República a cada paso. Lo único que podía ofrecer la República era libertad e igualdad. Pero eso era suficiente. Durante años Pitt y Dundas continuaron introduciendo hombres y dinero en el Caribe contra lo que les placía llamar bandidos. Ayudados por el clima, los trabajadores agrícolas negros, que recién habían dejado de ser esclavos, y los mulatos leales, encabezados por sus propios oficiales, infligieron a Gran Bretaña la derrota más severa que haya experimentado una fuerza expedicionaria británica en el período que va desde los días de la reina Isabel hasta la Primera Guerra Mundial. La verdadera historia permaneció oculta por más de un siglo, hasta que fue desenterrada en 1906 por Fortescue, historiador del Ejército Británico. Culpó a Pitt y a Dundas, «quienes estaban advertidos de que, en esa ocasión, tenían que combatir no solo contra franceses pobres y debiluchos, sino contra la población

negra de las Indias Occidentales. No obstante, introdujeron sus tropas en estas islas pestilentes con la esperanza de destruir el poder de Francia, solo para descubrir, cuando era demasiado tarde, que prácticamente habían destruido al Ejército Británico». <sup>1</sup>

Laveaux era entonces la única autoridad en la colonia, después de la destitución de Sonthonax y Polverel, acusados de traición y otros crímenes por algunos colonos emigrados. Estos habían abandonado a la monarquía y abrazado a los jacobinos, todo lo cual fueron capaces de hacer antes del decreto del 4 de febrero. Sin embargo, aunque Toussaint informaba a su jefe debidamente de cada paso, estaba casi al mando, sin supervisión superior, de la mayor parte de las fuerzas y de su distrito. Todo dependía del ejército. La mayoría de los soldados de filas de Toussaint había nacido en África, y era incapaz de hablar dos palabras en francés, según la frase desdeñosa de Jean François. Los principales oficiales, al igual que el propio Toussaint, eran ex esclavos. Además de Dessalines, estaba Christophe, quien dejara el hotel para buscar al grupo de Toussaint en las montañas; el hermano de Toussaint, Paul L'Ouverture; Moïse, que cruzó de niño el Atlántico, había sido adoptado por Toussaint, y pasaba como su sobrino. Con la excepción de algunos oficiales blancos, era un ejército verdaderamente revolucionario, en ello estaba su mayor fortaleza.

Si bien la República, la libertad y la igualdad le otorgaban su moral al ejército, el centro era el propio Toussaint. Su primer mando lo obtuvo en octubre de 1792, y en menos de dos años lo encontramos escribiendo más de una vez que su larga experiencia le había enseñado la necesidad de estar siempre al frente, porque si no, las cosas nunca marcharían bien. <sup>2</sup>

Su presencia tenía ese efecto electrizante, característico de los grandes hombres de acción. «Les mostré la posición del enemigo y la absoluta necesidad de desalojarlo. Los valientes republicanos, Moïse, J. B. Paparet, Dessalines y Noel, respondieron en nombre de todos los jefes que enfrentarían cualquier peligro, que irían a cualquier lugar y que me seguirían hasta el final». Los soldados de filas, aunque exhaustos, respondieron de la misma forma, y marcharon contra los disparos de mosquete y de cañón «sin empuñar ningún arma, las pistolas en las bandoleras». «Nada», decía Toussaint, «puede resistirse al valor de los *sans-culottes*». En una oportunidad, agotadas las municiones, combatieron con piedras. Vivía con los hombres y atacaba al frente de ellos. Si había que mover un cañón, él ayudaba; en cierta ocasión sufrió en el proceso la grave compresión de una mano. Todos lo conocían desde unos pocos meses antes, cuando era simplemente el viejo Toussaint. Compartía todos sus esfuerzos y peli-

<sup>1</sup> John Fortescue: *History of the British Army*, Londres, 1906, vol. IV, parte 2, p. 385.

<sup>2</sup> Este capítulo, y los dos que siguen, están basados fundamentalmente en la correspondencia de Toussaint con Laveaux. Véase nota 6 en la p. 92.

gros. Pero era introvertido, impenetrable y severo, con los hábitos y las maneras de alguien que hubiera nacido aristócrata.

«He recibido su carta, así como el acta de su reunión», escribía a algunos de sus oficiales.

He notado con placer que han repelido al enemigo, y tengo solo felicitaciones por la forma en que lo exterminaron, con coraje a la altura de buenos republicanos. Pero veo, ciudadanos, con gran pesar, que las órdenes que he dado tres veces seguidas de que avancen sobre el territorio de nuestros enemigos y los expulsen, no han sido ejecutadas. Si ustedes hubieran condescendido a ejecutar las órdenes que di [...] todos los campamentos al otro lado del Artibonite hubieran sido destruidos [...]. Han pisoteado mis órdenes en el polvo.

Sus extraordinarias habilidades, su silencio, la agudeza de su lengua cuando hablaba, mantenían a distancia a sus oficiales de mayor confianza. Lo adoraban, pero le temían más de lo que lo amaban. Incluso Dessalines, el *Tigre*, le temía y esta reserva e indiferencia excesivas, aunque posteriormente tendrán malas consecuencias, eran de inestimable valor en aquellos primeros días indisciplinados.

Las tropas pasaban hambre con frecuencia y tenían que ir a buscar caña de azúcar. Incluso, cuando en agosto llegaron algunas armas, no estaban en buen estado. «He recibido dos mil fusiles, pero están en malas condiciones [...] los mandaré a reparar, muchos son demasiado cortos, por lo que se los daré a los dragones [...]. Muchos de los fusiles del 7mo. y 8vo. regimientos no son buenos».

Los británicos y los españoles, quienes tenían todo lo que querían, a sabiendas de las condiciones de los hombres de Toussaint, enviaban agentes para ofrecerles armas, pertrechos y una buena paga. Los británicos hacían ofertas de dinero: desde Laveaux hasta los ex esclavos. Mas no hay evidencia de que tuvieran ningún éxito notable con los hombres de Toussaint. La moral del ejército revolucionario era demasiado alta.

Toussaint tenía la ventaja de la libertad y la igualdad, los lemas de la Revolución. Eran armas poderosas en una era de esclavos, pero las armas tienen que ser utilizadas, y él las usó con la fineza y la destreza de un esgrimista.

Bandas de cimarrones infectaban la zona de guerra, y la más fuerte era la que estaba bajo el mando de Dieudonné, con cinco mil hombres. Rigaud y Beauvais trataban de que Dieudonné cooperara con ellos, pero él no les tenía confianza. Dijo que no obedecería a ningún mulato, y comenzó a negociar con los británicos. Aunque estos últimos habían hecho todas las gestiones para comprarlo, su política reaccionaria era el principal obstáculo en esta campaña. Ni siquiera podían mentir a gran escala; era

demasiado peligroso, y sus ricos aliados los hubieran abandonado de inmediato. Tenían, incluso, que ser cuidadosos en los arreglos que hacían con Dieudonné porque él podría sospechar y retirarse. Rigaud y Beauvais se enteraron de las negociaciones de Dieudonné y le rogaron a Toussaint que usara su influencia. Con una sola carta de las que dictaba, Toussaint cambió toda la situación.

[...] No puedo creer los penosos rumores que se difunden sobre usted, acerca de que ha abandonado a su país para aliarse con los ingleses, enemigos jurados de nuestra libertad e igualdad.

¿Puede ser posible, mi querido amigo, que en el momento preciso en que Francia triunfa sobre todos los realistas y nos reconoce como sus hijos mediante el beneficioso decreto del 9 de termidor, en que se nos conceden todos nuestros derechos por los que luchamos, usted se deje engañar por nuestros antiguos tiranos, que están utilizando a la mitad de nuestros infelices hermanos para cargar de cadenas a la otra mitad? Durante un tiempo los españoles cegaron mis ojos, pero pronto reconocí su maldad. Los abandoné y los he golpeado duro. He regresado a mi país, que me ha recibido con los brazos abiertos y me ha recompensado bien mis servicios. Le suplico, querido hermano, que siga mi ejemplo. Si existen razones especiales que le impiden confiar en los generales Rigaud y Beauvais, el gobernador Laveaux, quien ha sido un buen padre para todos nosotros y es en quien la madre patria ha puesto su confianza, debe, al menos, contar con la suya. Espero que no me rechace, que soy tan negro como usted, y le aseguro, no deseo más que verlo feliz, a usted y a todos nuestros hermanos. Considero que nuestra única esperanza en esta situación reside en servir a la República Francesa. Es bajo su bandera que somos verdaderamente libres e iguales. Así es como lo veo, mi querido amigo, y no creo estar equivocado [...].

La carta merece una segunda lectura; cada oración da en el blanco. «En caso de que los ingleses hayan podido engañarlo, créame, querido hermano, abandónelos. Únase a los republicanos honestos, y todos juntos expulsemos a estos realistas de nuestro país. Estos son bribones que desean cargarnos de nuevo con las vergonzosas cadenas que tan difícilmente hemos podido romper».

Suplicó por la unidad: «Recuerde, mi querido amigo, que la República Francesa es una e indivisible, y es la que nos da su fuerza, que le ha permitido vencer a todos sus enemigos».

El tiempo dirá hasta qué punto era sincero Toussaint en estas constantes referencias a la república francesa.

Los enviados de Toussaint llevaron la carta al campamento de Dieudonné y la leyeron a la tropa reunida. Cuando los negros escucharon su contenido, insultaron a Dieudonné y a sus amigos, prueba concluyente de que, aunque ignorantes e incapaces de orientarse entre el amasijo de proclamas, mentiras, promesas y trampas que los rodeaban, querían luchar por la

libertad. Laplume, segundo al mando de Dieudonné, se aprovechó de esta desilusión e inmediatamente lo arrestó junto a otros dos seguidores. Esto también era obra de Toussaint, quien había dado instrucciones a sus hombres de que si Dieudonné había sido completamente ganado para el campo británico, debían llamar aparte a otros jefes, y, «con la mayor energía», demostrarles que estaban siendo engañados. Dieudonné fue detenido, pero Laplume, en lugar de unirse a Rigaud o Beauvais, se sumó a las fuerzas de Toussaint con tres mil hombres. Toussaint le escribió con premura a Laveaux para que nombrara coronel a Laplume. «Le aseguro que esto será muy beneficioso», y Laveaux aprobó el nombramiento. Rigaud y Beauvais no podían más que estar muy satisfechos. Una fuerza de tres mil hombres era una adquisición inmensa, y Toussaint la había obtenido con una carta y una delegación.

Si bien el ejército era el instrumento del poder de Toussaint, las masas eran sus cimientos, por lo que su poder creció debido a su influencia sobre ellas. Recién salidas de la denigrante esclavitud, entraban en un mundo de asesinatos y violencia indiscriminados. Los españoles habían invitado a ochocientos franceses que estaban en los Estados Unidos a regresar a Puerto Príncipe. Después de un sermón en la iglesia, el cura, Vásquez, le dio la señal a Jean François, quien estuviera con él toda la mañana en el confesionario. Los soldados españoles se unieron a las bandas de Jean François y masacraron en silencio a más de mil franceses, hombres, mujeres y niños. Al menos, ellos no volverían a reclamar su propiedad. Esos eran los modelos de civilización que tenían los ex esclavos. Se peleaban constantemente por grandes porciones de la Provincia Occidental, quemada y devastada. En las zonas de guerra, ricos y pobres, negros y blancos, todos pasaban hambre. Poco sorprende que los trabajadores agrícolas negros estuvieran en estado permanente de insurrección.

La causa de los problemas era siempre el temor al restablecimiento de la esclavitud. Los británicos no tenían la intención de abolirla, así como tampoco los españoles. El permiso para formar regimientos de negros solo fue otorgado en 1795,<sup>3</sup> e incluso entonces estaba absolutamente prohibido prometer la libertad a los que habían servido bajo los británicos.<sup>4</sup> Pero no podían mantener esta situación, por lo que los británicos lograban mediante pago que los negros combatieran a su lado. Las partes en el conflicto confundían a los ignorantes negros al manipular sus temores y acusar a los otros —incluidos los franceses y el propio Toussaint— de querer restablecer la esclavitud. Los británicos y los españoles podían secundar su propaganda con ofertas de dinero y armas. Jean François dijo a los negros que solo el Rey tenía autoridad para liberarlos, y que, por tanto, debían

<sup>3</sup> John Fortescue: *History of the British Army*, vol. IV, parte 2, p. 452.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 469.

luchar por el Rey español. Algunos plantadores no divulgaron el decreto a sus esclavos. Ya los negros desconfiaban de los plantadores blancos; ahora las maquinaciones de los británicos y los españoles les enseñaban a todos los que estaban aprendiendo a entender la política que casi todos los blancos en las colonias eran lo mismo, aves de rapiña alimentándose de la ignorancia y la inexperiencia de las grandes masas de trabajadores agrícolas negros.

Por estos negros, carentes de disciplina social, sin control en un país desgarrado por la Revolución y la guerra, que solo sabían que deseaban seguir siendo libres aunque estaban confundidos y divididos por todas las partes en el conflicto, por estos negros, Toussaint sentía una gran simpatía. «¡Oh, africanos, mis hermanos!», los llamaba en una de sus proclamas, «¡ustedes, que me han causado tantas fatigas, tanto trabajo, tanta preocupación, ustedes cuya libertad está sellada con más de la mitad de su propia sangre! ¿Cuánto tiempo tendré la mortificación de ver a mis hijos descarriados abandonar los consejos de un padre que los idolatra?». Autócrata como era, he ahí cómo sentía por su pueblo. «Siempre son los negros los que más sufren» era una expresión frecuente en sus labios, y se puede sentir su horror espontáneo ante las noticias acerca de un levantamiento, provocado por los británicos entre los trabajadores agrícolas negros de un distrito de la Provincia Norte. «No es muy difícil adivinar de dónde vino este golpe terrible. ¿Es posible que los trabajadores agrícolas sean siempre los juguetes y los instrumentos de venganza de estos monstruos que el infierno ha arrojado sobre esta colonia? [...]. La sangre de tantas víctimas clama por venganza, y la justicia divina y humana no puede demorar en condenar a los culpables».

Al menor asomo de insurrección se aparecía en persona. Los distritos más difíciles estaban cerca de Limbé, Plaisance, Marmelade y Port-de-Paix, desde un inicio los centros de la revuelta en la Provincia Norte, destinados a mantenerse en el primer lugar hasta el final. Por ejemplo, a principios de 1796 supo que los campesinos de Puerto Príncipe se habían alzado y masacrado a algunos blancos. Recorrió durante la noche la larga distancia entre Verrettes y Port-de-Paix. Convocó a los negros a una reunión y pronunció un discurso acerca de la manera en que deben conducirse. Si han sido agraviados, no es el asesinato la forma de buscar compensación. Uno de ellos habló por el resto. «¡Vaya!, general. Ellos quieren volver a convertirnos en esclavos. No hay aquí la igualdad que parece que existe en la parte del mundo en que usted vive. Nos miran con malos ojos, nos persiguen [...]. Sus provisiones eran compradas en menos de lo que valían, los blancos tomaban sus pollos y cerdos. Si protestaban, los encarcelaban y tenían que pagar para salir de la cárcel.

«Las razones que han dado parecen justificadas», dice Toussaint, «pero aunque tuviera una casa llena de ellas ustedes están equivocados ante Dios». Le ruegan que los organice. «Arréglole todo, seremos tan buenos que todos olvidarán lo que acabamos de hacer».



Al día siguiente Toussaint reúne a todos los negros del distrito. Los hace jurar que van a trabajar duro y ser obedientes. Nombra a un jefe. Los trabajadores agrícolas negros gritan: «¡Viva la República! ¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad! ¡Viva el gobernador Laveaux! ¡Viva Toussaint-L'Ouverture!». Bailan y aclaman a Toussaint cuando él se marcha.

Desafortunadamente, poco después, hubo otra insurrección y el líder y doce de sus seguidores fueron sometidos a juicio y fusilados el mismo día. Toussaint va de nuevo al lugar, y descubre que los británicos han estado intrigando, repartiendo armas y municiones. Toussaint no arrestó a nadie, no disparó un tiro, les habló y logró que volvieran al trabajo.

No siempre tenía tanto éxito. «Fui en persona a hablar con ellos y a tratar de convencerlos [...]. Ellos se armaron y por mi esfuerzo recibí una bala en la pierna, que todavía me duele bastante».

Pero esos días de 1795 y 1796 marcaron el momento en que los campesinos de la Provincia Norte comenzaron a confiar en él, no solo como soldado, sino como hombre dedicado a la defensa de sus intereses, que estaba de su lado en la lucha contra la esclavitud. Con su actividad incesante en su nombre, se ganó la confianza de ellos. Y entre esa gente ignorante, hambrienta, marcada con hierro y nerviosa, la palabra de Toussaint era ley hacia 1796; la única persona en el Norte a la que podían obedecer.

A pesar de la ignorancia y la confusión, reinaba un nuevo espíritu. El Saint-Domingue negro había cambiado, y nunca volvería a ser el mismo de antes, estuviera combatiendo contra los ingleses, los españoles o los franceses. Incluso Jean François, realista, ignoraba los intentos de acercamiento de Laveaux con acerbo desprecio. «Cuando vea al señor Laveaux y a los otros caballeros franceses casar a sus hijas con negros, solo entonces creeré en toda esa supuesta igualdad».

Todos los negros franceses, desde los trabajadores agrícolas de Port-de-Paix que demandaban igualdad, hasta los oficiales del ejército, sentían inmenso orgullo por ser ciudadanos de la República Francesa, «una e indivisible», que había traído al mundo la libertad y la igualdad. Los oficiales de cualquier color no aceptaban invitaciones que se hicieran solo a un grupo;<sup>5</sup> como buenos republicanos, se negaban a hacer reverencias ante el marqués español, que se encolerizaba por la impertinencia de esos negros.<sup>6</sup> Cinco años de Revolución produjeron esos asombrosos cambios. Toussaint siempre se dirigía a los negros como ciudadanos franceses: ¿qué pensaría Francia si supiera que su conducta no estaba a la altura de los verdaderos republicanos?

La devoción por la República y el odio a la realeza y a todo lo que ella significaba llenaban los documentos de la época. Jean François emitió

<sup>5</sup> Cartas de Toussaint-L'Ouverture. Bibliothèque Nationale.

<sup>6</sup> *Ibíd.*

una proclama «en nombre del Rey, su Amo», en la que ofrecía a sus «hermanos» de Dondon provisiones, armas y todo lo que necesitaban a partir del momento en que se pasaran al lado español. La municipalidad de Dondon le dio una respuesta contundente.

¿Es que algunos republicanos han pedido rendirse?

Si hubiera entre nosotros hombres lo suficientemente bajos como para retomar las cadenas, se los entregaríamos de buena fe. [...]

Ustedes dicen que es falsa la libertad que nos ofrecen los republicanos. Somos republicanos y, consecuentemente, libres según el derecho natural. Solo Reyes cuyos nombres expresen lo más bajo y vil pueden osar a arrogarse el derecho de reducir a la esclavitud a hombres que, como ellos, la naturaleza había hecho libres.

El Rey de España les proporciona armas y municiones en abundancia. Úsenlas para apretar sus cadenas [...] En cuanto a nosotros, no necesitamos más que piedras y palos para hacerlos bailar el Carmagnole. [...].<sup>7</sup>

Ustedes han recibido grados y tienen garantías. Cuiden sus insignias y sus pergaminos. Un día les servirán como les sirvieron los títulos pomposos a nuestros antiguos aristócratas. Si el Rey de los franceses, que arrastra su miseria de una corte a la otra, necesita esclavos que lo asistan en su magnificencia, que los busque entre los otros reyes que cuentan con tantos esclavos como súbditos tienen.

Ustedes terminan, como esclavos viles que son, ofreciéndonos la protección del Rey, su Amo. Sepan y digan a Casa Calvo [el marqués español] que los republicanos no pueden hacer tratos con un Rey. Que venga, y ustedes con él, estamos listos para recibirlos como deben hacerlo los republicanos [...].

Ese era el estilo, el acento de Toussaint y sus hombres. Los británicos y los españoles no podían derrotarlos. Lo único que podían ofrecer era dinero, y hay períodos de la historia humana en que el dinero no es suficiente.

Un ejército creciente y la confianza de los negros libres trabajadores agrícolas, significan poder. Toussaint vio pronto que el poder político era solo el medio para un fin. La salvación de Saint-Domingue estribaba en el restablecimiento de la agricultura. Esta resultaba una tarea casi inalcanzable en una sociedad desorganizada, dependiente del trabajo de hombres acabados de salir de la esclavitud, y totalmente rodeada de la avaricia y la violencia rabiosas de franceses, españoles y británicos. Toussaint se dedicó a esto desde los primeros días de su jefatura.

«El trabajo es necesario», proclamó, «es una virtud, es para el bienestar general del Estado». Sus regulaciones eran severas. Los trabajadores

agrícolas eran enviados a trabajar veinticuatro horas después de que Toussaint asumía el control de cualquier distrito, y él autorizaba a los jefes militares de esos distritos a adoptar las medidas necesarias para mantenerlos en las plantaciones. La República, escribió, no quiere hombres lerdos e incapaces. Era trabajo forzado y movimiento restringido. Pero la necesidad no tolera barreras. Mantuvo la confianza de los ex esclavos porque insistió en el pago de los jornales, y se mantuvo igual de firme con los propietarios blancos. A todos, «sean propietarios o no», se les ordenó regresar a sus distritos y plantaciones. Si los propietarios no obedecían, sus propiedades serían confiscadas. Desde el comienzo de su carrera como administrador, Toussaint tuvo bien en claro la política hacia los blancos, y nunca se apartó de ella.

Conocía a estos propietarios, franceses hoy, británicos mañana, realistas, republicanos, sin principios en última instancia, excepto hasta el punto en que contribuyeran a preservar sus plantaciones. Pero tenían el conocimiento, la educación y la experiencia que necesitaba la colonia para restituir la prosperidad. Habían viajado por Francia, por los Estados Unidos. Tenían cultura, mientras que solo un sector de los mulatos la poseía, y ninguno de los esclavos. Por tanto, Toussaint los trataba con la mayor paciencia, en lo que lo ayudaba su carácter recto, que detestaba el espíritu de venganza y el inútil derramamiento de sangre de cualquier tipo. «Sin represalias, sin represalias», ordenaba constantemente a sus oficiales después de cada campaña. Eran sus plantaciones lo que estos blancos querían, y él se las dio, presto siempre a olvidar sus traiciones si trabajaban la tierra. En una ocasión, tras tomar Mirabelais de manos de los británicos, supo que había más de trescientos blancos emigrados de la Provincia Norte. Hubiera sido muy simple fusilar en el acto a estos traidores a su país y defensores de la esclavitud. Ellos ciertamente no lo hubieran perdonado. Los reunió y les hizo jurar fidelidad a la República. Los que querían regresar a sus distritos le pidieron pasaporte, y fueron complacidos. Por supuesto, sus plantaciones habían sido tomadas. Toussaint investigó y gestionó la devolución.

Nombró blancos para ocupar puestos en el gobierno con la confianza de los antiguos gobernadores realistas. «Hice a Guy comandante militar y a Dubuisson su ayudante. Estos dos valientes franceses que han contribuido mucho a la conversión de sus conciudadanos [...]. Le confié la administración a Jules Borde, a quien considero un buen republicano y posee la necesaria habilidad para desempeñar sus funciones. Goza de la buena voluntad de sus conciudadanos, que aprueban mi selección». Recomienda a otro blanco criollo que lo acompañó en una expedición «[...] y se ha portado de manera honorable. Estoy lo suficientemente seguro de su civismo». No se sabe qué pensaban estos blancos —con sus recuerdos del pasado— acerca de ser analizados, examinados y nombrados para cargos con tal seguridad por un ex esclavo. Pero no hay registro de ninguna falta de

respeto o abierta hostilidad. Pudieran haber detestado esta situación en privado, mas hubiera sido difícil obtener alguna respuesta. Toussaint mantenía su ejército de ex esclavos, con oficiales ex esclavos, libre de elementos potencialmente perturbadores. Pero era tan genuina su amabilidad con los blancos que se hallaban en tan penosa condiciones, que estos no podían dejar de agradecerlo. «Mi corazón», escribe a Laveaux al tener noticias de una insurrección, «mi corazón está desgarrado por el destino que han padecido algunos infelices blancos, que han sido víctimas de este asunto». Estos eran sus sentimientos para con todas las personas, negros y blancos. Los blancos llegaron a reconocer que podían contar siempre con él para que los protegiera de los trabajadores agrícolas, listos a masacrarlos a la menor insinuación de cualquier regreso a la esclavitud. En la medida en que aprendían a confiar en él, muchos regresaban a sus plantaciones. Mujeres blancas le contaban a Laveaux las atenciones y la ayuda recibidas de este «hombre asombroso», y llamaban padre al viejo ex esclavo, con su despreciada piel negra. Según palabras de Laveaux, la distritos de Petite-Rivière, a donde fue para visitar a Toussaint, ofrecía el satisfactorio espectáculo de más de quince mil trabajadores agrícolas que habían regresado al trabajo, todos llenos de gratitud hacia la República: negros, blancos, mulatos, trabajadores agrícolas negros, propietarios, todos bendiciendo al «jefe virtuoso» que se ocupaba de mantener el orden y la paz entre ellos.

¿Qué pensaría Laveaux, ex conde del *ancien régime*, francés culto de una época culta, cuando recibía semana tras semana estas cartas del ex esclavo Toussaint? Algunas de ellas magníficas. Toussaint también era maestro de la proclama, de una delicada pieza de maniobra como la epístola a Dieudonné, o de un informe militar.

El enemigo no había tomado la precaución de establecer los campamentos de reserva en el camino de St. Marc para proteger su retirada. Utilicé el truco de alentarlos a que pasara por la carretera, fue así como lo logré. Desde el pueblo de Verrettes el enemigo podía observar todos mis movimientos, de manera que hice desfilar a mi ejército por el lado de Mirabelais, donde lo pudiera ver, a fin de darle la idea de que yo estaba enviando grandes refuerzos para allí; poco después lo hice volver a entrar en el pueblo de Petite-Rivière detrás de una colina, sin que lo percibiera. Cayó justo en la trampa; parecía incluso que estaba apresurando su retirada. Entonces hice que un gran cuerpo de caballería cruzara el río, colocándome a la cabeza para llegar pronto al enemigo y mantenerlo ocupado, y también para darle tiempo a que mi infantería, que venía detrás con una pieza de cañón, se me uniera. Esta maniobra funcionó maravillosamente. He tomado la medida de enviar un cañón de cuatro pulgadas desde Petite-Rivière a la plantación Moreau en Detroit para golpear al enemigo en el flanco derecho

durante su paso. Mientras lo hostigaba con mi caballería, mi infantería avanzaba a gran velocidad con el cañón. En cuanto me alcanzó, hice que dos columnas tomaran a la derecha y a la izquierda, para tomar al enemigo por los flancos. Cuando las dos columnas estaban a un tiro de pistola, atacué al enemigo a la manera verdaderamente republicana. El enemigo continuó su camino presentando todo el tiempo un frente valiente. Pero el primer disparo de cañón que dirigí para que impactara entre sus hombres, y que causó mucho daño, hizo que abandonara, primero, una carreta, y después, un cañón. Redoblé la carga y después capturé otros tres cañones, dos carretas llenas de municiones y otras siete más con heridos, que fueron enviados de inmediato a la retaguardia. Entonces fue que el enemigo comenzó a huir en el mayor desorden, solo para que los que iban al frente se encontraran justo en la boca del cañón que yo había emplazado en Detroit, en la plantación Moreau. Y cuando el enemigo se vio atacado por delante, por detrás y por todos lados, ese tipo fino, ese impertinente de Dissources, se lanzó de su caballo y se metió en la manigua con los escombros de su ejército gritando «Sálvese el que pueda». La lluvia y la oscuridad me impidieron continuar la persecución. Esta batalla transcurrió desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde, y solo tuve seis muertos e igual número de heridos. He llenado de cadáveres la carretera a lo largo de más de una legua. Mi victoria ha sido total, y si el famoso Dissources tiene la suerte de volver a entrar en St. Marc, será sin cañón y sin pertrechos, es decir, sin tambor y sin corneta. Lo ha perdido todo, incluso el honor, si es que los miserables realistas son capaces de tener alguno. Se acordará por largo tiempo de la lección republicana que le acabo de dar.

«Tengo el placer de transmitirle, General, las felicitaciones que hay que darle a Dessalines [...]. Sobre todo a los batallones de los *sans-culottes*, que entraron en combate por segunda vez, mostrando el mayor coraje». He aquí no solo al soldado de nacimiento, sino al escritor de nacimiento. El informe tiene el tono auténtico de los grandes capitanes. Las fuerzas de Dissources eran tropas famosas compuestas de blancos criollos, y la noticia de la victoria de los *sans-culottes* negros sobre los viejos plantadores blancos se difundió por toda la colonia, elevando el prestigio de los negros y concentrando la atención en Toussaint.

En asuntos de administración era igual que en cuestiones de la guerra. Al parecer desde el comienzo Laveaux le dio carta blanca a Toussaint, y este se convirtió por sí mismo en todo un gabinete de gobierno, como un dictador fascista, solo que él hacía realmente el trabajo.

Los británicos abrieron un canal en el río Artibonite para inundar la parte baja de la llanura e impedir así que los soldados de Toussaint avanzaran más allá. Las lluvias acrecentaron de tal forma este canal que llegó

a tener unos dieciséis kilómetros de ancho. Toussaint lo bloqueó con raíces, madera y rocas. Puso a más de ochocientos hombres trabajando en él durante ocho días, manteniéndolos ocupados hasta terminar. De dejar el canal en ese estado, con la llegada de la temporada lluviosa la región sería devastada por la crecida del río y se arruinarían los cultivos.

Me parece —aconseja Toussaint a Laveaux— que usted debe enviar algunos barcos con cañones para que patrullen frente a Caracol, Limonade, etc., e impedir que naves neutrales atraquen en uno de estos puertos. «Nos interesa interceptar las provisiones y la ayuda que reciben por mar».

En septiembre de 1795 España y Francia alcanzan la paz mediante el Tratado de Bâle. Toussaint le advierte a Laveaux que no debe pensar que los españoles van a respetar la neutralidad. Los conoce bien. Odian que los negros tengan libertad, seguramente se mantendrán en contacto con los británicos, y Laveaux debe continuar protegiendo las comunicaciones.

Toussaint muda el pueblo de Verrettes. Se encuentra muy mal situado en lo relativo a la defensa pues puede ser dominado desde las alturas cercanas. Traza un plan para construir un pueblo nuevo en medio de una sabana completamente abierta y con una excelente altitud.

La guerra, la política, la agricultura, las relaciones internacionales, problemas administrativos de largo alcance, detalles menores, todos los enfrenta en la medida en que se presentan; toma decisiones y aconseja a Laveaux, aunque —con su tacto característico— siempre como un subordinado. Cuando Laveaux paga las consecuencias de no escuchar su consejo sobre la maldad de los españoles, Toussaint le reprocha suavemente: «se lo dije». Incluso después de tomar decisiones que tenía que saber que eran irrevocables, las sometía a la aprobación de Laveaux. En ninguna carta Toussaint considera necesario explicar alguna acusación o queja que le haya formulado Laveaux, sin embargo, escribe: «Siempre recibiré con placer las reprimendas que me haga. Cuando las merezca, será una prueba de la amistad que me profesa». Una fuerte amistad se desarrolló entre ambos hombres, de orígenes tan diferentes, unidos por la Revolución. Laveaux era amable, recto y devoto de la emancipación del negro. Toussaint, infinitamente desconfiado y muy reservado, tenía fe absoluta en Laveaux y nunca confió en ningún otro hombre, negro, blanco o mulato. Laveaux sentía lo mismo por él, y en carta que aún se conserva se dirige a Toussaint como su «íntimo amigo Toussaint». Entre toda la correspondencia sobre problemas militares, políticos y de diverso orden, existe una nota que demuestra los fuertes lazos mutuos. «Algo importante. Le envío algunas trufas. Sea tan amable de aceptarlas de alguien que le desea la mejor salud y le abraza con todo su corazón. Todos mis oficiales le aseguran a usted su respeto y fidelidad. P. D. General, nuestra impaciencia por verlo crece cada día. ¿Estaremos mucho tiempo privados de este placer?».

Siete días después parece que la visita tendría lugar: «Veo con placer que no demorará en visitarnos aquí. Lo espero con la mayor impaciencia, al igual que todos mis hombres, que desean ardientemente verlo, y al mismo tiempo, demostrarle su afecto».

En las respuestas de Toussaint se trasparenta que Laveaux le escribía en el mismo tono. Toussaint reconoce amablemente la cortesía de su comandante.

No sé cómo expresar mi agradecimiento por todas las cosas agradables que me dice y lo feliz que estoy de tener un padre tan bueno que me ama tanto como yo a él. Esté seguro de que su hijo es su amigo sincero, que lo apoyaré hasta la muerte. Mi ejército le da las gracias por su amable consideración y me ha dado la tarea de darle seguridades acerca de su lealtad y sumisión [...].

Lo abrazo con todo mi corazón y esté convencido de que comparto con usted sus dificultades y sus cuidados.

La fiebre amarilla aniquilaba a las tropas británicas por miles, mas los refuerzos siempre llegaban y el dinero fluía para financiar las tropas negras y los destacamentos de esclavistas franceses, blancos y mulatos. En ocasiones, las intrigas internas y el dinero británico hacían que la posición de Toussaint fuera muy débil. Pero la libertad y la igualdad triunfaban, como Danton sabía que lo harían. Toussaint y Rigaud mantenían a raya a los ingleses. Victor Hugues los golpeaba combate tras combate. Según Fortescue, 1795 fue el año más infausto en la historia del Ejército Británico. El responsable era el decreto del 4 de febrero. Toussaint, atento a todo, envió una delegación personal a la República en Francia para dar testimonio de su lealtad e informar de la dedicación al cumplimiento de sus deberes como soldado y protector de la agricultura, y sin duda, para explorar la política francesa. Nada se le escapaba. Se había unido a los franceses y asumido su mando en 1794. A principios de 1796 era procónsul de su distrito, gobernaba y combatía como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Ante tanta habilidad, energía y carisma, Laveaux capituló. En los primeros meses de 1796 todo Saint-Domingue conocía que Toussaint L'Ouverture, el general negro, era el primero en los concilios y afectos del Gobernador.



## LOS MULATOS LO INTENTAN Y FRACASAN

El alto rango engendra enemigos. Hacía ya tiempo que los revolucionarios realistas blancos habían catalogado a Toussaint como el enemigo número uno. Tras nombrar una lista con los republicanos más peligrosos, uno de ellos le dedica atención especial, «en cuanto a Toussaint, es el gran papá». Pero los blancos ya no eran una fuerza en Saint-Domingue. Los potenciales gobernantes eran ahora los mulatos, y estos consideraban que la creciente reputación del líder negro y su amistad con Laveaux representaban una amenaza a la dominación a la cual creían tener derecho. Los mulatos y algunos negros libres ocupaban los puestos más importantes en el mando de tropas —no comandadas por Toussaint—, en las municipalidades y en la administración general. Villate, el comandante de El Cabo, era mulato. Los mulatos del Sur se hallaban bajo el liderazgo de Rigaud, Beauvais y Pinchinat, quienes, además de hostigar a los británicos, construían un Estado Mulato. Los ex esclavos mulatos estaban encantados de seguir a los líderes de su casta que necesitaban apoyo.

Sin embargo, en la Provincia Occidental los mulatos constituían un problema. La mayor parte de los propietarios ricos se sumaron a los británicos, pero los plantadores franceses que negociaron con Williamson habían abjurado del decreto del 4 de abril —después de tanta oratoria y tantos panfletos, ¿a quién le importaba eso ahora?—; nada les satisfaría excepto la colonia como era antes. Williamson le insinuó al gobierno británico que conquistaría la colonia en un instante si se le otorgaba autoridad para restablecer las estipulaciones del Código Negro.<sup>1</sup> Dundas se negó.<sup>2</sup> Williamson, que estaba en el terreno, sin duda pensaba que se podían

<sup>1</sup> A Dundas, 17 de enero de 1794. Colonial Office Papers, Jamaica, C.D. 137/92

<sup>2</sup> *Ibíd.*, 5 de julio de 1794, C.D. 137/93.

hacer las promesas, conquistar la colonia y, entonces, librarse de las obligaciones. Al parecer, en opinión de Dundas, bastaban unos cuantos miles de refuerzos serían suficientes para derrotar a los bandidos negros sin hacer concesiones peligrosas.

De modo general, no obstante estos rechazos, los propietarios mulatos extrañamente continuaban siendo pro británicos. Siempre que Toussaint tomaba una zona, y en concordancia con su política usual, los invitaba a formar parte de la República si juraban lealtad. Pero tan pronto daba la espalda, intrigaban y conspiraban para que regresaran los británicos. El primer gran ataque a St. Marc sufrió la traición de los mulatos, y en esta ciudad, así como en Mirabelais, Verrettes y todo el distrito de Artibonite, constituían el principal apoyo de los británicos, quienes, sin ellos, hubieran sido expulsados antes de 1798. También fueron la causa de que Toussaint perdiera muchos de los más importantes territorios ocupados por él.

Cuál ha sido hoy mi sorpresa al conocer que los rebeldes de St. Marc, junto con los de Mirabelais, nos han quitado Verrettes y varios otros puestos, obligando a los nuestros a retirarse [...]. Este revés lo hemos sufrido gracias a la perfidia de los hombres de color del distrito. Nunca había yo experimentado tantas traiciones. Y juro que a partir de ahora los voy a tratar de manera diferente a como lo he hecho hasta el momento. Siempre que los he tomado prisioneros los he tratado como un padre bueno. Los miserables ingratos han respondido con intentos de entregarme a nuestros enemigos.

Después de gran número de intrigas con los republicanos dentro del extenso y hermoso distrito de Mirabelais, Toussaint tiene éxito, y con júbilo le informa a Laveaux que estaba en posesión del territorio «sin derramamiento de sangre», aspecto para él muy importante. ¡Ay! Pocas semanas después, su guarnición es expulsada. Los mulatos lo han engañado de nuevo. Al cabo del tiempo pierde la paciencia. «Estos malvados conspiran más que nunca [...]. Existe una conspiración [...] se sabe que al frente hay un hombre de color». Los mulatos desertarían del ejército de Toussaint en medio de un combate y se unirían al enemigo. «Canallas», «villanos», «traidores», Toussaint no puede contenerse. Los mulatos corren la voz de que Toussaint entregará el país a los ingleses. «Todo el odio de estos canallas está dirigido en mi contra. Es con esa clase de infundios que incitan a la gente». Pero posteriormente sus quejas tienen un tono diferente. «Los enemigos de la libertad y la igualdad han jurado eliminarme. [...] Voy a morir en una emboscada que me tenderán. Tienen que prepararme una buena trampa porque, si sobrevivo, no habrá perdón para ellos. [...] Estos caballeros dicen que es necesario librarse de mí a cualquier costo». Habla de una conspiración encabezada por Chanlatte, y este era oficial del ejército republicano. Toussaint, ex esclavo, con un ejército compuesto por ex esclavos, era esencialmente el hombre de los

trabajadores negros del campo. Y no solo los mulatos asociados a los británicos, sino incluso los mulatos republicanos, veían una amenaza en la intimidad existente entre Toussaint y Laveaux, y en el interés de este último por las masas negras así como su popularidad entre ellas. Este no era un asunto acerca color de la piel, sino crudamente una cuestión de clase, pues los negros que eran libres con anterioridad se mantuvieron junto a los mulatos. Los que disfrutaban de alguna posición y medios en el antiguo régimen consideraban a los ex esclavos como personas a gobernar.

Laveaux amaba a los negros por sí mismos, y amaba a Toussaint por los servicios prestados y por ser quien era. Los informes de Laveaux al Ministro estaban llenos de alabanzas acerca de ellos. Pero también los amaba porque le temía a los mulatos y consideraba a los negros un contrapeso a su poder.

Los mulatos pensaban que podían gobernar el país, su objetivo era la independencia, de ahí que algunos blancos locales conspiraran con ellos. Laveaux le advirtió al Ministro<sup>3</sup> que estos ciudadanos mulatos deseaban dominarlo todo, tenerlo todo y disfrutar de todo. Tanto los mulatos como los antiguos negros libre de El Cabo no podían soportar que le fuera bien en los negocios a un ex esclavo o que desempeñara algún cargo.<sup>4</sup> Villate llenó de mulatos la Guardia Nacional de El Cabo, encarceló ex esclavos, no acataba las órdenes de Laveaux, le escribía cartas insultantes y conspiraba con los mulatos en el Sur. «¡Ah! Si Rigaud se hubiera comunicado conmigo, la colonia se hubiera salvado hace mucho tiempo». Laveaux escuchaba estas y otras declaraciones similares por parte de Villate, y le suplicaba ayuda al Ministro.

«Los jefes que anteriormente fueron esclavos son los que apoyan la libertad y la República. Tengo la firme opinión de que, sin ellos, ya hubiera habido grandes movimientos a favor de la independencia». La constante amenaza de los mulatos mientras combatía contra los británicos agotaba a Laveaux. «Por amor a mi país, por mi Patria, he tenido que soportarlo todo con paciencia sobrehumana». Pero no podría soportarlo durante mucho más tiempo.

Su cuartel general estaba en Port-de-Paix. En julio de 1795 la Convención firmó la paz con España, y en octubre le dio instrucciones a Laveaux a fin de trasladar su cuartel general a El Cabo. Villate, quien fuera amo de El Cabo durante tres años, y ahora Laveaux, gobernador y comandante en jefe, vendrían a reducirlos, a él y a sus congéneres, a una posición subordinada. Al llegar Laveaux liberó a los negros que estaban en prisión. Muchos mulatos vivían sin pagar alquiler, en casas abandonadas por sus dueños. Perrod, el tesorero, evaluó las casas y los obligó a pagar, ante lo cual se

<sup>3</sup> Informes al ministro de la Marina. Archives Nationales, DXXV, 50.

<sup>4</sup> Ibíd. Informe del 17 de mesidor, año IV.

quejaron de tiranía. La situación comenzaba a tornarse crítica. A principios de 1796, Pinchinat, que se dirigía a París con un colega, llegó a El Cabo. En lugar de ir a París, hizo gestiones en esa ciudad, fue introducido en las barracas, donde se dirigió a los soldados, escribió numerosas cartas al Sur y luego regresó para establecer una coartada.

Si la intimidad de Laveaux con Toussaint, además de la admiración, tenían una sólida base política, lo mismo sucedía con la de Toussaint con Laveaux y su admiración por él. A Toussaint nunca se le escapaba nada. Había estado observando las maniobras de los mulatos y de Villate por largo tiempo, desde el inicio de su asociación con Laveaux. Tras ser nombrado comandante del Cordón Oeste, le preguntó en broma al coronel Pierre Michel, antiguo esclavo, por qué no lo mantenía informado de las intrigas de Villate en El Cabo. Durante los dos años siguientes Toussaint y Villate chocaron. Villate se quejó a Laveaux de que Toussaint les prohibía a los propietarios vender su café en El Cabo. Toussaint negó la acusación airadamente y envió como anexo a su carta un fajo de correspondencia para probar la falsedad.

Lo considero, General, demasiado justo para no dejarse engañar [...] y espero que no me crea capaz de cometer tal error. [...] Si Villate hubiera sido uno de mis verdaderos amigos, me hubiera informado de los cargos que se hicieron ante él en mi contra. A pesar de que mis hermanos en Cabo Francés intrigan contra mí de esta manera, no tengo nada que decir contra ellos. Los considero siempre hermanos y amigos. Con la gracia de Dios, el tiempo le hará saber a usted la verdad.

Toussaint cuidaba su reputación. Si cometía un error, lo asumía. Pero en este caso su indignación y su santurronería parecían justificadas. Cuando los mulatos traicionaban, Toussaint los llamaba canallas, maldecía a los realistas, a los británicos y a los españoles, pero a pesar de las intrigas que lo rodeaban, y la intimidad de las cartas, no hay una sola insinuación maliciosa contra nadie. Toda su vida luchó por la conciliación con los enemigos y por la solución pacífica de los conflictos.

Pero no era hombre al que se le pudiera sorprender dormido. Tenía sus agentes en El Cabo. A principios de marzo sabía que la conspiración de los mulatos estaba madura y que podía estallar en cualquier momento. ¿Por qué si no le escribiría la siguiente carta a Laveaux, dos días antes del 20? «Sí, General, Toussaint es su hijo. Usted es querido. Su tumba será la suya, y lo apoyará con riesgo de su vida. Su brazo y su cabeza están siempre a disposición suya, y si cayera, llevará con él el dulce consuelo de haber defendido a su Padre, su amigo virtuoso y la causa de la libertad».

Sin embargo, es casi seguro que no le comunicó a Laveaux sus sospechas, porque este, aunque consciente de las tensiones, fue tomado completamente por sorpresa.

A las diez de la mañana del 20 de marzo Laveaux conversaba en su recámara en El Cabo con otro oficial. De repente, seis u ocho personas, todos mulatos, irrumpieron en la habitación, «ni un solo negro, ni un solo blanco». Pensó en una disputa que querían que él dirimiera. En lugar de eso, los intrusos hicieron llover sobre él maldiciones y golpes. Su edecán corrió en su ayuda, pero los atacantes arrestaron a Laveaux, al otro oficial y al edecán. Laveaux estaba en pantuflas, y en la lucha se le salieron de los pies. Descalzo y con la cabeza descubierta, los mulatos lo arrastraron por los cabellos y por el brazo a la cárcel. Perrod, el tesoroero, ya estaba allí. Permanecieron dos días en prisión sin ver a nadie y sin ninguna asistencia. A las ocho de la noche del segundo día, los miembros de la municipalidad visitaron a Laveaux y le dijeron que estaban desconsolados por su arresto, que era abominable, etc., etc., y que esperaban liberarlo pronto.

Pero la municipalidad también era parte de la conspiración. Tan pronto como Laveaux fue arrestado, decretó que él y Perrod habían «perdido la confianza pública» y nombró a Villate gobernador de Saint-Domingue. Villate escribe a Pageot, comandante militar del Norte, y a Casa Calvo, de Santo Domingo, para informar de su nuevo nombramiento.

Pero la conspiración no tuvo nunca la menor oportunidad de éxito. El omnipresente Toussaint se mantuvo al tanto de su desarrollo y tenía a sus hombres en el lugar. Pierre Michel comandaba un batallón en Fort Liberté, cerca de El Cabo. Llegado de África en un barco negrero, trabajó como esclavo. Había sido emancipado por la Revolución, no sabía leer ni escribir, pero había ascendido entre las filas hasta alcanzar el grado de coronel. Era un buen soldado, dictaba informes claros y precisos, y le pasaba con tinta por encima a la firma que le escribían a lápiz. Era un hombre rápido, con arrojo y ambición, y talento para la intriga. A la vez que se mantenía en contacto con Toussaint contra Villate, conspiraba contra Toussaint con el objetivo de dominar en el Norte. Tales eran los hombres creados por cinco años de Revolución.

Tan pronto como Michel conoció del arresto de Laveaux, se percató de lo que sucedía. Puso bajo su mando a un grupo de oficiales leales al gobierno y de inmediato le escribió a Toussaint, que estaba en Gonaïves, a ciento veinte kilómetros de distancia, para informarle, e instruyó a los jefes negros en los alrededores para que convocaran a todos los trabajadores agrícolas para marchar armados sobre El Cabo y liberar a «su amigo Laveaux». Arrestó a un correo de Villate y encontró una lista con seis nombres, que envió a Toussaint, su oficial superior, para que actuara. Las masas negras en la ciudad, movilizadas por los amigos del gobierno, corrían por las calles con gritos de «¡El poder para la ley! «¡El poder para la ley!».

Toussaint se hallaba en Gonaïves cuando supo del golpe de Estado. «¡Qué!», le escribe a Laveaux, «¿Tuvieron la audacia de amenazarlo y tomar las armas en contra suya? ¿Qué querían lograr? Volverán a sus deberes o les haré pagar una vida con mil».

Despachó dos batallones para atacar la ciudad, uno bajo el mando del temido Dessalines. Escribió cartas amenazadoras a los lugares donde pensaba que Villate pudiera tener apoyo, y fueron suficiente para mantener quietos a los potenciales revolucionarios.

Por otro lado, dirigió a los ciudadanos de El Cabo una de sus ardientes proclamas:

Al faltarle el respeto al Gobernador han ofendido a Francia. ¿Qué dirá la Madre Patria cuando sepa de sus procedimientos irregulares contra su representante? [...] Echen una mirada, echen una mirada al distrito de Artibonite y vean las crueldades sin precedentes que los ingleses infligen a sus hermanos. Algunos son subidos a bordo de barcos y ahogados en el mar, y los otros son marcados a hierro en el rostro y encadenados como esclavos de galera. Incluso las mujeres de color se ven obligadas abandonar sus hogares y esconderse en los bosques para salvarse de la barbarie de nuestros enemigos. Ustedes, por el contrario, pueden vivir en paz en sus casas. Pero no, ustedes sembraron la confusión [...].

Días después Toussaint llegó a El Cabo a la cabeza de su guardia personal. Para ese entonces la insurrección amainaba. Laveaux había sido liberado y Villate huía de la ciudad con un pequeño grupo de sus más cercanos seguidores. Las masas negras de la ciudad y el campo respaldaban sólidamente a Laveaux. Toussaint, triunfante, luchó por la paz. Envío una delegación, acompañada por cien mujeres negras, a donde se encontraba Villate para invitarlo a regresar a El Cabo. Villate les comunicó que tenía la esperanza de que Laveaux fuera asesinado por esos mismos negros a quienes ahora él favorecía. Sin embargo, estuvo de acuerdo en reunirse con Toussaint, pero quería que este fuera a su encuentro. Toussaint, sospechando una emboscada, se negó a ir. Entretanto, las mujeres negras que acompañaban la delegación prestaban oídos a las insinuaciones de los soldados de Villate, y regresaron apresuradamente al cuartel general de Laveaux en las afueras de El Cabo, corriendo por toda la ciudad y gritando que Laveaux y Perrod tenían dos barcos en el puerto cargados de cadenas para volver a esclavizar a los negros. De inmediato, los soldados que habían apoyado a Laveaux rodearon su casa, pidiendo sangre. Ya lo iban a asesinar cuando apareció Toussaint frente a la multitud, la condujo al almacén principal, abrió las puertas y le mostró que no había cadenas. Los negros quedaron satisfechos, tanto por esa demostración práctica como por su confianza en Toussaint, un general, un negro y un ex esclavo igual que ellos.

Aunque la insurrección estaba sofocada, Laveaux, a sabiendas de la debilidad de su posición, se negó a adoptar medidas punitivas. Doce naves

británicas y dos de los Estados Unidos bloqueaban El Cabo. Los líderes mulatos estaban aún listos para levantarse. Laveaux sospechaba la existencia de un complot y tenía que hacer lo posible para impedir la insurrección, que podría tener el apoyo de los británicos. Los mulatos estaban clamando por compartir el poder: un hombre no podía concentrarlo todo.

El 1ro. de abril, Laveaux, acompañado de Toussaint, fue a El Cabo y reunió al pueblo y al ejército en la Plaza de Armas. Sabía que los mulatos esperaban de él algunas modificaciones en el gobierno a su favor, reinstalando a Villate con mayores poderes. Para asombro de todos y júbilo desatado de los negros, proclamó a Toussaint como Asistente del Gobernador, y juró que nunca haría nada sin consultarlo. Lo llamó salvador de la autoridad constituida, Espartaco negro, el negro que Raynal había profetizado vengaría los ultrajes cometidos contra su raza. Toussaint, abrumado de gratitud, emitió una de sus frases habituales: «Después de Dios, Laveaux».

Los historiadores franceses consideran que este día memorable marca el ascenso de Toussaint por encima de los mulatos y de los representantes de Francia en la mente de los negros, y no lo hacen sin censurar a Laveaux. Es privilegio de los historiadores ser sabios *a posteriori*, después que ocurren los hechos, y mientras más tonto sea el historiador, usualmente más sabio pretende ser. Laveaux no pudo evitarlo. Toussaint quería que él se deshiciere de Villate.

El catecismo de los dominicos dice, Señor, perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonaremos a quienes nos han ofendido. Pero en un ejército, si no hay subordinación, no hay disciplina; y si no hay disciplina no hay ejército. Si el teniente no se subordina al capitán, tampoco lo harán el subteniente, el sargento y el soldado. En todo caso, eso es lo que pienso, General.

Laveaux no quiso tomar esa medida. Temía que la guerra civil pudiera conducir a la pérdida de la colonia. Pero le escribió al Ministro explicándole lo que había hecho. Al nominar a Toussaint, «desbarataba los planes de los que estaban maldispuestos». Laveaux tenía la seguridad de que Rigaud también estaba involucrado en la conspiración. Por el momento se les cerraba el paso a los mulatos, pero la autoridad francesa en la colonia corría peligro, y Laveaux estaba muy cerca del colapso.

«Ah, ciudadano», le suplicó al Ministro, «no pierda tiempo. Envíe tropas, una fuerza poderosa; envíe comisarios, envíe representantes de la ley y todo lo que sea necesario para que la autoridad sea respetada. Cualquier dilación hará que Francia pierda los cuatro años de trabajo y de fatiga que hemos sufrido los republicanos».

El gobierno francés, alarmado por las crecientes aspiraciones de los mulatos, se apresuró a enviar una Comisión, que desembarcó en El Cabo el 11 de mayo de 1796. Estaba integrada por cinco hombres, entre ellos, Giraud y Leblanc, más otros tres que ya habían desempeñado un papel en la historia de Saint-Domingue: el mulato Raimond; Roume, quien fuera



enviado a tomar posesión de la parte española de la isla entregada a Francia a través del Tratado de Bâle, y nuestro viejo amigo Sonthonax, el cual, por fortuna para él, llegó a París después de la caída de Robespierre. Fue sometido a juicio y resultó absuelto triunfalmente de todos los cargos levantados en su contra por los colonos. Se le conocía como simpatizante de los negros, y en ese momento Francia no le temía a los negros, sino a los mulatos. Por tanto, Sonthonax vino con la misión especial de mantener a raya a los mulatos. Trajo solo mil doscientos hombres pero gran cantidad de armas y municiones. El 17 de agosto, meses después del desembarco de Sonthonax, el Directorio confirmó la promoción, que hiciera Laveaux, de Toussaint al grado de general de división, así como las de Pierre Michel y otros ex esclavos a generales de brigada. Francia, aún engarzada en una lucha a vida o muerte en Europa, dependía de los negros, no solo contra los británicos, sino también contra la amenaza de la independencia de los mulatos. De esa manera el capital de Toussaint como líder de los negros ascendía constantemente.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## OTRA VEZ LOS AMOS BLANCOS

Sonthonax, tan dictatorial y egocéntrico como siempre, dominaba la Comisión y comenzó a formular una política en favor de los negros. Los amaba, decía que deseaba ser negro y vivía abiertamente con una mulata.

Si todos los blancos hubieran sido como Sonthonax, los trabajadores agrícolas negros hubieran abandonado sus sentimientos contra los blancos, que para ellos era solo contra la esclavitud. Por Laveaux y Sonthonax habían hecho cualquier cosa. Pero los negros no podían confiar en los viejos amos. Los británicos sobornaban, intrigaban, daban dinero y armas, y continuaban las insurrecciones en la colonia. Sonthonax le escribió en secreto al Directorio que los negros odiaban a los blancos, pero que él entendía la razón de ese odio. Tres semanas después de su desembarco publicó una proclama en creol en la que se anunciaba que todo aquel que fuera declarado culpable de decir en los mercados, o en cualquier otro lugar, que los negros no habían obtenido la libertad para siempre, o que un hombre podía ser propiedad de otro hombre, era un traidor a su país y sería castigado como correspondía. Para darle seguridad a un pueblo tan sensible a la libertad, abolió el encarcelamiento por deudas y liberó a todos los que guardaban prisión por esa causa.

Se esforzó mucho para inculcarles la necesidad del trabajo. Todos son libres en Francia –decía–, pero todos trabajan. Sin embargo, se mantuvo con firmeza en contra de la coerción. Trabajen duro –aconsejaba–, pero no olviden que nadie tiene el derecho a disponer de su tiempo en contra de su voluntad. Prohibió rigurosamente las golpizas en las plantaciones. Creó escuelas donde los negros recibían educación elemental y aprendían la historia de Grecia y Roma. Enviaba a los hijos de negros y mulatos a Francia para recibir educación en escuelas especiales que la República abrió para ellos. Anunció que nunca le daría un puesto a quien no supiera firmar su nombre. Es así que en cada casa de El Cabo podía verse a los negros, hombres y

mujeres, algunos de cincuenta años, aprendiendo a leer y escribir. En los distritos rurales, los trabajadores agrícolas le suplicaban a Sonthonax que les enviara como maestros incluso a niños europeos que supieran leer y escribir. Los negros sabían que eran ignorantes y estaban dispuestos a aprender de los blancos, a ser guiados por franceses, por hombres como Laveaux y Sonthonax, a aprender de los niños blancos. Lo único que pedían era librarse para siempre del temor a la esclavitud. Pero los británicos estaban allí gastando millones para esclavizarlos de nuevo. Sabían que los viejos amos para quienes ahora trabajaban como hombres libres los volverían a convertir en esclavos a la primera oportunidad. Su esperanza era Toussaint, un negro, un ex esclavo, con su ejército de negros ex esclavos. Todos los trabajadores agrícolas negros de Saint-Domingue tenían los ojos puestos en él.

Al llegar Sonthonax, Toussaint era el segundo en rango miliar después de Laveaux. Disfrutaba de la confianza del gobierno francés, que le enviaba regalos y cartas de felicitación, y se ocupaba de la educación de sus hijos en París. Con Laveaux y Sonthonax, sus representantes en Saint-Domingue, tenía las mejores relaciones. Los mulatos del Norte estaban desacreditados, por lo que Toussaint, con su ejército y el apoyo de masas, era el hombre más poderoso de Saint-Domingue. ¿Fue a partir de este momento que nació su idea de convertirse en el amo de la isla? Muchos están convencidos de tal cosa, pero es sin duda un criterio equivocado. Lo que sí es seguro es que Toussaint quería llegar a ser el Comandante en Jefe, y, entonces, le sugirió con delicadeza a Laveaux que lo ayudaría a regresar a Francia si así lo deseaba.

La Constitución francesa del año III concedió a Saint-Domingue siete diputados a las dos cámaras. Las elecciones tendrían lugar en septiembre de 1796. En agosto Toussaint le dijo a Laveaux que él podía lograr que resultara electo como representante; que había sacrificado su salud, su esposa, sus hijos y que necesitaba descansar de las intrigas y las facciones de Saint-Domingue. La excusa que ofreció era perfecta. Laveaux se había afanado en Saint-Domingue a lo largo de los años de la Revolución y de la invasión británica. Sin viajar ni una sola vez a Francia, soportó el mayor peso de la lucha, primero contra los esclavos y después contra españoles y británicos, como Gobernador y Comandante en Jefe. Sus cartas al Ministro mostraban cuánto sentía la tensión, y aprovechó la oportunidad. En ningún momento sospechó de las intenciones de Toussaint, y si lo hizo, no le guardaba rencor. Continuaron siendo amigos íntimos después de su regreso a Francia, continuó la correspondencia personal entre ellos. Laveaux fue siempre un firme defensor de Toussaint.

Pero Sonthonax también resultó electo representante de la colonia en el Parlamento francés en estos comicios, aunque se celebraron pocos meses después de su llegada. Una de las razones que asistían a Toussaint para sugerir el regreso de Laveaux era contar en Francia con un representante de los negros que fuera confiable. Por esta misma razón Sonthonax quería regresar. La situación política había cambiado en Francia desde que fuera

abolida la esclavitud sin que mediara un debate. Los que apoyaban la libertad de los negros tenían buenos motivos para estar nerviosos.

Robespierre y la Montaña se mantuvieron en el poder hasta julio de 1794. El Terror salvó a Francia, pero Robespierre había llegado a su límite mucho antes del mes de julio y se hallaba ahora rezagado con respecto a las masas revolucionarias. En las calles de París, Jacques Varlet y Roux abogaban por el comunismo, no en la producción, sino en la distribución, una reacción natural ante la especulación de la nueva burguesía. Robespierre, sin embargo, aunque era revolucionario seguía siendo burgués, y había arribado al límite extremo de la revolución burguesa. Persiguió a los obreros —en esta fase del Terror perecieron muchos más trabajadores que aristócratas—. En junio de 1794, los ejércitos revolucionarios obtuvieron una importante victoria en Bélgica, e inmediatamente el público consideró que la continuación del Terror era lucha entre facciones y no una necesidad revolucionaria. En la Convención tanto el ala derecha como la izquierda se combinaron para derrocar al siniestro dictador, y cuando este acudió al pueblo no obtuvo la respuesta de antes. Algunos sectores se presentaron, hubo una demora, llovió y regresaron de nuevo a casa. El ardor revolucionario que los inspiró desde agosto de 1792 ya no existía, asesinado por el propio Robespierre. Al parecer este vivía con el miedo constante a que se produjera una división entre el revolucionarismo extremo de París y el resto del país, pero destruyó su propia ala izquierda, y a partir de ahí selló su destino.

La tragedia consistió en que las masas de París, al abandonarlo a su destino, abrían las puertas a sus peores enemigos. Los que sucedieron a Robespierre eran miembros del nuevo funcionariado, los especuladores financieros, los compradores de las propiedades de la Iglesia, toda la nueva burguesía. Eran enemigos de la realeza —que los hubiera guillotinado a todos si volvía al poder—, y estaban ávidos de igualdad social pero decididos a mantener a las masas en su lugar y dispuestos a aliarse con la vieja burguesía, incluso con algunos integrantes de la aristocracia, para explotar de manera conjunta las nuevas oportunidades surgidas con la Revolución. Cuando las masas se dieron cuenta de tal estado de cosas, trataron en dos ocasiones, en 1795, de reafirmar su antiguo poder. Pero la nueva Francia burguesa era demasiado fuerte para ellas. Fueron derrotadas, aumentó la reacción y en ese contexto, los viejos dueños de esclavos, que salían a rastras de sus prisiones y escondites, volvieron a levantar las cabezas y a clamar por el restablecimiento del «orden» en Saint-Domingue y el resto de las colonias.

A la mañana siguiente la Convención no se sentía muy feliz con la abolición al día siguiente de proclamarla. Parece que Robespierre dudaba en general de la utilidad de las colonias y probablemente con la idea de negociar con Gran Bretaña, había hecho saber que no quería que se tratara

la cuestión colonial, ante lo cual ese asunto permaneció en silencio.<sup>1</sup> El afortunado Sonthonax, un *brissotin* y, por tanto, enemigo de Robespierre, había regresado a Francia antes de la caída de este último, por lo que estaba una vez más en peligro de ser guillotinado. Pero con la muerte de Robespierre la cuestión colonial afloró de nuevo. Antes de que se disolviera la Convención, Boissy d'Anglas alabó la magnífica defensa de Saint-Domingue por parte de Toussaint, Rigaud y sus ejércitos, y dijo que merecían una recompensa. Gouly, diputado colonial, se opuso sin éxito a esta resolución, pero pronunció un largo discurso entre cuyas líneas se dejaban ver las garras de la restauración. La Convención ordenó que se publicara este documento.

La nueva Convención le dio a Francia el Directorio de cinco miembros y dos cámaras parlamentarias: el Consejo de Ancianos y el Consejo de los Quinientos. Ambos órganos, electos mediante voto restringido, se reunieron en noviembre de 1795. La nueva burguesía dominaba ambas cámaras. Los jacobinos, agotados y desacreditados, estaban en minoría. Vaublanc, que había huido después del 10 de agosto, y una fuerte camarilla eran miembros del Consejo de los Quinientos, y los colonos emigrados mantuvieron una agitación incesante dentro y fuera del Parlamento a favor del «restablecimiento del orden» en las colonias. ¿Cuál era este «orden»? Los negros no tenían la menor duda de la clase de orden que los colonos emigrados deseaban restablecer. No decían «esclavitud» abiertamente—la Revolución estaba todavía demasiado reciente—, pero el Saint-Domingue negro comenzó a escuchar que Page (quien había escrito la carta del 11 de agosto), su amigo Bruley, Vaublanc y otros enemigos notorios de la libertad colonial, estaban nuevamente activos en Francia. Los negros podían lidiar con los blancos locales, cuyo discurso y cuyas acciones insinuaban en cierto modo el regreso a la esclavitud. Siempre habían considerado a la República como su amiga. Pero ahora que escuchaban lo que sucedía en Francia, quiénes estaban en el nuevo Parlamento, y lo que decían, sus dudas aumentaban, y comenzaron a preguntar a todos los extraños que llegaban a la colonia procedentes de Francia si la República había sido sincera cuando les dio la libertad.

La República de 1794 había sido sincera al darles la libertad, pero la de 1796 podría ser igualmente sincera al quitársela. Además de su clamor a favor del restablecimiento del «orden»—mientras negros y mulatos bajo el mando de Toussaint y Rigaud drenaban la sangre de Gran Bretaña, el principal enemigo de la República—, la burguesía marítima y los

<sup>1</sup> Jules-François Saintoyant: *La colonisation française pendant la Révolution (1789-1799)*, vol. I, pp. 229-230. Hubo una curiosa alianza entre Robespierre, Fouquier-Tinville, líder de los tribunales revolucionarios, y alguno de los emigrados colonos. Ver en particular el informe de Dufay, el miembro blanco de los tres primeros representantes de Saint-Domingue. Archives Nationales, DXXV, 57.

colonos dirigían su fuego a Sonthonax, como el ex verdugo de los blancos y el causante de todos los problemas.

Sonthonax llegó a Saint-Domingue en mayo de 1796, pero al comenzar los preparativos para las elecciones de agosto, la reacción colonial había realizado tales avances en Francia que pensó, tanto en su propia defensa como por el bien de los negros, que lo mejor sería regresar a Francia como diputado.

La burguesía marítima y los plantadores habían hecho mucho daño acerca de la cuestión colonial, hasta que las masas de París le dieron a la colonia la oportunidad de adaptarse a las nuevas condiciones. Ahora que regresaban al poder, comenzaron de nuevo con su avaricia, su deshonestidad y sus triquiñuelas. El daño que provocarían en esta ocasión sería muy superior al que causarían entre el 14 de julio de 1789 y el 10 de agosto de 1792. Cuando todo terminó, culparían a los revolucionarios.

Sonthonax logró ser electo con bastante facilidad, y aunque quería marcharse, todos le suplicaban que se quedara. Saint-Domingue se hallaba aún inestable y su influencia era fuerte. Ya su nombre resultaba un talismán para los negros. Durante una insurrección que tuvo lugar en el centro revolucionario de Port-de-Paix, donde fueron masacrados los blancos, los trabajadores agrícolas se habían alzado bajo el grito de «¡Viva Sonthonax! ¡Viva Sonthonax!». Obviamente, los negros, como los caballos, los perros, los gatos y algunos animales salvajes, no juzgaban al hombre por el color de su piel sino por la forma en que actuaba. Agentes británicos, bien provistos de dinero, se movían entre los negros agitando y alentando el desorden. Los realistas franceses hacían lo mismo. La situación era en extremo incierta, por lo que todas las clases, blancos y negros, le pidieron a Sonthonax que no se marchara. La municipalidad de El Cabo, oficiales mulatos y negros, Clairveaux,<sup>2</sup> Moïse y Christophe le rogaron que se quedara. Moïse, que se suponía odiaba a los blancos implacablemente, llegó a decirle que si se iba él renunciaría, ya que sin duda la colonia se vería inmersa en el desorden,<sup>3</sup> y en una reunión con los comisarios Raimond, Leblanc y Giraud, estos le dijeron a Sonthonax que si él se marchaba ellos no se quedarían.<sup>4</sup> Temían por sus vidas. Presionado de esta manera, Sonthonax se quedó.<sup>5</sup> Descrito en Francia como el

<sup>2</sup> Clairveaux, Maurepas y otros cien signatarios a Sonthonax, 30 de septiembre de 1796, *Correspondence du Citoyen Sonthonax*, vol. II, p. 130, Bibliothèque Nationale.

<sup>3</sup> *Ibíd.* Moïse a Sonthonax, 21 de septiembre de 1796, *Correspondence du Citoyen Sonthonax*, vol. II, p. 372.

<sup>4</sup> Informe de las deliberaciones de la Comisión realizado por Pascal, el secretario, 25 de vendimiario, año V, Archives Nationales, DXXV, 45.

<sup>5</sup> Copia del Acta de la Asamblea electoral, 20 de fructidor, año IV, y días siguientes. Archives Nationales, DXXV, 45. La creencia, mantenida durante

verdugo de los blancos y quebrantador del orden en la colonia, Sonthonax era en realidad el centro aglutinador de los negros y los blancos, siempre que fueran republicanos. Mas no tenía piedad con los antiguos amos, y eran estos los que más gritaban en Francia. Toussaint también lo presionó para que se quedara, y lejos de arreglar la elección de Sonthonax para librarse de él, como se argumenta comúnmente, Toussaint le hizo saber al Directorio que la seguridad de la colonia dependía de que Sonthonax permaneciera como comisario, al menos hasta que se firmara la paz con Gran Bretaña.

Desafortunadamente, Sonthonax, verdadero representante de la Revolución, era también un agente de la República francesa, enviado para que fuera Francia, y no los mulatos, quien gobernara la colonia.

Los mulatos tenían su mayor fuerza en el Sur, bajo Rigaud, quien desarrollaba la guerra contra los británicos con tal destreza y vigor que fue celebrado una y otra vez hasta por un historiador inglés conservador.<sup>6</sup> Hacia 1796 Rigaud controlaba una gran porción del Sur. Tenía seis mil hombres y un destacamento de caballería. Cada jefe de batallón comandaba un cantón con poderes absolutos, ejecutando todas las funciones, civiles y militares. Ningún negro ostentaba un grado superior al de capitán, y a diferencia de Toussaint, Rigaud mantenía a los blancos bajo una sujeción rígida, excluyéndolos de todo puesto importante.

Sin duda, Rigaud era de mente estrecha. Solía usar siempre una peluca castaña de pelo lacio, que le daba la apariencia lo más cercana posible a la de un hombre blanco. Esta sensibilidad al color de la piel por lo general viene acompañada en los hombres activos por un gran resentimiento contra la raza opresora, y la estrechez de la organización de Rigaud y su exclusión de negros y blancos de todos los puestos de poder, de seguro tenían algo que ver con su carácter. Pero estribaba fundamentalmente en la propia situación de los mulatos. Ellos, mucho más que los negros analfabetos, sabían de la propaganda y las intrigas de los emigrados a favor del restablecimiento de la supremacía blanca. Toussaint no confiaba en absoluto en los blancos, pero los negros estaban tan atrasados que tenía que utilizar a los blancos. Los mulatos estaban mejor equipados. Aunque no todos eran educados, los había en cantidad suficiente para gobernar. Y si establecían una oligarquía mulata, no solo los acontecimientos pasados, sino también los futuros probarían que no se debía prestar atención a las quejas de los blancos.

Rigaud y sus seguidores habían abandonado la esclavitud, mas eran severos con los trabajadores agrícolas negros. Los obligaron a entender

---

muchos años, de que Toussaint orquestó la elección de Sonthonax para librarse de él, es, por tanto, contraria a la verdad.

<sup>6</sup> John Fortescue: Ob. cit., vol. IV, parte 1.



que su libertad se debía a los mulatos, los confinaron a las plantaciones; las prisiones de Rigaud estaban llenas de blancos y negros encadenados, pero nunca tuvo ni un solo mulato. Como asesor principal tenía a Pinchinat, con quien restableció la agricultura hasta tal punto que Rigaud jamás pidió ayuda financiera al gobierno francés y compraba sus propias municiones. Sin embargo, era un verdadero amigo de la República. Rechazó los sobornos que le ofrecieron los británicos y, a diferencia de Toussaint, fusiló a todos los que conspiraban con ellos, incluso a los mulatos. Cualesquiera que hayan sido las instrucciones que recibiera Sonthonax, debió dejar tranquilo a Rigaud, al menos hasta la firma de la paz. En cambio, demasiado confiado, la emprendió contra él sin contar con los medios para lograr sus propósitos. No llevaba mucho tiempo en la colonia cuando Sonthonax despachó al Sur una comisión integrada por tres miembros, el general Desfourneaux y Rey, ambos blancos, y Leborgne, mulato. Desfourneaux debía colocar al ejército de Rigaud bajo su control. La Comisión, restablecer la igualdad entre los ciudadanos de todos los colores —las instrucciones de Sonthonax eran particularmente estrictas en este sentido—, investigar si la conspiración del 20 de marzo tenía raíces en el Sur, y arrestar a Pinchinat y llevarlo a El Cabo para que rindiera cuentas por su participación en el complot —Pinchinat era el ídolo del Sur y de los mulatos de toda la colonia—. Toussaint le dijo a Sonthonax que no hiciera tal cosa. Él y Rigaud se respetaban, se admiraban el uno al otro. Rigaud no albergó celos personales de Toussaint por ser este negro,<sup>7</sup> y cooperaba en la lucha contra los británicos bajo sus órdenes. Toussaint pensaba que Sonthonax debía comenzar por sostener una conferencia. Principalmente le aconsejó a Sonthonax no enviar a Rey, que era enemigo de Rigaud y había tratado de asesinarlo en Les Cayes. Sonthonax no quiso escucharlo.

Nunca estuvo una expedición más segura de su fracaso, y sus aventuras ofrecen una idea útil del caos social con el que tenía que lidiar Toussaint.

Rigaud, aunque suspicaz, les dio la bienvenida a los comisarios y los trató con el mayor respeto. Por su parte, estos tomaron debida nota del poder que ejercían Rigaud y sus oficiales. Dondequiera que iban agitaban a los trabajadores agrícolas negros contra el gobierno de Rigaud, diciéndoles que los mulatos los oprimían. Por el lugar que pasaban comenzaba la agitación entre los trabajadores agrícolas y los soldados negros.

La conducta privada de los comisarios era inadecuada. Realizaban grandes gastos, jugaban y apostaban durante horas en las casas particulares donde residían, y daban fiestas desordenadas con mujeres de mala vida. Rigaud estaba comprometido con una joven, Marie Villeneuve. Rey la sedujo, y cuando Rigaud fue a verlo le dijo sonriente: «Rigaud, le voy a

<sup>7</sup> Esta es otra de las persistentes leyendas expandidas ahora mediante la gran cantidad de documentos reproducidos en Antoine Michel: *La mission du général Hédouville*.

presentar a la muchacha más bella de Les Cayes, ¡pero prométame que no se lo diré a nadie!». Lo condujo a la alcoba, descorrió las cortinas del lecho y se la mostró. Rigaud, quien fuera conocido por su violento temperamento, se lanzó sobre Rey, lo derribó y ya estaba a punto de lanzarlo a la calle por el balcón cuando los sirvientes corrieron a salvarlo. Uno de los comisarios estúpidamente preguntó a Rigaud qué podría suceder si arrestaban a Pinchinat. Sin embargo, Rigaud y los mulatos continuaron mostrando una paciencia ejemplar. La delegación intentó realizar una expedición contra territorio enemigo. Desfourneaux, actuando como el principal oficial, no escuchó el consejo de los oficiales locales y su columna fue duramente golpeada. Al regresar, malhumorado, arrestó al tesorero del Sur, como si se le hubiera ordenado hacerlo, y también arrestó a un oficial mulato por cierto delito. Cuando el oficial era conducido al puerto, encontró a un grupo de sus soldados. Trató de escapar entre sus hombres, y comenzó la insurrección que ya estaba casi en ebullición.

Los soldados europeos y la Guardia Nacional respaldaron a la delegación del gobierno, pero todos los mulatos se pusieron de parte de Rigaud. Esa noche, el hermano de Rigaud levantó a los trabajadores agrícolas negros, que con independencia de cuán mala fuera su situación, seguían siempre a todo aquel que creyeran que los defendería de la esclavitud. Aunque Beauvais sabía que los comisarios eran los culpables, y no obstante reconocer la autoridad de ellos como representantes del gobierno, trató de lograr la paz entre los dos bandos. Los mulatos se negaron a escucharlo y dijeron que esperarían a Rigaud. Rey y Desfourneaux huyeron, y mulatos y negros, completamente enardecidos, masacraron a gran cantidad de blancos que, por supuesto, apoyaban a la Comisión. Leborgne y Kerveseau, otro oficial europeo, se salvaron porque Beauvais, aunque impotente para detener el desorden, no los abandonó ni un instante.

Solo Rigaud podía restablecer la calma, pero no acudió. Le gustaba la frase «¡Qué terrible es la cólera del pueblo!», y cuando supo de la masacre de Les Cayes, lo único que hacía era repetirla una y otra vez. Finalmente, Kerveseau y Leborgne lo autorizaron a restablecer el orden. Rigaud lanzó una proclama en la que declaraba que había sido colocado al frente del gobierno y de inmediato se restableció la calma. Leborgne y Kerveseau se marcharon y el Sur quedó bajo el control de Rigaud. Él y su gente habían sido provocados groseramente, mas eran culpables de la rebelión. Sonthonax se negó a recibir a los delegados que la municipalidad de Les Cayes envió para explicarle los infortunados hechos. El Sur trató de contactar a Roume, el otro comisario. Roume tampoco quiso escucharlos. También la municipalidad mandó a dos blancos a París para plantear su caso. Al arribar a su destino, después de alguna demora, se volvieron contra Rigaud y se convirtieron en sus acusadores en lugar de sus defensores. Sonthonax reorganizó la división político-administrativa de Saint-Domingue de manera que dos distritos del Sur quedaran bajo la jurisdicción del gobierno. Los habitantes, acicateados por Rigaud, expulsaron a los oficiales enviados por Sonthonax para hacerse cargo. Sonthonax envió una proclama

condenatoria. Los ciudadanos de Les Cayes la arrastraron por las calles atada a la cola de un burro. A Pinchinat, electo, entre otros, como representante por el Sur al Parlamento francés, se le negó el derecho a ocupar su escaño. La ruptura entre el Sur, bajo Rigaud, y el gobierno era total, tanto en Saint-Domingue como en Francia. Pero Rigaud mandó un representante para exponer su caso ante Toussaint. Sonthonax lo supo y quiso que lo arrestaran. Toussaint se negó y protegió al hombre de Rigaud. De esa manera, durante los últimos meses de 1796 y principios de 1797, Toussaint se mantuvo en estrecho contacto con Rigaud, quien estaba en una posición muy incierta. Los británicos tuvieron una buena oportunidad durante toda esta confusión y podrían haber conquistado la colonia en ese momento. Incluso proclamaban que ya entonces Rigaud había entablado negociaciones con ellos. De cualquier manera, los mulatos, rechazados por la República, se acercaban cada vez más a los negros bajo Toussaint, sin embargo, mientras Rigaud y su gente consideraban a Sonthonax su peor enemigo, Toussaint mantenía las más amistosas relaciones con el comisario. Demandado por negros, mulatos y blancos, el amable y discreto Toussaint gradualmente se convertía en el hombre de quien dependía todo.

Sonthonax continuó gobernando enérgicamente. Todos sus colegas, excepto Raimond, lo abandonaron. Roume estaba en el Santo Domingo español. Sonthonax intrigaba entre los generales negros, mas solo para aumentar su poder, sin ningún plan contra su libertad. Rochambeau, general blanco, objetó la riqueza y el poderío de los generales negros, razón por la cual Sonthonax lo hizo regresar de inmediato a Francia. Sonthonax era un enemigo tan feroz contra la arrogancia de los blancos o contra los emigrados blancos como cualquier trabajador agrícola negro. Quería borrar a los aristócratas de la faz de la tierra. Toussaint solía enviarle a los Estados Unidos ayuda a su viejo amo, Bayou de Libertas. Quería que volviera a Saint-Domingue, pero respetaba la ley contra los emigrados, y Sonthonax estaba especialmente complacido por esta muestra de civismo por parte de Toussaint. Sonthonax celebraba frecuentes manifestaciones revolucionarias, e hizo que los niños en las escuelas dedicaran muchas horas a cantar himnos revolucionarios.

Pero también se dedicó al restablecimiento de la colonia. El Cabo fue reconstruido parcialmente y la agricultura comenzó a florecer. En una plantación de la Llanura Norte un negrito llamado Brossard gozaba de la confianza de negros y blancos. Convenció a los trabajadores agrícolas negros de que trabajaran bajo la promesa de entregarles la cuarta parte de los productos, así reunió el capital para recomenzar la producción. El experimento resultó exitoso, y las plantaciones fueron cultivadas por el gobierno bajo este nuevo principio. Toussaint alentó a sus generales y otros notables a que adoptaran el mismo sistema, que beneficiaría a todos, incluyendo al Estado. Con el paso del tiempo, Dessalines llegó a tener para él treinta

plantaciones cultivadas. Toussaint popularizó ciertos lemas mediante su repetición constante. «No deseo ser un negro de la costa» era uno de ellos, en referencia a las necesidades primitivas de los africanos de la costa. «La garantía de la libertad de los negros es el fomento de la agricultura» rezaba en otro de los dichos que estaba siempre en sus labios y que se difundía entre los negros. Continuaban el bandidismo, la vagancia y el asesinato, como continuaron en Francia hasta el advenimiento de Bonaparte, pero a pesar de lo desmembrada y devastada que se encontraba Saint-Domingue, la colonia resurgía en los primeros meses de 1797. Toussaint fue nombrado Comandante en Jefe y Gobernador por recomendación de Sonthonax, quien lo instaló en El Cabo con una imponente ceremonia.

El nombre de Sonthonax estaba en boca de cada negro. He aquí, asombrosamente, un blanco que protegía por igual las libertades y privilegios de todos, trabajadores agrícolas negros y generales, como si alguna vez él hubiera sido esclavo.

El 17 de agosto de 1797 Toussaint fue a El Cabo a visitar a Sonthonax. Después de algunos minutos, visitó al comisario Raimond y le dijo que la colonia correría gran peligro si Sonthonax no la abandonaba de inmediato. Dijo que no quería utilizar la violencia, pero como Raimond era su hermano comisario, debía pedirle que marchara a París para ocupar su puesto como diputado. Dijo que no podía explicar sus razones.

Raimond estaba consternado, y tenía razón para estarlo. Toussaint y Sonthonax eran amigos íntimos. También tenía miedo. Este era un paso serio con consecuencias incalculables. Al día siguiente, Toussaint le dijo a Raimond que Sonthonax preparaba una catástrofe, que los blancos que permanecían en Saint-Domingue serían asesinados. Acusó a Sonthonax de querer levantar a los negros contra los blancos. Se discutió con Toussaint infructuosamente, y se le trató de hacer ver la gravedad de esa acción, la cual podría conducir al desorden y la guerra civil en una colonia al fin pacificada. Raimond y Pascal, secretario general de la Comisión, fueron a ver a Sonthonax y le dijeron lo que habían escuchado. Luego llegó Toussaint, pero Sonthonax prefirió hablar a solas con él. ¿Por qué? Sonthonax no pudo convencer a Toussaint y, finalmente, estuvo de acuerdo en marcharse si este le entregaba una carta de licencia.

Al día siguiente Raimond y Pascal volvieron a visitar a Toussaint, quien sin explicar sus motivos, les habló de la carta propuesta. Los dos fueron a ver a Sonthonax y regresaron con un borrador, el cual pidieron a Toussaint que fuera firmado tanto por él como por su Estado Mayor. Toussaint reunió a sus oficiales y les leyó la carta. Algunos, con quienes Sonthonax ya había hecho contacto, se negaron a firmar; otros se preguntaban de qué se trataba todo aquello y dijeron que esperarían a conocer las intenciones del propio comisario. Pascal corrió a hablar con Sonthonax y le suplicó que aclarara la atmósfera, informando de lo que intentaba hacer. Pero Sonthonax, al enterarse de la actitud de estos oficiales, se negó a decir nada, incluso

parecía dispuesto a resistir. Toussaint les dijo a los oficiales que podían firmar o no, según desearan, que Sonthonax quería irse a Francia para asumir su tarea como diputado y que había solicitado esa carta. Los había llamado para que la firmaran, no para deliberar acerca de ella, lo cual sería contrario a la ley. Algunos firmaron, incluyendo a Moïse y Christophe. Otros se marcharon, aunque unos cuantos de ellos regresaron y quisieron firmar. Toussaint no lo permitió. Dijo que no les estaba suplicando para comprometerlos, que estaba dispuesto a firmar la carta él solo y asumir toda la responsabilidad. Un rasgo típico de Toussaint, quien fue entrenado como esclavo y luego como soldado. Nunca daba demasiadas explicaciones a sus subordinados. El deber de estos era obedecer.

La carta estaba llena de elogios a Sonthonax por su trabajo, y planteaba la urgencia de que alguien como él estuviera en Francia para defender la libertad de los negros. Raimond le llevó la carta firmada a Sonthonax, quien respondió con otra epístola elogiosa. Toussaint, quien siempre desarrollaba la intriga diplomática de una forma ceremoniosa, también respondió a esta carta. Se le habían concedido tres días a Sonthonax para marcharse, pero trató de ganar tiempo, agitando a los oficiales más cercanos a él. A las cuatro de la mañana de cierto día, Toussaint mandó a disparar el cañón de alarma, y envió al general Agé a decirle a Raimond que si Sonthonax no se marchaba de inmediato, entraría en la ciudad y lo embarcaría a la fuerza. Ese fue el fin de Sonthonax. Acompañado por su amante, por Raimond y por algunos oficiales amigos, Sonthonax atravesó las calles de El Cabo en dirección al barco. La población lo vio marcharse paralizada de tristeza y perplejidad. Era inmensamente popular entre todos los negros, mas Toussaint había dicho que tenía que irse y, después de eso, nada podía salvarlo.

¿Qué había detrás de este extraordinario episodio, un enigma hasta hoy no resuelto? La explicación de Toussaint, el secreto que ocultó, era que, desde fines de 1796, en varias oportunidades, Sonthonax le había sugerido que debía masacrar a los blancos y declarar la independencia de la colonia. Esto fue lo que Toussaint escribió en una larga carta<sup>8</sup> dirigida al Directorio, en la que hacía un recuento dramático de las distintas conversaciones en las cuales Sonthonax le hiciera tal proposición.

He aquí parte de la historia que relata Toussaint. Ocupó el cargo de Comandante en Jefe el 2 de mayo de 1797, y ese día, después de la ceremonia, se dirigía a caballo de regreso a Gonaïves cuando Sonthonax lo detuvo y lo invitó a su casa, donde abordó de nuevo el tema.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Informe del 18 de fructidor, año V (5 de septiembre de 1797). Archives Nationales, A.F. III, 210. Reproducido parcialmente en H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. II, pp. 24-40.

<sup>9</sup> Ibíd.

Estoy muy, muy satisfecho, estoy encantado de verlo como Comandante en Jefe de las fuerzas armadas de la colonia. Estamos ahora en condiciones de hacer exactamente lo que queramos. Usted tiene influencia sobre todos los habitantes. Es imperativo para nosotros que ejecutemos este proyecto. Este es el momento más apropiado, las circunstancias nunca fueron más favorables, y nadie está más capacitado para actuar que usted y yo.

Toussaint respondió: «Es decir, comisario, que usted desea destruirme [...] asesinar a todos los blancos e independizarnos. No obstante, tiene que prometerme que no me hablará de nuevo acerca de estos proyectos».

«Sí, pero comprenda que esto es absolutamente indispensable».

De esa manera siguen página tras página de este curioso y dramático diálogo con los mismos actores, el mismo asunto, en que solo cambian el momento y el lugar. ¿Cuánto hay en él de cierto? Nadie lo sabe con certeza. Cuando Sonthonax se defendía de las acusaciones en París, dijo que se había marchado de Saint-Domingue por libre voluntad, lo cual es mentira. Dijo haber descubierto un complot de curas y emigrados para eliminar a la Comisión, del cual Toussaint era un instrumento. Esto no tiene sentido. También acusó a Raimond de conspirar contra Toussaint para invitarlo por medio de la carta a que se marchara a Francia. Pero tanto Pascal como Raimond podían refutar esta declaración fácilmente. Sonthonax dijo que, si alguien podía ser acusado de independentista, ese era Toussaint, y lo acusó de estar rodeado de emigrados blancos, de organizar la revuelta de 1791, de combatir a favor del Rey de España y abandonarlo solo cuando se enteró de las negociaciones de paz y darse cuenta de que el Rey de España ya no lo necesitaba. Todo, por una parte, mentiras, y por otra un absurdo. Si Sonthonax no era culpable, su defensa fue pobre.

La versión de Toussaint tampoco resulta más fácil de entender. Ciertamente, mentía cuando se autodescribió disgustado con Sonthonax por hacerle tales proposiciones traicioneras. Hasta unos pocos días antes de su visita a El Cabo, Sonthonax y él eran amigos íntimos. Dijo que desde finales de 1796 Sonthonax le había hecho esas propuestas, sin embargo, en febrero de 1797 Toussaint le escribió al Ministro pidiéndole que no creyera las insinuaciones de que Sonthonax y Raimond traicionaban los intereses de Francia, y solicitándole que Sonthonax permaneciera en la colonia: «la seguridad de Saint-Domingue, su reconstrucción total, demandan que el Directorio no le permita regresar [...]. Mi fidelidad a Francia, el amor por la Patria y mis hermanos, me obligan a hacerle a usted esta solicitud». El 15 de junio, en carta a Sonthonax, Toussaint se despide con la frase «amistad eterna». El 16 de junio le escribió a Mentor, otro negro, que todas las medidas de la Comisión habían sido aprobadas. «¡Qué jubiloso estará Sonthonax! Me gustaría estar a su lado y abrazarlo y expresarle mi satisfacción. Esta satisfacción me hace olvidar por un instante mis problemas».<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Archives Nationales, A.F. 1212. Citado en Victor Schoelcher: Ob. cit., p. 194.



Sin embargo, pocas semanas más tarde, para asombro de todos, insistía con toda la fuerza de su voluntad inquebrantable en que Sonthonax tenía que marcharse. Nada de lo que sucedió en Saint-Domingue puede explicar tal actitud. La explicación, como en muchos de los acontecimientos de la historia de Saint-Domingue, hay que buscarla en Francia. Lo que allí estaba sucediendo cambió la visión de Toussaint y el curso de la Revolución negra.

En el París de 1797 los plantadores eran casi tan ruidosos, pero no tan poderosos, como lo habían sido en 1791. La Revolución en Francia estaba muerta. Babeuf llegó a la conclusión de que la igualdad política solo podía lograrse mediante un cambio drástico de la organización económica. La policía del Directorio informó que los hombres y mujeres trabajadores estaban leyendo ansiosamente los escritos de Babeuf. Pero el entusiasmo combatiente de antaño fue quebrantado por la derrota y la desilusión. El intento de Babeuf fracasó miserablemente, y la burguesía aprovechó la reacción para estabilizarse. Respetables diputados jacobinos, que jamás habían escuchado el nombre de Babeuf antes de que a este lo apresaran, fueron acusados de terrorismo y anarquismo. De doscientos dieciséis miembros de la Convención cuyos escaños vencían en marzo de 1797, apenas una docena resultó reelegida. Tan lejos llegó la reacción que el presidente del Consejo de Ancianos era Barbé de Marbois, el intendente que había sido expulsado de Saint-Domingue por los Patriotas en 1789.

Vaublanc y su partido, por tanto, se fortalecieron muchísimo tras las elecciones, actuando como en los viejos tiempos. ¿Por qué están armados los negros?, preguntaba Bourdon. ¿Para destruirlos a todos? Los infortunados colonos blancos han decrecido de cuarenta mil a veinticinco mil. Días después, Bourdon envió un nuevo mensaje al Directorio acerca de las masacres y denunció que los informes oficiales eran mentiras. ¿Por qué están sufriendo los blancos en Saint-Domingue? En Francia, el Directorio perdonaba a los realistas: de mil quinientas solicitudes de emigrados relacionadas con el restablecimiento de sus derechos, solo ciento sesenta y seis habían sido rechazadas. Sin embargo, continuaba la persecución en las colonias. Al fin, en mayo el Directorio pudo presentar un mensaje de Saint-Domingue. Era de Toussaint.

Decía que el odio por los ingleses los había unido a todos. Los ingleses coronaron sus atrocidades con el invento de piezas de cuero cubiertas de afilados fragmentos de acero, que lanzan entre los soldados republicanos en el combate cuerpo a cuerpo, sabiendo que la mayoría de los negros andaban descalzos. Pero este artefacto infame se había vuelto en su contra: «Nuestros soldados han desafiado estas armas con rabia infinita y han demostrado que ningún obstáculo puede detener a los hombres que empuñan las armas por la libertad».

Ante este mensaje estremecedor, eco de una edad que todavía sonaba débilmente en sus oídos, los diputados rompieron en aplausos entusiastas y



exigieron que se publicara. Pero Vaublanc suscitó un gran alboroto, al decir que el mensaje era un montón de mentiras, que nada podía ser más ridículo. El 27 de mayo lanzó el más virulento ataque contra Sonthonax hasta el momento. «Está cubierto de la sangre de los blancos. Ha promulgado leyes atroces, como no lo harían los tigres de Libia, si los tigres tuvieran la desgracia de necesitar leyes. Ha elevado los impuestos y se ha embolsado grandes sumas, de las que no ha rendido cuenta». Todo esto era falso. Si Sonthonax había matado blancos lo hizo en defensa de la República. No robó ningún dinero; hasta el final de sus días fue un hombre pobre. Era la legislación a favor de los negros lo que encolerizó a Vaublanc y a los colonos. Vaublanc culpaba a Sonthonax y a Laveaux de haber hecho la mayor contribución a la insubordinación de los negros. Día tras día insultaba a Sonthonax y a los negros —sin los cuales la colonia seguramente hubiera sido británica—. Barbé acusó a los trabajadores agrícolas negros de ser instrumentos pasivos y dóciles de los crímenes de Sonthonax. Delahaye dijo que Saint-Domingue necesitaba nuevos agentes con una fuerza imponente.

El 1ro. de junio el Directorio envió a la Cámara un mensaje de Raimond en el que describía todo lo hecho en la agricultura. Bourdon dijo que todo era mentira, que los propietarios eran expulsados y que los comisarios se estaban embolsando el dinero. Por su parte, Vaublanc hizo saber que en el mismo barco que trajera el informe de Raimond, había arribado Martial Besse, general criollo, quien comentó que la colonia estaba sumida en el más absoluto desorden. Pidió que se destituyera a Sonthonax. Garran-Coulon lo defendió, pero finalmente Vaublanc y Villaret-Joyeuse propusieron una moción de destitución de Raimond, Roume y Sonthonax, que fue aprobada por una enorme mayoría el 3 de junio. En su discurso, Villaret-Joyeuse dijo que solo el régimen militar podría salvar a Saint-Domingue y a los infelices blancos de las dagas de los negros. Él y Vaublanc exigieron que Saint-Domingue fuera puesto bajo estado de sitio hasta que se lograra la paz. El 12 de junio el Consejo de Ancianos aprobó la moción de destitución.

Con certeza, Sonthonax tenía amigos en Francia que lo mantuvieron informado. Sabemos que Toussaint contaba con agentes privados. Pero aun sin esas fuentes de información, Saint-Domingue conocía la situación a través de las noticias que aparecían diariamente en *Le Moniteur*, el periódico oficial. *Le Moniteur* del 12 de junio publicó el anuncio de una carta de Lord G. al Directorio en la que se solicitaba un pasaporte para un representante inglés que debía viajar a París para discutir los términos de la paz. La paz había estado dando vueltas hacía mucho tiempo. Si se estaban discutiendo los términos de la paz, entonces Francia estaría pronto en capacidad de dedicar su atención a Saint-Domingue y enviar tropas. Sonthonax conocía la fuerza de la contrarrevolución en Francia. Podía ver dónde terminaría exactamente el crecimiento de la reacción. Él mismo perdería la cabeza, y se restablecería finalmente la esclavitud en la colonia. Podría no haberse expresado tan libremente como lo relató

Toussaint en su informe. Pero es posible que, hastiado de la reacción y con miedo al futuro, haya propuesto a Toussaint apoderarse de la colonia, purgarla de los amos blancos y declarar la independencia. Toussaint, muy cuidadoso, rechazaría estas propuestas, al tiempo que no le guardaría rencor a Sonthonax, amigo de los negros. Pero en algún momento, durante el mes de julio, Toussaint se enteró del decreto de destitución de Sonthonax y de la buena acogida a los discursos de Vaublanc, Barbé y los demás. Se avecinaba una contienda terrible, y él y su aliado Rigaud, en desgracia con el Directorio, tendrían que luchar. Con su habitual firmeza, de inmediato decidió arrojar a Sonthonax a los lobos. ¿Qué otra razón puede explicar su violento *volteface*?

Cualesquiera que hayan sido las razones por las que Toussaint se deshizo de Sonthonax, el hecho en sí tuvo una enorme significación. De ahí que el gobierno francés sospechara que Toussaint tramaba independizar la colonia, y a su vez Toussaint temía que los franceses tuvieran la intención de restablecer la esclavitud. El Directorio, por sí mismo, no guardaba la intención de restablecer la esclavitud, pero podría no continuar en el poder, y nadie sabía qué harían sus sucesores. Es a partir de este momento que Toussaint, acicateado por los acontecimientos, avizó la necesidad de mantenerse en el poder, incluso a costa de desafiar a Francia.

Los acontecimientos de los próximos meses demostraron cuán certeramente había previsto Toussaint el curso de la política francesa. Para los hombres que ahora cosechaban los frutos de la Revolución, el restablecimiento del «orden» en Saint-Domingue era solo un asunto más en la ola general de reacción que de modo acelerado le imponían a Francia. Admitían diputados hasta ahora inelegibles, eliminaron los clubes revolucionarios, derogaron las leyes relacionadas con la deportación y la destitución de los curas que no juraban lealtad a la República, reorganizaron la Guardia Nacional de tal forma que los elementos más democráticos fueran excluidos. Pero iban demasiado rápido. Algunos de los jefes estaban intrigando, incluso, con la realeza, y la nueva burguesía no quería el regreso de ella ni del feudalismo. Hasta las masas, agotadas y traicionadas, apoyarían a sus nuevos amos contra estos credos gastados y desacreditados. El Directorio observaba esta ola reaccionaria, pero podrido por la corrupción, era incapaz de detenerla. Súbitamente, tuvo pruebas de una conspiración monárquica y decidió utilizarlas contra esas reliquias impúdicas del viejo régimen, fueran realistas o no. En la noche del 18 de fructidor (3 de septiembre), fueron arrestados. Un golpe de Estado envió a sesenta y cinco de ellos a la Guayana y detuvo por un tiempo la caída de la Revolución. Entre ellos estaban Vaublanc, Villaret-Joyeuse, Barbé de Marbois, Bourdon y Dumas, todos enemigos implacables del nuevo régimen en Saint-Domingue. Se salvaba por el momento la libertad de los negros, y Toussaint sufría un serio trauma.

El 5 de noviembre le dirigió al Directorio una carta que es un pilar en su carrera.<sup>11</sup> No sabía entonces acerca del golpe de Estado del 18 de fructidor, en el que Vaublanc y su camarilla tuvieron su merecido. Escribió aún bajo la impresión de que el grupo reaccionario de los antiguos dueños de esclavos tenía gran influencia en el Legislativo. No acusaba abiertamente al propio Directorio, pero le dejó saber que ya no le tenía confianza y que, a partir de ese momento, los negros observarían atentamente cada uno de los partidos en Francia.

El discurso poco político e incendiario de Vaublanc no ha afectado tanto a los negros como la certeza acerca de los proyectos que los propietarios de Saint-Domingue están fraguando: las declaraciones insidiosas no deben surtir ningún efecto ante los ojos de sabios legisladores que han decretado la libertad de las naciones. Pero los atentados contra la libertad que proponen los colonos son mucho más de temer porque sus planes detestables están cubiertos bajo el manto del patriotismo. Sabemos que tratan de imponerles a ustedes algunos de ellos a través de promesas ilusorias y engañosas, a fin de renovar en esta colonia sus antiguas escenas de horror. Ya han aparecido entre nosotros pérfidos emisarios para fermentar la levadura de la destrucción amasada con las manos de esos liberticidas. Pero no triunfarán, lo juro por todo lo que la libertad tiene como más sagrado. Mi lealtad a Francia, mi conocimiento acerca de los negros, me obligan a ponerlos a ustedes en conocimientos de los crímenes que ellos preparan, y del juramento que renovamos de enterrarnos bajo las ruinas de un país que volvió a la vida por la libertad, antes que regresar a la esclavitud.

Son ustedes, Ciudadanos del Directorio, quienes pueden evitar la tormenta que se cierne sobre nuestras cabezas y que los eternos enemigos de la libertad están preparando en las sombras del silencio. Son ustedes los que tienen que ilustrar a la legislatura, son ustedes quienes tienen que impedir que los enemigos del actual sistema se extiendan por estas costas infelices para profanarla con nuevos crímenes. No permitan que nuestros hermanos, nuestros amigos, sean sacrificados por hombres que desean reinar sobre las ruinas de la especie humana. Pero no, vuestra sabiduría les permitirá burlar las peligrosas trampas que nuestros enemigos comunes les tienen preparadas [...].

Adjunto a esta carta les envío una declaración que los pondrá en conocimiento de la unidad que existe entre los propietarios de Saint-Domingue que están en Francia, los que residen en los Estados Unidos y los que sirven bajo la bandera británica. Verán que existe la decisión, inequívoca y cuidadosamente construida, de restablecer la esclavitud. Verán que su voluntad de triunfar los ha llevado a envol-

<sup>11</sup> Informe del 14 de brumario, año VI, Archives Nationales, A.F. III, 210. Reproducido parcialmente en H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. III, p.36.

verse en el manto de la libertad para propinar sus golpes más mortíferos. Verán que ellos están contando fuertemente con mi aquiescencia para sumarme a su pérvida visión por temor a mis hijos. Es de esperar que estos hombres, que sacrifican su país a sus intereses, son incapaces de concebir cuántos sacrificios puede soportar un padre mejor que ellos por amor verdadero a la patria, ya que yo baso sin vacilaciones la felicidad de mis hijos en la de mi país, que ellos, y solo ellos, desean destruir.

Nunca vacilaré en anteponer la seguridad de Saint-Domingue a mi felicidad personal; pero no tengo nada que temer. He confiado al gobierno francés el cuidado de mis hijos. [...] Temblaría de horror si los hubiera enviado como rehenes a manos de los colonos, pero aún si lo fueran, que sepan que al castigarlos por la fidelidad de su padre solo estarían añadiendo un grado más a su barbarismo, sin ninguna esperanza de hacer que yo falte nunca a mi deber. [...] ¡Son ciegos! No pueden ver que esta odiosa conducta de su parte puede convertirse en la señal de nuevos desastres e irreparables desgracias, y que, lejos de recuperar lo que, según ellos, la libertad para todos les hizo perder, se exponen a la ruina total y exponen a la colonia a su inevitable destrucción. ¿Creen que los hombres que han podido disfrutar de la bendición de la libertad van a dejársela arrebatar tranquilamente? Soportaron sus cadenas solo mientras no conocían otras condiciones de vida más felices que la esclavitud. Pero hoy, cuando ya la han abandonado, si tuvieran mil vidas las sacrificarían todas antes que los obliguen a ser nuevamente esclavos. Pero no, la mano que rompió nuestras cadenas no nos esclavizará de nuevo. Francia no hará dejación de sus principios, no nos retirará el mayor de sus beneficios. Nos protegerá de todos nuestros enemigos; no permitirá que sea pervertida su sublime moralidad, que los principios que tanto la honran sean destruidos, que sean degradados sus más bellos logros, y que sea derogado su Decreto del 16 de pluvioso, que tanto honor hace a la humanidad. *Pero, si para restablecer la esclavitud en Saint-Domingue, se hiciera esto, entonces declaro que sería intentar lo imposible: hemos sabido enfrentar el peligro para obtener nuestra libertad, sabremos desafiar a la muerte para mantenerla.*<sup>12</sup>

Esta, ciudadanos del Directorio, es la moral del pueblo de Saint-Domingue, esos son los principios que a través de mí les trasmite a ustedes.

Los míos ustedes los conocen. Es suficiente que renueve, mi mano en las suyas, el juramento que hice de perecer antes de que la gratitud muera en mi corazón, antes de que deje de serle fiel a Francia y a mi deber, antes de que sea profanado y escarnecido el dios de la libertad por los liberticidas, antes de que ellos puedan arrebatarme esa espada,

<sup>12</sup> Énfasis de Toussaint.

esas armas que Francia me confió para la defensa de sus derechos y los de la humanidad, para el triunfo de la libertad y la igualdad.<sup>13</sup>

Pericles sobre la Democracia, Paine sobre los Derechos del Hombre, la Declaración de Independencia de las Trece Colonias, el *Manifiesto Comunista*, esos son algunos de los documentos políticos que, cualquiera que sea la sabiduría o la debilidad de su análisis, han motivado a los hombres y siempre los motivarán, porque los autores, algunos a pesar de sí mismos, pulsaron cuerdas y despertaron aspiraciones que dormían en los corazones de la mayoría en cualquier época. Pero Pericles, Tom Paine, Jefferson, Marx y Engels fueron hombres de educación liberal, formados en las tradiciones de la ética, la filosofía y la historia. Toussaint era un esclavo salido de la esclavitud menos de seis años antes, soportando solo la carga desastrosa de la guerra y el gobierno, dictando sus pensamientos en las palabras toscas de un dialecto primitivo, escritas y rescritas por sus secretarios a golpe de martillo hasta que la devoción de estos y la voluntad de él le imprimían la forma adecuada. Gente superficial ha interpretado su carrera en términos de ambición personal. Esta carta es su respuesta. Pero sus logros se deben a que, maravillosamente dotado, encarnaba la determinación de su pueblo a nunca, nunca, volver a ser esclavos.

Aunque, por encima de todo, fue un soldado y un administrador, esta declaración resulta una obra maestra de la prosa, no superada por ningún otro autor de la Revolución Francesa. Líder de una masa ignorante y atrasada, está, sin embargo, a la vanguardia del gran acontecimiento histórico de su tiempo. Los negros estaban contribuyendo a la destrucción del feudalismo europeo que la Revolución Francesa inició, y la libertad y la igualdad, los lemas de la Revolución, tenían mayor significado para ellos que para ningún francés. Esa es la razón por la que Toussaint, en un momento de peligro, sin tener instrucción, pudo encontrar el lenguaje y el acento de Diderot, Rousseau, Raynal, Mirabeau, Robespierre y Danton. Y en un aspecto los superó a todos. Porque incluso estos maestros de la palabra hablada y escrita, debido a las complicaciones clasistas de sus sociedades, con demasiada frecuencia tuvieron que hacer pausas, dudar, ponderar. Toussaint podía defender la libertad de los negros sin reservas, y esto le confirió a su declaración una fuerza y una firmeza raras en los principales documentos de la época. La burguesía francesa no podía comprender esto. Tendrían que correr ríos de sangre antes de que entendieran que, a pesar de lo elevado de su tono, Toussaint no había escrito ni pomposidad ni retórica, sino la pura y simple verdad.

<sup>13</sup> Probablemente una cita de alguna de las cartas que le envió el Directorio.

## LA EXPULSIÓN DE LOS BRITÁNICOS

Toussaint envió ante el Directorio a un blanco, el coronel Vincent, oficial de ingenieros y amigo cercano, para explicar sus acciones contra Sonthonax. Rigaud felicitó a Toussaint por la expulsión de Sonthonax, y Toussaint, incuestionablemente al mando, se preparó para barrer definitivamente a los británicos de Saint-Domingue.

Pitt y Dundas se habían aferrado de manera salvaje a la esperanza de apoderarse de la isla. En noviembre de 1795, en un intento probablemente dirigido a ganarse a Rigaud, Dundas autorizó a Forbes a concederles a los mulatos los mismos derechos que los blancos.<sup>1</sup> Pero todavía él tenía prohibido prometerles la libertad a los soldados negros. Hubiera sido como vender los caballos para conservar el establo. Sin embargo, el intento de atraer a Rigaud fracasó.

El 18 de febrero de 1796 Dundas habló ante la Cámara de los Comunes. Se pronunció en contra de una moción a favor de la abolición de la esclavitud y del comercio de esclavos. En principio, Dundas estaba de acuerdo con los promotores de la moción. Este acuerdo era cuestión de rutina, pero Dundas continuó diciendo:

Con aquellos que discuten acerca del comercio de esclavos, sobre la base de principios generales —como no aconsejable, poco político e incompatible con la justicia y humanidad de la constitución británica— siempre he estado, y estaré, de acuerdo. [...]

Me opuse porque pensé que había sido acordado por la Cámara que pondría en peligro la paz del país. Tal resolución, si se convierte en ley en el actual estado de desorden de las colonias, las pondría completamente a merced del enemigo.

<sup>1</sup> John Fortescue: *History of the British Army*, vol. IV, parte 1, p. 468.

El tonto de Barnave no había aprendido a argumentar que la esclavitud se mantenía para beneficio de los esclavos. Dundas fue mucho más lejos: «La guerra en las Indias Occidentales por parte de este país no es una guerra por obtener riquezas o engrandecimiento local, sino una guerra por la seguridad».

Pero el drenaje de hombres y dinero era demasiado grande. Hacia finales de 1796, después de tres años de guerra, los británicos habían perdido en el Caribe ochenta mil soldados, incluyendo cuarenta mil bajas mortales, lo cual excedía las pérdidas totales del ejército de Wellington —muertos, licenciados, desertiones, etc.— durante toda la Guerra Peninsular.<sup>2</sup> El costo, únicamente en Saint-Domingue, había sido de trescientas mil libras esterlinas en 1794, ochocientas mil en 1795, dos millones seiscientas mil en 1796, y solo en enero de 1797 fue más de setecientas mil libras esterlinas.<sup>3</sup> A principios de 1797, el gobierno británico decidió retirarse y mantener solo el control de Môle St. Nicolas y la isla de Tortuga. Sin embargo, Toussaint desconocía esto, por lo que, junto con Rigaud, convertido en un cercano aliado desde la expulsión de Sonthonax, organizó la campaña final. En enero de 1798 estaba listo para el ataque decisivo a Mirabelais, mientras que Beauvais, Rigaud y Laplume atacarían diferentes puntos en el Sur para impedir la concentración de fuerzas británicas.

Toussaint, deseoso de reintegrar a la colonia a los propietarios blancos y mulatos que residían en los territorios controlados por los ingleses, prohibió rigurosamente todo tipo de pillaje y destrucción por parte de sus propios soldados, y dirigió a los traidores una serie de proclamas en que prometía olvido y plenos derechos como ciudadanos franceses si eran fieles a la República. Siempre un firme adherente a las reglas del combate civilizado, consideró necesario criticar al general John White por las atrocidades que cometieron las tropas bajo su mando.

«Pienso que, aunque soy un negro, aunque no he recibido tan buena educación como usted y los oficiales de Su Majestad Británica, pienso, digo, que tal infamia de mi parte se reflejaría en mi país y mancharía su gloria».<sup>4</sup>

Combinando la superioridad militar y la propaganda, Toussaint obtuvo siete victorias en siete días. Maitland vio que el juego se había acabado y le pidió una tregua a Toussaint. Evacuaría por completo la Provincia Occidental a cambio de la protección de vidas y haciendas de los habitantes bajo el gobierno británico. Eso era exactamente lo que quería Toussaint,

<sup>2</sup> Ibid., p. 496.

<sup>3</sup> Ibid., p. 546.

<sup>4</sup> H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. II, pp. 57-58. El vol. II, capítulos 3 y 4, contiene un recuento completamente documentado de la última fase de la guerra, con largos fragmentos de la correspondencia de Toussaint con Maitland, Hédouville y otros. Excepto cuando se declare lo contrario, los pasajes citados en este capítulo son tomados de aquí.



y ya estaban desarrollándose las negociaciones cuando Toussaint supo que el general Hédouville había llegado a Santo Domingo, nombrado como único representante del Directorio en la colonia.

Los cinco hombres que gobernaban Francia bajo el nombre del Directorio se sintieron muy perturbados por la llegada del deportado Sonthonax. Ellos nunca desearon restablecer la esclavitud, y aprobaron calurosamente las medidas adoptadas por Sonthonax para educar a los trabajadores agrícolas negros. Pero los colonos emigrados no les habían dado descanso, y en julio de 1797, después que las Cámaras habían aprobado la destitución de Sonthonax, nombraron al general Hédouville como su agente especial en Saint-Domingue. Soldado experimentado, Hédouville había dado muestras de habilidades diplomáticas durante su campaña de pacificación de La Vendée, el centro más peligroso y persistente de la contrarrevolución en Francia. Los acontecimientos que antecedieron al 18 de fructidor dejaron muy ocupados a los miembros del Directorio, y esos mismos acontecimientos habían enviado a los colonos más recalcitrantes a Guayana. De haber Sonthonax llegado a Francia antes de que Vaublanc y sus amigos fueran deportados, hubiera sido afortunado si escapaba de ser encarcelado. Pero una vez más llegaba a casa poco después de la caída de sus enemigos, y encontró un recibimiento favorable. Sin embargo, los miembros del Directorio estaban completamente alarmados. Toussaint había depuesto a su representante, existían acusaciones y contraacusaciones de conspiraciones a favor de la independencia. Entonces llegó la carta de Toussaint en la que les advertía que los negros lucharían a muerte ante cualquier atisbo de restauración del antiguo régimen. He aquí una nueva complicación. Ahora no se trataba de que hubiera que temerle a los mulatos, sino a los negros, al ejército negro y a este general negro. La actitud de Rigaud cambió de inmediato. Las instrucciones de Hédouville eran ir a Saint-Domingue y mantener a raya el poder de Toussaint hasta que Francia pudiera enviar tropas. Podría tener que usar a Rigaud contra Toussaint. El Directorio no lo sabía. Por eso dio carta blanca a Hédouville para perdonar o arrestar a Rigaud, si lo consideraba adecuado y posible. El Directorio fingió aceptar con agrado la deportación de Sonthonax por parte de Toussaint, y mantuvo buenas relaciones con él. No obstante, Hédouville guardaba tantas dudas acerca del recibimiento que le daría Toussaint, que decidió desembarcar en la porción española de la isla, cuartel general de Roume. Llegó a finales de abril, justo a tiempo para escuchar acerca de los victoriosos avances del irresistible negro.

Hédouville había reunido información de todas las fuentes acerca de los hombres con que se iba a encontrar, y en particular sobre Toussaint. Y nadie le transmitió ninguna duda sobre la clase de hombre que era

Toussaint. El general Kerverseau, militar capaz, de carácter fuerte y recto, le indicó la única línea política posible.

Es un hombre de muy buen sentido común, cuya lealtad a Francia no puede ponerse en duda, cuya religión es garantía de moralidad, cuya firmeza es igual a su prudencia. Goza de la confianza de todas las razas, y posee en sí mismo una ascendencia que nadie puede contrape-sar. Con él puede usted hacerlo todo; sin él, nada puede hacer.

Es importante que recordemos dos oraciones en este tributo de Kerverseau. La primera, que Toussaint era leal a Francia. La segunda, que en 1798, después de cuatro años, Toussaint gozaba de la confianza de blancos, mulatos y negros. A pesar de todas las provocaciones, se había propuesto esta meta, había luchado por ella y había obtenido un éxito rotundo.

¿Qué pretendía hacer Hédouville? Toussaint no lo sabía, pero ordenó que se le diera una bienvenida con todas las distinciones. En sus cartas al nuevo agente era amable y reservado. «Permítame hacerle una observación como oficial de la República. [...] Hay hombres que aparentan amar la libertad para todos, pero internamente son sus enemigos jurados. [...] Lo que digo es verdad, lo sé por experiencia». Toussaint fue frío, incluso, al referirse a Roume, amigo sincero de los negros, como lo muestra su correspondencia privada.<sup>5</sup> «Si el comisario Roume me estima, lo recíproco con mi estimación por él y respeto sus virtudes». Toussaint no confiaba en ninguno de ellos.

Pero tan pronto supo de la llegada de Hédouville, se lo comunicó rápidamente a Rigaud. Aunque Pinchinat le había dado seguridades desde París, Rigaud no sabía exactamente qué medidas adoptaría Hédouville en su contra. Le pidió apoyo a Toussaint contra Hédouville, y le envió un emisario de confianza para discutir los asuntos que no se atrevía a poner por escrito.<sup>6</sup> El líder negro y el mulato estaban completamente solidarizados.

Toussaint continuó sus negociaciones con Maitland, garantizando una amnistía para todos los plantadores que se habían subordinado a los británicos, y a los trabajadores agrícolas negros que combatieron como soldados pagados por los británicos. Las únicas personas excluidas fueron los plantadores que realmente formaron parte de las filas británicas, o aquellos realistas llegados a Saint-Domingue de cualquier parte. Era un gesto típico del hombre que pareció a lo largo de toda su vida no haber sido nunca tocado por la ordinaria pasión humana de la venganza, y que no permitió nunca que nada lo apartara de su meta: la reconstrucción de Saint-Domingue y la reconciliación de todos sus habitantes, blancos, mulatos y negros. Puso a consideración de Hédouville los términos de la

<sup>5</sup> La correspondencia de Roume en este período puede consultarse en Archives Nationales, A.F. 210.

<sup>6</sup> Antoine Michel: *La mission du général Hédouville...*, p. 135.

amnistía, que los ratificó. Maitland trató de hacer distinciones entre Toussaint y Rigaud. Toussaint lo rechazó, recordándole que él era el jefe de Rigaud. Pero no presionó con fuerza a Maitland. Lo único que quería era que se marchara de Saint-Domingue. Todas las propuestas y contrapropuestas fueron enviadas a Hédouville para su aprobación, y el 30 de abril se firmó el tratado por el cual los británicos evacuaron en su totalidad la Provincia Occidental.

Los soldados emigrados, Dessources y algunos otros, vizcondes y caballeros, rompieron las estipulaciones de la amnistía, destruyeron los cañones y los depósitos de municiones, mataron todos los animales e incendiaron las plantaciones. Los africanos de Toussaint, por su parte, hambrientos y semidesnudos, entraron en los pueblos, y su disciplina fue tal, que no se cometió ningún acto de violencia o de pillaje. Tan admirable fue la conducta de su hermano, Paul L'Ouverture, y de sus tropas, en Croix-des-Bouquets, que un número de ciudadanos de todos los colores le escribieron a Toussaint para expresarle su satisfacción por tener un oficial como él a cargo de su distrito. Suplicaban que el propio Toussaint los visitara.

La entrada en Port-Républicain<sup>7</sup> fue un triunfo romano. Los antiguos esclavos negros, durante tanto tiempo obligados a comprender que habían nacido para servir, salieron para ver un ejército de negros saludados como los salvadores de Saint-Domingue, y ver a los blancos humillarse ante el que llamaban su libertador. Primero llegó el clero, con la cruz, el estandarte y los pebeteros de incienso humeante, detrás los anteriores súbditos de Su Majestad Británica. Se había erigido un enorme arco triunfal en medio del camino. Las mujeres blancas más ricas, a caballo o en carruajes abiertos, escoltadas por una guardia de honor integrada por jóvenes blancos criollos, le dieron la bienvenida al Comandante en Jefe. Jóvenes blancas le arrojaron flores y guirnaldas. Siempre un modelo de cortesía, descendió de su caballo y les agradeció la amabilidad. Cuatro de los plantadores más acaudalados de Cul-de-Sac cargaron con orgullo un podio, y otros de ellos se inclinaron a sus pies, rogándole que subiera a él. Toussaint podía ver entre ellos a hombres que fueron sus enemigos implacables, y se negó indignado y humillado. «Un podio e incienso», dijo, «pertenecen solo a Dios».

Esa noche la ciudad se iluminó. En todas las mansiones hubo baile, y se sentaron en un banquete ciento cincuenta personas. Al día siguiente, el alcalde pronunció un discurso en el que se alababa el trabajo de Toussaint como «una obra maestra de la política, la sabiduría y el humanismo». La réplica de Toussaint fue característica.

Aprendan, ciudadanos, a apreciar la gloria de su nueva situación política. Al adquirir los derechos que la Constitución les otorga a todos

<sup>7</sup> Anteriormente Puerto Príncipe.

los franceses, no olviden los deberes que les impone. Sean virtuosos y serán franceses y buenos ciudadanos. [...] Trabajen juntos por la prosperidad de Saint-Domingue a través del restablecimiento de la agricultura, que es lo único que puede sostener un Estado y asegurar el bienestar público. Comparen en este sentido la conducta del gobierno francés, que no ha dejado de proteger, con la del gobierno inglés, que ha destruido. La apariencia del campo que he atravesado cuando me dirigía hacia aquí me ha llenado de tristeza. Sus condiciones debieron convencerlos a ustedes hace mucho tiempo de que unirse a los ingleses había sido abrazar una quimera. Ustedes pensaron que ganarían y solo perdieron. [...]

La libertad sin permiso que disfrutará el trabajador agrícola negro, el pago que la ley asigna por su trabajo, lo vincularán al suelo que cultiva. [...]

Terminó la era del fanatismo. Al reino de la anarquía lo ha sustituido el reino de la ley. [...] Sabio debido a su experiencia, el Directorio acaba de enviar aquí a un solo agente, escogido entre los ciudadanos más confiables. La gloria que merecidamente adquirió en Europa, las virtudes que lo caracterizan, nos garantizan la felicidad. Ayudémosle en esta importante misión mediante la obediencia absoluta, y mientras él echa los cimientos de la felicidad de la que es portador, yo me encargaré de vuestra seguridad, vuestra tranquilidad y vuestra felicidad, siempre que ustedes cumplan sus votos solemnes que han hecho de permanecer leales a Francia, amar su Constitución y respetar sus leyes. [...]

Hombre de acción, Toussaint escribía y hablaba habitualmente como un filósofo. Este discurso amplio y conciso era un programa para el país y un gesto personal hacia Hédouville.

Antes de que Toussaint pudiera llegar a El Cabo, los británicos, aún ansiosos de poseer al menos una porción de esta maravillosa isla, de repente lanzaron un fuerte ataque contra Rigaud en el Sur. Rigaud estaba en peligro en aquel momento y apeló a Toussaint para que lo ayudara. Cuando todavía no habían llegado los refuerzos enviados por Toussaint, Maitland intentó separar a Rigaud de Toussaint. Rigaud le respondió que le haría la guerra hasta el último extremo.

Toussaint se entrevistó con Hédouville en El Cabo, bajó a toda prisa para encontrarse con Rigaud en Port-Républicain y, por primera vez, se vieron los dos hombres. Rigaud, que había esperado mucho tiempo para conocer a «este hombre virtuoso», trató a Toussaint con la deferencia debida al Comandante en Jefe, y este, que siempre tuvo un perfecto tacto, se dirigió a Rigaud como a un viejo camarada. Con la ayuda de los refuerzos de Toussaint, había sido repelido el ataque británico, y los dos se marcharon en el carruaje de Toussaint para encontrarse con Hédouville. La creencia tradicional –que tiene a su favor todos los hechos– es que llegaron a El Cabo con el acuerdo de apoyarse mutuamente contra cualquier intriga del agente del Directorio.

Lo que sucedió en esta entrevista entre Hédouville y Rigaud es una de las grandes tragedias de Saint-Domingue. Hédouville abrumó a Rigaud con atenciones, prometió que Francia le daría muestras de su alta consideración, lamentó los males de la colonia, le dijo que el modo más seguro de aliviarlos era que lo ayudara a lograr el propósito de sus instrucciones secretas: retirarle a Toussaint L'Ouverture el poder supremo. Rigaud aprovechó la oportunidad para ponerse a bien con Francia, y se desgració a sí mismo, a su casta y a su país por espacio de una generación.

Los mulatos oscilaron continuamente entre la burguesía francesa y los trabajadores negros agrícolas desde agosto de 1791. La inestabilidad de los mulatos no estaba en su sangre sino en su posición intermedia en la sociedad. Lo que es una lástima es que Rigaud, dictador en el Sur, no tuvo el sentido para ver que los franceses lo utilizarían contra Toussaint, y después, inevitablemente, se volverían contra él mismo.

En Saint-Domingue se comentaba que Toussaint —cuyos métodos siempre fueron oblicuos— se había escondido para escuchar la entrevista entre Rigaud y Hédouville. No era necesario. Durante esta misma visita Hédouville comenzó a dar muestras de su cambio de actitud hacia Toussaint. El capitán del barco en que viajó Hédouville le dijo a Toussaint que estaría encantado de llevarlo a Francia. «Su barco no es lo suficientemente grande para un hombre como yo», respondió Toussaint. Otra persona más lo presionó con este viaje a Francia diciéndole cuán honrado y bienvenido sería. «Iré cuando esto», y tocó un pequeño arbusto del jardín, «sea lo suficientemente grande para llevarme».

Toussaint advertía a Hédouville y a sus amigos que no se debían tomar libertades con él. Lleno él mismo de triquiñuelas diplomáticas, fingió estar sumamente impresionado por las cortesías que Maitland le había prodigado y le prodigaría. Una y otra vez dijo que los franceses nunca lo hubieran tratado de manera tan distinguida. Eso no era verdad y él lo sabía. Laveaux y Sonthonax, y el pueblo de Port-Républicain, le tributaron numerosos honores y distinciones. Pero Toussaint quería que estos comentarios llegaran a Hédouville. Incluso le escribió a este acerca de los honores que Maitland le prodigó, con la esperanza de que Hédouville no objetara que un oficial de la República recibiera estas cortesías. De manera que, mientras cumplía con su deber y le prestaba la debida atención a Hédouville, le hacía saber por medios directos e indirectos que no se podía jugar con él, a la vez exigía el respeto y la consideración propios a su rango. Hédouville, engreído y altanero, parecía incapaz de darse cuenta de que trataba con un hombre al mando de un ejército victorioso, apoyado por la gran masa de dos provincias, y que no tenía nada que aprender de ningún francés en cuanto a sutileza y fineza diplomáticas. Continuó tendiéndole trampas al viejo negro sin instrucción que hablaba tan mal el francés.

Rigaud lo había abandonado. Hédouville solo esperaba una oportunidad para golpear. Pero Toussaint continuó su autoimpuesta misión de expulsar a los británicos con el menor daño posible para la colonia. Las fuerzas de

Maitland estaban en ese momento concentradas en Môle St. Nicolas, en el Norte, y en Jérémie, en el Sur. Toussaint, mientras reunía gran cantidad de tropas para tomar esas posiciones por asalto si era necesario, sacó a relucir una de sus más brillantes piezas de negociación diplomática.

Todos los blancos de las Indias Occidentales, temblando ante el mal ejemplo que Toussaint y sus negros estaban sentando, veían con alarma la idea de que Maitland estableciera un trato con un negro, pero ninguno estaba más alarmado que el conde de Balcarres, gobernador de Jamaica. A lo largo de las negociaciones le pidió a Maitland que no evacuara Môle St. Nicolas. Pero Toussaint quería ganar el control de ese puerto sin derramamiento de sangre y deseaba un acuerdo comercial con los Estados Unidos, que solo podría obtener si la flota británica lo permitía. Por tanto, mientras negociaba, le enviaba mensaje tras mensaje al petulante de Balcarres, advirtiéndole que Jamaica estaba muy cerca de Saint-Domingue, por lo que fácilmente podría mandar unos cuantos negros en canoa a incendiar las plantaciones e iniciar una rebelión.<sup>8</sup> Naturalmente, Balcarres informaría de esto a Maitland, y este, como militar, sabría valorar las amenazas. Los británicos, o bien derrotaban a Toussaint, o bien negociaban con él, y Maitland sabía que no se podía derrotar a Toussaint. En consecuencia, le informó a Toussaint que quería conversar con él sobre «algunos asuntos importantes». Toussaint le dejó muy en claro lo que quería: «Espero que sea para anunciar la evacuación definitiva de las posiciones que los ingleses todavía ocupan en esta porción de la República [...] eso sería lo único que detendría o retrasaría mi marcha [...]. Aunque Jérémie es fuerte, le prometo que tomaré sus fortificaciones; aun si me cuesta dos mil hombres, lo conquistaré».

Ante esto, Maitland estuvo de acuerdo en evacuarlo. Toussaint obtuvo la autorización de Hédouville para llevar a cabo estas nuevas negociaciones, y le envió a Maitland su representante para tratar, primero, acerca del resto de los distritos, excepto Môle St. Nicolas. Pero ahora Maitland había perdido la esperanza de siquiera retener esa fortaleza, y ofreció evacuar Saint-Domingue en su totalidad. Toussaint aceptó, manteniendo a Hédouville escrupulosamente informado.

Aunque en extremo cortés con Maitland, Toussaint estuvo genial. Maitland le propuso que, como parte del precio de la evacuación, las fortificaciones debían ser desmanteladas. Toussaint se rehusó, y exigió que se entregaran en las mismas condiciones en que Maitland las había encontrado. «Confío en que usted accederá a esta demanda, porque si no, me veré obligado a romper las negociaciones». Maitland estuvo de acuerdo.

Pero después de enviarle su emisario a Toussaint, Maitland envió otro a Hédouville para hacer arreglos especiales, no en cuanto a los términos

<sup>8</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. II, pp. 334-335.



de la evacuación, sino referidos a la transferencia real de Môle St. Nicolas. Maitland podría haberlo hecho o no por maldad. Pocos días después, sin el menor incidente, se firmó un instrumento similar sobre la rendición de la fortaleza de Tiburón, una vez que las tropas de Rigaud entraron en Jérémie. Con posterioridad, Maitland refirió que lo hizo para provocar los celos de Toussaint.<sup>9</sup> Si es así, su propia conducta fue aún más cuestionable.

Sabía que Toussaint llevaba a cabo negociaciones con Maitland para la evacuación del Môle, pero ansioso por elevar su propio prestigio, le envió un representante personal al comandante británico del fuerte y lanzó una proclama concediendo la amnistía, a la manera de Toussaint. Sin embargo, los términos del acuerdo no dejaron satisfecho a Maitland, que los rechazó e informó de esto a Toussaint, quien supo de esta manera que Hédouville estaba negociando con el Comandante en Jefe enemigo a sus espaldas. Toussaint, consciente de que su propia conducta había sido impecable, atacó a Hédouville sin piedad.

Mi franqueza me impide ocultar, ciudadano Agente, que me ha afectado sensiblemente esta falta de confianza [...].

En contradicción directa con su autorización, sin consideración por mi posición como Comandante en Jefe del Ejército de Saint-Domingue, sin reflexionar, sin ni siquiera pensar que era necesario informarme, usted envió a oficiales de inferior rango a realizar tratativas [...] y les dio poderes que anulan los míos. Sin embargo, me parece que, de acuerdo con la jerarquía militar, soy yo, como el primer Jefe del Ejército, quien debió transmitirles sus órdenes a los oficiales subalternos. [...] Hubiera preferido que usted me hubiera dicho abiertamente que me consideraba incapaz de tratar con los ingleses. [...] Me hubiera ahorrado la desagradable necesidad de firmar documentos y de dar mi palabra de honor [...].

El general Maitland, al solicitar negociar conmigo, ha reconocido la jerarquía militar; si el me reconoce como Comandante en Jefe, yo lo he reconocido a usted como representante de la nación, ya que establecí negociaciones solo después de haber solicitado su aprobación. ¿Qué he hecho para merecer esta desconfianza?

Tenía a Hédouville acorralado y no lo perdonó. Más no deseaba aún una ruptura, y concluyó diciendo que, si Hédouville confiara en él, juntos podrían salvar a la colonia y hacer que prosperara la agricultura. Hédouville explotó, sacó a relucir todo lo que había hecho y los estados mayores del ejército donde había trabajado, dijo que Toussaint no podía enseñarle sus deberes. No sabía cuán peligroso era el juego que estaba haciendo. Si Toussaint hubiera sido simplemente un ambicioso jefe de bandidos, Francia hubiera perdido la colonia en agosto de 1798. Incluso,

<sup>9</sup> Informe de frimario al Directorio, año VII. Archives Nationales, A.F. III, 210.



mientras Hédouville provocaba de forma tan inconsecuente al hombre de cuyo ejército e influencia dependía todo, los británicos, habiendo fracasado en su intento de conquistar a Toussaint por la fuerza, hicieron un esfuerzo supremo para ganarlo a través de esa mezcla de mentiras y engaños que se conoce como diplomacia.

Maitland, inglés prejuiciado, no pensaba que Toussaint fuera muy inteligente,<sup>10</sup> pero había visto que los negros de Saint-Domingue, ahora que tenían experiencia, organización y jefatura militar, podían hacerle frente a cualquier expedición europea. Con seguridad, los franceses enviarían una expedición para restablecer su autoridad, y el ejército francés moriría desangrado. Por tanto, Maitland consideró que le convendría fortalecer a Toussaint todo lo posible para que pudiera derrotar a los franceses de manera más aplastante. Invitó a Toussaint a una entrevista, lo abrazó, le tributó plenos honores militares, pasó revista a las tropas, le hizo regalos suntuosos —en nombre del rey Jorge III—, y entonces le propuso que independizara la isla y la gobernara como Rey.<sup>11</sup> Le garantizó la protección británica, «un fuerte escuadrón de fragatas británicas estaría siempre en sus puertos o en sus costas para protegerlos»,<sup>12</sup> y pidió a cambio el comercio exclusivo con la isla. Los Estados Unidos también estaban incrementando un buen flujo de comercio con Saint-Domingue, Maitland le había enviado a Toussaint un emisario estadounidense, y era seguro que estarían de acuerdo con los británicos.

A pesar de sus agudas diferencias con Hédouville, Toussaint lo rechazó. Como Rigaud, tenía suficiente poder para mover a voluntad a sus seguidores. Francia era impotente, y tendría todo el apoyo y los recursos que necesitara de Gran Bretaña. La negativa de Toussaint da la medida de la diferencia entre él y Rigaud. Sabía que los británicos establecerían la alianza, y entonces, cuando hubiera roto con Francia, o bien llegarían a un acuerdo a su costa con esta, o su fuerte escuadrón de fragatas designadas para la protección de Toussaint bloquearía la isla, lo derrocaría y restablecería la esclavitud. Toussaint no aceptaría eso. Es cierto que la carta de Maitland demuestra que se daba cuenta, como muchos de los franceses que conocían la isla, que los negros de Saint-Domingue constituían un poder. Los británicos iban a continuar negociando por mantener el honor de la nación, pero también porque no tenían alternativa. Pero tan pronto se declarara la paz, sería una historia diferente. Lo anterior no es en absoluto una especulación. Antes de fin de año, Maitland realmente le escribió esto a

<sup>10</sup> Maitland a Dundas, 26 de diciembre de 1798, Public Record Office, War Office Papers, W. O. 1/170 (345).

<sup>11</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. I, p. 346. Lacroix dice que vio la propuesta misma entre los papeles de Toussaint.

<sup>12</sup> Ibíd.

Dundas, para asegurarse de que la traición proyectada no fuera abortada. «Pudiera no ser necesario que añadiera que, en el instante en que se establezca la paz, cambiará de inmediato mi visión sobre todo este asunto». No era necesario, Dundas entendería. Para evitar la menor sombra de malentendido, Maitland continuó:

Para reducir el poder francés y detener el mal mayor de que el Directorio ponga sus manos en los medios que Saint-Domingue le aportaría para importunarnos, sería conveniente aceptar el mal menor de apoyar (durante la guerra) el poder asumido por Toussaint hasta el restablecimiento de la paz y la existencia de un gobierno establecido en Francia, en ambos casos con la idea del restablecimiento del sistema colonial original, si es practicable, y con la intención de que Francia malgaste sus recursos en hombres y dinero en este intento [...].<sup>13</sup>

Esto se inscribe en la mejor tradición acerca de la manera en que la civilización más avanzada eleva a los pueblos atrasados. Pero Toussaint se limitó a expresar su negativa y declinó dando las gracias.

Así es la historia. Pero si fuera solo eso, sería ilegible. Junto con la resistencia material al concepto depravado de Maitland sobre la vida humana, y el desvergonzado salvajismo de él y sus instructores de alto nivel, es de notar los elevados principios por los que el antiguo esclavo guiaba su vida profundamente práctica. Toussaint era entonces, como siempre, leal a la República francesa. Esta devoción lo conducirá, al final, a una muerte anticipada y cruel. Pero le dio una vida espléndida. Para todos los negros, la Francia revolucionaria, que decretó la igualdad y la abolición de la esclavitud, era un faro entre todas las naciones. Francia era para ellos, realmente, la madre patria. Toussaint, siempre en búsqueda del desarrollo personal de los negros, no quería romper con ella, su lengua, sus tradiciones y costumbres, para unirse a los británicos esclavistas. Sería fiel a Francia mientras ella fuera fiel a los negros.

Pero la guerra impedía que Francia pudiera enviar suministros a la colonia, por lo que entró en tratos secretos con Maitland para el arribo de mercancías en barcos británicos y estadounidense a ciertos puertos seleccionados, pagadas en productos agrícolas de Saint-Domingue. Era todo lo que estaba dispuesto a hacer.

Cuando Balcarres supo que Maitland estaba evacuando Saint-Domingue en su totalidad, le envió una carta de protesta al gobierno británico. La respuesta de este fue una obra maestra. Después de detallar extensamente las diferentes ventajas de la evacuación, concluía con resignación incontestable: nada más podía hacerse.<sup>14</sup>

Tanto en el campo de batalla como en la mesa de negociación, Toussaint había vencido a los generales británicos como lo había hecho con los generales españoles, obteniendo todo lo que necesitaba al menor costo para sí.

<sup>13</sup> Maitland a Dundas, 26 de diciembre de 1798. Ver la nota 10 en la p. 156.

<sup>14</sup> Portland a Balcarres, 6 de enero de 1799. Public Record Office, C.O. 137/101.

Este fue el final de la desafortunada expedición contra Saint-Domingue. «Después de estudiar y pensar cuidadosamente durante mucho tiempo», dice Fortescue, «he llegado a la conclusión de que las campañas de las Indias Occidentales, tanto de barlovento como de sotavento, que constituían la esencia de la política militar de Pitt, costaron al Ejército y a la Marina de Inglaterra poco menos de cien mil hombres, alrededor de la mitad de ellos muertos, y el resto incapacitado permanentemente para el servicio».<sup>15</sup> Por unas pocas islas inhóspitas aún en manos británicas, «los soldados de Inglaterra han sido sacrificados, su tesoro despilfarrado, debilitada su influencia en Europa, su brazo atado y paralizado durante seis fatídicos años».<sup>16</sup>

Fortescue no parece comprender que Pitt y Dundas apostaban por la mejor colonia del mundo y por un rico mercado para el comercio de esclavos, que hubiera sido desventajoso de otra forma.

Fortescue culpa a todo y a todos. A Pitt y Dundas por su incompetencia, al clima, a la fiebre. La fiebre mató más hombres que los negros y los mulatos, pero hemos visto con qué pocos recursos y contra cuántas intrigas internas luchó Toussaint. Saint-Domingue no fue el primer sitio en el que los invasores europeos se enfrentaron a la fiebre. Lo que los derrotó fue el decreto de abolición, la valentía de los negros y la habilidad de sus líderes. El gran gesto de los trabajadores franceses hacia los esclavos negros, en contra de su propia clase dominante blanca, había contribuido a salvar a la Revolución de la Europa reaccionaria. Gran Bretaña, el país más poderoso de Europa, detenida por Toussaint y sus bisoños reclutas, cantando *La Marsellesa* y *Ça Ira*, no pudo atacar a la Revolución en Francia. «El secreto de la impotencia de Inglaterra durante los primeros seis años de la guerra pudiera decirse que estriba en dos palabras fatales: Saint-Domingue».<sup>17</sup>

Hédouville sabía todo esto mejor que nadie, pero la expulsión de los británicos era solo una razón más para deshacerse de inmediato de Toussaint. Francia quería que se restableciera su autoridad en la colonia. Así era la política, y en ella no existe la gratitud. Mas Toussaint era negro y ex esclavo. Ahora que había rescatado la colonia para ellos, Hédouville y su Estado Mayor intrigaban no solo en su contra, sino que lo insultaban groseramente. Toussaint usaba con frecuencia un pañuelo en la cabeza, y algunos de ellos alardeaban de que podían entrar con cuatro hombres al campamento del mono viejo con el pañuelo y capturarlo. Toussaint no solo lo supo, sino que también entre las masas negras comenzó a rumorarse que el Agente y su Estado Mayor eran hostiles a Toussaint, y quienes fueran

<sup>15</sup> John Fortescue: Ob. cit., vol. IV, parte 1, p. 565.

<sup>16</sup> Ídem.

<sup>17</sup> Ibíd., p. 325.

hostiles a él, lo eran a los negros. Sin embargo, es curioso y característico de Toussaint que el objeto de las más amargas disputas fueran los emigrados blancos, con Toussaint, antiguo esclavo, de su parte, y Hédouville, antiguo noble, atacando a Toussaint por protegerlos.

Roume también recomendó la conciliación con los emigrados, pero le aconsejó al Directorio investigar cuidadosamente a todos los plantadores, y permitir que solo regresaran a la colonia quienes se hubieran despojado de sus anteriores prejuicios. Sin embargo, Toussaint invitó de regreso a todos los que hicieran el juramento de fidelidad. Quizás, además de sus valiosos conocimientos y educación, pensó que cesarían de intrigar y conspirar a favor del restablecimiento de la esclavitud si regresaban y podían disfrutar de sus propiedades. Los necesitaba ahora más que nunca para contrapesar el poder de los mulatos. Algunos de estos emigrados que comandaron tropas negras al servicio de los británicos originalmente habían sido excluidos de la amnistía. Toussaint sabía que la agricultura de Saint-Domingue necesitaba a estos negros, y sabía también que Maitland iba a llevárselos directamente a Jamaica, donde serían esclavizados. Maitland estaba dispuesto a hacer un trato por ellos si se aceptaba a sus oficiales, y Toussaint estuvo de acuerdo. Hédouville lo acusó de proteger a los enemigos de la República. Toussaint hizo referencia a la amnistía autorizada por él y a las circunstancias especiales de estos oficiales emigrados.

Toussaint, un católico sincero, perdonó a algunos emigrados que juraron fidelidad después de una misa. Hédouville lo acusó de quebrantar la ley republicana que prohibía toda asociación oficial con la religión. La disputa era continua. Toussaint presentó su renuncia al cargo de Comandante en Jefe.

Sus sentimientos podemos juzgarlos por su carta a Hédouville cuando este se negó a aceptar la renuncia. Esta es, quizás con una sola excepción, la pieza más asombrosa de la voluminosa y asombrosa correspondencia de este antiguo esclavo sin instrucción, que hasta que tuvo cuarenta y cinco años, seis años antes, probablemente nunca había recibido una carta, mucho menos escribirla.

No había necesidad de citarme sus instrucciones para recordarme su posición y dignidad. Para mí es suficiente saber que fue enviado por Francia para venerarlo. Respeto demasiado al Directorio, del cual es usted Agente, para no respetarlo como persona y ambicionar su aprobación; las pruebas de confianza con las que me ha honrado el Directorio son altamente apreciadas para hacerme desear las suyas de la misma forma. Es debido a que estos sentimientos están gravados profundamente en mi corazón, es debido a que su estimación y su confianza son infinitamente valoradas por mí, que, justamente alarmado ante el temor de perderlas, consideré necesario darle muestras de mi desaliento. Leal a mi deber y a mis principios, solo podía atribuir la desgracia que me ha sobrevenido a las maniobras de los que intrigan en mi contra, personalmente, y contra la paz y el orden. [...] Si he

pedido permiso para retirarme es porque, habiendo servido honrosamente a mi país, habiéndolo arrebatado de manos de poderosos enemigos que combatieron para tomar posesión de él, habiendo extinguido los fuegos de la guerra intestina de la que fue presa durante mucho tiempo, habiendo también olvidado a una amada familia para la cual me he convertido en un extraño, habiendo puesto a un lado mis propios intereses, sacrificado mi tiempo y mis años al triunfo de la libertad, ahora deseo librar mi vejez del insulto que avergonzaría a mis hijos. Lo sufriría más por cuanto sé que no lo merezco, y de seguro no lo sobreviviré. No le oculto que, como usted parece estar dilatando indefinidamente acceder a mi solicitud, la presentaré ante el propio Directorio. En general, los hombres se inclinan a envidiar la gloria de otros, se muestran tan celosos del bien que ellos mismos no han logrado, que un hombre hace enemigos por el simple hecho de prestar un gran servicio. La Revolución Francesa ha proporcionado muchos ejemplos de esta terrible verdad. Muchos grandes hombres han expiado en el exilio o en la cárcel los servicios que han prestado a su país, y sería imprudente que yo permaneciera expuesto más tiempo al aguijón de la calumnia y la malevolencia.

Mi única ambición es el retiro honorable y pacífico al seno de mi familia. Allí, como al frente de mi ejército, estaré siempre dispuesto a dar un buen ejemplo y el mejor consejo. Pero he aprendido demasiado sobre el corazón del hombre para no estar seguro de que, solo en el seno de mi familia, podré encontrar la felicidad.

Estas palabras, con seguridad, provenían del corazón. Como Vaublanc y los otros estaban en la Guayana, no temía a la esclavitud de inmediato. Vio que Hédouville pudiera desecharlo. Resistir hubiera significado la guerra civil, incluso contra Rigaud. «Desde hace algún tiempo, sobre todo desde su entrevista con el general Rigaud, mi conducta ha sido una infracción continua de la ley». Y en lugar de enfrentar una guerra civil solo por mantener su posición personal, prefería irse. Hédouville había estado recordándole que, aunque fuera el Comandante en Jefe, estaba subordinado al Agente. «Conozco sus poderes», le escribió Toussaint, «por eso le dirigí a usted mi renuncia. Si no los hubiera conocido, usted me los hubiera enseñado mediante el hecho de recordarme sin cesar que usted puede destituirme, lo que me hace pensar que usted quiere muchísimo hacerlo».

No era alarde. Envío un secretario ante el Directorio para arreglar los términos de su retiro. Todavía no hacía seis meses que se habían ido los ingleses de Saint-Domingue. Toussaint bebía su copa hasta el fondo, pero entonces, como lo demuestra la carta, no pensaba en absoluto en la independencia de la colonia. Se retiraría. Si se atentara contra la libertad para todos, allí estaría.

Fueron las masas de Saint-Domingue las que lo salvaron. Hédouville hacía arreglos con el Directorio para desconocer a Toussaint y a los generales

negros y colocar en su lugar a tres generales blancos,<sup>18</sup> pero no se atrevió a hacerlo, tan grande era la agitación en el país y en el ejército. Hédouville trató de introducir un sistema de aprendices de los ex esclavos por lo cual permanecerían con los antiguos dueños por un período de entre seis y nueve años, una estupidez que los británicos iban a repetir, con un rotundo fracaso, después de la emancipación de los esclavos en sus propias colonias en 1833. Los negros pudieran haber aceptado esta situación bajo Toussaint o Sonthonax, pero no bajo Hédouville. No se le había pagado al ejército, a pesar de los urgentes ruegos de Toussaint, y este resentía el abandono y los ataques contra su general. Comenzó a crecer el temor por la libertad de los negros. Hédouville se quejaba de que Toussaint y los generales estaban difundiendo calumnias contra él entre los trabajadores agrícolas negros. Quería que, como buenos ciudadanos franceses, se sentaran tranquilos mientras él, ahora que no tenía necesidad de ellos, hacía arreglos para descartarlos y de nuevo situar a los negros en el lugar al que pertenecían.

La agitación aumentó. Hédouville comenzó a darse cuenta de cuál sería su situación sin Toussaint. Así, le pidió que dirigiera una circular a los comandantes de los distritos para que tranquilizaran a los negros y los apartaran de su presunta intención de rebelarse y masacrar a los blancos. Toussaint rechazó esta difamación sobre el carácter de los trabajadores agrícolas negros, y aunque envió la circular, no hizo suya la idea de que los negros solo esperaban una oportunidad para masacrar a los blancos. Hédouville trataba ahora de recuperar el terreno perdido con Toussaint. Le envió mensajes a través de amigos. Toussaint reciprocó, pero se mantuvo frío y distante.

Hédouville quería restablecer la autoridad civil como la fuerza controladora, por lo que de inmediato entró en conflicto con los generales de Toussaint. Este había desmovilizado algunas tropas, que habían vuelto al trabajo de modo voluntario, pero Hédouville ponía en desbandada a los soldados negros y solo confiaba la protección de las costas a los blancos. Los negros veían esto con marcada sospecha. Hédouville no era Laveaux o Sonthonax. A los negros no les importaba nada lo que hubiera hecho en La Vendée. Injustamente, le envió a Moïse una dura reprimenda; Moïse le respondió con la misma dureza. El país estaba en ese estado de tensión en el que cualquier incidente podía causar una insurrección. Toussaint se negaba a ir a El Cabo. Le dijo a Hédouville que había sido informado de que su vida allí corría peligro. Hédouville le pidió que fuera a Fort Liberté, donde se hallaba Moïse, para calmar la agitación. Toussaint encontró una excusa para posponer la visita. Si Hédouville quería gobernar, bien, que gobernara.

De repente, en ausencia de Moïse, estalló una disputa privada dentro de la guarnición. Los soldados, representantes de los ex esclavos, entraron

<sup>18</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. II, pp. 116-117.



en conflicto con la municipalidad, integrada principalmente por mulatos y antiguos negros libres. Una palabra de Toussaint hubiera restablecido el orden. En su lugar, Hédouville envió a otro negro, Manginat, con poderes para destituir a Moïse y asumir el mando. Sin duda alguna, Hédouville tenía legalmente todo el derecho de despedir a Moïse, mas la acción no solo era injustificada, sino estúpida, porque Moïse era el hombre más popular del ejército, después de Toussaint, y era, además, el sobrino de Toussaint.

Al regresar al fuerte, Moïse encontró a Manginat haciendo gala de su nuevo cargo. «Usted no puede hacer la guerra como yo, ciudadano Manginat», le dijo. «Cuidese». Pero Manginat, con el mandato que le diera Hédouville, insistió sobre sus derechos. La Guardia Nacional y un destacamento de tropas europeas abrieron fuego, uno de los hermanos de Moïse resultó muerto, otro fue apresado y Moïse tuvo que escapar a caballo. Tan pronto como el Agente conoció de lo sucedido, dio baja del servicio a Moïse y ordenó su captura, vivo o muerto. Enterado Toussaint de que Hédouville había destituido a Moïse, ordenó a Dessalines marchar a El Cabo y arrestarlo.

Toussaint dio suficiente cuerda al Agente, y Hédouville se había ahorcado. En un principio mantuvo una fachada valiente, pero Moïse levantó a los trabajadores agrícolas negros de la llanura, y cuando Hédouville sintió que se apretaba el lazo alrededor de su cuello, envió donde Toussaint al coronel Vincent y a un cura para resolver la disputa. Sin embargo, Toussaint ya se había decidido, y actuó con su habitual rapidez y firmeza. A pesar de que era amigo íntimo de Vincent, lo arrestó y encarceló. Ordenó que un destacamento interceptara a tres oficiales de Hédouville que estaban bajo el mando de Rigaud y le llevaban cartas a este. Intentaron resistirse y murieron. Toussaint entonces marchó sobre El Cabo. Hédouville no lo esperó. Ya las tropas de Dessalines se acercaban a las afueras de la ciudad. Hédouville lanzó proclamas en las que denunciaba a Toussaint como traidor y se refugió a bordo de un barco en el puerto. Toussaint llegó a El Cabo e invitó a Hédouville bajar a tierra, pero este no aceptó y marchó a Francia, acompañado de unos mil funcionarios, blancos, mulatos y antiguos negros libres, que detestaban a Toussaint y a sus generales ex esclavos. La municipalidad y los ciudadanos se apresuraron a dar la bienvenida a Toussaint y agradecerle por el restablecimiento del orden.

Había cruzado el Rubicón y, al día siguiente, Toussaint, en un discurso público en Fort Liberté, reafirmó audazmente su autoridad.

En el mismo momento en que he expulsado a los ingleses de la colonia [...] Hédouville selecciona a un negro para destruir al valiente general Moïse y al Quinto Regimiento, que tanto contribuyeron a la evacuación de nuestros enemigos de la colonia. Es a ellos a quienes ustedes querían matar. Y cuando los hubieran matado, ¿no saben que hay miles de negros valientes detrás de ustedes que hubieran vengado al



bravo general Moïse y al Quinto Regimiento? ¿No se dan cuenta de que arriesgaron la masacre de todos estos infelices europeos y sus esposas e hijos? [...] ¿Qué diría Francia? [...]

Reinstalo a Moïse a sus anteriores funciones. [...] Quien recurre a la espada perece por la espada. [...] Hédouville dice que estoy en contra de la libertad, que me quiero rendir a los británicos, que quiero independizarme; ¿quién debe amar más la libertad, Toussaint L'Ouverture, esclavo de Bréda, o el general Hédouville, ex marqués y Caballero de la Orden de San Luis? Si deseara rendirme a los ingleses, ¿los hubiera expulsado? [...] Recuerden que existe un solo Toussaint L'Ouverture en Saint-Domingue, y que cuando se pronuncia su nombre, todo el mundo tiembla.

He aquí un nuevo Toussaint. No tenía deseos de romper con Francia, pero Hédouville, que la representaba, había sido nada más que una fuente de agitación y desorden. Por esa razón gobernaría. Esa noche cenó con Moïse y se expresó a cabalidad en un largo monólogo. Es una de las pocas ocasiones en que tenemos conocimiento de lo que pensaba.

Hédouville ha difundido que va a Francia a reunir fuerzas para regresar. [...] No quiero luchar contra Francia. He salvado a este país para ella hasta hoy, pero si viene a atacarme, me defenderé.

¿No sabe el general Hédouville que en las montañas de Jamaica hay negros que han obligado a los ingleses a pactar con ellos? Bueno, yo soy negro así, sé cómo guerrear y tengo además otras ventajas que ellos no tenían porque puedo contar con ayuda y protección.

Toussaint claramente se refería a los británicos. Y aunque sabía que los ingleses aprovecharían de inmediato la oportunidad de aliarse con él, solo establecería una alianza si los franceses lo atacaban.

«Finalmente», dijo a Moïse y al resto de los acompañantes, «hice lo que debía hacer. No tengo nada que reprocharme. Me río de lo que diga Hédouville y puede venir cuando quiera».

Es la misma nota de responsabilidad personal que cuando embarcó a Sonthonax. Trabajaba solo, tomando sus decisiones sin la asesoría o la asistencia de nadie, y sus oficiales, soldados y ex esclavos lo seguían ciegamente.

¿A dónde se encaminaba? No lo sabía. En su mente poderosa, sin la ayuda de la experiencia o la educación, buscaba una relación satisfactoria con Francia, en la cual se mantuviera la conexión para el beneficio mutuo, pero que, no obstante, le permitiera gobernar como todos aquellos comisarios, agentes y otros no habían logrado hacerlo. La encontraría en breve. Entretanto mandó a Vincent a entrevistarse con Roume en la parte española de la isla para solicitarle que asumiera el cargo que Hédouville dejara vacante hasta que llegaran instrucciones de París. Pero ya Roume era comisario. Cuando Hédouville salió de Francia, el Directorio estaba tan inseguro del recibimiento y de su futuro que le confió a un miembro

de su Estado Mayor un sobre sellado para que se abriera solo en caso de muerte o ausencia forzada de la isla. Cuando lo abrieron, contenía el nombramiento de Roume. Por tanto, este fue instalado como el sucesor de Hédouville. El fiel Vincent, que aprobaba totalmente la expulsión de Hédouville, fue enviado a París a presentar los despachos y explicaciones de Toussaint.<sup>19</sup> En su informe, Toussaint acusó a Hédouville de servir a los intereses del partido que fuera derrotado el 18 de fructidor. Una y otra vez se refirió a este golpe de Estado. Las maquinaciones de Vaublanc y los emigrados eran las obsesiones recurrentes de Toussaint y los ex esclavos.

Naturalmente, Hédouville llegó a París antes que Vincent.

El Directorio supo por él<sup>20</sup> que la colonia estaba prácticamente perdida para Francia, y que solo había una oportunidad de salvarla:

La exportación de azúcar y café por parte de barcos ingleses y estado-unidenses harán que el dinero fluya en la colonia, y él [Toussaint] no dejará de atribuir este estado de cosas a la sabiduría de su gobierno.<sup>21</sup> Estoy convencido de que tarde o temprano esta isla preciosa escapará a la dominación francesa. No me atrevo a proponer la medida que ustedes adoptarán para debilitar el poder de los que tienen el control, pero si el momento no está aún maduro para tomar medidas enérgicas, quizás les parezca conveniente crear los gérmenes de la división entre ellos, para agudizar el odio que existe entre los mulatos y los negros, y para poner a Rigaud contra Toussaint. No puedo garantizar la pureza de las intenciones del primero, pero, con justicia hacia él, puedo asegurarles que solo tengo palabras de admiración sobre su conducta. Ustedes tendrán prueba de esto en su correspondencia. Si yo hubiera podido contar totalmente con él, no hubiera vacilado en ir al Sur a pesar de la incertidumbre de navegar hasta allá sin ser interceptado por los ingleses [...].

Aunque los prejuicios raciales persistían, no había hostilidad entre Toussaint y Rigaud. Las propias palabras de Hédouville muestran que él la creó deliberadamente, e incluso que entonces no estaba seguro de Rigaud. Antes de que expusiera su plan ante el Directorio, él había actuado: le escribió una carta a Rigaud relevándolo de su obediencia a Toussaint y autorizándolo a tomar posesión de los distritos de Léogâne y Jacmel, incorporados al Sur mediante un decreto que aún no estaba en vigor. Esperaba que esto iniciara la conflagración y la mantendría viva hasta que Francia estuviera lista. Hédouville y sus superiores pertenecían a la misma camada de Maitland y los suyos. Sin inhibiciones, se revolcaban con fruición en el pestilente pantano de sus concepciones y necesidades

<sup>19</sup> Archives Nationales, A.F. III, 210

<sup>20</sup> Informe de frimario, año VII, Archives Nationales, A.F. III, 210.

<sup>21</sup> ¿Por qué no?

políticas, como parte del mismo liderazgo de su sociedad, aunque como verdadera escoria de la civilización humana y de las normas morales. El historiador que justifique ese tipo de conducta mediante las referencias al supuesto espíritu de la época, o mediante la omisión o el silencio, demuestra con ello que su recuento de los acontecimientos no es confiable. Hédouville, después de todo, era resultado de la gran Revolución Francesa. Voltaire y Rousseau fueron muy famosos, y habían muerto antes de que comenzara la Revolución. Jefferson, Cobbett, Paine, Clarkson y Wilberforce ya habían levantado estandartes y vivido vidas que, para Maitland y los de su especie, los convertían en enemigos subversivos de la sociedad. Tenían sus razones, como también las tienen sus contrapartes en la actualidad, esos que llenan nuestros periódicos y nuestras transmisiones de radio. Este tipo de personas está siempre entre nosotros, también lo están sus defensores.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## TOUSSAINT TOMA EL PODER

En sus doce años de actividad política, nacional e internacional, Toussaint solo cometió un error, el que puso fin a su carrera. Tuvo la capacidad de vislumbrar con prontitud las necesidades estratégicas y no vaciló nunca en poner en práctica las políticas que estas requerían. Ahora que había sacado del medio a Hédouville, representante oficial del Gobierno francés y su superior reconocido, llegó a la conclusión de que tenía que aplastar el Estado mulato de Rigaud. El mayor peligro en ese momento era una expedición militar francesa, y resultaba suicida permitir que Rigaud y sus mulatos mantuvieran el control del Sur y del Oeste. Con certeza le darían la bienvenida a una fuerza francesa y arruinarían el Estado negro.

Es fácil hacerse un mal juicio sobre Rigaud. Para él, Francia era aún la madre patria, que hizo hombres libres a mulatos y negros. «Sufro al ver esto, el golpe más cruel que le ha sido nunca propinado contra aquellos de nosotros a quien la Revolución volvió a la vida. El Directorio verá desaparecer su autoridad en esta colonia. Toda Francia creará que deseamos *hacer-nos independientes*,<sup>1</sup> como ya lo dice y lo cree una multitud de tontos».

Rigaud le envió su renuncia a Toussaint. Si era aceptada, entonces, inevitablemente, Beauvais lo sustituiría, y quizás Beauvais, Toussaint y Roume serían capaces de lograr la unidad. Rigaud suplicó: «Él [Roume] sin duda le consultará acerca de mi sucesor. Una vez más le doy seguridad, ciudadano general, de mi fidelidad a Francia y de mi respeto e inmaculada consideración hacia su persona». Desperdiciar toda esa valentía, dedicación y nobles sentimientos en burgueses corruptos y rapaces que todavía eran, a los ojos del confundido Rigaud, los abanderados de la libertad y la igualdad.

<sup>1</sup> Énfasis de Rigaud.

Roume se negó a aceptar la renuncia de Rigaud, por lo que la guerra civil era inevitable. En el paquete donde estaba el nombramiento de Roume había otros dos. ¿Qué contenían? No lo sabemos, pero bien pudieron ser las instrucciones de mantener separadas a toda costa a las dos partes. Roume no quería la guerra, pero actuaba como si su misión fuera impedir un entendimiento entre ellas.

El intento de Rigaud de renunciar —pensaba marcharse a Francia— y el tono de su carta a Toussaint, demuestran cuán inseguro estaba. Pero el gobierno francés hizo hábilmente su trabajo diabólico. Hédouville sugirió que el Directorio debía culparlo públicamente a él por la división, a fin de no alarmar a Toussaint. El Directorio expresó a Toussaint que lamentaba el regreso de Hédouville a Francia, pero le aseguró que mantenía su confianza en Toussaint. Sin embargo, Bruix, el ministro colonial, le escribió una cordial carta a Rigaud.<sup>2</sup> Talleyrand, ministro de Asuntos Exteriores, les escribió cartas alentadoras tanto a Toussaint<sup>3</sup> como a Rigaud<sup>4</sup>. Así mantenía Francia el caldero hirviendo alegremente.

Maitland se marchó de Saint-Domingue en octubre o noviembre de 1798, y el 12 de diciembre se publicó lo siguiente en el *London Gazette*.

Ningún acontecimiento ha tenido lugar en la historia de esta guerra de mayor interés para la causa de la humanidad, o para los intereses permanentes de Gran Bretaña, que el tratado firmado entre el General Maitland y el general negro Toussaint acerca de la evacuación de Saint-Domingue.

Mediante este tratado, de hecho, se reconoce la independencia de esa valiosa isla, y estará segura contra todo intento de Francia por recobrarla. No solo sin los gastos a expensas de Inglaterra en cuanto a fortificaciones o ejércitos, sino también con el beneficio de haber obtenido su comercio exclusivo.

Toussaint L'Ouverture es un negro, y en la jerga de la guerra ha sido calificado de bandido. Pero según todas las informaciones, es un negro nacido para reivindicar a su especie y para demostrar que el carácter de los hombres es independiente del color de su piel. Los últimos acontecimientos en Saint-Domingue pronto atraerán la atención del público. Son tan propicios como para complacer a todas las partes. Es algo grande rescatar a esta formidable isla de las garras del Directorio, porque una vez que hubiera recobrado su posición, habría amenazado incesantemente, y quizás atacado, nuestras posesiones más preciadas en las Indias Occidentales; adicionalmente, se

<sup>2</sup> 4 de ventoso, año VII (22 de febrero de 1799). Archives du Ministère de la Guerre. B.<sup>7</sup> 1.

<sup>3</sup> H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint L'Ouverture*, vol. II, p. 148.

<sup>4</sup> 19 de germinal, año VIII (18 de abril). Archives du Ministère de la Guerre. B.<sup>7</sup> 1.

ha ganado un punto importante para la causa de la humanidad con el hecho de que se haya constituido y organizado un dominio negro en las Indias Occidentales bajo el mando de un jefe o rey negro. Que la raza negra, a quien, para su infamia, el mundo cristiano se ha acostumbrado a degradar [...]. Cada británico liberal se sentirá orgulloso de que este país propicié la feliz revolución [...].

Tras haber sido expulsados de la isla en septiembre, los británicos posaban en diciembre como los autores de «la revolución feliz» y expresaban júbilo por la libertad de un pueblo que, para esclavizarlo, acababan de perder a cien mil hombres. Además de calmar la vanidad nacional, esta noticia falsa sería, por supuesto, leída por el Directorio. Maitland, quien colocara otra cuña entre Toussaint y los franceses, se disponía entonces a marchar a los Estados Unidos para negociar con ese país la repartición del comercio.

Harcourt había sido enviado con antelación a Saint-Domingue, pero Toussaint no quería negociar con los británicos. Enfrentó a Harcourt por la noticia aparecida en la prensa. Harcourt le dio una respuesta evasiva y cometió la increíble estupidez de decirle a Toussaint que los británicos estaban entablando esas negociaciones con él «no tanto para obtener ventajas militares o comerciales sino para expresarle su satisfacción por su buena fe y puntualidad en la ejecución de sus compromisos».<sup>5</sup>

Cuando Maitland llegó a los Estados Unidos se encontró con que Toussaint había estado haciendo sus propios arreglos con el gobierno estadounidense. El presidente ya había autorizado un acuerdo comercial y nombrado un representante comercial en Saint-Domingue. Nadie había hecho sufrir más a los negros que los capitalistas de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Fueron los predicadores más pertinaces de los prejuicios raciales en el mundo. No obstante, los estadounidenses competían con los británicos en las alabanzas al negro Toussaint y al comercio de Saint-Domingue. John Hollingsworth, de John Hollingsworth and Co., escribió a Toussaint en los siguientes términos: «En usted deposito mi máxima confianza implícita y tengo, además, el placer de añadir que, según la información de que dispongo, esto es generalizado, lo que para mí no es poco consuelo puesto que he defendido las negociaciones propuestas con todo mi afán».<sup>6</sup>

Cuando los agentes británicos supieron lo lejos que había llegado Toussaint con los estadounidenses, se olvidaron de su planteamiento de que solo negociaban para complacer a Toussaint, se volvieron agresivos y amenazaron con que si sus barcos no eran admitidos en los puertos sobre la base de iguales términos que los estadounidenses, los cruceros británicos bloquearían la isla. Ese era el dilema de Toussaint: Francia estaba en

<sup>5</sup> Sobre estas negociaciones, véase la correspondencia de Toussaint incautada por los franceses. Archives du Ministère de la Guerre. B.<sup>7</sup> 1.

<sup>6</sup> Archives du Ministère de la Guerre. B.<sup>7</sup> 1.

guerra con Gran Bretaña; como todos los negros franceses, detestaba a los británicos. Pero la economía de Saint-Domingue estaba al borde del colapso, y aunque trató de evadir un tratado comercial con los enemigos de Francia, al final tuvo que admitir a los barcos británicos —con bandera estadounidense o española— en los puertos de Saint-Domingue. Roume le sugirió que arrestara a Maitland, lo cual hubiera sido muy fácil. Toussaint se negó. En su lugar, le leyó a Maitland la carta de Roume y su respuesta a este, en la que rechazaba airadamente la vil sugerencia. Maitland quedó muy impresionado.

Toda esta negociación era irregular desde cualquier punto de vista. Maitland sabía que Toussaint no tenía autoridad. Toussaint sabía que no tenía ninguna. Con la paz todos estos problemas se resolverían. En cualquier caso, hacer tratos con Gran Bretaña, que estaba en realidad en guerra con Francia, era algo peligroso, pero fue un acto sabio y valiente como estadista. Incluso Roume, el agente del gobierno francés a quien Toussaint colocó en una situación muy difícil, tenía que admitir que estaba justificado. El propio Directorio aprobó el acuerdo con los Estados Unidos en *Le Moniteur* del 26 de vendimiario, año VIII (19 de octubre de 1799).<sup>7</sup> Toussaint no trató de guardar el secreto. Admitió abiertamente que existían cláusulas secretas en el acuerdo —promesas de no atacarse mutuamente—, pero esas cláusulas eran necesarias para la preservación de Saint-Domingue y no constituían una traición a Francia.<sup>8</sup> Incluso Rigaud se unió al coro de elogios: «Aunque mis enemigos, siempre tratando de dañarme, se las han arreglado para disminuir su amistad hacia mí, no por ello admiro menos su talento y su mérito. [...] Le ofrezco mi tributo de admiración, como se merece».

Pero el comercio con los Estados Unidos no hubiera podido ser acordado sin el consentimiento de los británicos. Sin embargo, Rigaud no dijo nada al respecto. Por otra parte, Toussaint excluyó del acuerdo los puertos del Sur. Y aún antes de su firma con Maitland el 13 de junio de 1799, tomó una vez más la ofensiva contra Rigaud.

Con pasión conmovedora, Rigaud se defiende en una proclama pública de las acusaciones de no querer obedecer a Toussaint porque este era negro.

Realmente, si yo hubiera llegado al punto de no querer obedecer a un negro, si tuviera la presunción estúpida de creerme por encima de esa obediencia, ¿sobre qué base podría yo esperar obediencia por parte de los blancos? ¿Qué ejemplo atroz les estaría dando a mis subordinados? Además, ¿hay tanta diferencia entre mi color y el del Comandante en Jefe? ¿Es el matiz, más o menos oscuro, el que instila los

<sup>7</sup> Beaubrun Ardouin: *Études sur l'histoire d'Haïti*, París, 1853, vol. IV, p. 46.

<sup>8</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. II, pp. 151-152. El acuerdo es reproducido en su totalidad por Victor Schoelcher: *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, pp. 416-419.



principios filosóficos o le confiere el mérito a un individuo? Y si un hombre tiene un color más claro que otro, ¿se desprende que uno tenga que obedecerlo en todo? ¡Que no estoy dispuesto a obedecer a un negro! Toda mi vida, desde la cuna, he obedecido a los negros. ¿No es mi nacimiento igual al del general Toussaint? ¿No es negra la madre que me trajo al mundo? ¿No tengo un hermano mayor negro, a quien siempre le he profesado un profundo respeto y a quien siempre he obedecido? ¿Quién me inculcó los principios básicos de la educación si no fue el maestro negro en el poblado de Les Cayes? ¿No está claro que he estado acostumbrado a obedecer a los negros toda mi vida? Y todo el mundo sabe que las primeras reglas permanecen eternamente grabadas en nuestros corazones. He consagrado mi vida a la defensa de los negros. Desde el comienzo de la Revolución lo he enfrentado todo por la causa de la libertad. No he traicionado mis principios y nunca lo haré. Además, creo demasiado en los Derechos del Hombre para pensar que en la naturaleza un color es superior a otro. Reconozco al hombre solo como hombre.

Estas palabras no podían haber sido escritas antes del 14 de julio de 1789. Como verdadero hijo de la Revolución, a Rigaud le lastimaba el alma que alguien pudiera pensar que su disputa con Toussaint se debía al color de la piel. Toussaint sentía lo mismo, y aunque acusaba a los mulatos de conspirar en su contra, no aceptaba que él los odiara y señalaba el gran número de ellos que combatían en su ejército contra Rigaud.

Sin duda, las susceptibilidades, los celos que originan las diferencias del color de la piel, se manifiestan a veces en una magnitud irracional, pero las exigencias del servicio y la severa disciplina han fusionado más que nunca los tres colores en las filas del ejército. El mismo estado de cosas existe en la administración civil, y esta es una de las consecuencias más felices de la igualdad política consagrada por los principios de la Revolución. No son, entonces, las rivalidades del color de la piel la causa inicial del conflicto que ahora comienza, aunque lo compliquen y se convierten así en uno de sus elementos, como cuando muchos oficiales mulatos, en varias partes del país, se pusieron del lado de Rigaud, y Toussaint tuvo que tratarlos como traidores [...].<sup>9</sup>

Esta es la opinión del señor Pauléus Sannon, haitiano, y nadie ha escrito con mayor sabiduría y profundidad sobre la Revolución de Saint-Domingue y Toussaint L'Ouverture. Con mucha claridad también considera que los mulatos son una clase intermedia típica, con toda la inestabilidad política propia de esa clase.

Frecuentemente se observa que entre los mulatos siempre hubo una tradición política y una disposición particular que tendía a hacerlos

<sup>9</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. II, p. 140.

susceptibles a todas las esperanzas y ansiedades que emanaban de los acontecimientos públicos. Esta actitud mental dio lugar a que la lucha entre los jefes militares asumiera todas las características de una guerra racial.

Y concluye:

Toussaint L'Ouverture no detestaba a los mulatos más que lo que Rigaud odiaba a los negros. Y si cada uno de ellos se defendía malamente de profesar los sentimientos contrarios que recíprocamente se atribuían, era porque ambos necesitaban la fuerza unificada de un partido en conflicto, en un lugar donde los partidos se confundían con las clases, y las clases se confundían con el color de la piel.

Por un momento Toussaint pensó que podía lograr que Beauvais se pasara a su lado y que, con esto, se mantuviera la unidad de la colonia. Publicó una proclama en la que atacaba a Rigaud y elogiaba a Beauvais. A pesar de que su carácter amistoso lo hacía tan querido por todos, Beauvais desempeñó un papel miserable en esta crisis. Si se hubiera declarado audazmente de parte de Toussaint, Rigaud no hubiera podido pelear en absoluto. Tales eran la influencia e importancia estratégica de Beauvais. Si se hubiera pronunciado por Rigaud, Toussaint habría estado en grave peligro. Pero la disputa de clase y los sentimientos raciales eran tan triviales al comienzo de la lucha, que Beauvais, mulato de mulatos, no podía decidirse. Finalmente, abandonó su puesto y embarcó hacia Francia, honesto hasta las últimas consecuencias e incapaz de asumir posiciones en esta lucha fratricida, alimentada con malicia por los eternos enemigos de la paz en Saint-Domingue.

Rigaud atacó primero y tomó Petit-Goâve. Pero este magnífico soldado, tan genial contra los británicos, al mismo tiempo audaz, tenaz y cuidadoso, estuvo muy mal en esta campaña crucial.

Mientras Rigaud vacilaba y se volvía hacia Francia, Toussaint no buscaba nada en ella. Envío a Dessalines al Sur y él viajó al Norte para aplastar la revuelta. Los antiguos negros libres del Norte se habían sumado a la rebelión de Rigaud. Incluso Pierre Michel, viejo esclavo, se unió a la lucha contra Toussaint y fue ejecutado. Los rebeldes retrocedieron ante las acciones de Toussaint y su despiadada ejecución de los traidores. «Castiguen incluso con la muerte a los que intenten el menor movimiento».

A pesar de la vacilación de Rigaud, al inicio el Sur mulato combatió magníficamente. Se elevó su orgullo, y su amargura era comprensible. El viejo odio entre mulatos y negros aún existía, aunque Toussaint se había esforzado por moderarlo. Los hermanos Rigaud y los otros líderes mulatos tenían un excelente historial de éxitos militares y administrativos desde los primeros días de la Revolución. Los logros de Rigaud contra los británicos eran casi tan admirables como los Toussaint. La moral de la población mulata era alta: cuando los británicos asediaban los poblados,

las mujeres corrían entre las trincheras asistiendo a los hombres con una valentía y una despreocupación que demostraban su temple revolucionario. Todos los mulatos eran leales a la República. Rigaud había fusilado sin piedad a los mulatos traidores, aun cuando las mujeres mulatas le suplicaran de rodillas que los perdonara. También deportó a los emigrados blancos. Para los mulatos, Toussaint, engañado por los antiguos blancos a los que ellos odiaban, y vendido a los británicos, contra quienes habían derramado tanta sangre, era, a la vez, un traidor a la República y un tirano que trataba de establecer la dominación negra. Pelearon como tigres.

El destino de la guerra dependía, en definitiva, de Jacmel, bloqueada por tierra y por mar. La ciudad resistió durante cinco meses al mando de Pétion, un oficial inusualmente capaz, desertor de las filas de Toussaint. Los sitiados comieron caballos, perros, gatos, ratas, cueros viejos, la hierba de las calles, hasta que no hubo nada más que comer. Rigaud, extrañamente inactivo, luchaba de manera indecisa, esperando por Francia. Jacmel no pudo continuar resistiendo. La guarnición, hambrienta, se abrió paso entre los hombres de Dessalines; y la total victoria de Toussaint se acercaba.

Bonaparte, triunfante en la lucha interna de la burguesía por el poder, estaba aún demasiado ocupado en Europa para lidiar con Saint-Domingue. Hédouville le aseguró que Toussaint estaba vendido a los británicos. La conversación de Toussaint con Moïse había sido copiada por un secretario blanco<sup>10</sup> y enviada a Francia. El informe de Vincent,<sup>11</sup> sin embargo, era completamente favorable a Toussaint. Esto no cambió los planes de Bonaparte, pero, por el momento, Toussaint tenía que ser complacido. Napoleón nombró una nueva Comisión, integrada por Vincent, Raimond y el general Michel, para establecer la paz entre los combatientes. Bonaparte fue informado por Vincent de que Toussaint era el protector de los europeos, y lo que era mucho más importante, el hombre más poderoso de la colonia. Confirmó a Toussaint en su puesto de Comandante en Jefe y Gobernador, pero de manera cuidadosa evitó tomar partido en la disputa. No le escribió directamente a Toussaint, sino que envió a los ciudadanos de Saint-Domingue una carta en nombre de los cónsules asegurándoles su libertad pero notificándoles que las colonias ya no estarían representadas en el Parlamento francés pues serían gobernadas mediante «leyes especiales». Les pidió que las banderas del Ejército llevaran una inscripción en que constara que debían a Francia su libertad.

Cuando Vincent desembarcó en Saint-Domingue, los sentimientos raciales estaban exacerbados. Por toda la colonia mulatos y negros hablaban

<sup>10</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. II. Véanse las notas de las pp. 121 y 126.

<sup>11</sup> *Précis sur l'état actuel de la colonie de Saint-Domingue*. Archives Nationales, A.F. III, 1187.

de que la guerra había sido encendida por los blancos para debilitarlos a ambos y restablecer la esclavitud.<sup>12</sup> Los blancos se colocaron del lado de Toussaint, pero se disgustaron cuando fueron reclutados para el Ejército y obligados a pelear contra Rigaud. Los trabajadores agrícolas negros estaban ya hartos de los comisarios que venían de Francia y no querían ser gobernados por ningún blanco; que los gobernara Toussaint, decían. Moïse, a quien no le gustaba Vincent, lo arrestó. Este último sufrió grandes privaciones y estuvo a punto de ser fusilado por sus guardianes. Toussaint le pidió excusas, pero resultaba muy difícil que el arresto pudiera haberse llevado a cabo sin sus órdenes, aunque las indignidades infligidas se debieron probablemente al racismo.

Toussaint estaba satisfecho de haber sido confirmado por el nuevo régimen en su puesto de Comandante en Jefe. En la guerra de proclamas que libraba con Rigaud, este era un argumento incontrovertible contra la acusación de que era traidor a Francia. Pero la vaguedad de la carta confirmaba sus peores sospechas. ¿Cuáles eran estas «leyes especiales»? ¿Por qué Bonaparte no le escribió personalmente a él? Se negó a inscribir las palabras en la bandera.

Sin embargo, la prioridad era la guerra. Los habitantes del Sur comenzaban a cansarse de la lucha. Toussaint pensó que alguien debía ir a visitar a Rigaud, y le preguntó a Vincent si se atrevía a hacerlo. La respuesta fue afirmativa, pero Toussaint se sintió avergonzado. Temía una trampa. Fue en esta oportunidad que Vincent notó por primera vez que su presencia desagradaba a Toussaint.<sup>13</sup>

No obstante, Vincent fue a visitar a Rigaud. El gobernante del Sur, por tantos años solo segundo ante Toussaint en la historia de Saint-Domingue, actuaba como un hombre distraído. Durante la entrevista, el odio contra Toussaint anulaba su razonamiento, y parecía estar al borde del suicidio. ¿Cómo Francia pudo confirmar al traidor en su puesto? Continuaría su resistencia. Pero ya Rigaud no disfrutaba de la confianza de sus seguidores. Vincent no solo era emisario de Toussaint, era un representante de Francia, y la población le dio la bienvenida por su visita. ¿Por qué debían continuar peleando? ¿Por qué entonces lucharon? Incluso, durante la tregua que Vincent negoció, los habitantes de un pueblo, St. Louis, recibieron a Dessalines y a sus oficiales y los invitaron a cenar. En aquellos momentos Vincent temía por su vida, tan violentos resultaban la rabia y el desaliento del traicionado y engañado Rigaud. Él planeaba volar Canaillon, la capital oficial del Sur, pero el capitán de la guarnición se negó. Dándose cuenta finalmente de que todo había terminado, el infortunado Rigaud levó velas con destino a Francia, rehusando así reunirse con Toussaint. El barco naufragó y llegó a París el 7 de abril de 1801. Se reunió con Bonaparte,

<sup>12</sup> *Précis de mon voyage à Saint-Domingue*, 20 de pluvioso, año X, Archives Nationales, A.F. IV, 1212.

<sup>13</sup> *Ibíd.*

que escuchó en silencio su largo relato y le dijo entonces: «General, solo lo culpo de no haber resultado victorioso».

Durante los años de su historia como Estado independiente, los mulatos y los negros de Saint-Domingue han librado una incesante la lucha de clases, en ocasiones al nivel de guerra civil, como es usual en todas las sociedades, sean estas homogéneas o no en cuanto a la raza. Pero ante la más mínima amenaza de invasión extranjera, siempre le han presentado al enemigo un frente sólido. Esta lección la aprenderían mediante la dura experiencia. Sin embargo, nunca hubo oportunidad más favorable para llegar a un arreglo que al inicio mismo de esa historia, bajo hombres tales como Toussaint y Rigaud, entre los cuales existió una gran y mutua admiración hasta la llegada a la isla de Hédouville. No nos ocupa el papel desempeñado por Hédouville. El error fatal fue de Rigaud. No alcanzó a ver tan lejos como Toussaint cuando este, amable pero firmemente, rehusó hacer el papel de mosca ante la araña de Maitland.

Con su victoria en agosto de 1800, Toussaint solo resolvió la mitad del problema. Hasta ese momento, se había distinguido por su humanitarismo hacia los oponentes derrotados y su política conciliatoria con los enemigos, incluso los emigrados blancos, a quienes todo el Saint-Domingue republicano odiaba y desconfiaba. Pero las guarniciones en el Sur, las oficiales, eran aún mulatas. Dejarlas tal cual eran, después de los rencores de la guerra civil, significaba que si desembarcaba una expedición francesa sería recibida con mayor agrado que bajo Rigaud. Setecientos de los mejores soldados de Rigaud marcharon a Cuba antes de servir bajo Toussaint. Este le pidió a Clairveaux, uno de los comandantes mulatos, que gobernara el Sur. Era una concesión a los sentimientos de los mulatos, pero Clairveaux se negó. Así, desafortunadamente, la tarea de la pacificación recayó en Dessalines.<sup>14</sup>

Toussaint no confiscó las propiedades, ni siquiera a aquellos que fueron seguidores de Rigaud y abandonaron la colonia. Les concedió a los trabajadores agrícolas negros la cuarta parte de los ingresos de estas plantaciones; entregó la mitad al tesoro público y la otra cuarta parte la conservó para los dueños. Contra él habían conspirado mujeres mulatas, pero incluso durante la guerra, dijo que no combatía contra mujeres, que no le prestaría mucha atención a su «cacareo»; y que si se les hallaba culpables, simplemente las encarcelarían y velaría por que ningún daño les ocurrieran. A lo largo de las privaciones de la guerra y durante el período inmediatamente posterior, las trató con especial cuidado. Pero no podía confiar en el ejército que Rigaud había creado, que era leal a Rigaud como el suyo le era leal a él. Por tanto, a pesar de la amnistía, le ordenó a

<sup>14</sup> Era el comandante de la Provincia Occidental, pero el Sur estaba subordinado a él.

Dessalines que purgara las tropas. Trescientos prisioneros en Léogâne fueron fusilados, y otros cincuenta en Port-Républicain, casi todos oficiales. Toussaint tenía que ponerle fin a aquello. «He dicho que se podara el árbol, no que se arrancara de raíz». Teniendo en cuenta lo sucedido, fue singularmente humano.<sup>15</sup> Pero la población del Sur estableció la paz sobre la base de la palabra de Toussaint, quien tenía reputación de no romperla nunca. Había combatido contra los británicos y los españoles y observaron estrictamente las reglas de la guerra. Muchos emigrados blancos, traidores a su país, ahora disfrutaban de sus plantaciones y vivían feliz y pacíficamente bajo su protección después de cuatro años de servicio en el ejército británico. Mientras, el Sur veía a los hermanos Rigaud expulsados, y fusilados a sangre fría por los soldados de Toussaint a los hombres que habían derramado su sangre por la República contra esos mismos blancos. En los corazones de los mulatos del Sur se encendía el rencor contra Toussaint y Dessalines. Toussaint sabía lo que había hecho y el peligro que entrañaba. Pero no pudo evitarlo. A toda costa tenía que tener en el Sur un ejército en el que pudiera confiar cuando desembarcara la expedición francesa.

El Sur estaba ahora bajo control. El nuevo punto peligroso que había que salvaguardar era la parte española de la isla. Bonaparte le prohibió expresamente a Toussaint que anexara la colonia. Ello hubiera convertido a Toussaint en el amo de toda la isla, sus recursos y sus fortificaciones. Mas esa era justo la razón por la cual él iba a incorporarla. No dejaría este flanco expuesto a la expedición francesa.

Hasta el momento, Roume había apoyado a Toussaint contra Rigaud. Incluso cuando la Comisión integrada por Vincent, Raimond y Michel estaba aún en camino, Roume les había escrito en privado<sup>16</sup> para expresarles su admiración por Toussaint, su fe en él y el temor de que el poder pudiera subírsele a la cabeza, pero confiaba en que no se embarcaría en la loca aventura de la independencia. Roume tenía instrucciones secretas de alentar a Toussaint para que atacara a Jamaica.<sup>17</sup> Esto ataría aún más las manos a Toussaint y provocaría una clara ruptura con Gran Bretaña.

<sup>15</sup> Se ha planteado reiteradamente que Toussaint masacró a miles de mulatos. Eso es una divina merced para los historiadores hostiles a la raza negra. Desafortunadamente para ellos, no es verdad. Si existió un hombre que odiara a Toussaint, ese fue el historiador mulato Joseph Saint-Rémy, que recolectó todo lo malo que pudo encontrar sobre Toussaint en la biografía que hizo de él. Sin embargo, Saint-Rémy, haitiano, que escribió su obra en 1850, recoge que «la moderación de L'Ouverture fue asombrosa después de su triunfo». La cifra de Lacroix de diez mil mulatos asesinados es simplemente falsa. Para una discusión de esta mentira frecuentemente repetida, véase Victor Schoelcher: *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, pp. 268-269.

<sup>16</sup> Antoine Michel: *La mission du général Hédouville*, p.139

<sup>17</sup> Carta de ventoso, año VII, Archives du Ministère des Colonies.



Roume le propuso el esquema a Toussaint, pero este, aunque no se opuso,<sup>18</sup> no iba a enredarse con Gran Bretaña para complacer a Francia. Se enviaron emisarios a Jamaica para estimular una revuelta, aunque no está claro si fue Roume o Rigaud quien los envió. Sin embargo, los británicos se encolerizaron tanto que confiscaron el armamento que Toussaint estaba transportando por mar para el sitio de Jacmel. Toussaint protestó inmediatamente, los británicos le pagaron un millón y medio de francos como compensación y se restablecieron las buenas relaciones.<sup>19</sup> Toussaint estaba decidido a no pleitear con los británicos, y los británicos estaban decididos a no pleitear con Toussaint. Había fracasado el esquema para involucrar a Toussaint en Jamaica. El choque se produjo con Santo Domingo.

Los españoles aún tenían el control; Roume, antes de suceder a Hédouville como comisario, había sido una especie de ministro residente. Durante los últimos días de diciembre, mientras estaba todavía sitiando a Jacmel, Toussaint pidió autorización a Roume para anexar la colonia. Dijo que los españoles se estaban robando a los negros de la parte francesa de la isla y los estaban vendiendo como esclavos. Esto era verdad, aunque obviamente constituía solo un pretexto. Roume se había esforzado, pero ya no podía seguir apoyando a Toussaint porque las órdenes de Bonaparte eran estrictas. Roume tenía que defenderse, y como Toussaint había permitido la presencia de representantes comerciales británicos en Saint-Domingue, Roume publicó una proclama en la que le pedía a Toussaint que los expulsara de la colonia y probara que eran falsas las acusaciones de deslealtad a Francia. Toussaint se negó y Roume exigió el permiso para regresar a Francia. Toussaint podría haber atacado el lado español de la isla, pero tenía el cuidado que tienen los dictadores de legalizar sus actos más arbitrarios. Quería la autorización de Roume. De repente, algunos miles de negros, movilizados por los agentes de Toussaint, principalmente Moïse, marcharon sobre El Cabo, amenazando con saquear la ciudad si Roume no firmaba el decreto que salvaría a sus hermanos de la esclavitud. Roume se rehusó. Durante casi una quincena El Cabo vivió con el temor a la destrucción. Para quitarlo del medio, Moïse dispuso que Vincent fuera a Môle St. Nicolas. Los trabajadores agrícolas negros, aunque intransigentes, fueron disciplinados y mantuvieron perfecto orden. Finalmente, Toussaint llegó y le exigió a Roume que firmara. «Mi decisión está tomada», respondió Roume. «Francia me vengará». Toussaint lo amenazó: «Si usted no firma el decreto [...] será el fin de todos blancos en la colonia, y entraré en territorio español a sangre y fuego». Roume firmó, pero le escribió en secreto al gobernador español recomendándole que no le entregara la colonia a los agentes de

<sup>18</sup> Victor Schoelcher: Ob. cit., notas en pp. 270-271.

<sup>19</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. II, p. 207.



Toussaint. Este lo arrestó y lo envió a Dondon, donde, con su esposa y sus dos hijas, fue puesto bajo supervisión. Entonces, con la autorización oficial de Roume, marchó con Moïse sobre Santo Domingo. Las tropas españolas fueron derrotadas, y el 21 de enero de 1800, el gobernador español entregó formalmente la colonia.

Toussaint utilizó sus tradicionales métodos conciliatorios. Nombró al mulato Clairveaux gobernante de la provincia, y a su hermano Paul comandante de la guarnición de Santo Domingo. Dirigió a los habitantes proclamas en las que prometía la amnistía general, y estas fueron observadas escrupulosamente.

Ahora era amo absoluto de la isla, un territorio casi tan extenso como Irlanda, y se había convertido en tal en menos de diez años. «Encuentro una colonia desmembrada, en ruinas, invadida por los bandidos de Jean François, por los españoles y por los ingleses, que se pelearon por las sobras. Actualmente se encuentra purgada de enemigos, en calma, pacificada y avanzada hacia su recuperación total». Se jactaba de esto tras la partida de Maitland. Ahora era más cierto que nunca.

Pero todavía estaba el asunto de Bonaparte con sus «leyes especiales». Antes de dejar el lado español le había escrito a Bonaparte solicitando su aprobación para lo que había hecho. Acusó a Roume de intrigar en su contra y de tratar de impedir su deseo de tomar posesión de la ex colonia española. «Habiendo decidido tomar posesión por la fuerza de las armas, me vi obligado antes de marcharme a invitar al ciudadano Roume a que abandonara el desempeño de sus funciones y se retirara a Dondon hasta nueva orden [...]. Allí él espera sus instrucciones. Cuando usted lo quiera, se lo enviaré».

Esto era un desafío. Toussaint no intentó defenderse: «Cualesquiera que hayan sido las calumnias que mis enemigos le escribieron a usted en mi contra, me abstengo de justificarme; pero, aunque la delicadeza me fuerza al silencio sobre mi persona, mis deberes prescriben que impida que Roume haga daño». Esto era algo más que un desafío. Se acercaba peligrosamente a la impertinencia, y Bonaparte era el último hombre en el mundo con quien ponerse a bobear.

Toussaint había quemado sus naves. Con visión, coraje y decisión echaba los cimientos de una nación independiente. Pero, demasiado confiado en sus propios poderes, estaba cometiendo un grave error. No con Bonaparte ni con el gobierno francés. En nada su genio sobresale tanto como en su negativa a confiar las libertades de los negros a las promesas del imperialismo francés o británico. Su error fue el abandono de su propio pueblo. No entendían lo que él hacía ni hacia dónde iba. No se tomó el trabajo de explicarlo. Era peligroso explicar, pero más peligroso aún era no explicar. Su carácter, cerrado y autocontenido, era proclive a escuchar su propio consejo. De esa forma, las masas pensaron que había tomado Santo Domingo para detener el tráfico de esclavos, no como salvaguarda contra los franceses. Su silencio los confundió, mas no engañó a Bonaparte. Dessalines, su temerario lugarteniente, no tenía esos escrúpulos.

Después de la guerra contra Rigaud, Dessalines les dijo a sus soldados: «La guerra que ustedes acaban de ganar es una guerrita, pero tienen dos guerras más, dos guerras grandes. Una es contra los españoles, que no quieren entregar su tierra y que han insultado a su valiente Comandante en Jefe; la otra es contra Francia, que tratará de volver a convertirlos en esclavos en cuanto haya acabado con sus enemigos. Ganaremos esas guerras». Esa era, y todavía es, la manera en que se le habla a las masas, y no es por casualidad que fuera Dessalines, y no Toussaint, quien condujo la isla a la independencia. Toussaint, encerrado en sí mismo, inmerso en la diplomacia, siguió su propio camino, demasiado confiado en que lo único que tenía que hacer era hablar y las masas lo seguirían.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## EL CÓNSUL NEGRO

Toussaint se mantuvo a salvo mientras duró la guerra entre Francia y Gran Bretaña. La paz podía llegar en cualquier momento, y con la paz vendrían las «leyes especiales» de Bonaparte.

La colonia había sido devastada por doce años de guerra civil e invasión extranjera. De los treinta mil blancos que había en la colonia en 1789, solo quedaban diez mil. El resto había muerto o emigrado. De los cuarenta mil mulatos y negros libres, quedaban cerca de treinta mil, mientras que de los quinientos mil negros esclavos, quizás la tercera parte había perecido. Las plantaciones y los cultivos fueron destruidos a todo lo largo y ancho. Durante diez años, la población, ya de por sí corrupta, había sido entrenada en el derramamiento de sangre y sumergida en la violencia. Bandas de merodeadores asolaban los campos. La única fuerza disciplinada era el Ejército, y Toussaint instauró una dictadura militar.

La garantía de la libertad resultaba en última instancia la prosperidad de la agricultura. Este era el lema de Toussaint. El riesgo era que los negros se acostumbraran a cultivar solo una pequeña parcela y producir lo que más necesitaban. No permitiría que se subdividieran las antiguas haciendas, sino que vincularía el interés de los trabajadores agrícolas negros a su trabajo mediante la concesión de la cuarta parte de los productos. Los generales al mando de los distritos eran los responsables de la dedicación laboral de los trabajadores agrícolas negros y de la prosperidad agrícola. Confinó a los negros a las plantaciones bajo estrictos castigos. Batallaba con la tarea colosal de transformar una población esclava, después de años de asueto, en una comunidad de trabajadores agrícolas libres, y lo hacía de la única manera que sabía. En nombre de los trabajadores, se ocupó de que se les pagara la cuarta parte de los productos.<sup>1</sup> Ello basta para establecer el cambio del viejo al nuevo despotismo.

<sup>1</sup> Esto fue admitido por el general Leclerc en el decreto del 4 de julio de 1802. Archives du Ministère de la Guerre, B.<sup>7</sup> 5.

Porque detrás de este despotismo, el nuevo orden difería por completo del viejo. Los trabajadores agrícolas negros eran libres, y aunque no se sintieran satisfechos con el nuevo régimen, como en el París de 1800, no había nostalgia por el viejo. Donde antes trabajaban desde el amanecer hasta tarde en la noche, ahora lo hacían de cinco de la mañana a cinco de la tarde. Ningún empleado se atrevía a golpearlos. Dessalines azotaba a los negros en su provincia, y Toussaint amenazó con destituirlo a la menor queja.<sup>2</sup> No se trataba solo de una cuestión de humanidad. Cualquier régimen que tolerara esas prácticas estaría condenado, ya que la Revolución había creado una nueva raza de hombres.

El cambio se había manifestado primero en agosto de 1791. Roume, que conocía a los trabajadores agrícolas negros como cualquier otro francés, le siguió la pista en detalle.<sup>3</sup> En el Norte salieron a sostener a la realeza, la nobleza y la religión contra los blancos pobres y los patriotas. Pero pronto fueron integrados a los regimientos y se endurecieron en la lucha. Ellos mismos se organizaron en secciones armadas y cuerpos populares, e incluso cuando peleaban por la realeza, adoptaron por instinto, y observaron rígidamente, las formas de organización republicana. Se establecieron lemas y gritos de convocatoria entre los jefes de las secciones y divisiones, que les dieron puntos de contacto de un extremo a otro de las llanuras y pueblos del Norte. Esto les garantizaba a los líderes un medio de llamar a reunión o dispersar a los trabajadores agrícolas negros a voluntad. Estas formas se extendieron a los distritos de la Provincia Occidental, y fueron respetadas fielmente por los negros, ya fuera cuando combatían por España y la realeza o por la república. Roume le aseguró a Bonaparte que él podía reconocer estos lemas, aun durante la insurrección que lo obligó a autorizar la toma del lado español.

En 1911, Hilaire Belloc, al escribir sobre la Revolución Francesa, planteaba que esta capacidad instintiva de las masas de organizarse para la lucha revolucionaria era algo peculiar de los franceses.<sup>4</sup> Estaba en un error. Coincidiendo en el tiempo con los franceses, los esclavos semisalvajes de Saint-Domingue demostraron que estaban sujetos a las mismas leyes históricas que los obreros avanzados del París revolucionario; más de un siglo después, las masas rusas demostrarían una vez más que este poder innato se manifestará en todas las poblaciones cuando son movilizadas profundamente y se les ofrece una perspectiva clara por parte de un liderazgo fuerte y confiable.

La gente estaba fuertemente disciplinada. Incluso cuando se agolparon en El Cabo y amenazaron a Roume, su conducta fue ordenada, no

<sup>2</sup> Thomas Prosper Gagnon-Lacoste: *Toussaint L'Ouverture*, París, 1877, p. 194.

<sup>3</sup> Informes al Ministro, 19 y 22 de praderal, año VIII. Archives Nationales, A.F. IV, 1187.

<sup>4</sup> Hilaire Belloc: *The French Revolution*, Home University Library, Londres, 1911.

destruyeron nada, solo presentaron sus demandas de que se pusiera fin al tráfico de esclavos en la parte española, y esperaron.<sup>5</sup>

En el fondo, el movimiento popular adquirió una inmensa confianza en sí mismo. Los antiguos esclavos habían derrotado a los colonos blancos, a los españoles y a los británicos, y ahora eran libres. Conocían la política francesa, porque les concernía de cerca. Negros que antes fueran esclavos eran diputados en el parlamento francés; negros que habían sido esclavos negociaron con el gobierno francés y otros gobiernos extranjeros. Negros que habían sido esclavos ocupaban los puestos más altos en la colonia. Estaba Toussaint, antiguo esclavo, increíblemente grandioso y poderoso, y sin dudas el hombre más grande en Saint-Domingue. No había por qué avergonzarse de ser negro. La Revolución los hizo despertar, les dio la posibilidad de conquistar logros, les dio confianza y orgullo. Esa debilidad psicológica, ese sentimiento de inferioridad con el que los imperialistas envenenan a los pueblos colonizados en todas partes, ya no existían. Roume y los otros franceses que vivían en Saint-Domingue y conocían a la gente nunca dejaron de advertirle al gobierno francés acerca de la catástrofe que sobrevendría si se intentaba restablecer la esclavitud, o en realidad, si sobre ellos se imponía su voluntad por la fuerza en cualquier forma. Los mulatos y antiguos negros libres resentían el despotismo de Toussaint, pero las masas, en un principio, le otorgaron toda su confianza.

Toussaint, seguro de sí mismo, reorganizó la administración con audacia y habilidad. Dividió la isla en seis departamentos, cuyos límites están vigentes en la actualidad. Creó los tribunales ordinarios y dos tribunales de apelación, uno en la parte francesa de la isla y el otro en la parte española. Estableció asimismo una Corte Suprema de Apelación en la capital. Había también tribunales militares especiales para tratar con rapidez asuntos como robos y salteadores de caminos, muy frecuentes desde los años de revolución y de guerra.

Las finanzas del antiguo régimen eran complicadas e irritantes. Toussaint exigió primero un «inventario exacto de nuestros recursos»;<sup>6</sup> después abolió los numerosos gravámenes e impuestos que únicamente eran fuente de fraudes y abusos. Le dio al *gourde*, la unidad monetaria local, un valor uniforme en toda la isla. Tanto las mercancías como productos agrícolas importados o exportados pagaban un impuesto del veinte por ciento. Todos los bienes de propiedad pagaban lo mismo. Existía un impuesto único para las manufacturas destinadas al consumo de la colonia.

<sup>5</sup> Roume, despacho del 19 y 22 de praderal, año VIII. Archives Nationales, A.F. IV, 1187.

<sup>6</sup> Alfred Nemours: *Historie militaire de la guerre d'Indépendance de Saint-Domingue*, París, 1925, vol. I, pp. 67-93. Proporciona un sumario y el análisis de los hechos más conocidos, con algún material adicional.

De esta manera pudo deshacerse de la nutrida burocracia que exigía el viejo régimen; cada contribuyente sabía cuánto tenía que pagar, la simplicidad del sistema y la supervisión estricta de Toussaint elevaron el nivel de probidad.

En cuanto a los impuestos, Toussaint tanteaba el camino a seguir. Redujo el impuesto sobre los bienes de propiedad del veinte al diez por ciento, y de acuerdo al consejo de Steven, el cónsul de los Estados Unidos, lo abolió totalmente poco después. El impuesto del veinte por ciento sobre las importaciones funcionaba como un medio de control de las compras de los comerciantes, y Toussaint lo redujo al diez por ciento; más tarde, para alentar a los pobres, redujo al seis por ciento el impuesto sobre los artículos de primera necesidad. Aprendían con rapidez. Todo esto sucedía en el curso del año 1801.

El contrabando había sido una constante del viejo régimen. Toussaint organizó un cuerpo de policía marítima. Los mercaderes que comerciaban con el exterior fueron cuidadosamente investigados; sus nombres, listados en la aduana, podían ser borrados de la lista por deshonestidad. Por el mismo delito, los funcionarios de la aduana podían ser enviados a los tribunales militares. Toussaint era implacable con los funcionarios malversadores.

Toussaint no le guardó rencor a Raimond, quien se aliara con Roume contra él. Raimond era capaz, y Toussaint lo nombró Administrador de Posesiones Nacionales, una fuente importante de ingresos.

La parte española presentaba un problema especial: estaba atrasada y los españoles odiaban a Toussaint y a sus generales negros. Toussaint confiaba en que su sabia administración y su política conciliatoria los pondría de su lado. Les concedió su propia Corte de Apelación; reparó los viejos caminos y construyó una carretera espléndida de trescientos veinte kilómetros entre la ciudad de Santo Domingo y Laxavon. En toda la parte española existían solo veintidós fábricas de azúcar y poca producción agrícola, los habitantes dependían de la madera y la crianza de ganado para el sustento mínimo. Toussaint los invitó a desarrollar la agricultura al estilo francés, y redujo el impuesto de importación y exportación al seis por ciento en consideración a la pobreza del país. Para estimular la agricultura, prohibió la exportación de madera, pero modificó con posterioridad la medida. Estaba impresionado por la riqueza potencial del territorio español y publicó una descripción apasionada de él, atrayendo pobladores y ofreciendo concesiones.

Toussaint conocía el atraso de los trabajadores agrícolas negros. Los hacía trabajar, pero quería verlos civilizados y avanzados culturalmente. Estableció tantas escuelas como pudo. Católico y sincero creyente en el efecto moderador de la religión sobre la conducta, alentó la práctica religiosa católica y le escribió al viejo amigo de los negros, el Abate Grégoire, pidiéndole consejo. Favorecía a los hijos legítimos y a los soldados casa-

dos; prohibió a sus oficiales y comandantes que tuvieran concubinas viviendo en la casa con sus esposas, lo cual era herencia de la antigua y disoluta sociedad blanca. Ansiaba ver que los negros adquirieran la conducta social de los blancos de la clase alta, con sus buenas maneras versallescas. Impresionado por la postura y la forma de conducirse de un oficial francés, dijo a quienes lo rodeaban: «Mis hijos serán así».

Como gobernador, instituyó a su alrededor «círculos» sociales grandes y pequeños. Todos los que fueran invitados a un «gran círculo» tenían que asistir. Toussaint usaba el uniforme de campaña de un oficial de regimiento, en contraste con la brillantez de los uniformes que lo rodeaban. Cuando aparecía, todos los asistentes, hombres y mujeres, se ponían de pie. Le daba la vuelta al salón, hablando con cada uno, y luego se retiraba por la misma puerta que entrara, saludando con reverencias hacia todos lados.

El «pequeño círculo» era tipo audiencia pública. Todos los ciudadanos entraban al gran salón del palacio del gobernador y Toussaint hablaba con ellos a conveniencia. Después de un rato se retiraba a un pequeño apartamento, frente a su dormitorio, que servía de estudio, e invitaba a las personas con las que quería conversar. Estas eran, por lo general, los blancos más distinguidos, hombres que poseían el conocimiento y la experiencia que él necesitaba, y de los que, tristemente, carecían los trabajadores agrícolas negros, y algunos de sus generales. Allí hablaban de Francia, que Toussaint nunca había visitado, de religión, de agricultura, de comercio, etc. Cuando deseaba dar por terminada la audiencia, se ponía de pie y los asistentes se retiraban, acompañados por él hasta la puerta.

Construyó magníficos edificios en El Cabo y erigió un enorme monumento para conmemorar la abolición de la esclavitud.

Diligencia personal, moralidad social, educación pública, tolerancia religiosa, libre comercio, orgullo cívico, igualdad racial: este ex esclavo se esforzaba, en la medida de su capacidad, para echar los cimientos del nuevo Estado. En todas sus proclamas, leyes y decretos insistía en los principios morales, la necesidad de trabajar, el respeto por la ley y el orden, el orgullo por Saint-Domingue, la veneración por Francia. Trataba de elevar al pueblo para que alcanzara alguna comprensión acerca de los deberes y responsabilidades que entrañaban la libertad y la ciudadanía. Era la propaganda de una dictadura, pero no con bajos fines personales o los estrechos intereses de una clase que oprime a otra. Su gobierno, como la monarquía absoluta en sus días progresistas, trataba de mantener un equilibrio entre las clases, pero estaba enraizado en la preservación de los intereses de los trabajadores pobres. Ya estaban surgiendo complicaciones como resultado del crecimiento de la clase gobernante negra. Pero en este período, su forma de gobierno era la mejor.

El éxito coronó sus esfuerzos. La agricultura prosperó y el nuevo Saint-Domingue comenzó a tomar forma con sorprendente rapidez. En El Cabo se construyó un hotel, el Hotel de la República, de un estilo que pudiera compararse con los mejores que existían en cualquier parte del mundo. Era frecuentado por negros, blancos locales y estadounidenses, todos en



plano de igualdad. A la misma mesa se sentaban individuos privados, generales, oficiales de cualquier rango y altos funcionarios. Toussaint iba allí regularmente, tomando asiento en cualquier sitio vacante, como cualquier persona. Con frecuencia decía que las distinciones jerárquicas no tenían lugar fuera del servicio público.

El prejuicio racial, que había sido la maldición de Saint-Domingue durante dos siglos, desaparecía con rapidez. Algunos de los estadounidenses comenzaban a casarse con mujeres mulatas. El estigma del color de la piel no puede prosperar cuando tantos negros y mulatos ocupan los puestos más altos del país. Los viajeros que vieron El Cabo durante ese maravilloso año estaban de acuerdo en que reinaba un nuevo espíritu.<sup>7</sup> Los teatros comenzaron de nuevo a dar funciones, algunos de los actores negros mostraban notable talento. Sin duda, los pobres sudaban y vivían en el atraso para que se beneficiara la nueva clase gobernante, pero al menos ellos también estaban mejor que antes. Aunque, por un lado, todos los observadores se asombraron de la autoridad, las habilidades sociales y la cultura de aquellos que, una docena de años atrás, habían sido esclavos, el éxito de la administración de Toussaint puede aquilatarse por el hecho de que, en año y medio, había restablecido la agricultura a las dos terceras partes de lo que había sido en los días más florecientes del antiguo régimen.<sup>8</sup>

Esas eran las ideas y los métodos de gobierno de Toussaint. La Revolución lo había formado, pero sería un vulgar error suponer que la creación de un ejército disciplinado, la derrota de los ingleses y los españoles, el triunfo sobre Rigaud, el establecimiento de un gobierno fuerte en toda la isla, la creciente armonía entre las razas, los objetivos ilustrados de la administración, creer que todo esto era inevitable sería un error garrafal. Llegado cierto punto a mediados de 1794, las potencialidades de un caos comenzaron a tomar forma y a consolidarse debido a su poderosa personalidad, por lo que es imposible decir dónde terminan las fuerzas sociales y dónde comienza la impronta de su personalidad. Baste decir que sin él, esta historia sería algo completamente diferente. Por tanto, es esencial que consideremos qué clase de hombre era.

Lo que más maravillaba a los hombres era su prodigiosa actividad. Nadie sabía nunca qué estaba haciendo: si se iba, si se quedaba, a dónde iba, de dónde venía. Tenía cientos de caballos de pura sangre diseminados en establos de todo el país, y habitualmente recorría doscientos kilómetros

<sup>7</sup> John Rely Beard: *The Life of Toussaint L'Ouverture*, Londres, 1853, p. 138.

<sup>8</sup> Alfred Nemours: Ob. cit., vol. I, pp. 17-19. Nemours recoge la evidencia. Idlinger, el tesorero (blanco) de la isla bajo Toussaint, también plantea lo mismo en una memoria escrita para el gobierno francés en 1804. Véase Archives du Ministère des Affaires Étrangères, Fonds Divers, Section Amérique, No. 14, folio 202.

diarios y llegaba a los lugares mucho antes que sus escoltas, solo o con uno o dos acompañantes montados en buenas cabalgaduras. A lo largo y ancho del país realizaba funciones como la inspección de los cultivos, del comercio, de las fortificaciones, de las alcaldías, de las escuelas, incluso la distribución de premios a los escolares destacados. Era incansable, y nadie sabía cuándo y dónde aparecería el gobernador. Cultivaba deliberadamente este misterio. Se iba de un pueblo en su carruaje rodeado de sus escoltas. A algunos kilómetros de distancia se bajaba del carruaje y se iba a caballo en la dirección opuesta. Y después de estas apariciones relámpago por todo el país, llegaba a su oficina y dictaba cientos de cartas hasta bien entrada la madrugada. Le dictaba simultáneamente a cinco secretarios,<sup>9</sup> y como le dijo a Hédouville durante unas de sus peleas, se responsabilizaba totalmente por todo lo que llevara su firma, ya que no firmaba nada que no hubiera leído. Trasladó a su correspondencia los mismos métodos que utilizaba en su administración. Un secretario escribía la mitad de una carta importante, Toussaint lo enviaba a un punto distante cien kilómetros, y terminaba la carta con otro secretario.

Tenía un dominio total de su cuerpo y de su mente. Solo dormía dos horas cada noche, y durante días se sentía satisfecho con dos plátanos y un vaso de agua.<sup>10</sup> Aunque no tenía miedo, se cuidaba de ser envenenado, por lo que en varias aldeas en que se quedaba tenía negras viejas que le preparaban calalú, una especie de caldo vegetal. En su opinión estas mujeres no tenían ambiciones y estaban demasiado orgullosas de él para hacerle daño. En campaña, dormía vestido, calzado y con las espuelas; en los pueblos, siempre tenía un pantalón cerca de la cama. A cualquier hora de la noche los correos y los oficiales lo encontraban listo para recibirlos con debida dignidad.

Su control sobre los soldados no se debía únicamente a sus habilidades como general. Poseía esa valentía temeraria que hace que los hombres sigan al líder en las causas más desesperadas. Desde el comienzo hasta el final de su carrera atacó a la cabeza de sus hombres siempre que se necesitara un esfuerzo supremo. Durante una batalla, persiguió solo al comandante español por casi kilómetro y medio, y trajo de vuelta a dos prisioneros. Durante diez años de guerra fue herido en diecisiete ocasiones. Incluso en sus viajes ordinarios se enfrentaba a toda clase de riesgos. Cuando ya era Comandante en Jefe, casi se ahogó al tratar de cruzar a caballo un río crecido, solo se salvó al deshacerse de su espada. Podía hacer que sus soldados lograran lo imposible. En la marcha contra el Saint-Domingue español, cuando quería imprimir velocidad, los soldados caminaban más de sesenta kilómetros diarios y tenían que ser refrenados para esperar a la caballería.<sup>11</sup>

<sup>9</sup> Alfred Nemours: Ob. cit., vol. I, p.126.

<sup>10</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. I, p. 406.

<sup>11</sup> Alfred Nemours: Ob. cit., vol. I., p. 146.

Parecía vivir un encantamiento. Durante la guerra civil contra el Sur, sus enemigos trataron de emboscarlo en dos oportunidades. La primera vez, su doctor, que estaba sentado junto a él en el carruaje, resultó muerto; varios de sus oficiales cayeron de los caballos y la pluma de su sombrero fue cortada de un balazo. Poco después, durante el mismo viaje, su cochero fue muerto y el carruaje acribillado por las balas. Solo minutos antes se había apeado y cabalgaba a cierta distancia. No en balde llegó a creer al final ser el Espartaco negro que Raynal profetizó como el predestinado a lograr la emancipación de los negros. Los trabajadores agrícolas negros, por su parte, lo adoraban como sirviente directo de Dios.

Sus asistentes eran negros, uno de ellos su sobrino. A pesar de la amplitud de criterios y de los objetivos conciliatorios de Toussaint, su ejército continuaba siendo abrumadoramente negro y ex esclavo. Pero los asesores personales eran todos blancos: Vincent, Pascal –llegado de Francia en 1796 como secretario de la Comisión– y dos curas italianos. Le gustaba conversar con los ricos plantadores blancos. Pero ninguna persona, hombre o mujer, jamás ejerció influencia sobre él. Al parecer tuvo un solo amigo en toda su vida: Laveaux. Impenetrable, no confiaba en nadie, ni hacía confidencias a nadie. Si tenía una debilidad era la de mantener a la gente desconcertada. Sin embargo, cuidaba su reputación y mostraba cautela en su contacto con las personas. Albergaba la extraordinaria facultad de satisfacer a todos los que venían a verlo, y era famoso en toda la isla por ser un hombre que nunca quebrantaba su palabra. Aun Sonthonax, el abogado jacobino y un experto intrigante, dijo en la Cámara francesa que Toussaint era incapaz de mentir. Pero esto fue antes de que Toussaint lo acusara de conspirar por la independencia.

A pesar de ser contrahecho y feo, se las arreglaba para dejar una fuerte impresión en aquellos con quienes entraba en contacto. En sus últimos años tenía un porte inusualmente distinguido. Su paso era marcial, su talante de mando. Simple en la vida privada, usaba uniformes resplandecientes en las actividades de Estado, sus edecanes seguían su ejemplo en cuanto a elegancia y ostentación. Sabía cómo escuchar de manera afable, pero con dignidad, a un oficial subordinado. Podía reconocer señales de respeto y afecto públicos y evitarlos fácilmente con sencillez. Encontraba instintivamente el método correcto para toda clase de persona.

Cuando los trabajadores agrícolas negros acudían ante él, ansiosos acerca de su libertad y la dominación blanca, tomaba un vaso de cristal y lo llenaba de granos de maíz negro y unos pocos de maíz blanco. «Ustedes son el maíz negro; los blancos que los esclavizarían son el maíz blanco». Entonces, agitaba el vaso y se los mostraba. «Vean, los granos blancos solo están aquí y allá». Los negros se iban tranquilos. En una ocasión vinieron ante él para decirle que no querían obedecer a los blancos o a los

mulatos –muy probablemente debido a algún insulto o injusticia cometidos contra ellos por estos antiguos amos–. Toussaint tomó un vaso de vino y otro de agua, mezcló el contenido de ambos y les mostró el resultado. «¿Pueden decir cuál es cuál? Tenemos que vivir todos juntos». Se fueron satisfechos.

Un negro que quería un puesto de juez fue a ver a Toussaint. No estaba preparado para el cargo, pero Toussaint no quería herir su amor propio. «Por supuesto que usted sabe latín», le dijo Toussaint. «¡Latín!». Toussaint soltó una serie de frases comunes en latín que conocía, probablemente sacadas de los documentos oficiales y de los servicios religiosos. El solicitante se retiró, convencido de que era incompetente, maravillado por el conocimiento que tenía el gobernador.

Se sentía por completo a gusto entre las masas del pueblo, sin embargo, hombres como Maitland y los blancos locales se asombraban de su cortesía singular y del encanto de sus maneras. No había nada de diamante en bruto en Toussaint. Tres mujeres blancas del antiguo régimen que vivían en el exterior le escribieron pidiéndole la devolución de su propiedad. La respuesta de Toussaint muestra algunos de los secretos de su éxito con las personas de todas las clases.

He recibido las cartas con las que han sido tan amables de honrarme [...] Siempre he hecho todo lo que está a mi alcance para preservar la propiedad de cada cual; la de ustedes, ciudadanas [...] no ha sufrido de los desgraciados acontecimientos inevitables en una Revolución: está intacta. No tengo poder para extraerla de la situación de confiscación en que se encuentra; esto está en manos del Agente del Directorio. Solo puedo asegurarles que su decisión será ejecutada puntualmente.

Durante más de tres años, ciudadanas, le he pedido a la ciudadana Descheaux, vuestra madre, que regrese a su propiedad; infelizmente para ella y para ustedes, mi consejo no prevaleció por encima del de su hermano. Aún había tiempo de beneficiarse [...] de una proclama del gobierno francés. Sin embargo, vuestra madre ha preferido correr la suerte de su hermano, Cockerel, en lugar de permanecer en St. Marc para beneficiarse de las ventajas de la amnistía y recuperar la posesión de su propiedad. Se ha marchado con su hermano; ya no depende de mí hacerla volver a casa.

En relación con el esposo de la ciudadana Fontages, no puedo impedir que sea registrado como emigrado. Eso sería colocarme por encima de la ley, y eso nunca me ha pasado por la mente y está en contra de mis principios. Cuando el Agente decida levantar su confiscación [...] no perderé un minuto en poner al ciudadano Fortier, a quien ustedes recomendaron, en la posición de velar por sus intereses de la manera más ventajosa. Si necesitara mi asesoramiento, se lo ofrezco con el mayor placer, feliz de poder aprovechar la oportunidad de testimoniar el valor infinito que le concedo a su buena voluntad en cada ocasión que esté en armonía con mi deber.

Acepten, ciudadanas, la garantía de mi respeto y consideración. Deseo sinceramente la felicidad de todas ustedes y el regreso a sus brazos de vuestra madre.<sup>12</sup>

Quizás sea en su correspondencia donde podamos captar con mayor facilidad el alcance y sensibilidad del genio innato de Toussaint. En su carta a los comisarios de 1791, en su epistolario con Laveaux, en sus acercamientos a Dieudonné, en su carta al Directorio de 1796, en su discurso en Port-Républicain después de la expulsión de los ingleses, en su intercambio epistolar con Hédouville y su renuncia, en todos estos casos, su visión de lo que se requiere es asombrosa, su gusto es impecable y sus variados enfoques están siempre llenos de pasión revolucionaria, gran humanidad y perenne distinción personal. Más que ninguna otra cosa, estas cartas muestran que cualquiera que fuera la tarea, la acometía como si hubiera nacido para eso.

En una comunidad donde muchos eran aún primitivos y sin sofisticación, su carácter y su conducta como líder nacido del pueblo tenían significación social. A pesar del despotismo de Toussaint, su impenetrabilidad, su vigilante sospecha de todo lo que lo rodeaba, su habilidad para la diplomacia a gran escala y para la miserable intriga, hasta el final de su vida fue un hombre de sentimientos amables, su humanidad no se ahogó en los ríos de sangre que corrieron caudalosos por tanto tiempo. Su lema «sin represalias» emanaba de un horror genuino al derramamiento inútil de sangre. Particularmente odiaba el sufrimiento de mujeres y niños. Mientras su ejército pasaba hambre en la campaña contra los británicos, daba comida a las indigentes mujeres blancas del distrito. Después de la guerra civil, prestó la misma cuidadosa atención a las mujeres y niños mulatos. Era incapaz de crueldad, mediocridad y venganza de ningún tipo. Biassou, su viejo enemigo y rival, fue asesinado y dejó una viuda en el Saint-Domingue español. Toussaint le otorgó una pensión y, cuando fue a Santo Domingo, procuró que regresara a su casa con honores y distinciones. A la viuda de Chavannes, el mulato que había muerto con Ogé, le dio una pensión de seis mil francos al año. Frecuentemente, en casos en que un dictador moderno fusilaba, él prefería deportar. Tenía esa curiosa indiferencia y ese desdén interior por los hombres que caracteriza a Bonaparte, quien perdonaba a los miembros de su familia una y otra vez cuando lo engañaban, y observaba sin rencor personal a Murat, Talleyrand y Fouché intrigando y conspirando en su contra. Toussaint podía golpear sin piedad a los hombres como Rigaud que ponían en peligro sus planes, pero cuando en una ocasión un oficial blanco que había desertado al lado de los ingleses fue capturado y traído de regreso, Toussaint simplemente le sonrió y le dijo: «Ah, veo que somos demasiado buenos amigos para que la suerte nos mantuviera separados mucho tiempo», y no hizo nada más.

<sup>12</sup> Victor Schoelcher: Ob. cit., p. 289.

Fue afortunado con su familia, y sus parientes contribuyeron a su prestigio. Su hermano Paul era un oficial distinguido; sus sobrinos, Moïse y Belair, eran famosos por su valentía. Su sobrino Chancy era su ayudante de campo. Nadie podía decir que ninguno de ellos ocupaba su cargo por otra razón que no fuera su evidente capacidad. Su esposa vivía en una plantación del interior y se dedicaba al cultivo del café. Siempre que Toussaint podía escapar de sus deberes iba allí. Los visitantes los veían sentados, tomados de la mano, como en los días de antaño cuando eran esclavos. Su hermana se casó con un oficial francés. El viejo Pierre Baptiste, que llegó hasta los cien años, no aceptó honores ni riquezas, y vivió humildemente en El Cabo. Cada vez que Toussaint iba a la ciudad, su primera visita era siempre para el viejo que le había dado los rudimentos de una educación.

Amaba a los niños y ellos le correspondían. Cabalgando en una oportunidad de Gonaïves a Ennery, una huerfanita de diez años corrió tras él gritando «papá, papá, llévame contigo». Desmontó, la subió al caballo y se la llevó a su esposa. «He aquí una huérfana que me acaba de decir papá. He aceptado el título. Acepta tú también el título de madre». Y Rosa se convirtió en miembro de la familia L'Ouverture. Este era el tipo de cosa que lo vinculaba con la sencilla gente de campo. No lo hacía por propaganda. Era algo natural en él, como lo era su respeto por los ancianos, a quienes siempre les cedía el paso en la calle. Amaba la música y siempre tenía flores en su habitación.

La base de su poder estaba en el trabajador agrícola negro. La estructura de este poder era el ejército. Pero todos reconocían que, tanto por su trabajo como por su conducta personal, era el primer hombre de Saint-Domingue, desde el simple trabajador agrícola negro hasta los generales franceses y los blancos locales mejor educados y con amplia experiencia adquirida en sus viajes fuera del país, y un hombre como ese hubiera sido de primera fila en cualquier esfera. Exigía, y obtenía, obediencia sin cuestionamiento. Tenía sus asesores, pero sus proclamas, leyes y discursos poseían su personal sello distintivo. Los relatos en torno a él, así como la tradición, concuerdan en que no delegaba nada a nadie, en todo trabajaba él mismo, consultando a los amigos y allegados, pero maquinando sus proyectos en secreto y chequeando de manera personal hasta el más mínimo detalle.

Después de un tiempo jamás cuestionó el futuro. Con energía y voluntad ilimitadas, tenía el fatalismo de los hombres que saben que su causa tiene la fuerza para enfrentar cualquier peligro que sobrevenga. Para sí esperaba el final que por lo general depara a los revolucionarios. En cierta ocasión, al responder una pregunta, un español impertinente en el Santo Domingo se refirió agudamente al destino de Colón. Toussaint no negó el paralelismo.

«Sé muy bien que Colón sufrió la ingratitud de España, y que ese es el destino de los hombres que sirven bien a su país; tienen enemigos poderosos. En cuanto a mí, ese es el destino que me está reservado, y sé que pereceré víctima de la calumnia». Era este estoicismo romano lo que lo



hacía, a pesar de su catolicismo, un típico representante de la Revolución Francesa.

Nunca, con la excepción de Bonaparte, figura alguna del período de la Revolución Francesa llegó tan lejos con tanta rapidez.

Pero Toussaint no era un fenómeno extraordinario, una aberración negra. Las mismas fuerzas que moldearon su genio habían contribuido a crear a sus generales y oficiales negros y mulatos. Agé, su jefe de Estado Mayor, era blanco, pero todos sus generales de mayor rango eran negros o mulatos, negros principalmente. Había dos generales de división: uno, Dessalines; el otro, Clairveaux, un mulato. Dessalines era el más famoso de los generales negros. Según algunos, superaba a Toussaint en cuanto al genio militar; sin embargo, aprendió a firmar su nombre bien tarde en su vida. Gobernó el departamento del Oeste con mano de hierro, y aunque no resultaba creativo en el gobierno, tenía la astucia, la destreza y la determinación inmisericorde que serían pronto de inestimable valor para su pueblo. No simpatizaba con la política de reconciliación con los blancos que seguía Toussaint, pero deslumbrado por la brillantez de este, lo adoraba y lo obedecía ciegamente. A finales de 1801 se casó con una de las mujeres más notable de Saint-Domingue, una negra de considerable belleza e inteligencia, ex amante de un plantador que le diera una buena educación. Simpatizaba mucho con los blancos, y entre ella y Toussaint mantenían a raya a Dessalines.

De los otros siete generales de brigada, Vernet era mulato, el último en ser nombrado. El resto, negros. Como favorito de Toussaint estaba su sobrino, Charles Belair, al cual se cree que destinó como sucesor. En 1801 tenía veintitrés años, pero desde los dieciocho era ayudante de campo de Toussaint. Se había distinguido en la lucha contra los británicos y en la guerra civil contra el Sur. Bien parecido, de maneras elegantes, amaba los desfiles y la pompa militar. No le gustaban los blancos y Sanite, su esposa, los odiaba, de ahí que lo alentara a tratarlos con dureza.

Moïse era una persona diferente, un «bonitillo», un soldado impetuoso, mujeriego, el más popular del ejército, amado por los negros del Norte debido a la valentía con que los defendió de los blancos. Fue favorito de Toussaint hasta que se negó a cumplir la severa legislación laboral establecida por éste en el Norte. La agricultura decayó en su distrito, y Toussaint envió observadores para vigilar su administración y escuchar las críticas que de manera indiscreta formulaba a la política de Toussaint en relación con los blancos. Al principio se creyó que sería el sucesor, los blancos decidieron que si Moïse llegaba a gobernar, se marchaban del país.

De cierta forma, el más asombroso de los generales negros era Maurepas. El único que no había sido esclavo y que provenía de una antigua y libre familia negra. Con amplias lecturas, llegó a poseer una gran cultura y ser experto conocedor del arte militar. Gobernaba su distrito con justicia y equidad para todos.



Christophe, ex camarero, no sabía leer ni escribir, pero también asombraba a los franceses por su conocimiento del mundo y la facilidad y la autoridad con que gobernaba. Era un negro inglés, pero a diferencia de Toussaint, aprendió a hablar francés con increíble fluidez. Amaba el lujo, era amistoso con los blancos y gobernaba bien.

Laplume —el mismo que había arrestado a Dieudonné— era un viejo incompetente, un soldado mediocre, pero simpático y querido por todos en el Sur, negros y blancos por igual.

Vivían en casas que costaban millones y hubieran sido consideradas bellas en París. Cuando Maurepas invitó al general Ramel, el francés no podía dar crédito a sus ojos por las maneras, la conversación y la patente habilidad de este.<sup>13</sup> Todos los generales, oficiales y colonos franceses que escribieron informes y memorias acerca de estos generales y de otros oficiales en la cúspide de su poder, resaltaron la facilidad y la rapidez con que aprendieron a mandar. Pamphile de Lacroix dijo de estos antiguos esclavos que habían aprendido más rápido de lo que hubieran podido hacerlo los obreros y los campesinos franceses en una situación similar.<sup>14</sup> Eso era probablemente verdad, y se debía a que los líderes negros no estaban permeados de las ideas de la clase dominante como los obreros y los campesinos franceses. El apoyo de las masas los había elevado y los mantenía en el poder supremo, y esa responsabilidad les otorgaba confianza. En un informe redactado para uso privado de Hédouville, el autor consigna el color de la piel de cada oficial y cada funcionario en una larga lista; los militares y los administradores buenos, malos e indiferentes están distribuidos por igual en los tres colores.<sup>15</sup> Pero muchos negros, analfabetos, requerían secretarios blancos. Toussaint enviaba niños negros y mulatos a Francia para ser educados a cargo del Estado, de manera que pudieran regresar a Saint-Domingue y gobernar. Lo único que necesitaba era tiempo.

Pero Saint-Domingue no estaba destinado a tener paz. Los esclavistas blancos eran la causa de la discordia interna, mientras que la burguesía marítima en Francia recordaba siempre las fabulosas ganancias del

<sup>13</sup> Reminiscencias del general Ramel. Véase la introducción a *Toussaint-L'Ouverture*, obra de teatro de Lamartine, París, 1850, p. xxiv.

<sup>14</sup> Después de cuatrocientos años de llevarles la civilización a los nativos, los británicos y los holandeses en Sudáfrica no pudieron encontrar a uno que pudiera representar a los africanos en el Parlamento del Cabo. En 1936, los blancos sudafricanos privaron a los nativos del voto que habían ejercido durante generaciones en esa provincia.

<sup>15</sup> Notas de un colono para el uso de Hédouville. Reimpreso en Antoine Michel: *La mission du général Hédouville...*, pp. 85-103. Para notas y memoranda sobre los generales escritos por blancos franceses y de la colonia que los conocían bien, véase también Gaston Nogerée: Informe al Gobierno Francés, 1801, Archives Nationales, F. 7, 6266; Lamartine: *Toussaint-L'Ouverture*, pp. xvi-xxviii; Lacroix: Ob. cit., vol. II, pp. 308-345; Idlinger, Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Fonds Divers, Section Amérique, No. 14.

tráfico negrero. Los blancos, como no tenían otra opción, aceptaron el régimen de Toussaint. Con sensibilidad de propietarios comprendieron que mientras Toussaint permaneciera, estarían a salvo, y hablaban y actuaban como si fueran leales a él. Cuando Toussaint regresó a El Cabo, tras la campaña en el Sur, se colocaron al frente de las celebraciones. Fue recibido con un gran arco de triunfo, una bella mujer blanca colocó sobre su cabeza una corona de laurel y leyó versos escritos en su honor. El viejo Toussaint, siempre galante, abrazó a la encantadora vocera. Hubo también otros abrazos de naturaleza menos pública. Las damas criollas de Saint-Domingue, miembros de algunas de las familias más distinguidas del antiguo régimen, se dejaron llevar por su personalidad singular y por su poder. En menos de doce años habían logrado vencer los férreos prejuicios en los que fueron educadas. Se peleaban entre ellas por atraer su atención y le enviaban cartas apasionadas, mechones de cabellos y prendas de todo tipo. Toussaint no se negaba, aunque con discreción. La inmoralidad abierta en las alturas, dijo a sus generales, tenía un efecto dañino sobre la moral pública.<sup>16</sup> Es exactamente la clase de palabras que Toussaint diría y pensaría.

Sin embargo, a pesar de toda esta intimidad entre los blancos y la nueva clase gobernante negra, Toussaint sabía que, a diferencia de todos los revolucionarios del primer período, como Sonthonax, Laveaux, Roume y Vincent, estos antiguos dueños de esclavos y sus mujeres no querían a los trabajadores agrícolas negros, cualquiera que fuera la pretendida lealtad de los hombres y el gusto como individuo que pudieran tener por él las mujeres. Fue en 1798 que escribió cortésmente a las mujeres blancas que reclamaban la devolución de su propiedad y a lo largo de todo ese año él y Hédouville discutieron a causa de la política a seguir con los emigrados blancos. No obstante, en ese mismo período en el que los blancos de Puerto Príncipe le hacían reverencias, tuvo lugar un incidente que nos permite apreciar lo que Toussaint pensaba de los blancos en cuanto blancos.

Un colono blanco deseaba el puesto de tendero y se lo solicitó a Toussaint, quien se lo negó. La esposa del colono trató de aproximarse a Toussaint en

<sup>16</sup> Cuando los franceses tomaron Puerto Príncipe en 1802, Lacroix, que fue dejado al mando, encontró entre los efectos personales de Toussaint «mechones de cabellos de todos los colores, anillos, corazones de oro cruzados por flechas, llaveros [...] y una infinidad de cartas amorosas...» (*Mémoires pour servir...*, vol. II, p. 105). Esto no se aviene con las teorías raciales del señor Stoddard. En la p. 388 de su libro *The French Revolution in San Domingo*, escribe lo que sigue acerca de las relaciones de las mujeres blancas con los generales negros: «Los generales negros abusaron en gran medida de su poder en este aspecto. Sobre la grosera mala conducta de Toussaint en lo que a esto respecta, véase Lacroix II, 104-105». ¿Cuántos iban a consultar a Lacroix? Naturalmente, creerían después de leer a Stoddard que Toussaint y sus generales violaban a las mujeres blancas o las obligaban a acostarse con ellos por temor. Adolphe Thiers, en su famosa *Historia del Consulado y el Imperio*, dice eso en realidad. Este es un ejemplo típico de la nube de mentiras que oscurece la verdadera historia del imperialismo en los países coloniales.

múltiples ocasiones, pero sin éxito. Algún tiempo después ella tuvo un hijo y le pidió a Toussaint que fuera el padrino. Toussaint, por lo general tan gentil y conciliador, decidió por una razón o por otra sincerarse con esta mujer.

—¿Por qué, señora, desea usted que yo sea el padrino de su hijo? Su acercamiento a mí no tiene otro propósito que hacer que yo le conceda el puesto a su esposo, porque en el fondo de su corazón usted está en contra de lo que me pide.

—¿Cómo puede usted decir eso, General? No, mi esposo lo ama, todos los blancos le son leales.

—Señora, conozco a los blancos. Si yo tuviera el color de su piel, sí, pero soy negro y sé de la aversión que tienen hacia los negros. ¿Ha pensado usted bien en lo que me pide? Si yo aceptara, ¿cómo puede usted saber si, cuando su hijo llegue a la edad de la razón, no le reprochará que le hubiera dado a un negro por padrino?

—Pero, General...

Señora —la interrumpió Toussaint, señalando al cielo—, solo ese que nos gobierna es inmortal. Es cierto que soy un general, pero soy negro. Después de mi muerte, quién sabe si mis hermanos serán devueltos a la esclavitud y sigan pereciendo bajo el látigo de los blancos. La obra de los hombres no es perdurable. La Revolución Francesa ha iluminado a los europeos, nos aman y lloran por nosotros, pero los colonos blancos son enemigos de los negros [...]. Usted desea que su esposo obtenga el puesto. Bien, le doy el empleo que solicita. Que sea honesto y que recuerde que no puedo supervisar todo, pero nada escapa a Dios. No puedo aceptar su ofrecimiento de ser padrino de su hijo. Usted tendría que sufrir los reproches de los colonos, y quizás, un día, también los de su hijo.<sup>17</sup>

Estos eran sus criterios; nunca los cambió. Sin embargo, se manifestaba firmemente en contra de la discriminación racial. Salvaguardaba su poder y los derechos de los trabajadores agrícolas negros mediante un ejército abrumadoramente negro, pero dentro de ese marco, alentaba a todos, mulatos y blancos, a que regresaran. La política era al mismo tiempo sabia y viable, y si sus relaciones con Francia se hubieran regularizado, él hubiera hecho todo lo que esperaba hacer. Pero Saint-Domingue no sabía cuál era su posición con respecto a Francia. Aún existían temores acerca de la libertad, y los trabajadores agrícolas negros no aprobaban la política de Toussaint. Pensaban que favorecía demasiado a sus viejos enemigos.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> Coronel Malenfant: *Des Colonies et particulièrement de celle de Saint-Domingue*, París, 1819.

<sup>18</sup> Proclama de Christophe I, 1814. Reproducida en John Rely Beard: *Life of Toussaint L'Ouverture*, Londres, 1853, p. 326.

Estos sentimientos de los negros contra los blancos no constituían una violación de los postulados de libertad e igualdad, sino, en realidad, la política revolucionaria más inteligente. Era temor a la contrarrevolución. Habían amado a Sonthonax, habían derramado bendiciones sobre su cabeza y habían hecho que sus hijos rezaran por él en la noche. Cincuenta años después, sus viejos ojos todavía brillaban cuando le contaban a los visitantes acerca de este maravilloso blanco que les había dado la libertad y la igualdad, no solo de palabra, sino de hecho. Mas eran pocos los hombres como Sonthonax, Vincent, Laveaux y Roume, y con el declinar de la Revolución en Francia, había venido un hombre como Hédouville. Los trabajadores agrícolas negros tenían los ojos fijos en los blancos locales y resentían la política de Toussaint. Él no le temía a los blancos de Saint-Domingue, sino a la contrarrevolución en Francia. Pero los negros podían ver en los ojos de sus antiguos amos la nostalgia por el pasado y el odio. Poco después de que Toussaint emitiera una de sus duras proclamas en la que confinaba a los negros a las plantaciones, algunos blancos publicaron una proclama propia a los trabajadores agrícolas negros. «Ustedes dicen que son libres. Sin embargo, van a ser obligados a regresar a mi casa y allí los trataré como antes y les mostraré que no son libres».<sup>19</sup> Este era el espíritu que provocaba constantemente las masacres de blancos. Toussaint multaba fuertemente a los culpables, ordenaba que fuera encarcelado todo el que no pudiera pagar, incluso las mujeres, y degradaba a los oficiales implicados. Pero él continuaba favoreciendo a los blancos. Las mujeres blancas tenían derecho a asistir a todos los «círculos». Solo las esposas de los funcionarios negros de mayor nivel podían ir. Una mujer blanca era llamada «señora»; una mujer negra, «ciudadana». Perdiendo de vista el apoyo de los negros, como algo dado, trataba únicamente de conciliar a los blancos dentro y fuera del país.

¿Qué haría Bonaparte? Siguiendo su política, Toussaint hizo gestos de amistad hacia todos en el exterior. Madame de Beauharnais, madre de Josefina, tenía una plantación en Léogâne. Después de la evacuación de los británicos, Josefina le escribió a Toussaint acerca de la plantación, que estaba en ruinas. Comenzó un intercambio de correspondencia. Toussaint reparó y restableció la plantación a costa de la colonia y le enviaba las ganancias a la señora Bonaparte. Josefina se hizo amiga de los dos hijos de Toussaint, que almorzaban y cenaban frecuentemente en su casa. Pero Toussaint quería que sus hijos regresaran a Saint-Domingue, y Bonaparte no los enviaba de regreso. Toussaint se preparaba para la guerra inevitable. Esa era una de las razones que lo impulsaba a exigirles a sus generales que fueran inmisericordemente estrictos con los trabajadores agrícolas negros.

Compró treinta mil pistolas en los Estados Unidos y armó a los trabajadores agrícolas negros. En las inspecciones, tomaba una pistola súbitamente, la agitaba en el aire y gritaba: «¡Aquí está su libertad!». No tenía

<sup>19</sup> Beaubrun Ardouin: *Études sur l'histoire d'Haiti*, vol. IV, p. 256.

miedo de armar a las masas. Confiaba en ellas porque sus intereses eran los mismos que los suyos. Escondió municiones y suministros en lugares secretos en el interior del país. Convocó a todos los físicamente capacitados al entrenamiento militar, y entrenaba al ejército regular. Audaz en cuanto a las innovaciones, introdujo un sistema de mando por silbatos. Se preparó en cada una de las formas inimaginables, excepto una. Los negros tendrían que combatir. Esta guerra devastaría a Saint-Domingue como ninguna otra guerra anterior, arruinaría su trabajo y desataría de nuevo el barbarismo y el salvajismo, en esta ocasión a una escala sin precedentes. Pero ninguna expedición grande podría tener otro objetivo que el restablecimiento de la esclavitud. A ese cruel dilema se dedicaba febrilmente, esperando lo imposible, escribiéndole a Bonaparte, suplicando que le enviaran trabajadores calificados, maestros, administradores, para que lo ayudaran a gobernar la colonia.

Bonaparte no contestaba, y Toussaint se imaginaba por qué. Si Bonaparte le escribía una carta personal, tendría que aceptar o condenar. Si aceptaba, la posición de Toussaint recibiría la aprobación final. Si condenaba, Toussaint declararía abiertamente la independencia y, quizás, llegaría a un arreglo con los británicos, si es que ya no lo tenía.

Sin embargo, inmediatamente después de la victoria en el Sur, Toussaint decidió regularizar su propia posición y ponerle fin a los futuros problemas internos mediante una Constitución para Saint-Domingue. Con este objetivo convocó una asamblea de seis hombres, uno por cada provincia, integrada por blancos y mulatos ricos; ningún negro. Pensaba, como siempre en este período, en las repercusiones en Francia, y no en los efectos que esto tendría en las masas, pues estaba demasiado seguro de ellas. Los miembros de la asamblea eran simples figurones. La Constitución es Toussaint L'Ouverture de la primera a la última línea, y en ella consagra sus principios de gobierno.<sup>20</sup> La esclavitud estaba abolida para siempre. Cada hombre, independientemente del color de su piel, era admisible en cualquier empleo, y no existiría otra distinción que no fuera la que confieren las virtudes y el talento, y ninguna otra superioridad que las que otorga la ley en el ejercicio de las funciones públicas. Incorporó en la Constitución un artículo que preservaba los derechos de todos los propietarios ausentes de la colonia «por cualquier razón», excepto si estaban incluidos en la lista de emigrados proscritos en Francia. En cuanto al resto, Toussaint concentraba todo el poder en sus propias manos.

Cada administración municipal estaba compuesta de un alcalde y cuatro administradores. Eran nominados por el gobernador por un término de dos años de una lista de dieciséis candidatos que se le presentaba.

<sup>20</sup> La Constitución aparece reproducida en su totalidad en Alfred Nemours: *Histoire militaire...*, vol. I, pp. 95-112.

La Iglesia quedaba estrictamente subordinada al Estado. El gobernador asignaba a cada religioso el término de su administración, y no le era permitido al clero asociarse bajo ningún pretexto en la colonia. Las leyes debían estar precedidas por esta fórmula: «La Asamblea Central de Saint-Domingue, a propuesta del Gobernador [...]». Eran promulgadas según la fórmula: «El Gobernador ordena [...]». Cada departamento administrativo—finanzas, policía, ejército—estaba bajo su jurisdicción, y era él quien mantenía las comunicaciones con Francia en todo lo relacionado con la colonia. Ejercía la censura sobre todo material impreso.

La Asamblea Central podía aceptar o rechazar las leyes, pero estaba en manos del gobernador, ya que era elegida por los administradores principales, quienes eran nominados por él. La Constitución nombró a Toussaint gobernador vitalicio, con el poder de nombrar a su sucesor.

Las constituciones son lo que llegan a ser. Francia en 1802 no podía engarzarse en una disputa con Toussaint alrededor del asunto del despotismo. Sin embargo, lo que hubiera sorprendido a cualquier francés era que la Constitución, aunque declaraba su lealtad a Francia, no dejaba ningún espacio a los funcionarios franceses. Toussaint quería que vinieran a ayudar a gobernar, pero subordinados al gobierno local. Era independencia virtual, con Francia como el hermano mayor, guía y mentor. Toussaint no tenía precedentes que seguir, pero sabía lo que quería. Cuando se le preguntó cuál era el lugar de Francia en ese gobierno, respondió: «El gobierno francés enviará comisarios a hablar conmigo». Por una parte, absoluta independencia; por la otra, capital francés y administradores franceses, contribuyendo a desarrollar y educar el país, con un alto funcionario venido de Francia en calidad de vínculo entre ambos gobiernos. El poder local estaba demasiado bien salvaguardado para que podamos considerar este sistema como un protectorado en cuanto al contenido político de esa palabra deshonesto. Toda la evidencia apunta a que Toussaint, por sí mismo, había llegado a esa forma de alianza política que conocemos actualmente como Estatus de Dominio.

Aunque anclado en la realidad, el viejo Toussaint miraba más allá de Saint-Domingue con una audacia insuperada por sus contemporáneos. En la Constitución, autorizaba el comercio de esclavos porque la isla necesitaba gente que la cultivara. Sin embargo, cuando los africanos desembarcaran, serían hombres libres. Pero mientras llevaba el peso del gobierno, acariciaba el proyecto de navegar rumbo a África con armas, municiones y un millar de sus mejores soldados para conquistar extensos territorios, ponerle fin al tráfico negrero y convertir a millones de negros en «franceses libres», como lo había hecho la Constitución de Saint-Domingue. No era un sueño. Había enviado millones de francos a los Estados Unidos para cuando estuviera listo.<sup>21</sup> Ya tenía cincuenta y cinco años de edad, ¿qué espíritu lo movía? Las ideas no caen del cielo. La gran

<sup>21</sup> Victor Schoelcher: *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, p. 325.



Revolución lo había sacado de sus alegrías humildes y de su oscuro destino, y las trompetas de este período heroico sonaban en sus oídos. En él, nacido esclavo y líder de esclavos, la realización concreta de la libertad, la igualdad y la fraternidad era la matriz de las ideas y el manantial del poder, que desbordaban el estrecho marco que lo rodeaba y abarcaba al mundo entero. Si no hubiera sido por la Revolución, este hombre extraordinario y su grupo de brillantes asociados hubieran vivido vidas de esclavos, sirviendo a las criaturas vulgares que eran sus dueños, descalzos y en harapos, mirando pasar a pomposos gobernadores y funcionarios mediocres venidos de Europa, como lo hacen hoy muchos africanos talentosos en África.<sup>22</sup>

Se le ha dado demasiada importancia a la Constitución. No era más que una expresión formal de la posición que asumió Toussaint desde que expulsara a Hédouville. El método que utilizó para mandarla a imprimir fue misterioso, como era usual. Le encargó a su Asamblea blanca y mulata que preparara el documento, los dejó empeñados en esa tarea, y marchó a la captura del Saint-Domingue español. Cuando regresó, ya la Constitución estaba lista. Nadie conocía su contenido excepto él y su Asamblea. De repente, le dijo a Vincent que le permitiría partir para Francia si llevaba la Constitución a Bonaparte. Vincent estuvo de acuerdo, de otra forma, no tendría la posibilidad de irse. Toussaint le pidió que fuera a Gonaïves a despedirse de Madame L'Ouverture, ya que Vincent era amigo de la familia. Tan pronto se marchó, Toussaint ordenó imprimir la Constitución, en julio de 1801. Se celebró una ceremonia religiosa, hubo un gran banquete, fuegos artificiales y festejos públicos. La Constitución de Toussaint era despotismo, y no les gustó a los mulatos ni a los negros libres. Pero a los miles que cantaban y bailaban, ¿qué les importaba?

Al regresar a Saint-Domingue, Vincent le reprochó a Toussaint haber impreso un documento tan trascendental sin la aprobación del gobierno francés. Cuando él la vio en detalle se horrorizó. Consultó a Pascal y ambos acordaron que Toussaint tenía que retirarla. Era lo mismo que pedirle a la isla de Saint-Domingue que se retirara del mar Caribe y que se adosara a Francia.

Toussaint escuchó pacientemente. «No hay espacio en la Constitución para ningún funcionario proveniente de Francia», dijo Vincent. «Francia enviará comisarios para hablar conmigo», replicó Toussaint.<sup>23</sup> «Lo que realmente se requiere es que Francia les envíe a ustedes encargados de negocios y embajadores, como con seguridad lo harán los estadounidenses y los españoles. E incluso los británicos».

<sup>22</sup> Escrito en 1938.

<sup>23</sup> *Précis de mon voyage à Saint-Domingue*, 20 de pluvioso, año X, Archives Nationales, A.F. IV, 1212.



Esto era una burda mentira. Incluso Vincent —en ocasiones— sospechaba de Toussaint. Qué difícil les resultaba entender que Toussaint utilizaba a los británicos y jugaba el juego diplomático con ellos, pero que detestaba a estos pilares de la reacción europea tanto como cualquier otro hijo verdadero de la Revolución.

«Sé que el gobierno inglés es el más peligroso para mí y el más perverso para Francia. Hizo todo lo que pudo para obtener el derecho exclusivo de comerciar con la isla, pero cedí solo lo que no podía evitar. Lo necesitaba». «¿Por qué Bonaparte no me escribe?», preguntó a Vincent. «Él le escribe al Rey de Inglaterra».

Pascal, hasta ese momento un seguidor devoto, también desaprobaba la Constitución, y Toussaint lo repudió. Vincent se quejó ante Moïse y Christophe, quienes condenaron a Toussaint. Christophe dijo que había ido demasiado lejos, y Moïse lo calificó viejo tonto. «¡Piensa que es el Rey de Saint-Domingue!».

Que se imprimiera la Constitución era lo que más asombraba a Vincent. Hacerla imprimir significaba —en aquellos días— que se había tomado una decisión irrevocable. Toussaint concordaba. No le hubiera costado nada enviar una copia escrita a mano. Pero estaba haciendo las cosas a su manera. Hubo una penosa última entrevista entre los dos hombres. Vincent hizo lo que pudo para que Toussaint reconsiderara su acción. Todos los negros eran libres. No podía negarle a Francia el derecho a gobernar la isla.

«Deme una lista de sus compañeros de armas que más hayan contribuido a la expulsión de los ingleses y al restablecimiento de la agricultura. Estoy seguro de que el gobierno les demostrará su agradecimiento».

Toussaint, usualmente tan calmado, se violentó. Respondió que vería con infinito placer que sus camaradas fueran recompensados. Al preguntarle Vincent qué quería para sí, replicó tajante que no quería nada, pues sabía que su destrucción era el objetivo supremo y que sus hijos nunca disfrutarían de lo poco que había amasado, pero que aún no era la víctima de sus enemigos. A este exabrupto personal añadió algunas reflexiones que hirieron de tal forma la sensibilidad de Vincent que ni siquiera las plasmó por escrito. Aunque nos las podemos imaginar. La amargura por los insultos y el abandono que pensaba se debían al color de su piel, la posición sin salida en que tanto él como su gente habían sido colocados: la sumisión, lo cual significaría el restablecimiento de la esclavitud, o el desafío, que significaría la guerra y la devastación total de la isla; su aislamiento, con los amigos blancos y negros en su contra. Todo esto tiene que haberle arrancado las palabras a quien de ordinario nunca hablaba, excepto cuando lo consideraba necesario, y entonces decía solo lo que quería decir. Le volvió la espalda a Vincent abruptamente, y evadiendo a unas cien personas que lo esperaban, saltó sobre su caballo y se fue cabalgando a tal velocidad que incluso los guardias de su escolta fueron tomados por sorpresa.

Durante estas pocas semanas, al parecer Vincent dudó de Toussaint. Vincent era blanco, por lo que nunca podría temer a la esclavitud como lo haría un negro; nunca tendría ese temor insomne a la traición de los blancos, tan fuerte en esa generación de negros de Saint-Domingue. Como era honesto, Vincent daba por sentado que los gobernantes de Francia actuarían decentemente con esos negros, de cuyos servicios a Francia él fue testigo. Le parecía que Toussaint estaba guiado por la ambición personal. Antes de irse sondeó a Christophe. ¿Abandonaría El Cabo, que comandaba, e iría a St. Iago a darle la bienvenida a la expedición francesa que de seguro vendría? Esto ahorraría muchos problemas. Christophe, evasivo, dijo que haría lo posible por mantener la paz. Vincent tuvo que darse por satisfecho con esta respuesta equívoca. No sabía qué hacer. Marchó a Francia a través de los Estados Unidos, y le escribió a Toussaint desde Filadelfia, advirtiéndole contra el proyecto de independencia.

Vincent hizo todo lo humanamente posible. Incluso cuando trató de separar a Christophe de Toussaint, pensaba que actuaba en favor de los intereses de Francia y de Saint-Domingue. Para él, el restablecimiento de la esclavitud era impensable. No lo esperaba, como le sucedió a millones de británicos en relación con las intrigas de Baldwin, Hoar y Eden con Laval y Mussolini después de la negativa de armamento a Abisinia y las grandiosas promesas de fidelidad a la Liga de las Naciones y a la idea de la seguridad colectiva. De esta manera, muchos subordinados honestos han sido instrumentos involuntarios de la traición de las alturas; el problema es que, cuando se enfrentan con la brutal realidad, al final toman partido por los suyos, y la misma confianza creada por su integridad hace mucho más daño que un enemigo declarado.

## LA BURGUESÍA SE PREPARA PARA RESTABLECER LA ESCLAVITUD

Las sospechas de Toussaint eran fundadas. ¿Cuál es el régimen en el que más han prosperado las colonias?, preguntó Bonaparte. Y al decirsele que era el *ancien régime*, decidió restablecerlo: esclavitud y discriminación de los mulatos.

Bonaparte odiaba a los negros. La Revolución había nombrado Comandante en Jefe de uno de sus ejércitos a ese mulato valeroso y brillante, el general Dumas,<sup>1</sup> pero Bonaparte lo detestaba por el color de su piel, y lo persiguió. Sin embargo, Bonaparte no era un colono, y su prejuicio contra los negros estaba muy lejos de influir en sus principales políticas. Quería ganancias para quienes lo apoyaban, y los escandalosos colonos encontraron en él oídos receptivos. La burguesía de las ciudades marítimas quería las ganancias fabulosas de antaño. El deseo apasionado de liberar a toda la humanidad que había clamado por la libertad del negro en los momentos grandiosos de la Revolución, se amontonaba ahora en los barrios pobres de París y Marsella, exhausto por sus enormes esfuerzos y aterrorizado por las bayonetas de Bonaparte y la policía de Fouché.

Pero la abolición de la esclavitud era uno de los recuerdos más caros a la Revolución, y, lo que era mucho más importante, los negros de Saint-Domingue contaban con un ejército y líderes entrenados para pelear a la manera europea. No se trataba de salvajes tribales con lanzas, contra quienes los soldados europeos con rifles podían ganar la gloria eterna.

Bonaparte, ocupado en sus campañas europeas, nunca perdió de vista a Saint-Domingue, como nunca perdía de vista nada. Sus oficiales le presentaban un plan tras otro, pero la flota británica y la fuerza desconocida

<sup>1</sup> El padre de Alejandro Dumas, y abuelo de Alejandro Dumas hijo. Francia erigió un monumento a estos tres hombres en la Plaza Malesherbes, en París.

de los negros impedían la acción. No obstante, en mayo de 1801, un cambio en su política casi lo obligó a dejar a Toussaint totalmente a cargo de Saint-Domingue.

La burguesía francesa y la británica se encontraban en medio de esa lucha por la supremacía mundial que duró más de veinte años y que devastó a Europa. El objetivo de Bonaparte era la India, y tras perder el primer asalto por vía de Egipto, reclutó al zar Pedro, y ambos acordaron marchar por tierra y arrebatárles a los británicos lo que estos habían arrebatado a los indios. Bonaparte no podía combatir simultáneamente en dos hemisferios, por lo que el 4 de marzo le escribió a Toussaint una carta rebotante de buena voluntad.<sup>2</sup> Había estado ocupado, pero ahora que la paz estaba cerca tenía tiempo de leer las cartas de Toussaint. Lo nombraría capitán general de la isla. Le pidió a Toussaint desarrollar la agricultura y fortalecer las fuerzas armadas. «Espero que no esté lejos el momento en que una división de Saint-Domingue pueda contribuir en esa parte del mundo a la gloria y las posesiones de la República».

Pero la burguesía británica, expulsada de los Estados Unidos, ahora se daba real cuenta de la importancia de la India. Pitt, de acuerdo con Alexánder, el hijo del zar Pedro, organizó la muerte del zar pro francés.<sup>3</sup> Siete días después de escrita la carta a Toussaint, Pedro fue estrangulado, y al día siguiente la flota británica navegó hacia el Báltico. Cuando Bonaparte se enteró, supo de inmediato que Pitt lo había vencido, y que el ataque a la India quedaba descartado. La carta y las instrucciones a Toussaint nunca se enviaron, y Bonaparte se preparó para destruir a Toussaint. El mérito supremo de L'Ouverture es que, aunque consideraba a la civilización europea como algo importante y necesario, y se esforzó por echar sus cimientos entre su pueblo, nunca tuvo la ilusión de que confería una superioridad moral. Sabía que los imperialistas franceses, británicos y españoles eran unos gángsteres insaciables y que no existía juramento demasiado sagrado para ser roto, ni crimen, engaño, traición, crueldad, destrucción de la vida y de la propiedad humana que fueran incapaces de cometer contra aquellos que no podían defenderse a sí mismos.

Al llegar Vincent a París, los preparativos para la invasión a Saint-Domingue estaban avanzados, y la Constitución le dio a Bonaparte una excusa conveniente. El pobre Vincent había intentado persuadir a Toussaint de ceder ante Bonaparte al condenar la Constitución como una traición. Ahora trataba de persuadir a Bonaparte negando que la Constitución fuera una traición. Bonaparte acusó a Toussaint de haberse vendido a los británicos. Vincent lo defendió firmemente. Bonaparte maldijo a Vincent, a los «africanos dorados», y dijo que no dejaría ni una insignia en los hombros de

<sup>2</sup> Correspondencia de Napoleón.

<sup>3</sup> Eugene Tarlé: *Bonaparte*, Londres, 1937, pp. 116-117.

un solo nicho en la colonia. Vincent le recordó que Gran Bretaña podría ayudar a Toussaint. Bonaparte alardeó de que Gran Bretaña había mostrado cierta inclinación opositora a la expedición, pero que, cuando él amenazó con investir a Toussaint de poderes ilimitados y reconocer la independencia, los británicos habían guardado silencio. (Bonaparte pensaba que ellos temían el efecto de un Saint-Domingue independiente sobre su propia colonia esclava de Jamaica. Pero Pitt, Dundas y Maitland se reían a escondidas y se frotaban las manos de alegría). Vincent trató de señalar los peligros de la expedición. Bonaparte calificó a Toussaint de esclavo revoltoso, a Vincent de cobarde y lo expulsó de su presencia. Vincent quedó atónito por la violencia de Bonaparte. Si este era el espíritu con que los franceses iban a Saint-Domingue, se encaminaban a la derrota. Tan temeroso ahora por Francia como por Saint-Domingue, Vincent dio el paso audaz de enviarle una memoria al Ministro, en la cual trató de describirle la fortaleza de la colonia y el genio extraordinario del hombre que la gobernaba.

Al frente de tantos recursos está el hombre más activo e incansable de que se pueda tener idea; es la más estricta verdad decir que está en todas partes, pero, sobre todo, en el lugar donde un juicio competente o un peligro hacen esencial que esté; su gran sobriedad, la facultad que tiene de nunca descansar, la ventaja de que disfruta de poder comenzar inmediatamente su trabajo de oficina después de viajes agotadores, de responder cien cartas al día y cansar a sus secretarios; más que eso, el arte de crear expectativas y de confundir a todo el mundo, incluso de engañar. Todo eso lo hace un hombre tan superior a los que lo rodean que el respeto y la sumisión alcanzan los límites del fanatismo en un amplio número de mentes. Ha impuesto sobre sus hermanos de Saint-Domingue un poder ilimitado. Es el amo absoluto de la isla y nada puede contrarrestar sus deseos, cualesquiera que sean, aunque algunos hombres distinguidos, con solo pocos negros entre ellos, conocen sus planes y los contemplan con gran temor.

Vincent describió a Toussaint como superior a todos en Saint-Domingue, pero si se relee el fragmento, queda claro que este oficial valiente, honesto, inteligente y experimentado describía, es obvio, al ser humano más extraordinario que había conocido en su vida, con poderes que superaban lo que él consideraba posible. En los escritos de los contemporáneos que describen a las grandes figuras de la Revolución Francesa y de la era napoleónica se encuentra esta nota de asombro, esta actitud de «no puedo dar crédito a mis ojos» que aparece en los escritos sobre Bonaparte, el marinero Nelson y Toussaint.

Bonaparte se puso tan furioso que condenó a Vincent al exilio en la isla de Elba.

Amados y respetados por todos sus contemporáneos en términos personales, Vincent y Beauvais fracasaron, como fracasarán todos aquellos que no entienden que en una Revolución cada cual escoge de qué lado ponerse, y se mantiene en él.

Pero aunque Bonaparte podía gritar «niche» a la manera de cualquier dueño de esclavos, se daba cuenta, como nadie en Francia, de las dificultades. Al principio pensó que todo sería fácil. Los colonos que huyeron en los primeros momentos de la Revolución pensaban que los esclavos eran una heterogénea multitud de bandidos negros que se espantarían cuando vieran al primer blanco. ¿Cómo esos negros cobardes y temblorosos podrían ser otra cosa? ¿Que habían derrotado a los británicos? Absurdo. Fue la fiebre. El general Michel, de la última Comisión, que no había visto en acción a los ejércitos de Toussaint, calificó a sus oficiales como una colección de competentes engreídos.

Roume, Pascal y Vincent, quienes querían a los negros y, por tanto, conocían de lo que eran capaces, estaban en contra de la expedición. Pascal dijo que los negros más ilustrados, *i.e.*, aquellos ya libres antes de la Revolución, no amaban a Toussaint, pero la mayoría de la población lo seguía ciegamente, como inspirados por Dios. La actitud de Roume fue la más asombrosa. Roume no era siquiera francés, sino un criollo de Tobago. Sin embargo, a pesar del rudo tratamiento que le dio Toussaint, todavía creía en la lealtad de este a Francia. Escribió que Toussaint había actuado irregularmente por temor a la esclavitud. Bonaparte debe investirlo con plenos poderes civiles y militares, y concederle seguridades acerca del futuro. Al final de la guerra él devolverá la colonia.<sup>4</sup>

A Malenfant, antiguo colono y en esos momentos funcionario en Saint-Domingue, le ofrecieron un puesto en la expedición. Redactó un memorando cargado de elogios a Toussaint y a los trabajadores agrícolas negros, y advirtió a Bonaparte en torno a la catástrofe que preparaba. Leclerc, el capitán general, y a quien conoció apenas unos días antes de que la flota partiera, este lo acusó de cobardía.

- Todos los niches, cuando vean el ejército, depondrán las armas. Estarán felices de que les perdonemos la vida.
- Usted está desinformado, General [...].
- Pero un colono se ha ofrecido a arrestar a Toussaint en el interior del país con sesenta granaderos.
- Es más audaz que yo, porque no lo intentaría con sesenta mil.
- Toussaint es muy rico. Tiene más de cuarenta millones.

Malenfant, con paciencia, le explicó la imposibilidad de que Toussaint tuviera esa suma. Malenfant compartía la opinión de Roume acerca de Toussaint. Posteriormente dijo que, si Bonaparte hubiera enviado a Laveaux a Saint-Domingue con tres mil hombres, todo habría marchado bien. Toussaint era un hombre eminentemente razonable, y entre él y Laveaux de seguro hallarían la forma de negociar un *modus vivendi* según el cual el capital francés tendría plenas oportunidades en la isla. No sería así. Leclerc desoyó las objeciones de Malenfant y lo descartó.

<sup>4</sup> Al Ministro, Archives Nationales, A.F. IV, 1187.

A Bonaparte nunca se le ocurrió ninguna de esas tontas ideas. Vincent le había hablado de la fuerza del ejército de Toussaint, con sus oficiales y soldados entrenados y experimentados por diez años de guerra constante, y del gran soldado que cada vez sumaba más hombres a sus tropas. De manera que, para evitar demasiada habladuría, distribuyó los preparativos de la expedición entre los puertos franceses, belgas y holandeses. Los pasos preliminares de la paz con Gran Bretaña se firmaron el 1.º de octubre de 1801. Ocho días después Bonaparte dio la orden, pero hubo un atraso debido a vientos adversos, y la expedición no pudo partir hasta el 14 de diciembre.

Esta era la mayor expedición que partía de Francia por mar, integrada por veinte mil soldados veteranos, bajo el mando de algunos de los oficiales más capaces de Bonaparte. El jefe de Estado Mayor era Dugua, a quien Bonaparte dejara a cargo de Egipto cuando él marchó contra Palestina. Boudet había comandado la guardia avanzada de Dessaix, cuyo ataque de última hora salvó a Bonaparte de una desastrosa derrota en Marengo. Boyer tuvo bajo su mando la guardia móvil que patrullaba el Alto Egipto. Por su parte, Humbert comandó la expedición contra Irlanda. Había hombres con experiencia en la guerra de guerrillas en La Vendée. El general Pamphile de Lacroix, quien participó en la expedición, escribió una importante historia de la campaña en Saint-Domingue y de la Revolución en la isla, dejando su opinión para la posteridad. «El ejército de Leclerc estaba compuesto de un número infinito de soldados de gran talento, grandes estrategas, grandes tácticos, oficiales de ingeniería y de artillería, bien educados y muy hábiles».<sup>5</sup> En el último momento Bonaparte cambió el mando de la expedición y puso a su cuñado, Leclerc, a la cabeza, señal de la importancia que le atribuyó a la empresa. Paulina, esposa de Leclerc, y su hijo, participaron en la expedición. Ella llevó músicos, artistas, toda la parafernalia de una corte. Se restablecería la esclavitud, recomenzaría la civilización y todos la pasarían muy bien.

En esos últimos y cruciales meses, Toussaint, totalmente al tanto de los preparativos de Bonaparte, estaba ocupado en serrucharse el piso bajo sus pies.

En el Norte, alrededor de Plaisance, Limbé, Dondon, la vanguardia de la Revolución no estaba satisfecha con el nuevo régimen. La disciplina impuesta por Toussaint resultaba estricta, pero también infinitamente mejor que la antigua esclavitud. Lo que objetaban los viejos revolucionarios era el hecho de trabajar para los antiguos amos. Moïse, comandante de la Provincia Norte, simpatizaba con los negros. Trabajar, sí, pero no para los blancos. «Independientemente de lo que pudiera hacer mi tío, no puedo convertirme en el verdugo de mi color. Siempre es en nombre de los intereses de la metrópoli que él me reprende; pero esos intereses son los

<sup>5</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. II, p. 319.



de los blancos, y solo los amaré cuando me devuelvan el ojo que me hicieron perder en combate».

Quedaron en el pasado los días en que Toussaint abandonaba el frente y cabalgaba en la noche para conocer las quejas de los trabajadores agrícolas negros y, aunque protegiendo a los blancos, demostrándoles que era su líder.

Verdaderos revolucionarios, esos hombres audaces, hermanos de los cordeleros en París y de los obreros del barrio de Viborg en Petrogrado, organizaron otra insurrección. Su objetivo era masacrar a los blancos, derrocar el gobierno de Toussaint y, esperaban algunos, colocar a Moïse en su lugar. Todos los observadores, incluso el propio Toussaint, pensaban que los trabajadores agrícolas negros lo seguían debido a los servicios prestados y a su indudable superioridad. Esta insurrección demostró que lo seguían porque él representaba esa emancipación total de su antigua degradación, que era su objetivo fundamental. Tan pronto como se dieron cuenta de que él ya no perseguía este fin, estaban listos para descartarlo.<sup>6</sup>

Este no era un simple motín de unos pocos negros descontentos u holgazanes. Se extendió ampliamente por el Norte. Los revolucionarios escogieron el momento en que Toussaint se hallaba en Petite-Rivière, para asistir a la boda de Dessalines. El movimiento debió haber comenzado en El Cabo el 21 de septiembre, pero Christophe se enteró a tiempo y sofocó los primeros estallidos en varios barrios de la ciudad. El 22 y el 23 se declaró la revuelta en los distritos revolucionarios de Marmelade, Plaisance, Limbé, Port Margot y Dondon, sede del famoso regimiento de los *sans-culottes*. En la mañana del 23 la insurrección comenzó de nuevo

<sup>6</sup> Georges Lefebvre: *La Convention*, vol. I, p. 45. Conferencias dictadas en la Sorbona y mimeografiadas (ver «Bibliografía»). «Además, los jacobinos eran autoritarios en su perspectiva. Conscientemente o no, deseaban actuar con el pueblo y para el pueblo, pero reclamaban el derecho al liderazgo, y cuando llegaron a la cúspide del poder, dejaron de consultar al pueblo, eliminaron las elecciones, proscribieron los *hébertistes* y los *enragés*. Pudieran describirseles como déspotas ilustrados. Por el contrario, los *sans-culottes* eran demócratas extremos: querían el gobierno directo del pueblo por el pueblo; si bien exigieron una dictadura contra los aristócratas, deseaban ejercerla por sí mismos y hacer que sus líderes los obedecieran».

Los *sans-culottes*, particularmente en París, veían claramente lo que se requería en cada etapa de la Revolución, al menos hasta que esta alcanzó su punto más alto. Su dificultad fue que no tenían ni educación, la experiencia ni los recursos para organizar un Estado moderno, ni siquiera temporalmente. *Esta era la misma posición de los revolucionarios de Plaisance, Limbé y Dondon en relación con Toussaint. Los acontecimientos demostrarían en breve cuánta razón tenían y que, al no escucharlos, Toussaint cometió el mayor error de su carrera.*

Para un recuento balanceado de la manera en que los propios *sans-culottes* elaboraron las grandes políticas que salvaron la Revolución y obligaron a Robespierre a aplicarlas a regañadientes, véanse las conferencias mimeografiadas de Lefebvre: «Le Gouvernement Revolutionnaire» (2 de junio de 1793-9 de termidor II), Folio II.

en El Cabo; bandas armadas, que asesinaban a todos los blancos a su paso, aparecieron en los suburbios para establecer contactos con los insurrectos de la ciudad. Mientras Christophe los derrotaba, Toussaint y Dessalines marchaban contra el alzamiento en Marmelade y Dondon, que se desbarató ante su empuje y el de su terrible teniente. Moïse, evitando encontrarse con Toussaint, atacó y derrotó a otra banda. Pero los negros en ciertos distritos se habían levantado al grito de ¡Viva Moïse!, por lo que Toussaint lo hizo arrestar, y no permitió que el tribunal militar lo escuchara. Dijo que con los documentos bastaba. «Me ufano de que los comisarios no dilatarán un juicio tan necesario para la tranquilidad de la colonia». Temía que Moïse pudiera suplantarlo.<sup>7</sup>

Con esta insinuación, la Comisión emitió un juicio y Moïse fue fusilado. Murió como vivió. De pie, ante el sitio de la ejecución, en presencia de las tropas de la guarnición, dio con voz firme la orden de fuego al pelotón de fusilamiento: «Disparen, mis amigos, disparen».

¿Cuál era exactamente la posición de Moïse? Nunca lo sabremos. Cuarenta años después de su muerte, Madiou, el historiador haitiano, resumió el programa de Moïse, cuya autenticidad, sin embargo, está en dudas. Toussaint se negaba a dividir las grandes plantaciones. Moïse quería que se les otorgaran pequeñas parcelas de tierra a los oficiales de menor rango, incluso a los soldados de fila. Toussaint favorecía a los blancos por encima de los mulatos. Moïse trataba de crear una alianza entre negros y mulatos contra los franceses. Es cierto que sentía una fuerte simpatía por los trabajadores agrícolas negros y odiaba a los antiguos dueños de esclavos. Pero no era antiblanco. Se reprochaba con amargura por las indignidades a que se había visto obligado a someter a Roume, y sabemos de su alta estima por Sonthonax. Tenemos pocos datos, pero al parecer Moïse era una persona singularmente atractiva y, quizás, profunda. Los antiguos dueños de esclavos lo odiaban y presionaban a Toussaint para que se deshiciera de él. También Christophe sentía celos de Moïse, y amaba a la sociedad blanca. Culpable o no de traición, sus enemigos eran demasiados como para poder escapar de las implicaciones del ¡Viva Moïse! que gritaron los revolucionarios.

Para los negros del Norte, ya furiosos por la política de Toussaint, la ejecución de Moïse fue la decepción final. No podían entenderlo. Como era —y es— inevitable, pensaban en términos raciales. Después de Toussaint, Moïse, su sobrino, simbolizaba la Revolución. Fue él quien condujo a los trabajadores agrícolas negros al ataque contra Hédouville. También fue él quien encabezó la insurrección para arrancarle a Roume la autorización para atacar el lado español, insurrección que, para los trabajadores agrícolas negros, había tenido el propósito de detener el tráfico de esclavos de los españoles. Moïse había arrestado a Roume, y después a Vincent.

<sup>7</sup> El mismo Toussaint admitió esto poco después. Véase Henry de Poyen-Bellis: *Histoire militaire de la Révolution de Saint-Domingue*, París, 1899, p. 228.

Ahora Toussaint lo fusilaba, por ponerse al lado de los negros contra los blancos.

Toussaint reconoció su error. Si bien la ruptura con los franceses y con Vincent lo sacó de su habitual calma después de la última entrevista, no podía compararse con el remordimiento que sentía tras la ejecución de Moïse. Los que lo conocían nunca lo vieron tan agitado. Trató de dar explicaciones en una larga proclama: Moïse era el alma de la insurrección; Moïse era un joven de vida disipada. Fue inútil durante mucho tiempo, Moïse había ocupado un lugar muy alto a su lado.

La determinación de Toussaint era tal que solo podía pensar en una mayor represión. ¿Por qué los negros apoyaron a Moïse en contra suya? No se detuvo a hacer esa pregunta, y si lo hizo, no entendió la respuesta. En los distritos donde estalló la insurrección fusiló sin piedad. Ponía en fila a los trabajadores agrícolas negros y hablaba con cada uno de ellos, y sobre la base de una respuesta incompleta o imprecisa, decidía quién debía ser fusilado. Atemorizados por su poder, se sometieron.

Emitió una serie de leyes que sobrepasaban a todas las anteriores en severidad. Introdujo un rígido sistema de pasaportes para todas las clases de la población. Confinó de manera aún más estricta a los trabajadores agrícolas negros en sus plantaciones, e hizo que los administradores y los capataces fueran los responsables del cumplimiento de la ley bajo pena de prisión. Cualquiera que fomentara el desorden podía ser condenado a seis meses de trabajos forzados con un peso atado al pie por una cadena. Prohibió a los soldados visitar las plantaciones, excepto para ver a sus padres o madres, y por un período limitado. Ahora temía que hubiera contacto entre el ejército revolucionario y el pueblo, señal inequívoca de degeneración revolucionaria.

Y mientras quebraba la moral de las masas negras, trabajaba para dar seguridades a los blancos. Algunos de ellos se regocijaban abiertamente con los rumores de la expedición, y Toussaint, en lugar de tratarlos como trataba a los trabajadores agrícolas negros, simplemente los deportaba. No dudemos que hubiera otros que, sosteniendo los mismos puntos de vista, pensaron que era más sabio mantener la boca cerrada. Sin embargo, un número sustancial aceptó el nuevo orden, y consideraban con alarma la violencia y la destrucción que sabían inevitables de llegar una expedición francesa. Algunos comenzaron a marcharse, y pidieron pasaportes. Uno de los criollos más notables de Saint-Domingue, hombre de buen juicio y buena educación, que aceptaba plenamente el nuevo orden,<sup>8</sup> fue a ver a Toussaint y le pidió un pasaporte. He ahí lo que Toussaint temía: la polarización de su régimen inestable antes de que

<sup>8</sup> Sabemos esto a través del informe que le hizo a Bonaparte. Archives Nationales, F. 7, 6266.

tuviera la oportunidad de cohesionarlo. Se dirigió rápidamente hasta la puerta para asegurarse de que nadie lo escuchaba (acción característica). De regreso, miró a los ojos de Nogerée y le preguntó: «¿Por qué quiere irse usted, a quien estimo y amo?».

«Porque soy blanco, y a pesar de sus amables sentimientos hacia mí, veo que está a punto de convertirse en el irritado jefe de los negros».

De manera algo injusta, acusó a Toussaint de deportar a aquellos blancos que se regocijaron con la llegada de la expedición. Toussaint justificó su acción cordialmente: «Cometieron la imprudencia y la tontería de celebrar tales noticias, como si la expedición no estuviera dirigida a destruirme, a destruir a los blancos, a destruir la colonia».

En su mente, esencialmente creativa y ordenada, era esta la posibilidad que lo preocupaba y que le nublabla el juicio. «En Francia se me presenta como un poder independiente, por lo que se arman contra mí; contra mí, que rechacé la oferta del general Maitland de declarar la independencia bajo la protección de Inglaterra, y que siempre me negué a aceptar las propuestas que me hizo Sonthonax al respecto».

Sabía que la expedición estaba en camino, pero aún mantenía la esperanza de que, de alguna forma, pudiera evitarse la catástrofe venidera.

Sin embargo, dado que usted desea marcharse a Francia, lo consiento, pero permita al menos que su viaje sea útil a la colonia. Enviaré con usted cartas al Primer Cónsul, y trataré de convencerlo de que lo escuche. Háblele de mí, dígame cuán prósperos son la agricultura, el comercio; en una palabra, dígame lo que he logrado. Quiero y debo ser juzgado por lo que he hecho aquí. Le he escrito en veinte ocasiones a Bonaparte para que envíe comisarios civiles, para que le digan que despache de aquí a los viejos colonos, blancos instruidos en la administración de los asuntos públicos, buenos mecánicos, buenos trabajadores. Nunca me contestó. De repente, se aprovecha de la paz—acerca de la cual no se dignó a informarme y de la que supe solo a través de los ingleses— para dirigir contra mí una formidable expedición, en cuyas filas veo a mis enemigos personales y a personas dañinas para la colonia, a quienes saqué de aquí.

Venga a verme en veinticuatro horas. Quiero, oh, cómo quisiera que usted y mis cartas llegaran a tiempo para hacer que el Primer Cónsul cambie su determinación, para hacerle ver que, si me lleva a la ruina, arruina a los negros, no solo en Saint-Domingue, sino en todas las colonias occidentales. Si Bonaparte es el primer hombre en Francia, Toussaint es el primer hombre en el Archipiélago de las Antillas.

No tenía falsa modestia en cuanto a Saint-Domingue.

Reflexionó durante un momento, entonces dijo en un tono firme que había estado en negociaciones con los ingleses para traer veinte mil negros de África, pero no por maldad, sino para convertirlos en soldados de Francia. «Conozco la perfidia de los ingleses. No me siento obligado con

ellos por la información que me dieron acerca de la llegada de la expedición a Saint-Domingue. ¡No! ¡Nunca me armaré a favor de ellos!».

Pero la realidad se impuso de nuevo. «Tomé las armas por la libertad de mi raza, que solo Francia proclamó, pero que no tiene el derecho de anular. Nuestra libertad ya no está en sus manos, está en las nuestras. La defenderemos o pereceremos».

Esta extraña dualidad, tan confusa para su gente, la que tenía que combatir, continuó hasta el mismo final. Y, no obstante, en este momento de tanta incertidumbre para él, tan diferente de su habitual claridad de mente y fuerza de acción, Toussaint demostró ser uno de esos pocos hombres para quienes el poder es un medio para alcanzar un fin, el desarrollo de la civilización, el mejoramiento de sus semejantes. Estas mismas vacilaciones fueron una señal de la estructura superior de su mente. Dessalines y Moïse no hubieran vacilado. Lanzó otra proclama, que dedicó fundamentalmente a darles seguridades a los propietarios blancos de que «siempre encontrarán en nosotros a sus ardientes protectores, verdaderos amigos, defensores apasionados [...]».

¿Qué significaba esto para los antiguos esclavos? Cuando toca el asunto de la expedición, la confusión de su mente se hace evidente en cada línea. «Hombres de buena fe [...] ya no podrán creer que Francia, que abandonó a Saint-Domingue a su suerte en un momento en que sus enemigos se disputan su posesión [...] enviará ahora un ejército para destruir a aquellos que no dejaron de cumplir su voluntad [...]».

Tras sembrar así la duda acerca de las intenciones de Francia, continuaba:

Pero si resulta que este crimen del que es sospechoso el gobierno francés es real, me basta decir que un niño que sabe los derechos que le ha dado sobre él la naturaleza al autor de sus días, se muestra obediente y sumido hacia su padre y su madre; y si, a pesar de esta sumisión y obediencia, el padre y la madre son lo suficientemente desnaturalizados para desear destruirlo, no existe otro curso de acción que colocar su venganza en las manos de Dios.

De manera que Dios defendería a los negros de la esclavitud. ¿Qué harían el ejército y él mismo, su líder? «Valientes soldados, generales, oficiales y reclutas, no presten oídos a los malvados [...]. Les mostraré el camino que deben seguir [...]. Soy un soldado, no le temo a ningún hombre, y solo le temo a Dios. Si tengo que morir, será como un soldado de honor, sin tacha».

Toussaint no podía creer que la clase gobernante francesa fuera tan depravada, hubiera perdido todo el sentido de la decencia, como para tratar de restablecer la esclavitud. Su conocimiento de la política le permitió realizar todos los preparativos, pero no podía admitir ante sí mismo y ante su pueblo que resultaba más fácil encontrar decencia, gratitud, justicia y humanidad en una jaula de tigres hambrientos que en los conciliábulos del

imperialismo, ya fuera en los gabinetes de Pitt o Bonaparte, de Baldwin, Laval o Blum.

No basta la crítica. ¿Qué debió hacer Toussaint? Ciento cincuenta años de historia y de estudio científico de la Revolución, iniciado por Marx y Engels y ampliado por Lenin y Trotski, nos permiten apuntar un curso alternativo.

Después de la Revolución de Octubre, Lenin y los bolcheviques enfrentaron un problema muy similar al de Toussaint. La cultura burguesa rusa era relativamente pobre, pero Lenin, con franqueza, reconocía su superioridad en relación con la del proletariado; así mismo, sabía que tendría que valerse de ella hasta tanto el proletariado alcanzara su desarrollo. Rígidamente excluyó a la burguesía del poder político, mas propuso que a sus miembros se les concedieran puestos importantes y buenos salarios, mejores que a los miembros del Partido Comunista. Incluso, comunistas que sufrieron y lucharon bajo el zarismo fueron despedidos y reemplazados por burgueses competentes. Podemos medir el gigantesco intelecto de Toussaint por el hecho de que, aunque no tenía el entrenamiento, intentó hacer lo mismo con su ejército y sus generales negros, desempeñando el papel político del Partido Bolchevique. Si mantuvo a blancos en el ejército, fue por la misma razón que los bolcheviques mantuvieron oficiales zaristas. Ninguna de las dos revoluciones contaba con suficientes oficiales entrenados y educados por ella; en el caso de los jacobinos negros, hablando en términos relativos, estaban en peor situación cultural que los bolcheviques rusos.

La teoría de la política bolchevique sostenía que las victorias del nuevo régimen gradualmente irían ganando a aquellos que se vieron obligados a aceptarlo por la fuerza. Toussaint esperaba lo mismo. Si fracasó, fue por la misma razón que la Revolución Socialista Rusa, incluso después de todos sus logros: la derrota de la Revolución en Europa. Si los jacobinos hubieran sido capaces de consolidar la república democrática en 1794, Haití habría continuado como colonia francesa, aunque el intento de restablecer la esclavitud hubiera sido poco probable.

Toussaint fracasó en el método, no en el principio. En política, la cuestión racial es subsidiaria de la cuestión clasista, y pensar sobre el imperialismo en términos de raza resulta desastroso. Pero considerar el factor racial como algo meramente incidental no es un error menos grave que entenderlo como fundamental. En París había trabajadores jacobinos que hubieran luchado por los negros contra las tropas de Bonaparte. Mas el movimiento internacional no era lo que es hoy, y en Saint-Domingue no había ninguno de estos trabajadores. Los trabajadores agrícolas negros solo veían a los antiguos blancos como dueños de esclavos. Estos últimos aceptaron el nuevo régimen, aunque nunca hasta el punto de combatir contra el ejército francés, y las masas lo sabían. Toussaint, por supuesto, también. Nunca confió en Agé, su jefe de Estado Mayor, que era francés, y



le pidió a Lamartinière, subornado de Agé, que lo mantuviera bajo vigilancia. Mientras Lenin mantuvo al Partido y a las masas completamente informados de todos los pasos, y explicaba cuidadosamente la posición exacta que ocupaba cada burgués que servía al Estado Obrero, Toussaint no explicaba nada, y permitía que las masas pensaran que sus viejos enemigos eran favorecidos a sus expensas. Al permitir que se le percibiera como que estaba del lado de los blancos y contra los negros, Toussaint cometió un crimen imperdonable a los ojos de una comunidad en la que los blancos eran símbolo de tanto mal. Que se les devolvieran sus propiedades, era bastante grave. Que mantuvieron los privilegios, intolerable. Y fusilar a Moïse, el negro, para contentar a los blancos, fue más que un error, fue un crimen. Era casi como si Lenin hubiera mandado a fusilar a Trotski por ponerse del lado del proletariado contra la burguesía.

La posición de Toussaint sería extraordinariamente difícil. Después de todo, Saint-Domingue era una colonia francesa. Es cierto que, antes de tener certeza de la expedición, resultaba imposible un discurso claro; una vez que entendió lo que se avecinaba, no debió vacilar. Debía hacer público que una poderosa expedición no podía tener otro objetivo que el restablecimiento de la esclavitud; debía haber convocado a la población a la resistencia, declarar la independencia y confiscar las propiedades de todos los que se negaran a aceptarla, y distribuirlas entre quienes lo apoyaban. Tanto a Agé como a los otros oficiales blancos se les debió ofrecer una opción clara: aceptar o marcharse. Si aceptaban con la intención de traicionar, los oficiales negros estarían en guardia contra ellos, los hombres hubieran sabido a qué atenerse y los fusilarían a la menor vacilación ante el enemigo. A los blancos debió dárseles la misma opción: aceptar el régimen negro que garantizaba, y garantizaría, sus propiedades, o marcharse; los traidores en tiempo de guerra serían tratados como todos los traidores en la guerra. Muchos de los plantadores estaban a favor de la independencia; se hubieran quedado en Saint-Domingue contribuyendo con su conocimiento, tal como ocurrió, al nuevo Estado. No solo los antiguos esclavos eran seguidores de Toussaint. Lamartinière, un mulato de piel tan clara que solo los que conocían su origen podían decir que tenía ascendencia negra, era completa y absolutamente leal a la causa de Toussaint. Lo mismo que Maurepas, su antiguo negro libre. Con Dessalines, Belair, Moïse y cientos de otros oficiales ex esclavos y negros antes libres, hubiera sido fácil a Toussaint obtener el respaldo de las masas. De contar con el ejército, algunos de los negros y mulatos más educados, y los trabajadores agrícolas negros que lo apoyaron en todo de manera tan firme, habría sido invencible. Con el asunto claramente definido y su evidente poder, muchos que de otra forma podrían haber vacilado se colocarían al lado de quien actuaba con decisión. Con una victoria incuestionablemente ganada no hubiera sido imposible reabrir las negociaciones con un castigado gobierno francés para establecer las ansiadas relaciones.

Serían los trabajadores agrícolas ex esclavos y el ejército ex esclavo los que decidirían la cuestión, y la política de Toussaint invalidó a ambos.



Dejó al ejército con la lealtad dividida. Dentro de él había franceses dentro cuyo deber sería luchar al lado de Francia. Ellos, los mulatos y los antiguos negros libres no tenían por su libertad.

En lugar de atraer a los trabajadores agrícolas negros, los apartó. Incluso después de la revuelta no era demasiado tarde. Lenin aplastó la rebelión de Kronstadt con mano firme, aunque, de manera tan abrupta que provocó llamados a la disciplina partidista por parte de los dogmáticos; inmediatamente después propuso la Nueva Política Económica. Fue este rápido reconocimiento del peligro lo que salvó a la Revolución Rusa. Toussaint sofocó la revuelta como tenía que hacerlo, pero en lugar de reconocer su origen en el temor al mismo enemigo contra el que se estaba armando, fue más estricto con los revolucionarios que antes. El día en que Moïse fue ejecutado, 21 denoviembre, era la fecha exacta fijada por Bonaparte para la partida de la expedición.

En lugar de las represalias, Toussaint debió haber recorrido el país, y de forma sencilla, de la que tan bien entendía, movilizar a las masas, hablar con la gente, explicarles la situación y decirles lo que quería que hicieran. En realidad, persistió en seguir una política que redujo a las masas a un estado de estupor.<sup>9</sup> Se ha dicho que pensaba en los efectos en Francia. Su severidad y su proclama dándoles seguridades a los blancos estaban encaminadas a demostrarle a Bonaparte que todas las clases estaban a salvo en Saint-Domingue, y que se podía confiar en que él gobernaba la colonia con justicia. Probablemente sea verdad, y es su mayor condena.

A Bonaparte no le convencerían la justicia, la equidad ni la capacidad de Toussaint para gobernar. Donde los imperialistas no encuentran el desorden, lo crean deliberadamente, como lo hizo Hédouville. Quieren una excusa para intervenir, pero esa la pueden encontrar fácilmente, incluso intervienen sin ninguna excusa. Lo que cuenta es la fuerza, sobre todo la fuerza organizada de las masas. Siempre, pero fundamentalmente en el momento de la lucha, un líder tiene que pensar en sus propias masas. Lo que importa es lo que piensen ellas, no lo que piensen los imperialistas. Y si para aclararles las cosas Toussaint tenía que perdonar una masacre de blancos, peor para los blancos. Había hecho por ellos todo lo posible. Si la cuestión racial ocupaba en Saint-Domingue ese lugar prominente, no era culpa de los negros. Mas Toussaint, como Robespierre, destruyó su propia ala izquierda, y con ello selló su desgracia. La tragedia fue que no había necesidad de eso. Robespierre atacó a las masas porque él era un burgués; y las masas, comunistas. Ese choque resultaba inevitable, y los reproches son en vano. Pero entre Toussaint y su pueblo no había diferencias fundamentales en cuanto a perspectivas u objetivos. Conociendo que la cuestión racial era social y política, trató de lidiar con

<sup>9</sup> Idlinger, tesorero de la colonia. Informe al gobierno francés, Archives du Ministère des Affaires Etrangères. Fonds Divers, Section Amérique, No. 14.

ella de manera puramente social y política. Fue un grave error. Lenin, en su tesis al Segundo Congreso de la Internacional Comunista, les advertía a los revolucionarios blancos —advertencia que mucho necesitaban— que el efecto de la política imperialista en la relación entre los pueblos avanzados y atrasados era tal, que los comunistas europeos tendrían que hacer grandes concesiones a los nativos de los países coloniales para vencer los prejuicios justificados que estos sentían hacia todas las clases en los países opresores. Toussaint, en la medida en que creció su poder, olvidó esto. Ignoró a los trabajadores agrícolas negros, los confundió en el momento que más los necesitaba, y confundir a las masas es el golpe más mortal que se puede asestar a la revolución.

Su debilidad personal, el lado inverso de su fuerza, desempeñó también su papel. Dejó en la oscuridad hasta a sus generales. Hombre silencioso y reservado por naturaleza, había sido formado en la disciplina militar. Daba órdenes y esperaba ser obedecido. Nadie sabía nunca qué hacía. Dijo de repente que Sonthonax debía marcharse e invitó a sus generales a firmar o no la carta, como quisieran. Cuando Vincent habló con Christophe y con Moïse acerca de la Constitución, estos no sabían nada sobre ella. La amarga queja de Moïse acerca de Toussaint y los blancos obviamente provenía de un hombre a quien Toussaint nunca le explicó los motivos de su política. No hubieran necesitado mucha persuasión para seguir a un líder audaz. Moïse trataba de llegar a eso. Podemos señalar la debilidad de Toussaint con mayor claridad porque Dessalines encontró en realidad el método correcto. Su discurso al ejército fue famoso; otra versión —probablemente pronunciada en más de una ocasión— decía: «Si Francia desea intentar cualquier cosa aquí, todos, hombres y mujeres, tienen que responder unidos». Aclamaciones y gritos saludaron este pronunciamiento audaz, que valía por mil de las proclamas equívocas de Toussaint dándoles seguridades a los blancos. Dessalines no tenía el menor deseo de conceder seguridades a los blancos.

Los blancos eran blancos del antiguo régimen. A Dessalines no le importaba lo que decían o pensaban. Los que tenían que combatir eran trabajadores agrícolas negros, las seguridades debían ser para ellos. No se trataba de que Toussaint se hiciera ilusiones acerca de los blancos. No tenía ninguna. Cuando comenzó realmente la guerra, les envió un mensaje a sus comandantes: «No dejen nada blanco por detrás».<sup>10</sup> Pero ya el daño estaba hecho.

Sin embargo, el error de Toussaint surgía de las mismas cualidades que lo hicieron ser quien era. Es fácil ver hoy, como lo hicieron sus generales después de su muerte, dónde había errado. Eso no significa que ellos, o ninguno de nosotros, lo hubiéramos hecho mejor en su lugar. Si Dessalines podía ver las cosas de esa manera tan clara y tan simple se debía a que los

<sup>10</sup> Mauviel, obispo de Saint-Domingue, memorando a Napoleón, Archives Nationales, A.F. IV. 1187.

lazos con la civilización francesa de este soldado sin instrucción eran muy tenues. Veía tan bien lo que tenía bajo la nariz porque no veía más allá. El fracaso de Toussaint fue una falla del iluminismo, no de la oscuridad.

En los últimos días de diciembre, la flota del almirante Villaret-Joyeuse, que llevaba a bordo al primer destacamento de doce mil hombres, entró en el puerto de la bahía de Samaná. Toussaint, solo, en una elevación cercana, observaba los barcos. No familiarizado con el armamento naval, estaba abrumado por la cantidad. Cuando regresó al lado de sus ayudantes, pronunció estas palabras: «Pereceremos. Toda Francia ha venido a atacarnos». No era temor, nunca tuvo miedo. Pero ciertos rasgos de carácter están profundamente arraigados en los grandes hombres. A pesar de todo lo hecho, en el fondo continuaba siendo el mismo Toussaint que dudó en unirse a la Revolución de 1791, y que durante un mes protegió la plantación de su amo de la destrucción. Solo que esta vez no se trataba de una plantación y unas decenas de esclavos, sino de una colonia y cientos de miles de personas.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

La derrota de Toussaint en la Guerra de Independencia, su encarcelamiento y muerte en Europa son considerados universalmente como una tragedia. Contienen auténticos elementos de lo trágico dado el hecho de que Toussaint, aun en el momento más crítico de la guerra, se esforzó por mantener la conexión con Francia como una necesidad de Haití en su largo y difícil ascenso a la civilización. Convencido de que la esclavitud no sería jamás restablecida en Saint-Domingue, también lo estaba de que una población de esclavos, recién llegados de África, no podía llegar a la civilización «por sí misma». Sus tergiversaciones, su inhabilidad para tomar las decisiones firmes y realistas que tanto distinguieron su carrera y que se habían convertido en la expresión genuina de su personalidad, en la medida en que vemos sus errores estúpidos y de la inevitable catástrofe, tenemos que recordar que no se trata de un conflicto acerca de los insolubles dilemas de la condición humana, de que no se trata de división de una personalidad que solo puede encontrarse ella misma en su lucha por lograr lo inalcanzable. Toussaint era un hombre cabal. El hombre formado por la Revolución Francesa exigía que la relación con la Francia de la libertad, la igualdad, la fraternidad, y la abolición de la esclavitud sin debate, debía mantenerse. El significado de la Francia revolucionaria estaba perpetuamente en sus labios, en las declaraciones públicas, en su correspondencia, en la intimidad espontánea de las conversaciones privadas. Era el estadio más alto de la existencia que podía imaginar. No se debía solo a su estructura mental. Nadie estaba más consciente que él de las necesidades prácticas en relación con el atraso social y las primitivas condiciones de la vida a su alrededor. Siendo el hombre que era, por su naturaleza y por el rango e intensidad de las nuevas experiencias vividas, solo dados a unos pocos, esa era la manera en que concebía el mundo. La

actitud poco realista hacia sus antiguos amos, tanto internos como externos, no tenía su fuente en ningún humanitarismo o lealtad abstractos, sino en el reconocimiento de que solo ellos tenían lo que Saint-Domingue necesitaba. Creía que podía manejarlos. No es improbable que hubiera podido hacerlo. Se encontraba en una situación muy similar a la del más grande de los estadistas estadounidenses, Abraham Lincoln, en 1865: Si era posible hacerlo, solo él podría. A Lincoln no se le permitió intentarlo. Toussaint luchó desesperadamente por el derecho a intentarlo.

Como mismo estaba convencido de que Saint-Domingue decaería sin los beneficios de la relación con Francia, estaba igualmente seguro de que la esclavitud nunca podría ser restablecida. Entre estas dos certitudes, él, en quien la visión penetrante y la decisión oportuna se habían convertido en segunda naturaleza, se convirtió en la concreción de la vacilación. Su lealtad a la Revolución Francesa y todo lo que significó para la humanidad en general y para el pueblo de Saint-Domingue en particular, lo habían hecho quien era. Pero al final fue su ruina.

Quizás el hecho de que él esperara más que la libertad a secas fuera demasiado de acuerdo con el momento. Dessalines estaba satisfecho con solo eso, y quizás la prueba de que bastaba solo con la libertad estriba en el hecho de que, para asegurarla, Dessalines, ese fiel lugarteniente, tenía que sacar a Toussaint de la escena. Toussaint estaba tratando de lograr lo imposible —que para él era la única realidad que importaba—. Los hechos, a los cuales el historiador está condenado a atenerse, en ocasiones simplifican las trágicas alternativas que Toussaint tuvo que enfrentar. Pero no puede permitirse que estas declaraciones fácticas y los juicios que exigen que oscurezcan o minimicen el carácter realmente trágico de su dilema, que es uno de los más extraordinarios de los que se tiene conocimiento histórico.

Pero en un sentido más profundo, la vida y la muerte no son verdaderamente trágicas. Prometeo, Hamlet, Lear, Fedra, Ahab, ellos reafirman lo que pudieran ser los impulsos permanentes de la condición humana contra las exigencias de la sociedad organizada. Lo hacen ante la destrucción inminente o incluso cierta, y su desafío los eleva a alturas que convierten su derrota en un sacrificio que enriquece nuestras concepciones sobre la grandeza humana.

Toussaint pertenece a una categoría menor. Sus espléndidos poderes no crecen sino que declinan. Mientras antes se distinguía por encima de todos debido a su rápida e intrépida evaluación de la realidad que enfrentaba, lo veremos, lo hemos visto ya, juzgando mal los acontecimientos y las personas, vacilando acerca de los principios y perdiendo tanto el temor a sus enemigos como la confianza de sus propios seguidores.

La falla trágica, que hemos construido a partir de Aristóteles, no era en Toussaint debilidad moral. Se trataba de un error específico, una mala interpretación de los acontecimientos. Sin embargo, lo que no captan la libertad imaginativa y la lógica creativa de los grandes dramaturgos es hasta cierto punto compensado por la realidad histórica de su dilema. Por

tanto, sería un error considerarlo meramente una figura política en una remota isla del Caribe. Si su historia no se acerca a las grandes obras dramáticas, en su significado social y profundidad humana excede con mucho los últimos días en Santa Elena y esa apoteosis de acumulación y degradación, que es el suicidio en el Wilhelmstrasse. Los dramaturgos griegos siempre podían acudir a sus dioses para representar la materialización del destino, la *dike* que rige un mundo que ni ellos ni nosotros construimos. Pero ni siquiera el mismo Shakespeare pudo encontrar tan dramática materialización del destino como la que enfrenta Toussaint: el propio Bonaparte. Ni la imaginación más avanzada podía avizorar la entrada del coro, los ex esclavos, como los árbitros de su propio destino. La certeza de Toussaint acerca de que esta sería la definitiva e irresistible solución del problema al que se negaba a limitarse, explica sus errores y los compensa.

Bonaparte, que como Toussaint hacía todo por sí mismo, escribió el plan de campaña de su puño y letra.

Lo dividió en tres etapas. En la primera, Leclerc prometería a Toussaint lo que este pidiera, a fin de poder establecerse en los principales puntos del país.

«Tan pronto como esto se logre, entonces usted será más firme. Ordénele que me responda sin ambigüedades la proclama y mi carta». Toussaint tendrá que ir a El Cabo a jurar fidelidad a la república. «Ese mismo día», él y todos sus seguidores, blancos y negros, serán embarcados hacia Francia sin humillaciones, con honor y consideración (Simplemente para evitar la irritación innecesaria de la población, ya que ni un solo niche mantendría sus grados). Raimond —que no contaba con el apoyo de las masas— sería arrestado y enviado a Francia como un criminal. Durante esta primera etapa, Leclerc daría buen trato a Moïse, Dessalines y Toussaint, y se haría lo posible por atraer a hombres como Christophe, Clairveaux y Maurepas, quienes eran «favorables a los blancos», es decir, habían ejecutado la política trazada por Toussaint de tratarlos con justeza y consideración. Esta primera etapa duraría entre quince y veinte días.

Pero Bonaparte tenía sus dudas con respecto a Toussaint, Moïse y Dessalines. De no acudir a jurar fidelidad —y a ser deportados con amabilidad aunque con firmeza—, serían declarados traidores, perseguidos en una «guerra a muerte»; si se les capturaba debían ser fusilados dentro de las veinticuatro horas. Ello pondría fin a la segunda etapa. «Ese mismo día», en todos los puntos «todas las personas dudosas, cualquiera que sea su color, serían arrestadas, y los generales negros, cualquiera que fuera su estatus, serían deportados». La última etapa correspondía al desarme de la población. La Guardia Nacional y la *gendarmérie* serían «reorganizadas», es decir, integradas en su totalidad por blancos. Saint-Domingue se encontraría así listo para las «leyes especiales».

La primera cuestión consistía en liquidar el poder militar de los negros: ninguno con rango por encima de capitán podía permanecer en la isla.

La segunda estribaba en el prestigio. Bonaparte conocía la importancia imperialista del debido respeto a las mujeres blancas por parte de los nativos. Para los antiguos, la conquista no se completaba hasta el momento en el cual el vencedor se acostaba con la esposa o la hija del monarca conquistado. Resulta difícil inculcar un apropiado sentimiento de inferioridad a un hombre que se acuesta con tu hermana. Bonaparte ordenó que todas las mujeres blancas que «se habían prostituido» con negros fueran enviadas a Europa, independientemente de su rango. Leclerc no toleraría que se le hablara de «los derechos de esos negros que habían derramado tanta sangre de blancos».<sup>1</sup> Cualquiera que fuera su grado o los servicios prestados, sería enviado a Francia.

Las «leyes especiales» no fueron especificadas, pero también comprendían el tratamiento conveniente a los mulatos. Rigaud, Pétion, Villate y otros oficiales, que no temían por sus propios derechos, y creídos de suplantar a Toussaint y a sus generales, obtuvieron permiso para participar en la expedición. Bonaparte hizo que todos viajaran en un solo barco, el *Vertu*. Si Toussaint le daba la bienvenida a la expedición, ni siquiera se les permitiría desembarcar, sino que de inmediato serían deportados a Madagascar. Sin embargo, si había que combatir, se les permitiría derramar su cuota de sangre.<sup>2</sup>

En estas instrucciones Bonaparte repudiaba la idea de restablecer la esclavitud. Mentía. Todavía posaba como el heredero de la Revolución y no se atrevía a comprometerse con esta política reaccionaria ante negros y blancos por temor a que cayera en manos del sucesor de Leclerc (si este necesitaba alguno) y por su efecto sobre el ejército. Incluso cuando Bonaparte hizo efectiva la autoridad de Leclerc para restablecer la esclavitud, este la mantuvo oculta de su segundo al mando, Rochambeau. Muchos oficiales y todos los soldados luchaban convencidos de que lo hacían en defensa de la Revolución y contra Toussaint, un traidor vendido a los curas, los emigrados y los británicos.

Es contra los pueblos coloniales sin medios de contrapropaganda que el imperialismo practica sus artes más innobles, y lo más chocante de este documento no es su duplicidad, sino que tranquilamente se den por sentadas la estupidez y la ingenuidad de los generales negros. Al parecer, Bonaparte únicamente temía a tres de ellos: Toussaint, Moïse y Dessalines.

<sup>1</sup> Las instrucciones fueron reproducidas en su totalidad como un apéndice en Gustav Roloff: *Die Kolonialpolitik Napoleons I*, Múnich, 1899.

<sup>2</sup> H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 48. Esto no está en las instrucciones.



Pero el hecho más fascinante de esta historia, y testimonio del conocimiento que Bonaparte tenía de los hombres, es que Pétion y Rigaud sabían que ellos serían deportados a Madagascar en caso de no haber resistencia. No obstante, la fuerza de la autoridad era tan grande que estaban dispuestos a aceptar incluso esta amarga verdad.<sup>3</sup> Las presunciones en apariencia impúdicas de Bonaparte, constituían en realidad una política sabia. Esa confianza tranquila en su capacidad para engañar marca la madurez de la clase gobernante. Ello explica su furia salvaje cuando encuentra a los que no creen en sus promesas más solemnes. Bonaparte sabiamente separaba del resto a Toussaint, Dessalines y Moïse. De no ser por los dos primeros, el plan, en su conjunto, hubiera sido un éxito.

El 2 de febrero Leclerc hizo su aparición fuera del puerto de El Cabo con cinco mil de sus doce mil hombres, y dio instrucciones a Christophe, al mando de las tropas de la ciudad, de que preparara alojamiento para sus soldados. Christophe, pobre tonto, lo tenía todo listo para recibirlos. De no haberse producido una pelea entre Leclerc y Villaret-Joyeuse y por un viento en contra, Leclerc hubiera tomado El Cabo intacto. Pero Toussaint, cabalgando a toda carrera desde Samaná, llegó a tiempo para detener a Christophe. No dio la cara, sino que dejó que Christophe condujera las negociaciones, escondido en una habitación contigua y haciendo que Christophe hablara en voz alta para poder oír su negativa.<sup>4</sup>

En camino a encontrarse con Christophe, el enviado de Leclerc dejó caer, como por accidente, algunas proclamas de Bonaparte en las que le pedía a la población que apoyara a Leclerc, protector de sus libertades, restaurador de la paz, etc. Era todo lo que necesitaba la pequeña burguesía. La alcaldía y los funcionarios civiles, los mulatos y los antiguos negros libres, siempre celosos de los generales negros analfabetos y de bajo origen de Toussaint, y resentidos por el despotismo de este, dieron muestras de júbilo y satisfacción. Estúpidos, como pueden serlo los funcionarios pequeño-burgueses, imploraron a Christophe para que diera la bienvenida a la expedición francesa.<sup>5</sup> Cesar Télémaque, alcalde de El Cabo, viejo negro libre y administrador notablemente capaz, se puso a la cabeza de esta farsa, dio una lectura oficial a la proclama y acosó a Christophe para que se sometiera. Para darle mayor fuerza a su reclamo y al de sus amigos, llevó ante Christophe una delegación de ancianos, mujeres y niños. Los blancos y todos los que antes eran libres estaban radiantes, pero los oficiales del ejército, negros y mulatos, se mostraban francamente hostiles, y se negaban a hablar con los franceses. Bajo la mirada atenta de su jefe, Christophe permaneció firme y respondía a las amenazas de

<sup>3</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. III, p. 48.

<sup>4</sup> Pamphile de Lacroix: *Mémoires pour servir à l'histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, vol. II, pp. 69-88.

<sup>5</sup> Ídem. Lacroix participó en las negociaciones.

Leclerc con otras amenazas. El día siguiente, el cuarto, Christophe reunió a la guarnición, que juró fidelidad hasta la muerte. Se enteraron de que Fort Liberté había sido capturado por los franceses. Era la guerra, y Christophe les pidió a los habitantes que evacuaran la ciudad. Hombres, mujeres y niños iniciaron el penoso viaje a las colinas, que comenzaban casi donde terminaba la ciudad. Algunos pobladores se quedaron cerca de Cesar Télémaque en la alcaldía, con la fútil esperanza de que apareciera una alternativa a esta última miseria. Todos tenían la mirada fija en el mar. Finalmente, a la caída de la noche, un barco se separó del escuadrón y, asistido por la creciente oscuridad, entró en el puerto. De inmediato, los vigías que Christophe tenía de guardia dieron la temida señal mediante un cañonazo y, al escucharlo, los soldados, antorcha en mano, corrieron por la ciudad. Pronto todo ardía. De repente, con un ruido atronador, explotó el polvorín. Las rocas dislocadas por la explosión rodaron cuesta abajo, aplastando a las mujeres y los niños que se escondían en las colinas. Por orden de Toussaint, todos en la ciudad, incluyendo a los blancos y a Télémaque y sus amigos, se vieron obligados a seguir a las tropas. Lo hicieron en contra de su voluntad, lamentándose con amargura de que Leclerc no hubiera sido bienvenido.

Christophe y sus hombres, para cuidar a la población, se retiraron a las montañas. Toda la noche ardió el fuego con furia, destruyendo propiedades por valor de cien millones de francos. Los enviados de Leclerc le habían contado lo floreciente que estaba la ciudad, pero cuando desembarcó al día siguiente fue recibido por rescoldos y cenizas: de dos mil casas solo quedaban cincuenta y nueve. Para este francés profundamente desilusionado, era la señal de los días venideros, el comienzo de una devastación que hizo retroceder a Saint-Domingue medio siglo.

Pero Toussaint aún entonces vacilaba. En camino de El Cabo a Gonaïves se encontró con un destacamento francés. Al detenerse para parlamentar, fue recibido a balazos y casi pierde la vida. Su caballo resultó herido. El sombrero de uno de sus escoltas voló de un disparo, y Christophe tuvo que lanzarse del caballo y cruzar un río para escapar de la captura o la muerte.

La guerra es la continuación de la política por otros medios, y Toussaint cosechaba ahora el resultado de su política del año anterior. Los trabajadores agrícolas negros, hostiles a los franceses, no respondieron a su llamado. No podían entender por qué los llamaba a pelear contra estos blancos cuando toda su política había sido de conciliación con ellos.<sup>6</sup> Fue fácil para los enemigos de Toussaint presentarlo como un tirano, que trataba con

<sup>6</sup> «[...] él [Toussaint] favorecía a los colonos blancos, especialmente a los que ocupaban nuevas posesiones; y la atención y parcialidad hacia ellos era tal que fue censurado severamente por estar más ligado a ellos que a su propio pueblo. Esta queja de los negros no carecía de razón; durante los meses anteriores a la llegada de los franceses, Toussaint había dado muerte a su propio sobrino, el general Moïse, por haber desoído sus órdenes relacionadas con la

emigrados y curas —todos lo veían haciéndolo— buscando entregarle la colonia a los británicos para lograr sus ambiciones personales. Los mulatos y los antiguos negros libres estaban abiertamente a favor de los franceses. Saint-Domingue era una colonia francesa. ¿Por qué razón iban a quemar sus propiedades para satisfacer las ambiciones de Toussaint?

El ejército no sabía qué posición asumir. Christophe casi deja entrar a Leclerc, y ahora el vaivén de los oficiales con mando venía en ayuda de este último, lo cual confundía tanto a los soldados de fila como a las masas. Port-Républicain, la capital, se hallaba bajo el mando de Agé. Boudet, con tres mil quinientos hombres, le pidió a Agé que rindiera la ciudad. En una conferencia de oficiales, el oficial blanco a cargo del polvorín se negó a entregar las llaves. Lamartinière sacó su pistola y en la misma mesa de conferencia lo mató de un disparo. Otra bala disparada por Agé hubiera ahorrado una cantidad infinita de problemas. Pero ante tal demostración de lealtad y el talante de otros de sus subordinados, Agé contemporizó. Al llamado de Boudet respondió que no podía hacer nada excepto por orden de Dessalines, su oficial superior, que estaba en St. Marc. ¿Qué clase de resistencia era esta? Con ese estímulo, Boudet desembarcó sus tropas y marchó audazmente contra la ciudad. Otro oficial, seguidor de Rigaud, le entregó a la avanzada una importante fortificación. Hubo algunas peleas valientes al final, pero con tal confusión y deslealtad en el mando, la guarnición no pudo mantener la ciudad. Tratando en vano de incendiarla cuando se marchaban, Lamartinière y sus hombres se retiraron. No solo se había perdido la capital, con poca pérdida y todos sus suministros intactos, sino que también los franceses capturaron el tesoro, con dos millones y medio de francos.<sup>7</sup>

A la noche siguiente llegó una oferta de rendición de Laplume, el general negro que comandaba en el Sur. Oficiales y soldados, como estaban habituados a hacer en los enredos políticos de la Revolución, seguían a sus comandantes, quienes, en la mayoría de los casos, habían formado ellos mismos sus ejércitos. Hasta en la ciudad de Santo Domingo, en territorio español, donde estaba al mando Paul L'Ouverture, los franceses tuvieron otro éxito fácil. Kerverseau, hasta ese momento al servicio de Toussaint, se unió a Leclerc y fue colocado al mando de un destacamento francés. Marchó contra aquella ciudad y exigió la rendición. L'Ouverture se negó. Un grupo de habitantes franceses y españoles intentaron dejar

---

protección de los colonos. Este acto por parte del gobernador y la gran confianza que le tributaba al gobierno francés eran las causas principales de la débil resistencia que los franceses encontraron en Haití». Esto es un extracto de un manifiesto publicado por Christophe en 1814, cuando Haití estaba de nuevo amenazado. (Reimpreso en John Relly Beard: *Life of Toussaint L'Ouverture*, Londres, 1853, p. 326). Toussaint no confiaba en el gobierno francés, como dice Christophe. No se hubiera armado como lo hizo y de la manera que lo hizo. Pero permitió que la gente pensara que él confiaba en los franceses.

<sup>7</sup> El comandante de la avanzada de Boudet era Pamphile de Lacroix.

El 8 de febrero Toussaint aún no conocía el alcance de sus reveses, cuando se dio cuenta de la magnitud de los mismos, se preparó para la resistencia, no para la rendición. El sueño del gobierno organizado y el progreso hacia la civilización había terminado. Aferrado al último jirón de esperanza de paz, solo cuando vio que el enemigo cerraba el cerco se preparó para la lucha. Lamentable había sido su error, pero tan pronto como se decidió a mirar de frente la destrucción de Saint-Domingue, se colocó a la altura de las circunstancias, y fue esta, su última campaña, la más gloriosa. Bosquejó su plan a Dessalines.

No olvides que, mientras esperamos por la estación lluviosa, que nos librerá de nuestros enemigos, no tendremos otro recurso que la destrucción y el fuego. Recuerda que el suelo bañado con nuestro sudor no puede brindarles a nuestros enemigos el más mínimo sustento. Destruye

las carreteras; arroja cadáveres y caballos en todas las fuentes, quema y aniquila todo para que los que han venido a reducirnos a la esclavitud tengan ante sus ojos la imagen del infierno que merecen.

Era demasiado tarde. Los acontecimientos demostraron que de haber movilizad las masas con anterioridad y purgado el ejército, el ataque francés hubiera sido frustrado desde el principio. Su deseo de evitar la destrucción fue la verdadera causa de ella. Este es el error recurrente de los moderados cuando se encuentran cara a cara con la lucha revolucionaria.

Dessalines nunca recibió la carta. Pero el extraordinario soldado y líder revolucionario era un hombre bien diferente de Christophe y del resto. No necesitaba instrucciones ni exhortaciones para actuar de manera adecuada. Cuando escuchó que Port-Républicain había sido tomado, su negra faz palideció, se volvió maldiciendo con fiera a los que lo rodeaban y expresó a gritos su ira. Esto no debió haber sucedido nunca, y todo era culpa de Toussaint.

Los franceses tenían la iniciativa, y Dessalines no esperó a que lo atacaran. Marchó hacia el Sur para encontrarse con ellos, e hizo contacto con Lamartinière en Croix-des-Bouquets. Fingió que se retiraba hacia las montañas Cahos, lanzó a los franceses detrás de una pista falsa y se apresuró en llegar a Léogâne, pueblo rico en recursos y con un puerto que servía a una fértil y floreciente llanura. Boudet envió una división tras él, pero Dessalines llegó primero a Léogâne, lo convirtió en cenizas y devastó la pradera. Se hallaba entonces en una situación crítica. No podía ir más al Sur porque Laplume se encontraba allí. La división que lo perseguía y el propio Boudet estaban en Port-Républicain, para impedir la retirada. Y novecientos hombres que desembarcaron en Arcahaie puso en manos francesas esa ciudad porteña. Solo las agrestes montañas ofrecían una vía de escape. Dessalines condujo a sus hombres por encima de temibles precipicios y pasos desconocidos. Los franceses emboscados nunca pudieron verlo, y después de una serie de marchas forzadas, regresó a St. Marc, reorganizó sus fuerzas y de nuevo marchó hacia el Sur para enfrentar a los franceses e impedir que avanzaran sobre sus posiciones. Boudet atacaba por mar y tierra. Utilizando cada accidente del difícil camino, Dessalines hizo que Boudet tuviera que pelear por cada pulgada de terreno; el avance francés debió realizarse mediante el uso continuo de la artillería. En la contienda final, Dessalines fue derrotado; pero después de una marcha imposible y el infernal combate, los hombres de Boudet yacían exhaustos y no pudieron perseguir al ejército que se retiraba. Con calma, Dessalines se retiró a St. Marc. En la explanada mantuvo ardiendo un fuego durante dos días, y llenó la ciudad y su recién construido palacio de material inflamable. Encendió una antorcha con su propia mano, y prendió fuego a su casa, mientras sus soldados seguían su ejemplo por

toda la ciudad. Boudet, como Leclerc, fue recibido por ruinas. Agotados y desmoralizados como estaban, los franceses no tendrían paz. Dessalines calculó que la guarnición de Port-Républicain estaría mermada. Marchó al sur nuevamente en un intento por sorprender a la ciudad, tomarla por asalto y convertirla en cenizas. Mientras cruzaba de una a otra punta de la isla, acosando a los inhumanos perseguidores de su pueblo, este viejo esclavo, con las marcas del látigo debajo de su uniforme de general, arribaba a la conclusión ante la cual Toussaint todavía vacilaba. Declararía independiente la isla y terminaría con Francia. Los viejos dueños de esclavos sonreían de júbilo en todas partes debido a la expedición francesa; terminaría para siempre con todo lo relacionado con los blancos.

Masacró hombres, mujeres y niños, en realidad todos los blancos que cayeron en sus manos. Prohibió los entierros, dejando pilas de cadáveres al sol para sembrar el terror entre los destacamentos franceses que marchaban trabajosamente detrás de sus veloces columnas.

Leclerc intentó entonces atrapar a Toussaint utilizando a sus propios hijos como carnada. Se trataba de un plan cuidadosamente elaborado por Bonaparte en París hacía mucho tiempo, desde octubre. Bonaparte se negaba a enviar de regreso a los muchachos, y los inescrupulosos enemigos de Toussaint trataron de ponerlos en contra de su padre.<sup>8</sup> Al llegar la hora de la expedición, Bonaparte los mandó a llamar junto con su tutor, el abate Coisson. Les habló amablemente, se refirió a la grandeza del padre, lo bien que había servido a Francia; les aseguró que la expedición era simplemente para fortalecer a Saint-Domingue contra sus enemigos, que los enviaría delante para que le informaran a su padre del asunto, y le pidió al tutor que viajara con ellos: su vocación sacerdotal ayudaría. Hizo que altos oficiales los invitaran a cenar. Por alguna razón los muchachos no fueron enviados con anticipación sino que viajaron con su tutor en la expedición de Leclerc. Bonaparte le había entregado a Leclerc una larga y truculenta carta —firmada, al fin, de su puño y letra— en la que garantizaba la libertad de los negros y le solicitaba a Toussaint que ayudara a Leclerc en el gobierno del país —presumiblemente durante la semana o algo así antes de ser embarcado a Francia—, todo con veladas amenazas si se resistía. Leclerc la envía a Toussaint por medio de los muchachos y el cura, con la esperanza de que las derrotas y las deserciones lo hubieran atemorizado, y que el amor paternal hiciera el resto. A lo largo de la carretera, las multitudes, felices de ver que los hijos del General habían regresado de París, salieron a darles la bienvenida, les gritaban sus saludos, los abrazaban mientras les trasmitían mensajes de buena voluntad. Sin saberlo, resquebrajaban el espíritu de resistencia del pueblo. Toussaint, que se

<sup>8</sup> Carta de Toussaint a sus hijos, 22 de praderal, año VII, Archives Nationales, F. III. 210

hallaba de viaje, regresó a toda carrera al día siguiente, ya tarde en la noche. Los muchachos se lanzaron a sus brazos mientras las lágrimas corrían por las mejillas del severo viejo militar. Coisson, hasta entonces discretamente alejado, juzgó que era el momento adecuado —según sus propias palabras—, se adelantó con un solemne recordatorio del deber hacia Francia y entregó la carta.

El elaborado plan resultó un miserable fracaso. Toussaint —qué bien conocía a estos hombres— ni siquiera se molestó en leer toda la carta. Le echó un vistazo a la misma y estaba ya a punto de hablar cuando Coisson comenzó un largo panegírico acerca de Bonaparte, su amable recibimiento a los muchachos, la naturaleza pacífica de la expedición, etc. Dessalines probablemente lo hubiera fusilado allí mismo y se hubiera llevado a sus hijos, pero Toussaint era otro tipo de persona. A Coisson le dio una respuesta digna. Las palabras de Bonaparte anunciaban la paz, las acciones de Leclerc declaraban la guerra: «En medio de tantos desastres y actos de violencia, no puedo olvidar que uso una espada». Si Leclerc deseaba la paz, que detuviera la marcha de su ejército.

Hablaron hasta altas horas de la noche, Toussaint no pudo contener su indignación cuando comprendió que sus hijos eran el precio de su rendición. Esa noche, de nuevo derramando lágrimas, hizo saber al cura que, aunque estaba preparado para sacrificar su vida por la libertad de los negros, enviaría de vuelta a sus hijos para que Leclerc no pensara que los retenía mediante la coerción o indebida influencia. Dos días después, la carta para Leclerc estaba lista y Toussaint la envió con los muchachos, proponiendo una suspensión de las hostilidades. Leclerc devolvió nuevamente a Isaac y a Plácido, bajo la promesa de que si Toussaint venía solo a discutir con él, todo estaría bien. Nombraría a Toussaint como su primer lugarteniente. En caso contrario, después de cuatro días lo declararía como un renegado. Lo que realmente quería era tenerlo en sus manos.

Isaac y Plácido trataron de convencer a Toussaint de que fuera a ver a Leclerc. Él se negó. ¿Qué estaban haciendo Rigaud, Pétion, Villate, Chanlatte, sus enemigos personales, en el ejército francés? Si ahora, que los negros tenían algún poder, los franceses los trataban de esa manera, ¿cómo serían tratados cuando no tuvieran ninguno?

Pero emocionado por las súplicas de los muchachos y su obvio amor por Francia, les dijo que no trataría de influir en ellos. Francia o Saint-Domingue. «Hijos míos, decidan; cualquiera que sea su decisión, siempre los amaré». Isaac se decidió por Francia, pero Plácido se arrojó sobre su padre y, entre sollozos, le habló de su temor al futuro, a la esclavitud, y que pelearía junto a él. De inmediato, Toussaint lo puso al mando de un batallón de su guardia personal, que días después condujo a una batalla. Madame L'Ouverture, con el intuitivo sentido femenino de la realidad inmediata, no se dio por vencida con Isaac e hizo que se quedara.<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. II, pp. 119-126.



Por fortuna para este recuento, tenemos la serie completa de las cartas escritas por Leclerc a Bonaparte, al Primer Cónsul y al ministro de la Marina desde Saint-Domingue. Para el estudioso de cualquier período histórico, pero en particular del imperialismo, son documentos de incalculable valor:

Necesito mucho los refuerzos. Usted debe comprender cuán difícil es [...]. Ya tengo seiscientos enfermos, la mayoría de mis tropas embarcaron hace cinco meses. La agricultura está en buenas condiciones. Por encima de todo cuente con mi lealtad. Muchos de los que envidiaron mi mandato en París serán barridos aquí. Le probaré a Francia que usted hizo una buena selección.<sup>10</sup>

Tres meses antes de nuestra llegada [...], Moïse trató de sustituir a Toussaint, y para lograrlo, comenzó a masacrar entre seiscientos y setecientos blancos. Toussaint lo mandó a fusilar y nos ha librado de él [...].<sup>11</sup>

Toussaint me ha hecho propuestas para la suspensión de las hostilidades. No creo ni una sola palabra. El es el hombre más falso y engañoso del mundo [...].<sup>12</sup> // Ya tengo más de mil doscientos hombres en el hospital. Haga cálculos sobre una pérdida de vida considerable en este país [...]. // Estoy sin dinero y sin comida. El incendio de El Cabo y de los distritos a los que se han retirado los rebeldes me priva de todos los recursos de este tipo. Es necesario que el gobierno me envíe provisiones, dinero, tropas. Esa es la única forma de asegurar el mantenimiento de Saint-Domingue. No tengo aquí la posibilidad de comerciar; los comerciantes de El Cabo son agentes de los estadounidenses, y los estadounidenses son los más judíos de todos los judíos [...].<sup>13</sup>

Leclerc, simplemente había estado jugando con Toussaint. Cuando llegaron los refuerzos, lanzó una proclama en la que se declaraba a Toussaint y Christophe fuera de la ley, y se preparó para aplastarlos en la llanura de Gonaïves. Desfourneaux abandonaría el río Salée, y pasando por Limbé y Plaisance, llegaría a Gonaïves. Hardy saldría de El Cabo y descendería sobre Gonaïves vía Marmelade y Ennery. Rochambeau dejaría Fort Dauphin y arribaría a Gonaïves a través de St. Raphael. Humbert y Debelle derrotarían a Maurepas y lo harían retroceder a Gonaïves, mientras

<sup>10</sup> Leclerc al Primer Cónsul. 9 de febrero de 1892. Las cartas han sido transcritas de los Archives du Ministère de la Guerre por el general Nemours. Véase Alfred Nemours: *Histoire militaire de la guerre d'Indépendance...*, vol. II, pp. 53-120

<sup>11</sup> 15 de febrero de 1802, al ministro de la Marina.

<sup>12</sup> «O, acumula algún poder...».

<sup>13</sup> 15 de febrero de 1802. Al ministro de la Marina.

que Boudet, viniendo de Port-Républicain, cortaría la retirada y apuñalaría por la espalda a las fuerzas de Toussaint.

Toussaint, con la mitad de sus dieciocho mil hombres en las filas enemigas, solo podía retrasar y asediar a la avanzada, devastar los sembrados y privar a Leclerc de suministros, al tiempo que se retiraba lentamente hacia las montañas. Era demasiado buen soldado para tratar de defender cada posible punto en que pudiera desembarcar Leclerc, y había escondido sus municiones y avituallamiento en lugares estratégicos, de manera que podía alimentar muchas líneas de retirada. Arrasaría los puestos de avanzada de Leclerc, atacaría por sorpresa, prepararía emboscadas, no le daría paz a los franceses, a la vez que evitaría combates de importancia. Con la llegada de las lluvias, los franceses, agotados, caerían por miles, víctimas de la fiebre; y los negros descenderían y los arrojarían al mar. Pero primero tenía que lograr salir del cerco de acero que Leclerc construía a su alrededor.

Es necesario describir esta campaña con cierto nivel de detalle. Las maniobras políticas se basaban en el progreso de la guerra, y la guerra fue la prueba suprema del pueblo de Saint-Domingue. El ejército de Bonaparte no cayó del cielo, y sus soldados no eran totalmente el resultado de su genio —sin paralelo alguno— para el mando militar. En última instancia, eran el resultado —uno de los mejores resultados— del cambio revolucionario en la sociedad francesa. Su ardor irresistible, su inteligencia, su resistencia física y su moral emanaban de la nueva libertad social que siguió a la destrucción del feudalismo; la conciencia de que ellos, los pobres, lo habían logrado, la fe en sí mismos como los portadores de la libertad y la igualdad por toda Europa. Ninguno de los soldados franceses de fila en Saint-Domingue pensó que combatía para restablecer la esclavitud. La guerra era para ellos una guerra revolucionaria.

Pero los soldados y los generales de Toussaint, analfabetos y ex esclavos, habían sido moldeados por la misma Revolución. Un ejército es una miniatura de la sociedad que lo produce. Si el ejército negro había vacilado ante el francés, se debía a que la sociedad de Saint-Domingue, como un todo, no sabía qué pensar de la expedición de Leclerc, no podía dar crédito de su mezquino propósito. Los pocos miles que permanecieron fieles a Toussaint constituían la vanguardia del ejército revolucionario, libraban una guerra revolucionaria. Se hallaban en desventaja numérica por el momento. Si Toussaint estaba apoyado por algunos trabajadores agrícolas negros, miles de mulatos y los que habían sido libres desde antes se unían a Leclerc. Pero la libertad y la igualdad que estos negros aclamaban cuando iban a la batalla significaban más para ellos que esas mismas palabras en boca de los franceses. Y en la lucha revolucionaria, estas cosas equivalen a muchos regimientos.

Hardy, viniendo desde El Cabo, chocó con Christophe en Bois-Pin el 19 de febrero. Sacó a Christophe de su posición, pero aquí recibieron los franceses

su primera sorpresa. Christophe, derrotado, se retiró ordenadamente y emplazó sus fuerzas en Ennery. El 21 de febrero Hardy atacó con ese vigor napoleónico que barrió y barrería todo a su paso en Europa, hasta que el ejército resultara mortalmente herido en la campaña de Moscú. Una vez más, Christophe fue dislocado, pero manteniendo a sus hombres en orden, se reubicó nuevamente en Bayonnais. Al día siguiente Hardy lo hizo retroceder, pero no pudo lograr que sus fuerzas se dispersaran. Todavía cubriendo la ciudad de Gonaïves, Christophe se situó entonces en La Coupe-à-Pintades, listo para enfrentar a los franceses al día siguiente, el 23.

Toussaint se hallaba en Gonaïves. No aprobaba todos estos combates. Prefería la guerra de guerrillas y el levantamiento de la población, pero todos los que aún le era fieles estaban ansiosos por cruzar espadas con los soldados de Bonaparte,<sup>14</sup> y Toussaint tuvo que ceder. Plaisance se había rendido de manera traidora a Rochambeau, y Toussaint, con seiscientos hombres y unos pocos cientos de auxiliares, se apresuró a cerrarle el paso a Rochambeau en Ravine-à-Couleuvres. Fue un momento de gran ansiedad personal. Su esposa y su familia tuvieron que abandonar el sitio donde se escondían en las montañas, y Toussaint no sabía dónde se encontraban. Pero se preparó para la batalla con su habitual desprecio por su seguridad. Acompañado solo por su ayudante y dos trabajadores agrícolas negros, realizó un reconocimiento tan temerario que uno de sus guías que se adentró demasiado fue capturado y muerto inmediatamente. Toussaint, de regreso, arengó a su ejército:

Van a luchar contra hombres que no tienen fe, ley o religión. Les prometen la libertad pero tratan de esclavizarlos. ¿Por qué han cruzado el océano tantos barcos si no es para volverlos a encadenar? Tratan de encontrar en ustedes niños obedientes, y si no son sus esclavos, son rebeldes. La madre patria, confundida por el Cónsul, se ha convertido en una madrastra para ustedes [...] descubran sus pechos y verán que están marcados con el hierro de la esclavitud. ¿Qué no han hecho por la libertad en diez años? Sus amos muertos o en fuga; los ingleses humillados por la derrota; eliminada la discordia, una tierra de esclavitud purificada por el fuego y embellecida más que nunca bajo la libertad; estas son sus obras y estos son los frutos de su trabajo. Y el enemigo trata de arrebatarles ambos de sus manos [...].

Toussaint, que tan duro luchó para construir, hablaba con feroz orgullo de la destrucción que encontraban los franceses en todas partes. Los franceses enfrentarían su destino. «Sus huesos serán dispersados entre estas montañas y rocas, y zarandeados por las olas del mar. Nunca más verán su tierra natal [...] y la libertad reinará sobre sus tumbas». Pero ni una palabra acerca de la independencia.

Rochambeau, pleno de orgullo racial, pensó que era mejor recordarles a sus hombres las victorias suyas en el Tíber, el Nilo y en el Rin. No habían viajado miles de millas para ser derrotados por esclavos.

La batalla comenzó al alba. Fue la batalla más fiera de la guerra. Toussaint cargó una y otra vez a la cabeza de sus hombres. Durante el día supo que su esposa y familia se escondían cerca del lugar de la batalla. «Asegúrese que tomen el camino a Esther», dijo a su informante. «Tengo que cumplir con mi deber». Los hombres tiraban las armas y luchaban por la vida o la muerte. Al fin, tarde en la tarde, Toussaint se colocó al frente de los granaderos y con un ataque final empujó a Rochambeau al otro lado del río y luego regresó a la margen que ocupaba. Ambos ejércitos se proclamaron victoriosos y continúan haciéndolo hasta hoy.<sup>15</sup>

Ese mismo día Christophe había sido obligado por Hardy a abandonar La Coupe-à-Pintades. Hardy, con Leclerc, entró en Gonaïves. Los otros citados para este encuentro estaban ausentes. Ni Humbert desde el Norte ni Boudet desde el Sur habían llegado para completar el movimiento envolvente. La ausencia se debió a acontecimientos de gran importancia, real y sintomática.

Humbert había salido de Port-de-Paix con mil quinientos hombres, atacó a Maurepas —que contaba con dos mil hombres y un cuerpo auxiliar de trabajadores agrícolas negros—, con la intención de empujarlo hacia la llanura de Gonaïves. Pero Maurepas rechazó el ataque y lo persiguió hasta dentro de la ciudad, de tal manera que Humbert hubiera tenido que embarcar de no ser por un oportuno refuerzo desde un barco de guerra surto en el puerto. Al enterarse, Leclerc le ordenó a Debelle que viniera de El Cabo con otros mil quinientos hombres para que se le uniera a Hardy, desalojara a Maurepas y lo empujara hacia Gonaïves. Debelle y Hardy atacaron entonces. Maurepas los derrotó a los dos y una vez más los persiguió hasta dentro de la ciudad, que de no haber sido por la presencia de la flota, hubiera caído en sus manos. Leclerc ya no pudo ocuparse de Christophe y de Toussaint. Tuvo que enviar a Hardy y a Desfourneaux al rescate de Humbert y Debelle. Igualmente desastrosa para los planes de Leclerc había sido la acción de Dessalines en el Sur. Su audaz concepción de volver a marchar sobre Port-Républicain, y la velocidad con la que la ejecutó, fue demasiado para los franceses. Solo la suerte, una suerte increíble, los salvó, como Lacroix, al mando de esa ciudad, tuvo que

<sup>15</sup> El general Nemours, haitiano, gran admirador de Toussaint, quien ha hecho un cuidadoso estudio de esta campaña, contradice la historia tradicional haitiana. Describe esta batalla como una derrota para Toussaint. Pero basa sus conclusiones, entre otros puntos, en una supuesta traición de Maurepas. En el volumen II de su obra, sin embargo, niega la traición de Maurepas, basándose en evidencias que obtuvo después de publicado el volumen I. El resultado de la batalla tiene que permanecer por ahora como una incógnita. Véase Alfred Nemours: *Ob. cit.*, vol. I, pp. 210-211, y vol. II, pp. 250-252.

admitir.<sup>16</sup> En la Provincia Occidental había dos bandas de cimarrones, una de ellas encabezada por Lamour Derance, nombre destinado a ser famoso en esta guerra de independencia. Aunque negros, habían sido guerrilleros de Rigaud, y aún odiaban más a Dessalines, porque como comandante del distrito había casi destruido sus fuerzas por asaltar y practicar el vodú, prohibido estrictamente por Toussaint. Desde sus fortificaciones en las montañas vieron que Dessalines, se acercaba e imaginaron cuál era su objetivo. Corrieron a advertirles a los franceses de Port-Républicain y ofrecerles obediencia y alianza. Tanto los franceses como los criollos quedaron estupefactos. Lacroix aceptó con alegría, se preparó una emboscada y la vanguardia de Dessalines, compuesta por mil hombres, quedó destruida de un golpe. El plan sorpresa de Dessalines fracasó, pero de todas formas marchó sobre la ciudad. Tanteando primero el camino con una escaramuza, encontró que estaba bien defendida, por lo que decidió retirarse. Boudet lo había seguido desde St. Marc, pero sin saber a ciencia cierta cuál sería el próximo movimiento de este endemoniado general negro y, totalmente exhausto, se quedó en Port-Républicain, mientras que Dessalines y Lamartinière tomaron rumbo Norte para hacer contacto con Toussaint.

El primer intento de Leclerc había fracasado completamente. Toussaint, Christophe y Dessalines conservaban sus fuerzas intactas, mantenían las líneas de comunicación internas y tenían contacto entre sí. Es en esta primera fase de la campaña que se pone en evidencia la fuerza y habilidad del ejército local. De los generales de Toussaint, solo dos opusieron resistencia inmediata y sin compromiso a los franceses: Maurepas y Dessalines. Ambas compañías fueron brillantemente exitosas. Si Toussaint hubiera destituido a Agé y colocado a Lamartinière a cargo de Port-Républicain con órdenes de deshacerse de los traidores, preparado a su hermano Paul para la resistencia, situado a Belair y a otros en quienes pudiera confiar en posiciones claves y hacer que Moïse levantara a los trabajadores agrícolas negros de la Llanura Norte como en los viejos días, los franceses nunca hubieran podido capturar todas las ciudades costeras, y les hubiera sido muy difícil mantener las ya tomadas. Igualmente importante es el hecho de que, como lo reconoció el propio Leclerc, muy pronto las victorias de un lado o del otro hubieran atraído a los indecisos. Bajo un fuerte impulso por parte del ejército negro y de los trabajadores agrícolas negros, desertiones como las de Laplume y Clairveaux resultarían poco probables. Entre el extranjero Leclerc por un lado, y las masas y el grueso del ejército unidos bajo Toussaint por el otro, ellos quizá no hubieran desertado. En cada Revolución hay muchos que dudan, y aunque la acción decidida pudiera no ser efectiva de inmediato, es seguro que la vacilación conduce a la pérdida de todos.

<sup>16</sup> Pamphile de Lacroix: Ob, cit., vol. II, p. 143. «Me salvó milagrosamente la buena fortuna».

No obstante, mermado como estaba, lo que quedaba del ejército había hecho su trabajo en la primera etapa. La estación lluviosa llegaría pronto, Leclerc necesitaba tener en su poder a los generales negros y eso parecía tan lejano como siempre. Pero aquí tuvo otro golpe de suerte. Maurepas, vencedor sobre Debelle y Humbert, comprendió que Leclerc no enviaría más destacamentos contra él y se disponía a evacuar su posición y contactar con Toussaint y Christophe. Además de su conocida educación y carácter, Maurepas tenía bajo su mando el mejor regimiento de Saint-Domingue, la Novena Brigada que nunca se había rendido, y de lo cual todo Saint-Domingue se jactaba.

Pero Desfourneaux había vivido en la isla y peleado bajo Toussaint con los soldados negros. Y mientras los ejércitos de Leclerc atacaban, Desfourneaux escribía cartas como esta:

Usted me conoce, comandante André, y sabe que nadie trabajó más duro que yo por su libertad. Usted era capitán bajo mi mando hace cinco años, y usted siempre se comportó bien. El Comandante en Jefe me instruyó decirle que usted será mantenido en su puesto si decide unirse a nosotros en el restablecimiento del orden y la tranquilidad en su país. Si usted está de acuerdo, envíeme a alguien para arreglar las cosas de inmediato. Nunca le he faltado a mi palabra. Usted puede contar conmigo.<sup>17</sup>

Desfourneaux le pidió a otro de los oficiales de Toussaint que denunciara las abominables mentiras que los rebeldes propagaban acerca de las intenciones del gobierno. «Usted me conoce, no serviría en este ejército si sus operaciones no tuvieran otro objetivo que el de consolidar su libertad y salvaguardar sus vidas y propiedades».<sup>18</sup> ¿Era sincero Desfourneaux? La pregunta es irrelevante. Era la decisión de Leclerc lo que importaba, e incluso de ser sincero, cuando Leclerc se quitara la máscara, Desfourneaux no iba a unirse a los hombres que había engañado. Pero tales apelaciones resultaban poderosas. Si los franceses habían venido simplemente a restablecer la autoridad de Francia, ¿cuál era el propósito de esta guerra? Toussaint aún no había declarado la independencia, y nunca había hecho ningún pronunciamiento gubernamental claro acerca de la intención de Leclerc de restablecer la esclavitud. La correspondencia entre ellos prueba que a algunos de estos oficiales les repugnaba el incesante mandato de quemar y destruir el país una vez más. Gilbert, quien mantenía la posición clave de Gros-Morne, se rindió, y a partir de entonces, uno por uno, en la medida en que cada cual se dio cuenta de las dificultades en que lo colocaban las desertiones anteriores, toda una línea de comandantes se pasó a los franceses. Fueron bien recibidos y confirmados en sus mandos. Maurepas se vio aislado. Maldijo a sus

<sup>17</sup> Alfred Nemours: Ob. cit., vol. II, p. 230.

<sup>18</sup> Ibíd., vol. II, p. 231.



subordinados traicioneros, les increpó con que querían volver a ser esclavos. Si deseaban irse, les dijo, lo menos que podían hacer era decírselo, de manera que él pudiera retirar sus fuerzas a tiempo. Obviamente estos oficiales no querían volver a ser esclavos, y la lucha todavía parecía ser una cuestión de ponerse de parte de quien uno quisiera.

Maurepas se vio en la disyuntiva de mantenerse del lado de Toussaint y ser aniquilado o unirse a los franceses y retener su mando. Se rindió. Leclerc lo recibió cálidamente, como estaba obligado a hacer. Las masas del Norte se movilizaban, pero la rendición de Maurepas «detuvo el crecimiento y desarrollo del nuevo movimiento insurreccional que Boyer [...] y el almirante de retaguardia Magon apenas podían contener con los soldados de la artillería y de la flota que los reforzaron».<sup>19</sup> La vacilación de los líderes mataba el ardor revolucionario del pueblo a cada momento. «Fue debido al efecto desmoralizante que produjo la rendición de Maurepas», continúa Lacroix, «que el capitán general Leclerc tuvo la posibilidad de perseguir la revuelta de Toussaint L'Ouverture hasta su último reducto». Peor aún, para probar su lealtad, Maurepas fue enviado a limpiar el país de «los bandidos», es decir, de las masas insurrectas. Ese era ahora su deber; Leclerc lo rodeó cuidadosamente con soldados blancos, y Maurepas no tuvo opción. Para debilitarlo, Leclerc dispersó a los miembros de las fuerzas de Maurepas entre otros regimientos. De esa manera, las masas se vieron perseguidas y capturadas por soldados blancos asistidos por los hombres a los que, hasta ese momento, habían considerado sus más firmes defensores.

Moral y materialmente fortalecido, Leclerc comenzó entonces otro movimiento que debía converger sobre Toussaint, Christophe y Dessalines en Verrettes, en lugar Gonaïves. Maurepas, de enemigo victorioso había pasado a ser un aliado, y Boudet, descansado, se hallaba en camino desde Port-Républicain. Leclerc comenzó a sentirse ansioso.

Soy el amo del Norte pero casi todo este territorio ha sido quemado y no puedo obtener ningún recurso de él. Hay trabajadores agrícolas negros reunidos y armados en veinte lugares.

Los rebeldes todavía dominan parte del occidente y han incendiado las posiciones que ya no mantienen; por lo pronto, no puedo esperar suministros de allí [...].

El gobierno no debe escatimar el dinero que tiene que gastar para garantizar la mejor colonia del mundo y preservar las que posee en las Antillas, porque es aquí y ahora que se está decidiendo la cuestión acerca de si Europa mantendrá o no alguna colonia en las Antillas.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. II, p. 48.

<sup>20</sup> 27 de febrero de 1802. Al ministro de la Marina.



Cerca de Petite-Rivière, en el interior, se halla la fortaleza de Crête-à-Pierrot, la cual domina la entrada a las montañas de Cahos, donde, por el momento, Toussaint preservaba sus fuerzas. No era un lugar de gran fuerza estratégica natural puesto que la elevación del terreno no sobrepasaba los cien metros, en cambio, estaba bien fortificada. En la confusión que originaron los primeros triunfos de los franceses, los negros la abandonaron, y Dessalines, con Lamartinière marchando hacia el Norte desde Port-Républicain, estaba a punto de demolerla totalmente cuando fue detenido por Toussaint. Este había logrado deshacerse de Rochambeau tras la batalla de Ravine-à-Couleuvres. Colocó una ligera cortina de tropas delante de Rochambeau, el general francés la persiguió, y lo condujeron con grandes rodeos sobre las montañas Grand Cahos, donde desaparecieron por completo después de varios días de persecución. Entretanto, Toussaint aglutinó su fuerza principal y llegó justo a tiempo para encontrarse con Dessalines y presentar a sus generales un nuevo plan. Ardiendo en fiebre, superado numéricamente y rodeado, estaba a punto de intentar el golpe más audaz de la guerra, una nueva ofensiva, por lo que quería que se mantuviera la posición de Crête-à-Pierrot. Se la confió a Dessalines. Los hombres que estaban con él en ese momento nunca se rendirían a los franceses, lo seguían, en parte, por convicción política, también por lealtad personal. Había mulatos y negros entre ellos, pero Toussaint les hablaba a todos como a sus hijos. «Sí, ustedes todos son mis hijos –desde Lamartinière, que es tan blanco como un blanco, pero que sabe que tiene sangre negra en sus venas, hasta Monpoint, cuya piel es como la mía–. Les confío este puesto». Le respondieron que podía confiar en ellos, vivos o muertos, y, a la cabeza de unos pocos cientos de soldados, se dirigió al Norte. Atravesó las fuerzas de la vanguardia de Leclerc, levantó y organizó a los trabajadores agrícolas negros, y al amenazar o cortar la larga línea de comunicaciones francesas con El Cabo, hizo que Leclerc cambiara sus planes o creó la confusión entre las tropas de este. Doce años después, Napoleón, en la mayor de sus campañas, la de 1814, intentaría realizar una maniobra idéntica al enfrentar a los aliados que se abalanzaban sobre París.

Dessalines se ocupó de la defensa. Construyó un reducto a alguna distancia de Crête-à-Pierrot, dejó destacamentos a cargo de ambos, y fue al encuentro de Debelle, quien venía hacia el Sur con destino a Verrettes para establecer contacto con Boudet. Dessalines no presentó batalla sino que se retiró hacia Crête-à-Pierrot, manteniendo sus fuerzas justo delante de Debelle, que lo perseguía sin descanso. Cuando llegó al foso que rodeaba la fortaleza, Dessalines saltó dentro de él y todos sus hombres lo siguieron, dejando expuestos a los franceses. Una lluvia de fuego proveniente de la fortaleza los barrió. Cuatrocientos cayeron y dos generales resultaron heridos. Se retiraron apresuradamente, tomaron posiciones fuera de la fortaleza y pidieron refuerzos a Leclerc. Dessalines entró en la

fortaleza y terminó de preparar la defensa. Pero ya su mente analfabeta había encontrado la única solución, y a diferencia de Toussaint, comenzó a explicarles a sus hombres sus planes y, mientras se alistaban para la defensa les hablaba.

Tengan valor, les digo, tengan valor. Los franceses no van a poder quedarse mucho tiempo en Saint-Domingue. Al principio les irá bien, pero luego se enfermarán y morirán como moscas. ¡Escuchen! Si Dessalines se rinde ante ellos cien veces, es para engañarlos cien veces. Repito, tengan valor, y verán que cuando los franceses estén diezmados los vamos a acosar, los derrotaremos, quemaremos las cosechas y nos retiraremos a las montañas. Ellos no van a poder defender el país y se van a tener que ir. Entonces yo los haré *independientes*. No habrá más blancos entre nosotros.<sup>21</sup>

La independencia. Era la primera vez que un líder la planteaba ante sus hombres. No se trataba solo de un programa sino de una táctica. Los mentirosos y traicioneros de Bonaparte y Leclerc habían encontrado al fin su contraparte.

Mientras Dessalines permanecía en Crête-à-Pierrot, Lamartinière tomó el mando del reducto. Su esposa, Marie-Jeanne, se le había unido y también se ocupaba de la defensa. Dessalines, desnudo hasta la cintura, con las botas sucias, un hueco en el sombrero a causa de una bala que lo atravesó, patrullaba las barricadas, binoculares en mano. Había situado pequeños destacamentos de exploradores alrededor de la fortaleza en espera de que se aproximaran los refuerzos franceses. Al enterarse por Debelle de lo sucedido, Leclerc sabía que Crête-à-Pierrot tenía que ser capturada lo antes posible y ordenó que se concentraran allí todas sus fuerzas. Boudet llegó primero. Dessalines, en las barricadas, colocó un barril de pólvora cerca de donde se hallaba y con una antorcha encendida en la mano invitó a los miembros de la guarnición que deseaban ser esclavos de los franceses a que abandonaran la fortaleza. «Vamos a ser atacados. Si los franceses ponen sus pies aquí, lo volaré todo». La guarnición respondió a una sola voz, «moriremos por la libertad». Boudet envió un mensajero a la fortaleza, pero Dessalines no quería mensajes mentirosos y lo derribó de un disparo, ante lo cual Boudet atacó uno de los puestos avanzados. Los negros se retiraron hasta que llegaron al foso, saltaron dentro de él y un terrible fuego de artillería y mosquetes destruyó a los atacantes. Dispersos los franceses y herido Boudet, Lacroix dio la orden de retirada, dejando el campo cubierto con los muertos y heridos. En la retirada aparece Dugua, jefe del Estado Mayor, acompañado por Leclerc. Llega con su división y de inmediato lanza la tropa contra la fortaleza. Avanzaron hasta el foso, mas no pudieron resistir el incesante fuego de la artillería de Dessalines. Vacilaron, y la guarnición, al percatarse, con gritos de ¡viva!,

<sup>21</sup> H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint L'Ouverture*, vol. III, p. 121.

colocó tablones a través del foso y, puntuando el ataque con redoble de tambores, persiguió a los franceses que iban de retirada. Estos volvieron a atacar con bayoneta. Los negros parecían volar ante ellos, pero era para saltar una vez más dentro del foso, hasta que el fuego, desde la fortaleza, diezmó las filas francesas. Dugua recibió dos impactos de bala, Leclerc resultó levemente herido; ese día los franceses perdieron casi ochocientos hombres. Días después llegó Rochambeau. Al perder a Toussaint, sus fuerzas estaban descansadas y listas para la batalla. Se le informó de los dos fracasos anteriores, pero al acallarse los disparos del reducto de Lamartinière tras un intenso bombardeo, lo atacó, conduciendo en persona su división. Fue duramente golpeado y tuvo que retirarse, resultó herido y su división perdió trescientos hombres.

Los franceses tuvieron mil quinientas bajas fuera de Crête-à-Pierrot. Doce mil hombres al mando de Leclerc rodeaban a los mil doscientos hombres en la fortaleza. Dessalines se había marchado con el propósito de levantar a los trabajadores agrícolas negros del campo, pero la guarnición le había jurado que no se rendiría. Encendidos por el coraje y la determinación de su líder, los asediados desplegaron banderas rojas en las cuatro esquinas de la fortaleza, dando señal de que no pedían ni daban cuartel.

La guarnición negra rechazó los ataques y desafió a un ejército diez veces más numeroso; Toussaint, viajando velozmente hacia el Norte para cortar las comunicaciones a Leclerc: las etapas de Bonaparte se convirtieron en un enredo y Leclerc se puso más y más ansioso. Era mediados del mes de marzo y la estación lluviosa estaba a las puertas. Febrilmente, Leclerc puso a sus hombres a fortificar las posiciones. Pétion estaba con un cuerpo de mulatos y de antiguos negros libres en el ejército que asediaba a la fortaleza, y fue él quien buscó la manera y los medios para cumplir el propósito de hacerse fuertes mediante el empleo de materiales locales. Pero los duros combates y el trabajo extenuante en este extraño y desacomumbrado clima agotaban a los soldados franceses. Esta no había sido la forma en que habían conquistado Italia, Egipto, los Pirineos y el Rin. Dessalines, asaltando sus líneas desde las colinas cercanas, los mantenía en alerta constante. Al estar sujetos incesantemente a todas estas tensiones, eran presas fáciles de la fiebre en la estación lluviosa.

Estos negros eran enemigos desconcertantes. Poseían la organización y la disciplina de un ejército entrenado, pero, al mismo tiempo, las triquiñuelas y los métodos evasivos de los guerrilleros. Entre los soldados de Boudet apareció un negro que dijo ser desertor. Mientras Boudet lo interrogaba en medio de sus soldados, parecía sobrecogido por el temor. Pero era un explorador, y cuando supo lo que quería, intentó escapar. Boudet, que se dio cuenta de su intención, trató de detenerlo, pero el negro casi le arranca el pulgar de un mordisco. Entonces, metiéndose entre las patas de un caballo, derribó a los soldados que trataron de capturarlo, se lanzó

de cabeza a un río y escapó entre una lluvia de balas. Herido, se le vio caer en la margen opuesta, de donde fue recogido por su gente.

Los constantes asesinatos de todos los blancos, cometidos por Dessalines a su paso, surtían efecto. Los soldados franceses tomaban represalias. Leclerc y sus generales fusilaban a los prisioneros, cientos de negros cada vez —seiscientos en una ocasión—. Los trabajadores agrícolas negros, aunque no se sumaban con entusiasmo a la guerra, eran hostiles a los blancos invasores. A distancia observaban sus movimientos y les disparaban por los flancos. Si los franceses enviaban un destacamento para dispersarlos, huían. Tan pronto el destacamento regresaba junto al cuerpo principal, los trabajadores agrícolas negros reaparecían de nuevo.

«Era evidente que ya no inspirábamos terror moral, y esa es la peor desgracia que puede sufrir un ejército».<sup>22</sup> Lacroix podía ver el efecto en la población de este reto indoblegable al famoso ejército del Primer Cónsul.

El ejército francés pagaba ahora su deshonesta posición política. Los soldados aún pensaban que formaban parte de un ejército revolucionario. Sin embargo, en las noches escuchaban a los negros de la fortaleza cantar *La Marsellesa*, la *Ça Ira* y otras canciones revolucionarias. Lacroix relata que estos infelices confundidos, al oír las canciones, miraban a sus oficiales como preguntándose: «¿Tienen nuestros bárbaros enemigos la justicia de su lado? ¿Ya no somos los soldados de la República Francesa? ¿Nos hemos convertido en burdos instrumentos de la política?».<sup>23</sup>

Un regimiento de polacos, recordando su propia lucha nacionalista, se negó a participar en la masacre de seiscientos negros, ordenada por Leclerc. Posteriormente, cuando Dessalines reorganizaba el ejército local, nombró a uno de sus cuerpos como el «Regimiento Polaco».

Toussaint no tuvo piedad de los blancos locales, pero trataba a los prisioneros franceses con cortesía y delicadeza, y con frecuencia hablaba con ellos para explicarles su posición. Más tarde, cuando el ejército francés quedó destruido, algunos soldados desertaron y se unieron a los negros. Todo lo que se necesitaba era un destacamento de jacobinos blancos, altamente politizado, peleando en las filas de los negros e instar a los soldados de Leclerc a que se les sumaran.

Pero la guarnición de Crête-à-Pierrot no tenía dudas ni escrúpulos. Como carecían de agua, mantenían bolas de plomo en la boca para calmar la insoportable sed. Nadie se quejaba. Los oficiales les pedían a los jefes del cuerpo médico dosis de veneno para evitar caer vivos en manos de los franceses, y los heridos solicitaban a sus compañeros que los mataran antes de irse en caso de que tuvieran que evacuar.

Los franceses, bien provistos de artillería, comenzaron un bombardeo de tres días, con la intención de convertir en polvo a la fortaleza y al reducto. Sus aliados negros y mulatos fueron de gran utilidad. La habili-

<sup>22</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. II, pp. 161-162.

<sup>23</sup> Ibíd., p. 164.

dad de Pétion como artillero hizo posible que sobre la fortaleza cayeran una tras otra las balas de cañón. Cuando sus hombres se quejaron de que siempre eran colocados al frente, les reprendió. «Infelices», dijo en voz baja, como si se avergonzara de que los franceses lo escucharan, «¿no les honra estar en la delantera? Cállense y síganme». Lacroix le pidió a Bodin, «ese negro valiente», que mantuviera un pontón. «No se preocupe, General», fue la respuesta. «Lo tomarán cuando yo esté muerto». Nervioso porque Henin ocupaba en una posición difícil, Lacroix le dijo que tuviera ánimo. «No se preocupe, General», le contestó Henin, «llevo diez años guerreando alegremente por la República. ¿Por qué no voy a hacerlo por amistad durante un cuarto de hora?».

En cualquier circunstancia sería muy difícil arrancarles las charreteras de los hombros a estos niches, ambos con el grado de mayor, pero lo sería tres veces más después de los servicios que prestaban con tan galante, incluso aristocrática, lealtad. Cada día de guerra surgían en el camino montañas de obstáculos para cumplir las precisas instrucciones de Bonaparte.

Toussaint había comenzado con poco más de mil hombres, pero en la medida en que avanzaba incorporaba a los trabajadores agrícolas negros, que al verlo, y al escuchar el sonido de su magnífica voz, acudían. Se presentó ante Ennery y la guarnición huyó. Leclerc envió a Hardy a perseguirlo. Toussaint desplegó su cortina de tropas, que condujo a Hardy en la dirección equivocada, lo obligó a marchar en círculos y al final quedó como Rochambeau, sin soldados contra quienes combatir. Le ordenó a Christophe, que estaba en los distritos montañosos de Petite-Rivière, que fuera a Grande-Rivière, en el Norte, y que mantuviera abierta la carretera que conducía a El Cabo y a la parte española de Saint-Domingue. En Marmelade, Grande-Rivière, Dondon, Sans-Souci, Port-Français, sus propios distritos norteños, cuyo espíritu él rompiera despiadadamente, los trabajadores agrícolas negros se congregaban ahora en masa.

Uno de sus seguidores ocupaba las montañas de Limbé; otro, las montañas alrededor de Plaisance. Desfourneaux, quien se hallaba a cargo de la ciudad de Plaisance, cuidaba las comunicaciones de Leclerc con El Cabo. Si Toussaint tomaba Plaisance, formaría una cadena con Christophe y Maurepas, levantaría toda la Llanura Norte, capturaría El Cabo y, entonces, restablecida su autoridad en el Norte, atacaría a Leclerc por la retaguardia. Lanzó el primer ataque sobre el fuerte Bedourete, como era usual, cargando al frente y espada en mano. Mientras rugía la batalla, Desfourneaux envió refuerzos desde Plaisance y el propio Toussaint fue a su encuentro. Para su sorpresa, vio que avanzaban hacia él soldados con el uniforme de la Novena Brigada, el cuerpo de excelencia bajo el mando de Maurepas. De inmediato se dio cuenta de lo que había sucedido. Cabalgando él solo hasta llegar a cinco o seis pasos del regimiento, se dirigió a ellos: «Soldados de la Novena Brigada, ¿se atreverán a dispararle a su general, a sus padres y a sus hermanos?». Los soldados negros cayeron de rodillas

ante él y se pasaron a su lado, mas los europeos que se hallaban entre ellos le dispararon a Toussaint. Sus propios soldados se apresuraron a protegerlo. En ese momento, un joven oficial le entrega una carta de Dessalines, justo entonces el joven recibe un disparo fatal y muere en sus brazos. El capitán de los dragones de Toussaint fue gravemente herido, a su lado, y con el hombre en su caballo, se marchó al galope.

La carta de Dessalines decía que Crête-à-Pierrot y el reducto estaban completamente rodeados por fuerzas tan superiores que él no podía liberarlos. Toussaint abandonó el proyecto de marchar sobre El Cabo y le mandó a decir a Dessalines que regresaba para liberar la fortaleza.

Pero Dessalines no podía esperar. El 24 de marzo, tercer día del bombardeo, los franceses capturaron a un negro y a una negra. El hombre, que apenas podía caminar, dijo ser ciego, solo se le veía el blanco de sus ojos; la mujer que lo acompañaba afirmó que era sorda. Sospechando que se trataba de unos espías, los franceses los golpearon sin misericordia. Entre sollozos y alaridos y sin pronunciar una palabra cayeron al suelo e hicieron creer que no podían moverse. Lacroix, en uno de sus recorridos, se apiadó de ellos, y pidió que se les dejara marchar en paz; solo cuando los franceses amenazaron con fusilarlos se levantaron y caminaron. Tan pronto quedaron fuera del alcance de los franceses, comenzaron a bailar y corrieron a la fortaleza para dar la orden de evacuación de Dessalines.

Al anoecer, Lamartinière dejó el reducto y se unió a la fuerza principal. Eran en ese momento ochocientos hombres, con ellos se intentaría romper el cerco. Magny se desempeñaba como oficial superior de Lamartinière, pero como en los momentos de crisis es el mérito lo que cuenta, y por mutuo acuerdo, Lamartinière tomó el mando. Entre las ocho y las nueve de la noche los miembros de la guarnición se lanzaron sobre la división de Lacroix. Las bien protegidas fortificaciones y el fiero tiroteo los detuvo. De repente, cambiando de táctica, se retiraron y atacaron la división de Rochambeau. Lograron atravesar las líneas francesas, Rochambeau huyó a un bosque cercano para salvar la vida, y Lamartinière y Magny, con setecientos hombres, se le unieron a Dessalines, cumpliendo así una de las hazañas militares más asombrosas del período.

Toussaint llegó a la fortaleza demasiado tarde y desconocía que la evacuación ya había tenido lugar. En una exploración notó un punto débil en el emplazamiento de las fuerzas de Leclerc, por lo que planeó asaltar el cuartel general y capturar a Leclerc y a su Estado Mayor. Se mostraba como siempre, audaz e incansable, mas su pensamiento político iba detrás de los acontecimientos. De haber capturado a Leclerc y al Estado Mayor, los hubiera enviado a Francia con un informe acerca de la conducta de este y le hubiera solicitado al Primer Cónsul la presencia de alguien merecedor de confianza a quien él pudiera entregarle el gobierno. Aún mantenía la esperanza de que con la derrota de Leclerc, Bonaparte vería la luz y se mantendría la valiosa conexión con Francia. Pero esos días terminaron. Dessalines había pronunciado la palabra *independencia*. Magny y Lamartinière, y la guarnición de Crête-à-Pierrot, desafiaron a Francia, no a Leclerc. Toussaint



pensaba aún en los términos del decreto del 4 de febrero de 1794. La revolución negra lo había sobrepasado.

La toma de Crête-à-Pierrot significó una importante victoria para Leclerc, pero una victoria demasiado costosa. La guarnición había escapado con una pérdida inferior a la mitad de sus hombres; los muertos de Leclerc fueron dos mil, incluso varios de sus oficiales resultaron heridos de gravedad, entre ellos Dugua, quien moriría. Leclerc entró en la fortaleza solo para encontrar a los heridos, el cañón perforado, y destruidos el material de guerra y las vituallas. Suplicó a sus oficiales que no declararan todas las bajas en sus informes, aún así, Bonaparte, conmovido, le hizo llegar su pesar por las cuantiosas pérdidas.

Envió a Rochambeau y a Hardy hacia el Norte con el propósito de mantener y fortalecer la comunicación con El Cabo. Le pidió a Lacroix entrar en Port-Républicain de tal forma que disipara la mala impresión que originaran en la población los repetidos fracasos, en todo el país, y las pérdidas en Crête-à-Pierrot. Lacroix organizó a sus hombre en dos columnas —en lugar de tres—, con las secciones marchando a gran distancia una de la otra y los oficiales a caballo. Hizo que la artillería que acudió a recibirlo fuera arrastrada por animales; la distribuyó entre las columnas y mediante este cuidadoso montaje logró el efecto moral que se propuso en Port-Républicain —o al menos pensó que lo hizo.

Con la caída de Crête-à-Pierrot, Leclerc creyó no necesitar más las buenas relaciones con los mulatos. Ansioso por ejecutar, al menos, algunas de las instrucciones de Bonaparte, hizo arrestar a Rigaud, a quien más tarde deportó, junto con su familia, a Francia. Se argumentó una excusa trivial, que no engañó a nadie. Tras subir a bordo, un oficial le comunica que es un prisionero a la vez que le exige entregarle la espada. Con un gesto de indignación, Rigaud la arroja al mar —quizá un reconocimiento involuntario de la colosal tontería que cometió al desertar de las filas de Toussaint para unirse a Hédouville—. Al llegar a Francia fue encarcelado. Con la ausencia de Rigaud, Pétion se convertía en el líder de los mulatos. Parece que él no supo de la deportación de Rigaud hasta que leyó la noticia pegada a la puerta de la casa de Lacroix, en Port-Républicain. Todo indica que entonces, por primera vez, Pétion comprendiera lo mismo que el viejo Toussaint comprendió años antes. Madagascar —o su equivalente francés— era aún una posibilidad. Como Toussaint, Pétion se caracterizaba por ser un hombre obviamente tranquilo. Pero al leer la noticia, expresó lo suficientemente alto, como para ser escuchado por los oficiales franceses: «Valió la pena hacer que viniera y darle, lo mismo que a nosotros, esta desilusión». Comenzaba así el comienzo de la sabiduría de los mulatos.

Toussaint solo tuvo pesar por el confundido Rigaud. «Fue contra mí que ellos trajeron aquí al general. No es por mí que lo deportan. Lamento su destino». ¿Por qué no trató de entrar en contacto con Pétion y proponerle un pacto de independencia? El arresto de Rigaud, su líder, alarmó a



todos los mulatos. Pero Toussaint, aun cuando estaba atormentando a Leclerc, buscaba en secreto los medios para llegar a un acuerdo con él, acuerdo que pronto Leclerc estaría encantado de aceptar.

Leclerc en esos momentos abrigaba la esperanza, una vez más, de obtener una victoria fácil. El 5 de abril llegaron a El Cabo dos mil quinientos hombres de refuerzos y él cambio su táctica. Atacaría a los líderes negros individualmente en sus escondites, en las montañas, con las tropas frescas y los destacamentos de los viejos soldados de Toussaint, bien vigilados: si no podía destruirlos a todos de un golpe, lo haría uno por uno. Por tanto, Hardy trató de sacar a Christophe de Dondon, pero Christophe lo persiguió de nuevo hasta El Cabo, vengándose así de la anterior derrota a manos de Hardy. Boyer atacó a Sans-Souci, tomó la fortaleza de Ste. Suzanne y los distritos colindantes. Los negros de las fuerzas de Boyer desertaron, y Sans-Souci hizo prisioneros a todos los blancos que quedaron vivos. Clauzet atacó Marmelade. Los negros lo hicieron huir y tomaron numerosos prisioneros.

Si se leen los informes de sus operaciones en Saint-Domingue, en inglés y francés, se creería que, de no haber sido por la fiebre amarilla, fueran victorias fáciles. Pero hasta abril no hubo fiebre amarilla. Toussaint había perdido más de la mitad de sus fuerzas antes de que empezara la campaña. Leclerc reclutó miles de soldados negros, y algunos de los soldados de Toussaint se pasaron al lado francés. Sin embargo, durante las ocho semanas correspondientes a los meses de febrero y marzo desembarcaron diecisiete mil veteranos franceses. De estos, cinco mil estaban en los hospitales; y otros cinco mil resultaron muertos, y todavía no se había terminado la primera etapa. La «guerra a muerte» y la cacería de los generales negros que no se presentaran para ser deportados, fueron un rotundo fracaso.

La estación lluviosa ha llegado. Mis tropas están exhaustas con la enfermedad y la fatiga [...]. Los distritos de Grande-Rivière, Dondon y Marmelade son intransitables en esta temporada de lluvia. Solo los puedo mantener con un cuerpo de cuatro mil a cinco mil hombres. No sería posible alimentarlos.<sup>24</sup>

He tratado en varias ocasiones hacer que Toussaint y todos sus generales se rindieran [...]. Pero aun cuando debo tener éxito en hacer que estos hombres se sometan, no podré adoptar esas medidas rigurosas que se necesitan para asegurarle a Francia la incuestionable posesión de Saint-Domingue hasta que yo no tenga veinticinco mil hombres europeos presentes bajo las armas.

Le he señalado, Ciudadano Ministro, las dificultades de mi actual posición. Usted podrá juzgar con facilidad qué sucedería si estallara una

<sup>24</sup> 19 de abril de 1802. Al ministro de la Marina.

guerra con los británicos. Pueden infectar nuestras costas. No perderían la oportunidad de cortar mis comunicaciones por mar y atacando y bloqueando el Môle. Les darían asistencia a los insurgentes, quienes, a su vez, adquirirían una nueva preponderancia y quienes, de su actual posición defensiva, tratarían de pasar a la ofensiva.<sup>25</sup>

Leclerc se hallaba en una situación incluso peor de lo que su carta revelaba. Era ya finales de abril, se acercaba la temporada lluviosa y Toussaint estaba muy bien posicionado. En el Norte, encendidos por la audaz marcha de Toussaint, los negros ahora se levantaban en masa y reforzaban el ejército regular mediante métodos guerrilleros. Atacaban las columnas francesas por todos lados, sin respiro, desapareciendo de repente, solo para reaparecer unos kilómetros más adelante. Colocaban enormes rocas en los caminos y las dejaban caer sobre los franceses que pasaban por debajo; rodaban piedras por precipicios y montañas, sembrando así la confusión entre ellos. Cavaban enormes huecos en los caminos y los cubrían de ramas para que los jinetes franceses cayeran en ellos. Bloqueaban los pasos con árboles y arbustos espinosos. Mientras los franceses luchaban contra esos obstáculos, desde los árboles, malezas y elevaciones cercanos les disparaban con toda calma. Macaya en Limbé, Sylla en las montañas de Plaisance, Sans-Souci en Ste. Suzanne y Vaillière, Dessalines en Marchands de Artibonite, Charles Belair en Calvaire y Plassac, no lejos de Crête-à-Pierrot, dominando la entrada a las montañas Grand Cahos, todos, generales y guerrilleros, estaban dedicados por completo a Toussaint, eran inexpugnables en sus posiciones y se hallaban listos para combatir a los franceses hasta la muerte.

El infatigable Toussaint no esperaba a los británicos, para entonces preparaba la ofensiva que tanto temía Leclerc. Planeaba descender sobre los franceses en cuatro puntos: Dessalines tomaría Marmelade; Belair se uniría a este y ambos atacarían Crête-à-Pierrot; Vernet, mulato que había permanecido fiel, tomaría Gonaïves, y el propio Toussaint se apoderaría de Plaisance y Limbé. Desde el inicio Toussaint consideró esta guerra como un desastre. Quería llegar a un arreglo con Leclerc y ahora este, perdidas ya las esperanzas de arrestar y deportar a los generales negros, también buscaba ansioso una solución.

En lugar de repudiar a los franceses, tratar de contactar a los mulatos, algunos de los cuales habían permanecido en su ejército, y convocarlos a todos a luchar por la libertad, por la propiedad de los blancos y por la independencia, Toussaint redactó en ese momento una respuesta a la carta de Bonaparte y se la envió a Boudet. En la carta le aseguraba a Bonaparte su devoción y acatamiento de sus órdenes; fingía creer que Leclerc había actuado en contra de las instrucciones de Bonaparte. Si él enviaba a otro general para que tomara el mando de la colonia, todo estaría resuelto. Si no, mediante su resistencia continuada, Toussaint solo

<sup>25</sup> 21 de abril de 1802. Al ministro de la Marina.

estaría contribuyendo a que Leclerc hiciera todo el daño posible. Con esta oferta le daba a Bonaparte la oportunidad de retirarse con dignidad de una expedición sin esperanzas y enviar a alguien con quien Toussaint pudiera negociar la nueva relación con Francia, como él quería. Al mismo tiempo, su ofensiva en todos los puntos infundiría el terror en los corazones de Leclerc y de los franceses, y los obligaría a una tregua. Como diplomacia era magnífica, aunque pésima como política revolucionaria. Las laderas que conducen a la traición desde las confusas alturas de la dirigencia revolucionaria siempre son tan pendientes y resbalosas, que los líderes, no importa cuán bien intencionados, nunca pueden confiar en lo elevado de sus cercas.

Toussaint autorizó a Christophe a negociar con Leclerc; y leía las cartas de Leclerc a Christophe y supervisaba sus respuestas. Leclerc le propone a Christophe que aprese a Toussaint. Indignado, Christophe rechaza la traición. Al darse cuenta de que ha ido demasiado lejos, Leclerc le plantea sostener una entrevista. Toussaint le dice a Christophe que acepte y escuche a Leclerc. Se produjo la entrevista con Christophe. Leclerc le dio seguridades de su buena fe y prometió mantenerlo a él y a sus oficiales en sus respectivos mandos. Christophe se sometió.

Fue un golpe terrible para la Revolución. Cuando Toussaint y los otros se lo reprocharon, Christophe, hombre conocido por su aprecio a las comodidades de la vida, respondió que estaba cansado de vivir en el monte como bandido. A Christophe se le ha culpado erróneamente. La culpa recae toda sobre Toussaint. Su combinación de feroces ofensivas y secretas negociaciones resultó un método demasiado tortuoso para Christophe. Era una política adecuada para una guerra entre dos Estados, no para una guerra revolucionaria. Es cierto que las masas no conocían sobre las negociaciones, pero lo que importa son los resultados. Christophe era un ex esclavo, un hombre de la Revolución, uno de los seguidores más firmes de Toussaint. Si se rendía a los franceses, ¿por qué debían continuar luchando los trabajadores agrícolas negros? Una vez más, las masas recibían un golpe demoledor —no proveniente de las balas del enemigo, sino de donde con mayor frecuencia vienen los golpes que reciben las masas: de sus propios líderes vacilantes.

Con Christophe, los franceses obtuvieron mil doscientos soldados, cien piezas de artillería, cierta cantidad de municiones y dos mil habitantes blancos. Limbé y Port-Français pasaron a manos de los franceses sin un solo disparo, y Marmelade quedó desprotegida. Pero Leclerc ahora le temía a Toussaint, quien prefería negociar antes que combatir. Toussaint no estaba deprimido en absoluto. En carta a Leclerc le comenta que el mal que había hecho era prueba del mal que podía hacer, que vendería cara su vida, que durante algún tiempo había sido útil a la madre patria. Leclerc fue extremadamente conciliatorio; utilizó a Christophe como intermediario y le informó a Toussaint que el día en que él se sometiera a las órdenes de la República sería magnífico. Toussaint le envió a tres edecanes y a su secretario; tras una conferencia que se extendió varias

horas, quedó pactada la rendición sobre la base de tres condiciones: libertad sin restricciones para todo Saint-Domingue; mantener en sus mandos y funciones a todos los oficiales nativos y por último mantener su Estado Mayor y retirarse donde él quisiera en el territorio de la colonia. Bonaparte le había ordenado a Leclerc cumplir estrictamente el no dejar a ningún oficial en la isla con rango superior al de capitán. Toussaint solo se rendiría con la condición de que cada oficial mantuviera su grado y también sus funciones. ¡Con cuánto cuidado los imperialistas mantienen la ficción de que los soldados nativos no son buenos excepto bajo oficiales blancos! Era el ejército entrenado lo que Bonaparte quería descabezar, y era ese ejército el que Toussaint quería mantener. A pesar de la rendición, la victoria fue de Toussaint. Tuvo una entrevista con Dessalines y con Charles Belair, su sobrino, y los persuadió de someterse. No podían hacer nada más y se sometieron. Lamartinière, Magny y todo el ejército se unió a los franceses.

El Ejército francés estaba tan feliz como atónito por esta paz repentina. Lacroix y otro oficial, Lemmonier-Delafosse, han dado testimonio acerca del alivio de los franceses ante esta inesperada rendición.<sup>26</sup> La fuerza de Toussaint era tan obvia que, aunque avergonzados de negociar en estos términos, estaban encantados de hacerlo. Tampoco se habían disipado sus humillaciones y secretos temores con la conducta de Toussaint. Nunca en ningún momento actuó como un comandante derrotado. Leclerc le escribió cartas halagadoras y lo invitó a una reunión en El Cabo. Sin avisar, Toussaint se apareció en la ciudad el 6 de mayo con su Estado Mayor y una compañía de dragones, acompañado, además, por el general francés Hardy. Algunos pocos lo abuchearon. Al respecto Toussaint le comentó a Hardy: «Así son los hombres en todos los lugares. Los he visto a mis pies, estos hombres que me maldicen; pero pronto lo lamentarán».

Pronto lo lamentarán. ¿Qué pensaría Hardy de esto? No obstante, la mayor parte de la gente de El Cabo salió a aclamarlo: lo ensalzaban como el libertador, las madres se lo mostraban a sus hijos y las muchachas arrojaban flores a su paso. En el cuartel general de Leclerc formó a sus dragones y entró con sus edecanes, mientras que los dragones permanecieron en el patio con las espadas desenfundadas. Toussaint había intentado entrar solo en El Cabo, pero ellos se negaron. Los oficiales de Leclerc le ofrecieron una elegante bienvenida y mandaron a llamar a Leclerc, quien cenaba a bordo de un barco. Leclerc se apresuró en regresar y después de saludar a Toussaint lo abrazó y le pidió que entrara en su oficina privada.

«General», comenzó. «La forma en que ha llevado la carga del gobierno de Saint-Domingue solo merece alabanzas y admiración [...]».

<sup>26</sup> El general Nemours ha recopilado gran cantidad de evidencias acerca de la opinión del ejército francés sobre la gran fortaleza de los negros en el momento de la rendición. Alfred Nemours: Ob. cit., vol. III.

Toussaint, seco e indiferente, le preguntó por qué había traído espada y fuego a un país pacífico. Leclerc trató de encontrar excusas, pero Toussaint no las aceptó.

«Estoy de acuerdo», dijo Leclerc, «pero yo obedezco órdenes. Olvidemos el pasado y alégrese, general, de nuestra reconciliación».<sup>27</sup>

En contra de sus habituales maneras diplomáticas, Toussaint, con las espadas de sus guardias desenfundadas, no respondió a las amabilidades de Leclerc. Rehusó el puesto de lugarteniente general. Paul L'Ouverture vino a saludarlo. Toussaint, quien aún no conocía de la confusión con las cartas, lo rechazó delante de todos. Leclerc lo invitó a cenar, mas aun cuando aceptó se negó a comer. Temeroso de ser envenenado, bebió solamente un vaso de agua, y hacia el final de la comida tomó una lasca de queso, cuidadosamente cortada del centro de la pieza que se le ofreció. Dos días después Leclerc le pidió que despidiera a sus guardias, y Toussaint les dijo adiós y les pidió que obedecieran la nueva orden. Mientras lo escuchaban, con Magny, el héroe de Crête-à-Pierrot, al frente, lloraban por este triste final de las grandes campañas que comenzaron cuando, siendo una horda de esclavos semidesnudos, se organizaron en pequeñas bandas para aprender sobre la guerra y luchar por la libertad. Toussaint estaba visiblemente conmovido pero se controló. Después de abrazar a sus principales oficiales, se encaminó a su plantación en Ennery. En la medida en que se acercaba, las multitudes salieron a recibirlo. «General», le preguntaron, «¿nos ha abandonado?». «No, hijos míos», respondió, «todos sus hermanos sobre las armas, y los oficiales de todos los rangos, se han mantenido en sus puestos». Ese era el asunto. ¿Conservarían o no los negros su ejército?

Pocos días después Dessalines entró en El Cabo para hacer oficial su rendición. Llegó con su moral intacta. Altos oficiales franceses caminaban por las calles. Nadie les prestaba atención, pero al grito de «¡Dessalines!», toda la población se postró ante él. Lacroix vio esto y comprendió lo que significaba, y percibió que Dessalines le hablaba a él y a los otros oficiales franceses sin temor y con seguridad.

Dessalines y su división estaban al servicio de Leclerc. Toussaint, contento de que se le hubiera puesto fin a la destrucción, y seguro de que su ejército permanecía aún intacto, comenzó a cultivar su plantación con la energía habitual. Aunque no confiaba en Leclerc, consideró que se hallaba a salvo por el momento. Observaría los acontecimientos. De estar una crisis, estaría listo. Esta confianza en el ejército y el pueblo lo indujo a cometer su error. En lo más profundo de sí tenía la certeza de que no serían vencidos. Pero, con los ojos fijos en los franceses, ignoraba que había perdido la confianza de Dessalines, quien ya no lo consideraba su líder, sino que buscaba su propio camino a la independencia.

<sup>27</sup> Isaac L'Ouverture: *Mémoires*. En Antoine Métral: *Histoire de l'expédition des Français à Saint-Domingue sous le consulat de Napoleon Bonaparte*, París, 1825.

Angustiado por no haber podido seguir las instrucciones de Bonaparte, Leclerc cometió el error de enviar a Francia informes falsos.

[...] Dos días después el general Toussaint envió a su principal oficial subalterno con una carta que significaba muy poco, pero en la que noté un deseo pronunciado de rendirse. Le contesté a este general que aceptaría su rendición, pero que si no lo hacía pronto, marcharía sobre él, que me enviara a uno de sus servidores de confianza a informarme de su decisión. Me envió a su secretario privado con uno de sus edecanes, comunicándome que deseaba tener el rango de lugarteniente general y un mando especial; que cada uno de sus generales debía continuar al mando que detentaba al momento de mi llegada, y que él tendría bajo sus órdenes solo a sus propias tropas. Le respondí que él no estaría en el servicio, que tendría que retirarse a una de sus residencias, de la cual no podría ausentarse sin mi permiso, que los generales y las tropas continuarían en el ejército, pero solo cuando yo lo considerara conveniente y me pareciera apropiado. Que, en cuanto a él, lo único que tenía que hacer era presentarme su rendición en El Cabo, y que yo le daba mi palabra de honor de que podría marcharse a donde quisiera después de la conferencia. En cuanto al resto de sus tropas, debían estar reunidas y listas para cumplir mis órdenes en un plazo de cuatro días [...].

Si las circunstancias me han obligado a veces, Ciudadano Ministro, a dar la impresión de que me he desviado del objetivo planteado en mis instrucciones, créame que no los he perdido de vista y que he cedido ante la coyuntura, pero vuelvo a tomar el control después y la pongo al servicio de mi plan.

En cuanto a mis informes que usted ordenó se publicaran aquí en los periódicos, es inconveniente insertar en ellos algo que pudiera destruir las ideas de libertad e igualdad que están en boca de todos aquí.<sup>28</sup>

El general Toussaint se ha rendido aquí. Se fue perfectamente satisfecho conmigo y listo a cumplir todas mis órdenes. Considero que las cumplirá porque está convencido de que, si no lo hace, yo lo haría arrepentirse.<sup>29</sup>

Las enfermedades están creando dificultades en el ejército bajo mi mando [...].

Tengo en este momento tres mil seiscientos hombres hospitalizados. Durante los últimos quince días he perdido entre treinta y cincuenta hombres diarios en la colonia y no transcurre un día sin que ingresen en los hospitales entre doscientos y doscientos cincuenta soldados,

<sup>28</sup> 26 de mayo de 1802. Al ministro de la Marina.

<sup>29</sup> 5 de mayo de 1802. Al ministro de la Marina.



mientras no más de cincuenta son dados de alta. Mis hospitales están abarrotados.

Para controlar a Saint-Domingue necesito veinticinco mil europeos sobre las armas. Usted sabe que tengo solo la mitad de esa cifra. No hay momento que perder para enviarme refuerzos [...].<sup>30</sup>

En cuanto al resto, Ciudadano Ministro, dele seguridades al Primer Cónsul de que en ningún momento he perdido de vista las instrucciones directas que me dio, tanto desde el punto de vista político como comercial, y que para mí será un día feliz cuando el comercio nacional sea capaz de proveer a Saint-Domingue y al ejército francés; de esta manera, una guerra colonial tiene que dar por resultado el triunfo del comercio.<sup>31</sup>

Aquí está la lista de las principales personas que han fallecido desde mi último informe [...].

En el momento que escribo, muchos generales y oficiales superiores están enfermos. De las dieciséis personas que vivían en la casa del general Hardy, trece han muerto.

También todo los secretarios del general Ledogin han muerto. Se había establecido en El Cabo una asociación de comerciantes en madera. Esa casa tenía siete personas, y murieron todas en ocho días. Le ordené al oficial jefe de los servicios médicos que me redactara un informe sobre esta enfermedad. Según este informe, parece que esta enfermedad es la llamada fiebre amarilla o Enfermedad Siamesa; que esta enfermedad reina en las Antillas cada año en esta época, pero que se manifiesta en El Cabo con más fuerza que la normal debido a las miasmas que exhalan las casas quemadas. Esta enfermedad se presenta en algunas personas ya sea con ligeros dolores o con temblores. En otros, la enfermedad los afecta de repente y los mata en dos o tres días; la quinta parte de los que la sufren no escapan a la muerte. La enfermedad ataca tanto a los que están en buena posición y pueden cuidarse como a aquellos cuyos medios no les permiten atender su salud.<sup>32</sup>

Mi posición empeora día a día. La enfermedad se lleva a los hombres. No se puede confiar en Toussaint, como yo había esperado, pero con su rendición he logrado el objetivo que me propuse, que era separarlo de Dessalines y de Christophe, y de las tropas de ambos. Voy a ordenar su arresto, y creo que puedo confiar lo suficiente en Dessalines, cuya mente domino, para darle la tarea de arrestar a Toussaint. No creo que lo vaya a extrañar. Lo que me hace tomar esta decisión drástica, Ciudadano Cónsul, es que me es necesario revivir la idea de

<sup>30</sup> 8 de mayo de 1802. Al ministro de la Marina.

<sup>31</sup> 8 de mayo de 1802. Al ministro de la Marina.

<sup>32</sup> 6 de junio de 1802. Al ministro de la Marina.



mi autoridad en la colonia mediante la aplicación de una medida fuerte, pero si no recibo refuerzos, mi posición va a empeorar. No se sorprenda si digo que es posible llegar a extrañarlo. Durante la última quincena este hombre ha sido muy poco confiable. No es que yo le haya dado ninguna posibilidad, pero él lamenta su pérdida de poder [...]. Tan pronto como lo tenga bajo control, haré que se vaya a Córcega y daré órdenes de que se mantenga prisionero en uno de los castillos de esa isla [...].

Le suplico que dé la orden de que se me envíen diez mil hombres de inmediato.

Mi salud no ha sido buena. Está un poco mejor, pero este clima es extremadamente dañino para mí. Todo lo que deseo es poder quedarme aquí hasta el próximo ventoso. Espero para ese momento haber avanzado lo suficiente en mi trabajo de modo que pueda dejárselo a mi sucesor sin remordimiento.

A pesar de los daños causados aquí por la muerte, no hay desánimo en el ejército.<sup>33</sup>

La fiebre amarilla se había apoderado del Ejército Francés. Toussaint y Dessalines sabían que tal situación sobrevendría, de ahí que la tuvieran en cuenta; y de no haber sido por Christophe y Toussaint, Dessalines no se hubiera rendido nunca. Pronto sería el momento de golpear, y Dessalines, que antes adoraba a Toussaint, estaba ahora dispuesto a quitarlo del camino, al igual que a Christophe, por la posición pro francesa de ambos. Dessalines pretendió ser absolutamente leal a Leclerc, le sugirió incluso que la colonia no alcanzaría la paz hasta tanto Toussaint no estuviera lejos de ella. Christophe y Clairveaux dijeron lo mismo a Leclerc: eran sinceros. Dessalines también lo era cuando afirmaba que Haití solo tendría paz una vez que Toussaint quedara fuera de escena, porque la paz que planeaba se afincaba en la destrucción de Leclerc y la expulsión de la Isla de todo aquello que recordara a Francia. Ayudante fiel de Toussaint, conocía lo suficiente a su jefe como para dudar de su capacidad para tomar medidas, en opinión de Dessalines, necesarias. Visto lo que debía hacer, solo confió en él para realizarlo. Dessalines, desde los días de Crête-à-Pierrot, tenía ya listo su programa de independencia nacional y Rochambeau, que poseía información suficiente acerca del programa, advertía a sus hermanos oficiales acerca de la premeditada traición de Dessalines. Para Leclerc era Dessalines quien importaba, así, creyéndose su amo, dio el paso.

Toussaint no conspiraba. Leclerc le reprochó sus sospechosas acciones. Toussaint demostró que trabajaba en su plantación, y nada más. El 7 de junio el general Brunet le escribe solicitándole una reunión en su

<sup>33</sup> 6 de junio de 1802. Al ministro de la Marina.

cuartel general. La carta reiteraba una y otra vez la seguridad de buena fe, sinceridad y honor personal del remitente. Toussaint no se sentía bien, advertido como estaba por sus amigos de que Leclerc intentaba arrestarlo. No obstante, decidió acudir a la cita, al parecer confiado en las seguridades que le diera Brunet. Pero su carrera, su política, su actitud hacia Leclerc, de principio a fin, niegan esta posibilidad. Si no acudía a la cita por temor al arresto, tendría que huir y comenzar de nuevo la guerra, en posición infinitamente más desventajosa que al momento de su rendición. Por otra parte, era improbable que Leclerc se atreviera a arrestarlo mientras Dessalines, Belair y los otros se hallaban todavía al mando de sus respectivas tropas. Se equivocaba. Se entrevistó con Brunet a las ocho de la noche, acompañado solo de dos oficiales. Hablaron apenas unos minutos, entonces Brunet pidió ser excusado por un momento. Tan pronto salió, algunos granaderos, con bayonetas caladas, con Ferrari, edecán de Leclerc, al frente, entraron en la casa. Toussaint se levantó y sacó su espada. Ferrari se le abalanzó con la punta de la suya amenazándolo. «General, no hemos venido aquí a hacerle ningún daño, solo tenemos órdenes de apresarlos». Toussaint se sometió. Lo ataron como a un criminal, arrestaron a su edecán, a su esposa, a su hijo y a su sobrina, a quienes trataron de manera humillante; entraron a la fuerza en su casa, robaron dinero, joyas y documentos, a la par que destruyeron sus plantaciones. Apresuradamente condujeron a la familia a una fragata que esperaba en el puerto de El Cabo y los embarcaron con destino a Francia.

Ya en el barco, Toussaint le dirigió a Savary, el capitán, unas palabras que sin lugar a dudas preparó cuidadosamente, como último legado a su pueblo: «Al derrocarme, han cortado en Saint-Domingue solo el tronco del árbol de la libertad. Volverá a crecer de nuevo desde las raíces, porque son muchas y profundas».

La noticia del arresto de Toussaint resultó un helado golpe para toda la población. Con independencia de lo que hubiera hecho, fuera lo que fuera, Toussaint representaba la libertad. Los tambores comenzaron a batir alrededor de Ennery y en las montañas, llamando así al pueblo a la rebelión; en las alturas de Plaisance, Dondon y los lugares vecinos, comenzó la insurrección contra Leclerc. Pero la población, como un todo, dio pocas señales de interés. Leclerc fue engañado, pero no Lacroix ni otros de sus oficiales. El disimulo es el refugio del esclavo, y esa calma poco natural atemorizaba a algunos de los blancos. Las masas negras no hicieron nada porque no sabían qué hacer. Vieron que Maurepas, Dessalines, Christophe y sus oficiales mantenían sus mandos. Leclerc, como dijera desde el momento en que llegó, juró que no tenía designios contra la libertad. Toussaint había luchado, luego se rindió y ahora, como sostenía Leclerc, era culpable de traición. Leclerc proclamó que poseía dos cartas en las que se demostraba esa traición, incluso publicó una de ellas. Era falsa, cuando el gobierno de Francia le pidió pruebas para llevar a Toussaint a juicio,

Leclerc confesó no poseer ninguna. ¡Dejemos que los argumentos retrospectivos y posmórtem sean los felices cotos de caza de los bien alimentados profesores! Leclerc había recibido instrucciones de deshacerse de Toussaint y lo había hecho.

Pero el arresto no ayudó a Leclerc.

Si el Primer Cónsul desea tener un ejército en Saint-Domingue en el mes de octubre, debe enviarlo de Francia, porque los daños causados por la enfermedad son demasiado grandes para ser descritos por las palabras. No pasa un día sin que me comuniquen la muerte de alguien que tengo amargas razones para lamentar. [...]. Un hombre no puede trabajar mucho tiempo aquí sin arriesgar su vida. Desde mi llegada a este país, he tenido muy mala salud por trabajar demasiado. El Gobierno tiene que pensar seriamente en enviarme un sucesor.

Me es imposible permanecer aquí más de seis meses. Pienso que para ese entonces pueda entregar la colonia libre de guerra a quien sea designado para reemplazarme.

Mi salud está tan quebrantada que me consideraré muy afortunado si puedo vivir tanto tiempo.<sup>34</sup>

Le he notificado, Ciudadano Ministro, en uno de mis últimos despachos, del perdón que había tenido el placer de concederle al general Toussaint. Este hombre ambicioso, a partir de que lo perdoné, no ha cesado de conspirar bajo cuerda. Los informes que me han llegado, incluso a través del general Dessalines, acerca de su conducta desde su rendición, no dejan lugar a dudas sobre esta cuestión. [...]. Di orden de arresto. No fue fácil. Estoy enviando a Francia a este hombre, tan peligroso para Saint-Domingue, con toda su familia. El gobierno, Ciudadano Ministro, debe recluirlo en un lugar bien custodiado en el centro de Francia, de forma que no tenga nunca la forma de escapar y regresar a Saint-Domingue, donde tiene toda la influencia del líder de una secta. Si en el término de tres años este hombre reaparece en Saint-Domingue, quizás destruiría todo lo que Francia ha hecho aquí. [...] Le suplico, envíeme algunos soldados. Sin ellos no puedo llevar a cabo el desarme de la población, y sin el desarme no puedo dominar esta colonia.<sup>35</sup>

La mortalidad continúa y crea terribles consecuencias. Existe consternación entre las tropas en el oeste y el sur [...].<sup>36</sup>

Después de haber embarcado a Toussaint, algunos hombres trataron de crear disturbios. Hice que los fusilaran o deportaran. Desde entonces, algunos soldados coloniales parecen estarse volviendo rebeldes: He mandado a fusilar a sus líderes.

<sup>34</sup> 11 de junio de 1802. Al ministro de la Marina.

<sup>35</sup> *Ibíd.*

<sup>36</sup> 4 de julio de 1802. Al ministro de la Marina.

Estos soldados están escondiendo ahora su descontento. La desmovilización está siendo efectiva. Los generales negros están en este momento claros de que voy a acabar totalmente con su influencia en este país, pero no se atreven a rebelarse abiertamente porque: 1) se detestan entre sí y saben muy bien que los voy a destruir a cada uno con la ayuda del otro; 2) los negros no son valientes y esta guerra los ha atemorizado; 3) porque tienen miedo de medirse con el hombre que destruyó a sus líderes. Bajo estas circunstancias, marchó de manera firme y rápida hacia mi objetivo. El sur y el oeste están casi desarmados. En el norte el desarme comenzará en ocho días.

Se está organizando la policía, y tan pronto como termine el desarme y la policía comience sus funciones, asestaré los últimos golpes. Si tengo éxito, como es probable, entonces Saint-Domingue habrá sido realmente devuelto a la República [...].

A Toussaint hay que ponerlo bien lejos del mar y en un lugar bien seguro. Este hombre ha levantado el país a tales alturas de fanatismo que su presencia volvería a encenderlo en llamas [...].

Desde que desembarcamos aquí, hemos estado constantemente en guerra.

A partir del momento en que ya no tuvimos que temer a las armas de los rebeldes, la enfermedad ha estado creando terrible devastación entre nosotros. Sería muy afortunado si mi salud me permite ejecutar todo lo que me propongo, porque no tengo ninguna inclinación a permanecer un segundo año en Saint-Domingue. Es cruel vivir como vivo, manteniendo mi existencia a base de artificios. Si al final de mis operaciones el Gobierno no me ha enviado un sucesor, entonces usaré el poder que me ha dado el Primer Cónsul verbalmente de abandonar Saint-Domingue cuando acabe mi misión.<sup>37</sup>

Sería el mes de julio, y Leclerc, con un atraso de meses en su programa, con sus soldados muriendo por miles, tenía entonces que desarmar al norte revolucionario. Era ahora o nunca. Naturalmente, los que mejor podrían llevar a cabo esa tarea eran los generales negros. La insurrección se extendía a diario en el Norte, y cuando comenzó el desarme se incrementó al doble y avanzó hacia el Sur y el Oeste. Derance, Samedi Smith, Jean Panier y otros pequeños jefes anónimos en estos distritos, cada quien en el suyo, convocaron a los negros a la revuelta. ¿Entregar las armas? ¿Para qué? Sonthonax les había dicho: «Si desean conservar su libertad, usen sus *armas* el día que las autoridades blancas se las pidan, porque tal solicitud es la señal infalible y precursora del regreso a la esclavitud».

Cuando se les desplazaban de un lugar, reaparecían en otro. Una región era «pacificada», pero, tan pronto como los soldados se movían hacia

otra, la insurrección explotaba de nuevo. Los franceses, descorazonados, comenzaron a culpar a Leclerc por no deshacerse, junto con Toussaint, de todos los generales negros y mulatos. «Pero nadie se dio cuenta de que, en la nueva insurrección de Saint-Domingue, como en todas las insurrecciones en contra de la autoridad constituida, no eran los jefes reconocidos lo que estaban dando la señal de rebelarse, sino las criaturas oscuras que, en gran medida, eran enemigos personales de los generales de color».<sup>38</sup> Esta es una historia recurrente.<sup>39</sup> Es la maldición de las masas, siempre, ahora como entonces, que los que más gritan se acobardan cuando llega el momento de las acciones, o peor aun, encuentran alguna buena razón para colaborar con el enemigo. Christophe, Maurepas y el resto persiguieron a estos «bandidos». Los franceses temían a Lamartinière, y lo emboscaron aun cuando él estaba a su servicio —una muerte miserable para ese oficial espléndido—. Dessalines persiguió a los «bandidos», esperando su momento.

Pero la insurrección continuaba creciendo y, mientras crecía, la fiebre seguía cobrando víctimas. Los franceses no podían ya enterrar a sus muertos de manera formal, los arrojaban de noche en enormes tumbas comunes para que los negros no se percataran de que el ejército se dieztaba. Como si pudiera ocultarse. Leclerc, con la salud quebrantada, partió hacia Tortuga a recuperarse. Al sentirse mejor, dejó la isla para regresar a El Cabo. Tan pronto se fue, rompió la insurrección detrás de él. Fue aplastada allí.

<sup>38</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. II, p. 225.

<sup>39</sup> Michelet ha demostrado que esta era también su visión acerca de la Revolución Francesa. Pero es Georges Lefebvre, el gran historiador contemporáneo de la Revolución Francesa, quien una y otra vez examina exhaustivamente toda la evidencia disponible y repite que no sabemos y nunca sabremos quiénes fueron los verdaderos líderes de la Revolución Francesa, hombres anónimos, oscuros, muy lejos de los legisladores y oradores públicos.

«Es erróneo concederle demasiada importancia a cualquier opinión que pudieran tener los girondinos o Robespierre acerca de lo que había que hacer. Este no es el modo de enfocar la cuestión. Debemos prestar más atención a los líderes oscuros y a la gente que los escuchaba en las tiendas y los pequeños talleres y las mal iluminadas calles de París. Era de ellos que dependía el negocio, y, por el momento, evidentemente, seguían a los girondinos [...]. Por tanto, es en la mentalidad popular, en la desconfianza profunda e incurable que nació en el alma de la gente con respecto a la aristocracia, comenzando en 1789, y con respecto al Rey, a partir de la huida a Varennes, es allí que tenemos que buscar la explicación de lo que sucedió. El pueblo y sus líderes desconocidos sabían lo que querían. Siguió a los girondinos, y después a Robespierre, solo hasta el grado en que su consejo parecía aceptable. // ¿Quiénes son, entonces, los líderes que el pueblo escucha? Conocemos a algunos. Sin embargo, como en todos los días decisivos de la Revolución, lo que más quisiéramos saber está siempre fuera de nuestro alcance; quisiéramos tener los diarios de los más oscuros de estos líderes populares; entonces seríamos capaces de entender en el acto, para decirlo de alguna forma, cómo comenzaron esos grandiosos días revolucionarios; no lo sabemos». Georges Lefebvre: *La Fuite Du Roi*, p. 187 (conferencias mimeografiadas).

Solo para estallar entre los negros de Môle St. Nicolas. A principios de julio comenzaron a difundirse por la isla los rumores de que el gobierno francés estaba restableciendo la esclavitud.

De nuevo las masas demostraron una mayor comprensión de la política que sus líderes. Bonaparte realmente tomó la medida. Richepanse, en Guadalupe, puso en práctica instrucciones similares a las de Leclerc. Allí gobernaban los mulatos. Richepanse los derrotó, deportó a sus líderes y a otros muchos, unas tres mil personas en total, y tenía pisoteada a la población negra. Y las cartas jactanciosas de Leclerc, con las mentiras acerca de la manera en que había acabado con Toussaint, hicieron el resto.

Lo oficiales franceses sintieron vergüenza de que Bonaparte conociera los verdaderos resultados de sus batallas contra los generales negros. Tras la derrota de Debelle a manos de Maurepas, Desfourneaux le escribe a Dugua: «Él [Debelle] ha atacado a Maurepas [...], ha sido repelido y gravemente herido. Se teme por su vida. Maurepas mantuvo su posición inmovible con tres mil hombres y seis piezas de artillería. [...] Esta información es exacta [...]». <sup>40</sup> Pero cuando Dugua transmite esta información al ministro de la Guerra, se tradujo como: «El general Debelle, después de varios combates con Maurepas, general de brigada [un negro], recibió la rendición de este jefe que juzgó más prudente convertirse en servidor de la República que ser perforado por nuestros galantes soldados, cuyo ardor es imposible de resistir». <sup>41</sup>

Con estos informes falsos, Bonaparte tenía que pensar que el trabajo, si bien no estaba totalmente concluido, no presentaría muchas dificultades, y no era necesario continuar mintiendo.

No comenzó con Saint-Domingue o Guadalupe, sino con las colonias francesas que los británicos devolvieron a Francia mediante el Tratado de Amiens. Durante una sesión de la legislatura celebrada en mayo, Bruix explicó la nueva política. «Los pueblos libres son celosos de sus nobles prerrogativas. Tienen sus egoísmos; pero este sentimiento no se puede llevar a extremos» —no tan lejos como las Indias Occidentales, en todo caso—. Los negros eran calificados como «los culpables», y muchos propusieron que se infundiera terror en ellos mediante el genocidio. El Abate Grégoire, todavía legislador de Francia, no dijo nada, y Bonaparte, que se dio cuenta, le pidió su opinión. «Pienso», respondió Grégoire, «que escuchar los discursos es suficiente para saber que son pronunciados por blancos. Si estos caballeros cambiaran de color en este momento, hablarían de modo diferente». Bonaparte le lanzó un insulto, y el restablecimiento de la esclavitud para Martinica, Île-de-Bourbon y otras islas fue aprobado por doscientos once votos a favor y sesenta en contra.

<sup>40</sup> Alfred Nemours: Ob. cit., vol. II, p. 261.

<sup>41</sup> Ibíd., vol. II, p. 266.

Pero la burguesía marítima gritaba por más. En pocos días el comercio de esclavos quedó restablecido oficialmente en todas las colonias, y los africanos que llegaran serían esclavos como antaño: paso a paso asignó a los de color la prohibición de viajar a Francia, restauró el no consentimiento de los matrimonios mixtos así como la discriminación contra los mulatos. Bonaparte se detuvo antes de restablecer la esclavitud en Saint-Domingue y Guadalupe. Pero aun antes del primer decreto, en mayo, escribe a Richepanse y a Leclerc instruyéndolos de que podían restaurar la esclavitud cuando lo consideraran conveniente. Los rumores sobre todo esto se filtraban en Saint-Domingue, mientras Leclerc, con las instrucciones de Bonaparte todavía en secreto, continuaba asegurándoles a los negros que no tenía intención de volver a implantar la esclavitud.

Tan pronto como Richepanse recibió las instrucciones finales de Bonaparte, restableció la esclavitud. Cada barco traía de regreso a los colonos emigrados de Saint-Domingue, sedientos de venganza, ansiosos de volver al pasado. «Sin esclavitud no hay colonia». Lo decían abiertamente, mientras Leclerc lo negaba y la población negra y mulata escuchaba alarmada. Los agentes de la burguesía marítima estaban ocupados, tratando de reunir órdenes de compra.

Entonces, un día de finales de julio, una fragata, la *Cockarde*, que traía a bordo negros deportados desde Guadalupe, entró al puerto de El Cabo. Esa noche algunos de ellos saltaron sobre la borda y nadaron hasta la orilla para darles a sus hermanos de Saint-Domingue la noticia de que la esclavitud había sido restablecida en Guadalupe. La insurrección se generalizó.

La inesperada revelación de las intenciones secretas de Bonaparte le infundió terror mortal a Leclerc.

Ni piensen en establecer aquí la esclavitud por algún tiempo. Pienso que puedo hacerlo todo para que mi sucesor tenga solo que esperar la decisión del Gobierno para ponerla en efecto. Pero ante las innumerables proclamas que he publicado aquí para asegurarles a los negros su libertad, no deseo contradecirme; que el Primer Cónsul dé por sentado que mi sucesor lo encontrará todo listo.<sup>42</sup>

Los distritos de Plaisance, Gros Morne, Port-de-Paix, St. Louise y Le Borgne se han rebelado [...] pero [...] tengo la esperanza de que esta será la última crisis.

La epidemia se está extendiendo de tal manera que no puedo calcular dónde terminará. Solo los hospitales de El Cabo han perdido cien personas al día.

A la epidemia y las insurrecciones hay que añadirles la escasez de dinero en que ustedes nos mantienen. Si eso continúa, aunque sea por poco tiempo, con los refuerzos que espero y el alto costo de los

<sup>42</sup> 2 de agosto de 1802. Al ministro de la Marina



hospitales, veré a mis tropas amotinadas porque no podré atender a sus necesidades.<sup>43</sup>

Mi situación no mejora; la insurrección se extiende, la epidemia continúa. [...]

Todos los negros están convencidos, por las cartas que llegan de Francia, por la ley que restableció el comercio de esclavos, por el decreto del general Richepanse que restauró la esclavitud en Guadalupe, que la intención es volver a convertirlos en esclavos, y puedo asegurar que el desarme solo se logrará luego de largos y difíciles conflictos. Estos hombres no desean rendirse. Debe admitirse que en vísperas de resolverlo todo aquí, las circunstancias políticas que mencioné casi han destruido mi trabajo. Las infortunadas medidas que ustedes han adoptado lo han destruido todo y han inflamado las mentes. Ya no vamos a poder reducir a los negros excepto por la fuerza de las armas. Para esto necesitamos un ejército y fondos, sin los cuales la prosperidad de Saint-Domingue está en grave peligro.

Le he pedido, ciudadano Ministro, que me envíe un sucesor. Esa carta, como muchas otras que le he dirigido, no ha tenido respuesta. El Gobierno tiene que pensar en enviarme un hombre para que me reemplace. No se trata de que yo esté pensando en abandonar mi puesto, pero mi salud está empeorando continuamente, y no hay nadie que pudiera sustituirme para el bien de la República.

Haré todo lo que esté a mi alcance para impedir que se extienda la insurrección entre ahora y el primero vendimiario. Para ese momento, los nueve mil hombres que usted ha prometido sin duda deben haber llegado. Recorreré los distritos rebeldes con el mismo vigor que desplegué en mi primera campaña. El terror me precederá y ay de quien no me obedezca ciegamente; pero para eso necesito dinero y tropas.<sup>44</sup>

La muerte ha creado tales problemas entre mis soldados que cuando traté de desarmar el norte estalló una insurrección general.

[...] Nada temo por parte de Christophe, pero no estoy seguro de Dessalines. Los primeros ataques han expulsado a los rebeldes de las posiciones que ocupaban, pero se retiraron a otros cantones, y hay un verdadero fanatismo en la insurrección. Estos hombres se hacen matar, pero se niegan a rendirse. [...]

Le rogué, ciudadano Cónsul, que no hiciera nada que los pusiera ansiosos acerca de su libertad hasta que yo estuviera listo, y ese momento se estaba acercando rápidamente. De repente, llegó aquí la ley que autoriza el comercio de esclavos en la colonia, con cartas de negocios de Nantes y Havre en las que se preguntaba si los negros podían venderse aquí. Más grave aún, el general Richepanse acaba de tomar

<sup>43</sup> *Ibíd.*

<sup>44</sup> 6 de agosto de 1802. Al ministro de la Marina.

la decisión de restablecer la esclavitud en Guadalupe. En este estado de cosas, ciudadano Cónsul, la fuerza moral que yo tenía aquí ha sido destruida. No puedo hacer nada por medio de la persuasión. Dependo solo de la fuerza y no tengo tropas.

[...] Ahora, ciudadano Cónsul, que sus planes acerca de las colonias son perfectamente conocidos, si desea mantener a Saint-Domingue, envíe un nuevo ejército, envíe dinero primero que todo, y le aseguro que si nos abandona a nuestra suerte, como ha hecho hasta ahora, esta colonia está perdida, y una vez que se pierda, usted nunca la recuperará.

Mi carta lo sorprenderá, ciudadano Cónsul, después de las que le he escrito. Pero ¿qué general podría calcular la muerte de las cuatro quintas partes de su ejército y la inutilidad del resto, quien, como yo, ha quedado sin fondos en un país en que las compras hay que hacerlas solo por su peso en oro y donde con el dinero que yo pudiera tener me libraría de mucho descontento?

Le he mostrado mi verdadera posición con la franqueza de un soldado. Me duele ver que todo lo que he hecho aquí está a punto de ser destruido. Si usted hubiera sido testigo de las dificultades de todo tipo que he tenido que vencer, y los resultados que he obtenido, usted se lamentaría conmigo al ver mi situación; pero independientemente de lo desagradable que es, tengo aún esperanzas de tener éxito. Doy ejemplos terribles, y como el terror es el único recurso que me queda, lo empleo. En Tortuga, de cuatrocientos rebeldes, mandé a ahorcar a sesenta. Hoy todo está en perfecto orden.

Todos los propietarios o comerciantes que llegan de Francia hablan de esclavos. Parece que hay una conspiración general para impedir que Saint-Domingue sea reincorporada a la República.

[...] Envíeme refuerzos inmediatamente, envíeme dinero, porque estoy en una situación lastimosa.

Le he pintado un cuadro pesimista de mi situación. No piense que estoy desanimado de ninguna manera por lo que está sucediendo. Siempre le haré frente a las circunstancias cualesquiera que estas sean, y le serviré con el mismo celo hasta que mi salud me lo permita. Ha empeorado, ya no puedo cabalgar. No se olvide que tiene que enviarme un sucesor. No tengo a nadie aquí que me pueda reemplazar en la situación crítica en que se encontrará la colonia por algún tiempo. [...] Jérémie se ha levantado. No tengo más noticias de allá.

Christophe y Dessalines me han suplicado que no los deje aquí después de mi partida. Esto le permitirá juzgar la confianza que me profesan. Espero en los primeros días de brumario poder enviar a Francia o a cualquier otro lugar a todas las personas conflictivas. [...] Cuando me vaya, la colonia estará lista para recibir el régimen que usted desee darle, pero recaerá en mi sucesor dar el paso final. Si usted está de acuerdo, no haré nada contrario a lo que aquí he expuesto.

El general Richepanse se comporta de una manera poco política y muy torpe en lo que a Saint-Domingue se refiere; si yo no hubiera cortado aquí muchas cabezas, ya me habrían expulsado de la Isla hace mucho tiempo y no me hubiera sido posible cumplir sus planes.<sup>45</sup>

Los generales negros encabezan las columnas; *están bien rodeados*.<sup>46</sup> He ordenado dar terribles escarmientos y *los utilizo a ellos cuando tengo que hacer algo terrible*. [...] <sup>47</sup>

Los decretos del general Richepanse han tenido aquí repercusiones y son la fuente de muchos males. El que restablece la esclavitud, al haber sido publicado con tres meses de antelación, le costará al ejército y a la colonia de Saint-Domingue muchos hombres.

P.D.: Acabo de enterarme de la pelea sangrienta que el general Boyer ha experimentado en Gros-Morne. Los rebeldes han sido exterminados; cincuenta prisioneros han sido ahorcados; estos hombres mueren con un increíble fanatismo; lo mismo sucede con las mujeres. [...] Este frenesí es resultado de las proclamas de Richepanse y las propuestas incendiarias de los colonos.<sup>48</sup>

Me parece que, de acuerdo con las órdenes que me envía, usted no tiene una idea clara de mi posición aquí. Usted me ordena que envíe a Europa a los generales negros. Sería muy simple arrestarlos a todos el mismo día, pero yo los utilizo para sofocar las revueltas que nunca cesan. [...]

Acabo de descubrir una gran conspiración encaminada a levantar a la colonia completa en rebelión a finales de termidor. Fue solo ejecutada parcialmente por falta de un líder. No basta con haber quitado a Toussaint del medio, hay dos mil líderes que eliminar.<sup>49</sup>

Las masas combatían y morían como solo pueden hacerlo las masas revolucionarias; el Ejército francés se consumía, la angustia sofocaba lentamente a Leclerc. Pero aún estos generales negros y mulatos continuaban luchando por Leclerc contra los «bandidos»; los mulatos y negros antes libres mantenían su apoyo a los franceses, con la esperanza de que no les tocara igual destino que el de Guadalupe y Martinica. En agosto, Charles Belair, con el corazón roto desde que Toussaint fuera arrestado—Toussaint solía llamarlo Labienus—y movido por el resentimiento ante la crueldad de los franceses, se unió a la insurrección, y como si estuvieran esperando que

<sup>45</sup> 6 de agosto de 1802. Al Primer Cónsul.

<sup>46</sup> Énfasis de Leclerc.

<sup>47</sup> Énfasis de Leclerc.

<sup>48</sup> 9 de agosto de 1802. Esta carta no está entre las coleccionadas por Nemours. Fue tomada de Henry de Poyen-Bellis: *Histoire militaire de la Révolution de Saint-Domingue*, París, 1899. p. 258. Esta es la historia oficial francesa.

<sup>49</sup> 25 de agosto de 1802. Al ministro de la Marina.

alguien con autoridad se pusiera al frente, toda la población de Artibonite se levantó con él. Esto no estaba en los planes de Dessalines. Belair era su rival, el favorito de Toussaint, y en los primeros días de la expedición había salvado la vida de muchos blancos. Dessalines lo invitó a una entrevista, insinuando una alianza contra los franceses. Belair y Sanite acudieron, porque las mujeres combatían ahora al lado de los hombres. Dessalines los arrestó y se los envió a Leclerc. Fue un crimen atroz, pero no una traición a la Revolución dado que en ese mismo mes de agosto Dessalines y Pétion, mientras perseguían a los «bandidos», llegaron al fin a un acuerdo.<sup>50</sup> Pero el mulato Clairveaux, Christophe, Laplume, Paul L'Ouverture y Maurepas continuaban a la espera, sabe Dios por qué, y ni Dessalines ni Pétion podían moverse sin ellos. Con una habilidad y una tenacidad que asombró a sus experimentados opositores, los pequeños líderes locales no solo repelían los ataques, sino que mantenían un incesante acoso a los puestos franceses, sin darles paz, de manera que los soldados se hallaban agotados y con los nervios destrozados, a la par que caían por miles, víctimas de la fiebre amarilla. Cuando los franceses enviaban grandes expediciones contra ellos, desaparecían en las montañas, dejando atrás un sendero de llamas, y regresaban cuando los extenuados franceses se retiraban, para destruir otras plantaciones y llevar sus ataques hasta las líneas francesas. Escasos de municiones, los trabajadores agrícolas negros en las montañas que rodeaban Port-de-Paix atacaron este pueblo importante, expulsaron a la guarnición, mataron a los blancos, quemaron las casas que habían sido reconstruidas y tomaron posesión del fuerte que guardaba veinticinco mil libras de pólvora. ¿Quién vino a recapturarlo? Maurepas, antes comandante del distrito y quien de manera valiente repelió los ataques de Humbert, Bedelle y Hardy. Maurepas, junto a los franceses, con un vigoroso contraataque, recuperó el fuerte, pero «los insurgentes, con increíble actividad [...] hombres, mujeres y niños, todos se fueron a las montañas más o menos cargados». Las masas de la Llanura Norte corrieron a ponerse bajo las órdenes de estos nuevos líderes.<sup>51</sup>

Todo lo que podía hacer la vieja banda era amenazar a Leclerc. Algunos de los negros que fueron esclavos intentaron comprarles su libertad a los antiguos amos. Estos se negaron, incluso llegaron a considerar como de su propiedad a altos oficiales, hombres que habían derramado su sangre en los campos de batalla y servido de manera distinguida en la Administración. Christophe le hizo saber al general Ramel que de ser restablecida la esclavitud convertiría a todo Saint-Domingue en cenizas. Un general negro que cenaba con Lacroix señaló hacia sus dos hijas y le preguntó: «¿Volverán ellas a ser esclavas?». Era como si no lo pudieran creer. De la misma manera en que los liberales y los socialdemócratas vacilaron irresolutos hasta que cayó sobre sus cabezas la mandarina del

<sup>50</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. III, p. 120.

<sup>51</sup> Pamphile de Lacroix: Ob. cit., vol. II, p. 223.

fascismo, o Franco lanzó su cuidadosamente preparada contrarrevolución.

Leclerc simplemente esperaba los refuerzos para arrestar y deportar a estos líderes. Solo se lo impedía la fuerza de la insurrección. Las masas luchaban por instinto. Sabían que con independencia del partido al que pertenecieran, los viejos dueños de esclavos estaban encaminados a restaurar la esclavitud. Sin embargo, estos nuevos negros y mulatos de la clase dominante se aferraban a las faldetas de la casaca de Leclerc. Una noche en la que Clairveaux y Christophe cenaban con Boudet y Lacroix, y este último preguntó a los dos hombres de color por qué la insurrección se extendía, Christophe le respondió:

Usted es europeo, y es joven. [...] Ha peleado solamente en los ejércitos de la madre patria, por lo que no puede tener ningún prejuicio con respecto a la esclavitud. Le hablaré, entonces, sin reservas. La revuelta crece porque la desconfianza está al nivel más alto. Si usted tuviera nuestra piel quizás no fuera tan confiado como yo, que le estoy entregando a mi único hijo, Ferdinand, al general Boudet, de forma que pueda ser educado en Francia. No me preocupan los bandidos que han dado la señal para la insurrección. El peligro no está allí; el peligro está en la opinión general de los negros. Los negros de Saint-Domingue están asustados porque conocen el decreto del 30 de floreal, que mantiene la esclavitud y el comercio de esclavos en las colonias devueltas a Francia mediante el Tratado de Amiens. Están alarmados al ver que el Primer Cónsul restablece el viejo sistema en estas colonias. Temen que la charla indiscreta que se escucha aquí en todas partes llegue hasta Francia y le sugiera al Gobierno la idea de privar a los negros de Saint-Domingue de su libertad.

Leclerc estaba en esos momentos fuera de sí.

Si el Gobierno francés desea conservar Saint-Domingue, ciudadano Ministro, tiene que, al recibir mi carta, dar órdenes para que salgan de inmediato diez mil hombres. Llegarán en nivoso para establecer completamente el orden antes de la estación de verano. Pero si esta epidemia dura tres meses más, el Gobierno tiene que renunciar a la colonia. [...]

Aunque he pintado tal horrible situación, debo decir que no estoy desanimado. [...] Durante cuatro meses ha existido solo mediante destreza, sin tener ninguna fuerza real; juzgue si puedo cumplir las intenciones del Gobierno.<sup>52</sup>

La cadena montañosa que se extiende desde Vaillières, y que incluye a Marmelade, está en rebelión [...]. Solo me será posible proteger

la llanura en el supuesto de que la epidemia acabe en los primeros diez días de vendimiario. Desde el 8 fructidor ha adquirido una nueva fuerza, y pierdo entre cien y doscientos hombres cada día. Para mantener esas montañas cuando las recupere, me veré *obligado a destruir todas las provisiones allí y a gran parte de los trabajadores agrícolas negros. Tendré que librar una guerra de exterminio y me costará muchos hombres. Gran parte de mis tropas coloniales ha desertado y se ha pasado a los rebeldes.*<sup>53</sup> Que el Gobierno me envíe diez mil hombres independientemente de los refuerzos que ya me has prometido. Que los envíe de inmediato en barcos del Estado y no en naves mercantes cuya llegada es siempre lenta [...]. Que me envíe dos millones de francos en moneda y no en papel [...]. O que se prepare para una cruel guerra interminable en Saint-Domingue, y quizás la pérdida de la colonia. Es mi deber decirle toda la verdad. Se la estoy diciendo [...]. La noticia de la esclavitud restaurada en Guadalupe me ha hecho perder gran parte de mi influencia sobre los negros [...].

Recuerda también la cuestión de mi sucesor porque estoy pensando seriamente abandonar este país [...].

Dejo de escribir para volver a la cama, donde espero no tener que permanecer mucho tiempo. Le deseo mejor salud y pensamientos más placenteros que los míos. Desde que estoy en este infortunado país no he tenido un momento de paz.<sup>54</sup>

Mi posición empeora día a día. Estoy en una situación tan miserable que no tengo ni idea de cuándo voy a salir de ella [...]. Hasta ahora había creído que el desastre de la epidemia se detendría en vendimiario. Estaba equivocado. La epidemia ha adquirido nueva fuerza de nuevo y el mes de fructidor me costó cuatro mil muertos. Yo creí, por lo que me había dicho la población, que la epidemia se detendría en vendimiario. Hoy me dijeron que posiblemente se extienda hasta fines de brumario. Si eso sucede, y continúa con la misma intensidad, la colonia se perderá. Cada día el partido de los rebeldes crece y el mío disminuye por la pérdida de los blancos y la desertión de los negros [...]. Dessalines, quien hasta ahora nunca pensó en la insurrección, hoy piensa en ella. Pero conozco su secreto y no se me escapará. Descubrí sus pensamientos de la siguiente forma: No siendo lo suficientemente fuerte para terminar con Dessalines, Maurepas y los otros, utilicé a uno contra el otro. Los tres están listos para ser los líderes del partido, pero nadie lo declara por temor a los otros. En consecuencia, Dessalines ha comenzado a escribir informes contra Christophe y Maurepas, insinuándome que su presencia es dañina para la colonia.

<sup>53</sup> Énfasis de Leclerc.

<sup>54</sup> 17 de septiembre de 1802. Al ministro de la Marina.

Reitero lo que le he dicho. Saint-Domingue está perdido para Francia si no recibo diez mil hombres el 16 nivoso, que tienen que llegar todos al mismo tiempo.

Le he dicho mi opinión acerca de las medidas que ha tomado el general Richepanse en Guadalupe [...].

He pintado mi posición con colores oscuros; así es como es en realidad y constituye toda la verdad. Desafortunadamente, la condición de las colonias no es conocida en Francia. Allí tenemos una idea falsa sobre el negro, y es por eso que le envié un oficial que conoce el país y ha combatido en él. Los colonos y los hombres de negocios piensan que un decreto del Gobierno francés sería suficiente para restablecer la esclavitud. No puedo decir qué medidas tengo que tomar, no sé que debo hacer [...].<sup>55</sup>

Respondo en detalle a su carta del 9 termidor.

*Sobre el general Toussaint.* No carezco de evidencia para enjuiciarlo si usted desea tener recurso de lo que hizo antes de la amnistía que le concedí; acerca de lo que sucedió después de ese período no tengo nada. En el actual estado de cosas, su juicio y ejecución solo servirán para amargar a los negros.

*Sobre los deportados.* Continuaré enviando a Córcega a aquellos que tengo que deportar.

*Situación actual.* Todo mi ejército está destruido [...]. Cada día los negros me abandonan. El desafortunado decreto del general Richepanse [...].

*Generales de color.* Esta es una cuestión muy delicada, y si hubieran llegado los diez mil hombres no tendría motivo para hablarle más de este asunto.<sup>56</sup>

Pero los generales negros seguían aferrados a los franceses.

No se trataba, por ejemplo, de que Christophe confiara en Leclerc. Christophe estaba tan nervioso que mantenía comunicación con los mismos insurgentes que perseguía. Cuando lo inevitable se le vino encima, se refugió en desafiar abiertamente a Leclerc. Una noche, invitado a cenar, no fue hasta que situó a sus propios soldados de forma que pudieran venir a rescatarlo. Un oficial blanco llenaba su copa una y otra vez. Con cólera súbita, Christophe se volvió hacia él: «Blanquito insignificante, si hubiera bebido el vino que me has escanciado, hubiera querido beber tu sangre y también la sangre de tu general». Hubo consternación en la mesa. Leclerc acusó a Christophe de traición y llamó a los oficiales de su escolta. «Es inútil llamarlos», dijo Christophe. «Los míos están bajo las

<sup>55</sup> 26 de septiembre de 1802. Al Primer Cónsul.

<sup>56</sup> 26 de septiembre de 1802. Al ministro de la Marina.



armas y con una sola palabra lo haré prisionero. Sigo siendo su subordinado, como lo fui de Toussaint; si él me hubiera dicho “hunde esta isla en el mar”, yo hubiera hecho todo lo posible. Esta es la forma en que obedezco o mando». Le reprochó a Leclerc su traición a Toussaint, «cuyo genio nos condujo de la esclavitud a la libertad [...] cuya gloria llena al mundo», y quien está ahora en cadenas. Calificó a Leclerc de parricida. «Es este crimen, sin duda, el que el Cónsul quiere recompensar dándole a usted el gobierno de Saint-Domingue». Leclerc, impotente, tuvo que permanecer sentado escuchando aquello. Pero eso no ayudó a las masas.

Angustiado, Leclerc convocó a una reunión de colonos y generales para considerar lo que debía hacerse para detener la creciente insurrección.<sup>57</sup> Los colonos, sordos a todo lo que no fuera el recuerdo de los buenos días del pasado, fueron unánimes: «Sin esclavitud no hay colonia». Christophe estaba en esta reunión y protestó contra esta política, su injusticia, sus consecuencias ciertas: la destrucción de la colonia, su pérdida para Francia. Los colonos se mantuvieron inmovibles. Parece que solo entonces los generales negros y mulatos comprendieron que no había esperanza. Sin embargo, en fecha tan tardía como el 2 de octubre, un tribunal militar compuesto totalmente por hombres de color, enjuició a Charles Belair y a su esposa y los condenó a muerte por fusilamiento. Murieron valientemente, su esposa de frente al pelotón de fusilamiento y negándose a que se le vendaran los ojos. Arrestados por líderes negros, condenados y fusilados por líderes negros. Fue otra bofetada al rostro de las masas negras.

Pero Dessalines se hallaba ahora en peligro. Había engañado a Leclerc, pero no a Rochambeau, quien no se cansó de advertirles a los otros oficiales franceses que no se podía confiar en él.<sup>58</sup> Para mantener la confianza, Dessalines había perseguido y fusilado a los «bandidos» con máxima ferocidad. Era octubre, tres meses después de que llegara a un entendimiento con Pétion, pero temeroso de Christophe, Clairveaux, Maurepas y el resto, no podía hacer nada. Ni él ni Pétion contaban con la autoridad decisiva que Toussaint o Rigaud hubieran sido capaces de utilizar en esta crisis. A pesar del fusilamiento de Belair el día 2, cuando Dessalines fue a ver a Leclerc días después, sintió que estaba en peligro. Fingió desánimo, y le pidió a Leclerc que lo enviara a Francia. Leclerc, más seguro, lo animó y le dijo que estaban llegando más tropas de Francia y que juntos darían un gran golpe. Leclerc se percató de que Dessalines temblaba con estas nuevas noticias. «¡Habrà un terremoto!», gritó y se marchó. Tosco, grosero, maculado por sus crímenes, merece un lugar entre los héroes de la emancipación humana. Era un soldado, un magnífico soldado, y no tuvo otras pretensiones. Pero el odio hacia los que merecían ser odiados y destruidos afiló su inteligencia y desempeñó un gran papel.

<sup>57</sup> Proclama de Christophe, 1814. Reimpresa en John Relly Beard: *Life of Toussaint L'Ouverture*, Londres, 1853, p. 326.

<sup>58</sup> Rochambeau a Quantin, 2 de brumario, año XI (24 de octubre de 1802). Archives du Ministère de la Guerre. B<sup>7</sup>. 8.

El tiempo se estaba acabando. Leclerc apenas podía levantarse trabajosamente de la cama para escribir. En el momento en que redactaba sus últimas cartas, tenía una opinión de los negros muy diferente a la inicial.

El estado en que se encuentra la colonia de Saint-Domingue debido a la fatal destrucción de su ejército y a las insurrecciones alentadas por los decretos del general Richepanse en Guadalupe, me parecen tan perturbadores que he decidido enviarle al general Boudet [...]. Crea lo que él le dirá. *Tenemos en Europa una idea falsa del país en que combatimos y de los hombres contra quienes combatimos.* [...].<sup>59</sup>

Ninguna de sus cartas me anuncia cuáles son las medidas que ha tomado el Gobierno para reponer la pérdida de mi ejército a consecuencia de la epidemia, que continúa su paso asolador. Sin embargo, desde el mes de floreal mis despachos le han mantenido informado de los daños que ha causado. Hoy mi ejército está destruido [...].<sup>60</sup>

La noche del 11 de octubre, en una recepción ofrecida por Pauline Leclerc, Clairveaux, el mulato, dijo abiertamente para que todos lo escucharan: «Yo siempre he sido libre, solo que recientes circunstancias me han permitido superar la discriminación del color. Pero si me hubiera imaginado alguna vez que se iba a pensar en restablecer la esclavitud, en ese instante me hubiera convertido en bandido».

La mayoría de los mulatos se mostraba hostil al regreso de la esclavitud. Pero a pesar de sus amenazas, Clairveaux todavía vacilaba. Fue Pétion quien actuó y forzó su mano. Pétion estaba posicionado cerca de El Cabo, con tropas mulatas. Estos hombres solamente esperaban por sus líderes. Al mando de Pétion, perforaron los cañones, desarmaron a los europeos y con una singular humanidad —que pronto se reprocharían— les permitieron regresar a El Cabo. Entonces Pétion fue a ver a Clairveaux, y le dijo que las tropas coloniales se habían rebelado, y que si no quería pagar con su cabeza por esas desertiones, lo único que podía hacer era unirse a la insurrección. Solo entonces Clairveaux se unió a la revuelta. Juntos, Pétion y Clairveaux tenían tres mil soldados de color leales a ellos. Leclerc contaba con trescientos soldados blancos en El Cabo y no tenía ni sospecha de la desertión de los mulatos. Mas de no haber sido por la vacilación de Clairveaux, un movimiento rápido hubiera puesto a El Cabo y al propio Leclerc en sus manos.<sup>61</sup> Lo que sucedió realmente fue que los franceses tuvieron tiempo de dar la alarma, pedir refuerzos y organizar la defensa. Por tanto, cuando Pétion y Clairveaux por fin atacaron, fueron repelidos. Todo El Cabo blanco estaba muy atemorizado. Leclerc envió más de mil negros a bordo de los barcos

<sup>59</sup> 27 de septiembre de 1802. Al Primer Cónsul. Énfasis de Leclerc.

<sup>60</sup> Octubre de 1802. Al ministro de la Marina.

<sup>61</sup> Henry de Poyen-Bellisle: Ob. cit., p. 271.

surtos en el puerto para sacarlos del camino; cuando comenzó la batalla y se sintió en peligro, ordenó que debían ahogarlos. Los marineros los masacraron y tiraron al mar.

Dessalines esperaba en el Oeste. Llevaba semanas preparándose, sin entregar las armas que ocupaba, como hacía antes. Tan pronto como supo que Pétion y Clairveaux habían comenzado, abandonó Gonaïves y se encaminó a Petite-Rivière, informándole a sus seguidores de que se dispusieran a levantar a los trabajadores agrícolas negros a la señal acordada. El cura de Petite-Rivière lo invitó a desayunar y él acudió sin saber que ya había llegado la orden de arresto en su contra y de que lo iban a capturar en el presbiterio. La señora Pageot, sirvienta del cura, una mulata, puso la mesa y luego le trajo una vasija con agua para que se lavara las manos. Mirándolo con insistencia a los ojos, ella presionó sus codos contra los costados y los movió hacia detrás, señal de que sería atado. Ya los soldados rodeaban la casa. Dessalines se dirigió velozmente hacia la puerta, el cura lo llamó, pero él le respondió que tenía un deber militar que cumplir, saltó sobre su caballo y, seguido de su escolta, cabalgó hacia Artibonite, disparando tres tiros al aire a la vez que gritaba «¡A las armas! ¡A las armas!». Había estado cerca.

Christophe todavía vaciló durante uno o dos días, pero el 14 de octubre se unió finalmente a Pétion y a Clairveaux. Los mulatos del Sur continuaron probando a los franceses, pero en el Norte y el Oeste las masas ahora tenían soldados entrenados y líderes.

A causa de su enfermedad, o por resentimiento, Leclerc nunca le informó esto a su cuñado o al Ministro. Envío a que se le suplicara a Christophe que volviera, prometiéndole riquezas y honores. Christophe respondió ya ser lo suficientemente rico y estar lo suficientemente honrado al ser él mismo libre y al asegurar la libertad de su color. La noche del 2 de noviembre muere Leclerc, pero antes de morir supo de su fracaso y de que Francia había perdido ya Saint-Domingue. De los treinta y cuatro mil soldados que habían desembarcado murieron veintiocho mil, ocho mil se encontraban hospitalizados y quedaban dos mil hombres exhaustos. Miles de valientes soldados negros estaban muertos por el crimen de negarse a volver a ser esclavos. La colonia se hallaba devastada, y blancos y negros se asesinaban unos a otros con creciente ferocidad, en lo que se denomina una guerra racial, pero cuyo origen no radicaba en la diferencia de color sino en la avaricia de la burguesía francesa. Leclerc sabía que, independientemente de la cantidad de refuerzos que enviaran, todo había terminado. Antes de morir, confesó su tristeza por una empresa llevada a cabo por hombres y sobre hombres que merecían un mejor destino, dados los servicios prestados y que hubieran podido prestar a Francia. No tenemos que agradecerle esta admisión. No mitiga de ninguna manera la sangre que aún sería derramada y el sufrimiento que seguiría padeciendo el pueblo de Saint-Domingue antes de librarse de esta abominación de asesinato, avaricia, crueldad, sadismo e inhumanidad que Napoleón y su gobierno lanzaron en nombre de una civilización superior.

«Desafortunadamente, la condición de las colonias no es conocida en Francia. Allí tenemos una idea falsa sobre el negro. [...] Tenemos en Europa una idea falsa del país en que combatimos y de los hombres contra quienes combatimos».

Es en este aspecto que los ex esclavos de la Revolución de Saint-Domingue establecieron su afinidad con la población de la Francia revolucionaria. Entre 1789 y Waterloo, en 1815, el pueblo de Francia asombró a Europa y al mundo con el alcance colosal de sus logros en la guerra y en la paz. Nadie pensó antes que el pueblo escondiera tanto poder. Hilaire Belloc es quien, quizá, lo ha expresado mejor cuando dijo que, después de agosto de 1792, las clases reaccionarias de Europa se armaron contra este nuevo monstruo y se trazaron dos tareas: llegar a París y destruir la democracia. La primera tarea, continúa Belloc, les llevó veintidós años; en la segunda están todavía empeñadas.

Vemos lo mismo en Saint-Domingue. La población se había transformado. Nadie pudo imaginar el poder que naciera en ellos cuando Boukman dio la señal de rebelión en esa noche tormentosa de 1791. Rebelión, guerra, paz, organización económica, diplomacia internacional, administración, en todo demostraron su capacidad. Ahora la nación atravesaba la prueba final.

Lo que sucedió en Saint-Domingue después de la muerte de Leclerc es una de esas páginas de la historia que cada escolar debe conocer, y que con toda seguridad aprenderá algún día. La lucha nacional contra Bonaparte en España, el incendio de Moscú por los rusos, que llenan las historias del período, fueron anticipados y sobrepasados por los negros y mulatos de Saint-Domingue. Las pruebas están ahí. Por su abnegación y heroísmo, los hombres, mujeres y niños que expulsaron a los franceses no son los segundos de ningún luchador por la independencia en ningún lugar ni en ningún momento. Y la razón es simple. Comprendieron al fin que, sin independencia, no podrían mantener su libertad, y la libertad era para los antiguos esclavos algo más concreto que las formas elusivas de la democracia política en Francia.

Rochambeau sustituyó a Leclerc y confiaba en el éxito. Aunque en el Norte y el Oeste los franceses mantenían solo El Cabo y unos pocos pueblos, el lado español estaba absolutamente tranquilo; el gran cuerpo de mulatos en el Sur, en especial los propietarios ricos, era todavía leal. Rochambeau se encaminaba a El Cabo para tomar el mando, dejó al negro Laplume al frente del Sur, y este permaneció fiel hasta el final. Los franceses se hallaban en una posición crítica, pero Rochambeau pidió quince mil soldados de golpe para destruir a «los bandidos»; después solicitó otros diez mil y, finalmente, otros diez mil. «Estos tres envíos son indispensables [...]. Otro aspecto no menos esencial para el éxito de nuestro ejército es la total destrucción o deportación de los generales, oficiales y soldados negros y mulatos». ¡Cómo les preocupaba el ejército negro!

Rochambeau pidió que se enviara al villano de Toussaint a las galeras: «Si viene aquí, lo ahorcaré sin juicio».<sup>62</sup>

Sin mucha demora, Bonaparte envió diez mil hombres. Por otra parte, la fiebre amainaba y los convalecientes comenzaban el regreso a sus regimientos. Rochambeau recuperó Fort Dauphin y Port-de-Paix, su confianza creció aún más. Lo que parece haberlo confundido fue la política de Dessalines y Pétion. Christophe y Clairveaux atacaban, pero los negros y mulatos hacía tiempo que habían reconocido a Dessalines como su Comandante en Jefe, con Pétion como su segundo al mando no oficial. Dessalines viajó por toda la isla reorganizando las tropas locales. Muchos de los pequeños jefes y soldados de filas desconfiaban de él, como era natural, pero Pétion y él los ganaron para su causa o los persiguieron y destruyeron. Dessalines entrenaba día tras días a los conscriptos recientes, preparando una campaña a gran escala. A mediados de enero, Rochambeau pidió autorización para restablecer la esclavitud de inmediato.<sup>63</sup> Leclerc ni siquiera se había atrevido a informarle la autorización de Bonaparte, tan opuestos eran los sentimientos, incluso de la Francia posrevolucionaria, al salvajismo reaccionario de la burguesía marítima.

Mientras esperaba por la autorización, Rochambeau comenzó a exterminar por cuenta propia a los mulatos. Sobrepasaban en número a los blancos, y a la espera de restablecer la supremacía blanca, pensó también en deshacerse de tantos como pudiera, puesto que detestaba a los mulatos más que a los negros. Una noche en Port-Républicain, dio una gran fiesta, a la cual invitó a varias mulatas. Fue una fiesta magnífica. A medianoche, Rochambeau detuvo el baile y les pidió que entraran en un apartamento contiguo. La habitación estaba iluminada por una sola lámpara, tenía colgadas cortinas negras con cráneos blancos de tela; en las cuatro esquinas había ataúdes. En medio de ese tenebroso silencio, las mulatas escucharon cantos funerarios entonados por cantantes invisibles. Quedaron paralizadas por el terror, Rochambeau entonces dijo: «Ustedes han asistido a la ceremonia fúnebre de sus esposos y hermanos».<sup>64</sup>

Los franceses los fusilaban y los ahogaban por cientos, y no solo fusilaban a los ricos, sino que confiscaban sus propiedades.<sup>65</sup> Para principios de marzo, el Sur mulato estaba en plena insurrección. Mas los españoles en

<sup>62</sup> Henry de Poyen-Bellis: Ob. cit., p. 326. Lacroix no trata esta sección. Al escribir en fecha tan tardía como 1819, no se atreve a establecer la verdad. Pero escribió un memorando para Napoleón en el cual narra todos los detalles de los acontecimientos que tuvieron lugar. Archives Nationales, A.F. IV. 1212.

<sup>63</sup> Al ministro Colonial. 25 de nivoso, año XI (14 de enero de 1803). Archives du Ministère des Colonies.

<sup>64</sup> H. Pauléus Sannon: Ob. cit., vol. III, p. 150. Este incidente está relatado por otros dos historiadores anteriores, Ardouin y Delattre, a quienes Sannon cita.

<sup>65</sup> Pamphile de Lacroix: Memorando a Napoleón. Archives Nationales; A.F. IV. 1212. Henry de Poyen Bellis: Ob. cit., pp. 371-372.

el Oeste, lo mismo que Laplume, aún apoyaban a los franceses. Rochambeau recibió en total veinte mil hombres tras la muerte de Leclerc.<sup>66</sup> Pero para entonces Dessalines estaba listo.

No podemos describir esa guerra en detalle. No fue una guerra de ejércitos, sino del pueblo. Ahora era una guerra con las divisiones raciales enfatizando la lucha de clases: los negros y los mulatos contra los blancos. Leclerc había propuesto una guerra de exterminio, y Rochambeau la libró. En fecha tan avanzada como el 4 de noviembre, Kerverseau, quien sirvió durante mucho tiempo bajo Toussaint, confiaba en que los franceses aún podían contar con «los negros libres y con propiedades tanto como con los blancos».<sup>67</sup> Pero él no contaba con la precipitación de Rochambeau. Una semana después su tono había cambiado. «Esto ya no es una guerra. Es una lucha de tigres. Uno tiene que estar en un estado de frenesí para poder mantenerse, y tengo que continuar diciéndoles a las tropas: “Ya no es valentía lo que quiero de ustedes. Es rabia”. Pero uno no puede estar rabioso todo el tiempo, y la humanidad nos hace llorar algunas veces».<sup>68</sup> Lloraba pero combatía.

Rochambeau ahogó a tanta gente en la bahía de El Cabo, que durante mucho tiempo los pobladores del distrito dejaron de comer pescado. Siguiendo el ejemplo de los españoles en Cuba y de los ingleses en Jamaica, introdujo mil quinientos perros para perseguir a los negros. El día en que llegaron hubo una fiesta.<sup>69</sup> Se construyó un anfiteatro en los terrenos de un antiguo convento jesuita, y cierto día un joven negro fue traído y atado a un poste, mientras los blancos de El Cabo y las mujeres, con ropas de brillantes colores, esperaban sentados (Toussaint había fusilado a Moïse y a los negros de Limbé, Dondon y Plaisance por su hostilidad hacia esta misma gente). Al compás de una música marcial llegó Rochambeau, rodeado de su Estado Mayor. Pero cuando soltaron a los perros no atacaron a la víctima. Boyer, jefe del Estado Mayor en lugar de Dugua, saltó a la arena, y de una estocada, abrió el vientre del negro. A la vista y el olor de la sangre, los perros se lanzaron sobre el cuerpo y lo devoraron en un santiamén, mientras todos los presentes aplaudían y la banda tocaba. Para alentarles el gusto por la sangre, todos los días les traían negros, hasta que los perros, aunque inútiles en la batalla, al verlos se lanzaban sobre ellos.<sup>70</sup> Los franceses quemaron vivos, ahorcaron, ahogaron, torturaron y regresaron a su viejo hábito de enterrar a los negros hasta el

<sup>66</sup> Pamphile de Lacroix: *Mémoires pour servir à l'histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, vol. 2. B., 253.

<sup>67</sup> Kerverseau a Lacroix. 4 de noviembre de 1802. Archives du Ministère de la Guerre, B<sup>7</sup>. 8.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 11 de noviembre de 1802.

<sup>69</sup> Beard, el autor inglés, dice que las damas blancas de El Cabo fueron a ver los perros el día que desembarcaron y los recibieron a besos.

<sup>70</sup> Memorando de Lacroix. Archives Nationales; H. Pauléus Sannon: *Ob. cit.*, vol. III, pp. 152-153.



cuello cerca de los nidos de insectos. No se trataba únicamente de odio y temor, sino de política.

Si Francia desea recuperar a Saint-Domingue, tiene que enviar veinticinco mil hombres de un golpe, declarar esclavos a los negros y eliminar al menos treinta mil negros y negras –porque las mujeres son aún más crueles que los hombres–. Estas medidas son horribles, pero necesarias. Tenemos que tomarlas o renunciar a la colonia. Quienquiera que diga lo contrario miente con toda la boca y engaña a Francia.<sup>71</sup>

Era esta la opinión generalizada de los blancos. Mátenlos a todos y compren otros nuevos que no sepan nada acerca de la libertad y la igualdad. Encadenaron a dieciséis de los generales de Toussaint a una roca, donde agonizaron durante diecisiete días. Ahogaron al viejo Pierre Baptiste. La esposa y los hijos de Maurepas fueron ahogados ante los ojos de este, mientras los marineros clavaban un par de charreteras en sus hombros desnudos. Algunos franceses, es justo decirlo, se apartaban horrorizados de este barbarismo. Unos cuantos capitanes de barcos se negaron a ahogar a los negros que les fueron entregados, pero en su lugar los vendieron como esclavos. Otros los desembarcaron en playas desiertas de Saint-Domingue, o en otras islas. Allix, comandante de Port-Républicain, no aceptó diez mil bolas de metal para atar a los pies de los que serían ahogados. Rochambeau lo despidió. Mazard, otro capitán de barco, trabajó tan duro para salvar a los negros como la mayoría de sus colegas para ahogarlos. Pero estas eran gotas de agua en el océano. Fue la política de los *tories* la que los británicos siguieron en Irlanda en 1921, no las protestas del *Manchester Guardian* o de la Sociedad de los Amigos. Es así y siempre ha sido así.

Dessalines, aunque de genio limitado, fue el hombre para esta crisis, no Toussaint. Devolvió golpe por golpe. Cuando Rochambeau mató a quinientos en El Cabo y los enterró en una gran fosa excavada mientras ellos esperaban por la ejecución, Dessalines levantó cadalsos hechos de ramas y ahorcó a quinientos para que Rochambeau y los blancos de El Cabo los vieran. Pero ni el ejército de Dessalines ni su ferocidad ganaron esta guerra. Fue el pueblo. Convirtieron a Saint-Domingue en cenizas, por lo que al final de la contienda era un desierto carbonizado. ¿Por qué lo quemaron todo?, preguntó un oficial a un prisionero. Tenemos el derecho de quemar lo que hemos cultivado, porque un hombre tiene el derecho de disponer de su propio trabajo, fue la respuesta de este anarquista desconocido.<sup>72</sup> Y lejos de sentirse intimidada, la población civil enfrentaba el terror con coraje y firmeza tales que atemorizaban a los terroristas. Tres

<sup>71</sup> Carta desde El Cabo, 6 de octubre (14 de vendimiario, año XI). Archives Nationales. Citado en T. Lothrop Stoddard: *The French Revolution in San Domingo*, p. 347. No es necesario decir que Stoddard no puso objeción a esta política.

<sup>72</sup> Memorando de Lacroix. Archives Nationales.



negros fueron condenados a ser quemados vivos. Una enorme multitud se reunió en derredor mientras dos de ellos eran devorados por las llamas en medio de terribles alaridos. Pero el tercero, un muchacho de diecinueve años, atado de forma que no podía ver a los otros dos, les decía a estos en creol: «Ustedes no saben cómo morir. Vean cómo se muere». Mediante un tremendo esfuerzo logró torcer su cuerpo, sentarse y colocar sus pies en el fuego, haciendo que se quemaran sin quejarse. «Yo estaba allí», dijo Lemmonier-Delafosse, «presenciando la heroica muerte de este infeliz, mayor que la de Mucio Escévola [...]. Contra esos hombres tuvimos que luchar».<sup>73</sup> Otro que fue arrojado a los perros no demostró ira, sino que los acariciaba y los alentaba mientras les presentaba sus miembros para ser desgarrados.<sup>74</sup> Con las mujeres sucedía lo mismo. Cuando Chevalier, un jefe negro, vaciló a la vista del cadalso, su mujer lo avergonzó. «¡No sabes cuán dulce es morir por la libertad!», y negándose a ser ejecutada por el verdugo, tomó la cuerda y se ahorcó ella misma. Una mujer animaba a sus hijas, quienes como ella serían ejecutadas: «Alégrense de que no van a ser madres de esclavos».

Los franceses, impotentes ante estas muestras de entereza, no distinguieron en estos actos la fuerza de la Revolución, sino alguna peculiaridad especial de los negros. Solían decir que los músculos de un negro se contraían de tal forma que lo hacía insensible al dolor. También que esclavizaban al negro porque no era un ser humano, y cuando se comportaba como tal, decían, era un monstruo.

Durante la primavera de 1803, Bonaparte preparaba gran cantidad de armamento para enviar a Saint-Domingue en el otoño. Con sublime impudicia culpaba a los negros de lo que ocurría. En una reunión del instituto a la que Grégoire asistió, Bonaparte comentó que los amigos de los negros debían esconder sus cabezas ante las noticias que llegaban de Saint-Domingue. Que los negros no se sometieran de nuevo a la esclavitud era un crimen imperdonable, y ellos hicieron recaer su venganza sobre el hombre al cual consideraban el principal responsable de su disgusto. Fue la resistencia de Toussaint la que echó por tierra todos los cálculos.

La férrea avaricia de Bonaparte y de la burguesía francesa, y su odio al «esclavo rebelado» que arruinó sus planes, pueden juzgarse por la brutalidad con que lo persiguieron. Había desembarcado en Brest el 9 de julio, vio a su familia por primera vez desde que abandonaran El Cabo, y nunca la volvió a ver. No solo Leclerc, también Bonaparte le temía, y este temía a la Revolución Francesa, que tanto él como los de su clase detuvieron. En un carruaje cerrado y con instrucciones redactadas y ejecutadas con

<sup>73</sup> Lemmonier-Delafosse: *Seconde campagne de Saint Domingue précédée de souvenirs historiques et succints de la première campagne*, París, 1846.

<sup>74</sup> Memorando de Lacroix.

el mayor rigor y en secreto, lo trasladaron apresuradamente a través de Francia. Todo indica que Bonaparte abrigaba el temor de que se produjera algún intento de rescate. No había negros en Francia para hacerlo, tal intento solo podía provenir de algunos jacobinos aislados y encolerizados por esta degradación final de la Revolución: el restablecimiento de la esclavitud. Pero tales temores eran infundados. En un pueblo, soldados franceses que sirvieron a las órdenes de Toussaint al conocer que pasaría por allí pidieron que se les permitiera saludar a su viejo comandante.<sup>75</sup> Eso fue todo.

El 24 de agosto, Toussaint fue encarcelado junto con su fiel sirviente, Mars Plaisir,<sup>76</sup> en el Fuerte de Joux, situado en la montaña Jura, a una altitud de más de novecientos metros. Leclerc estaba escribiendo sus frenéticas cartas, cargadas de temor al líder negro. No pudo enviar pruebas para acusarlo. Pero los gobiernos no necesitan evidencias, y Bonaparte no asesinó judicialmente a Toussaint por miedo a la repercusión en Saint-Domingue de un juicio y una ejecución. Mas iba a deshacerse de él, y Bonaparte decidió hacerlo mediante malos tratos, el frío y el hambre. Siguiendo las instrucciones estrictas de Bonaparte, sus carceleros lo humillaban, lo llamaban Toussaint, le hicieron a usar ropa de presidiario, le daban poca comida y, cuando llegó el invierno, le redujeron la cantidad de leña y le quitaron su sirviente.<sup>77</sup> Bonaparte envió a Caffarelli, su edecán, a interrogarlo para conocer dónde había escondido su tesoro y qué secretos arreglos hizo con los británicos. Caffarelli sostuvo siete entrevistas con Toussaint y no pudo encontrar nada. Toussaint no tenía ningún tesoro. No se había vendido a los británicos.

El régimen carcelario se endurecía. Cada vez más sus carceleros, según consejo de Bonaparte, lo observaban mientras comía, o hacía sus necesidades. Temían que escapara, y deseaban que muriera lo antes posible, creídos de que una vez que el gran líder cerrara los ojos las cosas mejorarían en Saint-Domingue. Al principio recibió atención médica, pero sus carceleros pronto la suspendieron. «Como la anatomía de los negros es totalmente diferente a la de los europeos, he despedido a su médico y su cirujano, quienes no tendrán ninguna utilidad para él».<sup>78</sup>

Tenía cincuenta y siete años, y se quebró muy pronto. Escribió largos informes sobre su conducta, le dirigió cartas a Bonaparte en las que solicitaba un juicio, y apeló a su grandeza y condición magnánima.

He tenido el infortunio de provocar su ira; pero en cuanto a fidelidad y probidad, tengo conciencia de que soy fuerte, y me atrevo a decir con

<sup>75</sup> Isaac L'Ouverture: *Memorias*.

<sup>76</sup> Un mulato, algo típico de Toussaint.

<sup>77</sup> Alfred Nemours: *Histoire de la captivité et de la morte de Toussaint L'Ouverture*, París, 1929. Este es el recuento definitivo del cautiverio de Toussaint con muchos de los documentos más importantes reproducidos en su totalidad.

<sup>78</sup> Henry de Poyen-Bellis: *Histoire militaire de la Révolution...*, p. 224. Poyen cita el informe oficial del carcelero.

certeza que, entre todos los servidores del Estado, ninguno es más honesto que yo. Fui uno de sus soldados y el primer servidor de la República en Saint-Domingue. Hoy soy un infeliz, arruinado, deshonorado, víctima de los servicios que he prestado. Permita que sus sentimientos se conmuevan por mi situación, usted tiene sentimientos demasiado elevados y es demasiado justo para no pronunciarse por mi destino.

Ahora, en su angustia personal, como antes en su advertencia al Directorio, en su proclama a los soldados y a su pueblo, se revelaban las limitaciones de sus concepciones políticas. Las sombrías cadencias con que suplicaba por un juicio es prueba de su fatal sinceridad. A pesar de la traición de Francia, todavía se consideraba parte de la República francesa, «una e indivisible». No podía pensar de otra manera. El decreto de 16 de pluvioso había marcado en su mente el comienzo de una nueva era para los negros franceses. Sus experiencias con los comisarios franceses, los temores por su pueblo, el duro sentido de la realidad, lo condujeron por el camino de la independencia. Sin embargo, había un límite que él no podía sobrepasar. Tenía la profunda convicción de que los franceses no podrían nunca restablecer la esclavitud en Saint-Domingue, y creía falsamente que, una vez garantizados los medios para defender la libertad de todos, ningún sacrificio resultaría demasiado grande para hacer que los franceses entraran en razón. Esa es la explicación de por qué su principal preocupación en la prisión era el destino de su esposa e hijos. Acerca del futuro de Saint-Domingue mantuvo un firme silencio. Sus palabras al capitán cuando subió a bordo del barco fueron las últimas que pronunciara sobre ese asunto. El mantenimiento de la libertad para todos había sido la obra de su vida y las palabras y el silencio posterior resultaron ciertamente intencionales.

Temblando de frío, pasaba su primer invierno en una celda con una inadecuada calefacción y donde la humedad corría por las paredes. Su estructura de hierro, que soportó las privaciones y fatigas de diez años increíbles, ahora se acurrucaba ante los leños escatimados por órdenes de Bonaparte. El intelecto hasta ahora insomne, colapsaba periódicamente durante largas horas en estado de coma. Antes de la primavera ya se estaba muriendo. Una mañana de abril fue hallado muerto en su silla.

No existe drama como el de la historia. Toussaint muere el 7 de abril de 1803. Para Bonaparte, la mitad de la batalla contra Saint-Domingue está ahora ganada. Sin embargo, en las últimas horas de Toussaint, sus camaradas de armas, ignorantes de su destino, redactaban la declaración de independencia.

En los meses que siguen al 2 de noviembre de 1802, el ejército nacional desplegaba aún la bandera francesa; en diciembre ya corre entre los franceses el rumor de que los negros y los mulatos no luchan por la independencia porque todavía llevaban los colores de Francia. Dessalines decide

poner fin a tal situación y para ello convoca una conferencia en Arcahaie. A la bandera tricolor (rojo, blanco y azul) se le quita el blanco, y en lugar de las iniciales R. F. (República Francesa), se inscribe «Libertad o Muerte». La nueva bandera fue izada el 18 de mayo. Ese mismo día, algunos oficiales del Sur, presurosos por regresar a sus mandos, se vieron amenazados de ser capturados por un crucero francés. En lugar de rendirse, Laporte, el oficial de mayor graduación, ordenó hundir la embarcación y se suicidó de un disparo mientras la tripulación desaparecía bajo las olas gritando «¡Viva la independencia!». Unas semanas después de la conferencia de Arcahaie, Saint-Domingue supo que había vuelto a estallar la guerra entre Gran Bretaña y Francia: Rochambeau estaba bloqueado por la flota inglesa.

La noticia era buena, pero los negros de Saint-Domingue conocían todo lo que había que conocer acerca del imperialismo. La política británica era oportunista. No rompieron hostilidades contra las ciudades costeras y permitieron que los navíos estadounidenses abastacieran a Rochambeau en El Cabo.<sup>79</sup> Estaban probablemente a la espera para ver si Rochambeau podía obtener una victoria temporal, al menos en una porción de Saint-Domingue, y así poder entrar y quitársela a los franceses. Pero con el tiempo se inclinaron con todo su peso del lado de Dessalines, suministrándole armas y municiones. Sin embargo, Dessalines no buscó de inmediato cooperación de ningún tipo y pagó al contado, tanto a los ingleses como a los estadounidenses, por lo que le vendieron.<sup>80</sup>

La guerra en Europa fue el punto de viraje. El territorio español de la isla se había mantenido tranquilo, pero en el Norte, el Oeste y el Sur la Revolución por la independencia nacional sacó a los franceses de las posiciones que ocupaban y los acorraló en las ciudades costeras.

Fue una guerra popular. Les hicieron los trucos más audaces a los franceses. Una noche, Lacroix deseaba salir de exploración. Escuchó a la distancia de un mosquete una voz baja que decía: «¡Pelotón, alto! ¡Alineación, derecha!». La orden se repitió veinte veces a lo largo de una extendida línea. A seguidas se dejaron oír las voces de distintos jefes dando órdenes en creol de no murmurar o fumar. Los franceses tomaron posiciones y esperaron toda la noche ser atacados por sorpresa. Cuando amaneció, se dieron cuenta de que habían sido engañados por unos cien trabajadores agrícolas negros. «Estas triquiñuelas, si se les presta demasiada atención, destruyen la moral; si no se les presta atención, pueden resultar una sorpresa desagradable».<sup>81</sup>

<sup>79</sup> H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 185.

<sup>80</sup> *Ibíd.*, p. 185.

<sup>81</sup> Pamphile de Lacroix: Memorando a Napoleón. Archives Nationales. AF. IV. 1212.

No solo en tierra, también en el mar los negros y los mulatos pasaron a la ofensiva. Construyeron botes ligeros con los que se deslizaban por los ríos, o a lo largo de la costa, atacando a los barcos, masacrando a los prisioneros, apoderándose de avituallamientos. Los franceses carecían de defensas contra ellos. Los negros trasladaban sus botes a tierra, los escondían y llevaban a cabo una guerra de guerrillas contra los soldados franceses, para luego desaparecer, navegando con rapidez río abajo y aparecer de nuevo, inesperadamente, en el mar. Capturaron dos navíos que lograron escapar al bloqueo, uno procedente de Nantes y otro de Havre. Mataron a todos los que se encontraban a bordo. Los franceses, ante el aniquilamiento, se defendían con valor desesperado, pero la presión de los ataques y del bloqueo creó una división entre el ejército y los blancos locales. Rochambeau, sin dinero, los gravó con altos impuestos, y los blancos locales se rebelaron. Estuvieron dispuestos a vivir bajo Toussaint. Aunque alguno de ellos deseó que Leclerc no hubiera venido, en tanto blancos se unieron al ejército de Leclerc y aprovecharon la oportunidad de reafirmar su dominación. Sin embargo, ahora con Saint-Domingue en ruinas, destruidas sus plantaciones, confiscadas las posesiones y en peligro sus vidas, se volvieron contra Rochambeau y le reprocharon, algunos ansiosos por llegar a un acuerdo de paz con los negros. Para los franceses la lucha se convirtió en algo sin sentido a causa de divisiones internas, porque los números estaban en su contra, y por el espíritu que movilizaba al ejército negro. Deben leerse los recuentos en la historia de Haití y en las memorias de los oficiales franceses que sobrevivieron. El 16 de noviembre, los negros y mulatos se concentraron para el último ataque sobre la ciudad de El Cabo y los bien fortificados puestos que la rodeaban.

Clairveaux, el mulato, estaba al mando, y junto a él Capois Muerte, un oficial negro, así llamado por su valentía. Desde temprano en la mañana atacó el ejército nacional. En la tarde, bajo fuego cruzado de mosquetes y artillería, Capois encabezó el asalto sobre los fortines de Bréda y Champlin, al grito de «¡Adelante, adelante!». Los franceses, bien atrincheros, repelieron a los negros repetidamente, solo para verlos regresar con ardor ilimitado. Una bala derribó el caballo de Capois. Hirviendo de furia, se levantó, hizo con la espada un gesto de desprecio y continuó el avance. «¡Adelante, adelante!».

Los franceses, que pelearon en tantos campos, no habían visto combate como este. De todas partes venía una tormenta de gritos. «¡Bravo, bravo!». Se sucedió un redoble de tambores. Cesó el fuego francés. Un jinete francés salió cabalgando y avanzó hasta el puente. Traía un mensaje de Rochambeau. «El capitán general envía sus saludos de admiración al oficial que acaba de cubrirse de tanta gloria».<sup>82</sup> Sin que los negros hicieran un disparo, el jinete dio la vuelta, volvió al fortín y la batalla se reanudó. La lucha resultó tal pesadilla que a esas alturas todos en Saint-Domingue, blancos y negros, parecían un poco locos.

<sup>82</sup> H. Pauléus Sannon: *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, vol. III, p. 195.

Medio siglo después, Lemmonier-Delafosse —que creía en la esclavitud— escribió en sus memorias:

¡Pero qué clase de hombres eran esos negros! ¡Cómo peleaban y cómo morían! Había que hacerles la guerra para conocer su despreocupado coraje al desafiar el peligro cuando ya no podían acudir al recurso de la estratagema. He visto una columna sólida, destrozada por el fuego granado de cuatro cañones, avanzar sin dar un paso atrás. Mientras más caían, mayor parecía ser la valentía del resto. Avanzaban cantando, porque el negro canta dondequiera, hace canciones de cualquier cosa. Su canción era una canción de hombres valientes y era como sigue:

*Al ataque, granadero,  
Quien muera, es asunto suyo.  
Olvida a tu mamá,  
Olvida a tu papá.  
Al ataque, granadero,  
Quien muera, es asunto suyo.*

Esta canción valía por todas las canciones republicanas. Por tres veces estos hombres valientes, arma en mano, avanzaron sin disparar un tiro, y las tres veces fueron repelidos, retirándose solo cuando el suelo estaba cubierto de las tres cuartas partes de su tropa. Hay que ver esta valentía para poder concebirla. Esas canciones gritadas al cielo al unísono por dos mil voces, con el cañón sirviendo de bajo, producían un efecto escalofriante. Solo el coraje francés podía soportarlo. Realmente, grandes fosos, una excelente artillería y soldados perfectos nos daban una gran ventaja. Pero, durante muchos días esas escuadras masivas que marchaban cantando hacia la muerte, iluminadas por un sol magnífico, permanecieron en mis pensamientos, e incluso hoy, después de más de cuarenta años, este majestuoso y glorioso espectáculo vive aún en mi imaginación tal y como cuando lo vi.

Había conmovido incluso a alguien tan lleno de odio racial como Rochambeau, para que realizara un gesto caballeroso. Dessalines, el líder local, estaba situado en una colina cercana. Hasta él mismo, conocido como el más bravo entre los bravos, se estremeció ante el espíritu de Capois y sus hombres y, paralizado de admiración, se sentó a contemplar el ataque, dándole vueltas en la mano a su legendaria caja de rapé. Una súbita y torrencial lluvia detuvo el combate. Pero era el final. Esa noche Rochambeau sostuvo un consejo de guerra y decidió evacuar la isla. Toussaint llevaba solo siete meses de muerto, mas su obra estaba terminada. De hombres que se acobardaban temblorosos ante el ceño fruncido de cualquier rufián blanco, construyó en diez años un ejército que podía medirse con los mejores soldados que Europa había visto.



«No hay ninguna duda, mi querido general», escribió el triunfante Dessalines a uno de sus oficiales en el Sur, «el país es nuestro y el famoso *quién lo tendrá* esta decidido».

El 28 de noviembre, un día antes del que fijara para su partida, Rochambeau trató de llegar a un arreglo, para sus hombres y barcos, con los británicos que lo esperaban fuera del puerto. Ellos le plantearon los términos más duros; Rochambeau amenazó con desembarcar en Caracol y retirarse al Saint-Domingue español, todavía en poder de los franceses. Dessalines le advirtió que, de no sacar sus barcos de inmediato, sería bombardeado con municiones al rojo vivo. Desde temprano en la mañana, las calderas del Fuerte Picolet habían estado quemando, y Rochambeau no tuvo otra alternativa que rendirse a los británicos. De sesenta mil soldados y marineros que zarparon de Francia, casi todos habían perecido, y los pocos que quedaban se pudrieron y consumieron durante años en prisiones británicas.

El 29 de noviembre, Dessalines, Christophe y Clairveaux –Pétion se hallaba enfermo– hicieron pública una proclama de independencia, moderada en cuanto al tono, en la cual se deploraba el derramamiento de sangre de años anteriores. El 31 de diciembre, en una reunión con todos los oficiales, celebrada en Gonaïves, se leyó la Declaración de Independencia final. Para enfatizar la ruptura con Francia, el nuevo Estado fue nombrado Haití. Dessalines hizo un intento de apoderarse del Saint-Domingue español, pero la Revolución Francesa nunca tuvo allí ningún apoyo, y él fracasó. En octubre de 1804 se hizo coronar Emperador. Comerciantes privados de Filadelfia le entregaron la corona, traída en el barco estadounidense *Connecticut*. Su toga para la coronación llegó de Londres, en una fragata inglesa a través de Jamaica. Llevó a cabo su entrada solemne en El Cabo en un carruaje de seis caballos que le trajera el agente inglés Ogden a bordo del *Samson*.<sup>83</sup> De esa forma, el monarca negro se hizo cargo de su herencia, vestido y provisto por los capitalistas ingleses y estadounidenses, apoyado, de un lado, por el Rey de Inglaterra, y del otro, por el presidente de los Estados Unidos.

A principios del año siguiente, 1805, los blancos en Haití fueron masacrados por órdenes de Dessalines. Todas las historias recogen este hecho. En una reunión de la Liga de las Naciones un representante del gobierno británico<sup>84</sup> espetó tal acto al rostro del delegado haitiano. Hubiera sido más cauteloso de haber conocido la parte que desempeñó su muy civilizado país en este supuesto típico ejemplo de salvajismo negro.

La paciencia y la tolerancia de los pobres forman parte de los baluartes más fuertes que tienen los ricos. Los trabajadores agrícolas negros de

<sup>83</sup> Véase la nota 86 en página 279.

<sup>84</sup> Lord Cecil.



Saint-Domingue fueron provocados por los blancos en tal magnitud como para justificar la masacre de tres veces su número. Pero hasta octubre de 1802, y aunque ya sabían que de perder la guerra la esclavitud sería restablecida, ellos, pobres infelices, aún abrigaban restos de humanidad, incluso entonces, algunos blancos podían haber escapado a la masacre. Todo lo que los trabajadores agrícolas negros deseaban era que los dejaran en paz, con la seguridad de que los blancos no tratarían de convertirlos de nuevo en esclavos. Pero las cartas de Leclerc nos dicen que él se decidió por una guerra de exterminio, lo que, en lenguaje llano, significaba la masacre de tantos negros como fuera posible. Ahogar de una vez a más de mil en el puerto de El Cabo no fue un acto provocado por el pánico, fue deliberado. Ello dio inicio a una guerra racial, y Rochambeau la completó al intentar el exterminio de negros y mulatos.

Los blancos de Saint-Domingue, en la medida en que vieron fracasar la política y las armas de Rochambeau, de nuevo volvieron sus ojos hacia los negros. La moderada proclama de Dessalines del 29 de noviembre les dio confianza. Dessalines incluso invitó a los blancos emigrados a que regresaran y disfrutaran de sus propiedades. Los negros no querían sus bienes: «Lejos de nuestras mentes tan injusto pensamiento». Los franceses que se retiraban les ofrecieron a los blancos espacio en sus barcos. Los rechazaron casi unánimemente.<sup>85</sup> Hipócritas abominables como eran, ahora que su último intento de poseer la supremacía blanca había fracasado, estaban dispuestos a acomodarse a un Estado negro independiente.

El porqué no se les permitió hacerlo no se debió tanto al odio justificado de los negros, sino al salvajismo calculado del imperialismo. Aceptemos que Dessalines quería destruir a todos los blancos. Había llegado a acuerdos con Rochambeau para proteger a los heridos franceses. Tan pronto como Rochambeau se fue, los masacró. Mas Christophe no tenía tal intención, la historia de Clairveaux lo muestra como un hombre que no abrigaba ideas de ese tipo. Pero cuando el Congreso se reunió en Gonaïves, en diciembre, había tres ingleses presentes, uno de los cuales era Cathcart, un agente británico. Juraron que los ingleses comerciarían con Saint-Domingue y acordaron proteger su independencia solo hasta que el último blanco hubiera caído bajo el hacha.<sup>86</sup> Estos caníbales civilizados, en su avaricia por el comercio, querían meter una cuña entre Haití y Francia para romper todas las posibilidades de unidad, y en lugar de utilizar su influencia en la dirección correcta, optaron por hacerle estas proposiciones a un pueblo exasperado y tensionado hasta el punto de la ruptura por la invasión de Leclerc y las crueldades de Rochambeau. Es este uno de los crímenes

<sup>85</sup> Henry de Poyen-Bellisle: *Histoire militaire de la Révolution...*, p. 436.

<sup>86</sup> Camille Guy: *La perte de Saint-Domingue. Du Traité d'Amiens au Couronnement de Dessalines. D'après les mémoires... conservés aux Archives des Colonies. Fonds Moreau, F. 283, Bulletin de Géographie Historique et Descriptive*, No. 3, 1898, pp. 17-18.

más vergonzosos e injustificables en toda esta desgraciada historia. Aunque no existen pruebas, es probable que los estadounidenses también tuvieron parte en estas acciones. Durante la campaña de Leclerc, se colocaron del lado de los negros, acusaron a Leclerc de «crimen, traición, asesinato y sacrilegio»,<sup>87</sup> escribieron en sus periódicos acerca de sus pérfidas maquinaciones hacia «el infortunado Toussaint» y, en sentido general, consumidos por la virtuosa indignación que caracteriza a los capitalistas anglosajones, siempre que no se encuentre en peligro la propiedad o la ganancia. No hay duda de que la mayoría del pueblo británico se hubiera sentido asqueado y horrorizado por tal barbarismo, como la amplia mayoría de los franceses después de 1794 desaprobaban la esclavitud. Pero hoy, como entonces, los intereses de los grandes propietarios y de sus agentes cometen los crímenes más feroces en nombre de todo el pueblo, y los engañan y confunden con propaganda mentirosa.

El primer borrador de la proclama que se le entregó a Dessalines en el Congreso fue rechazado por él por considerarlo demasiado moderado. El segundo, que se aprobó, pulsó la nueva nota: «Paz para nuestros vecinos. Pero anatema para el nombre francés. Odio eterno a Francia. Este es nuestro grito». Dessalines fue coronado en octubre de 1804. No se tocó a los propietarios blancos. La población negra, a pesar de las incendiarias proclamas de Dessalines, quien los incitaba contra los blancos, no los molestó en absoluto. En enero se lanzó la orden de masacrarlos a todos, pero aun entonces no tuvo lugar un holocausto.

En los meses de febrero y marzo Dessalines llevó a cabo una campaña contra los franceses en Saint-Domingue. Sitió Santo Domingo, y al vigésimo segundo día del sitio, cuando la ciudad estaba al caer en sus manos, apareció en el puerto una escuadra francesa comandada por el almirante Missiessy. Al mismo tiempo, corrió el rumor de que había otra en el puerto de Gonaïves. Dessalines, sintiendo que Haití estaba amenazado, levantó el sitio y se apresuró a regresar. Fue entonces que se produjo la masacre. La población, agitada hasta el miedo por la cercanía de la contrarrevolución, los mató a todos con la mayor brutalidad. Tras la primera matanza, Dessalines lanzó una proclama en la que prometía el perdón a todos los que se hallaban escondidos. Salieron y fueron asesinados inmediatamente. Sin embargo, Dessalines demostró cuidado de proteger a los blancos británicos y estadounidenses, y también exceptuó a los sacerdotes, los trabajadores adiestrados y los oficiales sanitarios. Toussaint le había escrito a Bonaparte solicitándole personas como estas para que ayudaran. Incluso el fiero e inculto Dessalines, aunque llevaba en su piel las marcas del látigo, estaba dispuesto a perdonar si de la otra parte se hubiera producido alguna manifestación de buenos sentimientos o de generosidad. Esto no es idealismo. Tenemos la carta de cuando Bonaparte estaba a punto de dirigir sus energías hacia el Este. Entonces permitiría que

<sup>87</sup> Extractos de documentos estadounidenses encontrados entre los archivos de Leclerc. Archives du Ministère de la Guerre. B<sup>7</sup>. 6.

Toussaint gobernara. En Santa Elena confesó que la expedición había sido un error, y que debió gobernar la isla a través de Toussaint L'Ouverture. Al fin se había convencido, mediante el único argumento que entienden los imperialistas.

La masacre de los blancos fue una tragedia; no para los blancos. Por esos dueños de esclavos; esos que quemaban un poquito de pólvora en el ano de un negro, que lo enterraban vivo para que se lo comieran los insectos; esos que fueron bien tratados por Toussaint pero que tan pronto tuvieron la oportunidad, recomenzaron sus viejas crueldades; por todos esos no hay necesidad de desperdiciar una lágrima o una gota de tinta. La tragedia fue para los negros y los mulatos. No fue política sino venganza, y la venganza no tiene cabida en la política. Ya no había que temer a los blancos, y esas masacres sin propósito degradan y embrutecen a la población, en especial a una población que justamente comienza a ser nación y que proviene de un pasado tan amargo. El pueblo no quería venganza, todo lo que quería era libertad, y la independencia parecía prometer eso. Christophe y los otros generales se opusieron con fuerza.<sup>88</sup> Si los británicos y los estadounidenses se hubieran inclinado del lado de la humanidad, Dessalines habría podido ser controlado. Y Haití sufrió de manera terrible por el aislamiento que esto provocó. Los blancos fueron expulsados de la Isla por generaciones, y el infortunado país, arruinado económicamente, con su población carente de cultura social, duplicó sus inevitables dificultades debido a esta masacre. El hecho de que la nueva nación sobreviviera es algo que la enaltece, porque si los haitianos pensaron que el imperialismo había terminado con ellos, estaban equivocados.

Pitt, Dundas y los otros estaban muy satisfechos. La magnífica colonia de Saint-Domingue ya no era rival. Como fracasaron en el propósito de obtenerla para sí, se sacaron para siempre a las Indias Occidentales de sus mentes. Pero Francia quería la colonia de vuelta. Solo la guerra con Inglaterra y la destrucción en Trafalgar de la flota francesa (debilitada por la pérdida de todos los marineros en Saint-Domingue), impidió otra expedición. La burguesía francesa esperaba su momento. Siempre estuvo en sus planes restablecer la esclavitud. Mauviel, el obispo a quien Dessalines exceptuó de la masacre, actuaba como espía, y le informaba a Bonaparte de las fortificaciones y los planes de defensa. El reverendo caballero, excusándose de que «su esfera no era el arte militar», le remitió modestamente a Napoleón un verdadero plan de campaña. La mayoría de los negros, él estaba seguro, quería la esclavitud. Pero sobre todo en las colonias,

con la diferencia de color y con el clima cálido, la religión era necesaria para controlar la efervescencia de las pasiones. Sin ella, los negros se dejarían llevar una vez más por sus instintos brutales y cederían a

<sup>88</sup> Henry de Poyen-Bellisle: *Histoire militaire de la Révolution...*, p. 470.

nuevos excesos. Solo mediante la prédica en nombre de Dios pueden ser persuadidos de que el estado de dependencia en que se les coloca es el que ordena la Divina Providencia.<sup>89</sup>

Sin embargo, después del restablecimiento de la esclavitud, debe existir una policía y una gendarmería armadas, «con columnas móviles que patrullen todos los puntos», y barcos ligeros cruzando constantemente en los puertos. Parecía que la religión no era suficiente.

¿Cómo hacer que estos futuros esclavos aceptaran la esclavitud? Otro caballero propuso que se les debía enseñar a leer pero no a escribir. De esa manera podrían leer oraciones y libros que los elevaran, y en los que aprenderían acerca de las crueldades practicadas por españoles e ingleses a los pieles rojas. En particular, él quería que se relatara cómo los ingleses invitaron a los pieles rojas a celebrar un tratado de alianza y los envenenaron con ron.<sup>90</sup> Otra propuesta sugería que una expedición debía «no solo activar el capital dormido y estancado de individuos en la propia Francia, sino atraer a hombres adinerados de otros países». La propuesta provenía de Inglaterra o los Estados Unidos, porque estaba escrita en inglés. Los gobernantes de Haití serían pensionados y perdonados.

Quienes conocían Saint-Domingue, sin embargo, sabían que nunca más habría allí esclavitud para los negros, y Lacroix proponía exterminar a los que quedaban y llevar nuevos de África.<sup>91</sup> He aquí la opinión prevaleciente. Lacroix era un valiente soldado y un hombre de gran educación. Conocía personalmente a los líderes negros. Incluso después de la derrota, hablaba de ellos y de su pueblo con gran encomio, pero nada hay más fiero que un imperialista en las colonias.

Finalmente,<sup>92</sup> esos trabajadores agrícolas negros haitianos y los mulatos nos han dado un ejemplo que merece ser estudiado. A pesar de la reacción temporal del fascismo, los prevalecientes estándares de libertad e igualdad humanas son infinitamente más avanzados y profundos que los existentes en 1789. Juzgados por esos estándares, los millones de negros en África y los pocos de ellos que son educados resultan tan parias en esa vasta prisión como lo fueron los negros y los mulatos de Saint-Domingue en el siglo XVIII. Los imperialistas avizoraron una eternidad de explotación africana: el africano es atrasado, ignorante... Soñaban. Si en 1788 alguien le hubiera dicho al conde de Lauzerne, el Ministro; al conde de Peynier, el Gobernador; al general Rochambeau, el soldado; a Moreau de Saint-Méry, el historiador; a Barbé de Marbois, el burócrata, que los miles de brutos estúpidos que eran azotados para que trabajaran al amanecer y azotados de regreso a medianoche, que eran sometidos a mutilaciones,

<sup>89</sup> Mauviel: Memorando a Napoleón. Archives Nationales, A.F. IV. 1212.

<sup>90</sup> Varios memorandos sobre los Estados Unidos. Archives du Ministère des Affaires Etrangères.

<sup>91</sup> Pamphile de Lacroix: Memorando a Napoleón.

<sup>92</sup> Véase en esta edición el prefacio a la edición de Vintage, p. IX.

quemaduras y otros salvajismos, algunos de los cuales ni siquiera se movían si no eran azotados, si a estos finos caballeros se les hubiera dicho que en tres años los negros iban a sacudirse las cadenas y enfrentar la muerte antes de que se las volvieran a poner, hubieran pensado que quien hablaba estaba loco. Mientras que hoy, si alguien sugiriera a cualquier blanco potentado colonial que entre esos negros que ellos gobiernan hay hombres infinitamente superiores a ellos en habilidad, energía, alcance de visión y tenacidad de propósito, y que en el espacio de cien años esos blancos serían recordados solo debido a su contacto con los negros, se tendría alguna idea de lo que los condes, marqueses y otros magnates coloniales de aquellos momentos pensaban de Jean-François, Toussaint y Rigaud cuando comenzó la primera revuelta.

Los negros de África están más avanzados y son mucho más listos que los esclavos de Saint-Domingue. Este es el llanamiento escrito por un oscuro negro de Rodesia en quien arde el fuego que ardía en Toussaint-L'Ouverture:<sup>93</sup>

ESCUCHEN esto todos ustedes que viven en el país, piensen bien en cómo nos tratan y pidan tierra. ¿Vivimos en buen trato? No. Por tanto, preguntémonos uno al otro y recordemos este tratamiento. Porque deseamos que el día 29 de abril nadie vaya al trabajo, aquel que vaya y lo veamos, sería un caso serio. Saben cómo nos hacen sufrir, nos engañan con el dinero, nos arrestan por vagos, nos llevan a juicio y nos encarcelan por los impuestos. ¿Qué razón tenemos? En segundo lugar, si no quieren oír esas palabras, bueno, escuchen, este año de 1935, si ellos no nos pagan más dinero, dejen de pagar impuestos, ustedes piensan que ellos pueden matarlos, no. Tengamos coraje, seguramente Dios está con nosotros. Vean cómo sufrimos con el trabajo y cómo continuamente somos reprimidos y llevados bajo tierra. Muchos hermanos nuestros mueren por 22 chelines y 6 peniques. ¿Es por esta cantidad por la que debemos perder nuestras vidas? Aquel que no pueda leer debe decirle a su compañero que el 29 de abril no vaya a trabajar. Esas palabras no vienen de aquí, vienen de gente más sabia que está muy lejos y eso nos permite animarnos.

Eso es todo. Oigan bien, si es correcto, vamos a hacerlo.

Somos todos de Nkana.

Africanos, hombres y mujeres.

Estoy contento,

G. LOVEWAY

Hombres como Loveway son los símbolos del futuro. Otros se levantarán, y otros. De los hombres que se levantan en la acción saldrán los líderes; no del negro aislado en el Hospital de Guys o en la Sorbona, los involucrados

<sup>93</sup> Orden 5009.

en el surrealismo o los abogados, sino de los tranquilos reclutas de una fuerza policial negra, el sargento en el ejército francés nativo o en la policía británica, familiarizándose con las tácticas y la estrategia militares, leyendo un panfleto suelto de Lenin o Trotsky, como Toussaint leyó al Abate Raynal.

El éxito no traerá por resultado el aislamiento de África. Los negros exigirán trabajadores calificados y maestros. El socialismo internacional necesitará los productos de África libre mucho más que la burguesía francesa necesitó la esclavitud y el comercio de esclavos. El imperialismo se jacta de su explotación de la riqueza de África por el beneficio de la civilización. En realidad, debido a la misma naturaleza de su sistema de producción, para obtener ganancias, estrangula la verdadera riqueza del Continente: la capacidad creativa de los africanos. El africano enfrenta un camino largo y difícil y necesitará orientarse. Pero lo recorrerá rápido porque caminará erguido.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES PRIMARIAS

#### ARCHIVOS FRANCESES (MANUSCRITOS)

Los Archives Nationales contienen varios miles de informes oficiales y cartas privadas del período comprendido entre 1789 y 1804. Este es el principal campo de investigación.

Los Archives du Ministère de la Guerre recogen otra enorme colección de documentos: la correspondencia de Leclerc y los papeles de su Estado Mayor, junto con otras colecciones diversas, como fragmentos de la correspondencia de Toussaint (capturada durante la guerra), los papeles sobre su viaje a través de Francia, etcétera.

Los Archives du Ministère des Colonies no solo contienen cartas llegadas desde Saint-Domingue, sino también copias de las cartas del ministro a los funcionarios franceses en las colonias.

Los Archives du Ministère des Affaires Étrangères guardan una pequeña y miscelánea colección de documentos, algunos de suma importancia.

La Bibliothèque Nationale. El departamento de manuscritos posee cinco volúmenes de la correspondencia de Toussaint: tres de ellos con Laveaux y dos con Sonthonax. Todos de gran valor documental.

#### ARCHIVOS DE SAINT-DOMINGUE

*La mission du général Hédouville*, de Antoine Michel, está basada en la colección del doctor Jean Price-Mars. El libro certifica que esta colección



contiene manuscritos originales de capital importancia. Se espera que algún día se publiquen extractos de ellos.

### ARCHIVOS BRITÁNICOS

La Public Record Office contiene la correspondencia original del secretario de Estado con los funcionarios británicos en Jamaica durante el período (C.O. 137) y los papeles de la Foreign Office (Francia), que tratan extensamente de Saint-Domingue.

El British Museum contiene algunos manuscritos sobre el comercio de esclavos y las Indias Occidentales.

El autor no pretende haber examinado estos archivos exhaustivamente. Solo los de los Archives Nationales tomaría muchos años. Pero gran parte del terreno ha sido cubierto por otros autores, lo cual facilita la investigación independiente.

Desafortunadamente, la *supressio veri* y la *suggestio falsi* no son los únicos males contra los que hay que luchar. La dura experiencia ha enseñado la lección de que no es sabio dar nada por cierto, y el examen, incluso de una cita aparentemente de buena fuente, ha revelado algunos ejemplos penosos de conducta inescrupulosa.

### FUENTES PRIMARIAS (IMPRESAS)

Los debates de las Asambleas revolucionarias se encuentran en *Le Moniteur* del período. Son indispensables.

La correspondencia de Napoleón.

La gran colección de documentos que tratan sobre la historia de París durante la Revolución Francesa, publicada bajo los auspicios del Consejo Municipal de esa ciudad. No solo constituyen los cimientos de cualquier estudio moderno de la Revolución, sino que poseen referencias aisladas sobre la cuestión colonial, Saint-Domingue, Toussaint L'Ouverture, etc. Lo más útil en cuanto a la Revolución de Saint-Domingue es *La Société des Jacobins*, de FRANÇOIS-ALPHONSE AULARD (6 vols.); *Les clubs contre-révolutionnaires*, de AGUSTIN CHALLAMEL (1 vol.); *Paris pendant la réaction thermidorienne et sous le Directoire* (4 vols.) y *Paris sous le Consulat* (4 vols.), ambos de Aulard.

Con esto debe incluirse *Recueil des actes du Directoire Exécutif*, editado por Debidour y publicado bajo la dirección del Ministère de l'Instruction Publique.

El Club Massiac, la Provincia Norte, la Provincia Oeste, la Provincia Sur, las Cámaras de Agricultura y Comercio, Raimond, Vincent, Laveaux, los diputados a las asambleas francesas, los emisarios públicos y privados de funcionarios, individuos privados, cada organización o persona participante en o remotamente conectada con los acontecimientos, los panfletos públicos, muchos de los cuales son de carácter semioficial, o incluso oficial. La literatura panfletaria es, por tanto, enorme. La Bibliothèque Nationale posee una colección increíble. La que se encuentra en el British Museum, aunque más pequeña, es buena.

## BIBLIOGRAFÍA ESPECIAL

A pesar de la importancia y el interés en este asunto, durante mucho tiempo resultó en extremo difícil encontrar en inglés o francés un tratamiento amplio y bien balanceado de la Revolución de Saint-Domingue en un formato compacto. Los autores haitianos contemporáneos son, sin duda, los mejores, tanto en análisis como en objetividad. Se recomiendan los siguientes libros históricamente sintéticos.

ANTOINE MICHEL: *La mission du général Hédouville à Saint-Domingue*, Imprimerie La Preese 618, Rue Dantes Destouches, Puerto Príncipe, 1929. Esta obra se proyectó en cinco volúmenes, de los cuales solo uno ha aparecido. Basado en documentos originales, habilidad analítica e imparcialidad, el libro brinda abundante información nueva y destruye muchas leyendas.<sup>1</sup>

SIR JOHN FORTESCUE: *History of the British Army*, vol. IV, Partes I y II, Londres, 1906. Fortescue ofrece la historia completa de la expedición británica. Su tratamiento de la historia de Saint-Domingue, basado en una investigación realizada en los archivos británicos, es muy útil, aunque solo para quienes entienden la mentalidad *tory*. Fortescue describe con bellaza el apego de los esclavos a sus amos y cree que la oferta británica de darles la libertad después de cinco años de servicio en el ejército puede compararse razonablemente con el lema francés de la libertad inmediata para todos. Cuando en 1789 Toussaint y Rigaud comienzan el esfuerzo cooperado para expulsar a los británicos de Saint-Domingue, Fortescue no puede entender por qué.

PAMPHILE DE LACROIX: *Mémoires pour servir à l'histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, 2 vols., París, 1819. Lacroix participó en la expedición de Leclerc y gran parte de su obra se basa en información de primera mano y en sus experiencias personales. La investigación reciente ha demostrado que estaba equivocado en muchos aspectos. Su trabajo está sesgado a favor de los franceses. Sin embargo, su libro es indispensable y merece plenamente su reputación.

<sup>1</sup> Michel murió en 1938.

ALFRED NEMOURS: *Histoire militaire de la guerre d'Indépendance de Saint-Domingue*, 2 vols., París, 1925 y 1928. Abarca la guerra de independencia hasta la rendición de Toussaint. El general Nemours es haitiano, ha trabajado el terreno personalmente y realizado una extensa investigación en los archivos de Francia. Es un entusiasta admirador de Toussaint, pero excepcionalmente imparcial.

HENRY DE POYEN-BELLISLE: *Histoire militaire de la Révolution de Saint-Domingue*, París, 1899. Esta es la historia oficial francesa. El coronel Poyen no entendió nada de la campaña completa, ni el plan ofensivo de Leclerc ni el defensivo de Toussaint. (Véase Nemours: *Histoire militaire...*, vol. I, capítulos XIV al XVI). Cita abundantemente fragmentos de las cartas de Leclerc, sin embargo, plantea de manera explícita (p. 331) que el gobierno francés nunca intentó restablecer la esclavitud: no existen límites para estos impúdicos historiadores imperialistas. Con todo, Poyen es un autor cuidadoso y académico, y su obra resulta de utilidad para conocer el período que sigue a la muerte de Leclerc, no tratado por Lacroix ni por Nemours.

#### EL COMERCIO COLONIAL FRANCÉS

LÉON DESCHAMPS: *Les colonies pendant la Révolution*, París, 1898.

GASTON-MARTIN: *Nantes au XVIII<sup>e</sup> siècle. L'ère des négriers, 1714-1774*, París, 1931. Este es un estudio exhaustivo y bien balanceado.

GASTON-MARTIN *et al.* «La doctrine coloniale de la France en 1789», en el número III de la serie moderna *Cahiers de la Révolution Française*, 1935. Este es un sumario útil pero en ocasiones engañoso. Así, uno de los autores se refiere al decreto del 4 de febrero de 1794, que pone fin a la esclavitud, como un decreto «que le costaría la vida a tantos hombres» (p. 57) y también como «generador de desórdenes», lo cual es una caracterización deshonestas.

JULES-FRANÇOIS SAINTOYANT: *La colonisation française pendant la Révolution (1789-1799)*, 2 vols., París, 1930. Saintoyant ha realizado un estudio admirable de las colonias francesas durante todo el período. Saint-Domingue, al ser la más importante, recibe un tratamiento amplio. El autor escribe como un francés que lamenta la pérdida de una gran colonia de Francia pero no manipula la información o evade las verdades difíciles de interpretar en su argumentación. Desestima las dificultades que enfrentaron los comisarios franceses, particularmente las de Sonthonax y Roume. Al parecer, resulta casi imposible que los autores burgueses entiendan que las normas y los métodos de administración, satisfactorios en tiempos normales son, por esa precisa razón, inútiles al tratar de interpretar un período revolucionario.

JULES-FRANÇOIS SAINTOYANT: *La colonisation française pendant la période Napoléonienne (1799-1815)*, París, 1931.

H. PAULÉUS SANNON: *Histoire de Toussaint-L'Ouverture*, Imprimerie Aug. A. Heraux, 3 vols., Puerto Príncipe, 1920-1933. La mejor biografía de Toussaint jamás escrita.

VICTOR SCHOELCHER: *Vie de Toussaint-L'Ouverture*, París, 1899. Schoelcher es un radical francés del siglo XIX. Odia la esclavitud, odia a Bonaparte, y aunque su corazón está en el lugar correcto, a pesar de muchos comentarios zagaces, es demasiado acrítico para ser confiable. Pero ha digerido una cantidad enorme de documentos originales, de los cuales reproduce muchos fragmentos. Todos los autores contemporáneos que tratan el tema de la Revolución de Saint-Domingue están en deuda con él; su libro debe ser leído, pero con extrema cautela.

PIERRE DE VAISSIÈRE: *Saint-Domingue (1629-1789). La société et la vie créoles sous l'ancien régime*, París, 1909. Este libro es una obra maestra de investigación rigurosa y exposición vívida. No resulta posible encontrar mejor introducción a la Revolución, aunque el lector debe estar prevenido del sesgo de De Vaissière a favor de la aristocracia local.

## LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Es imposible comprender la Revolución de Saint-Domingue a menos que se estudie conjuntamente con la Revolución en Francia. Por fortuna, la escuela historiográfica francesa sobre la Revolución Francesa es una de las más grandes de la civilización occidental, y combina la academia con el espíritu y el buen gusto nacionales y con el respeto por la Revolución, sin el cual no puede escribirse su historia.

De todos ellos, el mejor historiador es Michelet, quien escribió hace más de cien años. Su padre era un hombre del 93; pudo hablar con muchos de los sobrevivientes de la Revolución; examinó los registros de la Alcaldía de París, que fueron destruidos en los días de la Comuna en 1871; llegó a la Revolución Francesa después de realizar un estudio masivo de la historia francesa y europea. Tiene poco que decir acerca de la cuestión colonial, pero muchas de las páginas escritas por Michelet constituyen la mejor preparación para comprender lo que sucedió realmente en Saint-Domingue.

Los inevitables avances en la investigación, el conocimiento y el enfoque están mejor representados en las obras de cuatro historiadores, merecidamente famosos.

Aulard, que simpatizaba con los girondinos y con Danton, se concentró en los acontecimientos de la Revolución.

ALBERT MATHIEZ, inspirado por los acontecimientos de la Revolución Rusa, dedicó su vida a la rehabilitación de Robespierre.

El estudio contemporáneo de la Revolución comenzó antes de estos dos maestros, con JEAN JAURÈS, quien escribió el primer volumen de su historia a principios de siglo y la terminó antes de la Revolución Rusa. Estableció definitivamente la base económica de la Revolución; mostró la visión

interna de los parlamentos en la Revolución que podía esperarse de un gran parlamentario; habiendo sido uno de los primeros líderes obreros de Europa, demuestra una favorable comprensión de los grandes movimientos de masas que Aulard había ignorado y que repelían a Mathiez, aunque reconocía su importancia.

La corona de esta obra de más de un siglo la obtuvo GEORGES LEFEBVRE, cuya historia de la Revolución en un tomo, y su serie mimeografiada de conferencias impartidas a los estudiantes de la Sorbona, son el apropiado clímax de una vida de investigación infatigable, comprensión favorable y juicio balanceado sobre todos los partidos, grupos e individuos en la Revolución, que sería muy difícil de igualar.

En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, DANIEL GUÉRIN, fuertemente influido por el marxismo y el declinar de las normas leninistas de la Revolución Rusa, ha producido un estudio brillante y original, bien documentado e iconoclasta, que se centra alrededor del conflicto entre Robespierre y los distintos movimientos de masas.

Desafortunadamente, ninguno de estos libros ha sido traducido al inglés. El mejor texto en esta lengua es todavía la breve historia de PIOTR KROPOTKIN de hace más de cincuenta años. Para Kropotkin la Revolución fue un acontecimiento maravilloso, y no temía ni se avergonzaba de decirlo. Muchos estadounidenses han realizado estudios meticulosos de períodos y aspectos especiales, y ha aparecido, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, un libro en un tomo que trata de recopilar las mejores investigaciones. Pero tiene poco valor, porque los autores, en particular los ingleses, tratan generalmente de ser lo que se conoce como «justos con todas las partes». De esa manera, el lector es alentado a ver la mayor parte de los incidentes explosivos de la Revolución —que fue realmente una serie de explosiones gigantescas— como excesos desafortunados. Un historiador reaccionario pudiera dejar de mencionar muchas de las acciones e ideas creativas de las fuerzas revolucionarias, pero no puede dejar de reflejar el choque de un conflicto irresistible entre las fuerzas emergentes que persiguen objetivos inesperados. En una Revolución los excesos son normales, el historiador que no acepta esto no acepta la Revolución y, por tanto, no puede escribir su historia.

He tratado en todo momento de mostrar la influencia directa de la Revolución Francesa en los acontecimientos y los principales protagonistas en Saint-Domingue. En la página 255 cité a Lefebvre, y dondequiera he intentado resaltar ese profundo paralelo, hasta ahora insospechado, que puede trazarse entre acontecimientos en dos poblaciones tan diametralmente opuestas en cuanto a origen y composición. El estudio de los acontecimientos, en Francia y en Saint-Domingue, no dejará de desenterrar otros más.

## SAINT-DOMINGUE ANTES DE LA REVOLUCIÓN (HISTORIA Y GEOGRAFÍA)

PROSPER BOISSOMADE: *Saint-Domingue à la veille de la Révolution et la question de la représentation aux États-Généraux*, París, 1906. Una muestra de excelente investigación.

FRANÇOIS XAVIER CHARLEVOIX, PADRE: *Histoire de l'Île Espagnole ou de Saint-Domingue*, Ámsterdam, 1733. Una obra estándar.

BRYAN EDWARDS: *A Historical Survey of the French Colony of San Domingo, etc.*, Londres, 1796. Un buen y amplio estudio.

MICHEL-RENÉ HILLIARD D'AUBERTEUIL: *Considérations sur l'état présent ... de Saint-Domingue*, París, 1776. Estudio realizado por un hombre de pensamiento independiente, notable por su actitud favorable a los esclavos.

FÉLIX-LOUIS DE WIMPFEN, BARÓN: *Voyage à Saint-Domingue pendant les années 1788, 1789 et 1790*, París, 1790. Este es un libro de viajes que merece ser leído, no solo por sus descripciones de la colonia sino por sí mismo.

JEAN-BAPTISTE LABAT, PADRE: *Nouveau voyage aux Îles de l'Amérique*. Un viejo libro de viajes muy famoso.

MOREAU DE SAINT-MÉRY: *Description topographique, phisique et politique de Saint-Domingue*, 2 vols., Filadelfia, 1798. Una obra estándar, amplia y cultamente escrita, pero con todo el sesgo de los blancos de la época, por ejemplo, la inferioridad natural de los mulatos, comparados con los blancos, etcétera.

Existen muchos libros de viajes y memorias de la época, entre otros, los de S.J. DUCÉURJOLY, MICHEL-ÉTIENNE DECOURTILZ, GIROD-CHANTRANS, el coronel MALENFANT y MALOUE. Decourtilz (*Voyage d'un naturaliste*, París, 1809) era un prisionero en Crête-à-Pierrot durante el asedio, y ha conservado alguna información históricamente útil.

## ABOLICIÓN DEL COMERCIO BRITÁNICO DE ESCLAVOS

HENRY BROUGHAM: *The Colonial Policy of the European Powers*, Edimburgo, 1803.

THOMAS CLARKSON: *Essay on the Impolicy of the African Slave Trade*, Londres, 1788 (el título explica el contenido del libro); *History of the Rise, Progress, and Accomplishment of the Abolition of the African Slave Trade*, Londres, 1839. Los dos libros de Clarkson muestran que él no se hacía ilusiones acerca de la base económica de su caso.

REGINALD COUPLAND: *Wilberforce*, Londres, 1923 y *The British Anti-Slavery Movement*, Londres, 1933. Ambos volúmenes son típicos ejemplos, entre otros vicios, del sentimentalismo vanidoso que caracteriza el enfoque oficial de la investigación académica en Oxford sobre la abolición. Como parte de la visión oficial, pueden ser recomendados por su total falta de comprensión del asunto.

LOWELL JOSEPH RAGATZ: *The Fall of the Planter Class in the British Caribbean*, Londres, 1928. Esta es otra pieza más de investigación monumental acerca de la historia europea que la academia estadounidense nos está dando con tanta profusión.

ROBERT I. WILBERFORCE Y SAMUEL WILBERFORCE: *Life of Wilberforce*, Londres, 1883.

Parliamentary History.

Parliamentary Debates.

Hansard.

## LOS MULATOS

AUGUSTE LEBEAU: *De la condition des gens de couleur libres sous l'ancien régime*, Poitiers, 1903.

## LOS ESCLAVOS

BENJAMIN-SIGISMOND FROSSARD.: *La cause des esclaves nègres*, 2 vols., Lyon, 1789.

LUCIEN PIERRE PEYTRAUD: *L'esclavage aux Antilles Françaises avant 1789*, París, 1897.

## SAINT-DOMINGUE 1789-1804

Tres libros son indispensables.

BEAUBRUN ARDOUIN: *Études sur l'histoire d'Haiti*, 6 vols., París, 1853. Ardouin ha escrito un libro muy curioso. Es mulato y odia a Toussaint, odia a los franceses (Roume, Sonthonax y el resto), y manipula la evidencia para lograr su propósito. Un académico haitiano me advirtió haber detectado que Ardouin suprimió fragmentos de las cartas que perjudicar el argumento personal que trataba de demostrar. No hay motivo para dudarlo. Sin embargo, Ardouin ha cubierto gran parte del campo. Su odio aguza una notable sutileza, y el libro es una de las fuentes más valiosas para realizar cualquier obra seria sobre la Revolución de Saint-Domingue.

JEAN PHILIPPE GARRAN-COULON: *Débats entre les accusés et les accusateurs dans l'Affaire des Colonies*, 6 vols., París, 1798. Este es el informe oficial del juicio de Sonthonax y Polverel. Contiene gran cantidad de información, mucha de la cual es refutada en ese momento por los oponentes y, por tanto, mucho más valiosa.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> El libro parece ser raro. Solo pude encontrar una copia en París, en la biblioteca del Ministro de la Marina.



JEAN PHILIPPE GARRAN-COULON: *Rapport sur les troubles de Saint-Domingue...*, 6 vols., París, 1798-1799. Este es el informe oficial de los tres primeros años de la Revolución, preparado por la legislatura sobre la base de una gran cantidad de documentos a su disposición. Resulta una mina de información.

Existen otras historias generales útiles, en especial:

ANTOINE DALMAS: *Histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, 2 vols., París, 1814.

MICHEL-PLACIDE JUSTINE: *Histoire de l'Île d'Haiti*, París, 1826.

THOMAS MADIOU: *Histoire d'Haiti*, 2 vols., Puerto Príncipe, 1817.

JEAN-BAPTISTE LEMMONNIER-DELAFOSSÉ: *Seconde campagne de Saint-Domingue*, Havre, 1846. El autor participó en la campaña.

T. LOTHROP STODDARD: *The French Revolution in San Domingo*, Boston y Nueva York, 1914. Con industria e imaginación, Stoddard prosigue su venganza contra la raza negra. Su tesis es que la raza blanca se destruyó a sí misma en Saint-Domingue por su determinación a mantener la pureza. Con la ayuda de fragmentos de la correspondencia de personas privadas irresponsables, e ignorando todo lo que no contribuyera a construir su argumento, edificó un espejismo de pruebas. En varias notas al pie ofrecemos ejemplos de sus métodos.

ANTOINE MÉTRAL: *Histoire de l'expédition des Français à Saint-Domingue sous le consulat de Napoleon Bonaparte*, París, 1825. El libro incluye las *Mémoires* de Issac L'Ouverture. Isaac escribe de memoria y comete evidentes errores, pero su testimonio es útil en muchos aspectos.

## BIOGRAFÍAS DE TOUSSAINT L'OUVERTURE

Estas son, por lo general, muy pobres. Las mejores y más útiles que se conocen son:

THOMAS PROSPER GRAGNON-LACOSTE: *Toussaint L'Ouverture*, París, 1877. Un panegírico que, sin embargo, contiene mucha información.

PERCY WAXMAN: *The Black Napoleon*, Nueva York, 1931. Un libro superficial.

JOSEPH SAINT-RÉMY: *La vie de Toussaint L'Ouverture*, París, 1850. Saint-Rémy, mulato, odiaba a L'Ouverture como un veneno, y su biografía es un ataque virulento. Sin embargo, tres años después parece haber reconsiderado. Publicó las «Mémoires» de Toussaint, una apología escrita por Toussaint para Bonaparte cuando se encontraba en el Fuerte de Joux, en la que, principalmente, habla de sus actividades antes y durante la expedición de Leclerc. La introducción de Saint-Rémy es casi amistosa.

ALFRED NEMOURS: *Histoire de la captivité et de la mort de Toussaint L'Ouverture*, París, 1929. Un estudio exhaustivo y bien documentado.

Durante la guerra napoleónica, MARCUS RAINSFORD y JAMES STEPHEN escribieron panegíricos de Toussaint en inglés. Esos libros son poco más que panfletos de propaganda. En 1855, JOHN RELLY BEARD publicó una

vida de Toussaint donde lo transforma en un ejemplo admirable de clérigo protestante convertido en revolucionario. Beard, sin embargo, leyó extensamente y su información, en general, es verídica.

En 1935 se publicó en Londres *The Black Consul*, del ruso ANATOLI VINOGRÁDOV. El autor incluye una larga bibliografía antecedita por una nota en la que plantea que utilizó «solo aquellas fuentes cuya autenticidad estuviera fuera de toda duda». Singularmente afortunado en su certidumbre acerca de la autenticidad de sus fuentes, hace un uso singularmente infortunado de ellas. Confunde a los mulatos con los negros y hace que Toussaint vaya a París con la delegación de mulatos; le confiere a Dessalines una educación universitaria completamente gratuita en París (p. 355), arruinando así una de las mayores lecciones de la Revolución; hace que Biassou escriba un «notable» ensayo publicado como panfleto en París (p. 318); convierte a Vincent en un negro (p. 331), menciona una vez a Rigaud (p. 378), en que lo llama «un Rigaud mulato»; y comete actos violentos similares contra la historia francesa. No hubiera mencionado el libro aquí si no fuera por la entusiasta bienvenida que recibió en casi toda la prensa británica.

AIMÉ CÉSAIRE: *Toussaint L'Ouverture*, Présence Africaine.\* Esta es una biografía reciente del celebrado poeta, dramaturgo y político de la isla de Martinica, en el Caribe francés. El libro, como podía esperarse, es extremadamente competente y ofrece un buen retrato de Toussaint y de la Revolución de Saint-Domingue. Sin embargo, carece del fuego y la permanente luminosidad que distingue al resto de la obra de Césaire.

\*Primera edición de 1960, por Le Club Français du Livre. La que menciona James es la segunda edición, revisada y aumentada, de 1962, que en 1967 publicó en español el Instituto del Libro, La Habana. *Nota de los editores.*

## **APÉNDICE**

Fondo Editorial  
Casa de las Américas

## DE TOUSSAINT L'OUVERTURE A FIDEL CASTRO

Toussaint L'Ouverture no está vinculado aquí a Fidel Castro porque ambos dirigieran revoluciones en el Caribe. Ni tampoco dicho vínculo es una demarcación conveniente o periodística del tiempo histórico. Lo que ocurrió en Saint-Domingue entre 1792 y 1804 reapareció en Cuba en 1958. La revolución de esclavos de Saint-Domingue logró emerger a partir del «ataque y las fieras puntas coléricas / de poderosos contrarios». Cinco años después, el pueblo de Cuba todavía brega en las mismas condiciones.

La Revolución de Fidel Castro es tan del siglo xx como la de Toussaint lo fue del XVIII. Pero a pesar de más de siglo y medio de distancia, ambas son caribeñas. Los pueblos que las hicieron, los problemas e intentos de resolverlos son peculiarmente caribeños; son el resultado de un origen y una historia singulares. La primera vez que los caribeños tomaron conciencia de sí mismos como pueblo fue con la Revolución Haitiana. Sea cual fuere su destino final, la Revolución Cubana marca la última etapa de una búsqueda caribeña de identidad nacional. En una serie dispersa de islas diferentes, el proceso consiste en una serie no coordinada de períodos en que siguió el curso de la corriente, marcados por brotes, saltos y catástrofes. Pero el movimiento inherente es claro y fuerte.

La historia del Caribe está gobernada por dos factores: la plantación azucarera y la esclavitud negra. El hecho de que la mayor parte de la población de Cuba no fuera nunca esclava, no afecta la identidad social subyacente. Donde existieron la plantación azucarera y la esclavitud, ellas impusieron un patrón. Es un patrón original, no europeo, ni africano, ni de parte de la América continental, ni nativa en ningún sentido concebible de esa palabra, sino caribeño, sui generis, sin paralelo en parte alguna.

La plantación azucarera ha sido la influencia más civilizadora y a la vez desmoralizadora en el desarrollo caribeño. Cuando los esclavos llegaron

al Caribe, hace tres siglos, entraron directamente en la agricultura a gran escala de la plantación azucarera, la que constituía un sistema moderno. Más aún, el mismo sistema requería que los esclavos convivieran juntos en una relación social más estrecha que la de cualquier tipo de proletariado de la época. La caña, al cortarse, necesitaba ser transportada a lo que era una producción fabril. El producto se embarcaba al exterior para ser vendido. Hasta la ropa que usaban los esclavos y los alimentos que ingerían eran importados. Por consiguiente, los negros vivieron desde el inicio una vida que fue en su esencia una vida moderna. Esa es su historia: hasta donde he podido descubrir, una historia única.

En la primera mitad del siglo xvii, los primeros colonos provenientes de Europa habían tenido gran éxito en la producción individual. La plantación los expulsó. Los esclavos vieron a su alrededor una vida social de cierta cultura y comodidad materiales: la vida de los hacendados azucareros. El astuto, el afortunado y el bastardo se convirtieron en sirvientes o artesanos vinculados a la plantación o al ingenio. Mucho antes de que aparecieran los autobuses y los taxis, el pequeño tamaño de las islas hizo que la comunicación entre las zonas rurales y las urbanas fuera rápida y fácil. Los hacendados y los comerciantes vivían una vida política intensa, en la que las alzas y bajas del azúcar y, con el tiempo, el tratamiento y destino de los esclavos desempeñaron un papel crucial y continuo. La plantación azucarera dominaba las vidas de las islas a tal extremo, que solo la piel blanca salvaba a aquellos que no eran hacendados o burócratas de las humillaciones y desesperanzas de la vida del esclavo. Este fue y es el patrón de vida caribeño.

En el tiempo que media entre Toussaint L'Ouverture y Fidel Castro, la historia del Caribe se divide naturalmente en tres períodos: I) siglo xix; II) período de entreguerras; III) posterior a la Segunda Guerra Mundial

## El siglo xix

En el Caribe, el siglo xix es el siglo de la abolición de la esclavitud. Pero el transcurso de los años demuestra que los modelos decisivos de desarrollo caribeño tomaron forma en Haití.

Toussaint no pudo ver otro camino para la economía haitiana que el de la plantación azucarera. Dessalines fue un bárbaro. Después de él vino Christophe, hombre de habilidad sobresaliente y, dentro de sus circunstancias, gobernante ilustrado. Él también hizo todo el esfuerzo que pudo —un esfuerzo cruel— en relación con la plantación. Pero con la abolición de la esclavitud y el logro de la independencia, la plantación, indeleblemente asociada a la esclavitud, se volvió insostenible. Pétion consintió en sustituir la plantación por la producción de subsistencia

Durante el primer siglo y medio de vida de Haití, no existía una opinión internacional que celara la independencia de las naciones pequeñas;

ningún cuerpo de Estados similares, listos para lanzar la alarma ante cualquier amenaza a uno de sus miembros; ninguna teoría de ayuda por parte de los países ricos a los más pobres. La producción de subsistencia provocó una decadencia económica y todas las variedades de desorden político. Sin embargo, preservó la independencia nacional, y de ahí surgió algo nuevo que ha cautivado a un Continente y mantiene su lugar en las instituciones del mundo.

He aquí lo que ha sucedido. Por más de un siglo, tras la independencia, los haitianos intentaron formar una réplica de la civilización europea, es decir, francesa, en el Caribe. Escuchen lo que expresó el embajador haitiano, Constantin Mayard, en París en 1938:

Francesas son nuestras instituciones, francesa es nuestra legislación, tanto pública como civil, francesa es nuestra literatura, francesa es nuestra universidad, francés es el currículo de nuestras escuelas [...].

Hoy, cuando uno de nosotros [un haitiano] hace su aparición en un círculo de franceses, «cada ojo le sonríe dándole la bienvenida». La razón, sin duda, estriba en que su nación, damas y caballeros, sabe que dentro del alcance de su expansión colonial le dio al Caribe, y sobre todo a Saint-Domingue, todo lo que pudo de sí misma y de su sustancia. [...] Ha fundado allí, en el molde de su propia identidad nacional, con su sangre, su idioma, sus instituciones, su espíritu y su alma, un arquetipo local, una raza histórica, en la que su savia todavía corre y donde se reproduce completa.

Generación tras generación, los mejores hijos de la élite haitiana fueron educados en París. Ganaron distinciones en la vida intelectual de Francia. El ardiente odio racial de los días anteriores a la independencia había desaparecido. Pero una línea de investigadores y viajeros había ridiculizado internacionalmente las huecas pretensiones de la civilización haitiana. En 1913, los incesantes golpes, provenientes de plumas extranjeras, fueron reforzados con las bayonetas de los infantes de marina estadounidenses. Haití tuvo que buscar un punto de unificación nacional. Lo buscaron en el único lugar donde podían hallarlo: en casa; y más exactamente, en su propio patio. Descubrieron lo que se conoce hoy como negritud, la ideología social prevaleciente entre los políticos e intelectuales en cualquier parte de África y que es objeto de acaloradas elaboraciones y discusiones en cualquier lugar en que se debate sobre África y los africanos. Pero en su origen y desarrollo, la negritud es caribeña, y no pudo haber sido otra cosa sino caribeña, el resultado peculiar de su peculiar historia.

Los haitianos no la conocían como negritud. Para ellos parecía puramente haitiana. Dos tercios de la población de Saint-Domingue en los tiempos de Toussaint habían hecho la travesía desde África. Los blancos habían emigrado o sido exterminados. Los mulatos que eran propietarios tenían sus ojos fijos en París. Librados a sí mismos, los campesinos haitianos resucitaron en un grado considerable las vidas que habían vivido en África.

Sus métodos de cultivo, sus relaciones familiares y sus prácticas sociales, sus tambores, sus cantos y su música, el arte que practicaban y, sobre todo, su religión, el vodú, que se hizo famosa: todo esto era África en el Caribe. Pero era haitiano, y la élite haitiana se entregó a ello. En 1926, Jean Price-Mars, en su famoso libro *Ainsi parla l'Oncle*, describió con amoroso cuidado la vida del campesino haitiano. Rápidamente se formaron sociedades doctas y científicas. El modo de vida africano del campesino haitiano se convirtió en el eje de la creación literaria haitiana. Ningún trabajador agrícola con tierra libre que defender se unió a la causa.

Los territorios caribeños continuaron el curso de la corriente. A fines del siglo XIX, Cuba produjo una gran Revolución que lleva el nombre de Guerra del 95.\* Ella engendró prodigios: ningún panteón caribeño puede dejar de tener entre sus más resplandecientes estrellas los nombres de José Martí, el dirigente político, y de Antonio Maceo, el soldado. Fueron hombres en la plena tradición de Jefferson, Washington y Bolívar. Esa fue su fuerza y esa fue su debilidad. Fueron dirigentes de un partido nacional revolucionario y de un ejército nacional revolucionario. Toussaint L'Ouverture y Fidel Castro dirigieron un pueblo revolucionario. La guerra por la independencia comenzó de nuevo y terminó con la Enmienda Platt de 1901.\*\*

Fue exactamente un año después de la Enmienda Platt cuando surgió por primera vez lo que resultaría un rasgo particular de la vida caribeña: el escritor apolítico dedicado al análisis y la expresión de la sociedad caribeña. El primero fue el mayor de todos: Fernando Ortiz. Durante más de medio siglo, en el país o en el exilio, ha sido el infatigable exponente de la vida cubana y de la *cubanidad*,\*\*\* el espíritu de Cuba. La historia del imperialismo español, la sociología, la antropología, la etnología, todas las ciencias afines, constituyen su medio de investigación de la vida cubana, el folclor, la literatura, la música, el arte, la educación, la criminalidad: todo lo cubano. Un rasgo muy distintivo de su obra es el número de sólidos volúmenes que ha dedicado a la vida negra y mulata en Cuba. Un cuarto de siglo antes de que el Proyecto de Escritores del New Deal comenzara el descubrimiento de los Estados Unidos, Ortiz emprendió el descubrimiento de su tierra nativa: una isla caribeña. En esencia, el suyo es el primer y único estudio abarcador del pueblo caribeño. Ortiz introdujo al Caribe en el pensamiento del siglo XX y lo mantuvo allí.

\* «The Ten Years' War» en el original. Aquí James confunde los dos grandes hechos históricos: la Guerra de los Diez Años (1868-1878) y la del 95. *Nota de la traductora.*

\*\* «The Platt Amendment of 1904» en el original. *Nota de la traductora.*

\*\*\* En español en el original. *Nota de la traductora.*



## Período de entreguerras

Antes de la Primera Guerra Mundial, Haití comenzó a escribir otro capítulo en los anales de la lucha caribeña por la independencia nacional. Bajo el pretexto de la necesidad de recobrar deudas y restaurar el orden, los *marines*, como hemos visto, invadieron Haití en 1915. La nación entera resistió. Se organizó una huelga general dirigida por los intelectuales literarios que habían descubierto el africanismo de sus campesinos como una forma de identidad nacional. Los *marines* se fueron, y los negros y los mulatos reanudaron sus conflictos fratricidas. Pero la imagen haitiana de sí misma había cambiado. «Adiós a *La Marsellesa*», frase famosa de uno de los más conocidos escritores haitianos, señala la sustitución de Francia por África en el primer Estado independiente del Caribe. En el Caribe, África parecía haber sido evocada por una necesidad empírica y una circunstancia accidental. No era así. Mucho antes de que los *marines* abandonaran Haití, el papel de África en la conciencia del pueblo caribeño demostró ser una etapa en el desarrollo de la búsqueda caribeña de una identidad nacional.

Lo que ocurrió es una de las cosas más extrañas que hayan pasado en un período histórico. Los hechos individuales son conocidos, aunque nadie los ha reunido ni ha llamado sobre ellos la atención que merecen. En la actualidad, la emancipación de África es uno de los acontecimientos más relevantes de la historia contemporánea. Cuando se preparaba esta emancipación, en el período de entreguerras, los líderes incuestionables del movimiento en todas las esferas públicas, en la misma África, en Europa y en los Estados Unidos, no eran africanos sino caribeños. Primero, los hechos incuestionables.

Dos caribeños negros, utilizando la tinta de la negritud, escribieron sus nombres indeleblemente en las primeras páginas de la historia de nuestro tiempo. Encabezando la lista se halla Marcus Garvey. Inmigrante de Jamaica, Garvey es el único negro que ha logrado construir un movimiento de masas entre los negros estadounidenses. El discutido número de sus seguidores se calcula en millones. Él abogaba por el regreso a África de los africanos y sus descendientes. Organizó, muy imprudente e incompetentemente, la Black Star Line, una compañía de barcos para transportar a los africanos desde el Nuevo Mundo hasta África. Pero Garvey no duró mucho en su empresa. Su movimiento tomó forma realmente efectiva alrededor de 1921, y en 1926 se encontraba encarcelado en los Estados Unidos acusado de un supuesto uso ilegal de la correspondencia; de la prisión fue deportado a Jamaica. Pero todo esto es solo el marco y el andamiaje. Garvey nunca puso un pie en África. No hablaba ninguna lengua africana. De acuerdo con sus concepciones, África era como una isla caribeña, un pueblo caribeño multiplicado miles de veces. Sin embargo, logró transmitir a los negros en todas partes —y también al resto del mundo— su creencia apasionada de que África era la cuna de la civilización,

que una vez había sido grande y volvería a serlo de nuevo. Cuando se tienen presentes la escasez de sus recursos, las vastas fuerzas materiales y los conceptos sociales prevalecientes que automáticamente trataron de destruirlo, su hazaña queda como uno de los milagros propagandísticos de este siglo.

La voz de Garvey reverberó dentro de la misma África. El rey de Suazilandia le dijo a la esposa de Marcus Garvey que él conocía solo el nombre de dos negros en el mundo occidental: Jack Johnson, el boxeador que derrotó al blanco Jim Jeffries, y Marcus Garvey. Jomo Kenyatta contó a este escritor cómo en 1921 los nacionalistas de Kenia, que no sabían leer, se reunían alrededor de un lector del periódico de Garvey, el *Negro World*, y escuchaban un artículo dos o tres veces. Después recorrían muchos caminos a través de los bosques, poniendo extremo cuidado en repetir lo memorizado a los africanos, hambrientos de alguna doctrina que los sacara de la conciencia servil en que vivían. El doctor Nkrumah, graduado en Historia y Filosofía en dos universidades estadounidenses, ha dicho explícitamente que de todos los escritores que lo educaron y ejercieron influencia sobre él, Marcus Garvey está en primer lugar. Garvey encontró la causa de los africanos y del pueblo de ascendencia africana no tanto abandonada como indigna de consideración. En poco más de un lustro, la había hecho formar parte de la conciencia política del mundo. No conocía la palabra *negritud*, pero conocía de qué se trataba. Con entusiasmo habría dado la bienvenida a dicha nomenclatura; con justicia habría reclamado su paternidad.

El otro anglocaribeño era de Trinidad: George Padmore. Padmore sacudió de sus zapatos el polvo acalambante del Caribe, a comienzos de la década del veinte, y marchó a los Estados Unidos. Cuando murió, en 1959, ocho países enviaron representantes a sus funerales, efectuados en Londres. Sus cenizas se enterraron en Ghana; y todos estuvieron de acuerdo en que en ese país de demostraciones políticas nunca hubo una semejante a las exequias de Padmore. Los campesinos de zonas remotas, de quienes pudiera pensarse que jamás habían oído su nombre, encontraron el camino a Accra para brindar tributo póstumo a este caribeño que había pasado toda su vida al servicio de ellos.

Ya en los Estados Unidos se convirtió en un comunista activo. Fue trasladado a Moscú para encabezar el departamento de propaganda y organización de los asuntos del negro. A la postre devino el agitador de la independencia africana más famoso y confiable. En 1935, en búsqueda de alianzas, el Kremlin separó a Inglaterra y Francia como «imperialismos democráticos» y lo separó de Japón y Alemania, haciendo del «imperialismo fascista» el foco principal de la propaganda rusa y comunista. Esto redujo a una farsa la actividad en favor de la emancipación de África: Alemania y Japón no tenían colonias en África. Padmore rompió al instante con el Kremlin. Se marchó a Londres, donde, en una sola habitación, se ganaba apenas la vida mediante el ejercicio del periodismo para poder continuar la labor que había hecho en el Kremlin. Escribió libros y panfletos,

asistía a reuniones antimperialistas, y hablaba y promovía resoluciones siempre que se le presentaba la oportunidad. Estableció y mantuvo una red creciente de contactos nacionalistas en todos los estratos de la sociedad africana y del mundo colonial. Enseñaba y predicaba el panafricanismo y organizó una Oficina Internacional de Servicios Africanos. Publicó una revista dedicada a la emancipación de África (este autor era su editor).

No es este el lugar para intentar resumir el trabajo y la influencia de la Oficina de Padmore, la creación caribeña más sorprendente de entreguerras. En ese período fue la única organización de su tipo en existencia; de los siete miembros que constituían su comité, cinco eran caribeños, y dirigían la Oficina. De todos ellos, solo Padmore había visitado África. No podía ser accidental que este caribeño atrajera a dos de los africanos más eminentes de ese y de cualquier otro momento. Miembro fundador y volcán a punto de entrar en erupción en el nacionalismo africano fue Jomo Kenyatta. Pero aún mayor suerte nos esperaba.

Quien escribe, conoció a Nkrumah, entonces estudiante de la Universidad de Pennsylvania, y le escribió sobre él a Padmore. Nkrumah viajó a Inglaterra para estudiar Derecho y allí se asoció a Padmore; trabajaron en la conformación de las doctrinas y premisas del panafricanismo y elaboraron los planes que culminaron en que Nkrumah condujera al pueblo de la Costa de Oro a la independencia. Esta revolución en la Costa de Oro fue el golpe que agrietó de tal forma la pieza del colonialismo africano que nunca más fue posible volver a armarla. La asociación no cesó con la victoria de Nkrumah. Después que se firmó y selló la independencia, Nkrumah mandó a llamar a Padmore, lo instaló nuevamente en una oficina dedicada a la emancipación africana y, bajo el auspicio de un gobierno africano, este caribeño, como lo había hecho en 1931 con el patrocinio del Kremlin, organizó en Accra la primera conferencia de estados africanos independientes, seguida, veinticinco años después de la primera, por la segunda conferencia de luchadores por la libertad africana. El Dr. Banda, Patricio Lumumba, Nyerere y Tom Mboya fueron algunos de los líderes que asistieron. Kenyatta no estuvo allí porque se hallaba encarcelado. La NBC transmitió por televisión el entierro de las cenizas de Padmore en el Castillo Christiansborg, ocasión en que fue designado como el Padre de la Emancipación Africana, distinción que nadie disputó. En la medida en que se relacionaron con nosotros en el período de entreguerras, muchas personas e instituciones cultas e importantes consideraban que nuestros planes y esperanzas con respecto a África eran fantasías de algunos caribeños políticamente analfabetos. Fueron ellos los que se equivocaron completamente acerca de un Continente, no nosotros. Debieron haber aprendido de esa experiencia, pero no lo hicieron. La misma visión miope que no pudo enfocar a África escudriña ahora el Caribe.

El lugar de África en el desarrollo caribeño está documentado como pocas visiones históricas lo están.

En 1939 un negro caribeño de la colonia francesa de Martinica publicó en París el poema más notable y famoso que se ha escrito sobre África: *Cahier d'un retour au pays natal*. Aimé Césaire, su autor, describe primeramente Martinica, la pobreza, la miseria y los vicios de las masas del pueblo, la abyecta sumisión de las clases medias de color. Pero la educación del poeta se había consumado en París. Como caribeño, no tenía nada conscientemente nacional. Se siente abrumado por el golfo que lo separa de la gente de donde ha nacido. Siente que debe ir allí. Así lo hace, y descubre una nueva versión de lo que habían descubierto los haitianos, al igual que Garvey y Padmore: que la salvación del Caribe estaba en África, el hogar original y ancestral de los pueblos caribeños.

El poeta nos brinda una opinión de los africanos según él los percibe:

*[...] mi negritud no es una piedra, su sordera abalanzada contra el clamor del día*

*mi negritud no es una mancha de agua muerta en el ojo muerto de la tierra*

*mi negritud no es una torre, ni una catedral*

*se hunde en la carne roja del suelo*

*se hunde en la carne ardiente del cielo*

*perfora la postración opaca con su paciencia recta.*

*¡Eia por el Kailcedrato real!*

*¡Eia por los que jamás inventaron nada*

*por los que jamás han explorado nada*

*por los que jamás han domñado nada!*

*mas se abandonan sorprendidos a la esencia*

*de todas las cosas*

*ignorando la superficie, poseídos por el movimiento de todas las cosas.*

*Despreocupados de dominar, pero jugando el juego del mundo [...].*

En contraste con esta visión del africano como unido al mundo, a la naturaleza, como una parte viva de todo lo vivo, Césaire inmediatamente localiza la civilización que ha denigrado y perseguido a África y a los africanos.

*Escuchad al mundo blanco*

*horriblemente cansado de su esfuerzo inmenso*

*sus articulaciones rebeldes crujir bajo las estrellas duras*

*su rigidez de acero azul traspasando la carne mística*

*escuchad sus victorias proditorias pregonar sus derrotas*

*escuchad en las coartadas grandiosas sus míseros tropiezos.*

El poeta quiere ser un arquitecto de esta singular civilización, un comisario de su sangre, un guardián de su negativa a aceptar.

*Mas preservadme, mi corazón, de todo odio,*

*no hagáis de mí este hombre de odio para quien sólo abrigo odio*

*pues para acantonarme en esta única raza  
conocéis sin embargo mi amor católico  
sabéis que no es el odio a otras razas  
lo que me hace ser el labrador de esta única raza [...].*

Una vez más regresa al miserable espectro de la vida caribeña, pero ahora con esperanza.

*[...] pues no es cierto que la obra del hombre ha terminado  
que nada tenemos que hacer en el mundo  
que somos parásitos del mundo  
que basta con que marchemos al andar del mundo  
mas la obra del hombre apenas ha comenzado  
y al hombre le queda por conquistar toda prohibición  
inmovilizada en los rincones de su fervor  
y ninguna raza posee el monopolio de la belleza,  
de la inteligencia, de la fuerza,  
y hay espacio para todos en el lugar de reunión de la conquista [...].\**

Este es el centro del poema de Césaire. Al no prestarse atención, los africanos y los que simpatizan con otras razas lanzan vivas que ahogan el sentido común y la razón. La labor del hombre no ha terminado, por tanto, el futuro de los africanos no es continuar sin descubrir nada. Ninguna raza posee el monopolio de la belleza, la inteligencia, la fuerza, ciertamente, tampoco aquellos que poseen la negritud. La negritud es lo que una raza lleva al encuentro común, donde todos se esforzarán por el nuevo mundo de la visión del poeta. Esta visión no es económica o política, es poética, sui generis, cierta en sí misma, por lo que no necesita otra verdad. Pero sería racismo del más vulgar no ver aquí una encarnación poética de la famosa frase de Marx: «Comenzará la verdadera historia de la humanidad».

Tenemos que apartarnos, aunque con pesar, de las afinidades<sup>1</sup> estrictamente poéticas de Césaire y regresar a nuestro principal propósito general. Pero el *Cahier* unificó elementos del pensamiento moderno que parecían destinados a permanecer disgregados. Debemos enumerarlos.

1. Unió la esfera africana de existencia con la existencia del mundo occidental.
2. El pasado y el futuro de la humanidad están vinculados histórica y lógicamente.

\* Aimé Césaire: *Poesías*, selección, traducción y prólogo de Enrique Lihn, Casa de las Américas, La Habana, 1969, pp. 37-38, 38, 39-40 y 43-44, respectivamente. *Nota de los editores*.

<sup>1</sup> Baudelaire y Rimbaud, Rilke y D.H. Lawrence. Jean-Paul Sartre ha realizado las mejores apreciaciones críticas del *Cahier* como poesía, pero su explicación de lo que él concibe como la negritud es un desastre.

3. África y los africanos se encaminan hacia una humanidad integrada, ya no a través del estímulo externo, sino debido a una dinámica propia e independiente.

Lo que el poeta anglosajón avizoró para el mundo como totalidad el caribeño lo ve concretamente para África.

*Aquí es palpable la imposible  
unión de esferas de existencia,  
aquí el pasado y el futuro  
se conquistan y reconcilian,  
donde la acción sería de otro modo  
el movimiento de lo que es movido  
pero no tiene en sí la fuente  
del movimiento [...].\**

La conclusión del señor Eliot es «encarnación»; la de Césaire, negritud. El *Cahier* se publicó en París en 1939. Un año antes apareció en Londres *Los jacobinos negros*. El escritor había dado un paso adelante para resucitar no la decadencia, sino la grandeza del pueblo caribeño. Pero como resulta evidente a través de todo el libro, y particularmente en las últimas páginas, es África y la emancipación africana lo que tiene en mente.

Hoy –y solo hoy– podemos definir lo que ha motivado esta preocupación caribeña por África en el período de entreguerras. Los caribeños fueron y han sido siempre educados a la manera occidental. La sociedad caribeña confinó a los hombres negros a una franja muy estrecha del territorio social. El primer paso hacia la libertad era ir al extranjero. *Antes de que pudieran empezar a verse a sí mismos como un pueblo libre e independiente, tenían que limpiar de las mentes el estigma de que todo lo africano era inherentemente inferior y degradado.* El camino hacia la identidad nacional caribeña pasaba por África.

La comunidad nacional caribeña evade constantemente la categorización racial. Después de Ortiz, fue otro caribeño blanco quien, en el mismo período, demostró ser el político más eminente que el Caribe haya conocido dentro de la tradición democrática.

Arthur Andrew Cipriani, un criollo de origen francés en la isla de Trinidad, entró a la vida pública como oficial de un contingente antillano en la Primera Guerra Mundial. Fue en el ejército donde muchos soldados, una mezcla proveniente de todas las islas del Caribe británico, usaron zapatos diariamente por primera vez. Pero eran resultado de su historia peculiar. La rapidez con que se adaptaron a los requisitos espirituales y materiales de una guerra moderna asombró a todos los observadores, del

\*T.S. Eliot: «The Dry Salvages», en *Four Quartets*, vv. 220-226. Traducción de David Chericicán, tomada de T.S. Eliot: *La tierra baldía*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1990. *Nota de los editores.*



general Allembry para abajo. Cipriani se hizo famoso por la defensa militante de su regimiento contra todos los prejuicios, oficiales y no oficiales. Hasta el fin de sus días habló constantemente del reconocimiento que se habían ganado. Entrenador de caballos profesional, necesitó mucha persuasión para que entrara en la política tras regresar a casa después de la guerra, siendo ya un hombre de más de cuarenta años. Inmediatamente se destacó como defensor de la gente común, según sus propias palabras, «el hombre descalzo». En poco tiempo, este blanco era reconocido como líder por miles de negros y caribeños. Hombre absolutamente temerario, nunca permitió que el gobierno colonial tuviera la menor duda acerca de lo que enfrentaba. Todo el que en alguna ocasión lo escuchó hablar recuerda cómo levantaba su mano derecha y su lenta pronunciación de la frase: «Si levanto mi dedo meñique [...]». Venció tremendos obstáculos para obligar al gobierno a capitular acerca de la compensación a los trabajadores, la jornada laboral de ocho horas, la legislación obrera y otros componentes básicos de la democracia. Año tras año resultó electo alcalde de la ciudad capital. Hizo de la alcaldía un centro de oposición a la British Colonial Office y todas sus obras.

Cipriani siempre trató a los caribeños como a un pueblo moderno contemporáneo. Se autoproclamó socialista y, día a día, dentro y fuera de la legislatura, atacó a los capitalistas y al capitalismo. Unió su partido al Partido Laborista británico y mantuvo a sus seguidores escrupulosamente informados de sus derechos y deberes como miembros del movimiento obrero internacional. Pertenecía a ese raro tipo de político para quien las palabras expresan realidades. Mucho antes de que lo hicieran otros territorios de los imperios coloniales, no solo levantó las banderas de la independencia y de la federación del Caribe británico, sino que viajó incesantemente de isla en isla para movilizar a la opinión pública en general, y al movimiento obrero en particular, en apoyo a esas banderas. Murió en 1945. Las islas no habían visto antes, ni verían después, algo o alguien como él.

Las masas caribeñas se adelantaron incluso a Cipriani. En 1937 comenzó una huelga entre los trabajadores petroleros de Trinidad, el mayor agrupamiento obrero del Caribe. Como fuego en un campo de paja seca, la huelga se extendió por toda la isla y culminó en un levantamiento en Jamaica, a miles de kilómetros de distancia. El gobierno colonial en Jamaica colapsó, y dos líderes populares locales tuvieron que asumir la responsabilidad de restablecer cierto orden social. Los jefes del gobierno en Trinidad y Tobago salvaron sus administraciones —pero se ganaron la cólera del gobierno imperial— al expresar sus simpatías con la revuelta. El gobierno británico envió una Comisión Real, que acopió gran cantidad de evidencias, descubrió viejos males e hizo recomendaciones para nada absurdas o reaccionarias. Como siempre, eran tardías y lentas. De haber sido Cipriani el hombre de diez años antes, se hubiera podido iniciar entonces el autogobierno, la federación y la regeneración económica que él defendió con fuerza durante tanto tiempo. Pero el viejo guerrero tenía



casi setenta años. Dudó ante el levantamiento de las masas, que él, más que nadie, había preparado, y se perdió la oportunidad. Sin embargo, destruyó una leyenda y dejó establecido, de una vez por todas, que los caribeños se hallaban listos para seguir las teorías más avanzadas de un liderazgo firme.

## Posterior a la Segunda Guerra Mundial

Cipriani construyó y legó un Congreso Obrero del Caribe, dedicado a los objetivos de la federación, la independencia y la creación de un campesinado ilustrado. Pero lo que ha sucedido con la Cuba de Fidel Castro es inherente a estas islas infortunadas. En 1945, el Congreso, genuinamente caribeño, se incorporó a la Federación Sindical Mundial. Pero en 1948 esa organización se escindió en la Federación Sindical Mundial del Este y la Confederación Internacional de Sindicatos Libres de Occidente. Esa división internacional escindió al Congreso Obrero del Caribe, que perdió su lugar como líder e inspirador de un genuino movimiento caribeño. La Oficina Colonial británica tomó bajo su ala a las clases medias de color. Gradualmente, estas ocuparon cargos en el Servicio Público y las organizaciones afines; se apoderaron de los partidos políticos y, con ellos, del viejo sistema colonial.

¿En qué consiste este viejo sistema colonial? Es la reliquia occidental más antigua del siglo xvii que aún pervive en el mundo de hoy, rodeado por todos lados de una población moderna.

El Caribe nunca ha sido un territorio colonial en el sentido tradicional, con relaciones económicas y políticas claramente definidas entre dos culturas diferentes. No existía una cultura nativa. La civilización amerindia aborígen había sido destruida. En el transcurso de los años, por tanto, la población trabajadora, esclava o libre, se incorporaba cada vez más al idioma, las costumbres, los objetivos y las concepciones de sus amos. Creció gradualmente en cuanto a número hasta que se convirtió en la mayoría aterradora del total de la población. La minoría gobernante, por tanto, se encontró en la posición del padre que engendra hijos y que tiene que cuidarse de no ser suplantado por ellos. Había una sola salida, y era buscar la fuerza en el exterior. Este comienzo ha permanecido inalterado hasta el presente.

La estructura industrial dominante ha sido la plantación azucarera. Durante más de dos siglos la industria azucarera se ha tambaleado al borde del desastre, y ha permanecido en pie por una sucesión interminable de actos de rescate de última hora a través de regalías, concesiones y cuotas de la potencia o las potencias metropolitanas.

El presidente de la Asociación Azucarera del Caribe británico, Sir Robert Kirkwood, ha declarado aquí que los productores de azúcar enfrentan un futuro incierto y que la situación está llegando a un punto en el que debe restringirse la producción de remolacha para proporcionarles a los productores de caña un mayor mercado. Sir Robert señaló que la participación británica en el Mercado Común europeo no debe ser una amenaza para los productores de azúcar en la región siempre que se preserven las preferencias previstas en el acuerdo azucarero de la Mancomunidad Británica.

Usted podría leer lo mismo en cualquier periódico europeo a intervalos regulares durante los últimos doscientos años. Informes oficiales recientes acerca de la vida y el trabajo de los trabajadores agrícolas de la plantación están redactados en términos que recuerdan asombrosamente similares el lenguaje de los agitadores no conformistas contra la plantación esclavista. Existen en la actualidad economistas y científicos en el Caribe que consideran que lo mejor que pudiera suceder en el plano económico es una plaga que extermine completamente la caña de azúcar y obligue así a acometer un nuevo modelo de desarrollo económico.<sup>2</sup>

El poder financiero y sus mecanismos están hoy, como lo han estado desde los primeros días de la esclavitud, enteramente en las manos de las organizaciones metropolitanas y sus agentes.

Tal población occidentalizada necesita enormes cantidades de cazuelas, sartenes, platos, cucharas, cuchillos, tenedores, papel, lápices, plumas, ropa, bicicletas, ómnibus para el transporte público, automóviles, etc., todos los artefactos de la civilización que las islas no producen, sin olvidar los Mercedes Benz, Bentley, Jaguares y Lincolns. En este tipo de comercio, los elementos dominantes son los fabricantes y bancos extranjeros. La característica más reveladora y más antigua de este comercio es la todavía masiva importación de comida, incluidos los vegetales frescos.

Las pocas industrias de importancia, como las del petróleo y la bauxita, están completamente en manos de empresas foráneas, y los políticos locales desarrollan una feroz competencia entre ellos ofreciéndoles estímulos para que se establezcan nuevas industrias aquí y no allá.

Con respecto a las necesidades intelectuales, sucede lo mismo que con las materiales. En todas las islas los periódicos están totalmente en manos de firmas extranjeras. La radio y la televisión tampoco pueden evadir este destino.

<sup>2</sup> Nadie se atreverá a decirlo públicamente. Él o ella serían expulsados del territorio.

En 1963 el viejo sistema colonial ya no es lo que fuera en 1863; en 1863 no era lo que había sido en 1763 o en 1663. Sin embargo, su esencia, bosquejada anteriormente, no ha cambiado. Pero, por primera vez, el sistema está ahora amenazado, no desde afuera sino desde adentro, no por el comunismo o por el socialismo, sino por la simple y corriente democracia parlamentaria. El viejo sistema colonial del Caribe no era un sistema democrático, no nació como tal. No puede vivir con la democracia. Dentro de una isla caribeña, el viejo sistema colonial y la democracia son incompatibles. Uno de ellos tiene que desaparecer. Esa es la lógica de desarrollo de cada territorio caribeño, ya sea Cuba, la República Dominicana, Haití, las antiguas colonias británicas, las ex colonias francesas, e incluso Puerto Rico, el pariente pobre de los acaudalados Estados Unidos.

El error supremo de la política del Caribe es que el viejo sistema colonial ha aislado de tal forma a las clases gobernantes de la comunidad nacional que la simple y ordinaria democracia parlamentaria, *impregnada con un sentido de identidad nacional*, puede cambiar radicalmente a las islas.

Las estadísticas de producción y los cálculos de los votos forman, en conjunto, la vía más segura de malinterpretar las islas. A esto se le añade, además, el antagonismo entre las razas. Los pueblos caribeños nacieron en el siglo XVII, en un sistema productivo y social occidentalizado. Los miembros de las diferentes tribus africanas fueron separados cuidadosamente para aminorar las conspiraciones, por lo que se vieron obligados a dominar los idiomas europeos, productos altamente complejos de siglos de civilización. Desde el inicio hubo un abismo, que se ensanchó constantemente, entre las condiciones rudimentarias de la vida del esclavo y el lenguaje que empleaba. Por tanto, existía en la sociedad caribeña un antagonismo inherente entre la conciencia de las masas negras y la realidad de sus vidas, inherente en el sentido en que constantemente se producía y reproducía por las propias condiciones de la misma sociedad, no por parte de los agitadores. Son los medios modernos de comunicación masiva los que han convertido la esencia en existencia. Por una insignificante suma de dinero mensual, las masas negras pueden oír en los noticieros radiales acerca de Nkrumah, Jomo Kenyatta, Julius Banda, el Primer Ministro Nehru, y sobre los acontecimientos y personalidades de las Naciones Unidas y de todas las capitales del orbe. Pueden lidiar con lo que Occidente piensa acerca del Este y viceversa. El cine presenta actualidades y frecuentemente estimula la imaginación con las obras maestras cinematográficas del mundo. Cada hora en punto se les presenta todas las variantes de comida, vestuario, artículos del hogar y lujos que son esenciales para una existencia civilizada. Todo esto a una población que en amplias regiones todavía vive en condiciones muy cercanas a la esclavitud.

La elevada civilización material de la minoría blanca se fortalece ahora mediante la concentración de las clases medias de color en lograr que los salarios actúen como ingresos. A veces, la cuarta parte de la población se hacina en la ciudad capital, son las masas atraídas de forma irresistible

por el contraste entre lo que oyen y las vidas que llevan. A esta paja seca fue que Castro le encendió fuego. No existe la tradición histórica, la educación en el sentido de vérselas con el pasado nacional. La historia se enseña como lo que siempre ha sido: propaganda para aquellos que, quienesquiera que hayan sido, administraban el viejo sistema colonial. El poder aquí está más desnudo que en cualquier otra parte del mundo. De ahí la brutalidad, el salvajismo, incluso las crueldades personales, de regímenes como los de Trujillo y Duvalier, y el poder de la Revolución Cubana.

Este es el instrumento que tocan todos los solistas en el Caribe, nativos o extranjeros. Pongamos por caso las islas francesas de Martinica y Guadalupe. La administración colonial apoyó a Vichy; las masas, la Resistencia. Una vez derrotado Vichy, las islas se convirtieron de buena gana en departamentos de Francia, ansiosas de asimilarse dentro de la civilización francesa. Pero la mano de la administración francesa, notoriamente pesada en los gobiernos provinciales de la propia Francia, es un peso aplastante sobre cualquier intento de cambiar el viejo sistema colonial. Actualmente, desilusionada, la masa de la población exige la independencia. Sus estudiantes en París dirigen la lucha con sangre, con audacia y con la brillantez disponible a todos los que usan el idioma francés.

El sistema británico, a diferencia del francés, no aplasta la búsqueda de una identidad nacional. En vez de eso, la ahoga. Formó una federación de sus colonias del Caribe. Pero el viejo sistema colonial estaba formado por economías insulares, cada una con su capital financiero y económico en Londres. Una federación significaba que la línea económica de dirección no debía ser por más tiempo de la isla a Londres, sino de una a otra isla. Pero eso implicaba la quiebra del viejo sistema colonial. Los políticos caribeños prefirieron la quiebra de la federación. De hecho, dos de las islas han recibido la independencia. La reina de Inglaterra es su reina. Reciben visitas reales; sus legislaciones comienzan con plegarias; sus proyectos de leyes se leen tres veces; se ha otorgado la insignia por la Madre de los Parlamentos a cada uno de estos infantes lejanos; sus ciudadanos prominentes pueden recibir un variado tipo de letras después de sus nombres, y, con el tiempo, el prefijo Sir. Esto ya no disminuye sino que intensifica la batalla entre el viejo sistema colonial y la democracia. Mucho antes de que se concediera la actual independencia, gran número de miembros de la clase media, incluyendo sus políticos, querían posponerla tanto como fuera posible. Por un barco visible aunque lejano, y la perspectiva de regalos y préstamos económicos, volvieron sus pies llenos de escozor hacia los Estados Unidos.

El Caribe es ahora un mar estadounidense. Puerto Rico es su vitrina. La sociedad puertorriqueña tiene el privilegio casi celestial de que sus desocupados y sus ambiciosos entren libremente en los Estados Unidos. Los Estados Unidos devuelven al gobierno de Puerto Rico todos los derechos aduanales del comercio de importación impuestos a productos básicos como ron y tabaco. El dinero para las inversiones, así como los préstamos y regalos estadounidenses, debían crear el paraíso caribeño. Pero si los

Estados Unidos tuvieran la densidad de población de Puerto Rico, contendrían a todos los pueblos de la humanidad. Puerto Rico es solo otra isla caribeña.

En la República Dominicana, baste decir que Trujillo obtuvo el poder debido a la ayuda de los *marines*, y durante más de un cuarto de siglo de su infame dictadura se daba por sentado que disfrutaba de la amistad de Washington. Antes de la reciente elección de su sucesor, Juan Bosch, los periódicos franceses informaron que miembros de la izquierda dominicana —y dieron sus nombres— fueron deportados a París por la policía local, a la que ayudó en esta operación el FBI. Ido Trujillo, Duvalier, de Haití, es el rey sin corona de la barbarie latinoamericana. Es ampliamente sabido que, a pesar de la corrupción y la insolencia de su régimen, el apoyo estadounidense es lo que lo mantiene en el poder: mejor Duvalier que otro Fidel.

Tal ha sido la masa de ignorancia y falsedad que ha rodeado a estas islas por tantos siglos, que las verdades evidentes suenan como revelaciones. Al contrario de lo que comúnmente se piensa, los territorios del Caribe, como un todo, no están sumidos en la pobreza irremediable. Arthur Lewis, que fue jefe del Departamento de Economía en la Universidad de Manchester, y que en los momentos en que escribo se prepara para ocupar la misma posición en Princeton, trató de quitar algunas telarañas de los ojos de sus coterráneos antillanos cuando era rector de la Universidad de West Indies en Jamaica:

El criterio de que el Caribe puede formar todo el capital que necesita a partir de sus propios recursos de seguro le chocará a mucha gente, porque a los caribeños les gusta pensar que nuestra comunidad es pobre. Pero la verdad es que, al menos la mitad de los habitantes del mundo, son más pobres que nosotros. El nivel de vida en el Caribe es más elevado que en la India o China, en la mayoría de los países de Asia, y en la mayoría de los países de África. El Caribe no constituye una comunidad pobre; está situado en la escala superior del ingreso mundial. Es capaz de producir el 5 o 6% extra de los recursos que se necesitan para desarrollarnos, tal como Sri Lanka y Ghana encuentran el dinero que requieren para el desarrollo a través de sus propios impuestos. No hace falta que enviemos a nuestros estadistas alrededor del mundo a mendigar ayuda. Si se nos ofrece asistencia, aceptémosla, pero no nos sentemos y digamos que nada puede hacerse hasta que el resto del mundo, por bondad de su corazón, esté dispuesto a otorgarnos su caridad.<sup>3</sup>

El sendero económico que tienen que transitar es una amplia avenida, donde los postes para las señales están bien situados. Juan Bosch comenzó su campaña prometiendo distribuir la tierra confiscada del saqueo

<sup>3</sup> Conferencia de Estudio sobre Desarrollo Económico en los Países Subdesarrollados, 5-15 de agosto de 1957, Universidad de West Indies, Jamaica.

feudal realizado por la familia Trujillo. Sus seguidores rápidamente transformaron esto en: «Una casa y tierra para cada dominicano». No solo la demanda popular y los economistas modernos abogan por esto. La Comisión Real británica ha indicado en los últimos sesenta años –de forma cautelosa pero con bastante claridad– que la salida del empantanamiento caribeño es la abolición del trabajador agrícola de la plantación y su sustitución por el campesinado individual dueño de la tierra. Científicos y economistas han dicho que es posible el desarrollo efectivo de la industria, basado en el uso científico y planificado de las materias primas producidas en las islas. He escrito en vano si no he sido capaz de dejar claro que, de todos los pueblos de color con un pasado colonial, las masas caribeñas son las que poseen más experiencia en cuanto los modos de la civilización occidental y son las más receptivas a sus exigencias en el siglo xx. Para realizarse, tendrán que sacudirse las cadenas del viejo sistema colonial.

No pretendo sumir este apéndice en las turbulentas aguas de la controversia acerca de Cuba. He escrito acerca del Caribe en general, y Cuba es la isla más caribeña del Caribe. Eso es suficiente.

Aún queda una cuestión: la más realista y grávida de todas. Toussaint L'Ouverture y los esclavos haitianos trajeron al mundo algo más que la abolición de la esclavitud. Cuando los latinoamericanos vieron que el pequeño e insignificante Haití podía obtener y mantener la independencia, comenzaron a pensar que ellos debían ser capaces de lo mismo. Pétion, el gobernante de Haití, curó al enfermo y derrotado Bolívar, le dio dinero, armas y una imprenta para ayudar en la campaña que culminó en la libertad de los Cinco Estados. Qué ocurrirá a lo nuevo que Fidel Castro ha traído al mundo, no puede decirlo nadie. Pero lo que está por nacer en el Caribe, lo que surgió de la matriz en julio de 1953, ha de verse en otra parte del Caribe y no debe confundirse con el pasado ni concebirse como puntos encendidos de poderosos contrarios. Hablo ahora de esa parte del Caribe con la que en los últimos cinco años he tenido una experiencia íntima y personal, de los escritores y los pueblos. Pero en esta ocasión, los pueblos primero, porque si bien los ideólogos se han acercado a los pueblos, los pueblos han alcanzado a los ideólogos y la identidad nacional es un hecho también nacional.

En Trinidad, en 1957, antes de que hubiera ningún indicio de la revolución en Cuba, el partido político gobernante se declaró repentinamente, contrario a la política enunciada con la que había ganado las elecciones, que durante la guerra el gobierno británico de Sir Winston Churchill había cedido una propiedad de Trinidad y que tenía que ser devuelta. Lo que sucedió es uno de los más grandes acontecimientos de la historia del Caribe. El pueblo se levantó ante ese llamado. Reuniones y manifestaciones masivas, tal pasión política nunca experimentada en la isla que estremeció a la población. Dentro de las cadenas del viejo sistema colonial, el pueblo del Caribe es una comunidad nacional. Las clases medias observaban con alguna incertidumbre aunque con aprobación creciente. Los blancos locales no son como los blancos de una civilización foránea. Son antillanos



y, bajo un fuerte impulso, se conciben como tales. El líder político era inflexible en su demanda de devolución. «Quebrantaré Chaguaramas o Chaguaramas me quebrantarán a mí», declaró, y a las palabras les brotaron alas. Afirmó públicamente en reuniones masivas que si el Departamento de Estado estadounidense, respaldado por la Oficina Colonial británica, continuaba negándose a discutir la devolución de la base, no solo sacaría a Trinidad de la Federación de las Indias Occidentales, sino también de la Mancomunidad Británica en su conjunto: proclamaría la independencia de la Isla, lo que anularía automáticamente todos los tratados anteriores firmados bajo el régimen colonial, y así lidiaría con los estadounidenses. Les prohibió el uso del aeropuerto de Trinidad a sus aviones militares. En un discurso magistral, «De la esclavitud a Chaguaramas», dijo que durante siglos las islas del Caribe habían sido bases, pelotas de fútbol militar de las potencias imperialistas en pugna, y que había llegado el momento de ponerle fin a esto. Es la opinión de este autor —que en aquel instante crucial era el editor del periódico del Partido— fue la respuesta de la población lo que hizo que el líder político llegara tan lejos en esa senda peligrosa. Simplemente demostraron que pensaban que los estadounidenses debían abandonar la base y devolverla al pueblo. Esto era aún más asombroso porque el pueblo trinitario admitía libremente que Trinidad nunca había disfrutado de tal opulencia financiera como la experimentada durante la guerra, cuando los estadounidenses estaban allí. Los Estados Unidos eran indudablemente la fuente potencial de asistencia económica y financiera. Pero estaban dispuestos a cualquier sacrificio. Realmente, estaban dispuestos a todo, y el liderazgo político tuvo que ser muy cuidadoso con lo que decía o hacía para no precipitar ninguna intervención masiva inapropiada.

Quizás el aspecto más impactante de este poderoso levantamiento nacional fue su concentración en el tema y su abandono del resto. No hubo ni la más mínima señal de sentimiento antiestadounidense; aunque la Oficina Colonial británica era percibida como aliada del Departamento de Estado, y la demanda a favor de la independencia estaba muy cercana, tampoco hubo señales de sentimiento antibritánico. No hubo inclinación hacia el no alineamiento, ni siquiera, a pesar de la presión independentista, antimperialismo. Las masas del pueblo de Trinidad y Tobago consideraban que la devolución de la base era la primera y primordial etapa de su búsqueda de la identidad nacional. En pos de eso estaban preparados para sufrir; y si era necesario —y de esto estoy tan seguro como puede uno estarlo de tales cosas—, para luchar y morir. Pero no estaban preocupados en absoluto acerca de lo que usualmente acompaña la lucha contra una base extranjera. Con certeza lo conocían, pero habían tenido una larga experiencia en las relaciones internacionales, y sabían exactamente lo que querían. En cuanto al resto de las islas, la población respondió de igual forma ante lo que pensaban era un asunto caribeño. La conferencia de prensa del líder político fue el programa de radio más popular en el Caribe. Fue de nuevo como en 1937-1938. «Eres libre desde el principio, y



cuando parece que algo es diferente, tienes que moverte, simplemente moverte, y cuando te estás moviendo, dices que es la libertad natural lo que te obliga a moverte».<sup>4</sup> Aunque la bandera británica aún ondeaba sobre ellos, en sus demandas y manifestaciones por Chaguaramas eran libres, más libres de lo que pudieron ser durante mucho tiempo.

La identidad nacional del Caribe se percibe más fácilmente en las obras publicadas por los autores antillanos.

Vic Reid, de Jamaica, es el único novelista caribeño que vive en el Caribe. Por esa razón, presumiblemente, su escenario es África. Un africano que conoce el Caribe me asegura que no hay nada africano en la narrativa de Reid. Es el Caribe vestido con trajes africanos. Sea lo que sea, la novela es un *tour de force*. Africana o caribeña, reduce los problemas humanos de los países subdesarrollados a un denominador común. El tono distintivo de la orquesta caribeña no es alto, pero sí claro. Reid no se despreocupa del destino de sus personajes. Las pasiones políticas son elevadas y engarzadas en un conflicto a muerte. Pero Reid es imparcial de una manera que ningún escritor europeo o africano es o puede serlo, como no lo fueron Garvey, Padmore o Césaire. El origen de esta imparcialidad aparece claramente en la obra del autor más poderoso y de mayor alcance de la escuela caribeña: George Lamming, de Barbados.

Limitándonos a nuestro propósito, debemos circunscribirnos a citar solo un episodio de la última de sus cuatro poderosas novelas.

Powell, un personaje de *Season of Adventure*, es un asesino, un violador, un elemento criminal de la sociedad caribeña. De repente, después de que han discurrido nueve décimas partes de la novela, el autor introduce tres páginas tituladas «Nota del autor». En primera persona, explica el personaje de Powell:

Hasta la edad de diez años, Powell y yo vivíamos juntos, iguales en el cariño de nuestras dos madres. Powell era el contenido de mis sueños y yo había vivido sus pasiones. Idénticos en cuanto a la edad, Powell y yo asistíamos a la misma escuela primaria.

Y entonces se produjo la separación. Yo obtuve una beca del gobierno que dio inicio a mi emigración hacia otro mundo, en el cual las raíces eran las mismas, pero cuyo estilo de vida difería completamente del que había conocido durante mi infancia. Me otorgó un privilegio que ahora dejaba fuera a Powell y a todo *tonelle* totalmente fuera de mi futuro. Yo había vivido tan cerca de Powell como mi piel a la mano que oscurece. ¡Y, sin embargo! Olvidé a *tonelle* como los hombres olvidan una guerra, y me uní a ese mundo nuevo que era tan reciente y tan ligero en comparación con el peso de todo lo anterior. Instintivamente, me uní a ese nuevo privilegio, y a pesar de todo mi esfuerzo, no estoy libre de su abrazo hasta hoy.

<sup>4</sup> *Season of Adventure*, de George Lamming.

Creo hasta los tuétanos que el loco impulso que empujó a Powell a su derrota criminal fue en gran medida mi culpa. No dejaré que la excusa sea el medio, ni puedo permitir que mi propia debilidad moral sea transferida a una conciencia extranjera, con la etiqueta de imperialista. Más allá de mi tumba sabré que soy el responsable de lo que le sucedió a mi hermano.

Powell aún vive en algún lugar de mi corazón, con un amor dudoso, cierta sombra innombrable, extraña, de remordimiento, pero, sin embargo, con una profunda, profunda, nostalgia. Porque nunca me sentí como una parte honesta de nada desde que el mundo de mi infancia me abandonó.

Esto es algo nuevo en la voluminosa literatura anticolonial. El caribeño de esta generación acepta toda la responsabilidad por el Caribe.

Vidia Naipul, de Trinidad, hace lo mismo. Su personaje, el señor Biswas, escribe su primer artículo para un periódico.

## PAPI REGRESA A CASA EN UN ATAÚD

*El último viaje del U.S. Explorer*

Sobre hielo, por M. Biswas

[...] Hace menos de un año, Papi—George Elmer Edman, el famoso viajero y explorador—dejó su casa para explorar el Amazonas.

Bien, les tengo una noticia, nenes.

Papi está camino a casa.

Ayer pasó por Trinidad.

En un ataúd.

Esto le gana al señor Biswas, ex trabajador agrícola y empleado de una pequeña tienda, un puesto como parte del personal de este periódico.

El señor Biswas escribió una carta de protesta de ocho páginas mecanografiadas. Le llevó dos semanas hacerlo. Después de muchas correcciones, la carta devino amplio ensayo filosófico acerca de la naturaleza humana; su hijo asiste a la escuela secundaria, y juntos buscan citas en la obra de Shakespeare. Encuentran una rica cosecha en *Medida por medida*. El extranjero pudiera perderse esta reproducción sosa del *modus operandi* del periodista, el político o el Primer Ministro antillano bien engrasado.

El señor Biswas es ahora un hombre de letras. Es invitado a una sesión de los intelectuales locales. El señor Biswas, cuyo ideal poético es Ella Wheeler Wilcox, extremadamente confundido por el whisky, habla de Lorca, Eliot, Auden. Cada miembro del grupo presenta un poema. Una noche, después de contemplar el cielo a través de una ventana, el señor Biswas encuentra su tema.

Se dirige a su madre. No piensa en el ritmo; no utiliza traidoras palabras abstractas. Escribió acerca de subir a la cima de la colina, ver la tierra negra dividida, las marcas de las palas, las huellas de los tridentes. Escribió acerca de un viaje que había realizado hacía mucho tiempo. Estaba cansado, ella lo hizo descansar. Estaba hambriento, ella lo alimentó. No tenía a dónde ir, ella lo acogió [...].

«Es un poema», anunció Biswas. «En prosa».

[...] «No tiene título», dijo. Y como esperaba, esto fue recibido con satisfacción.

Entonces cometió un error fatal. Pensando que lo que había escrito no le afectaba, se aventuró audazmente en su poema, incluso con un toque de burla. Pero, mientras leía, sus manos comenzaron a temblar, el papel crujía, y cuando habló del viaje, su voz se quebró, sus ojos parpadeaban. Pero continuó, y su emoción era tal que, cuando terminó, nadie dijo una palabra.

El caribeño había hecho el ridículo al imitar el periodismo estadounidense, a Shakespeare, a T.S. Eliot, a Lorca. Arribó a la verdad cuando escribió acerca de su propia infancia caribeña, su madre caribeña y el paisaje del Caribe. Naipaul es indio. El señor Biswas es indio. Pero el problema de los indios en el Caribe es la creación de políticos de ambas razas que tratan de evitar los ataques contra el viejo sistema colonial. El indio se convierte en caribeño como cualquier otro expatriado.

El novelista caribeño más reciente es uno de los narradores vivos más extraños. Inició su carrera en 1958 y ya acaba de terminar un cuarteto de novelas.<sup>5</sup> Es de la Guayana británica, que forma parte del Continente sudamericano. Allí hay cerca de 64 360 kilómetros cuadrados de montañas, mesetas, bosques, selva, sabanas, la catarata más alta del mundo, indoamericanos nativos, comunidades establecidas de esclavos africanos cimarrones; todo en gran medida inexplorado. Durante quince años, a lo largo de este territorio, Wilson Harris ha trabajado como agrimensor. Es miembro de una típica sociedad caribeña de seiscientas mil personas que habita una estrecha franja costera. Harris coloca el sello final de la autoconcepción caribeña de la identidad nacional. Mientras un joven guyanés, mitad chino mitad negro, huye de la policía, descubre que todas las generaciones anteriores, holandeses, ingleses, franceses, capitalistas, esclavos, libertos, blancos y negros, eran expatriados.

Todos los espíritus errantes de todas las épocas –de quienes se pensaba estaban definitivamente embalsamados– están regresando a anidar en nuestra sangre. Y tendremos que empezar de nuevo donde ellos empezaron a explorar. Tenemos que recoger nuevamente las semillas donde ellos las dejaron. No vale la pena adorar al más podrido

<sup>5</sup> *Palace of the Peacock, The Far Journey of Oudin, The Whole Armour y The Secret Ladder*. Londres, Faber and Faber.

No hay espacio aquí para tratar del poeta en la tradición literaria, o del cantante de baladas. En el baile, en la innovación de los instrumentos musicales, en baladas populares, sin rival en el mundo, la masa del pueblo no está buscando una identidad nacional: la está expresando. Los escritores caribeños han descubierto el Caribe y a los caribeños, un pueblo de la mitad de nuestro perturbado siglo, empeñados en el descubrimiento de ellos mismos, dispuestos a descubrirse a sí mismos, pero sin odio o maldad contra el extranjero, ni siquiera por el amargo pasado imperialista. Para ser bienvenida en el concierto de las naciones, una nueva nación debe aportar algo nuevo. De lo contrario, es una mera conveniencia o necesidad administrativas. El Caribe ha aportado algo nuevo.

*Albi3n fue una vez  
 Colonia cual nosotras [...] desordenada  
 Por canales espumeantes, y la vana expansi3n  
 De una amarga facci3n.  
 Todo en la compasi3n concluye  
 De modo tan distinto a como dispusiera el coraz3n.*

Pasi3n no agotada sino vuelta hacia dentro. Toussaint la sinti3 y pag3 por ella con su vida. Desgarrada, torcida, extendida hasta los l3mites de la agoni3, inyectada con venenosas medicinas patentadas, vive en el estado que Fidel comenz3. Es caribeña del Caribe. Por ella Toussaint, el primero y el m3s importante de los caribeños, pag3 con su vida.

## ÍNDICE ANALÍTICO

### A

Agé, general: 139, 192, 213, 214, 225, 234.  
Ailhaud, Jean-Antoine: 87.  
*Ainsi parla l'Oncle* (Jean Price-Mars): 300.  
Albemarle, Lord: 74.  
Alemania: 34, 302.  
Alexánder, zar de Rusia: 204.  
Allembry, general: 307.  
Allix, comandante: 271.  
Amigos de la Constitución: 56.  
Amigos del Negro, sociedad: 39, 42, 43, 49-54, 70, 83-86, 125.  
Ardouin, Beaubrun: 170n, 196n, 269n, 292.  
Asamblea Colonial: 45, 47, 70, 74, 84, 83, 80, 81, 89n.  
Asamblea Constituyente: 44, 47-50, 58.  
Asamblea de St. Marc: 48, 52, 54.  
Asamblea Nacional: 46, 48-52, 56, 57, 73n.  
Auden, W.H.: 316.  
Aulard, François-Alphonse: 286, 289, 290.

### B

Babeuf, François-Noël: 141.  
Balcarres, marqués de: 154, 157, 157n.  
Baldwin, Stanley: 201, 213.  
Banda, Julius: 303, 310.  
Baptiste, Pierre: 13, 191, 271.  
Barnave, Pierre-Joseph-Marie: 51, 52, 56-58, 74, 81, 87, 148.  
Bastilla, la: 17, 29, 44, 45, 47, 49, 57, 81.  
Baudelaire, Charles: 305n.  
Baudière: 47.  
Beard, John Relly: 186n, 195n, 225n, 265n, 270n, 293, 294.  
Beauchamp, Alphonse de: XVI.  
Beauharnais, madame de: 196.  
Beauvais, Louis Jacques: 71-73, 75, 80, 81, 95, 99-101, 107, 109-111, 121, 136, 148, 167, 172, 205.  
Belair, Charles: 191, 192, 214, 234, 245, 247, 252, 260, 261, 265.  
Belair, Suzanne *Sanite*: 192, 261.  
Bellay, diputado: 103, 104.  
Belloc, Hilarie: 182, 182n, 268.  
Besse, Martial: 142.  
Biassou, Georges: 69, 70, 71, 76, 78-80, 91, 95, 97, 106, 190, 294.

*Black Reconstruction in America 1860-1880* (W.E.B. Du Bois): IX, X, XII.

Blangetty: 85.

Bodin: 241.

Boissomade, Prosper: 291.

Bolívar, Simón: XI, 300, 313.

Bonaparte, Josefina: 196.

Bonaparte, Napoleón: XV, XVI, 138, 173, 174, 176-178, 181, 182, 190, 192 196, 197, 199, 200, 203, 204n, 205-207, 210, 213, 215, 221-223, 226, 228-232, 237-239, 241-243, 245-247, 249, 256, 267-269, 269n, 272-274, 280, 281, 286, 289, 293.

Borde, Jules: 115.

Bosch, Juan: 312.

Boudet, general: 207, 225, 225n, 227, 228, 231, 233, 234, 236-239, 245, 262, 266.

Boukman: 63, 64, 70, 268.

Bourdon: 141-143.

Boyer, general: 207, 236, 244, 260, 270.

Brandicourt: 96.

Bréda, Toussaint: ver L'Ouverture, Toussaint.

Brissot, Jacques Pierre: 39, 49, 83-85, 87, 90, 101, 104.

*Brissotins*: ver girondinos.

Brossard: 137.

Brougham, Henry: 35n, 291.

Bruix, Étienne Eustache: 168, 256.

Bruley: 132.

Brunet, general: 251, 252.

Bucaneros: 2.

Bullet, Jeannot: 78.

## C

*Ça Ira*: 114n, 158, 240.

Caffarelli: 273.

*Cahiers d'un retour au pays natal* (Aimé Césaire): 304, 305.

Cambon, diputado: 104.

Camboulas, diputado: 103.

Candy, oficial: 91.

*Capitalism and Slavery* (Eric Williams): XII.

Caradeu, marqués de: 60, 72, 73, 75.

Carlos I, rey de Francia: 94.

Carlos V, rey de España: 1.

Carteau, J.-Felix: 103n.

Casa Calvo: 114, 125.

Casas, Bartolomé de las: 1.

Castro, Fidel: XIII, 297, 298, 300, 308, 311.

Cecil, Lord: 278.

Césaire, Aimé: 12n, 294, 304-306, 315.

Challamel, Agustin: 286.

Chalmers, George : 37n.

Chalmers, John: 97, 98.

Chancy, sobrino de Toussaint: 191.

Chanlatte, comandante: 92, 96, 122, 229.

Charlevoix, François Xavier padre: 291.

Chavannes, Jean Baptiste: 53, 54, 190.

Christophe, Henry: 13, 59, 97, 108, 133, 193, 195n, 200, 201, 208, 209, 216, 221, 223-225, 225n, 227, 230-236, 241, 244, 246, 250-252, 255, 258, 259, 261-265, 267, 269, 278, 279, 281, 298.

Churchill, Winston: 313.

Cipriani, Arthur Andrew: 306-308.

Clairveaux, general: 133, 133n, 175, 178, 192, 221, 226, 234, 251, 261, 262, 265-267, 269, 276, 278, 279.

Clarkson, Thomas: 38n, 39, 53, 53n, 99, 165, 291.

Club de los Jacobinos: 58, 90.

Club Massiac: 43, 48, 51, 56, 57, 287.

Código Negro: 6, 7, 15, 26, 27, 40, 121.

Coisson, abate: 228, 229.

Colbert: 33.

Colón, Cristóbal: 1, 2, 191.

Condorcet, marqués de: 39, 41, 49.

Congreso Obrero del Caribe: 308.

Consejo de Ancianos: 132, 141, 142.

Consejo de los Quinientos: 132.

Constantine Learie: VIII.

Constitución de Saint-Domingue de 1801: 199.

Contrabando: 32, 36, 42, 184.

Coupland, Reginald: 38n, 291.

Cromwell : 94, 94n.

Cromwell, señora: 94.  
Cuarta Internacional: VIII, XI.  
Cuarterón: 27, 29.  
Cuyler, general: 99.

## D

D'Anglas, Boissy: 132.  
D'Arsy, Gouy: 43.  
D'Auberteuil, Hilliard: 12, 291.  
Dalmas, Antoine: 293.  
Danton: 57, 105, 119, 146, 289.  
Davis, Angela: IX.  
De Chapuzet, colono: 29, 30.  
Debelle, general: 226, 230, 233, 235-238, 256.  
Declaración de Independencia de los Estados Unidos: 146.  
Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano (francesa): 49, 58, 59, 146.  
Decourtilz, Michel-Étienne: 291.  
Delahaye: 142.  
Derance, Lamour: 234, 254.  
Deschamps, Leon: 35n, 36n, 47, 73, 388.  
Descheaux: 189.  
Desfourneaux, general: 135, 136, 230, 233, 235, 241, 256.  
Dsparbes, comandante: 87, 90.  
Dessalines, Jean-Jacques: X, 59, 77, 96, 97, 108, 109, 117, 126, 137, 162, 172-176, 178, 179, 182, 192, 208, 209, 212, 214, 216, 220-223, 225-229, 233, 234, 236-240, 242, 245, 247, 248, 250-253, 255, 258, 259, 261, 263, 265, 267, 269-271, 274, 275, 277-281, 294, 298.  
Diderot: 16, 146.  
Dieudonné: 109-111, 116, 190, 193.  
Directorio: 128, 129, 132, 134, 139-147, 149, 152, 157, 159, 160, 163, 164, 167-170, 189, 190, 274.  
Don García, gobernador: 92.  
Du Bois, W.E.B.: VIII, X.  
Du Tertre, padre: 11.  
Dubuisson: 115.  
Ducoeurjoly, S.J.: 291.  
Ducos, diputado: 86.  
Dufay, diputado: 103, 132n.

Dugua, general: 207, 238, 239, 243, 256, 270.  
Dumas, Alejandro (hijo): 203n.  
Dumas, Alejandro (padre): 203n.  
Dumas, Thomas-Alexander: 143, 203n.  
Dumouriez, general: 102.  
Dundas, Henry: 37, 38n, 98, 99, 99n, 100, 106, 107, 121, 122, 147, 148, 156n, 157, 158, 205, 281.  
Duvalier, François: 311, 312.

## E

Eden, Anthony: 201.  
Edwards, Bryan: 291.  
Eliot, T.S.: 206, 316, 317.  
*Engagés*: 2.  
Engels, Federico: 31n, 146, 213.  
Enmienda Platt: 300.  
*Enragés*: 208.

## F

Federación Sindical Mundial: 308.  
Ferrari, edecán: 252.  
*Feuillants*: 82, 85, 86.  
Fontages: 189.  
Forbes: 147.  
Fortescue, John: 38n, 107, 119, 158, 287.  
Fortier: 189.  
Fouché, Joseph: 190, 203.  
Fouquier-Tinville, Antoine Quentin: 132n.  
Franco, Francisco: XVII, 262.  
François Papillon, Jean: 69-71, 76, 78-80, 91, 97, 106, 108, 11, 113, 178, 283.  
Frossard, Benjamin-Sigismond: 292.

## G

Galbaud, gobernador: 93.  
García Lorca, Federico: 316, 317.  
Garran-Coulon, Jean-Philippe: 48n, 88n, 142, 292, 293.  
Garvey, Marcus: 301, 302, 304, 315.  
Gaston-Martin: 34n, 288.  
Gilbert, comandante: 235.  
Giraud, comisario: 127, 133.  
Girod-Chantrans, Justin: 6n, 291.



Girondinos: 82, 88, 101, 132, 255n, 289.

Gouly, diputado: 132.

Gragnon-Lacoste, Thomas Prosper: 182n, 293.

Grandes blancos: 23, 31, 33.

Grants, James: 101.

Green: XVI.

Grégoire, abate: 39, 41, 49, 52, 55, 104, 105n, 184, 256, 272.

Guadet, diputado: 82, 85.

Guérin, Daniel: 290.

Guerra de guerrillas: 207, 232, 276.

Guerra de Independencia de los EE.UU.: 53, 71.

Guerra del 95: 300.

Guy, Camille: 279n.

Guy, comandante: 115.

## H

Harcourt: 169.

Hardy, General: 230-233, 241, 243, 244, 247, 250, 261.

Harris, Wilson: 317.

*Hébertistes*: 208n.

Hédouville, conde de: 148n, 149-156, 158-165, 168, 173, 175, 177, 187, 190, 193, 193n, 194, 196, 199, 209, 215, 243.

Henin: 245.

Hermónas, marqués de: 91, 92, 96, 97, 106.

Hilliard d'Auberteuil, Michel-René: 12, 291.

Hoar, Samuel: 201.

Holanda: 34, 38.

Hollingsworth, John: 169.

*How Europe Underdeveloped Africa* (Walter Rodney): XII.

Hospital de Guys: 283.

Hugues, Victor: 106, 119.

Humbert, general: 207, 230, 233, 235, 261.

Hyacinthe: 80.

## I

Idlinger, tesorero: 186n, 193n, 215n.

Ireton, señora: 94.

Irlanda: 1, 34, 178, 207, 271.

## J

Jacobinos negros: 17, 213.

Jacobinos: 56, 82, 86, 108, 132, 141, 208n, 213, 240.

Japón: 302.

Jaurès, Jean: 34, 58, 84, 289.

Jeannot: ver Bullet, Jeannot.

Jefferson, Thomas: 146, 165, 200.

Jeffries, Jim: 302.

Johnson, Dr.: 36.

Johnson, Jack: 302.

Jumecourt, Humus de: 72.

Justine, Michel-Placide: 293.

## K

Kenyatta, Jomo: 302, 303, 310.

Kerverseau, general: 150, 225, 226, 270.

Kirkwood, Robert: 309.

Komintern: IX.

Kronstadt, rebelión de: 215.

Kropotkin, Piotr: 290.

## L

*La historia filosófica y política de los asentamientos y el comercio de los europeos en las dos Indias* (Abate Raynal): 17.

*La Marsellesa*: 158, 240, 301.

Labat, Jean-Baptiste padre: 291.

Lacroix, diputado: 103, 104.

Lacroix, Pamphile de: 72, 156n, 176n, 193, 194, 207, 223n, 225n, 233, 234, 236, 238, 240-243, 247, 248, 252, 248, 261, 262, 269n, 275, 282, 287, 288.

Lafayette, general: 57.

Lamartine: 193n.

Lamartinière, Louis Daure: 214, 225, 227, 234, 237-239, 242, 247, 255.

Lamartinière, Marie-Jeane: 238.

Lambert: 73.

Lameth, Charles de: 46, 51, 52, 57, 58, 81.

Lamming, George: 315.

- Laplume, coronel: 111, 148, 225, 227, 234, 261, 268, 270.
- Laporte: 275.
- Laval, Pierre: 201, 213.
- Laveaux, conde de: 91, 92, 92n, 95, 101, 106, 108-111, 113m 116-119, 121-130, 142, 153, 161, 188, 190, 194, 196, 206, 285, 287.
- Lawrence, D.H.: 305n.
- Le Jeune, plantador: 15, 16, 40, 69, 83.
- Le Moniteur* (periódico): 82, 142, 170, 286.
- Lebeau, Auguste: 28n, 29n, 292.
- Leblanc, comisario: 127, 133.
- Leborgne, comisario: 135, 136.
- Leclerc, Charles Victor Emmanuel: 181n, 206, 207, 221-226, 228-231, 233-249, 251-257, 260-270, 272, 273, 276, 279, 285, 287, 288, 293.
- Leclerc, Paulina: 207.
- Ledogin, general: 250.
- Lefebvre, Georges: 208n, 255n, 290.
- Lemmonier-Delafosse, Jean-Baptiste: 247, 272, 277.
- Lenin, Vladimir Ilich: 102, 213-216, 284.
- Leopardo*: 52, 54.
- Levasseur, diputado: 104.
- Lewis, Arthur: 312.
- Leys, Norman: 10n, 16n.
- Libertas, Bayou de: 66, 107.
- Libertas, madame de Bayou de: 66, 67.
- Liga de las Naciones: 78m 201, 278.
- Lincoln, Abraham: 220.
- London Gazette* (periódico): 168.
- L'Ouverture, Isaac: 229, 248n, 293.
- L'Ouverture, madame de: 199, 229.
- L'Ouverture, Paul: 108, 151, 225, 226, 248, 261.
- L'Ouverture, Placide: 229.
- L'Ouverture, Rose: 191.
- L'Ouverture, Toussaint: VIII, X, XI, 11, 13, 13n, 17, 66-71, 76-79, 79n, 86, 91-97, 101-119, 121-128, 130, 132, 134, 134n, 135, 137-164, 167-176, 176n, 177-179, 181-194, 194n, 195-201, 203-208, 208n, 209-217, 219-256, 260, 261, 264, 265, 269-274, 276, 277, 280, 281, 283-285, 287-289, 292-294, 297-300, 313, 318.
- Luis XIV, rey de Francia: 7, 21.
- Lumumba, Patricio: 303.
- M**
- Macaya, comandante: 245.
- Maceo, Antonio: 300.
- Mackandal: 14, 64.
- Madiou, Thomas: 209, 293.
- Magny: 242, 247, 248.
- Magon, almirante de retaguardia: 236.
- Maitland, Thomas: 148, 148n, 150-157, 159, 164, 165, 168-170, 175, 178, 189, 205, 211.
- Malenfant, coronel: 195n, 206, 291.
- Malouet: 9, 57, 291.
- Manchester Guardian* (periodico): VIII.
- Manginat, comandante: 162.
- Manifiesto comunista* (Carlos Marx y Federico Engels): 146.
- Marabou*: 27.
- Marat, Jean-Paul: 56, 57.
- Marbois, Barbé de: 44, 45, 141, 143, 282.
- María Antonieta, reina de Francia: 88, 94.
- Marston Moor: 84.
- Martí, José: 300.
- Marx, Carlos: 31, 81, 146, 213, 305.
- Mathiez, Albert: 289, 290.
- Mauduit, comandante: 52, 60.
- Maurepas, general: 133n, 192, 214, 221, 226, 230, 233-236, 241, 252, 255, 256, 261, 263, 265, 271.
- Mauviel, obispo de Santo Domingo: 216n, 226, 281, 282n.
- Mayard, Constantin: 299.
- Mazard, capitán: 271.
- Mboya, Tom: 303.
- McMillan, William: 31n.
- Métral, Antoine: 248, 293.
- Michel, Antoine: 285, 287.
- Michelet, Jules: 255n.
- Millet, delegado: 83, 84.
- Minty Alley* (CLR James): VIII.
- Mirabeau, diputado: 39, 41, 43, 50, 51, 146.

- Mirbeck, Ignace-Frédéric de: 76, 81.  
 Missiessy, almirante: 280.  
 Moïse, Hyacinthe: 97, 108, 133, 139, 161-163, 173, 174, 177, 178, 191, 192, 200, 207-210, 212, 214-216, 221-223, 224n, 230, 234, 270.  
 Montaña, la: 82, 102, 131.  
 Mucio Escévola: 272.  
 Muerte, François Capot: 276, 277.  
 Murat: 190.  
 Mussolini, Benito: 201.
- N**
- Naciones Unidas: 310.  
 Naipaul, Vidiadhar S.: 317.  
 Nazimbo, esclavo: 32.  
 Negritud: 299, 302, 303, 303n, 306.  
*Negro World* (periódico): 302.  
 Nehru: 310.  
 Nemours, Alfred: 186n, 197n, 230n, 233n, 247n, 260n, 288, 293.  
 Nkrumah, Kwame: 302, 303, 310.  
 Noel: 108.  
 Nogerée, Gaston: 193.  
 North, Lord: 37.  
 Nully, teniente coronel: 96.  
 Nyerere, Julius: 303.
- O**
- Oficina Internacional de Servicios Africanos: XI, 303.  
 Ogé, Vincent: 49, 53, 54, 72, 100, 190.  
 Ortiz, Fernando: 300, 306.
- P**
- Pacot, oficial: 96.  
 Padmore, George: IX, 302-304, 315.  
 Page, agente: 88, 132.  
 Pageot, comandante: 125.  
 Pageot, madame: 267.  
 Paine, Tom: 146, 165.  
*Palace of the Peacock* (Wilson Harris): 317.  
 Parafricano: VIII.  
 Panier, Jean: 254.  
 Paparet, J.B.: 108.  
 Partido del Rey: 57, 82.  
 Pascal, comisario: 133n, 138, 140, 188, 199, 200, 206.  
 Patriotas: 48, 52, 60, 70, 72, 74, 80, 81, 84, 85, 141.  
 Paul, zar de Rusia: 23, 23n, 24-26, 31, 33, 45-47, 59, 60, 70, 71, 73, 74, 90.  
 Pequeños blancos: 146.  
 Pericles: 146.  
 Perrod, tesorero: 123, 125, 126.  
 Pétion, Alexander: 73, 173, 22, 223, 229, 239, 241, 243, 261, 265-267, 269, 278, 298, 213.  
 Pétion, diputado: 39, 41, 51.  
 Peytraud, Lucien Pierre: 292.  
 Pinchinat, Pierre: 71, 72, 75, 80, 81, 99, 121, 124, 135-137, 150.  
 Pitt, William: 37-39, 53n, 97-99, 105, 147, 158, 204, 213, 281.  
 Plaisir, Mars: 273.  
 Polverel, Étienne: 87, 88n, 92n, 93, 95, 96, 101, 108, 292.  
 Portugal: 34.  
 Poyen-Bellis, Henry de: 260, 273n, 288.  
 Pralotto: 60, 74, 75, 80.  
 Price-Mars, Jean: 285, 300.  
 Primera Guerra Mundial: 306.  
 Proyecto de Escritura del New Deal: 300.
- R**
- Ragatz, Lowell Joseph: 292.  
 Raimond, Julien: 48, 49, 55, 127, 133, 137-140, 142, 173, 176, 184, 221.  
 Ramel, general: 193, 193n, 261.  
 Raynal, abate: 17, 59, 87, 127, 146, 188, 284.  
 Regimiento Polaco: 240.  
 Reid, Vic: 315.  
*Repartimientos*: 1.  
 Revolución Cubana: IX, 297, 300, 311.  
 Revolución Francesa: XV, 15, 25, 26, 28, 34, 41, 43, 45, 46, 48, 50, 51, 54, 56, 58, 59, 81, 89-91, 93, 94, 104, 146, 158, 160, 165,

- 182, 183, 192, 196, 205, 208n, 219, 220, 255n, 272, 273, 278, 286, 289, 290.
- Revolución Industrial: 20, 40.
- Revolución Rusa: IX, X, 213, 215, 289.
- Rewbell, Jean-François: 56.
- Rey, comisario: 135.
- Rhodes, Cecil: 103.
- Richepanse, Antoine: 256-258, 260, 264, 266.
- Rigaud, André: 60, 71, 73, 75, 80, 95, 99, 100, 107, 109, 110, 11, 119, 121, 123, 127, 132, 134-137, 143, 147-153, 155, 156, 160, 162, 164, 167, 167n, 168, 170-177, 179, 186, 190, 222, 223, 225, 229, 234, 243, 265, 283, 287, 294.
- Rilke, Rainer Marie: 305.
- Rimbaud, Arthur: 305.
- Robertson, Pat: VII.
- Robeson, Paul: IX.
- Robespierre: 55n, 82, 85, 102, 128, 131, 132, 132n, 146, 208n, 215, 255n, 289, 290.
- Rochambeau, vizconde de: 137, 222, 226, 230, 232, 233, 237, 239, 241-243, 251, 265, 268-271, 275-279, 282.
- Rodney, Walter: XII.
- Roland, madame de: 85.
- Roloff, Gustav: 22n.
- Romaine-la-Prophétesse: 80.
- Roume: 48n, 76, 80n, 81, 89n, 94, 94n, 127, 136, 137, 142, 149, 150, 150n, 159, 163, 164, 167, 168, 179, 176-178, 182-184, 194, 196, 206, 209, 288, 292.
- Rousseau, Jean-Jacques: 41, 146, 165.
- Rouvrai, comandante: 74.
- Roux, Georges: 35, 131.
- S**
- Sacatra*: 27.
- Saint-Léger, Edmond: 78, 78, 81.
- Saint-Méry, Moreau de: 22, 55, 282, 291.
- Saintoyant, Jules-François: 288.
- Saint-Rémy, Joseph: 176n, 293.
- San Salvador: 1.
- Sang-mêlé*: 27.
- Sannon, H. Pauléus: 171, 269n, 289.
- Sans-culottes*: 108, 208n.
- Sans-culottes* negros: 117, 208.
- Sans-Souci, comandante: 244, 245.
- Sartre, Jean-Paul: 305n.
- Savary, alcalde: 100, 252.
- Savine, Albert: 10n, 29n.
- Schoelcher, Victor: 289.
- Season of Adventure* (George Lamming): 315.
- Segunda Guerra Mundial: 290, 298, 308.
- Shakespeare, William: 221, 316, 317.
- Smith, Adam: 37, 37n, 38.
- Smith, Samedi: 254.
- Sonthonax: 87, 88n, 89n, 90-95, 101, 106, 108, 128-130, 132-143, 147-149, 153, 161, 163, 188, 194, 196, 209, 211, 216, 254, 285, 288, 292.
- Sorbona, la: 208, 283, 290.
- Stalin: XVII.
- Steven, consul de los Estados Unidos: 184.
- Stoddard, T. Lothrop: 90n, 194n, 217n, 293.
- Sudáfrica: 23n, 104, 193.
- «Suizos», los: 72, 73, 75.
- Sylla, comandante: 245.
- T**
- Talleyrand: 168, 190.
- Tarle, Yevgeny: 204.
- Télémaque, César: 223, 224.
- Tercera Internacional: XI.
- Terror, el: 131.
- The Far Journey of Oudin* (Wilson Harris): 317.
- The Making of the English Working Class* (E.P. Thompson): X.
- The Secret Ladder* (Wilson Harris): 317.
- The Souls of Black Folks* (W.E.B. Du Bois): IX.
- The Whole Armour* (Wilson Harris): 317.
- Thiers, Adolphe: 194n.

Thompson, E.P.: X  
 Torday, Emile: 3n, 4n.  
 Tory: 12, 287.  
*Toussaint L'Ouverture* (Aimé Césaire): 12n, 294.  
 Touzard: 74.  
 Tratado de Amiens: 256, 262.  
 Tratado de Bâle: 118, 128.  
 Tratado de París: 32.  
 Tratado de Ryswick: 2.  
 Trotski, León: VIII, 102, 213, 214, 284.  
 Trotskismo: VIII.  
 Trujillo, Rafael Leónidas: 311-313.  
 Tucídides: XVI.

Williams, Eric: XII.  
 Williamson, gobernador: 98, 100, 106, 212.  
 Wimpffen, Félix-Louis de, barón: 10n, 11, 22, 32, 40, 59, 291.  
*World Revolution, 1917-1936* (C.L.R. James): XI.  
 Wright, Richard: IX.

## Y

Young, Arthur: 37.

## U

Universidad de West Indies: 312.

## V

Vaissière, Pierre de: 8, 8n, 29, 289.  
 Varlet, Jacques: 131.  
 Vásquez, padre: 111.  
 Vaublanc, Vincent-Marie Viénot de: 9, 57, 82, 85, 132, 141-144, 149, 160, 164.  
 Venecia: 34.  
 Vergniaud, diputado: 82, 85.  
 Vernet, general: 96, 192, 245.  
 Villaret-Joyeuse, almirante: 142, 143, 217, 223.  
 Villate, comandante: 121, 123-127, 22, 229.  
 Vincent, Charles-Humbert-Marie de, coronel: 147, 162-164, 173, 174, 176, 177, 188, 194, 196, 199, 200, 201, 204-297, 209, 210, 216, 287, 294.  
 Vinogradov, Anatoli: 294.  
 Voltaire: 41, 165.  
 Vychi: 311.

## W

Waxman, Percy: 293.  
 Wheeler Wilcox, Ella: 316.  
 White, John: 148.  
 Wilberforce, Robert I.: 292.  
 Wilberforce, Samuel: 292.  
 Wilberforce, William: 38, 99, 165.

## ÍNDICE

Introducción a la edición cubana / VII

Prefacio a la edición de Vintage / XIII

Prefacio a la primera edición / XV

### LOS JACOBINOS NEGROS

Prólogo / 1

La propiedad / 3

Los propietarios / 19

Parlamento y propiedad / 45

Comienzan las masas de Saint-Domingue / 63

Y terminan las masas de París / 87

El ascenso de Toussaint / 107

Los mulatos lo intentan y fracasan / 121

Otra vez los amos blancos / 129

La expulsión de los británicos / 147

Toussaint toma el poder / 167

El Cónsul negro / 181

La burguesía se prepara para restablecer la esclavitud / 203

La Guerra de Independencia / 219

Bibliografía / 285

### APÉNDICE

De Toussaint L'Ouverture a Fidel Castro / 297

Índice analítico / 319

*Los jacobinos negros, Toussaint L'Ouverture y la  
Revolución de Saint-Domingue*, de C.L.R. James, se  
terminó de imprimir en septiembre de 2010. Esta  
edición consta de 3 000 ejemplares.

Fondo Editorial  
Casa de las Américas



La frontera imperial que ha sido el Caribe tiene en su historia una lección de radicalidad: la Revolución Haitiana, la más compleja de los tiempos modernos. De ella nació el primer Estado independiente de nuestra América, creado por ex esclavos que llevaron sus deseos de libertad hasta las últimas consecuencias. Foco de rebeldía total, hizo temblar los cimientos que sostenían el sistema colonial y por eso las potencias imperialistas, incapaces de detenerla y temerosas de su ejemplo, no perdieron tiempo en difamarla y ahogarla, junto al pueblo que juró morir por su libertad.

Escrito en 1938, este libro describe los conflictos sociales, clasistas y raciales que movieron a la Revolución. Y lo hace con una gran fuerza literaria, pero a partir de la revisión de amplias fuentes bibliográficas, que le sirven para describir los convulsos hechos que fueron sucediéndose, las intrigas, las batallas, mientras analiza cada una de sus etapas y relata la capacidad organizativa, diplomática y militar de Toussaint L'Ouverture, el líder que sembró las bases de la independencia.

Considerado como la clásica interpretación política contracolonial, *Los jacobinos negros* sacude la maldición que le habían lanzado a los haitianos. James pone al descubierto no pocas mentiras imperialistas y demuestra con cuánta malevolencia la historiografía burguesa se ha referido a este capítulo de la historia latinoamericana y caribeña. Desde una perspectiva marxista, ofrece lecciones de interpretación, sin caer en dogmas ni pretender explicar la Revolución de acuerdo con modelos preestablecidos. Al final, James no solo buscó en el pasado, también supo verlo en el presente que le tocó vivir y en el futuro que le llegó después.

Cyril Lionel Robert James (Trinidad y Tobago, 1901-Inglaterra, 1989). Graduado del Queen's Royal College, Puerto España, desde temprano estudió y practicó asiduamente lo que él llamó el arte de la ficción. En los años treinta viajó a Inglaterra, donde publicó *The Case for West Indian Self-Government* y *The Life of Captain Cipriano*. Se vinculó al *Manchester Guardian* y el *Glasgow Herald* como reportero de críquet, deporte que había practicado en su tierra natal. En 1936 publica la novela *Minty Alley* y escribe *Toussaint L'Ouverture*, que es llevado a escena ese mismo año.

Estudió el movimiento obrero en *World Revolution 1917-1936. The Rise and Fall of the Communist International* (1937). Al año siguiente publica *A History of Negro Revolt*. En esta etapa se relaciona con el International African Service Bureau. En 1938 fundó en los Estados Unidos la Johnson-Forest Tendency junto a Raya Dunayevskaya, ex secretaria de Trotski. En colaboración con ella, publicó *Dialectical Materialism and the Fate of Humanity* (1947) y *The Class Struggle* (1950). Asimismo escribió acerca de problemas sociales y raciales en *The Revolutionary Answer to the Negro Problem in the USA* (1948), así como de temas culturales y literarios: *American Civilization* (1949) y *Mariners, Renegades and Castaways. The Story of Herman Melville and the World We Live In* (1952).

Deportado por comunista, regresa a Trinidad y participa en el proceso independentista. En 1962 vuelve a Inglaterra. Un año después publica *Beyond a Boundary* (1963), texto semiautobiográfico y ensayo culturalógico a la vez. En 1977 reúne sus reflexiones sobre *Nkrumah and the Ghana Revolution*. Dos años antes de fallecer, James recibe la máxima distinción que otorga su país, la Trinity Cross. Sus restos reposan en su ciudad natal, el pueblo de Tunapuna.

ISBN 978-959-260-276-2



**casa de las américas**